





ARTÍCULOS,

POESIAS Y COMEDIAS

DE

MANUEL ASCENSIO SEGURA.

Edicion numérica de 400 ejemplares.

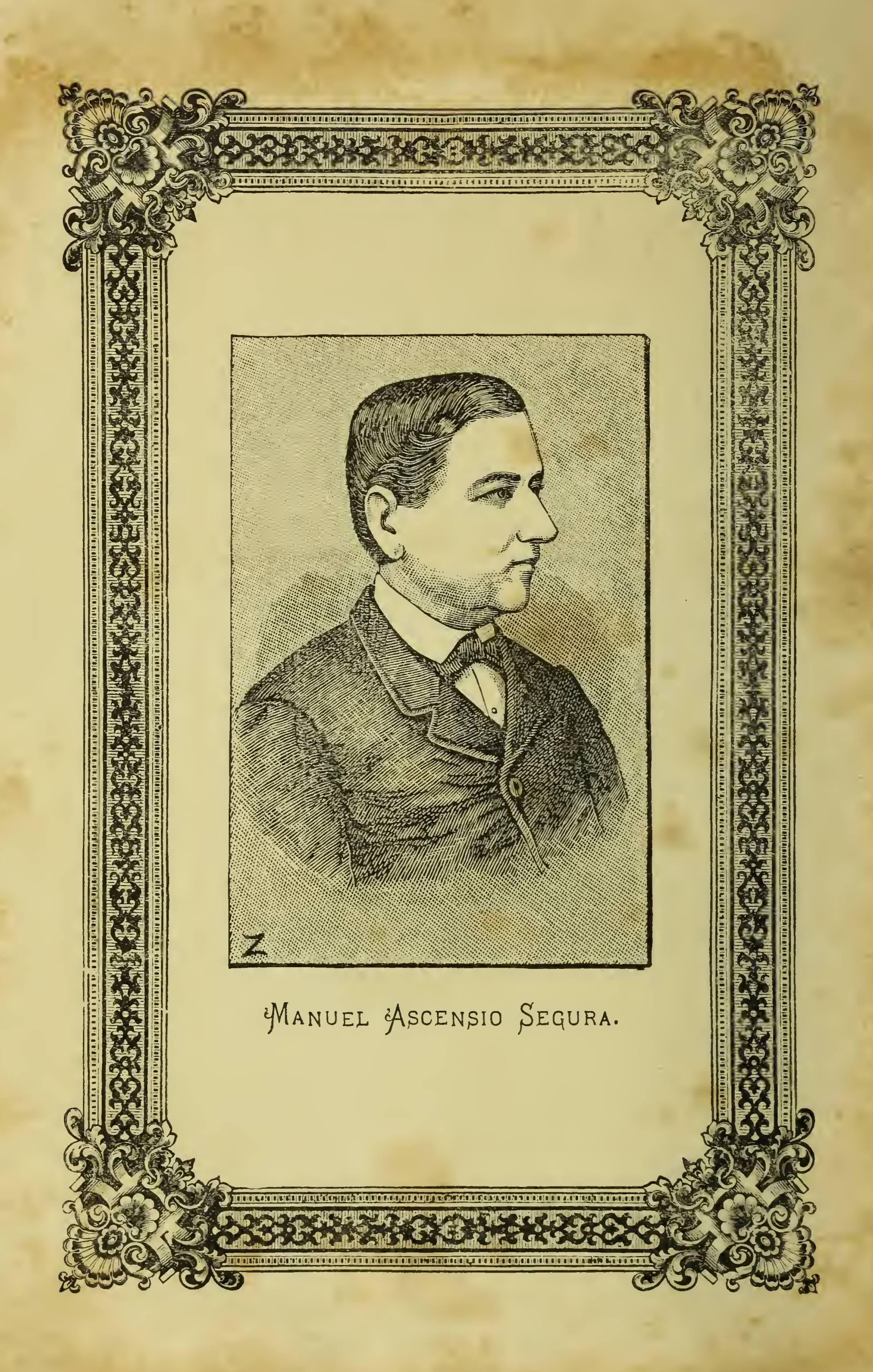
ÍNDICE.

ARTÍCULOS.

POESIAS.

COMEDIAS.





MANUEL ASCENSIO SEGURA.

ARTÍCULOS,

POESIAS Y COMEDIAS

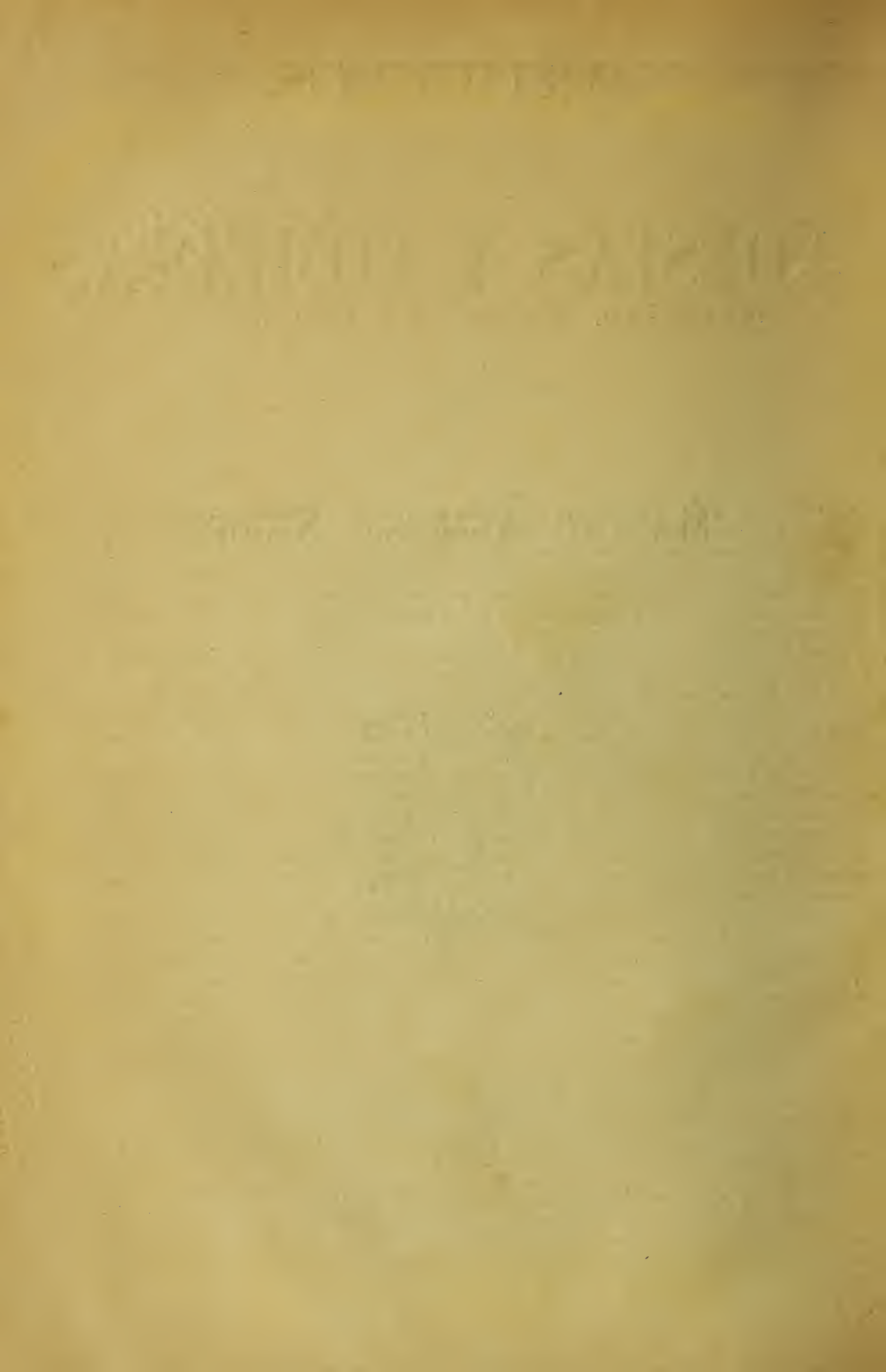
DE

MANUEL ASCENSIO SEGURA.



LIMA
CARLOS PRINCE, IMPRESOR Y LIBRERO-EDITOR,
CALLE DE LA VERACRUZ N.° 71.

1885



PREÁMBULO BIOGRÁFICO Y NOTICIERO.

Cuando, en 1859, varios jóvenes entusiastas nos asociamos para publicar ocho comedias del poeta nacional Don Manuel Ascensio Segura, edicion agotada ya, fuí yo el designado para escribir cuatro palotes de introduccion, de los que, en puridad de verdad, no me siento hoy satisfecho. La petulancia del mozo que empieza á manejar una pluma campea en ellos; y, á fin de purgar mi pecado, creóme, en conciencia, obligado á escribir tambien un preámbulo en la presente compilacion de las obras de mi amigo y maestro.

Antes de ocuparme del escritor de costumbres, del periodista y del poeta cómico, bueno y oportuno me parece consagrar, á la ligera, algunas líneas al hombre.

De Don Manuel Ascensio Segura no hay extensa biografía que escribir. Carácter por excelencia modesto, esquivó siempre el ruido y la exhibicion de su personalidad. Jamás quiso presentarse sobre el escenario de un teatro, por mucho que el público lo aclamase con el frenético clamoreo de ¡el autor! el autor!

Nacido en Lima, en 1805, entró en la carrera militar por los años de 1826, alcanzando, en 1841, la clase de Sargento Mayor. Pero la vida del cuartel pugnaba con la tendencia de su espíritu á vida ménos ajitada y bulliciosa. Por fortuna, para él y para la literatura pátria, en ese año consiguió desceñirse para siempre la espada, y ser nombrado empleado de Hacienda, con el título de Comisario de Guerra y Marina. Como Secretario de Prefecturas, como Vista y Administrador en Aduanas de la República, Segura fué austero cumplidor del deber.

Instalado el Congreso de 1860, cuya mision fué la reforma del Código político dado á la República por la Convencion de 1856, Segura perteneció, por pocos meses, á esa Asamblea, como Diputado suplente por la provincia de Loreto. Ciertamente que nuestro poeta no brilló en el Congreso por sus dotes oratorias, (pues le era imposible vencer su timidez para ocupar la tribuna); pero se distinguió por su buen sentido práctico y por la independencia de su conducta. No fué ni servil ministerial ni obcecado oposicionista.

Sus dolencias físicas, de las que una disimulaba con el uso de quevedos, en lo que, como en sus condiciones poéticas, se asemejaba con el *tuerto* Breton de los Herreros, gloria y delicia de la comedia española, pusieron fin á la vida del festivo vate limeño, en los últimos meses de 1871.

Sigamos con el hombre de letras. Fundado en 1839 el diario "Comercio", decano de la prensa peruana, Segura colaboró en él activamente; y produccion suya es, entre otras que engalanan las columnas de ese periódico, una novelita, *Gonzalo Pizarro*, que ocupó durante varios dias las columnas del folletin, y á la que no damos mas significacion que la debida a un lijero ensayo en ese género literario.

En 1841, Segura, asociado con otros dos escritores nacionales, fundó el diario "La Bolsa", en el que, dejando aparte los editoriales de actualidad política, publicó los artículos de costumbres y algunas de las letrillas que encontrará el lector en la primera y segunda parte de este volúmen.

En esos artículos, chispeantes de gracia y lijereza, campea un espíritu observador y filosofico; y, en cuanto á correccion y galanura de forma, no desdicen de los inmortalizados por la castiza pluma de Figaro.

El «Cometa», fué una publicacion periodística debida exclusivamente á la pluma é ingénio de Segura. Cada número (y solo aparecieron doce) constaba de diez y seis páginas, en un cuadernito en 8º menor; es decir, que «El Cometa» tenía el mismo formato que las tan famosas «Capilladas» de fray Gerundio que, á la sazon, se publicaban en España.

Obligado Segura, en 1849, por exijencias de su condicion de empleado público, á establecerse en Piura, fundó en esa ciudad un semanario titulado «El Moscon», que tuvo mas de tres años de existencia. Pero, en el «Moscon», nuestro poeta malgastó su númen y su tiempo en polémicas de partido y un mucho personales. Allí dió á luz un poemita —*La Peli-muertada*—en variedad de métros, y de mas de mil doscientos versos. Pero si confesamos que en el poemita hay chiste, travesura de ingenio, y aquella *difícil facilidad* de que nos habla Moratin, en cambio superabundan en él la pasion y las invectivas contra el protagonista, entidad política de aquellos tiempos. No obstante, consignarémos en esta compilacion de las obras de Segura los fragmentos de la *Peli-muertada* que consideramos ménos ofensivos.

Indudablemente que, como escritor humorístico, merece Segura gran aprecio de los cultivadores de las letras; y, despues de Don Felipe Pardo, ha sido el que con mas naturalidad y aticismo ha pintado costumbres limeñas. Pero lo que inmortalizará el nombre de nuestro amigo es su afortunadísima y regocijada vena de poeta cómico. *Ña Catita*, *el Resignado*, *Lances de Amancaës* y *Un juguete* son comedias cuya paternidad no habría desdeñado el inmortal autor de *Marcela* y *El pelo de la dehesa.*

Todo pueblo tiene una fisonomía propia, un algo de especial que lo distingue de los otros. Ese *quid* humano lo constituyen sus costumbres; las que, para ser fielmente presentadas en el teatro, requieren sério y detenido estudio. El poeta cómico tiene que adunar á las galas del buen versificador la severidad del filósofo. No inventa, cópia. La sociedad le subministra el cuadro, y el hombre los colores. Analiza una á una las fibras del pueblo en que vive, y le enseña, palpitantes como en un espejo, sus vicios y sus virtudes. Y el pueblo se corrije, sonriendo; porque la reprension le ha sido dada sin acrimonia; porque no ha visto exajerar pasiones y sentimientos que acaso no le son comprensibles; porque no se ha extremecido ante escenas de crímenes y sangre que pintan al hombre mas depravado de lo que el mundo lo ha hecho. El pueblo se moraliza con la comedia de costumbres; porque en ella encuentra caracteres que le son familiares, y vé el ridículo de los malos hábitos que, sin fijar su atencion, lo dominaban.

El cultivo de las bellas letras no ha sido, ni es, en el Perú una profesion sino un entretenimiento. Escribir para el teatro no dá pan; y aun está en problema si dá honra. Por eso es, para nosotros, altamente meritorio el poeta Don Manuel Ascensio Segura, que consagró sus ratos de ócio á escribir quince comedias, como una protesta contra los que consideraban el ingenio de los peruanos incapaz de concebir y desarrollar una obra escénica.

Antes que Segura, por los años de 1829 á 1833, Don Felipe Pardo y Aliaga, hizo representar en el vetusto coliseo de Lima sus preciosas comedias *Frutos de la educacion*, *Una huérfana* y *Don Leocadio*, que el espìritu de bandería política acojió con frialdad. Fué en 1839 cuando Segura se animó á escribir su primera comedia —*El Sargento Canuto*—Literariamente juzgada es pobrísima cosa. Los tipos son exajerados, la versificacion descuidada, el argumento insustancial. Hay en el *Sargento Canuto* mucho de los sainetes de Don Ramon de la Cruz. Idéntico es nuestro juicio sobre la *Moza Mala* y *La Saya* y *Manto.* Sin embargo, la *sal criolla* de Segura se encuentra profusamente esparcida en el diálogo, bastante natural y animado, de estas tres comedias, á las que no damos otra importancia que la de humildes ensayos.

Desde 1839 hasta 1845, Segura fué el único escritor que, de vez en cuandó, alimentaba la escena, hasta que, en 1848, Arnaldo Márquez, el mas sentimental de nuestros poetas, dió al público *La bandera de Ayacucho*, *La cartera de un ministro* y *La familia del mendigo*, ensayos, no muy felices, en la literatura dramática. Siguiólo Manuel Nicolás Corpancho, otro jóven de robusta fantasía, con dos dramas ricos de orientalismo, titulados *El poeta cruzado* y *El templario*, que fueron estruendosamente aplaudidos y de los que hoy nadie se acuerda; porque, en justicia, faltábales sávia para vivir. Eran tenta-

tivas del adolescente poeta, y nada mas. A la vez que ellos, Toribio Mansilla daba al teatro una correcta traduccion, en verso, de la *Marion Delorme* de Víctor Hugo, y la comedia en dos actos *Un prisionero en Bolivia*; y Luis Benjamin Cisneros una bonita alegoría, *El pabellon peruano*, y el drama, en cuatro actos, *Alfredo el sevillano*, galanamente versificado: allí sobraba poesía y faltaban argumento y caracteres. Cárlos Augusto Salaverry (el único de los bohemios de aquella época que ha perseverado en la tarea de escribir para la escena, llegando hasta hoy, por lo ménos, á veinticinco las producciones de su musa teatral) hizo tambien, pór entónces, sus primeras armas. Salaverry, á mi juicio, obtuvo del cielo envidiables dotes de poeta lírico; pero escasísimas de poeta dramatico.

El que este prólogo firma fué tambien, por aquellos dias, uno de los bohemios del teatro de Lima. Creo que llegaron á seis los disparatados abortos de mi númen. A Dios gracias, convencíme temprano de que las uvas eran agraces para mí, si bien dulcísimas para un Tamayo y Baus, un Echegaray, un Sanz ó un Ayala.

Melchor Pastor escribió *La Fatalidad*; Narciso Aréstegui *La venganza de un marido;* Anselmo Yañez, eximio pintor pero triste hombre de pluma, *El insurgente*; un señor Rodriguez Gutierrez, *Clemencia la desenterrada*; los hermanos Perez un cardúmen de quisicosas que no eran dramas ni comedias; y qué sé yo cuantos prógimos mas nos hicimos autores. Aquello fué una irrupcion de micróbios literarios. La epidemia de autorcillos empezó á amainar en 1862.

Contribuyó no poco á fomentarla la benevolencia de la censura. Los censores, si bien hombres de reconocida ilustracion y talento, se limitaban á obsequiarnos tal cual útil consejo; pero daban el *pase* al mamarracho ó despapucho de todo escritor novel. Don Miguel del Carpio y Don Ignacio Noboa, literatos de esclarecidas prendas, eran los censores del teatro, y creían ¡errada creencia! estimular á la juventud manifestándose jueces de manga ancha. Todo pecado contra la estética, contra la historia, y aun contra el buen sentido, mereció de ellos absolucion plenaria.

Casi á la vez que *El Sargento Canuto*, escribió Segura dos dramas, titulados *Blasco Nuñez de Vela* y *Amor y política*. A pesar de la benévola acojida que les dispensó el público, no era este el género literario mas en armonia con el talento del autor. Nuestro poeta tuvo el buen juicio necesario para comprenderlo así, é hizo un auto de fé con el manuscrito de sus dramas.

Los incuestionables triunfos escénicos de nuestro compatriota son *El Resignado*, *Ña Catita*, *Un juguete* y *Lances de Amancaes*. Versificacion bretoniana, tipos copiados del natural, diálogo admirable, sátira delicada, gracejo infinito, y un sello ascendrado de nacionalismo, tales son las cualidades que mas brillan en estas magníficas comedias.

¿Quién ha criticado con mas agudeza que Segura, en *La saya y manto*, la empleomania, esa horrenda carcoma de nuestra sociedad? ¿Quién no ha conocido un fanático por las corridas de toros, como el don Sempronio tan graciosamente retratado en *El Sargento Canuto*? Quien mejor que Segura, en *Ña Catita*, ha pintado una vieja maledicente, enredadora é hipócrita, celestina forrada en beata, una vieja de esas por las que Pepe Navarrete decía que tienen boca artillada con dientes verdinegros, dignos guardianes del escorpion de su lengua? Aquellos dos versos:

> ......aquí hay una cruz
> no la vayan á pisar,

con que finaliza el tercer acto, son plumada de maestro. Molière no las tiene superiores.

Y luego en las comedias histórico-políticas, llamémoslas así, *Un juguete* y *El Resignado*, al execrar las contiendas civiles en que fatalmente hemos vivido envueltos, Segura pone con destreza, pero sin crueldad, la mano en la herida. La moralidad política que de estas obras se desprende, moralidad que proclama tolerancia para con todas las opiniones y concordia entre los hijos de una misma madre, hace el mas cumplido elogio de los sentimientos patrióticos del poeta. No es recriminando ni exacerbando el espíritu de banderia como se llega á una fusion salvadora, á una conciliacion cordial.

Una de las comedias de Segura—*El Santo de Panchita*—se representó é imprimió como fruto de dos ingenios. Honradamente, queremos declarar aquí que fué insignificante nuestra parte de colaboracion. Esta se redujo á una escena del segundo acto, algo del tercero, y ciertas variantes en el papel de doña Fila. El plan general y su desarrollo,

caracteres y diálogo, salvos pequeñísimos detalles, son exclusivos de nuestro amigo; y si consentimos en continuar engalanándonos con algun viso de paternidad en tal comedia, es porque en ello, á la par que cosechamos honra, acatamos la fraternal voluntad del poeta y del camarada.

Percances de un remitido y *Las tres viudas* son las dos únicas comedias de Segura que nos vemos en la imposibilidad de incluir en este volúmen. El manuscrito existe en poder del Dr. D. Mariano Felipe Paz-Soldan, residente hoy en el extrangero, circunstancia adversa contra la que se han estrellado nuestras gestiones para obtener una cópia.

Segura escribió tambien una piecesita, en un acto, titulada *Dos para una*, cuyo manuscrito rompió el autor, aprovechando algunas de sus escenas en la comedia *El Cachaspari.*

El argumento en las comedias de Segura es siempre sencillo, rayando á veces en trivial, como en el *Cacharpari* y alguna otra, alimentándose el interés por lo bien sostenido de los caracteres, por la fluidez del diálogo, por el colorido local, limeño puro, y particularmente por el inagotable raudal de chistes que esparce en sus facilísimos versos.

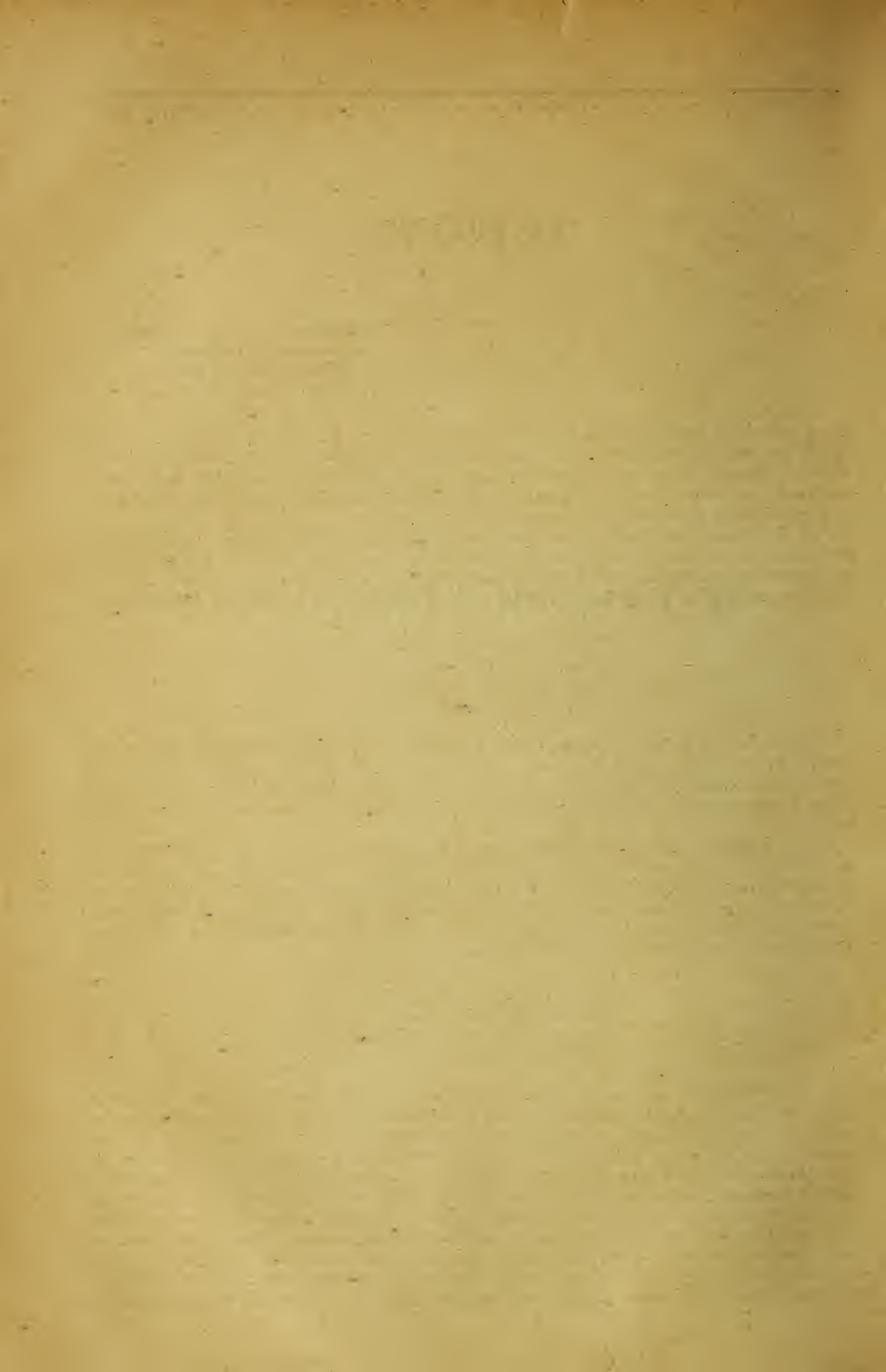
Alguna vez se ha hecho al poeta la acusacion de que emplea palabras poco cultas; pero los que esto critican olvidan que, cuando se pinta al pueblo, debe pintársele tal cual es. Si existe algo en las comedias de nuestro compatriota que ofenda á quisquillosos lectores, culpa será del original no del retrato.

Mucho podríamos escribir acerca de un poeta con cuyas producciones hemos pasado horas de entretenido solaz. Si el lector ha tenido paciencia para acompañarnos hasta el fin de estos desaliñados renglones, recomendámosle que lea con meditacion las comedias que los han motivado, ciertos de que, en la sociedad, encontrará muchos de los tipos que tan hábilmente ha sabido presentar Don Manuel Ascensio Segura.

Lima, Octubre de 1885.

RICARDO PALMA.

COSTUMBRES.



EL PUENTE.

La dama, el cortejo, el jaque,
el faccioso, el indijente,
todos concurren al Puente
á formar planes de ataque.

DESPUES de haber taloneado en vano todo el santo dia para buscar el sustento de mi familia, que no es poca, y con el objeto de descansar un rato de tan penosa y amarga tarea, me senté en uno de los arcos del Puente, el sábado de la semana pasada, á tiempo que las campanas de la ciudad anunciaban á sus habitantes que era la hora de hacer sufrajios por las almas del purgatorio.

Con la cabeza descubierta y los ojos fijos en el cielo, trazaba multitud de planes para mejorar de fortuna; mas viendo que todos se desvanecian como el humo, tan pronto como los concebia, no pude ménos que recitar la siguiente redondilla, que, cuando andaba por esos mundos en busca de aventuras, se la oí repetir á un soldado de dragones—

Cuando Dios se determina
á *fregar* á los mortales,
no les valen los cordiales
ni los caldos de gallina.

Y agoviado con estas ideas empezaba á entonar un *yaraví* (porque apesar de mis desgracias aun no he perdido el apego á las cosas de mi tierra) cuando llamaron mi atencion dos caballeros, que hablando en voz récia y descompasada, á manera de quien pelea, tomaron asiento en un estremo del arco en que yo me encontraba hacia media hora.

Por de pronto se me figuró que algun lance de honor, como llaman los *pinganillas* á la querella mas ridícula, hubiese conducido allí á semejantes personajes; no para darse de estocadas precisamente, porque el sitio era demasiado público, sino para arreglar menudamente y sin testigos las ceremonias del combate; pero muy en breve se desvanecieron mis presunciones al oir que uno de ellos le dijo al otro estregándose las manos, y moviendo la cabeza con aire de satisfaccion:—

Mentira todo, mi amigo;
todo es falso, don Ignacio.
Hoy me lo han dicho en Palacio
lo mismo que yo lo digo.

—¡Pero, hombre, con mil diantres! dijo el otro dejando caer las manos con fuerza sobre las costuras de los pantalones, ¡usted me ha de hacer perder la chabeta con sus cosas! ¿Y esas proclamas, esos partes, esas cartas publicadas en los periódicos de esta capital, ¿ qué significan entónces? ¿Y esos repiques con que nos han quebrado la cabeza tantos dias, á qué han sido? ¿ Así no más se engaña á un público ilustrado, que tarde ó temprano ha de saber la verdad de lo sucedido?—Vamos, amigo mio; ya veo que está usted muy poco diestro en esta clase de cubiletes: todas esas cosas no valen nada; son paparruchas para engañar á los muchachos: á esas cartas, á esas proclamas y á esos partes publicados aquí, contradictorio todo y perversamente redactado, y que tanto calientan el pobre caletre de usted, puedo oponer otros partes, otras proclamas y otras cartas publicadas en Puno, en la imprenta de............ no me acuerdo como se

llama el impresor; pero ello es en Puno, y en el *Boletin Rejenerador N.º 4*; porque ha de saber usted (y se acercaba al otro para decírselo en voz baja) que nuestro Jefe Supremo se halla en Puno con todo su ejército.—¡En Puno!—Como usted lo oye.—Y la batalla de Cuevillas, y la dispersion de Chacaguayo?—Escaramusas, escaramusas, que influyen muy poco en la majestuosa marcha de nuestra causa.—¿Y esa bandera, que la he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra?—¿Esa bandera?........... yo le diré á usted lo que hay sobre esa bandera; esa bandera.... pues.... esa bandera no es bandera—¡Pero si le digo á usted que yo la hé visto mas de cincuenta mil veces!—No lo dudo, señor don Ignacio, no lo dudo; bien puede usted haberla visto cincuenta millones; pero nada de eso impide que yo le repita á usted que esa bandera no es bandera. —¿Y qué demonios es entónces?—Banderola.—Pero bandera, ó banderola como usted la llama, ella ha sido tomada en el campo de batalla, que es lo que nos importa.—No señor, no hay tales carneros: esa banderola ha sido tomada en el Cuzco por San Roman cuando hizo su pronunciamiento, (aunque no falta quien diga que ha sido fabricada en cierta tienda de la calle de las Mantas) y ahora, para ocultar las agonias en que se hallan estos caballeros, nos la han presentado con tanta impavidez y algarabia. —Pero permítame usted que le replique, señor don Pascual ¿esos bordados que adornan á la bandera en cuestion se ponen tambien en las banderolas?—Entre los clásicos rancios, como podemos llamar á nuestros adversarios, no señor, no se usan, ni se usarán jamás, porque son unos pobres tacaños que no valen ni lo que comen; pero, entre los nuestros, sí señor; porque, á mas de rejenerar las instituciones pátrias, tenemos que propagar el lujo y el buen gusto por toda la América.

No pude ménos que soltar la risa al escuchar esta parte de la conversacion de don Pascual y don Ignacio, pero teniendo buen cuidado de agachar la cabeza y ponerme las manos en la boca para que no lo notasen; cosa que hubiera sentido en el alma, porque me habria privado de una plática, que, por lo estravagante y divertida, me hacia olvidar por un momento los rigores de mi suerte.

La curiosidad me picaba ya por ver hasta donde se estendian las ilusiones de mis susodichos platicantes. Así es que, conteniéndome lo mejor que pude, volví á parar el oido y escuché.

—Voy á convencer á usted, señor don Pascual, dijo don Ignacio, que cuanto se ha dicho, y se diga sobre el particular, no es mas que una solemnísima mentira. ¿Dónde están sinó los partes detallados de las tan decantadas batallas? ¿Dónde el nombre, y el número de los jefes, oficiales y tropa que se han hecho prisioneros? ¡Qué! ¿No es mas que creer á puño cerrado cuanto se nos diga? O porque han gritado muy orondos *ganamos*, ¿estamos obligados todos á cerrar los ojos y callar? A otro perro con ese hueso; venga el parte, venga el parte: que me lavanten esa, señor don Ignacio, ¿pesa ó no pesa?—Casi-casi me convence esa reflexion.—Item mas, para dorar la píldora nos han salido con la *antífona* de que el negro Leon se ha tomado el detall de la batalla, como si nosotros no supiéramos que no ha habido tal detall ni tal batalla.—Pero señor don Pascual......... —Dejémonos de peros y de pantomimas; que contesten á mi argumento, si son gentes; ¿dónde está el parte? ¿dónde están los muertos? ¿dónde los prisioneros? No quiera Dios, señor don Ignacio, que usted se halle nunca en los conflictos en que se hallan estos pobres hombres.—Pero oigame usted, amigo mio, y no se acalore, ¿cómo es entónces que el general Castilla ha entrado en Arequipa? —¡Ahí está el busilis, mi amigo! ¡Ahi esta el busilis! Voy á esplicárselo á usted para que ensanche ese corazon de mosquito, y para que conozca con quien las há el general financista. ¿Ha estado usted en Puno? —No, señor. —¿En Arequipa?—Tampoco.—¿En Moquegua? —Menos.—Pues oiga usted. Supuesto que usted no conoce esos lugares, tomaremos algunos puntos de comparacion para que comprenda mejor lo que tengo que esplicarle. Figúrese usted que Lima es Arequipa.—Bien.—A Lurin lo haremos el Cuzco,—Está corriente. —Los Chorrillos serán Puno, porque el mar que tiene cerca nos puede servir de laguna de *Titicaca*.—Ya entiendo.—A Bellavista la trasformaremos en Moquegua.— Sí señor.—Ahora bien: el general Castilla al principio de la campaña (gracias á San Roman) ocupaba los departamentos de Cuzco y Puno, (que son Chorrillos y Lurin) y para buscar á nuestro ejército bajó de este último punto á Arequipa, (que es Lima) por la ruta de *Pati y Apo*, que es como si dijéramos por los callejones de *Matamandinga*, y se situó en Cachamarca (sitio que compararemos con la huerta de Cabezas) en donde fué derrotado completamente. S. E. el Jefe Supremo marchó entónces sobre Moquegua (Be.

llavista) para batir al general Gamarra que habia desembarcado en Arica; (punto que exactamente podremos comparar con el Callao); mas como supiese al llegar á esta ciudad que Castilla unido á las fuerzas que le viniéron del Cuzco (Lurin) habia entrado en Arequipa, y que ya le era imposible impedir su reunion con el general Gamarra, resolvió entónces ocupar Puno, (Chorrillos) para lo cual émprendió su marcha por el camino .... no tengo presente como se llama ese camino; pero ello es (v. g.) como quien dice por los callejones de *Maranga*, y efectivamente lo ocupó. Y esto no es lo mas rico, señor don Ignacio, sino que el tal don Ramoncito está en *canganas*, como decimos por acá; porque si marcha sobre Puno, Vivanco se le sopla en Moquegua; si marcha sobre Moquegua, Vivanco se mete al Cuzco ó regresa sobre Arequipa, porque puede hacerlo libremente, y así lo traerá de aquí para allí hasta que concluya con sus dias: ya usted vé que no exajero; usted conoce perfectamente los caminos, segun la demostracion que le llevo hecha, y ya vé usted tambien que no es muy fácil que el que vá á Lurin por la Tablada, atienda al que va á Bellavista por Mirones, ni el que va á Chorrillos por Maranga al que viene á Lima por Matamandinga. ¡ Qué tal ! ¡Esto es maniobrar en regla, señor don Ignacio ! ¡ en regla, en regla! —Y diciendo esto último se tomaban de las manos y se daban récios sacudones.—¿ No sabe usted, señor don Pascual, volvió á decir don Ignacio, del peso tan enorme de que me ha descargado ! Ya yo daba la cosa por perdida.—¡ Disparate ! No hay que desmayar: ánimo, buen amigo, que todo vá á pedir de boca. Deje usted que echen batallas por copas y que se embriaguen con sus quiméricos triunfos: ya llegará el dia en que prueben de lo dulce, y entónces veremos quien lleva el pato al agua.—¡ Ojalá sea mañana ! —No será mañana precisamente; pero poco ha de vivir quien no lo vea.—Dios lo quiera, porque sino .... ya usted sabe que......... —Ya entiendo, ya entiendo; no se quedará usted sin la piltrafa consabida: ya haremos tronar como *camareta* al que la obtiene.—¡ Y fuera del pais ! ¡ No, que no ! Y no crea usted que yo hablo de paporreta, señor don Ignacio, no señor: todo lo que acaba usted de escuchar lo he visto escrito en inglés en una carta venida de Arequipa por el último correo.—¿ Usted entiende el inglés ?—Ni una palabra; pero eso supone tres pepinos.—¿ Y cómo pudo usted ?......... —Bueno soy yo para que me dén con *dado* falso ! Tengo mucha malicia, mucha penetracion, señor don Ignacio: bastó que hubiese visto en la tal carta los nombres de Arequipa, Cuzco, Puno y Moquegua, para descubrir el vasto plan que ha de conducir á la rejeneracion al pináculo de sus glorias.

Vámosnos de aquí, dije yo parándome al oir semejantes despropósitos: dejémos á estos caballeros que se entretengan á solas y á sus anchas con sus castillos en el aire, que yo tambien los hago y me entretengo con ellos cuando me aprieta la gazuza. Y dicho y hecho, me mandé mudar para mi casa repitiendo entre dientes lo que sigue—

Es muy justo y regular
despues de lo sucedido,
que se desahogue el perdido
aunque sea con hablar.

LOS CARNAVALES.

Recostado sobre un sofá, ó mejor diré, sobre una mala banca que tengo en mi cuarto, pensaba el dia de ayer sobre la desigualdad de fortuna, entre los hombres, y sobre las viscisitudes de la vida. ¡Ah! esclamaba yo ¿de qué valen la honradez y las buenas disposiciones, si muchos que carecen de estas prendas recomendables son los que mas disfrutan de las dulzuras de este mundo? ¡Cuántos estarán, á esta hora, nadando en la abundancia y los placeres, mofándose tal vez del desgraciado, en los Chorrillos ó el Callao, miéntras que yo, en el sucucho de mi habitacion paso los dias de carnavales acompañado de mis aflictivas ideas, sufriendo toda clase de privaciones! Y trasportando mi imaginacion á esos sitios de recreo (segun los llaman) á donde van unos por ostenta-

cion, otros por novedad, por especulacion otros, y muy pocos por necesidad, se me figuraba que en una de esas reuniones (con quienes no rezan multas ni cosa que lo valga) en que, á pesar de la Policía, se despelleja y se despellejará á todo vicho viviente *in secula seculorum*, me habia soplado el viento tan en popa, que ya no podía con el peso de las amarillas que tenía á cuestas: miéntras mas ganaba mas quería, (asi le sucede á muchos) y tan cierto me creia rico, que ya me sentía tan repleto de vanidad como si verdaderamente lo fuera. ¡Que cálculos tan lisonjeros hacía! (confieso injenuamente que nunca pensé hacer bien al prójimo) y tan embebido estaba en mis cavilaciones, que mi amigo D. Leon, que entró á ese tiempo en mi cuarto, despues de haber dado varios golpes en la puerta, estuvo delante de mí algunos minutos sin que lo notase.

¿Duerme U., señor D. Juan? me dijo con una voz algo récia para recordarme— No, amigo, estoy despierto, le contesté, y ¡ojalá no fuera así!— ¿Qué hace U. con mil demonios?— Cuentas alegres— No le entiendo á U.— No hace mucho, señor D. Leon, que era el hombre mas dichoso de la tierra; pero U. con su importuna visita ha echado mi ventura por los suelos— ¡Yo!— Sí señor, y le conté al punto mis ensueños— No pudo contener la risa cuándo acabé mi relacion; y se apretaba la barriga y daba vueltas por el cuarto riéndose á carcajadas— Ríase U. señor D. Leon, ríase U.— ¿Pues no tengo de reirme de las locuras de U.?— Ello será lo que U. quiera; pero iguales paraisos forman mas de cuatro en este tiempo—Déjese U. de simplezas. Vamos á jugar carnavales que es lo que importa: levántese U.— ¡Carnavales! ¿y el bando?— Hombre, no parece U. limeño: ¿nó sabe U. lo que son aquí los bandos de carnavales?— Bien ¿pero la multa? — Qué multa, ni qué niño muerto: levántese U. que le voy á llevar donde unas jóvenes, que cuando U. las vea, dará al diablo las cuentas alegres de la *timbirimba.* Y diciendo y haciendo, me tomó del brazo, y me puso de patitas en medio de la vivienda. ¡Que había de hacer! El pobre es preciso que ceda en todo. No hubo excusas: me decidí á jugar carnavales, y héteme ya vestido con mis peores chamelicos, (que lo viejo guarda lo nuevo) provisto de las respectivas municiones de que mi amigo tenía en sus bolsillos enorme acopio, y en estado de habérmelas con la mas diestra carnavalera ó carnavalista.

En el tránsito de mi casa á la de las consabidas niñas, no hubo techo ni ventana, acequia ni balcon de donde no descargasen sobre nuestros cuerpos un diluvio de agua limpia, sucia, y quien sabe qué cosas más.— ¿Lo vé U.? me decía mi amigo D. Leon á cada descarga cerrada que nos hacían, ¿lo vé U.? Está U. convencido que los bandos de carnavales, (como otras cosas) solo se publican aquí *por fórmula*, y que mas valiera que no se publicasen, para no hacer ilusorias ni ridiculas las disposiciones superiores? — Tiene U. razon, contestaba yo, (y no mentía) tiene U. razon; y despegándome los pantalones y la camisa, que la tenía pegada al cuerpo como oblea en carta, seguía de muy mala data á mi amigo, á quien no hicieron variar de su propósito ni las aguanosas circunstancias en que nos hallábamos. Quince ó veinte pasos, ántes de llegar á nuestro destino, se adelantó de puntillas D. Leon, y arrimándose á la pared cuanto pudo, me hizo señas de que siguiese sus aguas; (que tal puedo llamar al rastro de ellas que dejaba en el camino.) Así lo ejecuté, y emprendiendo nuestra marcha con un suave y silencioso pasitrote, llegamos en un abrir y cerrar de ojos, á la casa ó castillo, que por tal lo bautizé despues que me sucedió lo que sabrá quien se tome la molestia de leer este artículo hasta su fin.

Tomadas las precauciones necesarias para ejecutar una sorpresa, ó mas claro, todas las medidas para que sintiese á mi amigo la que debia hacer el papel de traidora en el asalto, nos soplamos de rondon en la casa, cargando á las jóvenes con mas furia que una mitad de caballería sobre infantes dispersos: ¡aquí fué Troya! una daba vueltas por la sala sin acertar ó sin querer acertar á esconderse; otra (y fué la peor parada) al quererse levantar de su asiento, dió tan tremendo tropezon con una silla, dejando descubierto á nuestros ojos su bien compuesto suplemento, que no era poco abultado si hemos de hablar con franqueza; otra se entró en la cuadra y con sus delicadas manos sostenía la puerta tan debilmente, que nos estaba diciendo sin hablar, "*vengan ustedes, aquí estoy:*" la mamá ó la madre, como decian *in illo tempore*, corría de un lado para otro, sin atinar á cual de sus hijas acudiria primero, y no pocas veces se metió en la refriega, para ver si le dábamos su embestida; porque segun me dijo despues, era muy aficionada á jugar carnavales. Mi amigo, miéntras tanto, estrechaba con el brazo izquierdo la delgada cintura de la que le tocó en suerte (y observé entónces tenía con ella antiguas é íntimas re-

laciones) y con la mano derecha, provista de polvos de almidon, untaba bruscamente las delicadas facciones de su rostro, sin que la persona que padecía mostrase en esta maniobra la mas pequeña resistencia. Yo, que cargué sobre la caida, tuve muy poco trabajo para vaciarle sobre el cuerpo cuatro botellas de agua de la Banda, y dos ó tres libras de harina; porque sentada en el suelo, desde su caida, sufrió con resignacion cuanto podía hacer con ella en un dia de carnavales: el motivo porqué guardaba tan cuidadosamente esa postura no lo sé; pero como tengo tanto de malicioso, que me emplumen sino era el suplemento el principal ajente en el asunto. Hasta aquí todo iba á pedir de boca. Mi amigo, empeñado en dulces y tiernos coloquios con su adorado tormento, se cuidaba muy poco de la madre, de mí, ni de nadie en este mundo; y la señora, ya sea por prudencia, ó porque le caí en gracia desde el principio, no se apartaba de mi lado ni un instante, dándoles el tiempo necesario para que arreglasen sus negocios diplomaticamente—¡Como durára el carnaval un año, Sr. D. Leon! le decía limpiándose los polvos de la cara, y echándole una expresiva y encantadora mirada ¡me gustan tanto los carnavales! Y la respuesta de mi amigo era una repeticion completa del primer acto.

Despues que, vencidos y vencedores, nos disponiamos á separarnos amigablemente, y cuando ya habia dado los primeros pasos para verificarlo (porque como no estaba enamorado era el que daba mas prisa,) una formidable montonera compuesta de negras, zambas y muchachos, nos había cortado la retirada, y marchaba hácia nosotros en aptitud amenazante: unas llevaban larguísimas jeringas; (que habrian servido probablemente á los fundadores de la familia) otras enormes ollas (en que quizá no hacía mucho se había guisado la comida,) otras con las bateas en que se lavaban las ollas y los platos, los muchachos y la ropa, llenas unas de agua de lavasa, y otras de agua pestífera y grasienta: otras con tinajas: otras con jarras ó porongos, y en fin hubo muchacho que llevaba hasta el............quien sabe lo que llevaba! La direccion de la guerra estuvo confiada (hasta que llegó el ejército donde estaba la señora que tomó el mando en jefe) á las muchachas fujitivas, que armadas de grandes y lustrosas vacinicas que empuñaban á dos manos, y formadas en primera fila avanzaban al ataque, y animaban á las *macuitas* con un denuedo sin ejemplo.

Cuando me tuvieron seguro, rompieron el fuego sobre mí tan sin compasion, que si conforme duró un cuarto de hora dura cinco minutos mas, no hubiera sido el hijo de mi madre el que diera razon de lo acaecido ¡pobre de mí, desarmado y contra tantos! No hubo mas refujio que abrir la boca, cerrar los ojos y aguantar. Debo advertir, que á mi amigo, no solo lo consideraron por sus antiguas relaciones en la casa, sino porque al mismo tiempo entusiasmaba á la muchedumbre para que me refrescase, con el objeto sin duda de tenerla entretenida y estar él á sus anchas con su Filis. Cesó por último el aguacero, y ya puede figurarse el piadoso lector el lastimoso estado en que quedaría mi humanidad doliente! lo cierto es que por mas súplicas que me hicieron, mi amigo, la madre y las muchachas para tomar un trago y bailar una zamacueca, ¡que tal molde de zamacueca tendría yo! me marché al trote á mi casa, vadeando ántes la sala y dando al diablo á los carnavales y á mi condescendencia. En mi retirada (á pesar del bando) tuve que sufrir el mismo tratamiento que en el avance; pero yo lo había buscado, y esto me servía de consuelo.

En fin, á costa de un resfriado, estoy convencido de que no hay cosa mejor para los enamorados que los dias de carnaval, en que, á vista y paciencia de las madres mas vijilantes, pueden hacer con el objeto de sus pensamientos, lo que no han podido en todo el año; y mas convencido aún, que en esos dias de locura es un loco el que sale á la calle confiado en los bandos publicados con todas las formalidades de estilo, y que mi amigo D. Leon no era mi amigo.

ME VOY AL CALLAO.

De vuelta y vuelta (como dicen los náuticos) me mantenía yo á la vista del puerto haciendo ostentacion de mi destreza, cuando un viento récio que sopló de improviso me hizo dar fondo con la nave dónde ménos lo pensaba. Quiero decir, que era yo uno de esos enamorados pisaverdes y veletas, para quienes no hay mujer que no tenga su pero, á pesar de que á cuantas ven tantas quieren, y que envuelto entre las damas me mofaba á mis anchas de la credulidad de unas, y de la sensibilidad de otras, cuando una que supo mas que todas me atrapó en debida forma, y me hizo fijar en ella mi volátil imaginacion.

Esto supuesto, me parece que nadie pondrá en duda, que soy casado y velado segun los ritos de nuestra Santa Madre Iglesia. Mi esposa, que ahora se llama Julieta, y cuando la conocí doña Juliana, no es de aqnellas hermosas que digamos; pero tiene un par de ojos (de lomillo matador como dicen los gauchos) tan negros y hechiceros que no hay mas qué pedir; una patita, que por vérsela sacar se puede caminar de luengas tierras; y un andandito tan gracioso que me ha dado, y me dá, no pocos quebraderos de cabeza; pero sea dicho en justicia, creo prudentemente que no ha sufrido detrimento mi estatura desde que me casé, lo que es algun consuelo ciertamente para un hombre casado, y mas si es pobre como yo. Los primeros dias de nuestro matrimonio, fueron como los primeros dias de todos los matrimonios; esto es, contemplaciones mútuas, mucho amor, nadade interés, y extensos y alegres planes para lo futuro. Entónces mi querida mitad no se hallaba un instante sin mí, y sollozaba, y hacia mil pucheritos cuando mis ocupaciones me obligaban á salir de casa. Todo lo compraba por *mitades*, porque decía que así daban buen mercado, y que era necesario ser económicos para dejarle algo á los hijos. Entónces todo su entretenimiento consistia en componerme la corbata, ó sacudirme el vestido, y era tan poco callejera, que me costaba infinito que saliera á misa los Domingos.

Hinchado como un pavo me tenia la posesion de una alhaja tan valiosa, y no la hubiera cambiado, ni por una presidencia, qne es el bocado mas apetecible en nuestras repúblicas nacientes; pero ¡oh instabilidad de las cosas de este mundo! No habrán trascurrido seis meses de engreimiento y de ventura, cuando mi amada consorte ha dado al traste sus mimos, su recojimiento y su ahorrativa. Ya no hay diversion pública á la que no asista, y á la que no se presente de todo TECUM en contrapunteo con la mas encopetada. Ya no escucha mis consejos ni mis súplicas, y lo mas del tiempo se la lleva revoleteando por esas calles, como palomita de Santa Rosa, á costa de mi crédito y de mi bolsillo. Si vá á Judios á comprar seda ó agujas, se pone zapato de razo nuevo y tan ajustado, que á la vuelta lo trae roto ó destalonado, y por supuesto inservible. La media no se diga, ha de ser del dia, y el pañuelon de los mas ricos y de moda. Si compra un traje, lo hace pedazos ó lo regala ántes de que lo cosan (que ella nunca cose) porque vió otro que tenia una pintita mas en los mangotes; y si alguien le dice que en tal tienda lo hay mas fino ó de mas precio, no para hasta comprarlo, rompiéndolo tambien si no se lo alaban sus amigas. Antes dejará el sol de salir que falte ella á la ópera y á la comedia; y como lo primero vale mas, es lo que mas le cuadra, aunque no por eso pierde la aficion á lo segundo. Todas las mañanas se levanta muy temprano (cosa rara en limeña) á tomar leche y comprar mistura en los portales; todas las noches dá su paseo por el Puente, terminando la jornada donde ña Aguedita con seis ú ocho copas de helados y sus respectivos adyacentes. Para remate de fiesta, es tan afecta á camaradas, que mi casa parece un jubileo segun entran y salen, y todas han de almorzar y comer á mis costillas, sin que sirva de escapatoria no haber candela en los fogones, porque en tal caso se acude á la fonda ó á las vendedoras que pasan por la calle. Rodeada de estas sanguijuelas, pasa mi señora todo el dia con el cigarro en la boca, hablando de la última moda, de la milicia, (porque hoy están las mujeres muy metidas en la milicia) y de la vida y milagros de cuantas conocen y desconocen; y si yo la llamo ó la distraigo por casualidad, desata Dios su ira y me pone de oro y azul á desvergüenzas.

Una de estas camaradas, (cuyo nombre me molesta recordar) se sacó ahora tres semanas una suerte de á ciento veinte y cinco, y después de conferenciar con su marido, que es tan pobre, ó mas que yo, sobre si comprarían criada, pondrían chocolatería, ó harían un paseo con la plata, se decidieron por esto último; y dicho y hecho, se mandaron mudar al Callao en donde están por mal de mis pecados.

Mi mujer, que como algunas de su sexo tiene mucho de envidiosa, no ha querido ser ménos que ella, y desde que se fué no me deja resollar con la maldita cantaleta de *llévame al Callao.* En vano son reflexiones y cariños; esto es tiempo perdido. Todo lo que huela á negativa la irrita y desespera, y le hace echar la casa abajo á gritos y reniegos —Julieta, le decía yo el otro dia en un rato que estaba la cosa en calma, ¿de dónde quieres que saque para esos gastos? tú sabes que mis entradas son escasas, ¿no te doy gusto en cuanto alcanzan? entra en razon; no acibares mi vida con tus majaderías— Aguante usted, me contestó al momento poniéndose como una furia, aguante usted—Mira, Julieta...........—¿Qué no es mas que tener mujer? El que quiera celeste que le cueste— ¡Ya ves como está el tiempo!—¿Para qué se casó usted sinó podía sostener sus obligaciones como corresponde?— Tiene usted razon— ¿Porqué no lo vió usted bien ántes de hacerlo?—Tiene usted razon—No dá el que puede sino el que quiere—¿Pero en qué te falto yo? ¿no tienes lo necesario?— ¿Qué me ha dado usted? ¿qué me ha dado usted? (y esto me lo decía metiéndome las manos por la cara) ¿qué dirá quien lo oiga á usted? — — ¡Válgame Dios! Julieta, sosiégate— Ultimamente, no me venga usted con sermones: lo dicho, dicho. Los mundos han de haber aquí si no me lleva usted al Callao— Quieres que por darte gusto salga con un trabuco á los caminos?— No sé nada, no sé nada, lo que quiero es ir al Callao, y haga usted lo que le parezca— Pero, ¿qué necesidad hay de estos paseos?— Estoy enferma, sépalo usted; las cóleras que usted me dá me tienen así, y si no me baño en el mar, me voy á caer muerta de repente— ¡Dios no lo permita!— Por otra parte, así como la ven á una así la tratan; dirán las jentes que soy una miserable, de mal gusto, y que sé yo lo que dirán si no concurro á todas partes— A muchas ha perdido ese modo de pensar—He dicho que no oigo nada. Al Callao, al Callao, y basta de adefesios—¡Ya me falta la paciencia! Escucha, Julieta—Bien me aconsejaban que no me casase con usted—¿Pero qué ha sucedido con mil santos?—¡Y yo tan cándida que lo fuí á hacer, despreciando á otros que me querían tanto!—Acabemos, Julieta, porque si nó..........—Pobre de mí! porque me ve usted sola me maltrata y me.........¡Que desgraciada soy! ¿Así paga usted el amor que le tengo?

Y aquí siguieron los jerimiqueos y torciditos, que tan bien manejan las hijas de Eva cuando les tiene cuenta.

A pesar del jeniesito de mi mujer, confieso francamente que aun no me ha hecho perder la ilusion, y que me gusta mas, llorosa aunque me engañe, que altiva con injenuidad. Ella que conoce mi débil, porque para esto tienen las mujeres un olfato muy fino, me ataca por ese flanco y con un par de lagrimones me pone mas blando que mantequilla, ¡asi le sucede á tantos! No hubo, pues, remedio: terminado el diálogo que llevo referido, salí de mi casa como un cohete, resuelto á llevar al Callao á mi Julieta, aunque tuviera que hacer por ella los mayores sacrificios; y escarba aquí, y araña acá, consegui al fin algunos reales, con los que si Dios fuere servido, se pondrá manos á la obra. Cuando le comuniqué mi decision no supo qué hacerse conmigo; me abrazaba, me besaba (es preciso acordarse que soy casado) me llamaba su amigo, su padre, su alma, su vida, su corazon, y que sé yo qué otras cositas que tan dulcemente suenan en el oido de un enamorado; ¡pobrecita! ¡estaba tan linda! ....¡Hombres! ¡hombres! miéntras mas viejos mas muchachos. ¡Bien dijo quien dijo, que la mujer era el demonio! Concluido este acto, empezó á dar sus órdenes, y hacer los preparativos para el viaje.

Seis ú ocho costureras han estado ocupadas muchos dias en armarle los trajes, tonetes y camisones; de modo que mi casa ha parecido una sastrería en todos ellos. Ha hecho un acopio diforme de sombreros, cintas, alfileres, colores, olores, y que sé yo cuantos otros cachivaches; y hasta las mamparas las ha quitado ds su sitio para llevárselas. Paso por alto la tierna y larga despedida que ha hecho á sus camaradas, porque esto sería nunca acabar; baste decir que á todas les ha ofrecido mandar por ellas para que la acompañen unos dias, y que, para ayudármela á querer, se lleva á dos de sus intimas.

El coche y los carretones están ya en la puerta. Me voy al Callao. ¡Quiera el cielo que no se le ponga á mi Julieta volverse de la Legua! ¿Si seré yo solo quien tenga en Lima una mujer tan antojadiza y paseandera? ¡Quien sabe!

LA VIEJA.

Héteme de vuelta del Callao, y con la pluma en la mano para satisfacer el maldito comejen de escribir, que sin saber cómo ni cuando se ha introducido dentro de mí por mal de mis pecados. No habrá faltado alguno que haya achacado mi silencio á la escasez de materiales ó de capacidad para proseguir con mis artículos, ni alguna que no me haya deseado, y aun desee unas viruelas malignas ó un tabardillo entripado para verse libre de caer bajo mi jurisdiccion; pero aun no he concluido con mis estudios, (gracias á Dios) á pesar de mal intencionados, ni siento tan agotado el estuche todavía que no pueda charlar cuando me plazca, por mas dimes y diretes que lluevan sobre mí. Esto sentado, pasemos al asunto.

Me parece, si mal no me acuerdo, que he dicho en otra ocasion que soy casado, y que he dado á conocer suficientemente el jénio antojadizo y veleidoso de mi esposa; por lo tanto será de más dar pincelada sobre las causas que me obligan á andar con ella de la zeca á la meca, ni sobre mi regreso del Callao, á donde me condujo no hace mucho mi estrella matrimonial: ¡baste decir, que cumplidos cinco dias de permanencia allí, en los cuales se daría mi Julieta treinta ó cuarenta baños poco mas ó menos, y en los que haría diez ó doce paseos á la Punta y á las Huacas, dió y cabó en que le desagradaba la vida del campo, y dimos con nuestros huesos, de la noche á la mañana, en esta ciudad de los Reyes.

No he de pasar de aquí sin advertir á mis paisanos, para descargo de mi conciencia y tranquilidad de mi espíritu, que soy enemigo mortal de aplicaciones y que en vano se darán de cabezadas por encajar como moldura mis artículos á Fulanito ó Sutanito, porque mi objeto no es otro al publicarlos, que desahogar mi corazon contando mis desazones domésticas; lo que creo no me podrá impedir nadie, sin exponerse á que le llame á boca llena entrometido y murmuron.

Como marido y mujer, ó en paz y en haz como quien dice, comíamos mi Julieta y yo la tarde del Miércoles 17 del presente mes, y lo que era mas extraño, sin que hubiese hecho de los suyas en todo el dia, y sin que se notase en mi casa el mas pequeño asomo de cercana tempestad. Contentísimo estaba yo con tan inesperada mudanza, prometiéndome una vida de los cielos si tanta fuese mi felicidad que ella durase un mes siquiera; pero como no hay gusto completo en este mundo, miéntras formaba mis castillos en el aire y me recreaba con ellos, me vino á la memoria que el dia en que estábamos era de un paseo clásico, y que no tardaría mi mujer en traerme al retortero pará que la llevase á los Chorrillos. Como en ascúas estaba ya sobre la silla deseando que cuanto ántes terminase la comida para mandarme mudar á la calle, de donde no pensaba regresar hasta las once ó doce de la noche, cosa decía yo, que aunque me ocasione un par de horas de refunfuños y reniegos, me librará á lo ménos de gastos, trasnochada, y quien sabe qué otras cosas. Sin oler siquiera el último guisado, me levanté de la mesa, tomé mi sombrero y el baston, y me iba escurriendo sin sentirlo fuera de la sala, cuando mi mujer que lo notó, se levantó precipitadamente de su asiento, y tirándome del frac por una falda, me dijo encendida en cólera. ¿Á dónde bueno caballero?— Voy á una dilijencia, Julieta, que no me habia acordado: tenía que hacer á las cuatro.— Entre usted, caballerito, entre usted para adentro, y esto me lo decía dándome récios empellones.— ¿Pero qué hay ahora, por Dios?— ¡Qué pechugon es usted! ¿No sabe usted qué dia es hoy?— Julieta, tengo tan caliente la cabeza con tus majaderías, que no sé ni el dia en que vivo— Oigá! ¿No lo sabe usted? ¡Qué tal! ¡Cómo se hace usted el chiquitito! Pues yo se lo diré á usted: hoy es miércoles— ¿Y á qué viene eso? ¿Qué cuenta tenemos con que sea miércoles ó sábado?— Mucha tenemos, si señor, mucha tenemos, porque hoy es miércoles, sépalo usted, y dia de la *Vieja*— ¡Dios mio de mi alma!— Dejémonos de exclamaciones, caballerito: lo que importa ahora es que tome usted el portante, y que á la oracion en punto esté de vuelta con un par de caballos para irnos á los Chorrillos— Pero, hija mia, ¿á dónde voy á encontrar quien me preste caballos á estas horas?— Búsquelos usted, alquílelos usted— ¿Y montura para tí? ¡yo no conozco mujer ninguna!— Eso corre de mi cuenta; yo le mandaré pedir la suya á una camarada que me la ha ofrecido muchas veces. —Pero, Julieta, ¿porqué se te antojan las cosas á la *hora de la hora?* ¿porqué nó me has dicho todo esto antes?— Hago bien. Mi gusto será— Al fin mujer!— Dejémonos de desentonos caballero, haga usted lo que le digo si no quiere que hoy nos lleven los demo-

nios. ¡No faltaba mas ahora sino que usted me venga á gobernar! Y pronunciando estas palabras me dió un torcido, se chupó los dientes, me volvió la espalda, y se metió al cuarto de dormir.

Sufre, simplonazo, me dije á mi mismo luego que me quedé solo: aguanta, pobre hombre, y no te quede ni el consuelo de que lo que á tí te pasa sea mal de muchos; porque (segun dicen mis paisanas) la mujer que Dios me ha dado, ó que yo me buscado, es de un manejo tan extraño, que no se hallará en todo Lima otra que se le parezca aunque la busquen con vela; ellas lo dicen, sabido lo tendrán; pero yo no sé qué vislumbres me dán de que pueden equivocarse, y este *pueden* y estas *vislumbres* aunque remotas, me sirven de lenitivo, digan lo quieran. Pero yo perdía en estériles lamentos el tiempo que debía emplear en hacer mis dilijencias, so pena, de lo contrario, de atraer sobre mí toda la indignacion de mi mujer; así fué que, sin mas preámbulos, partí como un buscapique, resuelto a no parar hasta conseguir lo necesario para el paseo. No me quedó amigo ni conocido á quien no rogase como animero, para que me sacase de mis ahogos; y despues de una hora de talonear con este objeto, regresé como una pascua con mi par de caballos, esperando que mi esposa premiaría mis afanes con sus piropos; ¡pero qué chasco me llevé! en lugar de encontrarla alegre y cariñosa, como me lo habia figurado, la hallé como una furia dando al diablo á todas sus camaradas, porque la que le ofreció la montura se la había negado, so pretexto de que la tenía descompuesta. No es preciso advertir que don Juan Lanas tuvo que volver á la calle á buscar quien le hiciese la caridad de tapar este agujero; lo cierto es, que de aquí los estribos, de acá los sudaderos, de acullá la silla, y de mas allá el poncho y el chicotillo, dí la vuelta á mi casa, provisto de estos *achalaes*, en donde la atmósfera se presentó por esta vez hermosa y resplandeciente.

Miéntras yo ensillaba los caballos, mi Julieta daba vueltas por toda la casa, proveyéndose de lo necesario para el viaje: ya tiraba un cajon del comodin para sacar una camisa; ya abría la rinconera para buscar el albayalde; ya vaciaba el costurero para proveerse de alfileres; ya me rejistraba el escritorio para rebuscarme los papeles; y en fin, hasta debajo de la cama hizo sus indagaciones, no podré decir con qué motivo: asi es que todo lo rebujó, lo descompuso y ensució, dejando en tal desorden las viviendas que parecían todas ellas un vasto campo de batalla.

Asi que estuvo todo listo, partimos para nuestro destinó; pero no habríamos llegado á la esquina cuando tuvimos que regresar por el colorete qne se le había olvidado á mi mujer; y aun cabalgada segunda vez, tuve que apearla para que buscase los zapatos viejos que tambien se le habian olvidado. Por último, despues de frecuentes altos en el camino, unos para componerle los estribos, otros para bajarle el traje que á cada rato se le suspendía, otros para apretar la sincha del caballo, y otros qué se yo para qué, llegamos al Chorrillo al cabo de tres ó cuatro horas, no poco maltratados por cierto; yo, por las contínuas impertinencias de mi esposa, y ella por el trote de su cabalgadura, que, aunque duro, lo soportaba con paciencia por la ánsia de pasearse, y porque al fin era prestado y suave bajo este respecto.

No veía la hora mi Julieta, y era tan grande su inquietud y ajitacion, que temí con fundamento que le acometiese algun insulto de repente. ¡Jesús, que hombre tan ponderativo! dirán mis paisanitas oyéndome contar las gracias de mi esposa; pero les pido encarecidamente que metan la mano en su pecho, y me confiesen con franqueza, si la víspera de un baile, de una fiesta cívica, ó de la consagracion de un Obispo, no han sentido los mismos síntomas de curiosidad que aquejaban á Julieta ántes que se presentase la Vieja en Chorrillos.

En fin, cuando menos lo pensabamos, una voz jeneral que repetía *ahí viene, ahí viene*, y una espesa nube de jente á caballo, que levantando otra mas espesa de polvo, y llevandose de encuentro á cuantós se les ponían por delante, se dirijía á una esquina de la plaza, nos hizo conocer que se acercaba el suspirado carreton, y que era indispensable seguir el movimiento para hartar nuestra curiosidad; lo que ejecutamos sin pérdida de tiempo, llevando como de paso algunos encontrones y riendazos. No describo minuciosamente esta inmoral y antiquísima farza, porque habrá pocos en mi tierra que no hayan hecho su papel en ella por más fachendosos que se muestren, y por consiguiente que no la sepan desde la cerradura en el Acho hasta el repiquete del almirez: diré solamente que en los Chorrillos se reduce á una indecente borrachera que ofrece muy perniciosos ejemplos, y que no seria malo que metiese mano en ello la policia, en lo sucesivo.

En estas y esas otras se nos venia el dia encima, y ya era preciso pensar en regresarnos, aunque, por mi parte, mejor hubiera querido tenderme á lo largo en el suelo que practicar esta operacion; pero no hubo remedio, se puso en marcha la carabana, y al cabo de cuatro horas de camino, porque venimos despacio, dimos fondo en nuestra casa cubiertos de polvo y molidos de cansancio. De pintura estaba mi mujer cuando la apeé de su caballo: con la cabeza gacha y las piernas trémulas y abiertas, apénas se podia mover del sitio en que estaba: la cara la tenia desencajada y de color de cera, los cabellos desordenados, los ojos legañosos y dormidos, y en fin presentaba, toda ella una caricatura tan rara, que no me faltó el canto de un peso para soltar la carcajada en sus hocicos.—¡Ay, amigo mio, me dijo con una vocesita débil y cariñosa, qué maltratada estoy! Llévame al sofá, por vida tuya. ¡No sé como hay jente que le guste este páseo! No seré yo quien vuelva á él ni á otro semejante.—¡Propósitos de jugador! Pero Julieta, le contesté tomándola del brazo y conduciéndola al sofá ¿no tenias tanto alboroto anoche?—No, pues; por darte gusto no más fuí.—¡Eso es! échame la culpa de las molestias que tú misma te origiuas.—Tal vez hubieras dicho que por mí no te divertias, si me hubiera negado á acompañarte.—¡Ah mujeres, mujeres! dije para mí oyendo tales contradicciones, ¿quién será capaz de comprenderos? La paciencia de un santo no basta para tratar con vosotras! Y coloqué al mismo tiempo á mi tormento en el sitio destinado para que descansase.

Aunque el cuerpo me pedia reposo á mí tambien, fué preciso antes de complacerlo, que me ocupase en el *téje y maneje* de desensillar las bestias, y volver las cosas á sus dueños; dilijencia en que gasté toda la mañana, volviendo á medio dia á mi casa con una gazuza devoradora; pero como todo andaba en ella por su cuenta, tuve que acostarme sin probar bocado, rogando á Dios le tocase el corazon á mi mujer aunque fuera una vez al año por la cuaresma. Cuatro dias ha estado en cama la pobrecita de resultas de la Vieja, en los cuales, si bien no he descansado un momento para atender a su cuidado y asistencia, me ha prodigado en recompensa tiernas y deliciosas caricias, y me ha hecho firmes y repetidas protestas de mudar de vida, lo que en ley y conciencia creo tanto comó en la salvacion de Judas.

LA BENDICION DE BANDERAS.

Qué jenio el mio! ¿ Por qué seré tan *oleton*? (como dicen mis paisanas.) No hay diversion pública en que no me encuentre, y de que no dé cuenta y razon. ¿ Se hace una novena en Monserrate ? allá voy de los primeros. ¿ Se lidian toros? me encajo ántes que las figuras en la plaza. ¿ Se predica un sermon ? lo he de oir quiera ó no quiera, y he de dar mi palotada sobre la retórica de su paternidad. ¿ Hay arengas en Palacio ? me he de colocar junto al dosel aunque me revienten á empujones. ¿ Hay retreta ? á ella asisto con mas exactitud que los tambores. ¿ Hay visita de cárcel ? allí se halla mi persona de mejor gana què los escribanos; y en fin, en lo curioso y andariego soy ni mas ni ménos como esas mujeres que retrató tan á lo vivo un sábio paisano mio, ó como cierto concolega que tengo por esos mundos; pero con la posdata, que yo cuando no veo las cosas me las figuro, y hablo de ellas como si las hubiera visto; imitando á otros que conozco que no solo hablan sin ver las cosas, sino que les añaden su ribete. Esta maldita mania (que no es solo mia) de verlo todo, hablar de todo, de suponerlo todo, y dar quita y falta de todo, me hizo concurrir este domingo último á la bendicion de la bandera de la Guardia de Honor Nacional. No habrian dado el último bostezo los individuos que la componen, cuando yo me hallaba paseando a lo largo por el portal que está enfrente de la iglesia de las Mercedes, discurriendo el modo de contar al público cuanto tenia que presenciar. Lo haré en un comunicado, decia, comparando á nuestros Guardias Nacionales con los Granaderos de Federico ó con la Guardia Imperial de Napoleon: pero me arrepentia de lo dicho, por lo manoseado de estas comparaciones, y porque fastidiaria con ellas como los periódicos con la cuestion de Oriente. Por otra par-

te ¿ quién me mete á cuentista ? dejemos este trabajo á otros mas sábios que yo, ó mas amigos de lucir con discursos pomposos: no faltará por ahi quien lo escriba con sus puntos y sus comas, y aun añada un par de descargas para hacer mas estrepitosa la funcion. Pero ¿ cómo callar cuando no habrá en Lima quien hable de otra cosa en quince dias, y cuando me estoy despepitando por darle suelta á la sin hueso ? Pues señor, Folletin al canto, y salga como saliere; que otros den cuenta de la fiesta miéntras yo lo hago de las raspas: y hecho este propósito me aferré en él, y doy principio.

Formó pues el batallon de Guardia de Honor Nacional con todos sus menesteres, y se dispuso á marchar para la plaza; y sea dicho de paso, me admiraron su garbo y disciplina, y no sé si diga, que tuve tentaciones de enrolarme entre sus cazadores. ¡ Puede que á algun egoista político le sucediese otro tanto ! pero punto en boca, y adelante. Para verlo desfilar con mas comodidad, me situé, como *Pedro entre ellas*, en la puerta de la fonda de Cópola; quiero decir, en medio de una porcion de tapadas y descubiertos que estaban allí con anticipacion. En mis gustos estaba yo por la oportunidad que se me presentaba para lograr el fin que me habia propuesto, y no tardé mucho en entrar en materia.—¡ Ay niña ! decia una de mis tapadas al pasar el batallon, mira á Manongo qué buen mozo vá; y se tapaba de ojo, pero no tanto que no pudiese conocerla el que nombraba. —¡ Qué bien marcha Pancho ! ¡ Qué bien le sienta la casaca ! decia otra, cuando desfilaban los cazadores, echando una mirada no muy católica sobre su capitan. —¡ Válgame Dios ! esclamaba una vieja (porque en todas partes hay viejas) ¡ Pobrecitos ! ¡ Con tanto sol ! ¿ Para qué serán estas tropas ahora ? ¡ No digo yo ! la cosa no está muy buena.—Cedacito nuevo, cedacito nuevo, decia un pinganilla, ¿ qué durará esto ? No me atraparán á mí.—Todo esto es paja, señor don Clemente, todo esto es paja, repetia un viejo á otro de su catadura. ¿ Se acuerda usted de la Cóncordia ? ¡ Eso si que era bueno ! Me parece que la estoy viendo. El dia de San Fernando fué el primero que formamos, y nosotros solos llenamos la plaza sin que fuera necesario ayuda de vecino.—¡ Ay ! mi amigo, contestaba el otro, dando un profundo suspiro. ¡ Esa era otra jente ! ¡ Otro tiempo ! ¿ Se acuerda usted ?—¡ Esas casacas encarnadas con solapas de terciopelo verde ! —¡ Esos sombreros de tres picos !— ¡Esos sables con puños de plata ! Esos........ ¡ Qué recuerdos ! ¡ Cosa grande, cosa grande !—¡ Oh qué tiempos aquellos ! esclamaban á una voz, y seguian tirando tajos y reveses contra el presente.

Conforme iba pasando el batallon, iban mis tapaditas nombrando con todas sus letras á sus individuos, con tal puntualidad que no parecia sino que habian aprendido de memoria la lista de cada compañia; esto se entiende, sin perjuicia de darles de vez en cuando un tijeretaso, y de notar si *Fulanita*, que pasaba, llevaba puesto el pañolon que estrenó en la Pascua, y si *Menganita*, tenia el zapato bien ó mal enfrenado.—Niña, vé quién va ahí ¿No sabes quién la visita mucho? don Enrique. ¡Qué mal gusto tiene! ya se vé ¡estrangero! ¡Cómo no puedo ver á los estranjeros!—¡No digas eso! á mi me agradan mucho Si vieras cómo trata don Jorge á su mujer! la da gusto en todo cuanto quiere,—¡No los puedo ver! ¡No me nace el quererlos! (y lo diria sin duda porque ninguno la visita.)—Cada loco con su tema.—Yo sigo la mia.—Y yo tambien la mia, dije yo, separándome de ellas y encaminándome á la plaza.

Al entrar en el portal de Botoneros, observé que una multitud de mujeres, muchachos y aun hombres barbados, llevaban como en andas á dos personas, que no pude conocer de pronto, pero acercándome á ellas reconocí perfectamente ser ciertas *donnas* qee han hecho palpitar el corazon á mas de cuatro, y romper los bastones á mas de cinco: con la boca abierta y con la vista fija en ellas las seguia la muchedumbre, contemplándolas con tanta admiracion como vieron por la vez primera al Elefante; y aun hubo uno que, por no ver por donde iba, tropezó con otro y se hizo un chichon en las narices. ¡Hasta cuando seremos tan noveleros! esclamé. ¡Hasta cuando daremos á esos estranjeros que tanto odiamos, (tal vez sin motivo) una idea tan desfavorable de nuestra ilustracion! ¡Hasta cuando............... Pero basta de hasta cuandos, porque esto es predicar en desierto.

Haciendo estas y otras reflexiones seguí mi camino para la Catedral, y ántes de entrar en la iglesia quise dar un vistazo, desde las gradas, á las tropas que estaban formadas en la plaza: confieso francamente que á una perspectiva tan interesante me sentí animado del mas puro patriotismo, y formé mil votos por la ventura de mi patria.

Hecha esta dilijencia, entré al templo, y aquí la escena fué muy diferente. Infinitas personas de ambos sexos, de las que algunas no se ocupaban ciertamente de cosas muy santas, recorrian sus naves, y saludaban como en su casa á cuantos conocidos encontra-

ban. Así como hay empleados, decia yo, para arrojar á los perros de este lugar sagrado y respetable, ¿por qué no los habrá tambien para espeler á las personas que no guardan en él el debido comportamiento? ¡Mucho puede la costumbre! y mas cuando es mala.

Diciendo esto me coloqué lo mas cerca que pude del púlpito para oir el panejírico, por que como creo que he dicho ya, soy muy afecto á los sermones. Empezó, pues, y aunque en duo ó en cuarteto con tres ó cuatro chiquillos, que gritaban á mas no poder, y con su respectivo acompañamiento de arrastraduras de piés, me pareció bueno y cristiano; si alguno no es de mi opinion, buen provecho le haga. No habia concluido todavia la suspirada bendicion cuando todas las mujeres se levantaron precipitadamente y se salieron del templo, y yo corrí tras ellas, y en ménos de un santi-amen me encontré en Palacio aguardando las arengas, que era el objeto de mis acompañantas. En vano fué esperar, no las hubo, ni habia por qué haberlas, y si he de decir la verdad, no me petó mucho la negativa, porque ya habia hecho la intencion de divertirme con los palmoteos y la algazara, con que es de ley en semejantes actos faltarle al respeto al que de derecho le compete, é interrumpir y amedrentar á los oradores; pero mis compañeritas se desquitaron del chasco que habian sufrido, rejistrando de cabo á rabo la mansion gubernativa; porque dizque les habian contado, que allí dormian en el aire. Despues de las requisitorias de estilo tuvimos que dejar el puesto, y aunque yo debia volver á ocuparlo para dar fé y testimonio de la bucólica que hubo mas tarde, en nada ménos pienso que en eso, por que he tenido noticia que no asistieron mujeres, y yo no me hallo donde no hay mujeres.

Hétenos ya, pues, en la cuadra de Palacio y en retirada cada uno para su casa; pero no estaba en los libros de mis queridas tapaditas, la que les tenian guardada los mozos de buen humor en la embocadura del portal de Escribanos. La curiosidad se pena, me decia mi abuela, y por consiguiente no podian ser tantas las exceptuadas por la regla. No hubo remedio; tuvieron que pasar por las horcas caudinas, ó hablando en términos limeños, por las trancas que allí les habian formado.—¡Guá! qué muñecos tan lisos! esclamaba una viéndose en medio del fatal embudo, y con la mano derecha trataba de repeler, aunque suavemente, á los que la inspeccionaban.—¡Qué mozos tan mal criados! qué indecencia! niña, tápate, decia una vieja que habia caido en la trampa, y que iba detrás de su hija.—Yo, aunque conocia que esto era la purísima verdad, era sin embargo uno de tantos y no dejaba pasar ninguna por mi banda, que no me diese cuenta de si el cuerpo que llevaba era todo suyo.—¡Jesús! qué hombres! decia otra apurando el paso, y con una sonrisa seductora. ¡Qué invenciones! A todas contestaban mis compañeros con ruidosas carcajadas, celebrando sus travesuras con *bravos* y palmoteos, *como en la ópera*, y mostrándose unos á otros los pedazos de mantos y pañuelones habidos en la refriega. Desecha la terrible callejuela, cada uno de los concurrentes dió su docena de vueltas por los portales y se escurrió para donde mejor le convino; y no es necesario advertir que yo no fuí de los primeros que efectuáron esta evolucion: al fin ¡qué habia de hacer! seguí el movimiento de la cabeza (como dicen los militares,) y me marché tambien para mi casa, no con poco sentimiento de que se hubiese acabado la funcion, y de no poder hablar mas de ella; pero Dios es grande, y Lima muy abundante en espectáculos de esta especie, para que no me proporcione el consuelo de dar pábulo á mi jenio otra vez: así lo espero; y lo prometo hacer con toda mi alma, aunque (ahora que me acuerdo) no todo lo que se promete se cumple en estos tiempos.

LA MONTONERA DE HUACHO.

Hacia argo tiempo que no veía á mi amigo don Genaro, que con toda su familia ha estado de temporada en Miraflores. Vino ayer, y al darme parte de su regreso, me invitó para acompañarlo hoy á tomar la sopa. Suenan las tres de la tarde en el reloj de la Catedral, vóime á su casa, mi amigo aún se hallaba fuera de ella; pero su cara mitad, rodeada de visitas, hacia los honores del recibimiento. Despues de aquellos cumplimientos y saludos de costumbre, doña Manonga, señora tan amable y bondadosa,

como sencilla y crédula, hizo recaer la conversacion sobre los asuntos del dia, la fastidiosa política que reemplaza ahora en los estrados á la Opera y al Espejo de mi tierra, abordándome desde luego con la siguiente pregunta:

—¿Qué trae U. de bueno, señor don Antonio?

—Nada, señorita: todo está en calma y silencio por ahora, aunque de un momento á otro se esperan grandes noticias del sur.

—Buen silencio por cierto, cuando desde mi venida del campo, apénas me caben en la cabeza todas las novedades que se cuentan, y que me tienen tan aflijida.

—¿Cómo así? preguntó con una sonrisa de satisfaccion uno de los concurrentes, cuyo nombre ignoro, pero que por mas señas fué comandante en tiempo de don Andrés, ¿como así, señorita?

—Guá! no se haga U. el chiquito, replicó doña Manonga. ¡Qué! ¿No ha sentido U. la alarma de anoche? Todos los cívicos estuvieron sobre las armas: el sastre que vive abajo, y es oficial, le dijo esta mañana á mi zambo, que ni una *gota* habia dormido, porque la montonera venia á atacar la ciudad y que iban á hacer trincheras en el Puente. Yo, por fortuna, no lo supe hasta hoy, que si nó, me paso toda la noche en claro de puro miedo.

—Bah! bah! exclama don Agapito, sugeto de comodidades, y tampoco falto de años; válgame Dios, comadre, que crea U. esas patrañas!

—¿Y como no las he de creer? cuando los del Comercio estuvieron tambien en el cuartel. Á las siete de la noche fueron á llamar muy de prisa á Juanito mi sobrino.

—Si todas sus noticias son como éstas, de valde se aflije U. Es verdad que irian á citar á don Juanito; pero para salir de patrulla, porque le tocaria en turno. Mucho me gusta que la ciudad esté guardada por gente formal y que tenga que perder. Así nos veremos libres de los robos y atentados que en las veces de marras.

—Siempre está U. con sus cosas, creyendo que me consuela con decir que no hay nada: pues acaso no sé yo que hay montonera en Huacho, y que por eso salió tropa?

—Embustes, respondió don Agapito. Nada de eso: no hay nada: todo se halla tranquilo: quieren alborotar el pueblo á fuerza de decirlo: si señor, no hay nada en Huacho, lo que tiene es, que las precauciones nunca están de mas: U. me entiende, comadre.

—Felices dias, dijo entónces un almibarado pinganilla que entraba en la cuadra, y que haciendo una série de cortesías á la francesa, y recalcando mucho sobre las últimas sílabas de su melifluo saludo, se apoderó de una silleta, con lo que quedó interrumpida la conversacion por algunos momentos; pero don Agapito, favorecido por la proximidad de su asiento, no tardó en continuarla con la señora de casa, diciéndole en voz baja:—Apostaria yo a que este señorito es el autor de las noticias.

—No señor, está U. engañado: me lo ha dicho una amiguita mia, hermana del cigarrero de la esquina, que lo sabe de buena tinta por uno de sus marchantes.

No se nos pregunte como pudimos escuchar lo que acabamos de referir. Baste al lector saber, que, á pocos minutos, el jóven recien llegado tomó la palabra, y jugueteando con la varita que tenia en la mano, se expresó en estos términos:

—¿Con que tenemos buque de Islay?

Á estas palabras alargó el pescuezo el consabido comandante, y precipitadamente exclamó:—¿y qué trae?

—*Nada nuevo*...... doscientos heridos abordo, y.... y.... pero...... dicen que no hay nada. La-Fuente y Castilla presos...... en el Callao se montan cañones...... se encierran en el Castillo los *cuatro gatos* de Bellavista...... *tout est fini*, señores, no hay remedio: la Regeneracion marcha, y ustedes verán, ó poco han de vivir los que no vean; pero volviendo á otra cosa, con que tendremos Opera en Pascua? ¡Oh! y como lo celebro! Ya era insufrible el carecer tanto tiempo de teatro lírico!

Tal era el estado de su charla, cuando se oyó la bien conocida voz de Domingo, el repartidor de «El Peruano», gritando *el Peruano interesante, Noticia de los generales Castilla, La-Fuente y San Roman.*

—A ver, niño, dijo la madre á uno de sus hijos que jugaba con el falderito en el extremo de la vivienda, llama á ese vendedor de papeles.

Baja el niño á la carrera, reinando entretanto un silencio general solo interrumpido por doña Manonga, que con un aire de desconfianza dijo á don Agapito:—veremos á ver quien gana.

El muchacho se avalanza acezando al regazo de la madre, trayendo en la mano el

periódico, que ésta pasó á don Agapito [el hombre de sus confianzas] para que leyese en voz alta.

Pasa lijeramente la vista por sus columnas, y dice:

—Este número ya lo he visto esta mañana; no trae mas que lo que he dicho á U., todo vá bien, y á pedir de boca para los que no queremos bochinches.

El negro Domingo, que habia seguido los pasos del lijero jovencito, se asomó entónces á la puerta en solicitud del por cuanto vos contribuisteis de la Santa Cruzada: la señora le hizo señas de que entrase, y miéntras que buscaba en el bolsillo dinero para pagarle, y que todos los concurrentes, incluso yo, hacian el ademan de anticiparse á pagarle, pero ninguno se anticipó á causa de los chalecos ajustados, uno de tantos le preguntó:

—¿Qué tenemos de bueno, señor Diputado?

—*Nada, señor*, respondió éste, que á fuerza de repartir impresos se ha vuelto muy sabido y bachiller; ahí lo dice el papel, cuentan por ahí muchas cosas pero *todas de palabra, nada por escrito*, que yo traduzco literalmente: *Todo falso, nada cierto.*

Llegó en esto mi amigo, la sopa no tardó en servirse, y aunque en la mesa no faltaron algunos rasgos de política como salsa de la comida, puse poca atencion en ellos; concluimos, me despedí, dí una vuelta por la procesion, regreso á mi casa, tomo la pluma, y entregó al papel las ocurrencias de la tarde.

UNA VISITA.

Hola! ¿con que eso dicen de mí?— Sí señor—¡Habrá picarones! ¿Y qué mas?—Que eres un ignorante—Lo confieso—Un estúpido—No tanto—Un muñeco *dezoletado* —¿Eso dirán mis paisanitas?—Acertaste—Vidas mias, qué mal pagan el cariño que les tengo!—Un hambriento, aplanador de calles—Alto ahí. A nadie le debo ni molesto—Un presumido—No tengo porqué serlo—Que en vez de pretender reformar las costumbres ajenas, debias comenzar por reformar las tuyas—Tienen razon. ¿Y quién les ha dicho á los tales, que yo pienso tomarme ese trabajo? Disparate, mucho ménos cuando conozco tan á fondo las uvas de mi majuelo.—Entónces, ¿porqué escribes?—Porque todos escriben—Pero si conoces que no alcanzan tus fuerzas para desempeñar con acierto tarea tan dificultosa, por qué no la abandonas?—¡Pobre hombre! ¡cuán poco sabes lo que puede el amor propio! por otra parte, si todos los que escriben en el dia fueran á llevarse de tus consejos, ¡qué pocas letras de molde veríamos en nuestra tierra! —Pero ya que esa manía es irresistible en tí ¿por qué no ejercitas tu pluma en otro asunto? en la política v. g.—Escupe esa herejia—Y no en esos folletines malditos que te adquirirán mil enemigos—En horabuena; á nadie le pongo un puñal á los pechos para que los lea, ¿y por qué se enojan? no he dicho mil veces que soy enemigo mortal de aplicaciones, y que mi objeto al escribirlos no es ofender á persona viviente?—Bien, pero......—Si no obstante una confesion tan franca y generosa, hay por esos mundos quien se crea retratado en ellos, no me culpe á mí, culpe á su depravada malicia solamente—¿Con qué estás decidido á continuarlos—Por supuesto—Haz lo que te dé la gana—Y al que mal le pareciere buenas pascuas le dé Dios—¡Tienen razon en lo que dicen!—Oye, ¿y no me llaman asesino, ladron, revolucionario, bajo, traidor ó cambia colores?—No he oido nada de eso—Pues haz cuenta entónces que no han dicho nada: en los calamitosos tiempos en que nos ha tocado en suerte vivir, se puede llamar dichoso el que no es señalado con alguno de estos epítetos. Esta conversacion tenia yo con un primo mio, (que aunque no soy príncipe ni muger tengo primos) encaminándonos á la casa de unas amiguitas suyas, á donde me llevaba de visita por primera vez. Llegados que fuimos, me presentó mi pariente á sus amigas con la etiqueta de costumbre, y despues de un cambio recíproco de ofrecimientos, que mas fastidian que aprovechan, quedé constituido al lado de una graciosa trigueñita que, segun mi leal saber y entender, tendria á cuestas ya sus veinte y tantas navidades; aunque ella en el curso de nuestra conversacion se dejó decir que no se acordaba del temblor del año 28.

Segun los informes que tuve á bien adquirir con anticipacion, la familia ante quien me presentó mi primo debia constar de cuatro personas solamente, esto es, la señora mamá [doña Goyita] sus dos hijas [Panchita y Mariquita] y una tia-abuela de la mamá (doña Escolástica) que ya de puro vieja ni veia, ni oia, ni entendia; pero al entrar en la cuadra se presentaron á nuestra vista tres ó cuatro señoras á mas de las referidas, las que juzgué al punto por camaradas de la casa, como efectivamente lo eran, segun pude colegir á muy poco rato de estar allí. Miéntras se trababa hácia mi izquierda una acalorada conversacion entre visitantes y visitados; me explicaré mas claro, mientras la señora hablaba con entusiasmo de su tiempo, recordando la semana santa, los diablos de San Marcelo y los jigantes de San Lázaro; miéntras que las muchachas trataban de modas y de cortejos; y miéntras que mi pariente, no sé de lo que trataba, porque lo hacia en secreto con Panchita, yo permanecia mudo expectador de estas escenas, lisonjeando mi amor propio con las miradas que, á hurtadillas, me dirijia de cuando en cuando mi vecinita. Media hora haria poco mas ó menos que me conservaba en esta inaccion, cuando me sacó de ella Mariquita dirijiéndome la palabra en estos términos:—¿Es usted limeño, caballero?—Si, señorita—¡Me habia usted parecido arequipeño!—No tengo ese honor—¿Ha estado usted en Europa?—No, señorita—¡Qué lástima!—Ciertamente, es una desgracia para mí, que puedo decir, como algunos de mis paisanos, que apénas he visto el mundo por un agujero—Un jóven siempre saca utilidad de un viaje á Europa—Es verdad, señorita; tenemos muchos ejemplos de ello en nuestra patria. Y dicho esto volvimos á quedar como amantes reñidos: quiero decir, en silencio. Diez ó doce minutos permanecimos en este estado, hasta que desplegando Mariquita el abanico entre sus lindos dedos, y echándose en el rostro todo el viento que podia, exclamó encarándose á mi como buscándome la boca—¡Jesus! qué calor hace—Es verdad; la estacion está muy rigorosa—¿Cuántos baños se ha dado usted?—Muy pocos, señorita; soy muy cobarde para el agua—¡Qué tal! pues yo me habré dado unos ochenta; y á no haber sido por este maldito catarro que tengo, hubieran pasado de ciento, probablemente—Las señoras son muy ardientes—No, pues; yo mas lo hago por diversion.

Y luego me espetó de buenas á primeras una prolija relacion del baño de la Manecilla, de los cortejos y camaradas que sacó de allí, de los convites que le hicieron, de los zapatos y camisones que habia roto, y hasta de los zabullones y *canoitas* con que se habia entretenido; y para decirlo de una vez, se fué enredando la pita de tal modo entre los dos, que al cabo de unos cuantos minutos ya nos tratábamos con la confianza de antiguos conocidos, y la conversacion, por supuesto, vino á parar en lo que paran las conversaciones entre un mozo nada lerdo y una muchacha de ojos vivos; esto es, en hablar de amores, cosa necesaria por otra parte para que no le tengan á un hombre por impolítico—Es usted casado, caballero? me preguntó con un tonito balbuciante, como quien teme una respuesta afirmativa—No señorita, le contesté con prontitud, penetrando su intencion.—¡Qué milagro! ¿No me engaña usted?—¡No soy capaz!—¡Quién sabe! ¡Los hombres tienen tantas agallas!—¡Yo no, señorita! porque soy muy ingénuo—Eso dicen todos—¡Soy tan fatal por otra parte!—¡No diga usted eso!—¿Quién me ha de querer á mí? ¡tengo tan poco mérito! y esto lo decia yo lo mas dulcemente que podia, dirijiéndola una mirada penetrante—¡Disparate! No se queje usted. Tiene usted mil prendas recomendables que lo hacen acreedor á que lo aprecie cualesquiera, (y era la primera vez que me habia visto)—Segun eso ¿me será dado esperar?...—¡Qué exigente es usted!—¡Cuando se ama como yo... ¿Ninguna esperanza, señorita?—¡Válgame Dios! No digo yo, ¡soy muy desgraciado!—Un poco de paciencia caballero, un poco de paciencia. Veremos con el tiempo... Y no tengo que advertir, que aquí desplegué todo el tino táctico de que me ha dotado el cielo para semejantes empresas—Otro mas crédulo que yo, se habria hinchado como un pavo con una conquista tan fácil y repentina; pero como ya soy cuco viejo en esta clase de negociaciones, contemplaba á mi adversaria como á un diplomático á quien se le encarga arreglar las diferencias entre dos potencias rivales, y por consiguiente menudeábamos de ámbas partes las protestas de constancia y buena fé, cuando tal vez no habia pizca de sinceridad por ninguna.

Las nueve daban en el reloj de San Pedro, ó de la Compañia, como dicen los antiguos, cuando toda la tertulia se puso en pié porque empezaron á despedirse las visitas. La conversacion, que hacia rato no se sostenia con el mismo vigor que en un principio, se renovó entónces con un calor extraordinario: y entre los abrazos y apretones de manos que se daban unas con otras se hacian reconvenciones y citas, y se hablaba no

pocas veces de las flaquezas de nuestros prójimos. Durante este acto, verdaderamente interesante, hacia yo el papel de un estafermo, ó hablando en términos vulgares, valia tanto allí como la carabina de Ambrosio. Una leve y fria cortesía que me dirijieron las visitas al volverme las espaldas, y que yo contesté con otra profunda y respetuosa, á guisa de aquellas que hace un pretendiente al valido de un gobernante, fué toda la parte que me cupo en el *protasis* del drama, que duraria un cuarto de hora por lo menos. Las de afuera y las de adentro se dirijieron al fin para la calle, incluso mi pariente, que á fuer de amigo antiguo de la casa debia acompañar á las visitas á la suya, quedando entretanto yo, único posesor de la vivienda, y sin mas acompañamiento que la tia abuela, que en un extremo del sofá roncaba á mas no poder, quizá desde el medio dia; pero al llegar á la puerta de la sala hicieron alto todos, renovando allí con mas propiedad las vivas escenas del primer acto. La tercera jornada, ó el desenlace, concluyó al fin en la puerta de la calle, al mismo tiempo que pregonaba el sereno las diez de la noche.

Puede figurarse el piadosísimo lector á lo que me sabria una política tan estravagante, y cuántos votos no echaria contra mi primo por haberme metido en semejantes andurriales, obligándome á hacer una primera visita tan larga y tan molesta; pero no hubo remedio, callé y sufrí por entónces, esperando desquitarme despues con publicarla con sus pelos y señales, como lo hago en conciencia, jurando no proceder de malicia.

Despedidas las visitas, volvieron mis nuevas amigas á hacerme la corte, adelantándose Panchita que *incontinenti* se sentó á mi lado en el mismo sitio que habia ocupado ántes su hermana: ésta que venia tras ella, y que notó el violento despojo que habia sufrido, se precipitó entre los dos; y exclamando furiosamente "arrímate, niña", tomó posesion á viva fuerza del usurpado territorio. Doña Goyita, que andaba despacio porque padecia de callos, llegó en este momento, y con su presencia restableció el órden que empezaba á turbarse por sus hijas, las que se habian tirado ya mas de cuatro indirectas sobre su mérito y preferencia, y se colocó á mi izquierda al mismo tiempo que la hija desposeida tomaba una silleta y ocupaba mi frente. En este estado, y despues de que madre é hijas encendieron sus cigarros, se dió principio á la sesion con un sin número de preguntas, que á un mismo tiempo y sin órden me dirijieron todas tres; con tanta precipitacion y algazara, que hasta un par de falderitos que habian acariciado ya á mis pobres pantalones blancos, arremetieron de mí, á la bulla, dando penetrantes ladridos y acabándome. Una me preguntaba si era cierto que Vivanco estaba ya en Lurin como lo habia oido decir en los portales; otra, si habia andado las estaciones en semana santa y cuántas procesiones habia visto en Cuasimodo; otra, si me gustaba mas la basquiña que la saya y manto, y si sabia cuándo eran los toros del Comercio: en fin, tanto me preguntaban y tan á un tiempo, que apénas me daban lugar á responderles por monosílabos; y si mi primo no hubiera acudido á sacarme del apuro, yo creo que me hubieran mandado á San Andrés á fuerza de preguntas.

Por último, cantó el sereno las once de la noche, y nos dispusimos mi pariente y yo á emprender la retirada, como efectivamente la emprendimos; mas no sin haberme soplado una larga postdata de la señora que me ofreció sus servicios y su casa de la manera que mejor pudo; y sin que me hubiesen comprometido las muchachas á hacerles una segunda visita, cosa que si verifico, tendré la satisfaccion de contar á mis lectores, si tengo tiempo, lugar y buen humor para ello.

OTRA VISITA.

Enojadísimo has de estar conmigo, lector muy curioso y muy amado, porque hace algun tiempo que no te doy materia para que ejercites sobre mí tu sueltísima sin pelo; pero, para otra vez que calle, te aconsejo (aunque en contra mia) que te desquites de mi silencio miéntras dure llamándome animal, muñeco, zampalimones, ó *Juan de la Coba* si te dá la gana; y que atribuyas la escasez de mis artículos á la estupidez de mi mollera, que no puede vaciarse como costal siempre y cuando se te antoja para que

me desuelles sin piedad. Mas tendrás la bondad de permitirme que, por ahora, y por la única vez, me disculpe contigo por el que he guardado últimamente, y que te pida y suplique, que atendidas las sérias y multiplicadas atenciones que me han traido al retortero en estos dias, me trates con alguna consideracion y caridad; lo que no dudo conseguir de tí, si, como creo, eres cristiano, católico y apostólico. Para ello has de saber (y me parece que te lo he dicho ya) que como me ha dado Dios este pícaro génio tan entremetido y oleton, en todo quiero meterme y de todo quiero entender, aunque conozco positivamente que en nada debia meterme porque maldita la cosa que yo entiendo; así es, pues, que no hay funcion donde no me halle, asunto que no averigüe, ni cosa alguna que á mis ojos se presente á la que no le meta mi cortante tijera, sin recordar que en este valle de lágrimas se hallará con dificultad quien no tenga algun colgajo que le corten. Añádase á lo dicho, que he dado tambien ahora en la flor de meterme á político, y que por supuesto, apénas asoma el mas pequeño bochinche me alisto de *motu propio* en uno de los partidos beligerantes, que acá para entre nosotros no es nunca el del órden; porque han de saber los que no lo sepan, que ando há tiempos que bebo los vientos en pos de un destinito, que no conseguiré seguramente miéntras que este gobierno, que parece que ha hecho pacto con el diablo para que todo le salga bien, no truene como harpa vieja. Baste lo expuesto para que se me conozca en el olor, desde una legua, por un santa-crucino de los de á fólio, y para que se calcule, si ocupado en estos últimos dias en esparcir noticias abultadas para animar á los medrosos, en forjar proclamas y pasquines para alarmar á los incautos, y en pasar revista por todos los destinos de la república para ver cual me calzaba, habré tenido ni tiempo ni buen humor para escribir folletines ni cosa que se les parezca; mucho ménos cuando de este trabajo no hubiera sacado la honra y provecho que del otro. Ahora que se halla despejada la incógnita, segun dicen, y que se nos ha caido el gozo en el pozo á mas de cuatro, vuelvo á mi pesar á las andadas, y doy principio contando la segunda visita que hicimos mi primo y yo á nuestras amiguitas de marras.

Es, pues, el caso, que una de estas noches que me dirijía al café de la Bola de Oro á matar el tiempo viendo jugar al billar, ó conversando con alguno de los de mi opinion sobre nuestras malcgradas esperanzas, me encontré á mi susodicho primo en la calle de Mercaderes en conversata con tres ó cuatro de esas *damiselas* que, desde las siete hasta las doce de la noche, impiden el tránsito de dicha calle, y escandalizan los oidos mas impuros con sus acciones y palabras deshonestas (y sea dicho entre paréntesis, no fuera malo que diera la policía su vistazo por la cuadra de Mercaderes, á las horas indicadas, para que hiciera algunas aplicaciones del artículo 112 del Reglamento; cosa que, á mas de aumentar sus fondos, apreciarian las personas sensatas, porque bueno está que cada vicho haga sus cubiletes para buscar el pan nuestro de cada dia, mas que sea sin perjuicio de la moral pública y sin desprecio de las leyes que se han dictado para el caso).

Mi primo, que, á fuer de *mozo criollo*, gusta tener sus *dares y tomares* con esa gente non santa, luego que me vió se vino a mí con alegría, y dejando que su tertulia siguiese la ruta consabida, me tomó del brazo, y siguió conmigo hasta la puerta del café donde hicimos alto.—¿Qué es de tu vida, hombre de Dios? dijo, apretándome las manos á la inglesa; hace dias que te busco por todas partes como cosa buena—He estado muy ocupado, le contesté retirando las manos para que no me las maltratase mas—Ya te entiendo; ya sé cuáles han sido tus ocupaciones: estos negocios políticos te han de llevar a San Andrés el dia ménos pensado.—Qué quieres que haga? el bien de la patria.......
—¡El bien de la patria! ¡dále con el bien de la patria! dejémonos ahora de palabras tan gastadas, y vamos á otra cosa: mira, ni tú ni yo hemos de mandar jamás, ¿qué nos importa que lo haga Pedro, Juan ó Diego?—¡Quién sabe!—¡Ya se vé! de ménos nos hizo Dios; pero lo repito, no tenemos molde de mandones.—Es verdad; pero...

—A otra cosa, á otra cosa. ¿Sabes que Mariquita me pregunta por tí todos los dias? ¿quiéres que vayamos ahora á visitarla?—No estoy con el humor de hacer visitas.—Vamos, en qué hemos de pasar la noche? camina y no seas tonto. Y diciendo y haciendo me volvió á tomar del brazo, y nos pusimos en marcha. En el camino, entre otras cosas, me reconvino mi primo por haber publicado la primera visita que hice con él á la casa á que nos dirijiamos; aunque yo no creo, añadió, que hayas tú hecho semejante disparate:, esa es obra precisamente de cierto sujeto que conozco yo, ¿no es así? ya me lo han dicho tambien varios.—Pues ellos y tú se equivocan medio á medio: el artículo de que hablas, como otros muchos de su calaña que se han publicado en el periódico *La Bolsa*,

son de cabo á rabo de mi caletre; y aunque me honran demasiado los que les dan un padre más entendido que yo, no puedo ménos que decirte la verdad.—¿Pero qué utilidades sacas tú ni nadie de esas publicaciones?—Puede ser que mas de la que á tí y á muchos se les figura; y sobre todo, Dios me entiende y yo me entiendo.—¿Luego publicarás tambien la que vas á hacer ahora?—Lo he prometido.—Adelante! Y entramos, diciendo esto, en la cuadra de nuestras amigas, no sin que nos hubiera dado ántes el *quién vive* un enorme mastin que hacia la centinela en el zaguan de la casa.

Tan luego como me vieron mis amigas, descargaron todas á una sobre mi un diluvio de reconvenciones, y sin dejar concluir el saludo de costumbre me exigieron la enmienda para lo sucesivo; lo que prometí de voluntad, tanto porque así lo pensaba en ese instante, cuanto porque me dejaran tomar asiento: porque han de saber mis lectores, que me soplé toda la introduccion de pié derecho, y haciendo cortesias á diestro y siniestro como *chi-chiñó*.—¿Ha estado usted enfermo? me dijo Mariquita luego que me coloqué á su lado: nos ha tenido usted muy cuidadosas, ¿ó ha estado usted fuera de Lima?—No, señorita, no me he movido de esta capital.—Entónces le hábrán puesto á usted precepto de que no visite á nadie.—No tengo quien me los ponga, señorita.—¡Quién sabe!

Se me olvidaba decir que encontramos en la casa de visita á un caballero, entrado ya en edad, y á una señora jóven, que por lo que diré despues vine en conocimiento eran marido y mujer, y que esta tenia en los brazos, cuando entramos, á una criatura como de tres meses, á quien besaban y rejistraban desde la coronilla hasta los talones doña Goyita y sus dos hijas.—Vea usted, vea usted qué criatura tan linda, me dijo doña Goyita á poco rato, metiéndomela por la cara para que le diese mi voto. ¡Qué bonita! ¡qué narisita! Jesus, si me parece una miniatura, un vivo retrato de su mamá, ¿no le parece á U? nada ha sacado su padre. Y miraba al caballero de arriba abajo, á quien agradaria muy poco ciertamente semejante cotejo. ¡Si es una perla preciosa! ¡Dios la libre de todo mal! Y menudeó tanto beso sobre la pobre criatura al hacer esta exclamacion, que prorrumpió en tan terrible llanto, que por mas que le daba el pecho la madre, y por mas que la paseaba á lo largo de la cuadra entonando el *arrórórró*, no hubo forma de que callara la boca, lo ménos, por un cuarto de hora.

Restablecido al fin el sosiego volvió á entablarse la conversacion interrumpida por el llanto; y no sé como demonios venimos á parar en asuntos políticos para mal de mis culpas. Don Celedonio, que así se llamaba el caballero que estaba allí de visita, no habia hablado una sola palabra desde que entramos; pero luego que vió que doña Goyita se empezó á mofar de la invasion de Piura, y de la capacidad de Santa-Cruz, no pudo ménos que romper el silencio, dirijiéndole la palabra en estos términos: —Usted se engaña mucho, mi señora; el desembarco en Talara es el efecto de un vasto plan combinado con anticipacion y madurez, y puesto en práctica con el acierto y energía necesarios, y cuyos buenos resultados tendrán que sentir, mal que les pese, todos aquellos que, porque tienen boca solamente, destrozan á troche y moche la reputacion que tan acreditada tiene Europa y América S. E. el Protector.—¡Aquí de los nuestros! dije al oir á don Celedonio, y sin acordarme de mi dengosa Mariquita me levanté de mi asiento, y me coloqué al lado de mi compañero para ayudarlo en la contienda si necesario fuese.—Dice muy bien el señor don Celedonio, proseguí yo luego que pude hacer basa en la conversacion; la espedicion sobre Piura es obra de un vasto plan, cuya esplosion ó estallido se va á escuchar dentro de poco desde Tumbes á la Huaca: si señor, es un vasto plan lo repito, y lo sostengo de palabra y por escrito contra todo aquel que me lo quiera disputar.—¡Qué vasto plan ni qué adefesios! me interrumpió la señora algo colérica.—Si señora, lo sostengo, continué yo, y desde ahora para entónces declaro por un calumniante, por un impostor, por un malvado, al que no confiese que don Andrés Santa-Cruz es un político profundo, un eximio militar, y el único capaz de rejir con acierto los destinos de la América del Sur:—Calle usted la boca que no sabe lo que dice, repuso doña Goyita encendida en cólera, calle usted la boca, ¡Santa-Cruz buen militar! Santa-Cruz el non plus ultra ¡qué disparates! ¿Sabe usted lo que es el tal Santa-Cruz? un cholo jeton, indecente, sucio, *jediondo*, bruto, miserable y mal agradecido, ¡ah! y añada usted asesino, ladron, cobarde y sin vergüenza.—Señora, mire usted.... —¿Qué tengo que mirar? ¡lo dicho, dicho! y usted, y todos los que lo alaban unos desnaturalizados, traidores.........y que sé yo! Vaya el mulon á mandar llamas en su tierra, que aquí no lo necesitamos para nada! Pues no faltaba mas ¡qué lástima nos tiene! muy contentos estamos con que nos manden nuestros paisanos mal ó bien, y nadie tiene que meterse en lo que no le va ni le

viene.—Mamita, decia Mariquita conteniéndola, calle usted por la Virgen; repare usted que hay jente.—¡Jesús! ¡qué mi mamá! decia Panchita desde su asiento, ¡hacer caso de las cosas de los hombres! qué cuenta tendremos las mujeres con que se venga el mundo abajo.—Perdone usted, caballero, perdone usted, el arrebato de mi mamá, me decia Mariquita con una vocesita encantadora; no puede ver á Santa-Cruz: mi hermano murió en Socabaya, ya usted vé que......... —Bien, yo tengo la culpa, dije entre dientes tomando mi sombrero para despedirme.—No se enoje usted, me repetia Mariquita; qué señora! si así es siempre; pero ya le pasó la cólera; mire usted.—Yo no me enojo, señorita, no hay por qué; pero tengo que hacer y es preciso que me vaya.—¿Y cuando vuelve usted? —Un dia de estos.—No me engañe usted.—Que ustedes lo pasen bien—Y despues de haber dado una fuerte empuñada á don Celedonio, como dándole á entender que estábamos de acuerdo, me salí solo de la casa; porque mi señor primo, que durante la borrasca no habia hecho mas que reirse á moco tendido, no quiso privarse, por acompañarme, de la de su adorado tormento.

De este modo ha terminado una amistad que principió bajo tan buenos auspicios, y que creo no debo renovar sin ofender mi delicadeza y sin hacer traicion á mis opiniones políticas; aunque no seria estraño que dijese una cosa é hiciese otra, porque en estos tiempos de anarquia anda todo en anarquia.

UNA CONVERSACION.

Aquí estoy yo, graciosísimas lectoras! no me he caido muerto todavia, apesar de vuestros anatemas, ni he olvidado mi antigua mania por mas torcidos que me habeis dado. Aquí estoy os repito, y con la tijera en mano, dispuesto á cortarle un vestido al mas pintado. Y no hay remedio, no desisto esta vez de mi propósito por mas que me tiren y me jalen, ni por mas que me ofrezcan este mundo y el otro. ¿Ni como proceder de otro modo cuando voy á alzar mi débil voz en honra y provecho de vosotras? Yo, que os he visto como ánimas benditas en la puerta de la Intendeucia, haciendo mil pucheritos para que se os permitiese la entrada; yo, que he sido testigo de la poca cortesía con que se os ha tratado, cuando intentabais contrariar la consigna del centinela; yo, que he temblado por vuestra vida y milagros, cuando este os ha dirijido la culata del fusil adonde yo desearia poner la yema de mi dedo meñique; yo, en fin, que he visto aumentarse el brillo de vuestros lindos ojos con una lágrima de indignacion, al oir ese *¡atrás!* que tan mal hiere un tímpano republicano, y que he presenciado vuestras pataditas, vuestros reniegos y vuestros suspiros, ¿habia de guardar silencio? ¡Dios no quiera que tal cosa se me ponga! he de hablar, si, he de publicar vuestras quejas, mal que les pese á los vivos y á los muertos; y por mi conducto se ha de patentizar por toda la redondez de la tierra la injusticia que se ha cometido con vosotras. Manos al asunto, queridas mias, y agradézcanme como puedan mis buenas intensiones; ó no me las agradezcan, que no sereis las únicas mal agradecidas de estos tiempos.

Era el Sábado 4 de Setiembre. La gorda de la Catedral anunciaba á los canónigos que ya era tiempo de dejar la mesa, cuando yo, despues de haber efectuado en el Salon del Consejo algunas diligencias, (que nadie tiene por qué averiguar) me salí de él y me paré para descansar un rato en la puerta de la Casa Prefectural. Allí habia multitud de mujeres, tapadas y destapadas: y no faltaban tampoco algunos hombres, que prefiriendó mas carearse afuera con ellas, que presenciar adentro el careo de los acusados, andaban de aquí para allí, haciendo sus salvas respectivas y apuntando en la memoria á conocidas y desconocidas. La curiosidad, de que adolezco desde chiquito, gracias á mi abuelita, me hizo estender la vista á todos lados; y confieso ingénuamente, que nuestro padre Adan no la sintió tan viva al olor de la manzana, como yo al ruido de los patiteos, y al sacudimiento de los postizos. ¡Cuántas reflexiones no hubiera yo hecho sobre la curiosidad, si no me lo hubiera impedido el arrobamiento en que me hallaba! ¡Cuánto no hubiera predicado contra esas mujeres, que abandonan los quehaceres de su casa para perder

horas enteras en donde nadie las llama, y para servir de diversion á cuatro ociosos! pero ya he dicho que no estaba para reflexiones, y así me limitaré solamente á contar lo que escuché limpio y pelado.

Inmediato al umbral de la puerta, por el lado derecho, estaban sentadas en silletas de paja, que la galanteria del oficial de guardia habria quizá mandado colocar, tres señoritas tapadas de ojo que conversaban entre sí acaloradamente, y que por lo encendido de sus rostros, que descubrian de cuando en cuando, ya sea por componerse el manto, ya por otros motivos particulares que á nadie le faltan en esta vida, no me dejaron duda que estaban llenas de enojo por alguna causa: deseando, pues, averiguarla, me fuí acercando poquito á poco; y como quien no quiere la cosa me coloqué muy cerca de ellas, pudiendo de este modo escuchar á mi pláceme la interesante conversacion de que tengo el honor de dar cuenta.—¡Jesús, niña! qué *monadientos* son estos militares, (decia la de enmedio, dirijiéndose a la izquierda, y echando una mirada de arriba abajo al oficial de guardia que estaba parado en la puerta) ¡cada dia están mas cándidos! ¿Por qué nos impiden la entrada? ¿no es este un juicio público? ¿no somos nosotras una parte integrante de ese público?—Y dime, Chombita, le preguntó la de la derecha ¿qué es juicio público?—¡Qué sé yo las cosas de los hombres! pero á lo que entiendo, es lo mismo que una procesion á donde vá todo el mundo.—Así es, ni mas ni ménos, dijo la que habia estado callada hasta entónces; ó mejor dicho, como los pleitos que se ventilan en la Corte Superior, que no se impone de ellos quien no le dá la gana. —Muy bien dicho, Teresita, ¿y quién nos ha impedido nunca que entremos en ese tribunal cuando se nos antoja? ¿quién que demos nuestro parecer sobre la justicia ó injusticia de los litigantes, sobre la declamacion cómica ó trájica de los abogados, ó sobre la poca ó mucha circunspeccion de los vocales? nadie señor, nadie, ¡vamos, niña, que lo que se hace con nosotras ahora, no se ha visto nunca en Lima!—Y luego nos vendrán estos militarsitos á fastidiar con sus requiebros: ¡déjalos, niña, que conmigo están! dijo Chombita sacando el brazo derecho, y haciendo una señal de amenaza.—Ya nos las pagarán todas juntas, añadió Teresita.—¡Buena soy yo para perdonarlos! añadió la otra ¿no ves que tengo de indio? soy muy rencorosa, no lo puedo negar.—¡Qué cólera tengo! dijeron casi á un mismo tiempo las tres.—Y lo peor es, que nos hemos venido sin almorzar, y estoy con una fatiga que me muero, repuso la Chombita bajando un poco la voz para que no la oyese la concurrencia. —Aquí sufrió un paréntesis la conversacion de mis tapadas, porque la jente que se agolpaba á la puerta con teson, obligó al oficial de guardia á que mandase dos ó tres soldados que la dispersasen; y como estos caballeros gastan siempre unas chanzas tan pesadas con los paisanos, tuve que retirarme mas que de prisa, á fin de evitarles la molestia de que las practicasen conmigo.

Cuando pasada la tormenta quise recuperar mi puesto, me encontré con que me habian ganado por la mano dos pinganillas, que estaban en toda forma haciéndoles la rueda á mis tapadas; pero como éstas felizmente no estaban para esas gracias, me los despidieron con cajas destempladas pegándoles unos cuantos remoquetes, y me restituyeron de esta manera el placer de proseguir escuchándolas.—Pero, señor ¿de cuando acá tanto adefecio? dijo Chombita mas acalorada; nuestra Constitucion está muy clara; segun me lo ha dicho don Francisco.—"Los juicios son públicos;" y no hay una ley que segregue á las mujeres de este público; lo dicho, dicho, ¡es un despotismo! una tirania! un......... qué sé yo lo que se hace con nosotras!—Oye, Chombita, dijo Teresita, ya he dado con el motivo porque se nos trata de esta suerte, ¿sabes por qué? porque hacemos mucha bula, porque todo lo volvemos trisca y broma.—No hay tal cosa; y si es así, ¿cómo no nos impiden la entrada á los Congresos? á las arengas? y......... á todas partes á donde van los hombres? ¿qué bulla hacemos? qué jarana formamos?—Seamos justas, amiga mia, replicó Teresita, muy bien que nos reimos y divertimos cuando el orador tartamudea, ó cuando se para en su discurso; y estas son las resultas de nuestra indiscrecion; muchas veces te lo he dicho, ya lo estás viendo, nos las han cobrado todas juntas.—No es eso, niña, no es eso: dijo la de la derecha ¿sabes por qué es? porque asi lo manda la ordenanza.—¡Qué ordenanza ni qué berenjena! replicó Chombita, hasta á las mujeres nos quieren aplicar ahora la ordenanza.—¡Jesús! qué metida en la milicia está nuestra tierra! Por otra parte, las mujeres tenemos fama de bulleras; pero los hombres tambien, cuando se ofrece, muy bien que se burlan de los actos mas sérios.—¡Con cuanta mas razon hablarias así, decia yo entre mi, si hubieses estado adentro del salon!

El Consejo habia anunciado a su auditorio que ya no tenia mas que hacer en el salon

de sus sesiones, y por consiguiente que debia tomar las de villadiego en el momento. La jente salia en pelotones, y mis tapaditas, que juzgaron tal vez que era la de *pobres adentro*, ó que quisieron hacer sus dengues mas notables, abandonaron sus asientos y se colocaron de pié enmedio-enmedio de la puerta con la cara al patio de la casa. En esta posicion, como es de creer, no quedó saliente que no les pegase su tironsito, ó que no les dijese algun dichito amoroso; y sea dicho en honor de las mujeres, ninguno tuvo que ir á Roma por respuesta. Ya no quedaban en el patio de la Prefectura sino algunos pocos hablando sobre lo que ellos hubieran dicho y hecho si fueran vocales ó defensores, ó poniendo sus *peros* y sus *porqués* á cuanto habian visto y oido, cuando mis susodichas trataron de volver á ocupar sus sillas; ¡pero qué chasco se llevaron! otras las habian atrapado ya desde el momento que ellas se levantaron. Contar yo ahora cuanto pasó entre unas y otras en este instante, seria nunca acabar; baste decir que tan luego que se convencieron las desposeidas que no habria santo que moviese á las usurpadoras, pusieron mal de su grado, la proa para la Plaza, y que yo seguí tras ellas para ver si podia adelantar algo mas en la conversacion.—Oye, Chombita, dijo Teresita por el camino: ¿no oiste lo que dijo ese hombre? la sentencia no es pública: en vano volveriamos luego cuando esto estará escueto.—¡Qué sabes tú! ¿cómo no ha de ser pública? y sobre todo, nada perdemos con venir.—Pues bien, despues de comer nos juntaremos.—Sí, despues de comer, despues de comer, dijeron todas tres á un mismo tiempo, volviéndose de un lado á otro, y dando á sus suplementos un vuelo rápido y airoso. Esto último fué todo lo que pude oirles, en la poca distancia que media de la Prefectura a la esquina del Arzobispo: aquí me separé de mis tapadas dirijiéndome á mi casa por la Catedral; ellas se fueron por la Ribera, sabe Dios adónde!

No le faltan razones á estas lindas muchachas, decia yo para mi coleto luego que me separé de ellas, para elevar su queja hasta los cielos; pero despues de un rato de reflexion, volví á decir: tampoco debe dejar de tenerlas los que les prohiben concurrir á unos actos en donde todo debe ser silencio, respeto y compostura. Sobre todo que se conformen con el olor.

CONCURSO DE ACREEDORES.

ALTO ahí! No es á los bienes de ninguno de esos *follones y mal intencionados caballeros*, que se alzan con el santo y la limosna, dejando en el mundo á mas de cuatro desocupados ú *ociosos*, como dice el *folletin* de nuestro hermano mayor, ó que obligan á los hombre pundonorosos á volarse la tapa de los sesos, el que hoy se convoca por medio de este edicto; es precisamente á *esa perla preciosa*, que una feliz casualidad puso en las manos de nuestros cófrades, y que parece destinada por la Providencia para contemplar su corona literaria. «Guerra de los ociosos contra los desocupados.» Este es el título que lleva aquella pieza, digna sin duda alguna de un Cervantes ó de un Larra. Ella sin embargo aparece por ahora al mundo literario, como uno de esos seres desgraciados á quienes la piedad paterna niega su amparo, pero que felizmente es prohijada por un *poderoso* que ha sabido aprovecharse de lo *ajeno* para salir de apuros y no estar *ocioso*. Todo está muy en el órden. Tonto es por cierto aquel, decía un decano de *Birjan*, que la vió y la deja. Pero volvamos al concurso que es el objeto principal de este folletin; *concurso* que ha suscitado la mencionada *panacea* contra los *ociosos* y *bandidos*. Antes de todo será preciso establecer un tribunal *especial* á usanza de *comercio*, *amasijo* y *mineria*, ante la cual aquella familia *ociosa y bandida* comparezca á dar sus descargos y justificarse como mejor viere convenirle, todo breve y sumariamente, atendiendo *á la verdad sabida y buena fé guardada*. El susodicho tribunal queda, pues, establecido con arreglo á una cédula de Carlos IV. que segun tradicion fué el mas *ocioso y zopenco* de todos los últimos reyes de España; en la cual se ordena que han de ser jueces natos de semejantes gremios ó asociaciones *aquellos ocupados*, que por su fino talento *desocupador* hayan dejado en el mundo, mayor número de *viciosos* y *bandidos*. No nos parece que

anduvo lerdo el tal monarca al promulgar la citada cédula, por aquello de que *peritus in suo artte credendum*, ó lo que es lo mismo, *no es mal sastre el que conoce el paño;* y por lo tanto creemos no se dirá de nulidad en la eleccion. Esto supuesto vamos al caso.

PRIMERA AUDENICIA PÚBLICA.

Un ministerio entero presidido por su jefe es el primero que se avanza al tribunal. El tedio y la repugnancia se retratan en todos los semblantes, y el Ministro particularmente parece aplastado por una *montaña;* tales son las ansias que indica sufrir. El concurso es inmenso; un sordo rumor manifiesta la impaciencia de una barra inquieta y bulliciosa. Hay pocas señoras, y estas tapadas, seguramente por *vergüenza.*

El Ministro tiene la palabra, dice el Presidente: *(profundo silencio.)*

Ministro— Señores del tribunal. Soy uno de los acreedores de preferencia á *ese tiempo precioso* que diariamente me hacen perder los *ociosos* y los *bandidos*. Ya no tengo recurso suficiente para atajar esa invasion tártara; de todo abusan, en nada se paran, nada respetan, son como los rios que saliendo de madre todo lo inundan, lo atropellan y destruyen. Acuso pues á todos los *ociosos* y *bandidos*, y acuso tambien al tribunal como al mayor de todos ellos........*(viva sensacion.)*

Tribunal.— Señor Ministro, reflexione U., que en este momento está sujeto á nuestra jurisdiccion, y que es preciso respetar las autoridades. La acusacion de U. es muy vaga, muy absoluta; es necesario fijarla con mas claridad y precision, porque de lo contrario, no se pueden aplicar las leyes convenientemente. (*Rumores en la barra.*)

Ministro.— Por toda respuesta estableceré un principio que puede servir de norma al tribunal para fallar contra los *usurpadores* del tiempo, y tambien para caracterizar debidamente á los *bandidos* que sin respeto á lo ajeno solo se ocupan de su propio bienhestar. No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo. (*aplausos.*) Hé aquí señores, todo lo que tengo que decir, reproduciendo lo que he expuesto. Me voy, con vénia del tribunal, para no seguir perdiendo mayor cantidad de aquello mismo que reclamo, y que no se cobrará jamás.

Tribunal.— Escuche U. una palabra. Cuando uno toma algo ajeno, porque la necesidad aprieta, es muy disculpable: por eso se dice, *necesitas caret legis*; (*Risas.*) Pero cuando solo se hace por el dañado placer de perjudicar al prójimo, eso es insoportable, es una *calamidad, una pirateria.* Si yo, por ejemplo, le quitase á U. una hora diaria del tiempo destinado á su gabinete, y otra igual suma de minutos á sus dependientes, con el santo y lucrativo objeto de procurarme alguna *ventajilla*, que me diera asi.........para el pan (*Risas*) no pasaria esta *invasion* á sus ocupaciones de una estratajema sencilla é inocente que el mas rijido moralista sobre *usurpaciones temporales* ó eternas, no condenaria quizá ni de culpa leve; pero que yo *ainda mais* le persiguiese á U. en su casa, en la calle, y hasta en el teatro; y que á pesar de su ajilidad, en todas partes, le diese caza, entonces, si, lo repito señor Ministro, seria yo un *posma, un impávido, un bandido, un arjelino, uua plaga, una.... .....*que sé yo lo que seria entonces; (*risas*) prolongadas y estrepitosas.—El señor Ministro hizo una cortesia general y se retiró con su séquito, murmurando entre dientes, y al parecer poco satisfecho del discurso del Tribunal, y sin duda por esto, al pasar le dijo una maliciosa tapada (*soto voce*) *quien da pan á perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro.*

Despues de un lijero intérvalo ocuparon el banco de los acreedores al *tiempo*, varios comerciantes y oficinistas; entre los primeros habia de todo como en botica; franceses, ingleses, nor y sud-americanos, italianos, y hasta pulperos; entre los segundos reinaba un caos; era la torre de Babel. Todos cual mas, cual menos, se quejaban del *tiempo* que se les arrebataba, ya por este, ya por aquel; ya sin *son ni ton*, ya con *ton y son.* En fin, todos se manifestaron avaros á mas no poder de esa propiedad con que la naturaleza nos dotó á todos al arrojarnos al mundo, y que unos empleau bien, otros mal, y á casi todos nos sobra, sin que por esto dejemos de desear ser eternos. Comenzó un *guirigay* que no se entendia, y ya la cosa iba tomando un caracter sério de anarquia, parecido á la *regeneracion* de Arequipa, cuando el tribunal *se cubrió* para llamarlos despues al órden, como en efecto lo hizo á poco rato, *poniendose el sombrero.*

Restablecida la paz, dieron principio los interesados á deducir sus acciones con arreglo á derecho; todos mas ó menos tomaron el mismo rumbo del señor Ministro, acusando indistintamente á los *ociosos y bandidos* y en particular al tribunal; este por su parte

satisfizo, con las mismas ó iguales razones, á los cargos que se le hacian. Se renovaron, por supuesto los *bravos y las risas*, y se despejó la sala para oir los descargos de los acusados.

Pero la hora ya avanzada, y un anciano que habia entre ellos, suplicó al tribunal que se difiriese para el dia siguiente su defensa. En efecto, así se acordó, y todos nos retiramos convidándonos para primera hora.

SEGUNDA AUDIENCIA.

La concurrencia era mayor que en el dia anterior. Habia mas señoras, y ya comenzaban á acusar la tardanza del tribunal, cuando apareció este medio *mohino y mal ajestado.* Se le abrió paso por el concurso, y ocupó sus asientos. El presidente hizo la señal de estar abierta la audiencia, y los acusados tomaron sus puestos.

El número de estos era mayor que lo que parecia ser, y que hubiera podido creerse. De todo habia como en la viña del Señor. Habia clérigos y frailes; militares retirados y allegados al gobierno; empleados cesantes é *incesantes* en pos de sus sueldos; viejas y niñas; tapadas y destapadas; *pinganillas y zaparrastrosos; escritores de medio tinte*, y de tinte entero: ignorantes é instruidos; presumidos y modestos; charlatanes y mudos; chicos y grandes; americanos y europeos; gordos y flacos; liberales y serviles; en fin, habia un surtido de *ociosos y bandidos* muy semejante al que hay en la perfumeria de Mr. Courret, donde dicen que hay hasta *jeringas*. A este aspecto, verdaderamente imponente, no pudo menos el tribunal que sobrecojerse; y se advertia en sus miradas cierta perplejidad azarosa que descubria á toda luz sus temores; por lo cual comisionó sin duda á uno de los vocales, *hombre activo é infatigable*, á fin que recabase de la policía un piquete de fuerza armada para precaver cualquiera demasía en los acusados. Tomadas una vez estas medidas de seguridad, tocó el presidente la campanilla; reinó el silencio, y pidió la palabra, que le fué acordada, un *pinganillo* con tufos de escritor de *medio tinte.*

Señores—dijo este con una voz entera y bien clara que indicaba su presuncion;—aquí nos teneis juntos y congregados á vuestro severo llamamiento. Acusados ante vosotros, despues de haberlo sido ante el público como *ociosos y bandidos* y de que, á guisa de malhechores, asaltamos á los hombres ocupados en sus labores ordinarias por donde quiera que transiten, para arrebatarles el tiempo que les produce el *pan*: que andamos además en constante acecho para invadir su hogar, á fin de consultar con nuestras *ataviadas y relamidas* «arzuelas,» su *buen gusto y profundo* saber: que no pudiendo herir a las *águilas*, dirijimos nuestros tiros á las *mansas palomas*: que fijamos á los laboriosos en nuestras redes como fija la araña á la mosca en su tela: que finjimos noticias alarmantes y admirables para penetrar con este boleto en su santuario: que nos complacemos en cebar nuestra *ociosa inclinacion* en las almas activas y *bien llenas*: que respetamos, por temor de un descalabro á los hombres *graves y sesudos*, mientras nos ponemos convulsos persiguiendo al viajero que vá al escape y que tal vez es un zote. En fin, que interrumpimos el descanso, alteramos la salud, disminuimos la vista, aumentamos la bilis, y en suma, somos la epidemia del espíritu como lo es el *cólera* del cuerpo. Acusados, repito, señores, de tantas y tan feas faltas, que casi pudiera llamar delitos, vengo ante vosotros facultado suficientemente, á nombre de los mas que aquí se hallan, para contestar á los cargos que se nos han hecho y que pudieran hacersenos todavia. (Lijera pausa y murmullo en la barra.) Continúa despues de ella el defensor de los acusados de esta manera. (Vivo interés en el auditorio.)

No olvideis, señores, os ruego, el catalogo de nuestras acusaciones, porque me propongo contestar á todas ellas con el mayor laconismo posible; y ha de llegar caso en que me sea forzoso envelar mi defensa por respeto á vosotros y al mismo tribunal que va á juzgarnos. Esta numerosa clientela que ha confiado á mi pequeñez el desagravio de sus ofensas, y la justificacion de su conducta, me impone sin duda con esta muestra de estimacion honrosa, una obligacion y gratitud superior, seguramente, á mis esfuerzos; pero felizmente el tribunal me ha dado *una clave* con la cual no habrá dificultad que no supere. Estadme atentos.

El sacerdote y el lego, el veterano y el recluta, la jóven y la vieja, el empleado y el desocupado, aseados y puercos, ignorantes y sábios, y en fin, todo vicho viviente, inclusos los *pisaverdes y las tapadas* andan en el mundo tras del *pan*. La diferencia solo consiste en los medios; pero el fin es el mismo. Unos, por ejemplo, se lo proporcionan á

costa del *tiempo* de los ministros, de los comerciantes y de los empleados, que tal vez disponen de lo que no es suyo sino de la nacion. Segun recuerdo, se dijo en su oportunidad, que otros se lo procuran tal vez á expensas de estos mismos *usurpadores de tiempo público:* de manera que esto viene á ser igual á lo que acontece con frecuencia á *ciertas aves de presa,* que acaban de asegurarse de un buen bocado, mientras al pasar con él, se los arrebata otra mas fuerte ó mas hambrienta que andaba igualmente *á la pezca.* (*Vivas.*)

Creer, señores, continuó el orador, que nadie se mueva acá en la tierra sin ser impulsado por algún género de interés, es un solemne desatino; y esto es tan cierto, que todos quisiéramos encontrar asolado el camino que conduce á la posesion de nuestros deseos, y que solo nosotros y nadie mas que nosotros, diéramos movimiento á todas las máquinas y *prensas* del universo. (*Bravo! bravo!*) Veis á un hombre parado en una esquina, que os parece distraido y que pierde el *tiempo:* tal vez pasa otro de prisa, á quien este ataja para preguntarle noticias y hablarle de política; confirmais entónces vuestra primera idea y lo juzgais un *ocioso* ó un *bandido.* Pero una y otra vez os engañais, porque á ese hombre le interesa, sin duda alguna, el triunfo de algun *partido* del cual espera el *pan,* que á vos os facilita el contrario. Ha sido, me direis, á costa del prójimo, ya lo veo, pero reflexionad, que la vida humana es comparable á una larga cadena cuyos eslabones se sostienen mútuamente. y que por lo mismo es imposible que dejen de rosarse. (*Aplausos.*) Sabeis que otro escribe y que sostiene un periódico, pero que nada le pagan ni nada gana: asi lo creeis, al menos le llamais tambien *ocioso y haragan,* porque tal vez os sale al encuentro en los pasos que dais para asegurar vuestro *pan,* que pudieran, del modo que él concibe, quitarle el suyo: ya vereis en esto que ese hombre trabaja con el mismo plan que vosotros, y que se dirije, poco mas ó menos, al mismo punto que os dirijis. Juzgais que asesta sus tiros á *las mansas palomas,* porque las *águilas son uranas,* ó por estar fuera de ellos por su elevacion: os engañais, de nuevo, miserablemente; porque no hay ave, por grande que sea y por alto que vuele, que se halle fuera del alcance del esfuerzo humano. (*Señales de aprobacion.*) Asi vá todo, señores; el amor propio nos engaña á cada rato; el egoismo nos hace cometer mil injusticias; el interés propio nos desvía de la razon y nos hace olvidar el ajeno; y finalmente, la venganza nos vuelve miserables y muchas veces, hasta ridículos. (Aplausos generales incluso el tribunal, cosa que criticó mucho un *ingles* que allí estaba, por no acostumbrarse en ninguna de las cámaras de Europa; sin reflexionar que esta era cámara de *ociosos y haraganes,* semejante á las asambleas de *Sicuani* y *Huaura,* las cuales no estuvieron sujetas á ningun reglamento, ni reconocieron uso ni costumbre alguna, por ser de nueva creacion y gozar de la exclusiva.) El ingles sin embargo que le hize presente lo que acabo de decir, siguió charlando y molestando, en circustancias que el orador continuaba su defensa, porque parecia complacerse el tal *Mister* en *enredar la pita* cuando todos querian desenredarla. Despues he sabido que uno de los jueces le observó, que esa crítica que se habia registrado en el *Diario,* no era obra de sus editores sino de un *quidam* á quien se le habia antojado zurrar á los *ociosos,* y que supuesto que se aplicaban el *sayo,* claro era que les venia á *pelo.* A lo cual dicen que contestó el defensor con *socarroneria.* No es esta la primera vez qne en el mundo se tira la piedra y se esconde la mano. El silencio, señor Juez, en ciertas ocasiones equivale á la conformidad, y esta se parece mucho á la culpa. Bien veo que esa crítica no es obra de hoy, ni de los que la han publicado; pero no desconozco tampoco el espíritu y tendencia de su publicacion, como seria tonteria desconocer el objeto que se propone un escritor cuando hablando, de *reincidencias,* dice; *esto llueve sobre mojado.*

Mucho agregan, los que lo oyeron, que se extendió sobre el particular. y que protestó una y mil veces con ardimiento que él por su parte jamas consultaba con nadie sus *borrones,* y ni siquiera los pulía como hacen generalmente los escritores *bigotudos;* y todo esto no porque estuviese satisfecho de sus obras, como lo están otros, sino por hallarse convencido de que nada es mas fácil que criticar, y nada mas dificil que dar gusto á todos. Aún dicen que llegó á confesar el tal defensor, que á él le sobraban algunas horas del dia y de la noche, á causa de que *cierta clase industriosa,* que en ninguna parte falta, le habia *atrapado,* como les *atrapan* á otros, su facultad *locomotiva,* dejándolo como dejó el Señor á la mujer de Lot; pero que sin embargo sabia aprovechar esas horas sobrantes de un modo honesto y racional, procurando sacar de ellas sinó ventajas *pecuniarias,* al menos de otro género que lo dejaban tranquilo y contento consigo mismo. Y por último *dizque* dijo; que él tenia de qué vivir y que á nadie debia.

Entre tanto el tribunal apareció de nuevo, para anunciar al concurso la final resolucion que habian acordado, interim yo me imponia de lo que habia dicho eldefensor cuando interrumpió el maldito gringo *machi-embraab* en su idioma de loro.

Por fin, dijo el presidente: Señores, el tribunal ha oido con satisfaccion la defensa de los reos, y no vacilaria en absolverlos, si no hubiese tenido presente que el mismo *tribunal* ha sido tambien acusado á la par de ellos de igual delito por los acreedores al *tiempo*. En su virtud ha resuelto: "que el *público* que es el Supremo Tribunal de los tribunales, pronuncie su inapelable fallo sobre tan ruidosa causa,"

PREFACIO DEL COMETA.

UNA de las cosas que mas contribuirá, en mi concepto, á caracterizar el siglo en que vivimos, con respecto á los pasados y á los porvenir, será ese flujo, ó sea manía de escribir que tanto se ha generalizado en todas partes. Desde el grave y orgulloso diplomático hasta el último y mas humilde oficinista; desde el comerciante acaudalado hasta el endrogado corredor; desde el menestral activo é industrioso hasta el arrancado aprendiz de zapatero, todos escriben, y sobre cuanto les dá la gana. El uno escribe bien, el otro mal; aquel con razon, y este sin ella; esotro por necesidad, y aqueste por antojo ó por capricho; unos saben lo que escriben, otros escriben lo que saben; estos no saben lo que escriben, y aquellos escriben lo que no saben.

En verdad, yo ignoro la causa de semejante fenómeno. Hay quien la atribuye exclusivamente á la grande abundancia de prensas de nuestra época, las cuales, facilitando en sumo grado los medios de publicar nuestras ideas, ocasionan inevitablemente á cada uno el deseo de ver sus pensamientos puestos en letras de molde. Hay quien dice, que esto es un efecto de los progresos positivos que vá haciendo la especie humana; otros aseguran que el *espíritu y tendencia*, del siglo son esencialmente comunicativos; y otros ....en fin, otros dicen otras muchas cosas, que no recuerdo ahora; porque cada uno opina sobre el particular como mejor le parece; y como importa poco el saberlo, pasemos adelante. Yo, que soy uno de los individuos que pertenecen á este siglo y á esta época, y que debo naturalmente participar de su *espíritu y tendencia*, me considero (por supuesto) con el misno derecho que los demás á escribir cuanto me venga á las mientes, sea bueno o sea malo, sea verdad ó sea mentira, y tambien á murmurar y criticar á todos aquellos de entre mis prójimos, á quienes su mala estrella pusiere alguna vez bajo la *férula de mi pluma*, ó bajo la *pluma de mi férula*; por lo que, y contando con la indulgencia de mis lectores (quiero decir de los que quisieren leerme) la cual espero alcanzar sin duda, (sobre los yerros de pluma, pues por los demás ni la pido ni la espero) como la alcanzan otros muchos escritorzuelos ramplones y adocenados, que se encuentran á cada rato, allende y aquende, he determinado redactar un periódico, ó lo que es casi lo mismo, he determinado ser un escritor público.

Y vá de cuento. Hallábame yo solo en una de las noches pasadas en mi cuarto, sentado sobre una mala silla, que sin embargo es el mejor mueble de toda la pieza, meditando acerca de nuestras actuales ocurrencias políticas, y enfrascado en mil proyectos revolucionarios, alegres á cual mas, que volvia y revolvia entre mi imaginacion, del mismo modo que los números que entrán en la bola de las suertes, cuando me sentí asaltado derepente por la nueva y peregrina idea de ser escritor. Esto al fin, decia yo entre mí, no tiene riesgo alguno, ni ofrece tantas dificultades; y á estas razonos poderosas añadia las que llevo mencionadas por via de exordio. De contado principié á trazar mis planes periódisticos, y á buscar papel, tinta y pluma para dar principio á mis tareas editoriales; y es de notarse que, desde el momento en que me determiné á escribir, ya me consideraba un *escritor* hecho y derecho, si nó por obra del Espíritu Santo, como lo son muchos, al menos por obra del *espîritu y tendencia* del siglo, que no es rana. Aun no habian transcurrido dos minutos de esto, cuando sentí golpes á la puerta. Abríla y presentóseme uno de mis amigos antiguos.— ¡Hola! me dijo, ¿qué haces tú tan solo aquí?— Qué he de hacer,? pensando en meterme á escritor público.— ¡A escritor público! contestó lleno de ad-

miracion— Si, señor, á escritor público; y bien ¿y qué hay en eso de admirable?— Muchisimo, ¿pues tienes tú acaso conocimientos para escritor público?— Y qué! ¿seré yo el primero que sin tener conocimientos se meta á escritor público? ¿nó sabes tú que, en este siglo de *ilustracion*, ya no son menester los conocimientos para maldita la cosa?— Hombre, no digas disparates— Qué disparates ni qué carneros! si señor, lo que te digo es que en este tiempo ya no son necesarios los conocimientos para escribir, pues ya hay quien escriba sin conocimientos, y aún quien *instruye* sin conocimientos, que es algo mas— Tú estás loco sin duda, contestó entónces prorrumpiendo en una gran carcajada— No lo estoy, le dije, y sinó anda á preguntárselo al *Instructor Peruano*— Vamos, haz lo quieras, añadió, que no quiero emplear mas razones con un hombre tan testarudo como tú. Y diciendo esto volvióse á salir por donde habia entrado. Apoyado yo en las que acababa de alegar, que no faltará quien con mucha "razon" las llame de *pié de banco*, me afirmé mas y mas en mi propósito, y hé aquí como (Dios mediante) van ustedes á verme, amados lectores mios (porque efectivamente les aseguro que me van á ver, y muy poco vivirá quien no me viere,) esgrimiendo la pluma á diestro y siniestro, cual la espada del ángel exterminador, sin perdonar *piante* ni *mamante* á quien no aplique la ley segun lo tuviere merecido

Mi periódico no tendrá periodo fijo; es decir, que será periódico y no será periódico. En dos palabras, saldrá cuando se me antoje; porque como no pide ni espera proteccion, no tiene porqué estar á la voluntad de nadie, sino á la de su dueño. Lo leerá el que quisiere, previa la exhibicion de su valor; porque de valde no ha de leerlo nadie, á menos que sea algun amigo que lo tomare prestado; lo elojiará aquel á quien le pareciere bien, y lo criticará el que lo creyere mal escrito. Esto no ha de causarme gusto ni pesar. Cuando lo considerare necesario— contestaré á amigos y enemigos del modo que correspende.

DIOS TE GUARDE DEL DIA DE LAS ALABANZAS.

Sentado cerca de una mesa, con una mano en la mejilla, y poseido de aquella *gravedad, circunspeccion é importancia* que suele notarse, no solo en los que realmente son escritores públicos, sino tambien en los que aparentan serlo aunque *no sepan jota*; preparado el papel, tinta y demás útiles necesarios pará dar principio á mi trabajo, me devanaba los sesos, buscando el asunto sobre qué deberia escribir mi primer artículo, cuando se me apareció de improviso el señor don Alvaro— Amigo, me dijo, no sé si mi venida sea inoportuna en este momento, porque encuentro á usted como muy meditabundo; y quizá algun asunto grave... .....— Es verdad, interrmpí, que es un asunto grave el que me ocupa; pues me he propuesto redactar un papel público, y estoy en grandes apuros porque quisiera escribir hoy el primer número, y no encuentro sobre qué— Y yo estoy en otros mayores, contestó, porque quisiera no escribir una necrolojia que me ha pedido una buena señora, á quien acaba de morírsele su marido; y este es el objeto de mi venida, porque usted quizá podria mas fácilmente.........— Sí señor, mas fácilmente y con mucho gusto. Vamos, que la cosa viene de perlas. Se la haré á usted, y la pondré tambien como primer artículo en mi periódico— Enhorabuena: se lo agradeceré á usted infinito, porque yo no entiendo de esto una palabra— Pues manos á la obra. Tome usted la pluma y escriba que yo iré dictando. ¿Cómo se llamaba el difunto?— Don Esteban de Contreras— Bien: pero ante todo es menester que me dé usted alguna idea de su vida y demás circunstancias— Yo no quisiera, repuso entonces con cierto aire de socarroneria, dar á usted tal idea, porque no la considero muy adecuada para una necrolojia— Eso no importa: vamos, no tenga usted cuidado alguno. ¿Cuál era su profesion?— La del comercio— Bueno, muy bueno, ¿y su estado?— Casado y con seis hijos — Rebueno; ¿y, qué mas?— Vaya usted preguntando que yo le iré informando— No, nada mas; basta por ahora. Principiemos. *Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento prematuro del señor don Esteban de Contreras.........*—Como prematuro? si tenia sesenta y siete años— ¿Es posible? pues á mi se me habia puesto que era jóven. Adelante;

quite usted la palabra prematuro, y siga: *comerciante de los principales y mas acaudalados de esta capital.........*— Hombre, por Dios, no diga usted eso; qué acaudalado ni qué demonios? si habia hecho dos banca-rotas, y le debia á todo el mundo— ¿Y eso qué importa?— Como no ha de importar una mentira tan gorda?— ¿Y de qué otro modo piensa usted que se hacen las necrolojias? Vamos, usted sin duda no ha visto nada sobre el particular. Mire usted, yo he visto necrolojias con mas mentiras que palabras. Por ejemplo, en una de ellas hablando de un general, que en su vida conoció otro amor que el del interés y el de su conveniencia propia, y que jamás hizo otra cosa buena que robar cuanto pudo, intrigar y humillarse á todos los gobiernos para quedar siempre parado, y cuya espada se conservó virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, se dice que en tal época, y en tal y tal lugar, perdió tantos y cuantos mil pesos por su amor á la patria, y que fué un grande hombre, y un patriota ejemplar, que hizo y que deshizo, que mató y destrozó, que peleó y que guerreó, allá y acá, y que, en fin, fué un vengador de agravios y un enderezador de tuertos— ¿Y cómo hay quien mienta con ese descaro?— Amigo, nunca faltan "Homeros que canten las glorias de esos Aquiles.', con que asi no ande usted con tantos escrúpulos, y escriba. ¿Qué tal trató á su muger y á sus hijos durante su vida?— Muy mal, malísimamente; no habia dia que no estuviera de pleito con la muger, y esto es que ella es una santa. De los hijos no se diga nada: jamás se acordó de educarlos, porque el tiempo le era poco para el juego y las mugeres— Bien, eso tiene remedio, ponga usted: *padecia continuamente de grandes ataques al cerebro que solian trastornarle la razon en términos que, á pesar de su bellísimo carácter, orijinaban á las veces entre él y su esposa algunas desavenencias momentáneas; pero que, no obstante, era un modelo de fidelidad, de pureza y de amor conyugal: que sus hijos recibieron una educacion muy esmerada, fruto de sus desvelos paternales*— Pero, hombre, si no hay tal educacion, porque son unos tunos completos—Pues bien, ponga usted *que sus hijos no supieron, desgraciadamente, aprovechar la educacion que les dió; y que él, por su parte, hizo á este respecto cuanto correspondia á un padré honrado y amoroso.* ¿Y de qué mal murió?— De un fuerte ataque de aplopegia, por haber cenado una noche un medio jamon, un plato de aceitunas, media libra de queso de Parma, seis panes franceses, una fuente de ensalada de lechugas, y unas dos ó tres botellas de vino— ¡Jesús! ¡Dios mio! ¡Qne estómago!— Ciertamente que tenia buen estómago: era admirable verlo comer. Pero á todo esto, yo no desearia que se mencionàse tal cosa en la necrolojia, porque esto de descubrir á todo el mundo una glotoneria tan extraordinaria— No, ¡no tenga usted cuidado alguno por eso. Escriba usted. *Se hallaba dotado de una sensibilidad tan grande. que no podia prescindir de afectarse en gran manera aun por las desgracias y aflicciones de los extraños.* Esto unido á los grandes quebrantos *que sufrió en sus negocios, abatió su espíritu de tal modo, que su salud fué decayendo visiblemente; y por último sucumbió, víctima de su pundonor y de su honradez, dejando á su familia y á sus amigos en el mayor dessconsuelo y desolacion. Fue un ciudadano virtuoso, un repúblicano ardiente, un patriota ejemplar*— Eso de patriota no puede pasar, porque todo el mundo sabe que era muy opuesto al sistema actual—Cállese usted, hombre, que usted no lo entiende. *Fue amigo de sus amigos y aun de sus enemigos, exacto en el cumplimiento de sus deberes, buen cristiano, severo en sus costumbres, activo y laborioso.........* Aquí, esclamó don Alvaro tomándose la cabeza con las dos manos, ya estoy persuadido amigo de que en vida pocos hombres serán elojiados, y de que es menester morirse uno para que llegue el dia de las alabanzas— Esté usted entendido, señor don Alvaro, le añadí entonces, que *necrolojia* quiere decir hacer lo blanco negro y lo negro blanco.

VAYA UN PASAJE.

JESÚS! ¡qué cara! parece usted desenterrado, señor don Ascencio, ¿qué tiene usted por el amor de Dios? ¿qué le duele á usted? Tal fué la salutacion que me hizo mi amigo don Anselmo, al entrar en mi cuarto esta mañana. Me tomó luego de la mano, me la apretó con afecto, y mirándome de arriba abajo prosiguió: con qué ¿qué le ha sucedido á usted, mi querido amigo? ¿son tercianas? ¿ó está usted amenazado del sarampion, que anda hoy en boga?—¡Qué quiere usted que tenga, señor don Anselmo! le contesté demasiadamente conmovido; ¡qué quiere usted que tenga! ¿le parece á usted poco el chaparron de infortunios que nos ha caido encima á los peruanos? seria preciso tener un corazon de bronce para no sentirlo; preciso ser tan desnaturalizado, como algunos que conozco, para no morirse de vergüenza, ó para no enterrarse vivo despues de catástrofe tan tremenda.—Vamos, vamos, señor don Ascencio, respondió don Anselmo, ¿y por eso no mas se abate usted de esta manera? ¿somos acaso los peruanos los únicos que han sufrido semejantes reveses en el mundo? ábra usted la historia, señor don Ascencio, y verá que las naciones mas poderosas y afamadas han dado mas *traspiés*, ántes y despues de constituirse, que cuantos sus desconsiderados hijos echan en cara á la nuestra cada dia; y no por eso se han abandonado al dolor ni á la desesperacion, ni aparecen hoy ménos grandes y gloriosas. Qué mas quisieran nuestros enemigos, que hacernos perder el humor y la paciencia despues de habernos ganado una batalla: no señor, dejémosnos de *jerimiqueos* y simplezas, y pongamos manos á la labor. No hay atajo sin trabajo, señor don Ascencio, ni mal que por bien no venga; y quien sabe si nuestros males presentes nos los envia el cielo para nuestro futuro bienestar.—¡Ay amigo! no sé qué le diga á usted; tengo la cabeza como un tambor; no me faltan dos dedos para que me lleven á San Andrés. ¡Un ejercito tan lucido!.......¡tantos afanes! ¡tantos sacrificios perdidos en una hora!............ —Mucho pan que rebanar hay todavia, don Ascencio; menear las teclas es lo que interesa, menar las teclas, y ya veremos al fin y al postre quien lleva al gato al agua; pero ya se vé, si todos están como usted metidos en sus cuartos, y llorando, como quien dice, la ruina del Callao, entónces, no digo los bolivianos, sino hasta los negros de Angola nos escupirán en la cara; y harán muy bien.—¡Válgame Dios!—Y si no conociera los sentimientos de usted tan á fondo, creeria ahora que se habia vuelto entre las manos un egoista, un maricon, un......... pero no, ya se le refrescará la cabeza, y estoy seguro que trabajará como siempre por el honor y engrandecimiento de la patria. Si, don Ascensio, todos y cada uno de por sí, debemos contribuir á un objeto tan sagrado, ora haciéndoles la guerra á nuestros enemigos con las armas, con la pluma, ó como Dios nos ayude, ora persiguiendo sin descanso á todo el que se muestre indiferente, ó que trate de amortiguar el entusiasmo que se estiende, como por encanto, por los ángulos de la república.—¿Y habrá peruano tan.........—No faltan, amigo mio, no faltan, aunque en corto número.—¡Es posible!—Si, mi amigo.—Pues señor.........bien; proseguí despues de haber dado algunos pasos por el cuarto sin decir una palabra, bien, señor don Anselmo, soy de usted ¿qué qniere usted que yo haga? ¿que escriba? ¿que predique? ¿que grite? ¿que pelee? Vamos, hable usted, á todo estoy resuelto: no lo haré como seria de desear, porque mis conocimientos son escasísimos; pero á lo ménos tengo buenas intenciones, y esto me servirá de disculpa.—¡Eso si, señor don Ascensio! me contestó don Anselmo estrechándome entre sus brazos, no esperaba ménos de un hombre tan patriota como usted.—¿Qué tengo que hacer pues, señor don Anselmo? acabe usted de decírmelo, ¿quiére usted que denuncie ante el Perú con sus pelos y señales, á todos los paisanos nuestros que se muestran poco sensibles á los conflictos de la patria? ¿quiére usted que dé las señales inerrables, (para que todos los conozcan,) de aquellos estrangeros ingratos que, pagándonos mal por bien, y sin acordarse que la nacion mas presumida tiene tal vez mas *cacas* que la nuestra, se mofan de nuestras desgracias y se rien de nuestro duelo? no tiene usted mas que abrir la boca, y *tate*, salen á bailar tan fijo como mi madre me parió; porque ha de saber usted que los conozco tanto, señor don Anselmo, como á la camisa que tengo en el cuerpo; ¿qué dice usted?—No, señor don Ascensio, por ahora no quiero nada de eso; si necesario fuere, los haremos conocer, no solo por sus pelos y señales, como usted dice, sino por sus nombres y apellidos con todas sus letras.—Corriente.—Por ahora, como digo, señor don Ascensio, me limitaré solamente á pedir á us-

ted, que publique el siguiente pasajito que presencié anoche con un amigo mio, para que vean como andan en lo sucesivo todos aquellos que sean de su calaña. Dicho esto se quitó el sombrero, encendió un cigarro, y haciéndome sentar á su lado en el sofá, dió principio al asunto de este modo.

Las siete de la noche serian, poco mas ó ménos, cuando pasando el dia de ayer por la esquina del portal de Botoneros que vá para Bodegones, me encontré en un corrillo de seis ú ocho, que habia allí, á un amigo mio llamado don Andrés, que por el tono récio con que se espresaba, y por la accion violenta y descompasada con que acompañaba su voz, me hizo juzgar que se trataba quizá de inferirle algun perjuicio: deseoso de acudir á su defensa en caso preciso, como un buen amigo, así como tambien picado de la curiosidad, porque al fin soy hijo de Eva, me acerqué á la reunion; y cuando creí que se trataba nada ménos que de darse de trompadas, me hallé que todo ello no era mas que lamentaciones sobre la catástrofe de Incagüe, y grandes planes para reparar nuestras ofensas. Cual decia, que si hubiera mandado la batalla habria hecho *esto y el otro*, y las cosas hubieran tomado un aspecto muy distinto. Tal, que si él fuera presidente del Consejo dispondria *asi ó asao* de la república, para que en el término de un mes á mas tardar nos temblase medio mundo. En fin, cada uno daba su parecer al modo que podia y sabia, conviniendo todos, eso sí, en no sufrir el yugo de ningun *forano;* pero mi don Andrés era el que mas se esforzaba en probar la necesidad en que estamos de hacer la guerra á toda costa. Todo hombre, decia como un energúmeno, desde el grande hasta el pequeño, y desde el rico hasta el pobre, debe tomar las armas en defensa de la patria, para que no se diga lo que se dice de nosotros, por detrás y por delante, y en nuestro pais y en el ajeno. La ley marcial, si señor, la ley marcial, repetia mas colérico, es la que debe publicarse *ante omnia:* todo el que se exima de reconocer capitan, ó que oculte bajo cualquier pretesto al que cargue calzones, debe sufrir las penas mas severas como un traidor, como un desnaturalizado, indigno de alternar en la sociedad peruana. La guardia nacional no debe formarse sino de hombres casados e hijos únicos; pues todo soltero, sea de la condicion que fuere, debe enrolarse en las filas del ejército para que de este modo salgan á campaña, de solo Lima, diez ó doce mil hombres, cuando ménos; por último, tanto dijo y no tan fuera del *tiesto*, que yo lo escuchaba con tamaña boca abierta, ascendiéndolo en mi interior, de grado en grado, segun su mérito, hasta los mas altos destinos de la patria. Al cabo de una hora, ó poco ménos, nos separamos del corrillo don Andres y yo, dirijiéndonos para nuestras casas por un mismo camino, porque vivimos inmediatos. Llegado don Andrés á la puerta de la suya, me hizo instancia para que entrase á descansar un rato, y yo, que le iba tomando por momentos mas cariño al ver el entusiasmo que habia desplegado en el portal, no pude resistir á la tentacion de escucharlo otro momento. Entré, pues, á la casa, y despues de saludar á su esposa con las formalidades de costumbre, se volvió á entablar de nuevo la conversacion sobre el asunto del dia; pero cual sería mi sorpresa al oir al fogoso don Andres que se espresaba en estos términos:— Hija, la cosa está mala. Ten cuidado con los muchachos porque hay una *leva* horrorosa; no vayan á salir á la calle por ningun pretesto. ¡Válgame Dios! ya no se puede vivir en este pais. ¡No sé qué será de nosotros! Yo no me meto con nadie, es verdad; pero como á nadie le faltan enemigos en esta vida, estoy lleno de recelos. A veces hablo porque me hacen hablar; pero todo el mundo sabe que no es mas que *hablar* lo que yo digo, y que de allí no pasa; pero con todo me comprometo, bien lo sé.—Tú tienes la culpa, le replicó su mujer cortándole la palabra, que eres un mentecato, y que no te llevas de mis consejos: todos los dias te lo digo bien clarito ¿qué tienes tú que meterte en nada? qué te van á dar á tí, pobre *mongonete?* tú no has de mandar nunca, déjalos allá á ellos que se los lleven los demonios. No faltaba mas ahora, sino que uno se hiciera matar por que otro engorde. *Cátay* pues, ¿qué ha sacado el hijo de ña Doloritas que se fué á Bolivia con Gamarra? ahí la tienes hecha un mar de lágrimas, porque le ha dicho uno, que vino de *allá*, que lo vió muerto. ¿Y qué necesidad hay de que á tí te suceda lo mismo? tras que andamos *qué sé yo cómo*, todavia me quieres quitar la vida con tus candideces? A ver, cuando la cosa apure cómo nos vá; pues este no es el tiempo de ántes, que tuvimos con qué comprar un costal de arroz y otras frioleras por si acaso. Por donde quiera que vayas no encuentras mas que llantos y qué se yo.........—Señora, le repliqué sin poderme contener, ese llanto debe exitarnos mas á la venganza. ....

—¡Calle usted, por Dios, señor don Anselmo! me dijo encendida en cólera, usted no mas echa á perder á mi marido; déje usted que cada uno haga lo que le dé la gana; si señor,

qué tiene nadie que meterse en lo que no le vá ni le viene. Estas amistades no más echan á perder á los hombres; no me gusta; todos los dias se lo digo; pero no me quiere entender este demonio.—Señora, dije yo algo acalorado y poniéndome de pié, quede usted con Dios que no estoy para oir semejantes necedades, ni para ver maridos *zamplampluzes;* y tomando mi sombrero me mandé mudar hasta ahora.—¡Qué tal! mi amigo don Ascensio, me dijo don Anselmo luego que acabó su relacion: con hombres de esta naturaleza ¿qué cree usted que se puede hacer? pero felizmente son tan conocidos, que se pueden señalar con el dedo sin temor de equivocarse; y con el favor de usted, espero que todo el mundo los conozca.—No lo dude usted, señor don Anselmo, desde ahora les declaro la guerra, con mas furor que á los bolivianos.—Cuento con ello, me dijo don Anselmo despidiéndose, y con que publicará usted lo que acabo de contar. Así se lo prometí, y así lo he hecho.

EL TÉ Y LA MAZAMORRA.

DICEN que puede mas la moda que las excomuniones ó anatemas de los arzobispos; y es verdad, por que si no fuera así, no habria ahora tantos hombres que tomasen té con leche, que en suma no es mas que una agua de malvas en lugar del sabroso y nutritivo chocolate que tomaban los mentecatos de nuestros abuelos, y que en el dia solo toman los antigüallos que se parecen á ellos; es decir, los que no entran por las reformas, y por el buen gusto moderno. Yo soy tambien uno de los que toman té, ó lo que es lo mismo, un hombre de buen gusto, un reformado, ó reformista, ó reformador ó como ustedes quieran llamarme; en cuya virtud no estrañarán que les diga, que suelo ir algunas veces á casa de mi amigo don Antonio (que igualmente es del mismo número) entre siete y nueve de la noche, con el objeto de tertuliar un poco, y tomar una taza de té imperial, del que acostumbra este señor, en compañia de algunos cis-atlánticos y tras-atlánticos que suelen concurrir allí; y en donde se orijinan de ordinario grandes disputas sobre política, que unas veces me entretienen y divierten, y otras me queman la sangre como quien dice. Don Antonio es un hombre casado, y tiene por esposa á una hermosa limeñita, cuya fecundidad le ha venido á costar en el término de pocos años una media docena de niños robustos y bien formados, que saltan y brincan de contínuo por sobre los tertulios, y por sobre la tertulia de tal modo, que á las veces, aun las disputas mas acaloradas se pierden en el torbellino de su algazara, y de sus gritos infantiles. Doña Rosita (este es el nombre de ella) sin embargo de hallarse casada con un moderno, no ha podido convenirse jamás con las costumbres modernas; y por consiguiente no es de las que toman té, ni cosa que se le parezca; porque dice que una taza de mazamorra morada es mejor que veinte de té con leche; (y no hay quien la haga variar de opinion sobre este punto) pero nos acompaña, las mas veces, á conversar y disputar sobre cuanto se ofrece.

En fin, señor lector, para poder entrar en materia de una vez, diré á usted que antenoche estuve allí, y estaban tambien otras varias personas, y entre ellas un inglés, un francés, y un italiano, á quienes encontré al entrar en una conversacion muy animada sobre los últimos sucesos de Bolivia. Pero lo que habia de mas notable y me causó mas estrañeza, fué, que entre todos ellos, los mas entusiasmados en la cuestion, eran los tres europeos que he mencionado. Estos emitian sus opiniones con una gravedad y *dogmatismo* que no dejaban lugar á la réplica. Cada uno de ellos se consideraba, sin duda, un Pitt en la política, un Tayllerand en la diplomacia, y un Napoleon en el arte de la guerra. Sin embargo, en nada andaban acordes á excepcion de un solo punto—en el de censurar las acciones del gobierno del Perú, y la de los peruanos en jeneral. Cada uno decia sobre esto todo lo que le parecia bien, fuese con razon ó sin ella, elojiando solamente la época del gobierno de Santa-Cruz en que, segun ellos, iba todo perfectamente.—¡Oh! en tiempo de Santa-Cruz, observaba Mr. Morris (que asi se llamaba el inglés) todo iba muy

bien, y á pedir de boca; porque entónces el Gobierno, y los ministros todos eran jente muy dócil que se dejaban guiar, como dicen, por la mano. Entónces nuestro Cónsul, hombre muy teórico y práctico en la política y en la diplomacia (pues aunque jamás las ha estudiado ni por el forro, las sabe de oidas y por obra del Espíritu Santo) visitaba frecuentemente los ministerios, y daba lecciones oportunas á los Ministros sobre lo que debian hacer, y sobre lo que no debian hacer, de modo que no podian equivocarse en nada.—¡Buenos tiempos esos! esclamaba Monsieur Mallet; (este era el francés) tiempos en que venia un hombre de Francia buscando aventuras, se metia aquí de corsario, y moria desgraciadamente en un combate; y el gobierno, trasformándolo en un hijo del pais, por la virtud de una nota oficial, mandaba hacerle unas exéquias solemnes, como á un héroe de la patria, cuando en suma no era mas que un aventurero, que habia salido mal en su negocio.—Amigos, decia aquí el italiano, (llamado don Pánfilo Pepiani) cuando oigo mentar esos tiempos se me hace la boca agua, como si estuviese viendo un buen trozo de salchichon de Jénova y una botella de vino. ¡Cuán sensible me es que hayan pasado tan pronto, sin haber yo gozado de ellos como querria! ¡Tiempos en que todo lo que olia á *extrànjis* tenia tanto valor y tanta estima, y en que se nacionalizaba uno con mas facilidad que se pela un nabo! ¿quien sabe si aun hubiera llegado el caso de nacionalizar hasta los tallarines y los rabioles?

Yo, que con todas estas cosas y otras muchas del mismo jaez, que les oí decir por largo rato, ya no podia estar de impaciente y de rabioso, tomé la palabra, y dirijiéndome á ellos les dije:—Caballeros, convengo con ustedes en que este pais está en el dia malísimo, perverso, inhabitable, y convengo tambien en cuanto ustedes quieran sobre el particular; pero supuesto que ya Santa-Cruz no manda aquí, ni es probable que vuelva á mandar jamás ¿qué hacen ustedes que no se van á vivir á otra parte en donde las cosas vayan mejor, y en donde no se vean precisados á tratar con nosotros? ¿por qué se afanan por asuntos ajenos que no les van ni les vienen? ¿Qué les importa que el diablo nos lleve, ó que nos lleve Dios?

Por otra parte, me permitirán ustedes preguntarles ¿no han leido alguna vez la historia de sus respectivos paises? ¿no tienen presentes las numerosas revoluciones, los cambios de gobierno que han tenido lugar en ellos? las traiciones, los robos, las matanzas, y los crímenes de todo jénero con que están adornadas sus páginas antes de que pudieran constituirse? ¿Usted, señor don Pánfilo, que tanto se mata por nuestros asuntos, se ha olvidado que una gran parte de su pais jime en la actualidad bajo el yugo de los austriacos? ¿Por qué no emplea ese ardor y entusiásmo que lo devoran en ir á libertarlo de sus opresores?

La amable Rosita, observando entónces que me habia inmutado sobremanera, y que podia suceder muy bien que el asunto tomase un aspecto sério, y concluyese á capasos, se puso de por medio, procurando apaciguarme con palabras graciosas y llenas de encanto, y reconviniendo al mismo tiempo á aquellos señores por su crítica descortés é *importuna*, segun se sirvió calificarla, diciéndoles además, que no debian olvidarse de que "todos gatean para andar" y que al fin, fuese como fuere, no eran esos cuidados los que debian matarlos.

Doblemos esa hoja, señores, dijo don Antonio, con una prudencia y una calma que le son características, y vamos á tomar el té que se enfria, Muchacho! muchacho! Valentin!—Señor!—Vén acá ¿qué modo de servir el té es este? aquí falta azúcar; y luego, estas dos cucharas no son de té sino de comer, y aquella taza es mas grande que las otras, y de pinta diferente.—Señor, la señorita no me ha dado para comprar azúcar; la vecina de enfrente se llevó prestadas las dos cucharitas que faltan, y no las há traido hasta ahora; y esa taza la he puesto en lugar de la otra, porque la señorita la tiene ocupada con un remedio.—¡Válgame Dios! Rosita, hija; que nunca has de evitar á tiempo estos desórdenes! —¡Jesús! ¡qué hombre tan cansado y tan fastidioso! Toda la vida me has de estar regañando...¡Ave Maria! Pero ya se vé, si estás ya tan viejo.—Y tú tan muchacha, sin que haya forma de que entres en juicio, ni aprendas á gobernar tu casa como se debe. —Bueno, pues; déjame asi, muchacha, y no te incomodes. Hago muy bien. Toma, Valentin, y traete una libra de azúcar de la pulperia de la esquina.

En este momento se oyó una voz en la antesala. Era la de doña Carmencita, amiga antigua y comadre de Rosita. Despues de la salutacion y demás ceremonias de estilo, tomó asiento cerca de ésta, y principió entre ambas el diálogo siguiente:—Con qué, niña, qué sabes de novedades?—Tantas cosas oigo decir por ahí, hija, que no sé qué creer. No

se habla mas que de guerra por todas partes.—Si, pues; no se habla de otra cosa. Te aseguro, te aseguro, niña, que acabo de tener un rato muy divertido en casa de Manonga, la viuda de don Jacinto. Habia allí unos cuantos militares, con unos bigotazos y unas patillas que daban miedo. Estaban hablando de la batalla de Incagüe, y *pintando*, como dicen, en grande; porque ya vés, que entre mujeres nada cuesta pintar. Echaban unas brabatas ¡Dios mio! que parecia que se iban á comer al mundo; pero quien no los conozca que los compre; yo no hacia mas que reirme interiormente de ellos, porque ya estoy convencida de que mientras mas bigotes, y mas pintura, ménos hay que esperar de ellos. Yo les daria mis polleras, y tomaria sus calzones. Casualmente, hija, eran de los que díz que han venido derrotados de Bolivia.........!—¿Y qué era lo que decian?—Qué sé yo! ¡tantas cosas.........! que no me acuerdo: pero si los hubieras oido.........!—Ya, ya me hago el cargo. Dirian que la pérdida de la batalla habia consistido en todos los demás, ménos en ellos.—Pues, una cosa así; y luego añadian tambien, que al general Gamarra se le habia ido é antojar el morirse á lo mejor......... por cuyo motivo se vieron precisados á abandonar el campo.—Y yo digo, hija, que si ellos no hubieran abandonado el campo, el general Gamarra no se hubiera visto precisado á morir.—Ya se vé, tambien tienes razon en eso. Pero viéndolo bien, hija, qué mamada tan grande es ser militar, nó?—¿Por qué lo dices, Carmencita?—Porque toda la vida vive uno á costillas del Estado, sin tener que hacer mas que rascarse la barriga, y pintar por las calles con los bigotes, la espada, y los bordados: y el dia que se ofrece una batalla (cosa que no sucede sino muy rara vez) le queda á uno su derecho á salvo para *correr* hasta donde pueda, dejando al crédulo del Estado en las astas del toro; sin hacer cuenta que los sueldos se habian recibido para este solo lance; y riéndose de los tontos que se dejan matar por amor á la patria, y otras boberias por este estilo. Despues se presenta uno en Lima con su cara bien limpia, como si la cosa hubiera sido con el vecino de enfrente, y en seguida lo hacen pasar á Chancay á comer biscochos.—Pero qué quiéres tú tambien, mujer de Dios ¿no has oido un refrancito que dice "los duelos con pan son ménos"? Pues bien, con biscochos todavia son mucho ménos. Ya verás tú que muy pronto se olvidan de todo, y se ponen gordos y contentos como unas pascuas.—Y harán muy bien, niña, por que yo tambien haria lo mismo en su pellejo.

En este momento entró un criado con una gran taza de mazamorra, y la puso sobre la mesa enfrente á Rosita. Se la mandaba de obsequio una monjita de la Trinidad, parienta suya, para que la tomara á su nombre con los niños. Estos que andaban dispersos por toda la casa, entretenidos en varios juegos propios de su edad, olieron el asunto en el momento, é invadiendo la pieza, á un mismo tiempo y por diferentes puntos, cual si fueran un ejército cuyos movimientos hubieran sido combinados de antemano, lo arrollaron y lo envolvieron todo de tal módo, que parecia una verdadera *mazamorra*. Todos ellos gritaban á una, y daban brincos y saltos como unos energúmenos, ya rodeando la mesa, ya tumbando los taburetes, ya dándonos pisotones á diestro y siniestro. Mamá, decia uno, yo quiero mazamorra! yo quiero mazamorra, mamá, decia otro; ¿á mí no me dás, mamá, mazamorra? esclamaba el tercero; y el cuarto repetia ¿y para mi no hay mazamorra, mamá?

Don Antonio que, en medio de su jénio bondadoso, se molestó bastante con esta ocurrencia, viendo al mismo tiempo á su esposa en las mayores aflicciones, sin saber como aquietar á estos niños, ni reducirlos al órden y al silencio; y considerando que todas las personas de la reunion eran de bastante confianza, y le dispensarian un acto de justicia paternal, se levantó con gran disimulo, y en un santi-amen estubo de vuelta con un gran rebenque, que principió á esgrimir sobre ellos de improviso, sin piedad ni misericordia. Ellos que, sin esperarlo, se encontraron con este enemigo tan formidable encima, prescindieron enteramente de la mazamorra, como otros han prescindido del *honor nacional*, y dispersándose de nuevo, salieron en fuga precipitada. Y yo entónces, poniendome una mano en la mejilla, y sin poder contener una gran carcajada de risa, dije allá para mí "de suerte que los oficiales que han venido de Bolivia se condujeron en Incagüe lo mismo que estos niños."

ESTO ES CIERTO.

Deo gratias! ¿En cama todavía? vamos, arriba, señor don Ascensio, que está dando la gorda para las nueve.—Decir esto, darle un empujon á la puerta de mi cuarto y soplarse adentro don Anselmo, fué todo una misma cosa.—¡Vaya, hombre, con mil santos! añadió despues acercándose á mi cama, ponga usted los huesos de punta que necesito mucho á esa persona ¿Cómo se conoce que, por acá, no escasean tanto las pesetas como en el tesoro público?—No-faltan, don Anselmo, no faltan, le contesté estirándome á lo largo, y pasándome las manos por los ojos, como quien duda de lo mismo que está viendo; cosa que, á mi parecer, sucederia ni mas ni ménos al derrotado de Ingavi, luego que se vió de este lado del Desaguadero.—Vamos, levántese usted, sacuda la pereza de una vez; y no me ponga esa cara tan vinagre que me parece el ex-tesorero Roman, cuando estaba en el candelero.—¡Déjeme usted por Dios, don Anselmo! bueno estoy yo ahora para chanzas.—¿Qué tiene usted pues? ¿está usted indispuesto?—Algo de eso.—¡A ver el pulso!—Mejor me dijera usted á ver el cuerpo, que allí está la dificultad.—¿Acabará usted de parir, con treinta santos? diga usted de una vez de qué adolece, y no me ande con tanto subterfugio.—¿De qué adolezco? estoy descoyuntado desde la coronilla hasta los talones, señor don Anselmo.—¡Cómo es eso! vaya, cuénteme usted, ¿de qué ha podido provenir tal descoyuntura?—De resultas de un porrazo que le plugo darme á un ciudadano armado.—¡Qué dice usted, hombre!—Si señor.—¿Cómo fué eso?—Siéntese usted y escuche. En seguida dí un ¡ay! profundo, capáz de conmover á un Ministro de Hacienda, y dije así:

Ibanse reuniendo en la plaza mayor, el otro dia, las tropas de esta guarnicion, con el objeto de promulgar el decreto sobre el luto y exéquias debidas al restaurador del Perú. Yo, con otros amigos, á veinte ó treinta pasos de la puerta de palacio, alababa su buen porte y disciplina, y formaba con todos ellos los votos mas fervientes y sinceros por la prosperidad de nuestras armas. En esas y las otras, y cuando mas entretenidos estábamos, un oficial, que hacia sin duda de ayudante del jefe de la línea, partió de su lado á todo escape, y echándose sobre nosotros, como sobre masas enemigas, nos puso en un *Dóminus tecum* en la mas vergonzosa derrota. Aunque yo, por supuesto, no fuí de los últimos que trataron de escapar el bulto, tuve la desgracia de ser alcanzado en la fuga, y de recibir en las espaldas un récio caballazo, y dos heridas muy competentes de herradura un poco mas arriba de los tobillos del pié derecho, cosa que si no me atrinchero en el cañon que está clavado al principio de la vereda por esa parte, quien sabe, señor don Anselmo, si no estoy mas destrozado en esta fecha que el ejército que fué á Bolivia Ay Dios mio de mi alma! esclamé despues que me hubo pasado el susto; si conforme há cargado sobre mi pasiva y tísica armazon este caballero oficial, lo hubiera verificado nuestra caballeria en los campos de Ingavi ¡qué otra fuera hoy dia la suerte de la pátria! ¡y qué otra tambien la mia, puesto que no hubiera llevado un porrazo que sabe Dios las resultas que tendrá! Pero espero en Dios y en la Vírgen Santísima, añadí despues tocándome el magullado espinazo, que de esta hecha no se la llevarán los bolivianos tan pelada, porque como dijo el otro:

> Ya el relumbron no deslumbra;
> ya el oro solo relumbra,
> no el oropel
> de afeminado doncel.
> Y el que quiera valer algo
> no ha de correr como un galgo.

Luego que me recuperé un poco, y que sufrí una rebusca escrupulosa de muchos de los espectadores, entre los cuales, perdónenme el mal juicio, no faltaria alguno que dijese *bien hecho*, me vine para mi casa, haciendo mil reflecciones sobre la violencia con que ejecutan las órdenes los militares. Pero ¿qué necesidad hay, me preguntaba á mí mismo, de atropellar de esta manera á quien no le dañó á nadie, mucho ménos cuando el

negocio no apretaba tanto? "Así lo manda la ordenanza", me contestó no sé quién desde las gradas de la Catedral.—Pues señor, si así lo manda la ordenanza, dije yo inclinando al suelo la cabeza, del mismo modo que lo hacia mi abuelo cuando se mentaba al Rey en su presencia; á mi, pobre *pelagatos*, no me toca otra cosa que abrir la boca y cerrar los ojos. Y aquí me tiene usted pues, señor don Anselmo, sintiendo todavia los efectos de esa carga brusca, á pesar de haberme acudido en tiempo con el alcanforado y qué sé yo con qué otros ingredientes, que en tales casos son de ley.—Pues, señor, siento infinito los padecimientos de usted, señor don Ascensio, me dijo don Anselmo, luego que acabè mi relacion.—Muchas gracias.—Y se me hacen mas sensibles puesto que traia un empeño para con usted.—¿Qué cosa? vamos, puede que este maldito dolor no me impida ocuparme en su servicio.—Nada, nada: era una cosa así......... no: nada, está usted enfermo, y seria molestarlo mucho............ —No importa: veámos qué cosa es..,........ —Pues bien, ya que usted se empeña......... —Al grano, don Anselmo.—Pues señor, una amiguita mia, con quien (acá para entre los dos) tengo mis picos pardos hace tiempo, me ha pedido una composicion en verso sobre los asuntos del dia, porque ¡como ella es tan exaltada por la buena causa! le agrada todo esto y......... —Y bien! ¿qué tiene eso de particular? —¡Qué ha de tener! que si usted no me saca del apuro, va á haber cantaletas, rabietas, pataletas, y en fin, todo lo que acabe en etas.—¿Como manganetas?—Pues.......! y ya usted sabe que el diablo no me ha dado nunca por ahí.........—Y ¿quién le há dicho á usted, señor don Anselmo, que sé hacer versos?—Vamos, no se haga usted el chiquito, que muy bien que los hace usted cuando se le antoja.—Que los haya hecho, puede ser; porque como de médico, poeta, y loco, todos tenemos un *poco*, segun dice el adajio, no habrá dejado de picarme tambien ese *poco* algunas veces; y......... gracias que la he tomado por esa via, y no por la deschavetada como la mayor parte de nuestros......... puntos suspensivos, señor don Anselmo, y cada uno pídale aquí al santo lo que mas le convenga.—No hay remedio: usted no me deja feo, don Ascensio............... Cualquier cosa............ No se pula usted mucho.—Como le digo á usted, amigo mio: he hecho versos, no lo puedo negar; pero que los haga en adelante, no lo verá usted aunque me den mas palos que á un recluta: porque ha de saberse usted que, á mas de que nunca me ha soplado la musa nada bueno, desde que he visto, no sé en qué periódico, unos versos dedicados á la muerte de no sé qué señora, he hecho propósito firme de la enmienda; porque ó yo me engaño mucho, ó esos versos son primos hermanos con los mios.—¡Versos á la muerte de una señora! repitió don Anselmo. ¡Ah! sí: ya me acuerdo; pero, hombre ¿que usted haga caso de eso? ¿no sabe usted que á su autor debe haberle sucedido lo que al marido de marras?—Y ¿quién fué ese marido de marras, señor don Anselmo? y qué le sucedió?—Escuche usted:—No hacia muchas horas que se le habia muerto al tal hombre su mujer, y en tanto que unos amortajaban al cadáver, y otros hacian otros preparativos para conducirlo esa noche á la parroquia, acertó á pasar, muy cerca de él, una de las criadas de la difunta, á quien habia mostrado siempre un apego nada católico. Dando tregua al instante á su dolor la tomó de la mano, á vista y paciencia de todo el mundo, y tirándola con fuerza hácia detrás de la puerta mas cercana, comenzó á hacerle mil caricias, y aun intentó no sé qué otros adefesios. Un compadre suyo, que estaba presente, y que sentia mas que todos la pérdida de su comadrita, no pudo, al ver semejante accion, contener la cólera, y le enderezó al viudo, su compadre, estas palabras.—¿Qué escándalo es este, compadre, por la Vírgen? Repare usted que mi comadre está allí tendida todavia. Vuelva usted, hombre, en su juicio, y no dé que decir mas á las jentes. Sobre que ellas poco necesitan.........—Déjeme usted compadre, dejeme usted, que es tanta la pena que tengo......... que no sé lo que hago.—Esto mismo, prosiguió don Anselmo, le ha sucedido al autor de los versos susodichos: tanta era la pena que tenia que no supo lo que hizo.—Y ¿usted pretende que se me mida con la misma vara? No se la pondrá usted.—Pero, hombre ¿cómo me deja usted en las astas del toro? No esperaba de la bondad de usted......... —Aguarde usted, don Anselmo, ahora que me acuerdo......... sí: por ahí deben estar............ Mire usted: busque entre esos papeles que están encima de la silla, que allí debe encontrar unos versos que me dió un amigo y que le vendrán de perilla á esa señora, dueña de sus deseos. No habia acabado de decir estas palabras, cuando se echó don Anselmo sobre los papeles, como se echan las viudas sobre "El Peruano" cuando se inserta en él la órden de pago; y habiendo hallado el que buscaba, se vino á mí leyéndolo en alta voz. Y como yo conozco (porque por mí saco la cuenta) que al curioso lector se le está haciendo la boca agua

por enterarse de los versos, no puedo ménos que darle en la yema del deseo, advirtiéndole de refilon, que, si les metiere el diente, allá se las avendrá con su autor y no conmigo. Allá ván.

Afrenta ignominiosa
tu faz anubla ¡oh patria desdichada!
y tu bandera espléndida, orgullosa,
yace en tierra feroz vilipendiada.
Tus hijos, otro tiempo tu esperanza,
si se salvaron de asesina lanza,
hoy sufren los ultrajes
de esas tribus salvajes
que se llaman *Nacion* y que, en su fúria,
eslabonando un crímen á otro crímen,
y una injuria á otra injuria,
del triste prisionero
diario baldon sobre la frente imprimen.
Y ¿duermes, Lima?...... ¿Y cuando el orbe entero
tu infamia llora y tu venganza aguarda,
tu culpable indolencia la retarda?
¿No oyes ¡oh Dios! el infernal bullicio
con que forjan tus grillos
despreciables caudillos,
que, en su idea, preparan tu suplicio?
¿No ves en tu recinto destrozados
los lazos mas sagrados?
—La esposa sin su esposo, el hijo tierno
sin su padre adorado......y la hermosa
que, fascinada en gratas ilusiones,
juró un amor dulcísimo y eterno
al mas bello y feliz de los campeones,
hoy que la áurea cadena deliciosa
con mano cruel despedazó el destino,
yerto el rostro divino,
pálida cae sobre la tierra fria,
y eu su horrible agonia,
maldiciendo á su pérfido enemigo,
muere invocando á su querido amigo.
¿Y duermes, Lima?......¡Duermes!......Y en ociosa
y femenil holganza,
robas á la esperanza
las largas horas que al amor te entregas
y en delicias te anegas?
¿Solo el látigo vil de tu verdugo
sacudirá el sopor que te aletarga,
cuando con risa amarga
venga á imponerte el detestable yugo?
¡Ah!......No!—Ya se levanta entusiasmada
terrible juventud que, ardiendo en ira,
blande en sus manos la fulminea espada
y triunfo cierto al corazon inspira.
Grupos, grupos sin fin ya se aglomeran,
que muerte solo esperan,
ó tremenda venganza que resuene
del nevado ILLIMAN al gran PERENE.
¿Cuántos son? ¿Dónde están? ¿Podrán ¡cuitados!
resistir la presencia formidable
de tan fieros soldados?

Justa reparacion, ódio implacable,
espantosos proclaman;
y el sacrosanto fuégo en que se inflaman
solo se estinguirá cuando cayendo,
sangre impura vertiendo,
muera implorando compasion, en vano,
el postrer boliviano.
Y tú, Bolivia infanda, tú, maldito
monton de tigres, que en bestial orgia
saboreas tu barbaro delito,
tiembla, tiembla, el momento
llegó de tu escarmiento
y eterna gloria de la patria mia.
Tus ciudades, que al mundo son asombro,
pronto serán aterrador escombro,
donde el reptil inmundo se guarezca
y ni una espina crezca.........
y tu memoria vil, si tal memoria,
quiere á los siglos conservar la historia,
negra, cual tú villana, cual tus hechos,
de indignacion repletará los pechos.

Se entusiasmó taato don Anselmo, ora sea con la posesion de la oda que tenia entre las manos, y que debia presentar á su querida, ora que ella le hubiese avivado el patriotismo, que se mandó mudar á la francesa, declamando al salir, en tono trájico, el siguiente trozo de una composicion de don Alberto Lista á la victoria de Bailén.

No, no es inútil la vertida sangre
ni el valor desgraciado,
que la fortuna injusta no corona.
La sangre de Leonidas fué á los persas
la señal de rüina,
y los lauros regó de Salamina.

LAS EXÉQUIAS.

Ardua tarea, es por cierto, la de ser editor. ¡Quien me lo hubiera dicho con tiempo para no meterme (como dicen) en camisa de once varas! No me encontraria ahora, como me encuentro, apurado para escribir el quinto número de «El Cometa,» que, á decir verdad, ni sé por donde lo principie, ni por donde lo concluya : y esto es, que hace mas de tres horas que lo estoy pensando, por no decir tres dias; cosa que no deja de herir algun tantico mi amor propio, que no quisiera encontrar dificultad en nada, sino superarlo con toda la misma facilidad con que se vadea el gran caudal de agua del Desaguadero, cuando viene uno á *toda prisa desde los llanos de la Paz.* Pero en fin, sea como fuere, es menester escribirlo, y no hay remedio. El asunto será............será cualquier cosa, que eso importa poco. Lo que importa es escribir sobre algo, para que el público tenga que leer. Escribiré sobre el clima de Lima, y sobre las cuatro estaciones del año; y en particular sobre el estío, que es en el que nos hallamos actualmente. Diré, que Limá está á los tantos grados de latitud austral, y tantos de longitud occidental del meridiano de Paris; que, aunque muchos lo saben sin que yo lo diga, otros muchos no lo saben aun y me lo agradecerán bastante. Diré, que el sol está en Capricornio, y que, en tales y tales dias del año, ha de haber eclipses visibles é invisibles,

ó no ha de haberlos en ninguno; aunque no .....esto es quitarle las ganancias al señor don Eduardo Carrasco, y la torta me saldrá costando un pan; porqué ya vé usted, la policia.........guarda Pablo! Diré, que el calor ha principiado con una fuerza irresistible; y que ya es preciso vestirse de lienzo; para que, los que lo ignoren, dejen inmediatamente la ropa de paño. Diré, que en la Bola de Oro, hay buenos helados, á la francesa, para los que gusten refrescarse el cuerpo, y aun el alma, que hartos motivos tienen en el dia para estar acalorados, ademas de la estacion: que los baños tibios de Mr. Moran estan ya al abrirse, y el tiro de pistola, y el billar nuevo. Diré, que Lima es un país delicioso, en donde se encuentra gran variedad de frutas y de *opiniones* en todo el año, como en ninguna parte del mundo, para que si llega la noticia pronto á Europa, (como es muy probable, ahora que tenemos vapores) todos los aficionados á *opiniones* y á frutas, se vengan aquí á vivir con nosotros, aunque despues nos dén con *ellas* y con nuestra *hospitalidad* en los hocicos. Diré, que el padre Urias y el padre Vizcarra se han sacado en vaca la suerte de cuatro mil pesos, que tanto deseaba yo para mí, aun cuando hubiera sido en toro. Diré, en fin............pero parece que tocan la puerta. ¿Quièn vá?— Yo soy, señor editor— ¡Hola! don Serafin, mi amigo ¿usted por acá?— Si señor— Qué asuntos le traen á usted?— Nada mas que el hacerle á usted una visita.— Vaya enhorabuena; tengo mucho gusto en ello. Siéntese usted y conversaremos un poco. ¿Qué sabe usted de noticias?— Nada.— No estuvo usted en la Catedral el dia de las exéquias de don Agustin?— Si estuve.— ¿Y qué le parecieron á usted?— Pues ....la verdad......yo entiendo muy poco de eso, y no me atrevo á dar mi opinion sobre el particular; pero si, puedo contar á usted lo que oí decir á diferentes personas.— Vamos á ver; porque á mi me gusta, antes de pronunciar mi fallo sobre una cosa, oir el dictámen y modo de pensar de los demás.—Pues, señor, hallábame yo casualmente cerca de unas tres tapadas que estaban, entre otras varias, á la derecha del altar mayor, observando con grande atencion el catafalco, cuando á poco rato, principió entre ellas un diálogo, que si bien me acuerdo, era poco mas ó menos como sigue.— Panchita ¿qué te parece esto?— Qué me ha de parecer, niña, un adefesio y nada mas.— Y ¿porqué?— Porque sí; porque á mi no me gusta, y porque para haber hecho esta porqueria, valia mas no haber hecho nada.— Pero, qué es lo que tiene? quédefecto le pones?— Qué há de tener, Manonga, que todo esto que estás viendo aquí es viejo, viejísimo, y ha servido para todo el mundo; y yo esperaba encontrar alguna cosa nueva (ya que no todo) despues de tanta bulla que han hecho para estas exéquias, y despues que salieron postergándolas desde el 22 de Diciembre hasta hoy, que van trece dias, porque dizque no era suficiente el tiempo, para todo lo que habia que hacer; y ya ves, que para armar solamente cosas viejas, sobraban dos dias. Yo creo que un Presidente de la República, por poco que por si valiera, merecía un túmulo nuevo.— Es verdad, niña, dijo entonces la tercera; pero éstas son cosas como del canónigo Pastel.— Pasquel dirás, y no Pastel, mujer de Dios, contestó Manonga.— Bueno, repuso aquella, sea Pasquel, sea Pastel, ello es, que el tal señor nos ha salido con una buena *empanada*. Vamos, si me ha parecido ni mas ni menos que *el parto de los montes*. ¡Qué chasco tan completo nos ha dado el señor!— Pero á mi no, hija, replicó Panchita, porque hablando con verdad, asi mismo lo esperaba, poco mas ó menos. Desde que oí decir que al señor Pasquel se habia encomendado la direccion de la obra, y que se habia agregado á él un *Conde*, dije entre mí, ya verán ustedes el *discante* con que salen estos caballeros; y efectivamente no me he engañado. ¿Para qué diablos se valdrán de los *Condes* para nada?— Ustedes son muy murmuronas, y muy criticonas, repuso Manonga, ¡Ave Maria con ustedes! ¡Dios me libre de esa lengua! ¿Qué tiene de particular que se hayan servido de una cosa vieja para unas honras nuevas? peor no hubiera sido, que se sirvieran de una cosa nueva para unas honras viejas?— Pero, niña, ¿que quieres? continuó Panchita; ¿quieres que lo que me parece mal, diga yo que me parece bien? ¿quieres que estos trastones viejos me gusten? pues no; yo nó soy amiga de cosas viejas; tú lo sabes; déjame, por Dios, con mi gusto, que malo ó bueno no lo cambio por otro. Mira, mira esas banderitas tan feas, que parece que no tuvieron género suficiente para hacerlas mas grandes, ni dinero prra comprarlo. Mira esas cortinas negras hechas de forro de fraques y levitas.—Panchita, exclamó Manonga, riéndose, ¡Ave Maria! no digas eso, que ese es un género que cuesta en las tiendas tres cuartillos la vara.—Pues si eso mismo es lo que digo yo, niña, que es un género con que se forran fraques y levitas.

En esto se fueron dirijiendo á una de las naves laterales con el objeto (segun entendí) de leer los versos que habia en ellas, y yo que estaba bastante entretenido con su con-

versacion, las seguí con disimulo.—¡Jesús! niña, continuó Panchita, ¡qué letrones! ¿quién habrá escrito esto? ¿si serán los palotes de algun niño de escuela? ¡Dios mio! ¡qué cosa tan ordinaria, y tan mal hecha! !vaya! vaya! que es menester valor para poner esto en una Catedral, y en unas exéquias como las del Presidente de la república.—Ciertamente, dijo un hombre que estaba cerca de nosotros, que es menester valor para hacer una cosa tan indecente. Qué! ¿nó hay en Lima por ventura una persona que sepa escribir bien? ¿no hay tantos maestros de caligrafía, capaces de desempeñar esta tarea segun el gusto y perfeccion actual del arte? ¿Tanto podria haber costado el hacerlo? Y luego, ni siquiera un poco de ortografia............ ¡Venga usted acá, señor, añadió tomándome de un brazo y haciéndome dar algunos pasos hasta donde pudiera ver el centro del túmulo, y lea allí; "REPVBLICAE FELICITATIS CVLTORI." En dos palabras hay dos errores crasísimos!! ¿Qué quiere decir esto? que el señor Pasquel ni el señor *Conde* saben una jota de ortografía? Pero, ¿cómo puede ser que un señor Canónigo y un señor *Conde* no la sepan? Estoy por creer mas bien que son muy cortos de vista, y que no habrán observado que hay allí dos VV en lugar de UU: es decir dos consonantes en lugar de dos vocales.

A saber esto, continuó Panchita, (á quien me volví á acercar inmediatamente, porque no queria perder una palabra de la critica tan salada y graciosa que iba haciendo de todo) yo hubiera traido un hermanito mio que aprendió á escribir con Meyer, y que sabe mil primores en letras, para que hubiera escrito esto *gratis*; porque á mi se me pone que el señor Pastel, por no gastar algo más, nos ha puesto estos garabatos que solo podrian estar buenos para una picanteria.—Vamos, Panchita, interrumpió una de las otras, déjate de letras ahora, y veamos los versos que es lo que importa: porque es regular que hayan sido puestos allí para que los lea todo el mundo, y dé su voto sobre ellos. Tú que tienes mejor vista que nosotras, léelos.— Corriente; pero............¿qué es esto? aquí veo yo unas cosas que no son letras, ni son nada. ¿Qué diablos es esto? Unos triangulos; unas *mm* echadas; unas *oo* partidas; ¿qué significa esto? Esto no puede ser castellano.— Dices bien, niña, repuso Manonga, fijando entonces su atencion en los marcos; dices muy bien, que esto no es castellano: esto debe ser lengua, niña.— Pero, no seas bruta, Manonga, no digas así; esto debe ser lengua: bueno; pero qué lengua, explícate, francesa, inglesa ó extranjera? porque todas estas lenguas hay, hija.— Yó no sé cual de ellas, pero creo que debe ser la lengua que hablan los extranjeros.— Pues te equivocas, niña, porque para mí esto está en frances; y ahora es cuando yo siento en mi alma el no haberlo aprendido, cuando se lo estuvo enseñando á mi hermana Carmen, aquel señor francés que visitaba en casa, dos años há, y que se fué el dia menos pensado con ella, sin decir adónde, ni hasta cuando, ni porqué; y sin despedirse de nadie: porque has de saber tú, Manonga, que esto es lo que se llama "irse á la francesa," y lo que se estila en el dia entre las jentes de gran tono, y no como se acostumbra en Lima, que hasta en eso estamos todavia por conquistar. Pues, como te digo, siento infinito no haber aprendido el francés; porque has de advertir que el castellano ya no está en moda, en el dia, en Paris, ni en Londres, ni en ninguna otra parte, mas que en España, que es lo mas atrasado del mundo; y sinó, en prueba de ello, mira como todos estos versos están en francés, á pesar de que todavia solo personas muy contadas lo hablan entre nosotros. Pues bien, eso es para obligarnos á aprenderlo á la fuerza, y para que insensiblemente vayamos dejando el castellano, que es un idioma que solo pudo ser bueno en tiempo de nuestros abuelos.—Pero despues de todo, Panchita, repuso aquella, no es mal chasco el que se vá á llevar toda la jente que venga hoy aquí, porque ya vés, que serán muy *pocas* las personas que entiendan los tales versos.— Eso quiere decir, hija, que ellos han sido escritos solamente para esas *pocas* personas, y que á todos los demas, ó lo que es lo mismo, á todo el público que no lo entiende, no hay mas que decirle lo que decia un loco de un lugar; "el que quiera hacer versos que los haga."

Entrometiéndome yo entónces en la conversacion, con el objeto de deshacerles la trabacuenta, las hice entender, que lo que habian tomado por idioma francés, no era sino griego y latin.—Ay.......¡tanto peor, contestó una de ellas; ¿y dígame usted, señor, habrá en Lima quien entienda el griego?— ....Lo que es el griego, señorita, puedo asegurar á usted que, fuera del autor de estas composiciones, no hay dos personas mas que lo entiendan.—Y entónces ¿á qué viene el hablarnos en griego, por la Vírgen santa? ó es que quieren hacernos zumba?— No se desconsuele usted que solo los encabezamientos están en griego, y lo demás en latin.— Tanto vale para nosotros el latin, que tampoco lo sabemos, ni creo que el público todo lo sepa, con ecepcion de los abogados, los cléri-

gos y los literatos, que son en gran número.— Es verdad, señorita, y aun entre estos hoy muy pocos entienden verso latino, pues en sacándolos de una prosa corriente, Dios sabe lo apurado que se encuentran; pero yo me persuado que el autor de ellos los habrá compuesto en estos idiomas, para que si acaso tienen defectos no pueda criticarlos nadie, y mucho menos ustedes que son tan temibles en ese particular. Por otra parte, es menester que ustedes adviertan que tambien hay algunos versos castellanos; y diciendo esto, las conduje en derredor de las dos naves laterales para que fueran viendo y leyendo los que habia. Los sonetos, las octavas, y las cuartetas no fueron muy de su agrado. Pusiéronles mil defectos allá á su modo, y en su lenguaje, que apenas recuerdo ahora; como *verbigracia*, aquello de *insulsos*, *frios y desmayados*, y otros epitetos semejantes. Los únicos que merecieron su aprobacion fueron los esdrújulos y la anacreóntica, que no parecian cosa de muertos sino de enamorados. Mucho me gusta, añadió, Panchita y confieso que aquí anduvo el poeta muy acertado, porque las cosas de los muertos no agradan mucho por lo triste y melancólico de ellas.

Crea usted, señor don Serafin, dije entonces interrumpiendo á mi amigo, que por no exponerme á la crítica de nuestras limeñitas, que son el diablo en este particular, pagaria lo que no tengo.— Efectivamente, señor editor; pero tambien es menester confesar que, hasta *cierto punto*, la merecen los señores de las tales exéquias; porque debian tener presente que nuestro país *ya no está tan atrasado con respecto á buen gusto*, y que ya hay muchas personas que saben escribir *bien*, aun entre las mugeres, para que puedan agradar esos mamarrachos que nos pusieron en lugar de letras, Yo me persuado que el señor Ministro de Gobierno no habrá aprobado en manera alguna sus trabajos *directivos*; pues segun he entendido los deseos de aquel eran de que la funcion fuese sobremanera *esplendida y digna* del personaje á quien se dedicaba—¿Sabe usted, señor don Serafin, le dije, de lo que me he acordado ahora?—¿De qué?— No ha leido en el Quijote que doña Dulcinea del Toboso tenia muy buena mano para salar puercos?— Si señor—Pues bien, yo creo que esos señores las tienen muy buenas para *salar exéquias*.

BERNARDINO ROJAS.

No está de más advertir á mis lectores, para su inteligencia y fines consiguientes, que aunque en mi vida he tenido esclavos, lo que no me pesa pues soy enemigo mortal de la esclavitud, tengo no obstante en mi compañia, para que haga todo aquello que yo no puedo hacerme, un hombre de 40 á 50 años, á quien le pago por su trabajo poco ó mucho; que esto no es del resorte de nadie averiguar.

Bartolo, así le llaman á mi sirviente no sé por qué; pues aunque he registrado escrupulosamente el calendario no he podido hallar santo que se le parezca; salvo que sea aquel Bartolomé á quien cierto bribon nombrado Astiages le hizo quitar el cuero, no recuerdo en qué parte de la Armenia. Sea de esto lo que fuere, lo cierto del caso es, que tanto se le dá á Bartolo que le raspen dos letras á su nombre, como á mi que cargue el diablo con Mehemet-Alí y el gran Sultan, que harto nos han molestado los herejotes con sus dimes y diretes. Por otra parte, dice Bartolo: (y no vá muy fuera de camino) —qué importa que me quiten á mí el *me*, cuando demasiado *me* somos y hemos sido los peruanos, y probablemente lo seremos *per omnia secula seculorum*.

Por la hebra de estas palabritas se podrá sacar muy fácilmente el ovillo de Bartolo: yo añadiré sin embargo, para que se le acabe de conocer, que es el más completo palangana que hay en Lima (y con esto lo digo todo) y que dándole á él conversacion, y mas si es sobre asuntos políticos, no se acordará que tiene amo á quien servir asi lo desuellen vivo como al santo de su nombre. A esto se agrega, que ha dado ahora en la tema de que no hay peruano mas peruano que él, y que le ha de hacer la guerra á toda costa á cualquier caballero andante que intente enderezar nuestros entuertos; en lo que no anda tan descaminado, segun creo, puesto que muestra tener un *si es no es* mas de sentido comun y de vergüenza que muchos que son de esfera mas elevada que la suya. Asi es pues,

que desde la desgraciada accion de Incahue no para un momento en casa, llevándosela todo el dia como un rehilete á la pesca de noticias; las que aumenta ó disminuye segun ve convenirle, y con las que me hace reir á veces, y otras me quita el tiempo y la paciencia. Para decirlo de una vez, ha tomado estas cosas tan á pechos, y tan inquieto y distraido anda con ellas, que si lo mando por cigarros me trae la "Bolsa," y si por ropa limpia el "Comercio" ó el "Peruano;" de modo que para nada me sirve ya como puede muy bien calcularse. Y aunque es verdad que está en mis manos tener otro sirviente que me gane la plata mejor ganada, lo tolero sobre todo, por la fidelidad y consecuencia que me ha mostrado siempre; cosa que, como todo el mundo lo sabe, no es fruta de este tiempo entre nosotros.

Escribiendo estaba yo, en dias pasados, una carta para el Cerro de Pasco, cuando se me apareció Bartolo todo asustado y como si le hubiese sucedido alguna desgracia: —Señor, señor, me dijo, pudiendo apenas respirar— ¿Qué traes, hombre? le contesté suspendiendo mi correspondencia. ¿Quién te persigue que vienes asi tan.........— Se pasaron á nosotros, señor!— ¿Y quién se ha pasado á nosotros, hombre?— Ellos, señor— ¿Y quienes son ellos, con mil demonios?— Los bolivianos— ¿Estás en tu juicio? ¿En dónde has adquirido esa noticia?— En Ica se nos pasaron, señor.— ¡En Ica! tu estás borracho cuando menos— Ni lo he *probao* señor; á ver huélame usted.........—¡Quita de ahí!— Lo dicho, señor— ¿Y cómo han podido venir esos hombres hasta Ica tan pronto? á menos que no sea en globos aereostáticos— Qué se yo, señor, como habrán venido? pero ello es tan fijo como hay Dios— Maldito, si te entiendo una palabra— Mire usted, señor, que lo acabo de oir con estos oidos, en la tienda del señor Dorado, á unos caballeros que lo estaban leyendo— ¿Y qué decian? veamos— Era un bando de un tal......... un tal........no me acuerdo ahora de su nombre; pero era un bando que ese tal publicó en Ica, en que dice: que nos quiere mucho, y que nuestras leyes quedan con su fuerza y calor— En su fuerza y vigor dirá, salvaje— Asi dirá pues, señor; y que ellos las respetan y las harán respetar con su sangre; y qué se yo que otras cosas, que dá gusto oirlo.— Hombre ¿tú estarás hablando tal vez del bando que hizo publicar, en Arica, un tal Bernardino Rojas, boliviano?—Ese mismo es el tal, señor; Bernardino, cabales, Bernardino, ya me acuerdo; y dígame usted, señor ¿no es una gracia que, siendo boliviano, respete tanto nuestras leyes y que se nos haya pasado? ya se vé, cualquiera tiene mas *carauter* que nosotros....... ¡Si viera usted, señor, las penas que impone al que trate con los enemigos! y eso que son sus paisanos. Yo no sé en qué piensa el señor Lafuente que no se vá de una vez para allá, porque sinó está expuesto el pobre Bernardino á que le caiga ño Ballivian y lo haga cecina.—Vamos, que tú y el tal Bernardino son buenas cañas de pescar— ¿Y porqué me dice usted eso, señor?— ¿Tú sabes á los que él llama enemigos?—Como nó, señor, á los bolivianos.— Pues te equivocas, es á nosotros, á nuestras tropas.— Eso no puede ser, señor; no lo creo, aunque usted me lo jure. ¿Conque nosotros que respetamos nuestras leyes, como él, vamos a ser sus enemigos? no señor, no diga usted eso por Dios, que dirán que es usted un bruto— El bruto serás tú, y él, y toda su casta.— Oiga usted, señor, y perdone mi mala lengua ¿nuestras leyes no mandan que botemos á palos al que quiera entrar por fuerza en nuestra casa?— Asi es— Pues bien, esto respeta Bernardino, luego es de los nuestros—No te canses, hombre, mira..........Aguarde usted, señor, aguarde usted. ¿Nuestras leyes no mandan que al que nos robe lo nuestro le demos cuatro balazos? — Es verdad— Pues Bernardino impide que nos roben, luego es de nuestra parte.— Todo lo que dices no vale medio, porque.........— Oiga usted, señor, que esto es lo último. ¿Nuestras leyes no ordenan que nos mande el señor Menendez, como Presidente del Consejo?— No hay duda— Y el gobierno del señor Menendez, no emana de nuestras leyes? — Cabal— Luego Bernardino que respeta nuestras leyes, obedece al señor Menendez; luego se nos ha pasado, luego es nuestro hasta las cachas; luego está expuesto á que lo mate Ballivian si no lo socorremos pronto; luego.........— No te calientes la cabeza, hombre, que por mas que digas tan enemigo nuestro es Bernardino, como el Jeton y compañia— Pero, señor, no vé usted.........— Lo que yo veo es que nos hace fuego, y que todos nuestros paisanos huyen de él.— Entonces miente Bernardino hasta por los codos; entonces es un taita bozal, y por supuesto toda su comparsa una merienda de negros; entonces ó nos quiere comulgar con zuela de zapato o es mas bruto que un galápago: entonces.........—Vamos, déjame escribir, hombre, y no me quites el tiempo con tus simplezas— Pero, no vé usted, señor, que nos trata el tal Bernardino como si fuéramos como ellos? pues ya verá el animalote en donde le dá el agua para que otro dia.......— Bas-

ta, hombre, basta! que tú y Bernardino Rojas, y todos los bolivianos que andan con él son unos gaznápiros que no valen ni lo que comen— A mi no me meta usted entre ellos, señor.— Mándate mudar, te digo y déjame escribir.

Quiso ó no quiso salió Bartolo de mi cuarto, diciendo entre dientes:

¡Qué tal! como nos queria
engañar ño Bernardino?
vaya el serrano cochino
á la misma........¡ave Maria!
(casi digo una cosasa.........)
Pues, señor, habrá los mundos
si al punto esos vagabundos
no se van de nuestra casa.

POSTDATA.

Una hora hacía que Bartolo habia salido de mi cuarto, cuando entró el repartidor del "Comercio" trayéndome el número perteneciente á este último sábado.— Veamos que trae de nuevo, dije yo poniéndomelo á leer. Recorrí al escape la seccion de noticias extranjeras, y llegando á las del sur de la república me hallé, de manos á boca, con un oficio cuyo encabezamiento dice:—Al señor Coronel Comandante general de mar y tierra don Carlos Lagomarsino.—Cáspita! exclamé entonces, y qué empleazo tiene el tal don Carlos! ¿Quién demonios le habrá dado tanta omnímoda? sin duda que habrán sido todas las naciones del mundo reunidas ¿y luego dirán que los peruanos no somos para nada? ¡Cuantos generales y almirantes no vendrán ahora á Arica, á tomar órdenes del comandante general de mar y tierra ¡Eso será una Babilonia! ¿Pero quién firma esto? ¡Bernardino Rojas! vamos, qne está de Dios que este buen hombre me quite hoy el tiempo. Pues al paso que vá, si tiene la fortuna de dirijirse mañana á nuestro general en jefe, lo menos que lo hace, es Señor de los Ejércitos; y no digo nada si es á S. E. el Presidente del Consejo; entonces no se contenta con llamarlo Magestad de Magestades. Lo entiende don Bernardo ¡no se puede negar! Luego dirán que los bolivianos son unos chúcaros.

¡Otra vez Bernardo Rojas!.........pues no, esta carta no se queda sin que la vea mi sirviente: Bartolo! Bartolo!— Señor ¿qué manda usted? me contestó Bartolo entrando— Ven acá, hombre, ven acá. Escucha esta carta de tu amigo Bernardino; pero va con la condición que la has de aprender de memoria— Corriente, señor.

Con la mayor atencion escuchó Bartolo la lectura de la carta, y luego que concluí me dijo con mucha formalidad—¿Sabe usted, señor, qué se me figura á mí?—Qué cosa, hombre?— Que ese Bernardino es oficial de caballeria de marina— No hables, hombre, disparates; en la marina no hay caballeria—Yo sé lo que digo, señor; es así, como si dijeramos, medio peje y medio caballo.— Calla, hombre, calla— Porque como los pejes viven en el mar, están en todos los bloqueos; y como los caballos viven en la tierra, están en todas las batallas; y como.........— Basta, demonio, que estás ensartando desatino sobre desatino— A ver ¿qué mas dice, señor?— Nada mas: lo que sigue son las contestaciones de nuestro compatriota el señor coronel Lagomarsino; están llenas de entusiasmo puro y ardiente, demostrando al mundo que no falta entre nosotros un Guzman el Bueno— Si, señor, muy bueno que es mi coronel el señor Guzman de Malamoco—No hablo de ese, hombre, sino de un personaje histórico que tiene mucha semejanza con nuestro bravo compatriota— Bueno, señor; pero á ver léamé usted, por vida suya. No pude negarme á las súplicas de Bartolo, y tuve que leérselas en efecto. —Asi señor, asi me gusta; duro, duro! fuego con ellos! decía á gritos Bartolo interrumpiéndome á cada paso ¡viva el Perú! Viva el señor Lagomarsino, ño Guzman!—Hombre, no me has dejado leer con tu algazara— Déjeme usted, señor, que eso es muy bueno ¡ojalá todos los peruanos imitaran al señor Lagomarsino! Dios me dé mucha vida y salud para darle un abrazo *cuanti mas antes*. Siga usted, señór, siga usted.— No hay mas: estos son comunicados sobre otros asuntos— Y eso que principia con esas letrasas, y que tiene tanto palito entre los renglones ¿qué es señor?— Este es un articulo que lleva por título "Apertura de los tribunales de justicia"—Lea usted señor, que eso de justicia es muy rico en nuestra tierra.— Voy á darte gusto— No habia leido la mitad del artículo cuando me interrumpió Barto-

lo diciendo: Señor, dígame usted, y dispense que le corte la palabra, ¿eso lo dice tambien Bernardino?— No, hombre— ¿Y quién lo dice?— Yo no sé quien será; pero aquí hay al fin una P. y una U. que son sin duda las iniciales del nombre del autor.— Ya caigo quien es ese señor; por las marramucias lo he conocido— ¿Y quién te parece que será?— Ese es Pancho Viruta, señor; el secretario de Bernardino – Calla, hombre, no prosigas con tus sandeces, si no quieres que te rompa las costillas: ¿no ves, bárbaro, que hay mucha diferencia de un estilo á otro?— Bien, señor, pero tan claro se explica uno como otro; y nadie me saca á mi de que es Pancho Viruta, que asi me han dicho que se llama el secretario de Bernardino, quien eso escribe— Calla, lengua de demonio, que tal vez le estás faltando al respeto á algun hombre de suposicion.— Ya no hablo mas, señor. Deme usted acá ese papel para estudiar mi leccion, y aunque usted no quiera, tambien me voy á echar al buche ese artículo de Pancho Viruta.

Tomó Bartolo el papel, y salió del cuarto haciéndome reir á carcajada tendida de sus ocurrencias.

UNA CARTA.

No bien acababa de entrar en mi cuarto, despues de un largo paseo filosófico á la alameda de Acho, cuando senti entrar pisándome casi los talones (como se suele decir vulgarmente) á mi amigo don Serafin.—¡Hola! señor don Serafin, le dije, ¡qué perdido está usted! Há siete dias que no le veo la cara.—Es verdad, señor editor; pero he estado muy ocupado: y aun hoy no vendria á ver á usted si no fuera por decirle, que la conversacion que tuvimos sobre las exéquias de don Agustin nos ha valido una buena reprimenda de mano de un tal don *Juan de la Verdad.*—¿Y qué es lo que dice en suma el señor don Juan de la Verdad?—Aquí tiene usted "La Bolsa." Léala usted.

En el momento tomé "La Bolsa" y devoré el artículo del señor don Juan, como piadosamente pueden figurárselo mis lectores, y volviéndome á don Serafin le dije:—mi amigo, tome usted papel y pluma, y vamos á dirijir una carta al señor don Juan, en contestacion á su articulo. Yo la dictaré, y usted la escribirá.

AL SEÑOR DON JUAN DE LA VERDAD.

Muy señor mio. La crítica *insulsa* que usted ha visto en el número 5 del "Cometa" fué hecha por un servidor de usted con una intencion mejor y mas sana que la que usted le atribuye en su artículo inserto en el número 267 de "La Bolsa", y al que voy á contestar muy de paso, solo porque no se crea, por mi silencio, que carezca de razones con qué combatir las de usted.—Vamos, pues, al grano. Dice usted: *que esta clase de rasgos no merecen contestacion, pero que por el decoro nacional y por desvanecer cualquiera siniestro concepto que pueda formarse fuera del pais acerca del estado del Perú, se propone escribir etc.* Mucho mejor habria sido, señor don Juan, que hubiese usted tenido presente el *decoro nacional* al tiempo de hacer el catafalco para las exéquias. Por lo demás, me parece que ya era muy tarde, cuando usted escribió su articulo, para *desvanecer cualquier siniestro concepto que pudiese formarse fuera del pais acerca del estado del Perú*; porque todos los extrangeros que asistieron tendrian muy buen cuidado de hacer una *descripcion fiel y exacta* de ellas en sus cartas á sus amigos de fuera; y aqui viene bien el decir á usted el motivo que me impulsó á criticar las tales exéquias, y fué, no una mera mordacidad, como usted lo asienta, sino el que en adelante anduviesen con mas cuidado los que dirijiesen otras, en estudiar nuestro gusto, actual que ya no se dá por satisfecho con cualquier cosa; y para evitar al mismo tiempo que se creyera en Europa, que el siglo XIX aun no habia entrado en nosotros.

Con respecto á la descripcion ó leyenda del centro del túmulo, sobre la cual me hace usted varias atinjencias, me será permitido ir contestando por partes. Dice usted que supongo que se habia puesto REPVBLICAE FELICITATIS CVLTORI, y que es una falsedad, porque no decia sino PVBLICAE etc. Quiero deferir al aserto de usted en esto, apesar de que todavia me atreveria á jurar que leí lo primero y no lo segundo,

porque podria suceder quizá, que la oscuridad de la catedral, y cortedad de mi vista me hubiesen engañado. Tambien convengo en que debia haber notado la falta de la I en REPUBLICAE, sin que me valga el manoseado recurso de atribuirlo á error de imprenta, apesar de que esta es la verdad. Ya vé usted, señor don Juan, que hasta aquí está usted victorioso; pero no crea usted por eso, que yo he de correr, como lo hicieron los de *marras*, dejando á usted dueño del campo y ceñido con los laureles de la lid. Continuemos, pues. ¿Y en el caso de que dijese REIPVBLICAE y no REPVBLICAE, pregunta usted con un *candor peregrino* (é inesperado en quien acaba de erijirse maestro) qué podria decir esto? ¿Cómo se traduciria? De suerte, señor don Juan, que usted que me ha querido enmendar á mi la plana, y que mas abajo asegura decisivamente, que yo no sé más que distinguir la diferencia que hay entre la U vocal y la V consonante; (suponiéndome un ignorante en materia de traduccion) usted, digo, ¿sale preguntando como se traducirian esas tres palabras? ¿Pues entónces, hombre de Dios, qué es lo que sabe usted traducir? Vamos; ya veo, que es menester que tambien yo á mi vez le dé á usted lecciones. Esto se llama, en estilo vulgar, *estocada por cornada*. Sepa usted pues, que esa concordancia que tan oscura y difícil se le presenta, es muy comun y muy trillada. Sepa usted que en el idiona latino (que tanto afecta usted saber, pero que por lo visto sabe usted ménos que yo) se atiende mas á la armonia y al buen sonido en la colocacion de las palabras, (y para ello consulte usted los clásicos) que al órden que debieran guardar segun su sentido. Sepa usted que REPUBLICAE FELICITATIS CULTORI se traduce así: *cultivador de la felicidad de la República*, y no *cultor* como usted dice, que esto es muy *rancio* y solo permitido á los poetas. Aquí quisiera hacer á usted tambien alguna atinjencia sobre si debió decir mas bien *promovedor* que *cultivador*.......... pero esto seria ya una crueldad de mi parte.

Aquello de que he *incurrido en tres en contra* (es decir errores) lo habrá usted puesto, como si lo viera, para echarla de *aristotélico*; pero advierto á usted, por si acaso, que está tan en uso, en el dia, como lo que los muchachos de mi tiempo llamaban *tres en raya*.

No puedo menos de estar agradecidísimo á usted por aquel misterio que me revela en caridad, relativamente á la V consonante en cuestion, asegurándome, que en *estilo lapidario no se hace uso de la U vocal, y que la razon es porque los latinos no la conocian, y de consiguiente no la usaron*. Yo, en cambio de esta fineza, voy á revelar á usted (tambien en caridad) dos misterios; porque á caritativo nadie me gana, y porque siempre la recompensa debe exeder al beneficio recibido.—Primer misterio. En el estilo lapidario de los *latinos* jamás se usó de otro idioma que el *latino;* y mucho ménos se hicieron mezclas de dos idiomas sobre una misma lápida, como se observó en la que ha dado lugar á nuestra polémica; y en donde un poco inferior á la leyenda latina, habia otra en muy mal español, *de nuestros dias*, de la cual no me acuerdo. Pregunto yo ahora ¿en qué estilo está esta leyenda? Aquí le será á usted preciso confesar (mal que le pese) que si la una estaba en estilo lapidario, la otra no lo estaba. Mas claro: que ni la una ni la otra estaban como debian estar, porque el estilo lapidario no es la torre de Babel; y que como dicen nuestras limeñitas, *con ese manto se quiso usted ir á misa*. Tambien mencionaré, (ya que usted mismo tiene la culpa de ello) un epitáfio que habia á la derecha del catafalco, en *español* igualmente *moderno*. El estilo de este epitáfio, que ignoro si seria *lapidario*, *ordinario ó estrafalario*, me dejó encantado. Aun me acuerdo de un trozo bellísimo de él, que decia: *Ya sabrás de qué varon tan grande cubre las cenizas esta loza*. Este trozo me trajo á la memoria aquel verso de Lope de Vega que dice: *en una de fregar cayó caldera*. Y no le digo á usted mas, señor don Juan, por no darle que sentir. Segundo misterio. La Academia de *inscripciones* y bellas artes de Paris, que sin duda es una autoridad competente para nosotros, y para todo el mundo, ha remitido, no hace mucho tiempo, al Ecuador, una inscripcion, que debe servir para ponerla sobre unas pirámides que existen cerca de Quito; la que puede usted ver en el diario "Comercio" de meses pasados, ó en la "Balanza" de Guayaquil, número 47, de Agosto del año 41. Por ella conocerá usted claramente la distincion *adoptada* por dicha Academia entre la U vocal y la V consonante. Por ella conocerá usted que el buen gusto moderno ya no puede admitir por modelos las obras de una época, en que la escritura aun mas que ninguna ciencia ó arte, se hallaba en su *infancia*, y de consiguiente muy imperfecta con respecto al estado en que se encuentra al presente. Pero para usted, sin duda, este misterio debe ser de muy poco peso; porque se conoce que usted es uno de aquellos hombres que no pueden mirar sin tedio todo *progreso*, *mejora ó reforma*; y que quisiera (por

ejemplo) que se escribiese siempre como en aquellos tiempos en que, por hacer una T, se hacia una cruz. Vea usted, por último, lo que dice á este respecto la Enciclopedia Francesa.

«U...... Es la vijésima letra del *alfabeto latino*; tenia entre los romanos dos significaciones, y era unas veces vocal y otras consonante. Era vocal como en *lupus*, *surdus*, *dulcis*. Era consonante, y entónces su articulacion era semilabial y débil, como *venire vinum*......... En el alfabeto latino nuestros padres no hallaron sino la U por vocal y por consonante, y *este equívoco subsistió mucho tiempo en nuestra escritura*." Si usted gusta puede enmendarle la plana.

Concluyamos, pues, de una vez. Dice usted mas adelante que, para ser crítico, se necesitan *inteligencia y gusto;* y yo contesto, que estas cualidades aun son mucho mas *necesarias* para dirijir túmulos.

Se equivoca usted al asegurar que si un estrangero hubiera intervenido en las exéquias, se habrian respetado como un *oráculo;* pues, tan léjos de pensar de este modo, soy tan nacionalista en todo, que habria preferido ver algunos versos buenos y bien escritos en nuestro idioma, para que todos los entendieran, á los griegos y latinos, que muy pocos podrán comprender.

Hasta cuando usted mandase, señor don Juan.

El Editor.

Ahora que usted há concluido su carta, interrumpió don Serafin, quisiera yo tambien, aunque no me da mucho el naipe por lo de poeta, hacer unos versos alusivos al caso; mas que fuesen en estilo *lapidario*, porque yo no soy muy ducho en esto de estilos.— Sea en hora buena, le contesté, haga usted lo que guste. En efecto se puso á escribir; y hé aquí los versos—

Al señor Don Juan Lana
cantor de la Metropolitana,
cantémosle una Hosana.

¡Que viva el señor Don Juan,
que al enmendarnos la plana,
las patitas se le ván
por la puerta, ó la ventana!
Juana, Juana,
mira que el señor Don Juan,
de la noche á la mañana,
parecia un sacristan
y se ha vuelto un palangana.
No lo creo, no lo creo......
Gloria in excelsis Deo.
Tarán, larán, larán,
señor Don Juan,
donde las toman las dán.

Sin mas, ni mas ceremonia
un Don Juan el temerario,
há hecho una Babilonia
del estilo lapidario.
Juana, Juana,
mira lo que hace Don Juan!
¡Qué cosa tan chabacana!
¡Por Dios Santo! ¿Qué dirán
en Londres, Francia, y la Habana?
No lo creo, no lo creo......
Gloria in excelsis Deo.

Tarán, larán, larán,
señor Don Juan,
donde las toman las dán.

¡Válgame el cielo, Don Juan!
¡Por vida de San Antonio
que tiene usted grande afán
con Grutero y Mabillonio!
Juana, Juana,
haz que se vaya Don Juan
al reino de Trapobana,
en donde esperando están
su *pepitoria romana.*
Ya lo creo, ya lo creo,
Gloria in excelsis Deo.
Tarán, larán, larán,
señor Don Juan,
donde las toman las dán.

YO CONVERSO CON BARTOLO.

Qué diablos tienes hoy, Bartolo, que estás tan cabizbajo y pensativo? Vamos, ¿qué dice el mentidero? ¿Has adelantado algo sobre tu amigo Bernardino y sus compinches? Parece que el asunto tiene mas pelos de lo que se figuraron, y que les va saliendo la criada respondona.—Déjeme usted, señor, que no estoy ahora para gracias.—Mucha formalidad es esa, hombre; sobre que estaba hoy con ganas de conversar contigo. —Ya se vé, como usted no sabe todo lo que hay está tan fresco como una lechuga.—En verdad que nada sé, por eso te lo pregunto á tí que lo sabes todo. Vaya, ¿qué hay pues de nuevo?—Estamos perdidos, señor.—¡Perdidos! ¿cómo así?—Nos están haciendo un corralito, que será un milagro que podamos salir de él, aunque sea con la cabeza rota. —¿Y qué hay, demonio? acaba de una vez.—Se ha pronunciado todo el Departamento de la Libertad.—Ya eso lo sé yo muy bien: he visto las actas de todas sus provincias. —Me alegro, señor, que usted las haya visto.—Pero nada hay en ellas que no sea patriótico y digno de alabanza; la guerra al enemigo comun es su esclusivo objeto; y para hacerla nada omiten, y á todo se prestan.—Usted no me ha entendido, señor; no es eso lo que yo quiero decir, sino que se ha pronunciado en contra nuestra.—Eso es lo que yo no sabia.—Pues sépalo usted, señor; y que Ica ha seguido el movimiento.—¡Cáspita! —Hay mas, señor; el batallon Punyan está comprado, y tan luego que ponga el pié en tierra nos hace tamaña yuca.—¡Diántre!—San Roman le ha entregado las tropas á ño Ballivian.—¡Sopla!—Y aquí se espera de un momento á otro una de todos los demonios.—¡Aprieta!—Con que vea usted, señor: por aquí, por allá, por acullá y por todas partes, nos van á abrasar como á un castillo. ¡Qué desgraciados somos los peruanos! no, señor?—Así lo dicen generalmente.—Todo el mundo nos quiere mandar, todo el mundo nos chupa la sangre, y todo el mundo nos jala la tripa.—Qué se ha de hacer! Pero dime, Bartolo ¿quién te ha contado todas esas cosas?—Un herrero amigo mio, que encontré *enenantes* por el portal.—¿Y ese herrero no sabe á lo que se espone esparciendo nuevas tan siniestras, y tan fuera de razon?—¿A qué se va á esponer, señor, cuando son tan ciertas como hay luz? fuera de que la boca es libre.—No tanto como á tí y á muchos se les figura. En todo pais, en donde hay una buena policia, se persigue eficazmente á los que esparcen esos rumores falsos y alarmantes, porque ellos paralizan el comercio, perjudican la industria, desalientan al ejército, y siembran el terror y el desconsuelo en el seno mismo de ias familias: y con mas razon deben perseguirse, puesto que su fin no es otro que indisponer al pueblo con el gobierno, para introducir de ese

modo la desconfianza entre uno y otro; de lo que resulta indispensablemente la anarquia, que es el blanco á que se dirijen todas sus aspiraciones. Si nuestra policia, en vez de sellar varas por las calles, que para esto siempre hay tiempo, dedicara todos sus conatos en limpiar nuestro pais de bichos tan perjudiciales, no viviríamos temblando diariamente, ni se oyeran á cada rato esas noticias abultadas y vergonzosas, qué tú, y muchos como tú, creen como artículos de fé, solo porque lo dice un herrero ó un oficial de sastreria. No por esto digo yo tampoco, que estamos libres de que nos suceda todo lo que te ha contado ese tu amigo; no señor, cosas peores hemos visto, por desgracia, en nuestro pais desde que plugo al cielo emanciparnos de la España; pero al ménos mientras así no sea, debe castigarse ejemplarmente al que se complazca en hacernos padecer antes de tiempo.—No le cargue usted tanto la romana á la policia, señor, que yo sé que no se descuida. Mire usted no ha dormido muchas noches aguaitando á los que ponen pasquines.—¿Y qué ha sacado con eso? lo mismo que sacó con los decretos para pintar las barandas de la plaza, y para enlozar la calle de Bodegones.—Con que dígame usted, señor ¿usted sabe de fijo que no hay nada de esas cosas?—Por ahora, al ménos, tengo motivos para asegurártelo,—¡Gracias á Dios, señor! porque ya estaba yo con un susto que me hacia el corazon *tifi-tifi.*—Pero dime, Bartolo, ahora que viene al caso, ¿qué necesidad tienes de traer una vida tan inquieta y aperreada por lo que no te vá ni te viene? ¿qué te importa á tí que el mundo se venga abajo, ni que nos mande Sancho, Pedro ó Martin? Tu condicion no ha de variar nunca por mas patriota que te muestres, ni tus habladurias te han de proporcionar otra cosa que multitud de enemigos, que mañana ú otro dia dirán de tí lo que fué y lo que no fué; y tal vez, ahora mismo están apuntando cuanto dices y haces para cobrártela á la mejor de espadas. Limítate hombre á servirme con exactitud, que es lo que te ha de dar de comer; y deja rodar la bola por donde se le antoje. Por otra parte, nadie te ha de agradecer unos afanes, que si bien son lucrativos para otras persona que se elevan hasta las nubes por ellos, á tí, ¡pobre hombre! no te han de causar, con el tiempo, sino amargos desengaños y disgustos de toda especie. Todo esto te lo digo por tu bien, Bartolo; ninguna mira interesada llevo en ello, como puedes colejirlo. Basta que me sirvas y te quiera, para que trate de desviarte del fatal precipicio á que te conducen tu escaso talento, y ese fervor patriótico que á tantos ha perdido para siempre. Aprovéchate de mis consejos si quieres vivir tranquilo: no sea que te arrepientas cuando ya sea tarde.—Dígame usted señor ¿ha conseguido usted ya el empleito que andaba solicitando?—¿Y á qué viene ahora esa pregunta?—Como me habla usted así. .... —No sabia yo que para decir uno con franqueza lo que siente, habia necesidad de ser empleado.—Yo no hablo á humo de pajas, señor.—Y bien, ¿á qué me sales con esa pata de gallo?—Porque yo conozco á un empleado que repite eso mismo todos los dias.—Se lo dirá á algun criado suyo, tan ignorante y palangana como tú.—No, señor, es por él mismo por quien lo dice.—No puede ser.—Crealo usted, señor; porque como no tiene mas enemigo que el que no le paga (como dice tambien) no quiere meterse en asuntos políticos para que mañana no le quiten su destino; y como usted se espresa conmigo en los mismos términos, me pareció á mí que ya estaba usted empleado, y que así debian hablar todos los empleados. —Mira, hombre, si no conociera tan á fondo tú estupidez, diria que eres el mayor bribon que se conoce. ¿A que traer ahora á cuento á una clase tan útil y benemérita como la de los empleados? Tú, por charlar, no te paras en pelillos; y venga ó no venga al caso le aflojas una patada en el estómago al mas pintado. Pues nó, es preciso que refrenes esa lengua, porque de lo contrario me veré en la necesidad de castigar tu osadía como corresponde. No te presumas tampoco que yo me comprometa por tí ni por nadie; ni ménos que conteste el diluvio de comunicados que pudiera venirme encima, solo porque á tí se te antoja hablar como los jigantes. Fresco muy fresco está todavia el brillante porte de los puneños en Pucará; y si hemos de creer el parte del señor Beltran, los empleados fueron los primeros que se arrojaron lanza en ristre sobre los enemigos de la patria: esto bastaba para que no hablases de ningun individuo de esa corporacion, sino con sombrero en mano y con el mas profundo respeto. ¿Qué respondes á esto, farfulla?—Eso es allá, señor.—Y aquí será lo mismo cuando se ofrezca. —Otra cosa es con guitarra, señor.—¿Con qué eso quiere decir?.......... —Nada quiere decir, señor, sino que no tienen capitan.—Allí están los jefes naturales.—Lo mandado, mandado, señor, y á eso me atengo. El gobierno ha dicho que formen una compañia, y que elijan sus oficiales.—¿Y qué sabes tú si así lo han hecho?—No he visto á nadie,

señor.—Vaya, mudemos de conversacion, que esto va pasando de marca.—Haga usted lo que quiera, señor; pero yo á nadie hé agraviado con lo que he dicho.—Pues, á ser mas, merecias una buena estocada.— Yo no he mentado mas que á un empleado, y usted ha enredado la pita con todos ellos; y quien sabe tambien, señor, si eso lo dirá el pobre por bufonada. Lo que si digo yo, y repito, es que no tienen capitan, que no han obedecido lo mandado por el gobierno á este respecto, y que no son de mejor calidad que los señores comerciantes que hacen sus ejercicios doctrinales, y que pagan patente para que ellos coman. Ahora que me acuerdo, señor, ¡qué bonito estaba el batallon Comercio el domingo! y ¡qué bien que maniobró delante de S. E. y del señor Ministro de la Guerra! ¡qué! si me parecian á los de Gerona!—¿Parece que te gusta el batallon Comercio?—Mucho, señor, porque tiene mucha union, y mucho entusiasmo. El domingo *cuasi-cuasi* me dá un achazo, por verlo, uno de sus *engastadores;* ¡qué cosas decia ese hombre, señor, para apartar la jente! y eso que S. E. estaba allí no más; ¡qué! si parecia engastador de veras!—No hay duda que es un cuerpo lucido el Comercio.—¿Y no sabe usted nada, señor? el dia 25 le van á hacer las honras á su Coronel, el señor Gamarra. —Algo he oido de eso.—No le quede á usted duda, señor; en la Merced se las hacen, y vá á predicar el padre Cavero.—¡Hola!—Si señor; y un amigo mio me ha contado que el señor Elias ha dicho que no se paren en gastos para que salga la cosa muy lucida; porque, como era amigo del difunto, quiere darle pruebas de su amistad hasta despues de muerto: ¡cómo me gusta esa consecuencia, señor! así debian ser todos los hombres, como el señor Elias. Y mire usted, señor, á veces quisiera morirme yo tambien, para ver si usted me quiere tanto como me dice.—Vamos, hombre, no me hagas reir con tus simplezas.—¿Y usted no vá á las honras, señor?—Puede ser.—No deje usted de ir que el *túmbulo* está cosa buena. ¿Sabe usted quien lo ha pintado y dirijido? su amigo de usted, el maestro Mantilla, que dicen que maneja el pincel y la paleta como un demonio. —Me alegraré que salga airoso Mantilla, porque es un sujeto á quien estimo.—Yo tambien, señor, aunque no lo he *tratao.*—Pero volviendo á nuestra conversacion, Bartolo, ¿me dás tu palabra de cambiar de vida en lo sucesivo?—Yo soy hecho á machote, señor. —¿Qué quieres decir con eso?—Que no soy de moda: que nunca doy mi palabra cuando no tengo intencion de cumplirla. Yo he jurado hacerle la guerra á los estrangeros que intenten dominar mi patria, y se la he de hacer por cuantos medios estén á mis alcances. ¡A los estrangeros! ¿me entiende usted, señor?—Ya te entiendo, hombre.—Nadie me apea de aquí.—Así saldrás.—*Masquenunca.* Yo bien sé que no me lo han de agradecer, que nada hé de sacar.—¿Y entónces para qué trabajas? El interés, Bartolo, es el móvil de todas nuestras operaciones, y algo pretendes tú. Vamos, háblame con franqueza.— Cumplir con mi deber, señor. Mi recompensa está aquí, en mi corazon; esto me basta. Si mañana, que no lo dudo, se me persigue y molesta por mis opiniones, mucho mejor; me darán mas valor del que yo tengo, y me sacarán de la oscuridad en que he vivido hasta ahora. Los enemigos mismos me harán mas justicia, que á los traidores que pudieran ayudarlos.—A veces discurres como gente, Bartolo.—Para eso que otros discurren como burros, siendo mas gente que yo.—Ház, pues, lo que te parezca, porque ya veo que aconsejarte á tí que mudes de vida, es lo mismo que creer que un ambicioso de estos tiempos tenga sentimientos nobles.

EL VEINTE DE ENERO.

NO PODEMOS negar que nos hallamos en el siglo XIX; siglo de las luces, de los progresos, de las reformas, de los descubrimientos, de las revoluciones, etc., etc., etc. ¡Cuánto no habrian dado nuestros abuelos por vivir en este siglo! ¡Ellos que vivian en su tiempo como Dios era servido, y nosotros que vivimos ahora como no es servido Dios! ¡Qué admiracion no les causaria el observar tantas cosas, y tantas cosillas, y tantas cosasas!......¡Dios mio! esclamarian con la boca abierta, ¡qué maravilla! ¡y cómo han adelantado nuestros nietos! ¡Cómo discurren los *indignos* á cada momento!

Vaya! si este es un discurrir, que no tiene fin. En nuestros tiempos se discurria muy poco, aunque se hacia mucho. En estos tiempos se discurre mucho, aunque se hace poco. O por decirlo mejor, en nuestros tiempos no se discurria nada, porque ya nuestros antecesores habian discurrido para muchos años, y no era menester que nosotros discurriésemos; pero en este tiempo se discurre sin cesar, y á cada momento; de suerte que los discursos de ahora ya no sirven para luego. Por ejemplo, viene hoy uno de Londres trayendo una máquina que se mueve y que vale 10,000 $, y mañana viene otro de Francia trayendo otra máquina que *no se mueve*, ni se moverá *per omnia sæcnla sæculorum*, y que vale 200,000 $. Hoy descubre uno que es menester botar el huano de todos los lugares en donde lo haya, porque es una sustancia asquerosa é inútil y así lo quieren el aseo y la salubridad pública; y despues viene otro, diciendo que es menester no botar el huano porque es una sustancia muy útil y muy olorosa, y así lo requiere la salubridad pública. ¡Qué Babilonia, Dios mio, qué Babilonia! repetirian los pobres viejos, atolondrados de ver tanto movimiento, tanta actividad, tanto laberinto............ Pero en medio de todo, observaria alguno de ellos; (como si dijéramos el mas *marrullero*) en medio de tanto afan, en medio de tantas revoluciones, en medio de tanto discurrir, nuestro *Don Juan de la Verdad*, ni se mueve, ni discurre, ni adelanta; ni quiere que discurran ni adelanten, ni se muevan.

¡En nuestra época costaban tanto dinero las diversiones! continuarian nuestros viejos, ¡válgame Dios! y aun no nos divertiamos bien, ni nos dábamos por bien servidos con nada; y en este tiempo... ¡oh! en este tiempo no cuestan nada, y se divierte uno á pedir de boca. Todo se reduce á hacer cerrar los almacenes y los talleres; y luego diviértase cada uno en su casa como mas rábia le dé; verbigracia, el que necesite trabajar ó vender para comer, se divierte con no trabajar y no comer; porque al fin como esto de comer es cosa que se hace todos los dias, el dejar de comer, un dia debe ser cosa muy divertida; y el que tenga que comer, porque tenga dinero, que salga á ver las calles, las puertas y los balcones, por si no las tiene bien vistas; y si tiene callos que se divierta con el enlozado.

¡Oh témpora! oh mores! oh tiempos de los moros!

UN PASEO AL PUENTE.

HALLÁBAME, ahora noches, en casa de mi amigo don Antonio, y la luna estaba, como dicen, como el dia. Apostaria algo, que mis lectores ya no se acuerdan de don Antonio. ¡Qué diablos nos vamos á acordar de don Antonio! dirán ellos entre si; ni que cosecha de frejoles ó garbanzos nos vá con acordarnos de don Antonio, ni del "Cometa" tampoco.—Ya me lo figuraba así, señores lectores; ya me lo figuraba así. ¡Válgame Dios! no hay que apurarse mucho; porque ni don Antonio, ni el "Cometa" son cosas que valen la pena de acordarse de ellas. Si fuese algun empleito vacante, en esta ó la otra oficina; alguna plazita de guarda, como por ejemplo, las del nuevo Resguardo que va á formarse para las islas de guano; si fuese alguna novia jóven y bonita, y con cincuenta mil pesos de dote, ¡qué bien se acordarian ustedes de ellos! ¿no es verdad? Pero en fin, dejémosnos de circunloquios, y vamos al caso. Diré á ustedes quien es don Antonio, y continuaré mi narracion.

Don Antonio es el esposo de aquella doña Rosita, que es esposa de aquel don Antonio .... pues, quiero decir, que doña Rosita y don Antonio son casados; y si ustedes no me entienden, la culpa no es mia, porque yo me esplico demasiado bien. Digo, pues, que este don Antonio y esta doña Rosita son los mismos en cuya casa sucedió aquel lance de marras, que remató en la mazamorra morada, y conté á ustedes en mi número cuarto: porque es de advertir que, en este tiempo, las mas de las cosas suelen concluir en volverse una *mazamorra*, porque dizque entre nosotros hay muchos hombres muy mazamorreros (es decir, muy afectos á hacer mazamorras) ocupando destinos;

mientras andan arrinconados y olvidados otros, que no gustan mas que de hacer su deber.

Hallábame, como digo, en casa de don Antonio, y antojósele á doña Rosita ir á pasearse al Puente. Fué menester darla gusto; y salimos en efecto, dándola yo mi brazo, y tomando don Antonio la delantera rodeado de los niños, segun es la costumbre moderna entre los esposos, porque en tiempos antiguos parece que no habia tal costumbre; y en prueba de ello pregúntenselo á los viejos, y verán como dicen que las mujeres de entónces, casadas y no casadas, eran muy poco de fiar en este punto, por cuyo motivo andaban siempre solas. Las ocho de la noche señalaban nuestros relojes públicos, que como las tales *mujeres de entónces* son tambien muy poco de fiar, y el Puente estaba tan acompañado de jente que daba mil gustos el verlo. ¿Ni cómo es posible tampoco que no lo estuviera, cuando en toda la ciudad no hay otro paseo ni otra diversion nocturna, ni la habrá jamás? Bien que no faltará quien diga que bastante divertidos estamos con nuestras ocurrencias *meridionales y septentrionales*, y que no necesitamos de otras al presente. Sentámosnos pues al estremo de uno de los óvalos de la derecha, que fué lo único que habia ya desocupado, y aun no habian pasado dos minutos de nuestra llegada, cuando se pararon, cerquita de nosotros, dos hombres que venian como en una conversacion muy acalorada. Si hubieran sabido que el editor del "Cometa" estaba tan inmediato á ellos!............y que nada de cuanto vé y oye se le queda en el tintero!........ sin duda que habrian salido corriendo de allí mas que de prisa. Pero era la cosa que no lo sabian; en cuya virtud continuaron su conversacion en los términos siguientes:

Lo que te aseguro es, que la coyuntura que se me presenta no puede ser mas favorable; y si en esta ocasion no me coloco en un buen destino y con un buen sueldo, que me bruñan. El gobierno ha concedido una amnistia, y yo debo aprovecharme de ella. —Pero, hombre, dejémosnos de bromas, y permíteme que te hable con la franqueza que le corresponde á nuestra amistad. Tú eres un hombre muy inútil y muy para nada. La patria no necesita de tí para maldita la cosa, y si le tienes de veras algun amor, debes dejar el puesto que pretendes para que lo ocupe otro que valga mas que tú y que pueda servirla en algo. —Hombre, por qué me dices eso? —Porque es la verdad pura, y á mí no me gusta andarme por las ramas; y si nó, dime ¿qué campaña has hecho tú jamás? ¿En qué batallas te has encontrado? ¿Qué cicatrices tienes en tu cuerpo que acrediten tu valor, y los peligros que has arrostrado? —¿Y por eso he dejado de servir en muchas comisiones que se me han dado de importancia? — Qué comisiones de importancia, ni qué niños muertos, hombre! Esas comisiones podia haberlas desempeñado una mujer, sin que hubiera habido necesidad que el Estado pagase para este solo objeto el sueldo de un coronel. Ese es el motivo porque la tesoreria está siempre á tres ménos cuarto en sus pagos; porque hay una muchedumbre de militares parecidos á tí, que solo sirven para desempeñar comisiones de importancia, y que han ascendido como tú por medio del influjo y del favor, y no en el campo de batalla. Las dichas comisiones de importancia son, cobrar cupos y empréstitos forzosos, quitar caballos, tomar para soldados á los hombres industriosos y trabajadores, dejando libres á tantos pillos vagabundos, que se encuentran de contínuo en los garitos, y en las fondas y cafés públicos, solo porque visten frac ó levita, y talar y destrozar las mieses y plantíos en los campos, cuando se ofrece llevar á ellos las caballadas; porque ustedes los militares, y particularmente los militares de espada virgen como tú, son los que están siempre mas prontos á oprimir al pueblo que á defenderlo, las mas veces contra las intenciones del gobierno, como si no fuese el pueblo el que les pagase los sueldos que ganan. Los sueldos de esos tales hacen una suma considerable, que se podria ahorrar en beneficio de los pobres empleados, que son los que pagan el pato en ocasiones como la presente, en que si logran percibir una tercia ó cuarta parte de su sueldo se dán sin duda de santos con una piedra: porque ese descuento de guerra; ¡ese maldito descuento de guerra! que tienen ellos clavado en el alma, y que á manera de un aguijon les está punzando de contínuo las entrañas......... ¡Dios mio!......... pero no hablemos mas de cosas tan tristes. Con ménos jente, y mas útil, estaria la nacion mejor servida. Yo te aseguro que si fuera ministro de la Guerra, ó general en jefe del ejército, en la cara solamente conoceria á los que son guapos, y á los que son cobardes é inútiles como tú, para admitirlos ó no admitirlos al servicio; porque desengáñate, hombre, yo no admitiria mas que hombres guapos. Cómo te iba á admitir yo á tí, aun cuando me rogases como á un santo; porque quién, que vea tú estampa, puede creer que seas tú valiente? —Hombre, no me

prediques mas, por Dios; y si quieres que te hable francamente, te diré, que yo no le tengo amor ninguno á la patria, ni se me dan tres bledos de que cargue el diablo con ella, y de que haya otra jornada de Incagüe, y otras mil. Lo único que amo, es mi conveniencia y bienestar. Consiga yo un destino con buen sueldo, que tanto lo necesito, pues hace tiempo que no conozco un real en mi bolsillo, y corra el rumbo por donde corriere; y sinó atiende á aquel versecito que dice:

Coma bien mi mula
y cene yo,
y la mesonerilla
para ó no.

Diciendo esto echaron á andar ambos. Yo, volviéndome á don Antonio, le pregunté qué opinaba acerca de la conversacion de aquellos caballeros; á lo cual me contestó, que le parecia muy aplicable á muchas otras personas en nuestro pais; pero que, sin embargo, no correspondia señalarlas con el dedo, siendo lo mas acertado dejar á cada uno el derecho de ponerse el sayo si le viene al cuerpo, ó no ponérselo si no le viene.

Hablando de otra cosa, interrumpió entónces doña Rosita, dígame usted, señor editor, pues nada he oido á usted todavia sobre las honras que ha hecho el batallon Comercio á su coronel don Agustin, ¿qué le parecieron á usted? ¿no estuvieron muy bonitas? —Si, señorita, no dejaron de estarlo; pero tampoco, les faltaron sus defectillos, aunque parecen muy perdonables, si se atiende á que no toda la oficialidad del cuerpo contribuyó para ellas. —Pero el túmulo ¿no le pareció á usted bonito? —Si, estuvo bonito, ciertamente. Reunia á la novedad de la idea, bastante sencillez y buen gusto en la ejecucion; y se conoce, que con mas elementos pecuniarios, se habria hecho mucho mas: pero creo que habria sido mucho mejor, no poner aquel cuadro alegórico, que se veia sobre la parte superior del altar mayor, inmediato á la bóveda del templo, porque............... porque......... ¡qué sé yo!......... porque, si no me engaño, estaba muy malo. —¿Y los versos? qué le parecieron a usted? —Los versos eran buenos, en mi concepto, y tenian para mí, el gran mérito de estar en castellano, para que todo el mundo los entendiera; pero diré á usted, francamente, que en punto á escritura material se hallaban en el mismo caso de los de las honras anteriores, y que seria bueno aconsejar á quien los escribió, sin que esto pase por mordacidad, pues no es mas que un deseö sincero de que vayamos adelantando en todo, que tome algunas lecciones en este particular del señor Meucci, que, entre los profesores de pintura que tenemos en Lima, parece ser el que mejor entiende de letras de molde.

NO HAY PEOR CALILLA QUE SER POBRE.

¡Mísera condicion del hombre! esclamaba frecuentemente un tio abuelo mio. No hay uno que no tenga por qué sentir en este valle de lágrimas: desde el grande hasta el pequeño, y desde el rico hasta el pobre, todos están sujetos á esta imperiosa ley de la Providencia. Verdad tan antigua como el mundo me encajaba mi buen tio como cosa fresca, del mismo modo que le espeto yo á Bartolo esta otra cuando se ofrece: ¡No hay peor calilla que ser pobre! —Cierto, señor, me responde, á veces, mi sirviente. Al pobre lo desoye la justicia, lo desprecia el poderoso, lo olvidan los que gobiernan, le reclutan á la fuerza, no se dá gusto á su gusto, no puede satisfacer sus necesidades, y últimamente, es el hazme reir y el estropajo de la sociedad. —Y aunque en lo añejo no le va en zaga esta contestacion á las reflexiones de mi tio abuelo, no por eso deja de ser la purísima verdad como lo comprueba el aprieto en que hoy se vé Bartolo, que paso, con el debido permiso, á contar á mis lectores.

En cama me hallaba todavia, y eso que serian ya las diez de la mañana, cuando Bartolo que estaba en el corredor de mi vivienda, empezó á hacer tan terribles exclamacio-

nes, y á dar unas voces tan descompasadas, que no pudieron ménos que llamarme la atencion. —¡No permitiera Dios que me cayera muerto ahora mismo! decia á gritos, y ¡qué me llevara una legion de demonios! ¡Si lo que á mi me sucede no le pasa á alma viviente! ¡Soy el hombre mas desgraciado que pisa la tierra! —Qué le habrá sucedido á este hombre, dije yo echándome á vestir. Seguramente sus habladurias le habrán valido alguna felpa, por equivocacion sin duda, porque él no es capaz de hacerle daño á nadie. Vamos á ver qué es.—Me levanté efectivamente, y saliendo al corredor lo hallé sentado en una silleta, con la cara tan mélancólica, y en una postura tan abatida, que me trajo á la memoria á un acreedor del Estado que, despues de haber andado un mes entero de Herodes á Pilatos, para que le cubran su crédito, se sienta al fin, desesperado del mal éxito de sus afanes, á descansar un rato en esas bancas viejas y rotosas que hay en el primer salon del ministerio de Hacienda. Tenia en el suelo un meloncito como de á real y medio, y unos cuantos jazmines ó diamelas sobre una hoja de chirimoyo. —¿Qué te ha sucedido, hombre de Dios? le dije poniéndome algo sério. ¿A qué vienen esos gritos ahora? ¿No ves que estás molestando á los vecinos? Te estás volviendo inaguantable, Bartolo; y si no tratas de mudar de vida, tendré, á mi pesar, que despedirte con cajas destempladas. ¿Qué hay, pues? ¿á qué son esas maldiciones y esos gritos? —¿Qué há de haber, señor? sino que, bien dice usted, que no hay peor calilla que ser pobre. —¿Te há maltratado alguien? ¿qué es lo que te pasa? acaba de una vez. —Vea usted, señor, vea usted lo que me pasa, decia mostrándome con el dedo el melon y la mixtura. Vea usted esto, señor, y conocerá si tengo ó no razon para desesperarme. —Yo no veo nada, hombre, sino un melon que me figuro te habrán regalado, ó que habrás comprado, para echártelo al buche al medio dia.—Eso es, señor, hágase usted tambien el chiquito para acabarme de aburrir. Tome usted, lea usted, y verá hasta dónde llega mi desgracia —Y diciendo esto, me alargó un papelito recortado en forma de corazon, y una figurita de barro que tenia pegado á la barriga otro papelito, en que se leia de muy mala letra esta cuarteta:

> logrando esta ocasion
> y en señal de buen afecto
> te obsequio este melon,
> compadrito de mi corazon.

El otro papelito, que se me hábia olvidado decir que tambien estaba muy picado, contenia la siguiente décima:

> A respectivo del mérito
> que á tí asiste compadrito;
> quisiera fuese esquisito
> éste obsequio y sin defecto;
> mas aunque no es tan perfecto,
> compadrito, á la verdad
> no es por poca voluntad;
> pues, te entrego sin ficcion
> todo mi fiel corazon,
> prenda de mucha entidad.

No pude ménos que soltar una carcajada cuando me hube cerciorado de lo que motivaba tantos gritos y reniegos; á lo que tambien contribuyó, no poco, el estilo de ambas piezas, que conservo orijinales para eterna memoria, y que presento á los aficionados como modelo de buen gusto. —Hace usted muy bien, señor, decia Bartolo, mirándome á la cara. Riase usted. Hágame usted zumba, que mucho mas merezco por ser pobre. —Pero, hombre, esto no quiere decir otra cosa sino que te han sacado de compadre. —Sí, señor, me han sacado de compadre. —Y ¿por eso te desesperas hasta el extremo de desearte la muerte? La persona que te ha elejido debe tenerte un fino afecto.—Vaya á tenérselo á su madre, señor. —Eres muy desconsiderado, hombre. —La desconsiderada es *la tal por cual* que me dá el ala para comerse la pechuga. ¿Qué le voy yo á retornar, cuando estamos á tres dobles y un repique? ¡Hasta el sueldo de este mes me

lo ha dado usted ya! —Pues no le retornes nada. Sóplate el melon y ¡santas pascuas! No serás tú el primero que lo haga, —Eso es, señor, y despues que diga que soy un pechugon, un cicatero, un sucio, un indecente, y ¿qué sé yo? —Y ¿qué te importa á tí eso? —¡Cómo se conoce que no es á usted á quien lo han sacado de compadre! Si así fuera, ya estaríamos dando vueltas para preparar el zaine. Cuando ménos le regalaba usted á la comadrita un corte de saya de buche de paloma que está ahora de última ¿no es así? —Tal vez, Bartolo, porque la costumbre tiene mucha fuerza. —Y el puntillo y la fachenda, señor, porque nosotros los limeños, mientras mas pobres, somos mas............ Dios me ponga un tiento en la boca.—Tambien es cierto.—¿Y eso es bueno, señor? ¿No fuera mejor que la que tuviese necesidad, le pidiera á un hombre una peseta para comer, y no le sacara el *anche* de este modo? —No sé qué diga, hombre; pero en parte convengo contigo que no se debe abusar de la amistad para obligar á nadie á que haga sacrificios. —Bien dicho, señor. Y mire usted, ahora años, sacaron de compadre á un señor conocido mio, que sabe Dios como la pasaba, con solo una manzanita claveteada; y él, que picaba en ostentoso, le retornó á la comadrita una calesa con todos sus menesteres: para esto vendió hasta el *volante*, señor, y se quedó á tí suspiramos por mucho tiempo. —¿Y quién te ha traido ese regalo, Bartolo?—Un demonio, señor, á quien le he dado por su trabajo lo que no vale el tal melon;—¿Cuánto fué Bartolo? —Un real, señor. —¡Gran cosa! Pero hasta ahora no me has dicho nada sobre tu dichosa comadrita ¿quién es, pues? Yo no debia preguntártelo, lo conozco, pero no sé por qué me ha entrado curiosidad en saberlo. —¿Quién ha de ser, señor? sino esa muchacha engreida que tiene la niña donde voy todas las mañanas por el fresco. Como lo vé á un hombre que no anda despilfarrado, habrá creido que se puede sacar mucha raja. —¡Qué tal! Pues ya es honor mio tambien que le correspondas su cariño. —Yo estoy pronto, como usted me lo costée. —Eso es lo que yo no puedo hacer. —Entónces no diga que es honor suyo, sino mio y muy mio. —Bien: pero yo te ayudaré para que salgas airoso en tu compromiso. —Veamos cómo, señor. —Adelantándote el sueldo del mes que viene. —Esa gracia la sé hacer yo tambien. —Si el partido no te adapta, vé como te gobiernas, porque yo no puedo hacer otra cosa. Si tú no le hubieras andado á la muchacha con tus dimes y diretes, no haya miedo que ella se hubiera atrevido á sacarte de compadre. El hombre pobre no debe meterse en esas honduras, porque nunca puede salir bien de ellas. —Yo no le he dicho nada, señor; antes ella es quien siempre me busca la boca, cuando voy allá; y como un hombre no es de piedra, á veces no puede resistir á las tentaciones del enemigo. —Está bien: si quieres el sueldo, puedes acudir cuando gustes. —Qué se ha de hacer pues, señor? ¡Siempre he de pagar yo el pato! Pero quiero que me haga usted otro favor por vida suya. —Que me escriba usted unos versos, que estaba sacando aquí cuando usted salió de adentro, para mandárselos á mi comadre con el zaine. —No habrá embarazo.

En seguida tomé la pluma, y Bartolo, despues de haber fijado los ojos en el techo en ademan pensativo, me dictó la siguiente décima.

Te saliste con la tuya,
comadre del corazon,
pues solo con un melon,
me has *soplao* la tirisuya:
canta en buena hora aleluya,
y sabe que tus diamelas
me sacan las entretelas,
porque á mi me dá la gana;
mas no por sonso badana
que yo tengo muchas muelas.

OTRA COSA.

Dos horas habrian corrido desde la conversacion antecedente, cuando se me apareció otra vez Bartolo, y de buenas á primeras, me dirigió la palabra muy ajestado en estos términos. —Déjeme usted, señor, que si hoy no reviento de una cólera, no soy jente. ¡Mal dia es este para mí! —Qué otra cosa ocurre ahora que te trae tan desazonado?—¡Qué ha de ocurrir sino que yo no soy para ver lástimas! —¿Qué has visto pues, hombre? ¿Has presenciado alguna muerte? —Algunas, señor; que no debian hacerse porque no está regular. Una cosa es una y otra es otra. Santo y bueno que se mate al que tenga armas, y que nos haga daño; pero á hombres indefensos, no señor. Eso no lo manda Dios; eso solo se queda bueno para ño Ballivian. —Pero acaba con mil santos ¿qué ha sucedido? —¿No ha sabido usted lo que ha hecho ño Buendia en Tarapacá? —Ya me vienes á calentar la cabeza con tus cosas políticas. Mira, hombre, hazme el favor de hablar de ellas lo ménos que puedas, porque no falta por ahí quien diga que el gobierno nos paga para esto. —Que digan lo que quieran, señor, que algun dia se desengañarán. —Bueno: pero miéntras tanto, yo no tengo necesidad de hacerme de enemigos por culpa tuya, ¡sabe Dios cómo lo pasa uno en el dia, para adquirirse sobre esto enemistades! —Mire usted, señor; yo le dijera á usted mucho sobre el gobierno, y como paga, y sobre los que hablan así: pero á boca cerrada no entran moscas; vamos á lo que importa, señor; respóndame usted ¿qué le parece la conducta de ño Buendia? —Muy digna de la consideracion del gobierno. —No diga usted eso, señor, que hasta cólera me dá oirlo. ¿Con que matar á hombres sin armas es cosa buena? —¡Cómo sin armas, hombre! —Si señor: lea usted el *Peruano* del Sábado pasado, y verá lo que dice el difunto ño Garcia en su nota al sub-prefecto de Tarapacá. —¿Y qué dice? vamos á ver; porque yo, aunque la he leido, no he puesto mucho cuidado. —Qué ha de decir, señor, sino que los bolivianos no llevaban armas. —¿Y qué llevaban entónces, hombre? —En una mano un olivo, y en la otra una paz. Y ya usted vé que, teniendo las dos manos ocupadas, mal podrian defenderse los pobres. Y luego el tal ño Buendia, no nos dice tampoco en el *detalle*, ni cuantos *olivos*, ni cuantas *paces* há tomado. *¿Qué diciendo se presentará aquí ño Buendia?* —Calla, Bartolo, por la Vírjen, calla, hombre; que ya me cansa oirte hablar tanto desatino. Deja descansar en paz al señor Garcia, y ruega á Dios que tenga piedad de su alma. —¿Buen hombre seria ese ño Garcia, nó señor, cuando usted lo defiende así? —No te equivocas, Bartolo: tuve el honor de tratarlo en otro tiempo con intimidad, y entónces aprecié sus bellas cualidades, como hoy deploro sinceramente su muerte.

UNA CORRESPONDENCIA ORIJINAL.

Echando mis cuentas estaba sobre los números vendidos del «Cometa», y sobre los no vendidos; porque debo advertir á mis lectores, que tras los cuentos *insulsos* y sin sal, que suelo contarles en las páginas del mencionado papel, vienen las cuentas saladas y graciosas del impresor, del vendedor, del repartidor, y luego por apéndice los numeritos sueltos que toman los amigos y los conocidos, y los conocidos de los amigos, y los amigos de los conocidos; y á renglon seguido los que se pierden por aquí, y los que se pierden por allá.........en fin, qué sé yo qué otras partiditas mas, que por cierto no tienen nada de divertidas, ni pueden hacerle muy buena pró al editor, ni dejarle tampoco muy buen pré, y que no obstante, son el resultado necesario é indispensable de sus penosísimas tareas. ¡En mala hora fuí á meterme á escritor público! ¡que no me hubiera caido una sarna perruna de aquellas que suelen embargar á un hombre las manos en las doce horas útiles del dia, antes de que diera principio al «Cometa»!...... Y luego, para remate de fiestas, vienen los compromisos con ciertas personas, y vienen las quejas de los amigos, y vienen los amigos de dar quejas.........y viene el diablo y el demonio.........Por vida de.......Pero ¿á dónde voy yo ahora con tanto dislate? ¿ni qué pueden importar á nadie las interioridades del «Cometa» ó del Cometero? Perdonen ustedes, que ya vuelvo al hilo de la historia. Decia, pues, que estaba echando mis cuen-

tas y mis cálculos periodísticos, que, como ya llevo dicho, no son de las mas alegres; cuando se me entró en mi cuarto el impresor preguntándome si habia o no «Cometa» en esta semana. Ofrecíle desde luego que sí; y sin pérdida de tiempo me puse á buscar papel, pluma y tinta; mas no bien me habia sentado sobre mi poltrona, cuando apercibí á espaldas mias un ruido pequeño, semejante al de una persona cuando vá andando en puntillas, como para no ser sentida de nadie. Vuelvo la vista en el momento, y no descubro bulto alguno. Levántome precipitado, y registro y examino por todas partes....... nada! Estaba ya por creer que todo habia sido obra de mi fantasía, cuando sobre una mesita que está en un rincon de la pieza, y en dónde tengo todos los libros (pocos y malos) que forman mi biblioteca, encontré una carta dirijida "*al Señor Editor del Cometa.*" Figúrense ustedes, lectores, cual seria mi admiracion, cuándo leí en letras grandes y gordas lo que voy á copiar en seguida.

Al Señor Editor del « Cometa. »

Muy señor mio:

El recibo de esta vá á sorprender á usted en gran manera, porque está usted muy distante de esperar cartas de este mundo de acá, en donde no se ha acostumbrado jamás tener correspondencia alguna con el mundo de allá; pero si considera usted por un momento que en su mundo de allá, ó sea valle de lágrimas, (aunque yo tengo para mí que debiera llamarse valle de capitulaciones y derrotas) suceden ahora cosas mucho mas raras é inesperadas que esta, cesará de todo punto su sorpresa. Qué quiere usted, señor editor? estamos acá y allá en el siglo XIX; es decir, en el siglo de las rarezas, de los fenómenos, de las anomalias. Todo debe suceder ahora de un modo diferente á como sucedia en los siglos pasados. En mi tiempo, es decir, cuando yo vivia en ese mundo de allá, casi no habia nada que ver ni admirar. Las mas de las cosas se hacian, asi, asi; de cualquier modo: v. g.; las funciones de guerra que se formaban entre parte y parte concluian á capazos, á porrazos, á cintarazos, á balazos, y á garrotazos. Todo iba así; porque aquella maldita jente entendia tan poco de manejarse!......... ya se vé; si ni aun escribir bien sabian, porque el mas pintado tenia una letra de sepulcro. Pero en este tiempo todo se hace y sucede de un modo admirable. Los mayores *tuertos*, los mas grandes *desaguisados* se enderezan y componen sin saber cómo, y en un dos por tres: y á cada momento se vé un portento, una maravilla; y esto es, que ya no se usan brujas, ni duendes, ni fantasmas, como en esos tiempos. Una prueba de ello es esta carta que escribo á usted, y que muy pronto será puesta en sus manos, sin necesidad de duendes ni fantasmas, por medio de un conducto *electro-magnético* (de nueva invencion) en donde irá metida junto con el dador de ella, que será un diablo de este lugar, quien entrará y saldrá en su cuarto de usted sin ser casi visto ni oido; lo cual equivale á enviársela á usted por medio de un ministro estranjero, que es otra clase de jente muy adecuada y á propósito para llevar y traer noticias, ó para llevar y traer revoluciones, que todo es uno, en sus buques de guerra que son otros tantos conductos electro-magnéticos, ya por la rapidéz, ya por la seguridad que tienen de no ser interceptados, *vistos* ni *oidos*, merced al derecho de jentes ó internacional descubierto tambien en el mundo de allá.

Digo á usted pues, señor editor, que con tales y tales cosas como estoy yo viendo que pasan en esa nuestra tierra del Perú, (porque ya sabrá usted que desde aquí se vé muy bien, y se sabe todo lo que pasa en él) estoy tentadísimo de irme para allá con algunos otros compañeros que andan por aquí conmigo, y que son de mi mismo modo de pensar. Estamos tan aburridos con este maldito temperamento, que quisiéramos pasar á otro mas fresco, ó mas templado: y luego, que nos parece tambien, que no dejaríamos de meter basa por ahi, por muy poco que fuese nuestro valer y nuestras aptitudes. Esta esperanzilla se ha generalizado de tal modo entre nosotros, que no hay decir cuan adelantados nos tiene: á lo que se agrega que somos peruanos, y no hemos de ser mal recibidos. Por otra parte, creo que si nos fuesemos á Lima no nos podria ir mal de ningun modo, porque allí, como usted vé, jamás están en guerra con nadie, sinó en paz con todo el mundo. Esa jente es de un jenio tan manso y tan bueno, que parece que no la echó Dios al mundo para pleitos.

No quiero ser mas estenso por ahora, porque me reservo para otra ocacion.

Fecha en el Infierno, á 7 de Febrero de 1842.

CATANA.

EL CARNAVAL.

Concluida la lectura de la carta precedente, que ya pueden figurarse mis lectores la impresion que produciria en mí, disponíame á dar principio á mis tareas editoriales, cuando se me encajó de improviso en mi cuarto mi amigo don Serafin, vestido, como de campo, con un gran levita de dril crudo con enormes bolsicos llenos de botellas, y un sombrero de paja de Italia. —Hombre, le dije, ¿qué es esto? —Déjese usted de preguntas, y prepárese para salir conmigo ahora mismo. —Y ¿á qué diablos? —A mojar á unas jovencitas conocidas mias.—No señor, de ningun modo: además de que actualmente estoy ocupado. Voy á principiar el borrador del «Cometa» —Qué «Cometa», ni qué berenjenas! Déjese usted ahora del «Cometa.» —No, señor; no puéde ser. —Pues, para que no escriba usted hoy, tenga usted.—Y diciendo esto sacó una botella de uno de sus bolsillos y la virtió sobre la mesa y los papeles, poniéndolos de contado como una sopa. —Ahora, continuó, escriba usted si quiere, que no faltará quien diga que sus *papeles están mojados*. Yo me voy solo; pero advierto á usted que mañana se arrepentirá de no haberme acompañado, porque voy á cierta parte, en donde hay unas jovencitas lindas y preciosas como mil perlas; y que daria usted por mojarlas cuanto no hay en el mundo. Adios! adios!

Diciendo esto se fué saliendo por la puerta; mas yo, que no puedo negar que soy hijo de Adan, por la grande aficion que tengo á las hijas de Eva, lo detuve inmediatamente. —Hombre del demonio, le dije, ya me ha sacado usted de mis casillas: y luego que, aun cuando quisiera escribir, no me es posible, por ahora, hasta buscar nuevos útiles. Espérese usted, pues, un poco; iremos á donde usted quiera......aunque en este momento me ocurre una cosa. ¿Y el bando de la Policia? ¿no nos vayan á multar? —Riase usted de eso, hombre. El bando de la Policia es lo mismo que las bulas de Santa Cruzada, que todos los años dicen una misma cosa, y se reimprimen solo para los olvidadizos: pero asi se observa el bando de la Policia, como las bulas de la Santa Cruzada. —Ya se vé; tambien dice usted bien.

Preparado, poco mas ó ménos, en la forma de don Serafin, partimos, él y yo, á nuestra espedicion, juntándosenos en la calle dos jóvenes mas (don Liborio y don Epifanio) que al efecto nos esperaban ya, en un lugar convenido de antemano con aquel. Llegamos, pues, á la casa consabida. El corazon me latia fuertemente, y no sabré decir si era de gusto ó de temor. Entramos en ella, procurando no ser sentidos; pero en vano, porque un grito agudo de una criada que se hallaba sobre un techo, haciendo sin duda de vijia, puso en alarma á toda la familia. Siguiéronse á este otros varios gritos mugeriles no ménos penetrantes, intercalados de carreras por aqui y por allí, y de puertas que se cerraban y abrian con precipitacion y estruendo. Entónces don Serafin, que era el jefe de esta invasion, dió la voz de ataque. Nosotros sin pérdida de momento, y para evitar acaso que el enemigo tomase posiciones ventajosas, nos dirijimos con la velocidad posible hácia su centro, es decir, á la sala principal, en donde solo encontramos una señora mayor de edad, que con una sonrisilla maliciosa nos indicó una puerta lateral, como dándonos á entender que allí estaban las niñas que buscábamos. No sin algun recelo llegamos á ella. Don Serafin principió á llamarlas por sus nombres, mandando al mismo tiempo que uno de nosotros se pusiese en observacion, para evitar una sorpresa por alguna otra puerta, ó que nos tomasen la retaguardia por el corredor, la cual convenia tener espedita, para que, en caso de que se nos presentasen fuerzas dobles ó triples, pudiésemos efectuar por ella una retirada en órden y como corresponde. Ello habria sucedido así, si se hubiesen cumplido con exactitud y sin demora *tales disposiciones*; pero, desgraciadamente, don Liborio y don Epifanio hicieron tanto caso de ellas, como de los bandos de la Intendencia de Policia; y yo, que por aquel momento no pensaba mas que en ver las lindas caritas de las enemigas, tampoco tomé por mi parte medida alguna. Una jóven, de una voz muy dulce, contestó entónces proponiendo capitulaciones, y don Serafin la intimó enérgicamente, que se rindiese á discrecion; porque él no habia ido allí á *capitular*. Contentísimos estábamos todos nosotros, creyéndonos ya victoriosos, cuando de improviso, y casi á un mismo tiempo, se abrieron la puerta que conducia á la cuadra, y otra pequeña que daba á un callejon angosto, y se nos presentaron en la sala tres jóvenes bellísimas como las tres Gracias, rodeadas de cinco ó seis

negras y zambas, entre las cuales descollaba una, de unas proporciones tan enormes y jigantescas que hacia temblar las carnes al hombre de mas calzones. Las primeras venian armadas de jarros ú otras vacijas semejantes, y las segundas de vacinillas de loza, cofainas y caserolas; pero el mujeron aquel, que solo lo hallo comparable con la torre de Babel, traia una gran jeringa, que muy bien podia haber servido para echárle unas lavativas al jigante Goliath. Escusado es decir que todos nosotros nos quedamos yertos al verlas. ¡Cuánto me pesó en aquel momento el haberme metido en semejante danza! Maldecia entre mí, una y mil veces, la hora menguada en que habia accedido á las instancias de don Serafin; pero ya era tarde para hacer reflexiones y para arrepentirse. Era menester dejarse bañar el cuerpo con *vacinillas*, con *caserolas*, y con *jeringas*. Aunque no faltará quien diga, que todo esto es mil veces mas bonito y agradable que los bailes de máscaras, y que todas cuantas diversiones se acostumbran en los paises cultos en dias de carnaval. (Sobre *gustos* nadie ha escrito aun.) No obstante, nos pusimos de un salto en la puerta de la sala, dispuestos siempre á batirnos con honor, y á no abandonar el campo sino despues de haberlo disputado palmo á palmo: mas ¡oh suerte adversa! en aquel momento un ruido siniestro nos hizo notar que habian cerrado la puerta de calle. Confieso, en obsequio de la verdad, que el que mas sereno estuvo en este lance fué don Serafin. Con una mirada terrible nos dió á entender lo mal que habíamos hecho en no cumplir sus órdenes; pero, recobrando inmediatamente su buen humor, nos dijo que no nos quedaba mas recurso que *pelear*. El cuarto que habíamos tratado de tomar por fuerza se abrió tambien en aquel momento, y la jovencita que estaba en él, no ménos linda que las otras, salió con un aire de triunfo á reunirse al grueso de su ejército.

Por fin dió principio el combate con un aguacero que sostuvimos, por nuestra parte, mientras nos duraron las municiones; y que por la otra, se hacia cada vez mas y mas mortífero y destructor, á causa de hallarse tan abundantemente provistas de agua, que no podia faltarles por algunas horas. Nuestra situacion se fué complicando por momentos; estábamos calados de agua desde las puntas de los piés hasta la coronilla, (¡nosotros éramos los que habíamos ido á mojar á aquellas niñas!) y ya preveia yo que tendríamos que entregarnos á discrecion, cuando don Serafin, que en verdad es hombre para estas empresas, dió la órden de cargar sobre ellas, con el objeto de quitarles las armas, principiando él el primero. Yo seguí el movimiento con resolucion, es decir, sacando fuerzas de flaqueza; pero don Liborio y don Epifanio embistieron con tal flojedad que muy pronto fueron puestos en derrota, echando á correr por el patio como unos desaforados. Nosotros logramos apoderarnos, aunque con algun trabajo, de dos caserolas; pero la dificultad estaba, en que no teníamos agua para renovar nuestros tiros; quedándonos solo el recurso de huir el cuérpo por donde quiera que veíamos venir el peligro, y variar de posicion á cada momento para ir entreteniendo de este modo al enemigo: mas, apesar de todos nuestros ardides y maniobras, nos encontramos rodeados derrepente de todas aquellas amazonas, en términos que ya no pudimos movernos hácia ningun lado; y para remate de fiestas, aquella torre de Babel, que ya he mencionado, y que se puede decir con propiedad que era la artillería de este ejército, acompañada de otras dos mas, se fué sobre don Serafin; y suspendiéndolo entre las tres por la mitad del cuerpo y por los piés, lo condujeron al estremo del callejon, y lo zamparon hasta las orejas en una tina de agua que habia allí, y de la que nosotros quisimos apoderarnos varias veces, pero en vano. Ya se vé; si los mariconazos de don Liborio y don Epifanio hubiesen andado mas resueltos, y no nos hubiesen abandonado á lo mejor, quizá lo habríamos conseguido: pero no tienen ellos la culpa, sino quien se mete á *invadir* casa ajena con *jente floja*.

Muerto ya nuestro jeneral (digo muerto, porque lo mismo es para el caso estar enterrado en una tina que estarlo en una sepultura) todo se volvió una escuela de danzantes. Don Liborio y don Epifanio no cesaban de correr por aquí, y por allí, en medio del agua que les llovia á cántaros por todas partes; (porque parece que estos malditos habian ido allí para *correr*) yo habia cruzado mis brazos como único recurso é inclinado la cabeza al pecho, y en esta actitud recibia toda la que sin cesar me echaban encima. La buena de la señora, que encontramos á la entrada en la sala, se habia encaramado sobre una ventana, y desde allí, como si dijéramos desde la cima del nevado Illimani, miraba llena de satisfaccion nuestra vergonzosa derrota. Varios muchachillos que salieron de adentro, al ruido del combate, vociferaban y gritaban, como unos energúmenos,

haciéndonos zumba: los perritos ladraban, dos loros que habia en el corredor daban tambien grandes chillidos, y todo el mundo, en fin, se reia y burlaba de nosotros completamente. Lo mas salado es, que en medio de la algazara y de la grita de los muchachos, de los loros, y de los perritos, don Liborio y don Epifanio lograron (qué sé yo como) aprovecharse de un momento de descuido del enemigo, y corriendo el cerrojo al postigo de la puerta de calle, que venia á ser el *Desaguadero* de la casa, tomaron las de Villadiego, dejándonos á nosotros solos en la estacada. Entónces las niñas, las zambas, las negras, y los muchachos todos, dueños en lo absoluto de nuestras personas, volvieron á mojarnos aun con mas crueldad; nos pintaron de mil colores, nos embarraron con cuanto se les vino á las manos, y por último, ¡ay Dios mio! nos emplumaron, y nos pasearon en triunfo por toda la casa............ ¡Váyase usted con esto á jugar carnaval con unas niñas porque son bonitas!!!

MEMENTO HOMO QUIA PULVIS ES.

Tal como el portero del ministerio de Hacienda, ó los demás porteros de los otros ministerios, no responden otra cosa á los que tienen la desgracia de abocarse con ellos durante las horas de oficina, que: *está en despacho—ha dado órden que nadie entre—no ha venido—está en acuerdo—vuelva usted otro dia*—ú otras palabras asi, que allá se van todas; tal quisiera yo que á todos los ministros, á todos los jueces, y á todos los ambiciosos de este mundo, les dijese una voz interior cada media hora por lo ménos,—*Memento homo quia pulvis es.* —¡Cuántos suspiros se ahorrarian á la pobre viuda, cuántas maldiciones al aburrido litigante, y cuántas lágrimas á los inocentes pueblos! Pero ¡ah! tanta es la flaqueza de la humana especie, que tal vez no se acordarian ellos que son polvo aunque se lo gritasen con bocina.

Estas reflexiones, á que yo daba libre curso esta mañana, me entristecieron de tal modo ó me pusieron de tan mal humor, que me acosté sobre un sofá para tratar de desecharlas durmiendo; mas como no lo pude conseguir por mas esfuerzos que hice, me levanté desesperado en el momento, y me puse a pasear por la vivienda ocupado siempre en mis ideas melancólicas. Un buen rato duraria en este abatimiente, hasta que volviendo derrepente á sentarme en el sofá, esclamé un poco despejado. —¡Pues no es bueno que yo me esté calentando la cabeza por lo que no ha podido, ni podrá componer ningun mortal, mal que le pese! ¡Vaya á un demonio el mundo y sus achaques! Vivir y vivamos, y ande la rueda hasta que Dios fuere servido. —A este tiempo entró Bartolo trayéndome una medicina, y la puso encima de la mesa. Se disponia ya á salir sin decirme una palabra, cuando yo lo detuve diciéndole: —Vén acá, hombre. A dónde vás tan de prisa? ¿Has tomado ceniza hoy? —Qué ceniza, ni qué ceniza, señor! me contestó refunfuñando, eso se queda bueno para los muchachos y las viejas; fuera de que demasiado nos ha puesto la ceniza en la frente todo el que le ha dado la gana. —Contestacion poco cristiana es esa, Bartolo. Vamos á otra cosa. ¿Qué tenemos de novedades? —No sé nada, señor. —Eso es lo que yo no creo, aunque te pongas en una cruz. Desembucha; no tengas recelo. ¿Qué opinas sobre la conducta del coronel Arrieta en el Norte? —Que ha hecho bien, señor. —Luego Hercelles............ —Tambien ha hecho bien. —Pues el gobierno, segun sé, ha visto con desagrado todo lo ocurrido. —Hace bien el gobierno. —Estás para reventarte hoy, segun las contestaciones que me dás. —Hago bien, señor, —No cargáran contigo dos mil demonios, mal criado! ¿Qué significa ese modo de hablar? Vaya, quítate de mi presencia antes que............ ¡Pues no faltaba mas! —No se incomode usted, señor, que no hay por qué. Yo digo que ño Arrieta ha hecho bien, porque ha copado toda la pacotilla que vino de Guayaquil sin que se le escape uno, que es lo que se deseaba. Digo que tambien Hercelles ha hecho bien, porque así no mas podia salvar el cuero. Digo que el gobierno hace bien en no aprobar ese adefecio, porque no es honor suyo ni nuestro capitular con mequetrefes; y digo que yo hago bien en contestar á usted de este modo, porque como usted me ha mandado que

no le hable nunca de cosas políticas............. —No es eso lo que yo te he dicho, animal, sino que hables de ellas lo ménos que puedas. —Pues yo no lo habia entendido así. —Y por hoy tienes carta blanca para decirme cuanto quieras. —Si es así, señor, voy á comunicarle á usted un proyecto que tengo entre manos. —Vamos á ver ese proyecto ¿cuál es? —Estoy pensando echar una proclama á la Nacion. —No hables disparates, hombre. ¿Quién eres tú para proclamar á la Nacion? —¿Y quién son otros, que valen ménos que yo para hacerlo? —Tambien dices bien. Vamos á ver, ¿qué le vas á decir á la Nacion? —Tome usted, señor, y lea. Y diciendo esto echó mano al bolsillo, y sacó un papel que yo tomé. —Lea usted, señor, lea usted, y deme su voto. —No pude resistir á las instancias de Bartolo; desdoblé el papel y leí lo que sigue:

Peruanos.—Dicen que sois libres hace veintitantos años, y ¿qué habeis hecho en todo este tiempo? nada, mas que vivir como perros y gatos, dándoos coscorrones unos con otros por asuntos que tal vez no os tocan ni un pelo de la barba. Ni las zurras que habeis sufrido, ni los consejos que os han dado, han sido suficientes para desviaros del precipicio á que caminais derechito, y al que quizá marchareis muy pronto.

Paisanos.—Demasiado habeis pintado ya, y muchos borrones habeis echado sobre vuestra vida política, para que no conozcais que ha llegado el tiempo de no pintar tanto. Hasta ahora os ha gustado mas andar caracoleando por esos campos, que marchar adelante como gente; y ya es preciso que mostreis al mundo que no sois como el cangrejo, sino que teneis, como todo hijo de vecino, bien atados los calzones. Entre vosotros habrá cobardes, no lo dudo; pero tambien debe haber guapos, porque, ó no sois hijos de Adan, ó en toda tierra de camotes hay de una y otra cria. No hagais caso de lo que os digan sobre esto esos *extranjis*, que os vienen con su *taca y su barraca*, porque ellos os quieren como á un dolor de muelas, y porque de buena gana os convertirian en monos, si pudiesen, para jugar á su antojo con vosotros.

Compañeros.—Por aquí, por allá, y por mas allá, se os ha gritado siempre, libertad! garantias! Constitucion! independencia! y ¿qué sé yo?............ Y vosotros habeis hecho tanto caso de palabras tan sabrosas, como yo de las brabatas de Bernardino; y si lo habeis hecho ha sido solamente para repetirlas como loro, ó para apañar vuestras travesuras. Es verdad que muchas veces os ha sobrado la razon, porque no falta entre vosotros quien se ha valido de ella, como de la liga y la ñagaza el cazador para atrapar los pajaritos. Pero ya no es tiempo de recordar todas estas cosas, sino de echarlas á la espalda, como el soldado veterano la mochila.

Hermanos.—Si volveis los ojos al Norte de vuestra patria, vereis allí un tarugo, ó un proyecto de tarugo, para testificar vuestras carreras; y si lo volveis al Sur, vereis otro proyecto, ú otro tarugo para lo mismo. Unios pues como los granos de maiz á la mazorca, para que tambien vosotros tengais tarugos con que atarugar á los que os han atarugado hasta ahora. Si por vuestra desidia, por vuestro egoismo ó cobardía, dejais escapar la ocasion que se os presenta para atarugarlos, no saldreis jamás del atolladero en que estais metidos; y esto no será lo peor, sino que yo tambien me atollaré con vosotros por recobeco.

Amigos.—Basta de pleitos y de pataratas: daos un abrazo y un beso como hermanos, y *haced talon* para que no os digan algun dia *peruétanos*, en lugar de peruanos. Mis palabras no os pueden ser sospechosas, por eso os hablo claro, aunque sé que la claridad no es lo que mas os gusta. Ningun empleito, ninguna piltrafa tengo que me sostengais; y hablandoos con franqueza, tampoco pienso mandaros nunca, para engañaros con palabritas dulces, ni para haceros purisimitas qué se yo por qué.

Peruanos, Amigos, Paisanos, y todo junto.—*Diez mil bravos están surcando las cordilleras del Rimac comprometidos á derramar su última sangre; y capaces de conduciros desde un poló á otro, si el campo de Incagüe postrado á vuestras plantas no os entrega los trofeos nacionales, cosa que con gloria y majestad los conduscais al templo de la inmortalidad, despues que el sonido de la trompeta haga declarar la semana magna del Perú, y que se toquen á vísperas sicilianas en ese mismo campo de Incagüe, por los inmensos males que ha ocasionado a esta república presunta. El juicio político.............*

—Toma tu proclama, hombre, le dije á Bartolo, cuando llegué aquí, y mándate mudar. Bien veo que no tienes tú la culpa de querer hablar tanto disparate á la Nacion,

cuando á otros se les autoriza para que lo hagan, porque no se les dá una buena reprimenda. El fin es que seamos el objeto de la zumba de todo el mundo.

EL CLAMOR.

Cuando ménos se figuran mis lectores que les voy á decir algo sobre un periódico que se publica, en Arequipa, con este título. ¡Dios no lo permita! ¿Qué carga de agua me vá á mí con que el ministerio marche así ó asá; con que la libertad de imprenta esté ó no en titilaciones; ni con que los empleados de acá estén mejor ó peor pagados que los de allá. Digan sobre esto los editores de tal periódico cuanto se les venga á la boca, que harto sabido lo tendrán cuando lo dicen; ó si no lo tienen, tómense la molestia de venir por estos barrios, y pregúntenselo á sus paisanos que, *no pocos*, andan mas cerca de donde guisan que *mí, pobre americano.*

Mi clamor tiene un objeto mas loable, más justo, mas santo que el que han alzado mis hermanos los del Misti; y, añádase á lo dicho, ménos riesgoso, y de mas provecho para el prójimo. Yo clamo, y clamaré mientras viva, á Nuestro Señor Jesucristo que les toque el corazon á los peruanos, sean del color que fuesen, para que cumplan con lo que manda nuestra Santa Madre la Iglesia en la cuaresma, ó antes, si espera haber peligro de muerte; de cuyo trance no distamos ni dos dedos segun dicen. La infraccion de este precepto, que otro tiempo nos hubiera valido un anatema, y que hoy se quebranta en el Perú como tantos otros que no digo;

> y que si acaso el lector
> no es algun Basilio-yeguas,
> los sacará de cien leguas
> tan solo por el olor,

atrae, y atraerá sobre nosotros toda la cólera divina. Nuestros padres, segun cuentan, se disponian al combate dándole el debido cumplimiento; y cortaban pescuezos en seguida como quien rebana pan, sin que el séptimo del decálago les dijese quita allá. Así vá el mundo.

> Por aquí se ajusta,
> por allí se ensancha,
> lo primero al pobre
> porque es parte flaca;
> lo segundo al rico
> porque es gorda y manda.

Limpia nuestra conciencia, Dios querrá darnos perseverancia en el arrepentimiento, y que nuestros enemigos crean de buena fé que los *perdonamos.*

LOS VIEJOS.

No dudo que mis benignos lectores habrán estrañado la salida del *Cometa*, en las dos semanas pasadas. Siento bastante el no haberlos servido con alguna mas puntualidad: sin embargo, no me es dado publicar los motivos de esta ocurrencia por ser de una naturaleza privada, y solo me limitaré á suplicarles dispensen la falta (si acaso la ha habido en un papel que es puramente eventual). ¡Qué hemos de hacer! Estamos en tiempos de revolucion, y es menester que todo ande revuelto. Por otra parte, cuando una cosa no es muy buena de suyo, es menester que lo sea siquiera por no ser muy comun. Es menester, como dice el proverbio que *se dé á deseo*; porque de lo contrario está muy espuesta á causar disgusto y fastidio el dia mènos pensado. Esta es una ley tan universal é invariable, como lo es la de que todos los cuerpos graves desciendan á la tierra, y los leves asciendan á las nubes; cosa que no podrá ponerse en duda en parte alguna, y especialmente en el Perú, en donde á cada rato vemos descender tantos hombres *graves* y ascender tantos hombres leves .... perdóneseme el ejemplo si acaso no es muy adecuado, porque en esto de ejemplificar no soy de los mas diestros. Hecho este preambulillo, por via de exordio ó introduccion, pasemos adelante.

No seria yo el editor del "Cometa", ni me llamaria fulano de tal, si no refiriese aquí, con sus puntos y comas, lo que presencié entre unos cuantos viejos en el café de Bodegones ahora pocos dias. Eran los tales, de aquellos para quienes solamente son buenas las cosas viejas como ellos, porque no hay entre todas las nuevas una sola que les cuadre al gusto. De aquellos que no piensan ni hacen otra cosa, en todas las horas útiles del dia, que comparar la riqueza de sus tiempos con la pobreza de los nuestros, y la quietud y tranquilidad de que disfrutaban entónces con el desasosiego y las revoluciones contínuas de que *felizmente* disfrutamos ahora. De aquellos charladores sempiternos que, cuando toman la palabra, no dejan meter basa en la conversacion á alma viviente, ni pueden decir dos razones seguidas, y diré mejor, dos sinrazones, sin haber encendido el cigarro tres veces, y salpicado de saliva cuatro á los circunstantes. De aquellos políticos en fin, de café, para quienes no hay gobierno bueno, ni ministro capaz, ni general valiente, ni ciudadano honrado; y que todo lo ordenan y lo dispensan desde las mesas en donde están sentados, con la misma facilidad con que se toman una taza de chocolate, sin que, no obstante, tengan el talento necesario para ordenar y disponer lo conveniente en sus propias casas, que son tal vez el modelo del desórden y de la falta de buena disposicion.

Digo, pues, que me hallaba en dicho café de Bodegones tomando una taza de té, cuando observé en una mesa, hacia un rincon, á mis susomencionados individuos en una disputa acaloradísima sobre varios puntos de nuestra política interna.

Si, señor, decia uno de ellos, con un tono magistral y enfático, y abriendo todo lo posible las ventanas de su enorme nariz, como para dar á entender que era hombre que *olia* á largas distancias; porque hay ciertas personas, en este mundo, que se creen de muy buen olfato y muy sabiondas, sin ser capaces siquiera de *oler* lo que pasa en derredor de ellas: si señor, decia, yo aseguro á ustedes que la guerra con el Ecuador es infalible, por que la ambicion bien conocida del general Flores, agregada á las intrigas constantes de ciertas personas, va á conducir precisamente á ambos paises á este estremo fatal que tanto les convendria evitar por cualquier medio. —¡Válgame Dios! don Pancracio, esclamó uno de los tertulianos, que era un jóven como de veintiocho años; usted es siempre puerto de malas nuevas. —Y qué quiere usted, mi amigo ¿que oculte la verdad? —Pero qué verdad es esa? como la ha sabido usted? ó ¿quien se la ha dicho? —Nadie, pero sepa usted don Narciso, que yo tengo una penetracion politica que...... —¿Y no sabe usted que el gobierno tiene acreditado un ministro cerca de aquella república, que lo es el señor don Matias Leon, con el objeto de hacer la paz? —Si lo sé, mi amigo, y tambien aseguro á usted que la tal mision no producirá efecto alguno. —¿Y por qué? —Porque así se me ha puesto á mí, y ya le he dicho á usted que yo tengo una penetracion y una prevision política que............ —Qué penetracion, ni qué prevision, ni qué demonios! dé usted otras razones que sean mas convincentes. —Yo le daria á usted otras razones de muy buena gana; pero estamos, desgraciadamente, en una época en que ni las *razones*, ni la *razon* son moneda corriente; y como dice una frasesita antigua:

cuando la razon no vale,
no vale tener razon.

—Dice muy bien don Pancracio, interrumpió vivamente un segundo viejo que estaba á su derecha, de cabellos blancos, rostro enjuto y avinagrado, y mirada torcida y maldiciente. En este siglo han cambiado todas las cosas, de manera que ya no las conoce ni la madre que las parió. En este tiempo no hay mas razon ni mas *derecho positivo* que el de la fuerza. Cuando yo era niño me acuerdo que se vivia de un modo tan diferente............ ¡Oh! ¡Qué buena vida! Entónces no habia Ecuador, Nueva Granada, ni Colombia, ni Bolivia, ni Norte Perú, ni ninguna sandez de esas. Entónces la patria era muy grande y estensa. Entónces no habia guerras á cada rato por quítame allá estas pajas, ni se necesitaba pasaporte para viajar de un estremo al otro de la América Española, ni se disponia de la propiedad ni de la persona de un ciudadano contra su gusto. Entónces, sin necesidad de tantos ministros, ni de tantos *ministriles*, ni de tantos ministerios, andaban las cosas mejor arregladas, y las personas mejor arregladas, y habia mas *inteligencia* y buena armonia entre todas las familias, y entre todos los pueblos de nuestro gran continente. Entónces trabajaban los individuos por el bien estar de la *comunidad*, y no era como ahora que trabaja la comunidad para el bien estar de algunos *individuos.* Entónces cada uno veia el producto de su trabajo, y gozaba de él tranquilamente. Los hombres, es verdad, eran unos *niños* en punto á *derecho público e internacional, á libertad política* y *del ciudadano, a garantias individuales y constitucionales*, y á otras cosillas por este estilo, que ahora saben á las mil maravillas hasta los legos de los conventos; pero, en cambio de esto, jamás sucedia que fuesen atacados en esos derechos y garantias, ni en otras prerogativas de ninguna clase, implícita ó esplícitamente concedidas por las leyes, lo cual hacia innecesario el conocimiento de ellas; pudiendo vivir cada uno muy gordo, muy *ancho* y muy contento en su casa, sin tener jamás por qué ocurrir á Wattel, ni á Grocio, ni á Puffendorf, ni á ningun otro escritor de derecho; porque como estos señores no han dicho una palabra en sus obras sobre el modo mas ó ménos acertado de *gozar cada uno de lo suyo*, no habia para qué consultarlos sobre el particular; siguiendo cada cual en esto sus inclinaciones propias, sus antojos ó su capricho; mientras ahora es preciso que cada hombre sea una biblioteca ambulante, ó cuando ménos una enciclopedia británica, y aun con todo esto no está muy libre de que en una revuelta lo dejen sin camisa ó sin pescuezo. —Si, señor don Narciso, dijo entónces don Pancracio; todo lo que acaba de decir don Cándido es la verdad pura, y nada mas ¿qué es lo que nosotros hemos ganado con nuestras malditas revueltas, sino llenarnos de un loco orgullo y de una vanidad nécia y ridícula, que nos hace desconocer enteramente nuestra verdadera posicion, hasta el punto de figurarnos que valemos mucho, y constituirnos el juguete de las naciones europeas, que nos mandan aquí sus ministros y sus cónsules, mas bien con el objeto de reirse y burlarse de nuestra debilidad, que con el de tratarnos con el respeto, deferencia, y consideraciones que debieran, y que muy bien se saben guardar recíprocamente unas con otras? —No diga usted eso, don Pancracio, replicó don Narciso; es innegable que hemos ganado mucho con nuestra independencia, aun cuando no sea mas que la ilustracion de que carecieron nuestros antepasados, y que en el dia es tan general............ —Yo creo, mi amiguito, repuso don Pancracio, que la verdadera ilustracion de un pueblo es *saber ser feliz*, y en este sentido estoy seguro de que nuestros abuelos eran los hombres mas ilustrados del Universo. Por otra parte, yo quiero que usted me diga cual es la ilustracion actual, y quienes son los hombres ilustrados entre nosotros? Yo veo que cada vez que se necesita un hombre de inteligencia y de conocimientos facultativos, para ocupar cierto destino de importancia y responsabilidad, no se le encuentra en ninguna parte. Yo veo que los militares entienden de asuntos de hacienda, y los eclesiásticos en los de política y diplomacia; que los abogados siguen la carrera de las armas, y los labradores la de las letras ó la de empleados. Yo veo que la industria está llena de trabas, y que se ha cerrado la puerta á los industriosos. Yo veo que las artes y el comercio no reciben el fomento y la proteccion necesaria, y que en vez de adelantar algo, van retrogradando de dia en dia. Yo veo............ —¡Válgame Dios! señor don Pancracio, que tiene usted una vista tan fatal que sola le sirve para ver objetos desagradables y melancólicos. Pues yo aseguro á usted, que todas esas son meras visiones que existen solamente en su fantasia y en la de don Cándido y otros contemporáneos de usted; porque es menester confesar que *in illo*

tempore todos los hombres eran unos visionarios y vivian solo de ilusiones; pero este tiempo, amigo mio, es el tiempo de las *realidades*. —Es verdad, observó don Cándido con una sonrisa irónica, que este es el tiempo de las realidades: la miseria en que vivimos es una cosa real y efectiva, y tambien hay otras cosas que ¡ojalá que no fuesen mas que ilusiones de la fantasia! La guerra es una realidad terrible. La guerra actual, que por mas que se quiera alejarla de nuestro suelo por medio de misiones diplomáticas, ha de aflijirnos constantemente hasta destruirnos y reducirnos á la nada. Se cree, muy erróneamente, que la causa existe en el Ecuador ó en Bolivia, y no está sino entre nosotros mismos. La falta de *amor patrio* y de *espíritu público* es el origen de esclusivo de todos nuestros males, y esta es otra de las *realidades* de la *època*. Hay hombres que piden la paz á cualquier costa: esta es tambien otra realidad. Piden una paz *honrosa*, como si la paz que pide el vencido, y que concede el vencedor, pudiese jamás ser *honrosa*. Estos hombres no aman, es verdad, mas que las realidades; y el honor nacional es para ellos una ilusion, un ente ideal, que no se vé, ni se toca, ni se percibe por medio de los sentidos, y que por consiguiente no deben considerarse en el número de las cosas necesarias para la vida. No es esto lo que debia esperarse de un pais *ilustrado*, señor don Narciso. Un pais ilustrado ama su buen nombre sobre todas las demás cosas del mundo. —Permítame usted que le diga, señor don Cándido, repuso aquel, que usted juzga con alguna precipitacion, y con demasiada severidad. Usted debe considerar detenidamente la gravedad de las circunstancias que nos rodean, y la posicion que ocupamos actualmente, antes de pronunciar sus fallos, pues de otro modo carecerán de la justicia é imparcialidad necesaria. — El *honor*, señor don Narciso, es la circunstancia mas *grave* en este caso, y cuando el honor está de por medio es menester sacrificarlo todo, á fin de que no reciba menoscabo ni lesion alguna. Recuerde usted la paz ajustada en los campos de Jiron despues de la jornada del Portete. Recuerde usted que la ignominia y el baldon de que nos cubrimos entónces no se han borrado aun, ni se borraran en muchas jeneraciones..........

Diciendo esto se fué levantando don Cándido (que parece por lo visto que nada tiene de cándido) con el semblante bastante alterado, como un hombre que está ardiendo de rábia, y sin mucha ceremonia tomó su sombrero, se despidió de todos, y se fué muy precipitado. Lo que siguió despues no es cosa que merezca la pena de contarse.

SIEMPRE SOY QUIEN CAPITULA.

HABRÁ un año que dije á mis lectores, no recuerdo en qué periódico, que era casado, y que mi dichosa consorte tenía un geniesito tal, como muchas que se harán desentendidas leyendo este mi artículo, y que me echarán mil maldiciones porque saco á plaza sus quisquillas. Pero ¡cómo ha de ser! la memoria es frájil, y no es extraño que no se acuerden ya de lo que entónces les conté, mucho ménos cuando, en el año transcurrido, han pasado cosas que no estaban en sus libros (pero sí en los mios) que pasasen. Por lo tanto, pues, y antes de entrar en materia, me veo en la necesidad de hacer un *recorderis* sobre las gracias de mi mujer, y sobre la resignacion con que las sufro; sin que esto perjudique en nada su buena opinion y fama; pues, á decir verdad, no me há sido infiel nunca, ó lo ménos no hé tenido noticia de que lo haya sido; que es á todo lo que puede aspirar un hombre de mi estado, si quiere vivir tranquilo en esta parte.

No sé si diga si en mala ó buena hora me casé; porque, como al cabo del dia tengo tantos pareceres sobre el particular, seria ariesgadisimo afirmar ahora una cosa que podría desmentir luego: dejo por consiguiente esta parte de mi artículo á la consideracion de los que me ayudan á llevar la cruz, los que, estoy seguro, me harán justicia, si estiman á *sus prendas* como yo á la mia.

El último paseo que hice el año pasado con mi esposa, y de que dí cuenta al público, fué, si no me equivoco, el de la Vieja. Entónces me juró y rejuró, por todos los santos del cielo, no ser tan paseandera en lo sucesivo, y yo tan bueno que casi le daba crédito;

porque soy como el Perú, que cuando vé desvanecida una tempestad se le figura que no ha de asomar otra. En todo el tiempo que duraron sus propósitos, que solo fué el preciso para reparar el cansancio del camino, me prodigó tantas caricias y me atendió de tal manera, que echaba yo la baba de contento; pero poco á poco fué volviendo á las andadas, y últimamente no bastaron ni consejos, ni mis ruegos, para que no estuviera todo el dia con la saya puesta. Y como la niña es tan comadrera que nunca le faltan á su lado cuatro ó seis camaradas, que viven y engordan á mis costillas, siempre tiene quien la acompañe a todas partes, y quien le dé cuenta y razon de cuanto hay que ver en Lima: que así dejará ella de ir á todo, como yo volverme turco. Si alguna vez le hago presente sus deberes, ó la reconvengo, cuando vuelve de sus paseos, ese dia ni se come, ni se duerme en casa; porque todo él se la lleva regañando con los criados, conmigo, con sus camaradas, y con cuantos se le acercan. Todo lo tira, todo lo rompe, llora, patea, y en fin, permaneceria en tal estado toda su vida, si yo no solicitase la paz; la que no consigo nunca sino haciendo mil sacrificios. Si por el contrario, no le digo una palabra, me sale entónces con que no la quiero, y que por eso no se me dá nada de que se la lleven los demonios; y siempre los mismos pleitos, y siempre las mismas paces, y siempre solicitadas por mí. Si me estoy en casa mas de lo acostumbrado, á cada rato me está diciendo: *¡Jesus! ¡que pegoste es usted! ¡Parece que hubiera usted nacido junto conmigo! ¡Ni me deja usted resollar!* Si es á la inversa, me recibe como una furia con estas u otras palabras: *¡Que poco se le dá á usted de las cosas de su casa! Toda la carga me la echa usted á mí.* Es *usted muy pechugon, muy indecente. No tiene usted mas oficio que aplanar las calles. Poco le importa á usted de que una se caiga muerta.........*Si mis negocios particulares exijen alguna meditacion, y me pongo pensativo, me dice con cierta risita amenazante: *¡Què picardias estará usted pensando ahí! no será cosa buena. El mal humor para su casa, eso es lo que sabe usted: el fin es amolarme*—Si estoy alegre, entónces me dice muy ajestada: *Me parece usted un gracejo de comedia. De todo se ha de reir usted. Jesus! ¡Qué simplonazo! Què cándido! ¡Què dominguejo! ¡Què pánfilo!* Todas estas contrariedades, todas estas sandeces, las tolero con resignacion cristiana, por no armar escandalo, ó hablando francamente, porque no tengo calzones para sostener mi dignidad; pues cuando quiero hacer del gallo, tengo que salir corriendo, y que volver á pedir la paz, aunque siempre soy el agraviado.

Por otra parte, con dificultad se encontrará en Lima una mujer mas gastadora que la mia. Las islas del guano, no serian suficientes para satisfacer sus antojos, ó sus caprichos, si las pusiesen á su disposicion. Baste decir que en cigarros, en jazmines y en olores, gastará diariamente tres ó cuatro pesos, por lo ménos: así es que yo ando siempre como un mata-perros, y debiendo á las once mil vírgenes, y á cada santo un peso. Cuando empezaron las óperas, le entró tal furor, como dice ella, por cantar como la Pantanelli que no quedó maestro, exceptuando los del país, que no llamase; pero como para nada tiene paciencia, ni firmeza, los despedía al poco tiempo, porque no le metían degolpe en la cabeza cuantas árias y dúos habia oido. Toda la casa estaba entónces regada de papeles de música, que habia pagado á qué quieres boca, y que los criados, ignorantes de su valor, iban arrojando uno por uno á la basura. El peinado, el vestido, y el calzado, todo habia de ser á la Rossi, y conforme se los ponia esta cantatriz en los diversos papeles que representaba; así es que muchos de ellos no se los pone, ni se los há puesto nunca, por antiguos y estravagántes, pero los conserva aun por vanidad; y para mostrarselos á sus amigas.

Mucho tiempo ha estado indecisa, este año, sobre si iría al Chorrillo ó al Callao á pasar la temporada, y los sucesos politicos, que no han dejado de asustarla, han contribuido en mucha parte á mantenerla irresoluta; pero el lúnes pasado se resolvió definitivamente á marchar al primer punto, despues de que ella y yo representamos la siguiente escena.

Las cuatro de la tarde habian dado ya, cuando me retiré á mi casa en ese dia. Entro, pregunto por mi mujer, y no se me dá otra contestacion sino que había salido desde la una, y que probablemente no volveria hasta las seis. La mesa estaba puesta; yo tenia un hambre que me moria, y por añadidura, que hacer una diligencia precisa á las cinco y media; pero no podía comer porque se habia llevado la llave del armario en que se guardan los cubiertos y los platos. Aguarda, y mas aguarda, nada. Dieron por fin las cinco, y ya tenia yo el sombrero puesto para mandarme mudar á la calle, cuando entró mi dichosa mujercita, paso entre paso, y quejándose amargamente de los callos.—¿Es

posible, hija mia, le dije cariñosamente, que me tengas hasta esta hora sin comer? ¿Por qué te has demorado tanto?—¡Jesus, qué fastidioso está usted! me contestó, dándome un torcido y levantándome la voz. ¡Pues no faltaba mas, sino que una se había de estar todo el dia pudriéndose en su casa! ¡Por un momento que una sale, tanta canteleta! ¡Pues yo no sé como se mete usted conmigo conociendo mi genio!—Nada de eso viene al caso, hija. Calla, por Dios, que no tengo el humor para pelear. Vamos á comer, y dejémosnos de simplezas.—Coma usted solo, yo no tengo gana.—Toma alguna cosa, niña, le dijo una de sus amigas, que entró con ella. ¿Nó ves que estás en ayunas, y te puede dar fatiga?—Déjame: no me digas nada que tengo el estómago muy revuelto: contestó mi mujer sentándose en el sofá.—Bien te decia yo que no fuéramos á ver los fusilados.—¿Y has tenido valor, mujer de Dios, repuse yo, de presenciar un espectáculo de esa naturaleza?—¿Qué juicio se podrá formar de una persona que se recrea en las desgracias de sus semejantes?—Nó, no es eso lo que me tiene enferma, sino la cicateria de usted.—¡Mi cicateria! ¿En qué te falto yo?—En todo: si señor, en todo. Ya estamos á mediados de Febrero, y todavía no me há tomado usted rancho en Chorrillos, sabiendo la falta que me hacen á mi los baños. ¡Ya se vé! ¿qué le importa á usted que yo me muera? ¡mejor! se casará usted con otra. Pero un demonio le aguantará á usted nadie lo que yo le aguanto.—Pero ven acá, hija mia ¿de dónde quieres que hagamos esos gastos? ¡Sabe Dios como nos vemos para comer!—¡Ya empiezan las lamentaciones! Nada saca usted con eso. ¡Al Chorrillo! ¡al Chorrillo! ó habrá aquí una de todos los diablos. Ahora mismo vaya usted á hacer las diligencias.

Y me agarró, diciendo esto, por un brazo, tirándome con todas sus fuerzas para que me levantase. Yo me enojé; alzé la voz; é hice mil tentativas, tanto por bien cuanto por mal, para disuadirla de su intento: todo en vano, porque, á medida que yo hablaba recio, ella gritaba, maldecia, lloraba; y en fin llegó la cosa á tal extremo que se abalanzó sobre mi como una furia con el objeto de arañarme; mas viendo que no pudo lograr sus miras, porque yo la contuve por el brazo, tiró entónces del mantel por una punta y echó á tierra los platos y la comida, que ya estaba sobre la mesa. Luego se tiró sobre un sofá, le dió la pataleta, y empezó á repartir trompadas y puntapies á cuantos se le aproximaban. Los criados corrian de aquí para allí, trayendo agua, espíritus, y que sé yó. Las camaradas la agarraban, una del dedo índice, otra de los pies, otra de la cintura; y todas le acudian con remedios, y todas me maldecian; y todas daban órdenes á los criados; porque debo advertir que mi casa es como cierto país del mundo, en donde todos mandan ménos sus dueños. Por último, la cosa vino á parar en lo que para siempre; en que yo solicitase la paz, y en que ella me la concediese bajo condicion *sine qua non* de llevarla esta semana á los Chorrillos.

¿Qué hombre tan sinvergüenza! dirán algunos que lean este articulo, y de quienes, tal vez, harán cera y pabilo sus mujeres. ¡Qué buen marido! ¡me vendría de perilla! exclamarán, dando un suspiro, aquellas de mis paisanitas que aun no han atrapado uno de tantos. ¡De esto no hay en este tiempo! Qué hombre tan de bien! Qué prudente! ¡Qué cristiano! así dirán, poniendo la cara triste, las á que há tocado en suerte uno que no aguante pulgas. En fin, dirán cuanto les dé la gana y harán muy bien; y como yo no les hé de tapar la boca, pueden estar charlando hasta la conclusion de la guerra; á bien que no soy yo solo del que se habla en este mundo, ni el que sufre el que se le diga hasta *zamba canuta*; porque hay hombres, y aun hay naciones, que aguantan esto y mucho mas. Por otra parte el fin de toda guerra, como dijo el otro, es hacer la paz; y nada sacaría yo con batir en brecha á mi mujer, si al fin y al cabo tendria que capitular con ella.

Vivamos en paz y en as
con todo vicho viviente;
aunque venga Barrabas,
y nos sople un fierro ardiente
por delante y por detrás.

LOS GOZOS.

GRACIAS *á Dios que soy muy libre y muy dueña de mi voluntad!* así le dice cierta paisanita mia á su marido siempre que se enoja con él, recalcando con afectacion cada palabra, y alargando tanto cada sílaba como se le alargan al Perú sus desventuras; y aunque no sé cómo haga mi paisana cuanto quiera (á ménos que no sea muy voluntariosa, ó su marido muy paciente ó muy simplon) me aprovecho sin embargo de su dicho y se lo chanto yo tambien á mis lectores: esto se entiende, por si acaso se ha atufado alguno de ellos con la aparicion tardía del COMETA. Y como ni soy casado, gracias á Dios, ni tengo otro compromiso con el público que molestarle la atencion cuando me place, puedo repetirlo á boca llena sin que nadie me pida cuentas del cómo, cuando, ni por qué. Esto sentado pasemos al asunto.

Tres dias hacia, el Mártes Santo por la tarde, que mi sirviente Bartolo no habia parecido en casa para nada. En vano anduve en busca suya todo Lima: en vano recorrí todos los cuarteles preguntando por él: nadie me dió la menor noticia de su persona; bien que á estos sitios no se me dejó penetrar nunca, ni se me dió otra contestacion por los centinelas, ó por los que no eran centinelas, que —Atrás! —Nadie entra. —Fuera ese paisano! —Darle un culatazo—ú otras palabras mas ó ménos descorteses, acompañadas casi siempre de ademanes amenazantes y despreciativos. Y ¡quién lo creyera! hasta en el de cívicos se me trató del mismo modo; porque parece que basta ponerse la casaca, aunque sea en bufonada, para no guardar consideracion á alma viviente.

Perdido habia ya las esperanzas de encontrar á mi sirviente, lo que á decir verdad me apesadumbraba demasiado, porque como he dicho otras veces me tiene aprecio y sirve con fidelidad (cualidades poco comunes en la gente de su especie, y en estos tiempos hasta en la que no es de su especie) cuando se me apareció, á las oraciones del mismo dia, todo sucio y demudado, y con la cara tan chupada como la que vive de montepio. —¿De dónde diablos pareces ahora, hombre? le dije mirándolo de arriba á abajo. ¿Qué te has hecho todos estos dias que me has tenido con cuidado? Pues de estas pocas, amiguito, porque otra vez que te suceda puedes ir á buscar madre que te envuelva. Tras que uno anda como Dios quiere todavia me has de traer tú tambien al retortero. —No me diga usted nada, señor, me interrumpió Bartolo algo enojado; no me diga usted nada, por la Vírgen, que soy capaz de renegar hasta de la madre que me parió. ¡Si lo que aquí se vé no se vé en ninguna parte! y luego nos saldrán con que se respeta *esto* y *el otro*, y que no fué *ño este* sino *ño aquel*, quien hizo el daño, y con.................. ¿qué sé yo qué mas? pero no será á Bartolo al que engañen con paparruchas, no por cierto. —¿Qué estás diciendo ahí, hombre, que no te entiendo una paladra? —Déjeme usted, señor, déjeme usted, que Dios me entiende y yo me entiendo; y sobre todo algun consuelo le ha de quedar al que pierde. —Pero vamos al negocio ¿dónde has estado tantos dias? responde. —¿Dónde hé estado? en el cuartel. —¡En el cuartel! —Si señor. —¿Y qué fuiste á hacer en el cuartel? —Yo no fuí, señor, sino que *me fueron.* —¿Acáso te tomó la *leva?* hombre. —Si señor; y no ha sido lo peer eso, sino que entre la hambre y las pulgas me han hecho *charqui* todo el cuerpo. —Seguramente que has hecho alguna de las tuyas, porque no puede ser que teniendo tu boleto.............. —Qué boleto ni qué chanfaina, señor! asi han hecho caso las levas de los boletos, de las firmas, de las *requetefirmas*, de los jefes que los firman y de los que los refirman, como yo de ño Ballivian y su comparsa. Si, váyase usted á confiar en los boletos y verá como le vá. —Eso es imposible, hombre, no lo puedo creer por mas que me lo digan. ¿Así no mas se habian de infrinjir y atropellar las órdenes supremas? Es imposible, lo repito; ni el gobierno puede consentir semejante escándalo. —¿Sabe usted de lo que me está dando gana, señor? —¿De qué, hombre? —De reirme á carcajadas en sus barbas. —Eso era lo que faltaba. —Pero si tiene usted unas cosas, señor............... vaya, no parece sino que acaba usted de llegar de Chachapoyas. —Doblemos esta hoja, hombre, que yo no puedo faltarle al respeto á la autoridad, ni permitir que nadie se lo falte en mi presencia. —Eso es, señor, eso es, asi me gusta; no puede usted negar que es del tiempo antiguo. —Sea lo que fuere, eso no es de tu resorte. Vaya, cuéntame cómo te agarraron y de qué modo te pudiste escapar. —¿Sabe usted cómo me agarraron? así como agarran á todo el mundo; dándome unos cuantos cintarazos, por pronta providencia, y metiéndo-

me en el centro. Y ¿sabe usted cómo salı? de la misma manera que salen todos......... por la puerta. —Terminante contestacion; pero maldito si la he entendido. —Pues quédese usted con su curiosidad que bastante claro me he esplicado. —¿Y en qué sitio te echaron el guante? —En la plazuela del Baratillo, viendo la procesion del Señor del Borriquito. —¡Qué tal! Y dime ¿es verdad que tomaron tambien allí á todos los penitentes? —Toma, si es verdad, y no podian haber hecho cosa mejor; porque, con la alcahueteria de pedir para *Nuestramo*, los tales penitentes no son sino unos ganzos. —Todo eso puede ser; pero hay ciertas preocupaciones, Bartolo, que no se pueden atacar de frente, y que es preciso respetar por mas absurdas que parezcan; ni es tampoco el modo de destruirlas usando de violencia, mucho ménos por quien no tiene semejante autoridad. —Bien, señor; pero no le parece á usted que seria muy bonita una banda de cornetas con esos cucuruchos, con esas anditas, con esos pañuelos de tul, y con esas patas sucias, y con............ ¡Si me parece que la estoy viendo! Lo que se puede sentir es que los soltaron á casi todos. —¿Los soltaron? —Si, señor. —Pero no por esto habrá dejado este acontecimiento de dañar alguna reputacion, y tal vez la que yo ménos querria que se tildase. —¡Qué sé yo! lo que hay de particular es, que toda la noche no me dejaron dormir los malditos con sus rezos, ó con su hipocresia. —¡Hola! ¿con que se la llevaron rezando toda la noche? ¿Y qué rezaban, hombre? —Tantas oraciones que no me acuerdo ahora de ninguna; lo único que hé podido retener en la memoria, porque eran muy bonitos, son los gozos del trisagio. —¿Y qué? tú no los sabias? —Si no son los mismos que reza todo el mundo, señor, sino así medio primos. Ya se vé, cada uno tiene su modito de matar pulgas. ¿Quiére usted que se los repita? mire usted que son muy lindos y que le han de gustar mucho. —Vamos á ver. ¡Qué disparates irás á echar por esa boca! —Pero oiga usted, señor, es preciso que hagamos cuenta que estamos rezando de veras para darles todo el tono. Yo diré los versos y usted me contestará. —Bien, despacha pronto y sea como te dé la gana. —Pues, señor, vamos allá. Diciendo esto tomó Bartolo una silleta, se sentó á mi lado, se quitó el sombrero, lo puso en el suelo delante de él, y echándose para atrás con grave reposo y magisterio comenzó así:

Gózate, hombre de bondad,
en tu estremada paciencia,
y de que por tu clemencia
se alborota la ciudad.
Por esta benignidad
en cáustico y ronco can......to.

Luego que acabó Bartolo este último verso contesté yo, por supuesto—Angeles y Serafines dicen Santo, Santo y Santo—pero, notándolo él, me replicó con viveza. —Asi no, señor, asi no decian ellos. —¿Entónces cómo decian, hombre? —En lugar de Angeles y Serafines *Tus paisanos y paisanas* —¿Y á quién demontres se dirijen estos gozos, hombre? —Qué sé yo, señor? pero así decian ellos y no hay mas que seguir la rutina: á lo empleado, señor, la rutina, y vamos andando. —Prosigue, hombre, prosigue que ya estoy advertido. En efecto, prosiguió Bartolo de esta suerte.

¡Oh suma arbitrariedad,
bien por la fuerza creado,
y en tu pais ejercitado
por exeso de bondad!
Pues en tal calamidad
toleras ó ignoras tan.........to.

Tus paisanos y paisanas
Dicen Santo, santo, santo.

Gózate; pues tu cordura
por ser tan esclarecida,
á ciertos hombres convida

á hacer de la ley basura.
Por eso al ver tu dulzura,
con mundano horror y espau..............to.

Tus paisanos etc.

Aunque eres tan poderoso,
que puedes usar rigor,
con el jefe y el tambor
prefieres ser bondadoso;
y ¿por qué te haces odioso
por culpa ajena entretan...........to.

Tus paisanos etc.

Gózate, pues, al saber
que á tu vista se hace el mal,
y que la voz jeneral
te exculpa á mas no poder.
Llegando esto á conocer
con frac, con poncho y con man....to.

Tus paisanos etc.

Aunque es poca nuestra fé
se burla sin son ni ton,
creyendo que la opinion
ni oye, ni siente, ni vé.
Y pues sabemos por qué
se nos trata así entre.........tanto.

Tus paisanos etc.

Confiada nuestra esperanza
en promesas de rutina,
para el cuartel se encamina
con segura confianza:
y entre tanto que uno avanza
hácia el golfo de Lepan.........to.

Tus paisanos etc.

Tu estraña serenidad
nuestro corazon inflama;
así es que se hace tu fama
de gran longaminidad.
Amad pues, hombres, amad
á quien porque sufre tan.........to.

Tus paisanos etc.

Sea, pues, nuestro consuelo,
que de tanta algarabia
nos libraremos el dia
que estemos allá en el cielo:
mientras, con ferviente anhelo
en tu loor, ó tu quebran.........to.

Tus paisanos etc.

¡Qué tal! ¿Qué le parecen á usted los gozos, señor? —Mira, hombre, si he de decirte lo que siento, no hé oido nunca cosa mas disparatada. —Asi será pues, señor. Ya se vé........, usted lo entiende..,...... pero oiga usted, señor; no es estraño que unos brutos, como son los penitentes, digan esos disparates, cuando otros que no hacen penitencia, ni se tapan la cara como ellos, ni quieren ser brutos tampoco, dicen y hacen disparate sobre disparate. —Acabando de espresarse de este modo se salió Bartolo de mi cuarto, dejándome, como quien dice, con la palabra en la boca,

---

LA PAZ POR EL NORTE.

HOLA! señor don Serafin, ¡cuanto gusto tengo de ver á usted! ¡qué perdido está usted! qué es de esa buena vida?—Aquí la tiene usted á su disposicion, señor editor.—Muchísimas gracias. Vamos, tome usted asiento, y dígame cual ha sido el motivo de una ausencia tan larga, pues hace muchos dias que no le veo la cara.—He estado en el Callao dándome unos baños de mar, que me recetó el doctor Solari, á causa de un fuerte reumatismo que me atacó á las piernas á mediados de Febrero, de resultas del maldito juego de carnaval.—Hombre ¡cuanto lo siento! y ¿cómo le ha ido á usted con ellos?—Muy mal—¿Es posible?—Si señor, muy mal; y no solamente en lo respectivo á la salud, sino tambien en lo demas—Espliquese usted que no lo entiendo—Pues quiero decir que en la parte económica tampoco ha ido muy bien, porque se ha gastado mas de lo que se pensaba—De suerte, que se puede decir con propiedad que usted ha hecho un *viaje á la China*?—Ciertamente, porque despues de mil afanes y molestias que me ha causado el tal viaje, he sacado tanto en una mano como e nla otra, y me vuelvo á Lima con los mismos dolores que llevé—Vamos; que ya no es el señor Ministro Leon el único que hace *viajes á la China*. Mal de muchos consuelo de tontos como dicen—Y qué! ¿tambien el señor Leon se fue á dar baños de mar?—No, señor; pero parece que se los hubiera dado efectivamente, segun lo *fresco* que ha venido de su expedicion—¿Y á dónde fué esa expedicion?—Pero, hombre, ¿qué usted no vive en Lima, que ignora cuanto pasa entre nosotros? ¿nó sabe usted que fué á Quito de enviado extraordinaria?—No señor, no lo sé; porque á decir verdad, desde que estoy enfermo no me *curo* en lo absoluto de las cosas politicas, por curarme solamente de mis males y mi persona, qus son los que me interesan con inmediacion, y á los que estoy resuelto á atender con preferencia á todo lo demas—Hace usted muy bien, mi amigo, que en este tiempo el que no hace otro tanto es un tonto—Y no me dirá usted con qué objeto hizo ese viaje á Quito—Dizque fué con el objeto de hacer las paces con aquel gobierno; pero, por lo visto, parece que todo el tiempo se le fué en conversar y en escribir, y que por último se vino dejando á todos esos señores en paz, con lo cual cree seguramente que ha cumplido su mision.—Pero es menester que usted advierta, señor editor, que entre el viaje del señor Leon y el mio hay una diferencia muy notable, por la cual me atrevo á asegurar á usted que él no ha ido tan á la China como yo; y *alli se las den todas*.—¿Cuál es esa diferencia?—Esa diferencia es, que yo he hecho mi viaje á costa de mi dinero; y cuidado, que como ya he dicho antes me ha salido bien caro; miéntras que á él le han pasado en el suyo el sueldo de todo un señor Ministro Plenipotenciario, con mas los gastos de ida y vuelta, lo cual le ha producido precisamente una ganancia efectiva—Es verdad, amigo; pero como ha de ser! usted no es Ministro; cuando lo sea usted, disfrutará tambien de todas las regalias concedidas á los Ministros—Y le parece a usted que yo podría ser Ministro alguna vez?—Y porque no? Procure usted estudiar algo de lo que se necesita saber para ser Ministro, que, andando el tiempo, podria suceder muy bien que se colocase usted en una vacante como tantos otros—Y qué es lo que se necesita saber, en suma, para eso?—Qué sé yo ¡hombre! ¡válgame Dios! y qué lego que está usted! ya voy viendo que no podrá usted ser Ministro jamás—Y dígame usted ¿seria yo el primer lego que se trasformase en este caso en Padre provincial? ¿aún cuando no llegase á ser Ministro, no podria siquiera llegar á ser Cónsul ó Encargado de Negocios? ¿Nó

se ven por ahí algunos Cónsules y Encargados de Negocios tan lelos como yo, y que sin embargo, desempeñan las funciones de tales sin que se les excluya del *cuadro de disponibilidad* diplomática de las naciones?—Tambien dice usted bien, y en ese supuesto le aconsejo que no pierda la esperanza. Pero vamos, que ya parece que el mismo deseo de figurar le vá como inspirando á usted los conocimientos y el lenguaje acostumbrado entre algunos de esos personajes—Hágame usted el favor de no hacerme zumba, señor editor, y hablemos de otra cosa. A propósito de la paz, quisiera que usted me dijera categóricamente si cree de buena fé, ó no, que podremos tenerla alguna vez—Hombre, sobre ese particular no se qué le diga á usted, por que, así se han de salvar nuestros abogados y escribanos, como yo creo que hemos de tener paces jamás—¿Y por qué?—Por mil razones que saben y conocen muy bien hasta los niños de escuela—Pero, hombre, yo no veo qué razones puedan ser esas.........—Ni yo extraño que tenga usted la vista tan corta cuando el señor gobernador Rocafuerte y demas autoridades de Guayaquil la tienen en tanto extremo, que no alcanzan á distinguir, desde el malecon y á la mitad del dia, las expediciones que se embarcan allí para nuestras costas. Este es uno de los grandes adelantos que debe la especie humana á la civilizacion moderna. Observe usted que todos los hombres de córte, todos los que visten elegantemente, es decir á la *dernier façon*, todos los que han viajado por Europa, y en una palabra todos los hombres del siglo XX tienen la vista corta y necesitan anteojos, aun para los objetos mas abultádos y ponderosos, como son, *cajones de fusiles y de pólvora, lanchas y hombres desalmados ó con el alma á las espaldas*, que todo es uno. Sabe usted lo que yo estoy pensando acá para mí, que ha de suceder muy pronto, y Dios quiera que sea mal pronóstico? que miéntras aquí se nos vá el tiempo en conversaciones, en discusiones y en contestaciones con el señor Daste (porque es menester que usted advierta, por si tampoco lo sabe, que el gobierno del Ecuador ha mandado tambien á su vez otro Ministro cerca del nuestro con el mismo objeto que llevó para allá el señor Leon) se nos han de meter algunos batallones en las provincias de Jaen y Maynas, que pasaran sin duda por junto al señor Rocafuerte, dándole, si posible es, con los codos en las narices, sin que no obstante, alcance siquiera á olerlos, ni pueda dar razon una ni ninguna de ellos; y que aunque todo el mundo se venga abajo en Guayaquil, y Guayaquil todo entero dé una vuelta, y el *Ecuador* se pase al trópico de Capricornio, y el trópico se llene de tropas del General Flores, que vengan *floreando* por ahí á diestro y siniestro, como lo tienen por *flor*, y sucedan otras mil lindezas por este estilo, hemos de ver a este bendito señor siempre sereno, inalterable, é impasible como una *roca fuerte* en medio de los mares, que no se mueve ni se conmueve al embate de las encrespadas olas, y luego si le preguntan, si ha visto pasar por allí algun ejército en direccion al Perú, contestará como San Francisco de Paula, metiéndose las manos en las mangas ó en otra parte si le dá la gana, «por aquí no há pasado». Despues de sucedido todo esto, averigue usted como fué, y como no fué, y vuelva usted por aquí, y corra usted por allá, y prepárese la division tal ó la division cual para ir á *enderezar* este *tuerto* ó á *desfacer* este *agravio:* proclamas á la nacion, al ejército del Norte, y á los Departamentos ó Provincias invadidas! invóquense luego la Constitucion, las leyes, y el patriotismo de los ciudadanos, y en seguida el derecho internacional, y la fé de los tratados que están por concluirse ó ratificarse: salgan artículos en el diario ministerial contra el gobierno y ejército invasor—Son ustedes unos tales, son ustedes unos cuales, unos bárbaros, unos salvajes, unos caribes! los derechos de la justicia, de la razon y de la humanidad han sido violados con escándalo &. &. &., y entre tanto, las provincias mencionadas quedarán ocupadas por el invasor ó mejor dicho por, conquistador, y......buenas noches. ¿Qué le parece á usted, mi señor don Serafin? Mis conjeturas son fundadas y razonables, ó no lo son?—Yo estoy por creer que si, porque hé visto tantas y tantas cosas en este pais, desde nuestra independencia acá, que no será extraño que suceda todo lo que usted predice—Vamos á ver si le agrada á usted el siguiente versecito que me há ocurrido ahora de pronto:

Miéntras nuestros ministros se entretienen
en largas y menudas discusiones,
apuesto yo que entrándosenos vienen
por el norte unos cuantos batallones;
ya verémos entónces si convienen
en escuchar inútiles razones,

y si es muy fácil arrancar la presa
á aquel que la tomó con tal destreza.

—Yo no entiendo mucho de versos como usted sabe, y así no puedo decir nada sobre el mérito ó demérito de estos; pero sí, me atrevo á asegurar, que encierran una verdad que no admite disputa. Bueno sería, pues, que el gobierno no se descuidase con esos caballeros, y que sin perjuicio de los tratados ó estipulaciones que pudieran hacerse con el Ministro Daste, se mandase al Norte un número de tropas suficientes para defender los puntos amenazados—Esto mismo es lo que yo tambien desearía; pero como quiera que no há de hacerse así, será bueno doblar esta hoja.

LAS CALLES DE LIMA.

Nadie puede dudar que las calles desde la mas remota antigüedad han sido hechas para el desahogo, para la comodidad y para la distraccion y entretenimiento de los vecinos de las poblaciones. Esta es una verdad que está fuera de toda discusion ó controversia. Quizá nadie haya escrito una palabra sobre ella, y no obstante, puede decirse con toda seguridad, que es una cosa *pasada ya en autoridad de cosa juzgada.* Sin las calles ¡Dios mío! ¿qué espectáculo, qué diversiones podrían verse jamás? qué reuniones, qué concurrencias públicas, qué paseos, ni qué procesiones? Todo el mundo viviría aislado, triste, melancólico, abandonado á si mismo en medio de una soledad insípida, fastidiosa, abominable. Los hombres.........¡Oh! los hombres se moririan sin remedio en cuatro dias; porque, acostumbrados como están á una locomocion continuada, y á esa actividad de que tanto necesitan, por su propia naturaleza se irían consumiendo lentamente, en fuerza del disgusto que trae consigo una vida tranquila y sedentaria. El bello sexo, reducido á ocultar sus gracias y sus primores entre las paredes estrechas de un recinto, perderia todo su influjo, toda esa fuerza májica con que sabe encadenar los corazenes.........No existiría la sociedad; no habría encantos, no habría atractivos de ninguna especie para los individuos; y una disociacion completa é inevitable sería tal vez el resultado.........¡Ah! ¡qué cuadro tan triste, tan desconsolador, tan aflictivo! Apartemos la vista de él, y demos gracias á Dios de que tenemos calles en Lima, para pasearnos y para gozar de ellas; y no como quiera sino que son unas calles que convidan á pasear al hombre mas recoleto; porque son tantas las *comodidades* y las conveniencias que presentan á los transeuntes, que me temo que los afanes y desvelos que la Policía se toma á este respecto han de venir á causarle una pulmonia, de aquellas que suelen dar al traste con la vida, y aun con los trastes del que la padece. ¡Qué lisonjera perspectiva se deja ver por todas partes! ¡Cuanto gusto, cuanta satisfaccion en los semblantes de los que van y vienen! Por allá vá un pisaverde almivarado perfumando la atmósfera con sus esencias, y un negro enorme, con una batea de manteca en la cabeza, acaba de disputarle la acera y mancharle el sombrero de castor de *Waterproof.* Mas adelante una señorita que iba distraida, con la vista fija en su amante que pasaba al mismo tiempo por el frente y en direccion contraria, recibió un encontron casual de la mula de un repartidor de pan que caminaba á toda prisa, y que dándole con los capachos de lleno sobre las posaderas, que segun lo visto le costaban su dinero, se las derribó en el suelo sin ceremonia, De este otro lado se advierte, á la puerta de una tienda oscura una, gran paila de chicharrones puesta sobre tres ladrillos á guisa de fogon, y ocupando con su volúmen media calle, y llenando de humo y ceniza la otra media; de modo que para pasar por allí es menester tomar la vereda opuesta, y contener el resuello por algunos minutos. Al torcer por la calle de la izquierda, un pobre anciano, cuya vista no era de las mas perspicaces, se há sacado un ojo con la caña de un toldo que tiene puesto allí una frutera para que no se le asoleen las naranjas, y que se sale mas de dos varas hácia fuera; y al huir el cuerpo hácia atras, en fuerza del dolor, puso por desgracia un pié sobre algunas cáscaras de plátano, que sin duda un maldito muchacho debió dejar allí re-

gadas por el suelo despues de comerse la fruta, y fué rodando inevitablemente hasta dar con las narices sobre las de un perro jigantesco que yacia dormido allí cerca, y quien, en cambio de este inesperado cumplimiento, le devolvió un par de mordizcones que casi, casi lo dejan desnarigado. Mire usted, señor lector, á aquella madamisela que vá por el extremo de la derecha ¿no parece que fuera bailando un paspié? pero no crea usted sino que ese es efecto del delicioso enlozado de nuestras calles, que convida á bailar. En donde podría encontrarse un piso mas cómodo, mas agradable? ¡Ah! esos malditos franceses que se han apoderado, sin saber como, de toda la calle de Mercaderes, y nos han *descompuesto* las veredas, sin mas motivo que por ese espíritu de novedad y de reforma, que es el móvil de todas sus acciones!.........¡qué gente! Y luego admita usted franceses aquí.........¡Hola! Por aquel balcon verde de celosias á la antigua, acaban de botar á lo ménos cuatro azumbres de una agua de varios colores, grasienta y mefítica, que ha bañado de pies á cabeza á un mozalvete que pasaba á la sazon, y que vá jurando y maldiciendo como un carretero. ¡Válgame Dios! y qué hermosa laguna tenemos en aquella calle de mas allá! ¿Quién pasa por ahí? Nadie: es menester, cuando ménos, rodear dos ó tres cuadras; cosa que, por cierto, cuesta muy poco, y mucho mas al que tenga algunos callos. ¿Y habrá con todo esto quien asegure que las calles de Lima no son cómodas y agradables; y que no son un manantial perenne de placeres, de satisfacciones y de contento para los que las transitan?.

LA SEÑORA Y LOS BORRICOS.

Pues sí, señor lector, que tambien yo soy hombre de visitas, y no como quiera, sino que me vienen á ver personas de categoría y de importancia, y particularmente desde que soy editor. Por si acaso lo duda usted, tenga la bondad de escuchar el siguiente diálogo—Dios guarde á usted, señor editor—Para servir á usted, mi señora; pase usted adelante, y tome asiento—Muchísimas gracias—¿Qué se le ofrecía á usted?—Vengo á comunicar á usted un asunto que quisiera que se publicase en su "Cometa"—Con mucho gusto, mi señora: diga usted—Es el caso, señor editor, que hace sobre cinco ó seis meses que tiene mi esposo un expediente en el ministerio de.........Es de advertir que el tal expediente es de una naturaleza *ejecutiva*, y no obstante, no ha sido posible conseguir su despacho hasta ahora, á pesar de los innumerables pasos que él y yo hemos dado al efecto—¡Válgame Dios! ¡qué trabajo! ¿pero qué remediamos con publicar eso, mi señora?—Que quizá de este modo, señor, llegue á oidos del gobierno, y ponga algun remedio en ello, porque ya no sè de qué santo valerme para la conclusion de este asunto. Mi esposo, cansado de esperarlo inútilmente, y obligado por algunas ocurrencias graves á ausentarse de Lima, lo dejó encomendado á mi cuidado, y no puede usted figurarse todo lo que he pasado, y todo lo que he sufrido con este motivo. Mil vejámenes, mil molestias, señor editor, de que no tiene usted una idea; y sin haber podido, no obstante, avanzar un solo paso en el asunto—Pero ¿cómo es posible eso, señora? seguramente que la justicia no estará de parte de su esposo de usted—Nada de eso, señor; su solicitud es justísima, y las razones en que se apoya tan claras y luminosas como el dia—Entónces es bien extraño que no haya usted conseguido hasta ahora.........—Bien extraño es por cierto, y para que acabe usted de informarse de lo que me pasa, voy á hacer á usted una relacion un poco circunstanciada de todo.

El primer dia que ocurrí al ministerio, se me presentó delante, casi á los umbrales mismos de la puerta, un anciano, que no sé quien es, con una cara de vinagre, y una figura bastante rara, impidiéndome el paso, y diciéndome que su señoría había dado órden aquel dia de que no entrara nadie—Señora, ese anciano hace allí el mismo papel que hacia el cancervero en la puerta del infierno: es decir, estar de custodio en ella, y no permitir la entrada á aquellos que, segun las órdenes ministeriales, no deban entrar; que, acá en nuestro diccionario, significa todos los que no lleven *conveniencia*—¡Hola! muy bien. Pues, señor, al dia siguiente me aseguró el mismo anciano que una

indisposicion de estómago imposibilitaba al señor ministro, para el despacho; al tercero me dijo que estaba en *acuerdo*; el cuarto era feriado; el quinto no lo era de despacho en ese ministerio; en el sexto estaba su señoría de correo; el sétimo, segun se me hizo entender, estaba trabajando en la calle, cosa que no dejó de alegrarme bastante; pues, no pudiendo concebir que un señor ministro tuviera jamas *cosa alguna que trabajar en la calle*, me figuré, que quizá se hubiese propuesto hacer componer el maldito enlozado, que ya no puedo tolerar, pues me tiene los piés desollados; al octavo solo encontré al portero (cancervero como usted dice) dando cabezadas sobre una banca, y no mas que dos oficinistas en todo el ministerio, de los cuales, el uno estaba haciendo unos garabatos sobre un papel, y el otro sentado sobre un sillon fumando un enorme cigarro habano. Pregunté por el señor ministro, y me contestó uno de aquellos que no había ido aun su señoría, y que volviese mas tarde si quería.

Cansada de tantos viajes inútiles, no quise volver hasta una semana despues; pero entónces me encontré con que se había ido al Callao. Pasados algunos dias mas, volví igualmente sin fruto alguno: y para abreviar el cuento diré á usted que ya habían transcurrido como dos meses, cuando un dia, en que por una fortuna conseguí ver al señor ministro por la calle, me salió diciendo que lo viese en el ministerio, porque no se acordaba de tal expediente. Lo ví en el ministerio, despues de haber hecho una antesala de mas de tres horas, y lo que saqué en limpio fué que estaba aun por sustanciarse—Ya se vé, señora; no se podría *sustanciar* el expediente hasta no haber *des-sustanciado* la paciencia al interesado—Preguntéle entónces cuando podria estar despachado, y me contestó que muy pronto, pues que solo faltaban algunos de los trámites de estilo, los que se me haría el favor de abreviar en parte, por ser el asunto de *preferencia*. Los tales trámites abreviados se redujeron á cinco vistas fiscales, nueve informes, catorce declaraciones, ocho tomas de razon, diez y siete consultas, y veintitres dictámenes, todo lo cual apénas pudo concluirse en el espacio de tres meses más; y esto mediante doscientas vueltas que he dado aquí y allí; pues tan pronto se hallaba el expediente en esta oficina, como en la otra; tan pronto en aquella, como en la de mas allá. Ahora bien, señor editor, despues de todo lo referido, cualquiera creería que el asunto era concluido, pero no es así; pues hace un mes que se me exijió nuevamente presentase otro escrito, alegando los motivos porque debía considerarse de preferencia mi expediente, y despacharse sin demora, porque sin este paso no podría conseguirlo jamas. Presenté en efecto el escrito, y tuvo que pasar por los mismos trámites. *Vista al Fiscal. Informen los administradores del Tesoro. Pase al Tribunal del Consulado. Tómese razon. Devuélvase al interesado. Archiveee. Remítase. Oigase el dictámen de tal ó cual autoridad;* y otros mil decretos, resoluciones ó providencias, que corresponden á los expedientes *ejecutivos*; pero tampoco produjo resultado alguno favorable, encontrándose siempre lo esencial del asunto en el mismo estado que al principio. Exijióseme otro escrito más, ahora seis dias, cuyo objeto en suma no era otro que pedir al ministerio volviese á *mandar ó resolver* lo que ya había *mandado ó resuelto* repetidas veces; ó en otras palabras, que *ordenase* el cumplimiento de lo que ya tenía *ordenado* se hiciera por tal ó cual oficina: porque debe usted saber, señor editor, que entre nosotros, las autoridades subalternas no obedecen á las superiores, sino cuando y como les conviene á unas y otras; y que en los mas de los casos no valen órdenes, ni decretos, ni providencias de ninguna especie, aún cuando tengan doscientas firmas, porque solo se expiden (por lo que veo,) por ceremonia ó pasatiempo. Digo, pues, que se me exijió un nuevo escrito con el objeto qae llevo indicado, el mismo que despues de cinco dias de demora me se ha perdido sin saber cómo; pues, yendo hoy á recojerlo, no he encontrado quien me dé razon de él. El oficial de partes me dice que está en el ministerio; el ministerio que está en la prefectura; la prefectura, que debe haber vuelto al ministerio; y el ministerio, en fin, que debe haber pasado á la mesa de partes. De suerte, señor editor, que no puede usted figurarse lo aburrida y desesperada que estoy. Todas mis esperanzas y las de mi pobre familia, que se hallaban cifradas en el buen resultado de este asunto, se han desvanecido como el humo.

Aquí enmudeció la pobre señora por algun rato, quedándose como en un estasis profundo, con los ojos fijos en el suelo. Las lágrimas inundaban sus mejillas, como nuestro ejército se ha inundado de oficiales, y de vez en cuando se le escapaban algunos ayes tan sentidos, que me daban a conocer suficientemente lo aflictivo y desconsolador de su situacion. Pasados algunos minutos se enjugó las lágrimas, y recobrando su serenidad y compostura continuó.

Señor editor, si usted me hiciera el favor de publicar toda esta relacion, tal como yo se la acabo de hacer, se lo agradecería mucho—Yo no quisiera decir á usted que sí, mi señora, porque la relacion podría traerme algun compromiso.........—Pero, señor, dígame usted ¿nó hay libertad de imprenta?—Si señora—Pues, bien! ¿por qué no he de publicar yo cuanto me dé la gana, y mucho más cuando en todo lo que llevo dicho no hay ataque alguno que pueda llamarse personal, y cuando no me queda otro medio de hacer que mis quejas lleguen á oídos de quien puede remediarlas?—Tambien dice usted bien en eso. Yo veré forma de dar un lugarcito á la tal relacion. No tenga usted cuidado,

Así se lo ofrecí desde luego, al verla tan aflijida; pero á decir verdad, amado lector mio, no me atrevo á hacerlo, tanto porque no creo una palabra de cuanto me ha dicho, pues estoy muy seguro de que los señores ministros y demás empleados, todos saben cumplir con sus obligaciones y atender al público como corresponde, como porque no quisiera tener molestias por asuntos ajenos, y mucho ménos por meterme á publicar relaciones de señoras que no me van ni me vienen; y así le encargo á usted que esto no salga de entre los dos.

Terminada que fué nuestra conversacion, se despedía la señora de mí para retirarse á su casa; pero yo que me pico de hombre muy cortés, y que sé que tiene un par de hijas muy lindas y donosas, y con mas preteendientes que las islas del guano, me brindé á acompañarla, y lo hice en efecto.

No bien habíamos andado media cuadra, cuando sentimos á nuestra retaguardia un ruido como de un cuerpo de caballería cuando vá en paso de ataque. Vuelvo la vista y veo una numerosa recua de burros cargados de tierra, que venían como volando por entre una nube espesísima de polvo que apénas dejaba divisarles las orejas. Por desgracia nuestra, la cuadra en que nos encontramos presentaba muy pocos lugares de asilo para una tormenta semejante. Lo primero que me ocurrió en este aprieto, fué el echar á correr, y así lo habría hecho sin duda, á estar solo; pero acompañado de una señora me parecía muy ridículo. Paréme pues de costado con ella con las espaldas hácia la pared, á ver si de este modo podíamos salvarnos ambos; pero los malditos borricos, que tanto se les daba de nosotros, como se le dá á don Aquiles Allier de que la máquina de la Moneda ande ó no ande, en toda su vida, pasaron por sobre nosotros con tal velocidad, agrupándose como de intento unos con otros por ese lado, que dando el mas inmediato de ellos un encontron violento contra la señora, y no pudiendo yo sostenerla por mi parte, por ser de una gordura exesiva, fuimos á dar al suelo; tocándome á mi por desgracia el quedar debajo de ella. El peso de su cuerpo, que era enorme, oprimió el mio de tal modo que, faltándome la respiracion, me creí poco ménos que muerto. ¡Dios mío! exclamé entónces entre mí ¡cuánto mejor me habría estado el haber *corrido* en tiempo, como aquellos caballeros de *marras*, aun cuando hubiese sido por sobre veinte señoras!

Pasado el apuro, y luego que nos habíamos puesto en pié, que no fué con poco trabajo, no pude dejar de reirme al ver á la buena de la señora tomando del suelo con gran paciencia sus dos andanas de dientes, que se le habían caido con el porrazo, y que á no ser por aquella casualidad jamás habria coufesado sin duda que eran postizos.—Estos malditos borricos, me dijo entónces, no guardan consideraciones á nadie—Ciertamente que no las guardan, mi señora—Pero tambien es menester confesar que en ningun país del mundo, de los mas atrasados, se vé una cosa semejante; y mucho ménos debería permitirse en una ciudad como Lima, en donde la abundancia de carruajes para verificar los transportes (que seguramente serían mas fáciles y baratos por este medio) excluye la necesidad de valerse de unos animales tan torpes, y de cuyas tropelias resultan frecuentemente mil desgracias.

Usted querria, sin duda, señor lector, saber la conclusion de esta anécdota; pero no estoy de humor de seguir hablando.

BARTOLO ME SACA DE APUROS.

Volvia y revolvia yo el estuche en dias pasados, buscando asunto para molestar á mi amigo el público en este número, y por mas que le daba vueltas de arriba á abajo, y por mas que me ajitaba la mollera, tal era su cerrazon, que ni una jota sacaba en limpio de provecho. Tentado estuve muchas veces de copiar en él algun artículo de la Constitucion, ó algun pedazo de la novena del Padre Eterno ó de Santa Rita, cosa que no hubiera agradado ciertamente á mis lectores, pero que al ménos me habria sacado en andas por lo pronto: y no escaseaba de razon pensando así, porque el «Peruano», que es como si dijéramos el jeneral en jefe del «Cometa», así encaja tambien en sus columnas artículos de ordenanza, cuentos y pasaportes, cuando se vé en ahogos, como órdenes se dán por ahí para que nadie les haga caso. Y ahora me ocurre que tampoco anda tan descaminado el buen «Peruano» en eso de copiar las ordenanzas militares, porque no siendo la vida del hombre otra cosa, segun diz que decia el hermano Job, que milicia sobre la tierra, necesitamos, por consiguiente que se nos recuerde de vez en cuando que llevamos la mochila sobre el alma. Esto y mucho mas pensaba entónces, como digo, sin que pudiese dar pié ni patada en mi propósito, cuando se me apareció Bartolo con unos papeles en la mano, y de buenas á primeras me hizo esta pregunta. —Señor, ¿usted conoció á *ño Canto de Flores?* —Por supuesto que lo conocí. ¿Y á qué viene ahora esa pregunta? —¿Sabe usted por qué lo digo? porque estoy temiendo que á ese ño *Darte*, ó *Date*, ó como se llama....¿ya usted sabe de quien hablo? —Supongo que será del señor Daste, enviado del Ecuador, y que no hace mucho se fué de esta capital. —De ese mismo, si señor. Pues sabe usted estoy temiendo, como digo, que un dia de estos le venga un golpe de sangre por la boca, por griton, como se llevó á *ño Canto de Flores*. —Y bien! ¿á qué remover ahora la ceniza de los muertos para hablar del señor Daste? ¿ni qué relacion tiene todo un ministro plenipotenciario con un pobre suertero? —Mire usted, señor; la comparanza no es de mi cacumen, sino de una comadre mia de cuya casa vengo ahora, y en donde hemos estado leyendo el «Peruano» extraordinario; y como aquí grita tanto ese *ño Date:* y como su patron se llama *ño Flores*; y como las *flores* se sacan del jardin; y como *ño Canto de Flores* gritaba tambien *vaya un numérito con un jardin*; y como de tanto gritar se le dañaron los pulmones; y como.................. —¡Acabarás con tus cómos, con mil santos! —Pues decia: que naturalmente se le salió la comparanza á mi comadre. —Tienes tú unas comparanzas y unas cosas, que solo yo puedo aguantártelas. —Qué se ha de hacer, señor! cada pobre se esplica como Dios le ayuda la lengua; ó como dijo el otro, cada gato se agarra con su uña. Pero vamos á otra cosa. Aquí le traigo á usted unos versesitos que ha hecho mi comadre sobre este asunto, y otros que tambien hé hecho yo, para que usted me diga á cual de los dos le fluye mas la musa. —Déjame de versos ahora, hombre, que no tengo humor para simplezas. —Hágame usted el favor, señor, porque mire usted que vá de punto.—Vaya, tráelos acá.

¡Ay, Jesús! ño Juan José!
¿De cuándo acá tanto amor?
¡Dios se lo pague al señor,
y mucha plata le dé!
¡Oigá! ¡le gusta á usté Lima!
¡Si es mucho esta vaca prieta!
Aun tiene llena una teta,
y falta quien se la esprima.
Salga, pues, ño *Perejil*
cuantimas antes de Quito,
que aquí con un numerito
se saca uno la de á mil.

Muy *bienecho* me parece
que se venga usté *pa cá*,
porque aquí quien ménos dá
es siempre el que mas merece.
Aquí entra cualquier *zurrapa*
tapándose la vergüenza,
y aunque nos pegue y nos venza
se va con reloj y capa.
Por acá basta un fusil
para hacer *principalito*,
y con solo un numerito
se saca uno la de á mil.

No importa que allá, en *estranja*,
lo haya *pujao* la señora:
eso aquí, en un cuarto de hora,
muy fácilmente se *zanja:*
Otros tampoco han nacido
en esta tierra de leche,
y están como el escabeche
mas sabroso y mas curtido.
Salga usté, pues, del toril,
con valor, niño Juanito,
que aquí con un numerito
se saca usté la de á mil.

Dios me dé vida y salú
para verlo á usté en una anda
con su baston y su banda,
y paseando en el Perú.
Con fé lo pido, mi padre:
á Lima, aunque sea *maganto*,
que nos hace falta un Santo
pa patron del mal de madre.
No traiga usté ni el atril
para formar su altarito,
que *destaecha*, ño Juanito,
se saca uste la de á mil.

¿Qué tal se esplica mi comadre, señor? me dijo Bartolo cuando acabé de leer. Vaya, hábleme usted claro. —Disparates, hombre, como cosas de mujer. —No, pues los mios le han de gustar á usted mucho; tome usted, señor; lea usted con *cuidao*, y verá que no me chupo los dedos. Este segundo papel decia así:

A ÑO FLORES.

Tanto nos han de amolar,
tú y todos los de tu pandilla,
que no aguantemos mas calilla
y los echemos á todos á pasear.

¡*Cuidao*, pues, que la mamada
no se vuelva una matanza!
Porque tambien la vaca mansa
puede dar una cornada.
¿Nos quiéres dar con Panola
porque nos ves en *apretetis?*
Pues pregúntale á *ño Jetis*
qué tal hacemos aqui la mamola.
¿Pensastes al *bultun-tum*
gansearnos nuestra plata,
y que le habia de meter la pata
tu *enviao* el señor Charun?
Pues ya has visto lo que há sacao *ño Date*
con sus idas y venidas:
y á tí tambien si te descuidas
te hemos de sacar chocolate.

Toma, hombre, toma tu papel, que semejantes desatinos solamente á tí te se pueden ocurrir. —Ahora salimos con eso, señor, cuando yo estaba creyendo que era una cosa *ñáustica.* —Pues te engañaste, hombre, porque esto no es verso ni cosa que se le parezca. —¡Ay, señor, qué lástima que no sea yo poeta para hacerle unos buenos versos á este amigo nuevo que me ha salido ahora! —¿Y quién es ese, hombre? —Quién ha de ser, señor, sino ño Flores? no sabe usted que mis amigos son así, gordos, y copetudos como Bernardino, ño Ballivian............? —¡Hombre! ahora que dices Ballivian. Aquí debo tener en estos periódicos de La Paz............si, aquí está. Esta es una parodia de aquel aguinaldo que nuestro célebre paisano Larriva compuso para el general Flores, cuando la guerra con Colombia, y que los bolivianos lo han parodiado tambien para nosotros. Escuchá este par de estrofas, y con que las aprendas de memoria te basta y sobra para ser el mejor poeta que haya nacido de madre. Dice así:

Reciten sus oraciones
fúnebres, y no canciones,
los *Carreras* en memoria
de su Ingavina historia:
y ved con temor que erija
otra infame columna,
el que su espada en Ingavi
la manejó cual su pluma.

Resuenen, pues, los herrajes
de los jefes tropas y pajes,
de pampas, calles y plazas,
hasta ocultarse en sus casas;
y teman, por si pensaren
en una invasion futura,
al que su espada en Ingavi
la manejó cual su pluma.

—Apostaria yo algo, señor, á que estos versos los he hecho yo, y no me acuerdo.—No hables desatinos, hombre; estos versos tienen al pié unas iniciales, y ninguna es por cierto la de tu nombre ni apellido. —Pues mire usted que yo jurara............ ¡ya se vé! se dan tanto aire á los mios! pero si no es así, cómo me ha adelantado Bernardino ¿no, señor?

—Qué Bernardino, ni qué calabazas, hombre! ¿Quién te ha dicho á tí que él los ha compuesto? —Me pareció, señor, no se enoje usted por eso.—Y no creas tú, burro como eres, que solo en las bellas letras han hecho nuestros vecinos tan rápidos adelantos; nada de eso: en la guerra es en donde tienen ellos su fuerte, y en donde se las mantienen tiesas con griegos y romanos. Mira, lee este artículo; aquí se nos prueba hasta la evidencia que la batalla de Incague ha sido ganada segun todas las reglas del arte militar, y que su plan fué el mismo, ni mas, ni ménos, que el que adoptó el Gran Federico en la de Leuthen; y no creas que esto lo dice ni el general Lara, ni Mágariños, ni otros así que tú conoces y que son capaces............—Perdone usted, señor, que á esos que vá usted mentando no les veo yo molde de maldita la cosa, por mas que ellos digan lo contrario. —Pues, como digo, no lo dice ningun general, ni coronel, ni cosa que lo valga, sino un cadete tan liso y oloroso como un melocoton: y no es lo peor eso, sino que pone como un trapo á los que no confiesen que el órden oblicuo es el mas á propósito para ganar batallas, ya sea en llanos, en cerros, en montes, en lagos ó en quebradas. —Y dígame usted, señor, por el amor de Dios ¿por qué los nuestros no se agarraron primero que ellos ese órden oblícuo en esa maldita safacoca? —Porque los nuestros no saben de la misa la media; y porque no tienen los ojos en la cara, como dicen ellos, sino en los talones. —¿Ese ño Federico, como usted dice, no perderia ninguna batalla, no señor? porque con ese órden oblícuo............ —No una sola, Bartolo, sino muchas; y entre ellas la de Kollin en que casi se dá un tiro de pesar: en Kohenkirchen se dejó tambien sorprender como un muchacho, y en......... pero hablarte á tí de estas cosas, así como del órden oblícuo y paralelo, es lo mismo que echar nueces en saco roto.—Y oiga usted, señor, ¿y ese orden *parlero* no se lo han *agarrao* los bolivianos? porque si nó, lo podemos agarrar nosotros para que cada uno tenga el suyo. – No es *parlero*, hombre, sino paralelo; y nuestros vecinos no lo han usado jamás; porque Epaminondas no lo adoptó en Leutres, ni Milciades en Maraton, ni el Mariscal Tallard en Spir. Fuera de que el órden paralelo, segun los mejores estratégicos, no sirve para otra cosa que para hacer correr sangre á tutiplen y sin utilidad, cosa que repugnan mucho nuestros vecinos, y de que nos dieron otro tiempo tantas pruebas en Arequipa, el Cuzco y esta capital. —¡Yá! —Por último, Bartolo, es preciso que sepas, por si no lo sabes, y para que andes con tiento en lo que dices, que los militares de mas nota en el mundo conocido, excepto los nuestros que tampoco les faltan notas, están todos conformes, *nemine discrepante*, en que:

Ciro, Nabuco, Alejandro,
Xantipo, Gages, Milciades,
Pirro, Mardonio, Alcibiades,
Pericles, Cimon, Periandro,
Mahomet, Mauricio, Turena,
Eugenio, Condé, Laudon,
Montrosa, Tarif, Oton,
Sertorio, Huniades, Lorena,
Amilcar, Aníbal, Mario,
Godofredo, Saladino,
Saxe, Cesar, Constantino,
Spinola, Belisario,
Pogibracio, Alba, Ismael,
Gonzalo, Scipion, Gustavo,
Viriato, el Cid, Sancho el bravo,
Napoleon, Carlos Martél,
Vandoma, Villars, Orcan
y otros mil de este jaez,
son todos HUMO DE PEZ
al lado de Ballivian.

De modo, señor, me contestó Bartolo con cierta socarroneria, que bien considerado lo qué era ño Ballivian, ahora siete ú ocho meses, con lo que es en el dia, le viene de perilla el siguiente versesito, que cantaba un amigo mio cuando estaba triste:

Érase este un pajarito
que de *pelao* no volaba;
mas luego que tuvo plumas
volaba que se pelaba.

UNA MISA NUEVA.

No es trabajo el que yo tengo! Lo mismo es que sepa que en tal parte hay funcion, ó cosa asi, cuando cáteme usted allá aunque sea con las tripas en la mano. No parece sino que Dios me ha creado con el único fin de olerlo todo y de verlo todo, asi como á ciertos jefes de oficina para enredar espedientes. ¡Qué se ha de hacer! Cada cual tiene su flaco en esta vida miserable. A unos les dá por ser presidentes; á otros por ser ministros; á otros por quitarles las pelusas á los presidentes y á los ministros; á otros por vanos y fachendosos; á otros por arreglar el mundo á fuer de guapos; y á otros, entre los cuales me cuento yo, por curiosos y criticones. Y ahora á qué viene á pelo la crítica y curiosidad? No ha muchos dias que se altercaba en una casa, presente yo, sobre quien seria ó no seria el redactor del « Cometa ». Una de las concurrentes que estaba en autos, como dicen, me miraba mientras tanto con cierta risita maliciosa, y esto bastó para que cayera en cuenta toda la tertulia que era yo. Aquí fué entónces lo de—¡Jesús, qué lengua tiene usted! —La cruz le hago á usted! —¡Dios me libre de usted! —¡Qué murmuron es usted! —¡Qué mordaz es usted!........ —Alto ahí, les dije yo, ya algo picado, á los que me dirigian tales pullas. Tengo alguna parte, no lo niego, en la redaccion de ese papel; pero si estoy en la precision de salpicarlo con tal ó cual satirilla, no es con el objeto, como ustedes creen, de agraviar á nadie, sino con el de correjir ciertos abusos que se notan en nuestra sociedad, ó hablando mas francamente, para disimular su desabrimiento. Si espiritus malignos hacen picantes alusiones de mis pobres artículos, ó si jenios suspicaces y maliciosos aplican algunos de sus pasajes á sujetos conocidos, á mi no se me culpe, lo repito, porque no han sido ni son tales mis intenciones. Entiéndase esto mismo por lo que diga ó haya dicho con respecto al gobierno que nos rige. Amante, como el que mas, de su conservacion y dignidad (no porque dependa de él mi suerte particular, sino porqüe lo creo legítimo y nacional) querria, de todo corazon, que sus actos administrativos fuesen marcados todos con el sello de la firmeza y de la ley; tanto por el bien que de ello reportara la nacion, cuanto porque los estraños no nos viesen como á un trapo. Si sus errores ó desvíos gubernativos diesen lugar á mi insulsa crítica, el amor de la patria dirijirá mi pluma únicamente, no intereses mezquinos ni ideas desorgánizadoras: no es en ella donde se gana honra ni prest escribiendo para el público; ni nadie me podrá afrontar tampoco que me ha visto afiliado nunca en ninguno de los partidos que la han hecho trizas. Sirva esto de norte para que se me juzgue en adelante.

Pero echando á un lado la escena antecedente, que sin quererlo yo me ha puesto el jesto algo arrugado, vuelvo á tomar, con mi buen humor, el hilo enmarañado de mi cuento. Decia pues............ pero maldito si me acuerdo ya de lo que decia. Soy tan frágil de memoria que temo que un dia de estos me nombren ministro de hacienda, ó me hagan cuando ménos depositario ó albacea. Decia pues............ ah! ya me acuerdo. Decia: que como soy tan *correvelillo y oletón*, como dicen mis paisanas, siempre ando de fiesta en fiesta, y que asi perderé una de ellas como no hablar un militar de postergaciones y muchachas.

Llevado pues de esta mania irresistible asistí, en dias pasados, á cierta iglesia de esta capital, en donde un recien presbítero debia cantar su primera misa, ó como dicen en mi tierra, én donde habia una misa nueva. Colocado con anticipacion al lado de un confesionario, pude observar menudamente y á mis anchas cuantas escenas se representaban en el templo, que, á decir verdad, no eran propias las mas de ellas en un sitio tan santo y respetable. Por ahí un jóven de frac-levita, que merced á la apretura, se codeaba con su *filis*, le dirijia mil requiebros amorosos que ella no dejaba sin respuesta. Por allá se hacian ñiscas dos tapadas los mantos y las sayas por dar fondo á los postizos.

Por mas allá los muchachos y los perros, que no eran pocos, chillaban, ladraban y se enredaban entre las piernas de los concurrentes, causando de este modo un barullo inaguantable. Todo este desórden, esta confusion, no amainó, como dicen los marinos, hasta que no entonó el celebrante su primer *Dóminus vobiscum.*

No hago aquí una descripcion del santo sacrificio porque no soy capaz de creer que mis lectores no la sepan, á ménos que no hayan entrado tambien en la moda de no oir misa, en cuyo caso allá se las avendrán en el purgatorio; aunque tengo para mí que harto purgatorio sufrimos los peruanos, y no sé si diga demasiado infierno, con las cosas que por acá nos pasan. Concluida que fué la misa volvió el desórden á su primer estado, ó mejor dicho, se aumentó de tal manera que no parecia ya eso casa de Dios, sino una cofradia de angolas ó mozambiques. Puñetes, patadas, pellizcos, codazos, empellones, nada escaseó entónces para acercarse al nuevo Cristo: nada para darle los parabienes y para besarle las manos, que estaban que trascendian, como dicen mis paisanitas. Salió al fin el sacerdote de la iglesia acompañado de sus padrinos y parientes, y no digo de la multitud porque esta no lo acompañó, sino que lo condujo á empujones. Manso, sin embargo, imperturbable, ó haciendo de la necesidad virtud como el oficial encargado de pagar los montepios y asignaciones, se dejó llevar hasta su casa de este modo, en donde se renovaron con mas calor los besos, los parabienes y las adulaciones.

Paso por alto los obstáculos que tuve que vencer para introducirme en la sala del banquete, y héteme ya en ella recorriendo mi cansada vista sobre una mesa provista abundantemente

de pavos y de gallinas,
de enrollados y jamones,
de salchichas, de pichones,
de mariscos y sardinas,
de helados, de jelatinas,
de frutas de jugo y hueso,
de licores con exeso,
de leches fritas y asadas,
de pasteles, de empanadas,
de aceitunas, pan y queso.

¡Loado sea Dios! esclamé sin poderme contener viendo tal profusion de manjares, y un recuerdo melancólico vino al mismo tiempo á martirizar mi imaginacion. ¡Dentro de una hora, decia yo, desaparecerá para siempre el órden y simetria que aquí reina, tal como desaparecen de un momento á otro el poder, la industria y el orgullo de los hombres! Pero ¡qué demonio! repuse despues volviendo en mí, ¿hé venido yo aquí á filosofar ó á divertirme? Adelante con la cruz, por mas pesada que nos sea.

Tremebunda contienda se armaba mientras tanto entre los concurrentes sobre la ocupacion de los asientos, porque convidados y no convidados querian tomar parte en la *bucólica*, como sucede, por desgracia, en nuestros disturbios políticos; pero prevaleció tambien el derecho del mas fuerte, así como, Dios mediante, prevalece en todas partes. Dióse por último la señal de ataque; enristráronse tenedores y cuchillos, y empezaron á inflarse los carrillos y á destaparse botellas. En tanto que los comelones guardaban un silencio sepulcral, interrumpido solamente por el repiqueteo de los platos y cubiertos, un ruido infernal se dejaba oir en la parte de afuera ocasionado por la inmensa jente, que, á pesar de los golpes y empujones que daban á las puertas, no podian conseguir se las abriesen; y si á esto se añade el que formaban en el interior los que iban y venian de la mesa á la cocina, y los golpes repetidos del bombo de la música, que estaba tambien adentro, se podrá formar una idea exacta de como estaria mi cabeza. La testera de la mesa era ocupada por el nuevo ministro del Altísimo y sus padrinos, y los costados mas próximos por varios curas y otras personas de copete, entre los cuales se distinguian, por lo lucios y rollizos, dos reverendos, que á mi se me figuraron de muchas campanillas desde que me los eché á la cara. Uno de ellos tenia estendido sobre las faldas del santo hábito un ancho pañuelo de pallacate, en donde, al descuido y con cuidado, y sin perjuicio de lo que engullia, iba amontonando de cuantos manjares allí se presentaban. El otro tenia á sus espaldas un lego descarnado y macilento al que le alcanzaba en abundancia hasta de las cosas mas grasientas, y que el buen hermano, como si dijéramos bajo santa obediencia, iba sepultando en ambas mangas. —Anchas y

benditas mangas, esclamaba yo entre mi mirando tal maniobra, mangas hospitalarias y pacientes, comparables solo á esta mi pobre patria: así abrigais vosotras sin distincion, y aunque os curtan de manteca, al salchichon de Genova, al jamon de Chiloé, y al queso de Flandes, como ella nutre, alivia y alimenta á tantos que no son sus hijos, aunque despues la aprieten el *gañote!* ¡Qué fuera de los que han *gazuza* en este mundo, si los que tienen necesidad de usaros se acordaran alguna vez de lo que les dice no sé quién en no sé dónde: *Convivia publica fugiant!* Interrumpieron en este instante mis esclamaciones los fuertes golpes que se daban á la puerta, acompañados de una voz estentórea que decia desde el pátio: abrid, abrid pronto que aquí están las niñas. En efecto, se presentaron éstas á poco rato hasta en número de veinte y tantas; pero como los comelones les hicieron tanto caso como el que le hacen las levas á los pinganillas, tuvieron que pasar á una de las piezas interiores, en donde dos oficiales de infanteria se encargaron de hacerlas la corte. ¡Malditos militares! de todo se han de hacer los dueños. No tienen ellos la culpa, me responderá cualquiera, sino quien les cede el campo.

Mucho paño en qué cortar se me figuraba á mi tener despues de la mesa de once con el baile, la malilla, y otros entretenimientos que, en tales fiestas, se acostumbraban otro tiempo; pero me sucedió á mi en esto lo que á *Monsiur Daste* con los cálculos diplomáticos: me engañé de medio á medio. De toda esa numerosa concurrencia, que antes sofocaba y aturdia al sacerdote y á su familia con sus plácemes y ofrecimientos, no quedaron en la casa, despues de levantados los manteles, mas que las señoras, los oficiales mencionados, y tres ó cuatro jóvenes parientes ó relacionados de ellas; y no fué lo peor esto, sino que se mandaron mudar todos sin decir siquiera *muchas gracias* por haber sacado el vientre de mal año.

Como no me agrada hacer nunca un papel triste (motivo por el cual jamás visito á personas de gran valer) tuve que tomar tambien las de Villadiego, no con poco sentimiento, lo confieso; porque soy como las mujeres que me gusta oletear las cosas hasta el concho.

¡Fíese usted de las adulaciones de antes de comer, iba yo diciendo por el camino, ó lo que es igual, en las que se prodigan antes de conseguir! ¡Cuántos habrá por ahí que, merced á ellas, y sin tener ni los servicios, ni los conocimientos necesarios, han logrado un buen empleo, y que no obstante no se acuerdan ya de sus benefactores mas que para censurarlos! ¡Cuántos de los que han asistido á esta funcion la criticarán mañana, despues de haberse divertido y locupletado en ella! Gracias á Dios que yo no entro en la cuenta, porque nada les he comido, y que no me han de decir como á los otros:—*comida acabada amistad deshecha.*

POLICIA.

Escriban otros de politica, y entre tanto escribamos nosotros de policia, parézcale mal á quien le pareciere, y aunque se nos prodiguen por todas partes los epitetos de mordaces y criticones; cosa que, por cierto, seria sobre manera injusta, pues nuestro objeto (lo confesamos desde ahora para entónces) no es *morder* ni *criticar* á persona alguna, ni Dios lo permita, sino por el contrario elojiar y poner por las nubes nuestras costumbres y modo de vivir, en todo lo que tenga relacion, directa ó indirecta, con el titulillo arriba mencionado; es decir, con la policia.

Señores mios, esclamará aquí alguno de aquellos hombres que suelen abundar en todos los lugares habitados del mundo, y cuyo único oficio es *no hacer* nada *de provecho*, y *censurar* y *reprobar* cuanto hacen los demás, no es este el objeto á que deberian consagrar ustedes sus tareas editoriales: mil cosas se presentan todos los dias de mayor interés público, y mas dignas de ocupar las columnas de un periódico. Ustedes no son muy felices en la eleccion. —No lo entienden. —Jamás aciertan á complacer á sus lectores etc., etc. A esto contestaremos solamente conviniendo en todo y por todo con las observaciones de nuestro rígido censor, y aconsejándole, como el medio mas prudente de libertarse del fastidio que le causarian nuestros escritos, que no los lea jamás. Tomada esta medida de precaucion, creo que podremos seguir adelante.

En verdad que no alcanzamos á concebir de qué modo podria vivirse con mas como-

didad que la que nos proporciona en Lima nuestro sistema de policia. Cuestion seria esta que pondria en prensa todos los entendimientos y todas las imaginaciones, sin que jamás pudiese llegarse á un resultado final y satisfactorio. En Londres, en Paris, en Madrid, ya se deja entender fácilmente el cómo se podria hacer adelantos en este punto; pero en Lima............... en Lima ya no hay que pensar en eso; y la razon es, porque hemos llegado al colmo............ de la perfeccion. Observen ustedes, señores, con mucho cuidado (hablo con mis lectores) y verán que por todas partes se ofrecen á la vista ménos perspicaz mil primores de todo género; verán que si en otros paises anda la jente sobre los earruajes, aquí los carruajes tienen la singular gracia de andar sobre la jente, que es mucho mejor y mas divertido: verán que, en ciertos dias de la semana, se barren las calles, sin regarlas, á las doce del dia ó una de la tarde, de modo, que cubriéndose la atmósfera de una nube espesísima de polvo, se encuentran los transeuntes en un nuevo elemento (cuya existencia seguramente se ha escapado á los análisis mas profundos de los químicos de Europa) en donde desde luego no les es posible respirar, pero que pueden brincar, y saltar, y ahogarse en él, á su antojo, ó como mejor les conviniere en voluntad: verán ustedes tambien, algunas veces, pasar hombres á caballo por las calles mas concurridas, y con la velocidad del viento, llevándose de camino mujeres, niños, y viejos, y cuanto encuentran al paso: verán grandes montones de basura á las orillas de las acequias, que, despues de permanecer intactos por quince, veinte ó treinta dias, se van volviendo á meter entre ellas por su propia virtud, cosa que en los tiempos de barbarie de nuestros abuelos se habria atribuido á los duendes, ó á las brujas, y que en este tiempo de despreocupacion no sabemos á qué pueda atribuirse, á ménos que sea á la majía de Mr. Sutton; verán ustedes perros y gatos, y aun caballos muertos, tirados por aquí y por allí dias enteros, embalsamando el aire á dos ó tres cuadras á la redonda, y sin mas esperanza para los vecinos del barrio, que la voracidad de los gallinazos que suelen encargarse de reducir estos cadáveres á esqueletos; verán ustedes muchos muchachos á todas horas del dia volando cometas por las calles, ó jugando al palmo, ó tirándose pedradas unos á otros, por sobre la jente; verán, en las pulperias ó tabernas, negros y zambos de ambos sexos bebiendo aguardiente, y desatándose en espresiones obcenas é inmundas que serian capaces de ofender los oidos ménos castos del Universo, y que, influyendo de un modo notable sobre la inocente juventud, destruyen y corrompen gradualmente la moral social.

Ustedes dirán, sin duda, que esto parece una letania con tanto verán, y verán, y mas verán; ciertamente que sí; ni mas ni ménos que aquella nota del señor Daste al señor Charun en donde se leen las palabras *ofensa* y *grave ofensa*, repetidas varias veces con una gracia y una originalidad muy particular; mencionando ciertos agravios, mas bien soñados que reales, que, segun dice, ha recibido el gobierno del Ecuador del nuestro; y con los cuales, en nuestro concepto, no ha tenido este señor otro objeto que ganar tiempo, imponerse del verdadero estado del pais, y encubrir la conducta doble, pérfida é *insidiosa* del general Flores para con el Perú, desvirtuando al mismo tiempo por este medio, mas *especioso* que *diplomático*, el derecho que tiene el Perú para pedir al gobierno del Ecuador una satisfaccion *cumplida* de los agravios *reales* y *positivos* que tiene recibidos de aquel; aun cuando no entren en cuenta mas que las dos espediciones de vandalos, que nos enviaron de Guayaquil por via de obsequio, ó en prueba de fina amistad. ¿Qué le parece á ustedes esto, señores? ¿Qué tal letania de ofensas la del señor Daste? ¿No es esto lo que se llama escaparse por la tanjente? Sin duda que el señor Daste y el general Flores habrian deseado que nosotros, con los brazos cruzados y sin decir siquiera esta boca es mia, hubiésemos permitido á los señores *espedicionarios* trastornar nuestras instituciones, dictarnos nueva Constitucion y nuevas leyes, crear un gobierno á su antojo, y si posible era tambien, abrirle el camino al señor general para que derechito, derechito, se nos viniese hasta Trujillo ó hasta donde le diese la gana; y se dán por ofendidos de que hayamos hecho lo contrario. No es esto lo mas peregrino y salado del cuento, sino que despues de que todas las prensas del Ecuador, oficiales y no oficiales, de dos años á esta parte, se han contraido esclusivamente á vomitar injurias é improperios de toda clase, y á criticar y escarnecer de mil modos al gobierno del Perú, y á las personas que figuran en él actualmente, á vista y paciencia de las autoridades ecuatorianas, se dá todavia por agraviado el señor ministro de que en un artículo editorial del "Peruano" se haya dudado, por un momento, de la franqueza de la conducta del general Flores respecto del Perú, y agrega con un candor sin igual *que no mencio-*

na los artículos salidos en el diario del Comercio por no ser un periódico oficial. Milagro que no metió tambien al "Cometa" en la colada.

Pero á todo esto, señores, nosotros nos hemos *entrometido* en la política despues que solo nos habiamos propuesto hablar de policia............ Dispensen ustedes el mal rato. Volveremos á tomar el hilo de nuestras observaciones.

¿Piensan ustedes por ventura que, en Lima, se puede entrar y salir libremente en cualquiera casa? —No señor, que en la del vecino de enfrente hay un enorme mastin que anda suelto por todas partes, y cuya historia es bastante digna de saberse. En meses pasados dejó sin pantorrillas á un señor gordo, que solia entrar allí en pos de una señorita que vivia en las piezas del patio. Otro dia pasaba por la puerta un mercachifle, y lanzándose de improviso sobre él, con mayor furia, lo obligó á ponerse en fuga; pero por desgracia de nuestro pobre hombre, habia allí una gran piedra, de las muchas que se suelen encontrar por todas partes, no sé si por adorno ó por mayor comodidad de los transeuntes, y tropezando con ella fué á dar de bruces entre la acequia, de donde salió como una frutilla encaramelada, de las que se venden en el Teatro en las noches de gran funcion. Ultimamente ha sucedido que entrando á la casa un frutero, á quien habia llamado la mencionada señorita del patio, se dirigió el perro hácia él, como lo tiene de costumbre; pero este, que casualmente llevaba un palo consigo, acertó á darle un buen garrotazo por el cogote, que lo trajo á tierra casi exánime, é imponiéndose el dueño de él de la ocurrencia, salió furiosísimo, y maltrató de palabras y de manos al pobre frutero, solo porque no se habia dejado morder del animal. Pasando á otra cosa ¿qué diremos de las recuas de burros, cuando vienen de tropel por esas calles de Dios, sin respetar cosa, ni persona alguna en su tránsito, y que unas veces lo obligan á uno á dar manotadas como un desaforado para espantarlos, otras á meterse mas que de prisa en las tiendas ó en los zaguanes ajenos, y que en muchas ocasiones, tomándolo descuidado, le llevan un pedazo de vestido, ó le dan un buen porrazo, ó lo arrastran media cuadra por los fundillos de los calzones? No han visto ustedes los pleitos que se forman de noche en las chinganas y en los callejones, en donde se vé á los hombres andar á garrotazos y á puñaladas con las mujeres, y á las mujeres llamar á gritos á los serenos, y á los serenos no parecer por ninguna parte, ni dárseles un ardite de que los hombres y las mujeres se maten unos con otros, y arda la ciudad entera en llamas, como diz que ardieron Sodoma y Gomorra en otro tiempo?

Pero nada de esto es tan hermoso y divertido como una noche de fuegos. Supongamos que mañana es dia de la Vírgen del Carmen. —Pues bien, hoy que es la víspera hay fuegos en el Carmen. Vamos á los fuegos, dice todo el mundo: porque es de advertir que en Lima va todo el mundo á los fuegos. Unos van á caballo, otros van á pié, y otros en carruajes. ¡Qué lástima no se embarquen para ir á los fuegos! Los de los carruajes atropellan á los de á caballo y á los de a pié; y los de á caballo atropellan á los de á pié y á los carruajes. Por aquí grita una vieja—niño, que te mata ese caballo. Por allá dice otra—¡Jesús! que la rueda de esa maldita calesa me ha dádo en un pulmon. Mas allá otra—¡ahí! que Manonga se me acaba de perder en este momento, y ya no doy con ella; y es la cosa que Manonga estaba apalabrada con don Jasinto para tomar esta buena ocasion por los cabellos, y largarse con él; porque cierto que las noches de los fuegos son pintadas para estas empresas.

En esto principian los fuegos, y diciendo y haciendo cae un cohete por aquí y le saca un ojo a mi vecino; y cae otro por allá y deja ardiendo el traje de una señorita muy remilgada y peripuesta, lo cual causa mucha risa y diversion á los espectadores; y revienta otro hácia la izquierda por sobre las orejas de una mujer enbarazada, que se pone a malparir en el mismo instante; y siguen luego los repiques de campanas, y la griteria infernal, y los silvidos de una multitud de muchachos, que corren en todas direcciones, tomando los cohetes que caen encendidos, y echándoselos por los hocicos á los petimetres, ó metiéndoselos por debajo de las faldas á las petimetras; y crece entónces la bulla y la algazara; y todo se vuelve confusion y laberinto; y por fin, concluye............ como Dios es servido.

Basta, señores, de policia. —No hablemos mas de policia, porque hasta los pesos Nor-peruanos los recibe ahora el que quiere, y no los recibe el que no quiere; y las onzas se liman, y las varas se cortan, y las medidas tienen una trampa en el fondo, y todo anda así. Vámonos callando, que al buen callar lo llaman Sancho.

POESIAS.



A UNA VIUDA.

Muy temprano se apagó
la antorcha de tu himeneo,
¡ay señora!
Parece que se citó
la muerte con el deseo
á una hora.
Aun la guirnalda de flores
ceñía tu frente hermosa,
y el abrégo
sopló con tales rigores
que puso en lugar de rosá
crespon negro.
De noche jardin florido
de delicias conyugales
se engalana:
luego tumba del olvido,
de fantasmas sepulcrales
la mañana.
Ayer manto virginal,
luego corona de esposa
te ceñías,
y hoy, al albor matinal,
ya de toca luctuosa
te cubrias.
Grito de muerte retumba
en la bóveda sonora
que se abriera.
Aléjate de esa tumba,
y tu juventud, señora,
que no muera.
De la vida en el desierto
solitario peregrino
sin amor,
es como sombra de un muerto
que aparece en el camino
con terror.
Aun le queda en lozanía
al rosal que hiriera el rayo
mucha rosa.
Aun tienes, señora mia,
despues del abril el mayo
de la hermosa.

Torna, pues, á cojer flores,
para otro dia nupcial
mas dichoso,
y presidan los amores
el tálamo conyugal
delicioso.
Ya de dos la union sagrada
tu segunda primavera
solicíta,
la segunda mas preciada
y tambien que la primera
mas bonita.
¿Qué es una perla sin dueño?
qué es solitario diamante
aunque hermoso?
qué es la vida sin el sueño?
qué es la bella sin amante,
sin esposo?
Deja, oh viuda, el morir
y torna al pié del altar
muy lucida:
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar,
que es la vida.
Todo en la tierra es mortal,
¿y há de ser el luto eterno
sin consuelo?
¿Siempre velo funeral,
siempre imágen del Averno,
siempre duelo?
Ofendido amor, reclama
sus derechos naturales
suspendidos;
amor, señora, te llama
á los festines nupciales
prevenidos.
Deja, oh viuda, el morir
y torna al pie del altar
muy lucida;
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar
que es la vida.

A LAS MUCHACHAS.

Niñas que leyendo aquesto
mostrarán ceñudo el gesto,
sí, las hay:
pero que de lo leido
saquen el fruto debido
no las hay.
Niñas pulidas y bellas
como el sol y las estrellas,
sí, las hay:
pero de tal condicion
que no tengan presuncion,
no las hay.
Niñas que á los doce abriles
cuentan las gracias á miles,
sí, las hay:
pero que estén sin su mueble,
aunque en edad tan eudeble,
no las hay.
Niñas que á dos, tres y cuatro
les dicen: *Yo te idolatro*,
sí, las hay:
pero niñas que por esto
logren casarse mas presto,
no las hay.
Niñas que en la edad de amor
á todos muestren rigor,
sí, las hay:
mas que de tal entremés
no se arrepientan despues,
no las hay.
Niñas solteras de treinta,
y aun de cuarenta y cincuenta,
sí, las hay:
mas de genios tan extraños
que no se quiten los años,
no las hay.
Niñas que a un tonto sonrien
y de el á solas se rien,
sí, las hay:
mas niñas que por el pronto
no quieran pillar un tonto,
no las hay.

A LOS COBARDES.

Hombre que su inclinacion
recata de una mujer,
ó no la teme perder
ó es de poco corazon.
No hay ninguna que al blason
no aspire de ser amada:
pero, por apasionada
y ciega que llegue á estar,
nunca quiere adivinar
sino ser adivinada.

Como en el crisol el oro
mas sus quilates explica,
la mujer se sacrifica
en el fuego del decoro.
Guardar debe tal tesoro
con cuidados vijilantes;
pero los hombres amantes
(aunque hallen un desengaño)
dicen:—tal dia hará un año—
y se quedan como antes.

Consigo mismo es tirano
quien su enfermedad oculta,
y el remedio dificulta
que pudo dejarlo sano.
No hay tan hábil, diestra mano,
que libertar pueda vida
que está á morir decidida,
por mas diligencia que haga,
que sin enseñar la llaga
nunca se cura la herida.

Todo lo iguala el amor,
que es rapáz muy entendido;
pero castiga un descuido
con muchísimo rigor.
Quien padezca su dolor
en declararlo no tarde;
haga de su aliento alarde
que, en ocasion oportuna,
la mujer y la fortuna
no quieren hombre cobarde.

CUENTO.

Silencio! que vá de cuento:
Pido á ustedes atencion
porque tengo hecha intencion
de hablar lo ménos por ciento.
Que aunque dice un refran viejo,
quien mucho habla mucho yerra,
¿quién hace caso en mi tierra
de semejante consejo?
Pues, señor, en la ciudad......
¡qué diablo! ya iba á decir
su nombre, sin discurrir
que soy de la vecindad,
y que aman mis compatriotas
con ardor tan singular
el nombre de su lugar
como sus calzetas rotas.
En fin ¿qué nos vá ni viene,
el nombre de la tal tierra,
en dó vive siempre en guerra
el que tiene y que no tiene?
En donde el saber y el trato,
valen del pobre un comino,
y solo es sábio y es fino
quien tiene plata y boato?
En donde el pícaro alcanza
cuanto quiere, y Dios lo ayuda,
y el hombre honrado aunque suda
trabajando nada avanza?
En donde el que quita-pelos
á algun señor que supone,
si se le antoja se pone
charreteras y capelos?
En donde á todo extrangero
se le obsequian, por detrás,
mas insultos que á Caifás
un cristiano verdadero;
y en donde si las orejas
no están de moda en Milan,
sin mas se las cortarán
por inservibles y añejas?
En donde la mansedumbre
del génio es tan natural,
que se dejan hacer mal
solo por gusto y costumbre?
En donde el mayor jumento.........
pero ¿á donde á parar voy,
sin acordarme que estoy
contando á ustedes un cuento?
Ya se vé, si retozar
siento mi pluma en los dedos
cuando se trata de enredos
sin poderlo remediar;
y como la picarilla
sabe mi juicio maldito,
brinca y salta cual cabrito
mordiendo á todo el que pilla.

Pues, señores, ya prosigo;
no es cuento, sino pasaje
envuelto con el ropaje
de la verdad lo que digo.
En una fonda ó chingana,
bodegon, casa ó casita,
(porque cada vicho habita
donde mas le dá la gana,)
vivia......¡yo no sé quién!
que lo ignore no es extraño,
pues muchos á tutiplen
dicen, aunque infieran daño,
lo que no saben tambien.
Y cada hijo de su padre
¿por qué no ha de saborear
el delicioso manjar
de hablar lo que mas le cuadre?
Mucho mas cuando no mengua
el honor decir lo injusto,
y cuando se encuentra gusto
en dar pábulo á la lengua.
Pues, aunque allá en el infierno
nos la corten con un sable,
mas vale que de esto se hable
que de asuntos de gobierno;
porque no es muy acertado,
sin tener buenos resortes,
exponerse á correr córtes
con el bolsillo planchado;
y porque con este amigo,
no hay mas dimes ni diretes,
que presentar los cachetes
humildemente al castigo.
Esta es la justa razon
por qué nuestros visabuelos
no causaban jamás celos
al rey ni á la Inquisicion.
Pero, queridos oyentes,
yo no puedo resistir
al prurito de decir
cuanto me viene á las mientes;
y no es regular que luche
con el que me favorece;
mas si á alguno le parece
esto mal, que no me escuche:
que si esto muchos hicieran
de mil disgustos se ahorraran,
pues, á veces, no escucharan
lo propio que no quisieran.
Pues, señor ¿en qué quedamos?
Era el tal......no sé su nombre;
ni si era mujer ó era hombre;
sin embargo, prosigamos.
Como les iba diciendo,
ignoro si era casado
ó soltero, que el estado

supone poco viviendo;
y mas si á la sociedad
diminucion no reporta,
el casarse poco importa
para su estabilidad.
Porque aquel maldito *dame*
de la hembra, de ningun modo
gusta mucho, y sobre todo
el buey solo bien se lame.
Y segun el buen sentir
de los frailes y las monjas,
se debe de las linsojas
de este mundo prescindir;
porque son cosas que inducen
frecuentemente al pecado,
y que al cielo colorado
sabrosamente conducen;
y porque los celibatos
son de una raza bendita
y no gastan su platita
como tantos mentecatos.
Mas la hembra, que corre y vuela
cuando este asunto se trata,
cualquier cosa le arrebata
como á matrimonio huela:
y si el pretendiente es rico,
y nacido allá en Europa,
todo vá con viento en popa
aunque el tal sea un borrico;
y ni averigua prudente
si es manco ó despernancado,
porque *á potro regalado*
no debe vérsele el diente.
Pero así no vé la niña
si es su paisano el cortejo;
entónces, si es mozo ó viejo,
si pobre ó rico escudriña:
si es de gallarda persona,
de talento y valentia,
y si su abuela ó su tia
fué mulata ó cuarterona;
si cuando estaba de pechos
padecia de rabietas,
ó si volaba cometas
cuando muchacho en los techos.
¡Pero qué diantres! yo pierdo
á cada momento el hilo
de mi cuento, y ni el estilo
en que he de seguir recuerdo.
Y ya ustedes, llenos de ira,
dirán que soy un petate,
y que el cuento es un dislate
y una solemne mentira.
Teman al cólera morbo,
señores, y no se alteren,
que si acaso ustedes quieren
con concluir quito el estorbo;
pero no, ya que me cargan
de acíbar y rejalgar,
sin antes reflexionar
que *las verdades amargan,*
aunque me llamen impropio,
no quiero, amigos, concluir
porque ustedes, sin sentir,
me han herido el amor propio;
y prometo al justo cielo,
por ahora, no darles gusto,
porque *al que pierde es muy justo*
que le quede algun consuelo.
Es verdad que soy un bolo,
el negarlo no pretendo;
pero segun lo que entiendo
no soy en el mundo solo.
Yo, á lo ménos, lo confieso,
sin ser lo mismo que muchos,
que siendo unos avechuchos
quieren ser hombres de seso;
porque con arte y con maña
florean cuatro razones;
pero *adentro de botones*
nadie en el mundo se engaña.
El mentir no es de estrañar
en mi ¡pobre! ¿hay quién no mienta?
¿ni quién mil cuentos no inventa
para poderla pasar?
Pues *con engaño y con arte*
diz que *se vive medio año,*
y con arte y con engaño
del año la demas parte.
Y en mi mezquina opinion
no me fundo solamente:
quien tenga un dedo de frente
verá que tengo razon;
que aunque cautelosos callen
por mil consideraciones,
puede que en mis reflexiones
algunas verdades hallen.
Que en este pícaro mundo,
en lo que cuenta nos tiene,
se guarda cuando conviene
el silencio mas profundo.
Y si es que no se me entienda,
que tal puede suceder,
á nadie le puedo hacer
que á la fuerza me comprenda;
porque tambien á un sermon
muchos devotos concurren,
y solamente discurren
en su santa devocion;
y á pesar de su fervor,
salen sin saber al fin
si en hebreo ó en latin
les habló el predicador.
Y esto nadie lo desdice
¿ni qué duda en ello cabe,
cuando ni este mismo sabe
muchas veces lo que dice?
Otra vez ya me he metido

en un grande laberinto;
pues, señor, seré sucinto
y el cuento será concluído·
Pero hablando con verdad
[aunque ya no está de usanza]
no tengo mucha confianza
en la mi capacidad;
ni soy como tanta gente,
que aunque nunca lo confiesan,
no bien un asunto empiezan
cuando lo dejan pendiente;
solo de pura ignorancia,
que se esfuerzan á encubrir
con criticar, con mentir,
y con suma petulancia.
Si señor, lo mas seguro
será terminar el cuento,
que así mi escaso talento
me sacará del apuro.
Mas mi palabra empeñada
está, señores ¿no és cierto?
Sigo, pues, á ver si acierto
con la conseja empezada;
que *por la palabra el hombre*
y el buey por là asta han logrado,
desde que el mundo fué criado,
respetable hacer su hombre.
Pero como hoy está el mundo
que hasta el viento descalabra,
tiene ya ménos palabra
el primero que el segundo.
Como digo de mi cuento,
¿ustedes querrán saber
el fin que debe tener?
y yo tengo el mismo intento;
pero como yo tampoco,
la verdad, sé cual será,
mucho mejor estará
que sigamos poco á poco,
Que *con la mucha paciencia*
dicen que *se gana el cielo;*
y por cierto, que es consuelo
muy *sabroso* en la indigencia.
Y si acabarlo no puedo
por mi falta de cacúmen,
al ménos mi escaso númen
formará tal cual enredo;
que esta vida miserable
así se pasa enredando,
y no es poco irla pasando
de una manera agradable;
porque, en los distintos cargos
que en ella tiene un viviente,
no goza continuamente
sino de ratos amargos.
Pues, señor, el cuento siga;
ahora sí que vá de sério,
y basta ya de misterio
que á dudar de todo obliga.
Era pues el tal de oficio.........
¡qué sé yo de cual sería!
¿ni de qué vale en el dia
tener ningun ejercicio?
Es tan poco lucrativo
cualquiera que el hombre tome,
que si acaso con él come
poco tiempo dura vivo.
Por eso no quieren tantos,
trabajando molestarse,
y no hacen mas que pasearse
libres de ansias y quebrantos;
y tan alegres y hermosos,
que, á veces, suelen entrar
deseos de averiguar
el cómo andan tan lujosos.
Pero *en la boca cerrada*
á entrar mosca no se atreve,
y el hombre diz que no debe
meterse en vida privada.
Y á nadie mejor le cabe
esta sentencia que á mí:
por eso es que quiero aquí
que este mi cuento se acabe;
que no es justo que se diga
que me meto en vida agena.......
y si alguno tiene pena,
que tome la pluma y siga.—

LOS BUENOS GUSTOS.

Sobre gustos no hay disputa,
dice un adagio vulgar;
pero hay gustos estragados,
y los quiero disputar,
por ejemplo
(chito, chito)
con licencia
del refran,
perdonadme
la insolencia,
si es delito
criticar:

Hay Adonis, que se inclina
á una Venus caprichosa,
engañosa, desdeñosa,
que si ayer le miró fina
hoy le envia á pasear.
¿No es verdad, señores mios,
(no es verdad)
que este gusto es estragado
y se puede disputar?

Ninfa hay tal que se enamora
de un Narciso presumido
relamido, repulido,
que su talle solo adora
su peinado y su beldad.
No es verdad, señores mios, etc.

Para mueble de un estrado
habrá ninfa que prefiera
á un tronera calavera,
que es tener por arrimado
un demonio familiar.
No es verdad, señores mios, etc.

Hay quien por un tonto pene,
y hay quien Don Quijote sea
de una fea Dulcinea,
y se alaba de que tiene
delicado el paladar.
Pero oid, señores mios,
escuchad,
que el gusto mas estragado
es el que voy á pintar.

Las hermosuras graves
y sobre humanas,
son buenas para vistas
y no tocadas.
Las niñas alegres,
graciosas y francas,
son las que divierten
y llegan al alma:
que corren,
que saltan,
que rien,
que parlan,
que tocan,
que bailan,
que enredan,
que cantan;
Pero aquellas deidades,
que apénas hablan,
son buenas para vistas
y no tocadas.
Allá verá el tonto
la ganga que lleva,
y si espera gustos
se queda *por esta:*
suplica,
contempla,
se pasma,
se inquieta,
la busca,
la estrecha,
suspira,
se eleva;
pero ella, con mirarle,
tiesa y mas tiesa,
le echa una jarra de agua
por la cabeza.

LA SANTA CRUZADA.

(Reflexiones que hace Santa-Cruz, desde el Ecuador, á sus partidarios que lo llaman de Bolivia.)

Vamos, vamos, caballeros,
no hay que ser tan majaderos,
é imprudentes.
Mil peligros inminentes
interceptan el camino,
y el Destino
me aconseja no esponerme,
y es preciso precaverme.
Yo quisiera,
si pudiera,
darles gusto;
pero el susto
la vida puede costarme.
Esos pícaros peruanos,
forajidos, inhumanos,
dizque han dado en acecharme,
y si llegan
á pillarme,
¿no está visto
que me entregan
como á Cristo?
No señor, no hay que afanarse,
ni cansarse;
ya soy viejo,
y no quiero que la trompa
me se rompa
o me quiten el pellejo.

Mandaremos por delante
tanto pícaro tunante,
que conmigo
vino aqui á buscar abrigo;
pues por medio tan seguro
no aventuro
desde luego cosa alguna:
corran ellos la fortuna
de un fracaso
por si acaso
les sucede,
que bien puede;
pues no es bien que mi persona
quede á merced del contrario,
si en su arrojo temerario
la opinion los abandona.
Si triunfaren,
la corona,
desde el dia
que ganaren,
será mia.
No señor, no hay etc.

Que es muy buena la prudencia,
me ha enseñado la esperiencia.
No me olvido
de cuando me ví perdido,
de Yungay en la jornada
desgraciada:
y si no es por mis canillas,
que hicieron mil maravillas,
es bien cierto,
que soy muerto.
¡Oh qué dia!
Todavia
tiemblo cuando hago memoria
de aquellos soldados guapos
que, de dos ó tres sopapos,
se llevaron la victoria.
Y no es cuento;
pues mi gloria
tan sonada,
como el viento
quedó en nada.
No señor, no hay etc.

Guerra! guerra! Camaradas,
desenvainen las espadas
denodados,
y oficiales y soldados
vuelen prontos al combate.
No se trate
hoy de evitar sacrificios;
yo merezco mil servicios.
Ya vereis,
si venceis,
que entre poco
me coloco
como un pimpollo en la silla,
con mi cara limpia y fresca,
de tal modo que os parezca
una octava maravilla.
Esta es cosa
muy sencilla,
y no es nada
peligrosa
ni arriesgada,
No señor, no hay etc.

SI LA ENSARTAS PIERDES, Y SI NÓ, PERDISTE.

SEGUN los que rabian
porque somos libres,
y que amarnos mucho
en público fingen,
aunque allá á sus solas
el diente rechínen,
muy mal vá la patria,
afloje ó estire.........
Si la ensartas pierdes,
y si nó, perdiste.

Si despachan pronto
las Cámaras, dicen:—
todo se atropella;
esa ley no sirve.—
Si espacio discuten,
esto es insufrible!
jamás de este asunto
veremos los fines.
Si la ensartas pierdes,
y si nó, perdiste.

Si activo el gobierno
averigua el crímen:—
¡Adios libertades!—
¡quién seguro vive!
Si no lo averigua:—
Somos infelices,
pues los criminales
ya no se persiguen.
Si la ensartas, pierdes,
y si nó, perdiste.

Si el juez cuando puede
acelera un litis:—
Las fórmulas huella,
déspota terrible!—
Y si lo retarda
por árduo y difícil:—
¡Cielos, qué apatia!
¿cómo ha de sufrirse!
Si la ensartas, pierdes,
y si nó, perdiste.

Si algo del gobierno
llega á traslucirse:
¡Malo! Sin secreto
nada se consigue—
Si no se trasluce,
se mofan, se rien:—
Todos son misterios
y velos horribles.
Si la ensartas, pierdes,
y si no, perdiste.

Si entre dos materias
la Cámara elige:—
¡Oh! de lo importante
se olvida y prescinde.—
Si la otra prefiere:—
¡Es cosa bien triste
que asuntos superfluos
tan solo se agiten.—
Si la ensartas, pierdes,
y si nó perdiste.

Si las alcabalas
corrientes se exigen:—
Infeliz comercio!
Cayó, pues lo oprimen.—
Y si se demoran:—
La patria que gime,
sin rentas ni erario,
fuerza es que peligre.
Si la ensartas, pierdes,
y si no, perdiste.

Tales son las mañas
de *campatedije*,
desacreditarnos
y no desistirse.
De lo que proviene,
segun sus melindres,
que, aunque mas la patria
se esfuerce y camine,
si la ensartas, pierdes,
y si nó, perdiste.

LA PELI-MUERTADA.

(Epopeya de última moda.)

INTRODUCCION.

Cante Ercilla al araucano,
Tasso cante á Godofredo,
cantó á Bolivar Olmedo
y á César cantó Lucano;
vate del codo á la mano,
como me suelen llamar,
yo tambien voy á cantar
mas que alborote el cotarro,
y aunque estoy con un catarro
que no puedo resollar.

Si epopeyas hacen cien,
aun los que van á la escuela,
sobre el muerto y quien lo vela
he de hacerlas yo tambien.
Con un *trés-bon* ó un *trés-bien*
no es Beranger quien me ofusca;
y, aunque la jente *pardusca*
despues me devane el seso,
he de soltar la sin hueso
mas récio que la *Cuyusca* (*)

Pelanduscas del Parnaso,
venid todas en mi ayuda!
Con la primera que acuda,
aun sin *cumquibus* me caso.
Mas, si á mi númen escaso
lo dejais en abandono,
juro que ha de ser mi encono
tan grande contra vosotras,
que me han de salir tres potras
subiendo á soprano el tono.

Que este sea ó no poema
á mi me importa tres rábanos,
ni que me piquen los tábanos
hasta hacerme una apostema.
Que lo lean es mi tema,
sin engañifa ni trampa,
el que maneja una lampa,
el que varea tocuyo,
el que vive allá por Suyo,
y el que duerme acá en la pampa.

Ya el estro me va inflamando:
siento el pecho como frágua......
echadme una pipa de agua......
por Dios, que me estoy quemando!
Ya el preludio va cansando,
y si un poco más me embromo
me derrito como plomo
ó me transformo en carbon......
Silencio, pues, y ¡atencion!
que voy á hablar como un tomo.

CANTO PRIMERO.

En el Callao ¡oh fortuna!
al pié de una santa cruz
vió Peli-muerto la luz
en una noche de luna.
Uno, que andaba de tuna
por el tal sitio á esas horas,
lo envolvió en unas totoras
de un capacho destrozado
que allí cerca habian botado
unas indias pescadoras.

—Por mi padre San Antonio!
al verlo esclamó un borracho,
que promete este muchacho
ser malo como un demonio.
Para alzar un testimonio
no habrá ninguno como él,
ni para armar un pastel
otro en el mundo mas ducho...
Con el tiempo este avechucho
ha de hacer un gran papel.

Dijo, y ladeándose el pelo,
que se le caia adelante,
tomó de prisa el portante
dejando al chico en el suelo.
En este instante el monuelo
como un chivato gritaba;
el reloj las doce daba;
olía el aire á champús;
y sin decir chus ni mús
la parturienta aguantaba.

Vino el dia, y la gentusa
que anda de lances en pista,
en corro pasó revista
del chico hasta á la pelusa.
Ajo! Botarlo á la Inclusa,
exclamó un gallego viejo.—
No, señor; por mi consejo,
dijo un patron de canoa,
que lo cuelguen en la proa
de algun buque á ese cangrejo.

(*) La *Cuyusca* (mujerzuela de Piura.)

—La cabeza es de pepino,
la nariz muy langaruta.........
será un sábio, sin disputa—
expuso un lego agustino.
Pero un soldado ladino
le replicó sin empacho,
rejistrando bien al *guacho*
y torciéndose el bigote:
—Qué sabio ni qué virote!
Calle usted, fraile capacho!

De mano en mano el chiquillo
andaba entre tanto idiota:
—gordo está como pelota—
era el comun estribillo.
Del fúljido sol el brillo
mas y mas se iba estendiendo;
el barullo iba creciendo;
nadie se entendia ya;
y por aquí y por allá
seguian yendo y viniendo.

Como el bochinche crecia
y se enredaba el asunto,
á fin de ponerle punto
acudió la Policia.
Cesó, pues, la algaravia,
como es de creerse algun tanto:
y en un borrico, entre tanto,
cargaron con hijo y madre......
Quien del muchacho era padre
ya lo diré en otro canto.

CANTO QUINTO.

Ya del cañon de Ayacucho
no se oia el estampido;
ya hasta el último cartucho
se habia allí consumido,
ganando renombre mucho
el gran *ejército-unido*,
y Bolivar en el mando
reemplazaba al rey Fernando.

Ya los pobres chapetones,
fuera de sus escondrijos,
no sufrian mojicones
de sus nietos y sus hijos;
ni, por saquear sus doblones,
se finjian revoltijos,
poblando los calabozos
con ancianos y con mozos.

A los pueblos infelices
no se imponia ya cuotas
de pesetas y perdices;
ni se calzaban las botas
con sus bienes mas raices
los realistas y patriotas:
dó quier radiante su faz
asomaba ya la paz.

Rebozando placenteros
en ideas seductoras
los patriotas verdaderos,
cortas les eran las horas
para hacer planes certeros
de reformas y mejoras,
y nuestra dicha y grandeza
volaba toda cabeza.

Pocos serian aquellos
que entónces calcularian
que pensamientos tan bellos
de mil modos se obstruirian;
ó á lo ménos que nunca ellos
realizados los verian;
pero los que así pensaron,
sin duda alguna, acertaron.

¿Ni quién habia de creer
que los mismos adalides
que consiguieran vencer,
con la pujanza de Alcides,
al castellano poder
en tantas sangrientas lídes,
en tiranos se tornaran
de la nacion que crearan?

Ninguno; pero el Destino
lo tenia así ordenado,
y, sin conciencia ni tino,
se vió despues al soldado
convertido en asesino
y en déspota consumado,
proclamando Presidentes
á un tiempo á tres pretendientes.

Y hubo de estos un bribon
que imploró en su desenfreno,
vergonzosa proteccion
de otro ambicioso sin freno,
á quien vendió la nacion
dividiendo su terreno,
y sujetándola al yugo
de un estranjero verdugo.

Y tambien hubo peruanos
que, con infamia y mancilla,
en sangre de sus hermanos
empaparon la cuchilla,
y que besaron las manos
al invasor cabecilla
entregándole ¡qué ultraje!
su propia patria al pillaje.

Doloroso es el recuerdo;
pero de fama notoria;
y si tal vez poco cuerdo
lo traigo aquí á la memoria,
es porque importa este acuerdo
para el hilo de mi historia,
que se refiere á una prenda
de nuestra civil contienda.

Entónces los malhechores,
que infestaban nuestra tierra,
se unian á los traidores
por la costa y por la sierra,
y hasta sus hijos menores
tenian lucro en la guerra.......
¡Cuántos por ahí habrá de estos
que, leyéndome, harán jestos!

Si, los hay y se titulan
ciudadanos beneméritos,
y patriotas se rotulan
(sin servicios y sin méritos)
y á otros godismo acumulan,
siendo ellos todos pretéritos
de la gloriosa ocurrencia
que selló la Independencia.

Y esta casta vocinglera
y de viles habitudes,
ignorante y altanera,
deprime las aptitudes
de hombres de lustre y carrera
y de públicas virtudes,
y obtiene cargos y empleos
conformes á sus deseos.

¿Quién jamás le hubiera dicho
á uno de esos presidiarios,
que vivian de entredicho
con ricos y proletarios,
que de la suerte el capricho
llevaria á Comisarios
y á otros puestos á su prole,
á pesar del tole-tole?

FRAGMENTO DEL CANTO ONCENO.

La doméstica discordia
habia ya terminado,
vuelto el pais al reinado
de la ley y la razon.
Todos, en pos de concordia,
olvidando sus desgracias,
rendian al cielo gracias
por tan feliz situacion.

El generoso guerrero
que el Estado dirijia,
los partidos extinguia
con firmeza sin igual;
y el resplandor de su acero,
y sus increibles victorias,
no le daban tantas glorias
como su buen natural.

Bendiciones y saludos
todos los pueblos le enviaban,
y todos de él esperaban
que hiciera á la patria el bien.
La fama de sus virtudes,
atravesando los mares,
hasta en extraños lugares
se hacia escuchar tambien.

El noble entusiasmo que el alma me inspira
tu gloria, Castilla, me exita á cantar;
pero no me es dado del vate la lira
con ecos sonoros y acierto pulsar.

En son destemplado permite, no obstante,
que llegue á tu oido mi grato sentir,
y pura y sincera mi voz se levante
cual parla de niño que empieza á decir.

La paz y ventura que goza el peruano
á tí te se debe, preclaro varon,
que fuiste, en el campo, terror del tirano,
y humano y prudente despues de la accion.

Prosigue rijiendo tu patria, Castilla,
y dándola vida, contento y salud,
que cuando te baje la ley de la silla
la Historia hará eterna tu heroica virtud.

FRAGMENTO DEL CANTO QUINCE.

El plan que mejor se traza,
y mas llena y satisface,
como el humo se deshace
cuando mas firme se cree;
y el que hoy se mira mandando
ejércitos y naciones,
fujitivo y sin calzones,
tal vez, mañana se vé.

Allí está sinó la historia,
que debe ser el espejo
en que el mozo y en que el viejo
han de ver con avidéz;
allí se encuentran monarcas
por las nubes y los suelos,
y allí están para modelos
Luis Felipe y Carlos diez.

En este pícaro mundo
todo es, pues, contradictorio,
todo vano é ilusorio,
todo sin seguridad;

pero el hombre no se cuida
de una verdad tan patente,
y es en la dicha insolente
y humilde en la adversidad.

Otro ejemplo es Peli-muerto
de la inconstancia mundana:
de la noche á la mañana
cual un globo se elevó;
pero al verse tan arriba
perdió el pobre la chaveta,
y dando otra voltereta
vino al suelo y se estrelló.

CANTO VEINTE.

¿Quién fué Rómulo? Un ladron.
¿Quién fué Viriato? Un cuatrero,
¿Quién fué el grande Napoleon?
Un corso de cargazon
como consta al mundo entero.

¿Qué fueron los ascendientes
de los reyes ostrogodos?
Vagabundos insolentes
que, con uñas y con dientes,
saquearon los pueblos todos.

Saul! David! ¿Quiénes fueron?
Unos destripaterrones
que, cuando al trono ascendieron,
en mil apuros se vieron
para atarse los calzones.

¿Y quién es el que sujeta
al nuevo imperio de Haití?
Un pobre diablo, un trompeta,
un negro con tanta geta,
un risible manequí.

¿Y de los grandes y reyes
que, en algunos pueblos rigen
á los hombres como bueyes,
y á su arbitrio dictan leyes,
cuál, en fin, será el orígen?

Todos son nietos de Adan,
sea cual fuere su testa:
todos viven con afán:
todos vienen, todos ván:
esta es mi única respuesta.

Mas claro: escúcheme solo
el que mas noble se nombre:
desde un polo al otro polo,
un blanco, un negro ó un cholo
no es otra cosa que un hombre,

á quien cualquier accidente
hace pobre ó hace rico,
conde, duque ó presidente,
quitapelos ó sirviente,
y muy sábio ó muy borrico.

Lo que al hombre dá nobleza
es la virtud y el talento;
lo de la sangre es simpleza,
es espuma de cerveza
que se evapora al momento.

Así es que yo no estrañara
que el héroe que hoy es cantado
en presidios se criara,
y á puestos altos llegara
si fuese sábio y honrado.

Porque nadie responder
puede de ajenas acciones,
ni á sus padres escojer,
que si esto pudiera ser
todos fueran Napoleones.

Ni por dimes y dirétes,
ó motes que nada valen,
andar con otro á cachetes;
pues los mas caballeretes
con ellos entran y salen.

El Largo, el Calvo, el Valiente,
el Demonio, el Hechizado,
el Gordo, el Simple, el Prudente,
el Sin-tierra, el Impotente,
el Bastardo, el Emplazado,

el Negro, el Batallador,
el Tartamudo, el Gotoso,
el Monje, el Conquistador,
el Pasajero, el Terror,
el Casto y el Lujurioso;

sobrenombres son aquestos
de reyes y emperadores,
que ni dieron manifiestos
ni se mostraron molestos
por semejantes favores.

Y allá, en la tierra de España,
cuya lengua estoy hablando,
aun se dice tio Castaña,
tio Roña, tio Lagaña
tio Porra y tio Carando.

Y hay muchos hombres de bien
que, al oir nombrar su apodo,
responden al punto ¿quién?
porque, ciertamente, creen
que se llaman de ese modo.

Y aquí mismo no se pica
por esos motes tampoco
ese á quien llaman ño Andica,
y mucho ménos ña Mica,
ño Chariche y ño Polloco.

Y hacen bien; porque ninguno
pierde el honor y la fama
si no daña ó roba á alguno,
como le sucede al tuno
que Peli-muerto se llama.

Y el motivo por el cual
se conoce así á este tonto
despues lo diré al mortal,
pues no soy ningun costal
para vaciarme de pronto.

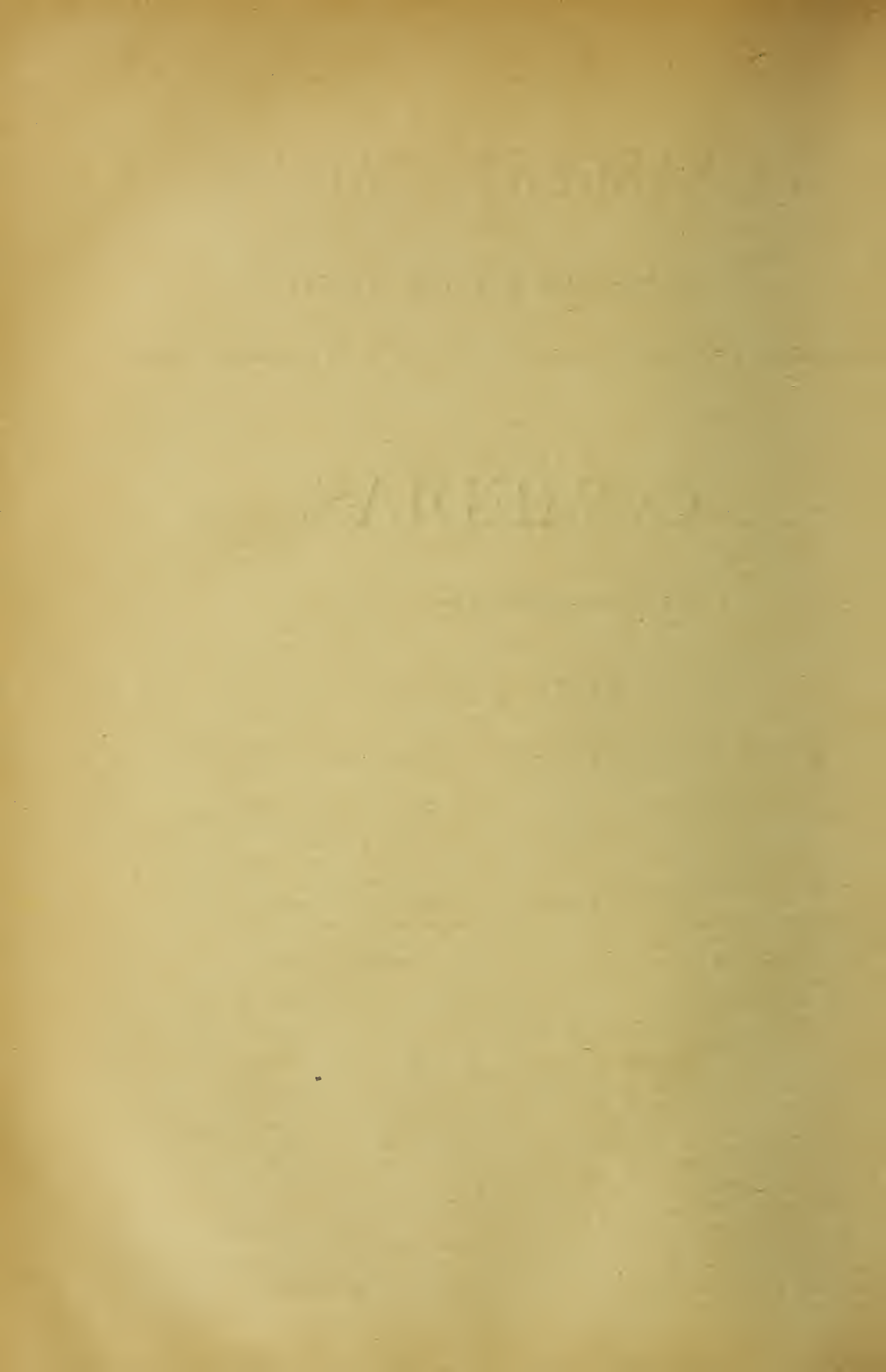
Y si por esto se atufa
el que me preste atencion,
y rábia y patea y bufa,
eche el poema á la estufa
y nunca lea el «Moscon.»

Los fragmentos copiados bastarán para dar al lector idea del personalísimo trabajo en que Segura malgastó su rica vena poético. El poema se publicó en el "Moscon" de Piura, en 1851, y se reimprimió en un folleto de ochenta páginas en 4.º Consta de veinticuatro cantos.

Hemos juzgado inconveniente su reproduccion íntegra en este volúmen.



COMEDIAS.



EL SARGENTO CANUTO,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESTRENADA EN EL TEATRO PRINCIPAL EL DIA 12 DE SETIEMBRE DE 1839.

PERSONAJES.

Don Sempronio.	*Don Juan.*	*Escribano.*
Canuto.	*Doña Jacoba.*	*Sijismundo.*
Pulido.	,, *Nicolasa.*	*Tarima.*
Cazoleta.		*Camote.*

La escena es en Lima.—1838.

ACTO UNICO.

SALA, EN CASA DE DON SEMPRONIO, POBREMENTE AMUEBLADA.

ESCENA I.

JACOBA Y NICOLASA.

Jacoba.—¡Jesús, niña, qué calor!
(Quitándose la saya.)
¡Qué saya tan ajustada!
no he visto cosa prestada
que buena sea. ¡Ay, Señor!
¡Qué demonio! si te digo
que he estado toda la tarde
con mas rábia......! Dios me guarde
de semejante enemigo.
¡Caramba! pues no es petardo
que nada pueda una hacer
con libertad! ¡Puede haber
mayor martirio! ¡Estoy que ardo!
Nic.—¿Pero, Jacoba, qué ha habido?
Cosas del viejo, sin duda.........
Si es preciso estarse muda
cuando él está divertido.
Jac.—No, Colasa, ese demonio
de Canuto, ese borrico
que de cuanto yo practico
ha de dar fé y testimonio,
es el que me ha hecho pasar
la tarde mas endiablada.
¡Si estoy tan acalorada
que no puedo ni aun hablar!
Pegado á mí como liga
se ha estado este majadero,
diciendome que lo quiero
y se lo oculto; fatiga
me ha dado oirlo, Colasa.
¡Qué gritos, qué dicharachos!
¡Qué torcerse los mostachos!
¡Qué contonearse! ¡Qué traza
tan estravagante. ¡Necio!
¿Yo habia de hacerle caso?
Vaya al diablo el candidaso
que le oiga tanto adefecio.
Nic.—Si yo hubiera estado allí
no sufro sus necedades,
y le digo claridades
que lo pongo como ají.
Buena soy yo!
Nic.— Y qué! ¿tú piensas
que se hubiera correjido?
Si estos hombres son y han sido,
Colasa, muy sinvergüenzas.

Nic.—No, nunca es malo, porque
son tales estos villanos,
que si una les dá las manos
luego se toman el pié;
y mas, al que no se estima
no se le calla, Jacoba,
porque juzga que una es boba
y al instante se vá encima.

Jac.—De modo que, segun veo,
ya no puedo divertirme,
porque ha dado en perseguirme
este hombre en todo paseo.
Bien sabes que si yo salgo
solo es por ver á Pulido.........
¡Pobrecito! Qué aburrido
estaba por decirme algo
de sus amores! Don Juan
tambien en el cuarto estuvo,
y con los ojos anduvo
buscándote con afán,
desde el instante que entró;
y no viéndote, al descuido,
me dijo:—Qué! no ha venido
la hermana de usted?—y yo
conociendo que, al no verte,
se puso como enojado,
le dije:—en casa ha quedado
con un catarro muy fuerte.—
Se serenó, y al instante
se despidió cortesmente,
y quedamos solamente,
en el cuarto, yo, mi amante,
el tal Canuto y el viejo,
El uno no despegaba
de mí sus ojos; volaba
el militar; y, perplejo,
nuestro padre no perdia
de vista á ningun torero,
relatando con esmero,
la diferencia que habia
de este tiempo al de Abascal;
y poniendo por los cielos
á un tal *No muchos pañuelos*,
á Breña, y a Cantoral....
¡Ah! se me estaba olvidando
contarte lo mas preciso.
¿Sabes que ese hombre tan liso
con Pulido está rabiando
y que está con él zeloso?
en verdad, tiene razon;
porque le tengo pasion,
y hago bien, que es muy buen mozo.
Yo esperaba á cada instante
que alguna camorra armara.
¡Jesús, Dios mio, y qué cara
le ponia!

Nic.— ¡Habrá tunante!
Y dime ¿con qué derecho
te toma celos ese hombre?
¡Jesús, niña, hasta su nombre
aborrecible se me ha hecho!

Jac.—Solo porque le dá gana.

Nic.—Cierto, que es cosa de ver
que, á la fuerza, ha de querer
casarse contigo, hermana.
Estos tales militares
quieren ser como la espuma,
porque cargan una pluma
y tres ó cuatro alamares.

Jac.—¡Ay niña! mira, lo puso
como el suelo; dijo que era
un mocito calavera;
un pícaro volantuso,
y qué sé yo......... tanta cosa,
que si todo fuera cierto,
ya estaria el pobre muerto
y metido en la carroza.

Nic.—Pon, niña, pronto remedio;
dile que en vano se cansa;
que pierda toda esperanza
porque á ti te causa tédio;
háblale claro; mas vale
que se descubra el pastel,
y nó que vaya al cuartel
que lo quieres propale;
que ande tu honra por los suelos;
y al fin y al cabo, Pulido
no quiera ser tan sufrido
y empieze á pedirte celos.
Si lo que contigo pasa,
Jácoba, conmigo fuera,
como el agua le dijera
que no viniera á esta casa.
¡Gracias á Dios! nadie iguala
á Juan ni lo rivaliza,
que si nó, mas que de prisa,
lo mandara en hora mala.

Jac.—¿Cómo quieres que le enrostre
esas cosas? Nuestro padre.........

Nic.—El viejo por mas que ladre
se callará, al fin y al postre.

Jac.—Lo haré como me lo dices.

Nic.—Si, Jacobita, al momento;
y es preciso que el intento
á Pulido luego avises,
por si tuviera el asunto
algun fatal resultado.
Pero no hay que dar cuidado,
que acá, en mis mientes, barrunto
que todo saldrá muy bien;
y si nó, Jacoba, al fin
habrá la de San Quintin,
que te ayudaré tambien.
Pero creo que allí viene,
con nuestro padre, Canuto:
Aquí dejar á ese bruto
por ahora es lo que conviene,
que nuestro plan muy en breve

se pondrá en ejecucion,
cosa que de un torozon
el demonio se lo lleve.

ESCENA II.

DON SEMPRONIO, CANUTO.

D. SEM.—Canuto, si hubieras visto.
(Borracho.)
á un Zapata! ¡á un Monteblanco!
¡A un banderillero Franco!
Este si que era hombre listo.
CAN.—Vayan á un demonio todos,
los toros, y toreadores,
y tambien los defensores
de esa diversion de godos.
Pues estoy fresco!
SEM.— ¿Y Corujo,
que á la primera estocada
hacia al toro ensalada?
Vamos, parecia brujo.
CAN.—¡Pero, hombre......!
SEM.—¡Y Beque! ¡y Pizi!
CAN.—Qué Beque ni qué canastos!
¿Quiére usted todos los fastos
del Acho sacarme aquí?
SEM.—¡Y aquel negro de la pica!
CAN.—¡Canastos! que vaya el negro,
Pizí y usted tambien, suegro,
á pisar uvas en Ica.
SEM.—¡Caramba! hombre, y los *despejos!*
¡Y esos bailes! ¡y esas *cenas!*
Canuto, cosas muy buenas
hemos visto acá los viejos.
CAN.—¡Voto á brios! Ya la paciencia,
don Sempronio, se me agota.
SEM.—Vamos, una media bota
pegaba ahora.
CAN.— ¡Qué demencia!
Dígame usted, por San Pablo,
¿me caso ó no con Jacoba?
SEM.—¿Pero, hombre, quién te la roba?
CAN.—¡Canastos! lléveme el diablo
con la pachorra y la calma......
¿Y ese mocoso tunante......?
Si un paso me dá adelante
le voy á romper el alma;
lo agarro y.........
SEM.— Flema, Canuto;
sí, flema, y tén ancho pecho,
que tú has de ocupar el lecho
de Jacoba.
CAN.—¿Y cómo un bruto,
sin decir una palabra,
me he de quedar entre tanto?
¡Vive Dios! que si levanto
el brazo, he de hacer que le abra
la bayoneta una brecha,
que le haga, sin ponderar,
todo un regimiento entrar
por izquierda y por derecha.
Mire usted, esta discordia
proviene de su malicia.
SEM.—¿Llegaron á tu noticia
los toros de la Concordia?
CAN.—(Cierto, que tiene este maula
de mi suegro unos resuellos.)
SEM.—Hombre, Canuto! ¿y aquellos
de San Francisco de Paula?
CAN.—Concluya usted de una vez,
suegro, con sus animales.
SEM.—¿Ni los de las fiestas reales
que se dieron á Avilez?
CAN.—¡Vive Dios! que si me apura.......
SEM.—¡Caramba, y qué tiempos esos!
Ahí se botaban los pesos
como quien bota basura;
pero hoy, aun para buscar
el necesario alimento,
anda uno mas que un jumento,
y no lo puede encontrar.
CAN.—¡Vive Dios!
SEM.— La ilustracion
es de esos tiempos el oro.
Vamos, juguemos al toro;
ponte, chico, en posicion.
Soy el de la espada, embiste.
¡Ah toro guapo, cochino!
¿El suelo escarbas mohino?
Aquí está quien te resiste.
Mi pañuelo es la bandola;
embiste que aquí te espero,.........
¡Hola! ¿con qué eres matrero?
¿con qué meneas la cola?
CAN.—¡Canastos! basta de chanzas.
SEM.—¿Qué no embistes, picaron?
Pues morirás á rejon,
ya no tienes esperanzas.
CAN.—Quite usted.........
SEM.— Es un *malacuca*
este taimado animal:
aguárdate que el puñal
te lo clavaré en la nuca.
CAN.—Habráse visto borracho!
SEM.—¡Qué diversion tan señora!
Me parece que veo ahora
á tanto guapo muchacho,
que eran del Acho el adorno,
y que, despreciando muertes,
una hora sacaban suertes
seguidita al toro, en torno
de él. ¡Dios sea bendito
por habernos conservado,
aunque tanto han criticado,
esta diversion!
CAN.— ¡Maldito!
SEM.—¡Quién ese dia trabaja!

Si no hay en casa una seña
en plata para ir, se empeña
de la mujer una alhaja.
Yo, á lo ménos.........
CAN.— ¡Voto á tantos!
Diga usted, suegro, ¿hasta cuando
se ha de estar usted hablando
de los toros, con mil santos?
Vamos á lo que interesa,
ó toco la retirada.
SEM.—Canuto, no temas nada,
yo lo digo.
CAN.— ¿Y ese pieza
con esa cara de escarcha?
Mire usted, de un puntapié,
don Sempronio, que le dé
le hago hacer la contramarcha.
Ese......... ese....
SEM.— Tente firme!
CAN.—Aunque forme un cuadro doble,
con este brazo de roble
le he de hacer venga á pedirme
perdon de sus insolencias.
Solo así podrá aplacarme;
que venga aquí, á suplicarme
y á escuchar mis advertencias.
SEM.—¡Cierto que es atrevimiento
el del mocito! ¡Zambomba!
CAN.—Le he de aflojar una bomba
que le sirva de escarmiento.
SEM.—Toca acá esas cinco, yerno,
que por tal te tengo ya;
pronto el dia llegará
en que hemos de echar á un cuerno
á mas de dos pinganillas;
tú, con tus pulsos; y yo
con la lengua que me dió
Dios á las mil maravillas.
Pocas son cuantas hazañas
me tienes ya referidas
de tu brazo, si medidas
se hallasen con las extrañas
de mi lengua; sabe, pues,
que he encendido dos mil llamas,
y quitado cien mil famas
con esta lengua que ves.
Mas, pasando á otra materia,
¿has conseguido tu empeño?
¿te muestra Jacoba ceño?
¿cuando la ves está séria?
Mira que si dice nó.........
CAN.—Aunque sea como piedra,
la dificultad no arredra
á un militar como yo.
Pondréle estrechado cerco;
cortaré las provisiones;
veremos, en conclusiones,
cual de los dos es mas terco.
Escuche usted, don Sempronio;
yo soy viejo militar,
y empezando á pelear
no le temo ni al demonio.
Pues no faltaba mas ¡vaya!
¡Asustarme! ¡á quién! á mí!
que tan grandes pruebas dí
de valor en Socabaya!
Ya lo he dicho; sitiaré
por hambre esa fuerte plaza,
y usando de astuta traza
mis baterias pondré,
de modo que á la enemiga
artilleria desmonten,
para que al asalto monten
los infantes sin fatiga.
¡Al asalto! Las escalas
(Tirando la bayoneta.)
de mano estén listas ya.........
cegado el foso ya está.........
nadie le tema a las balas.........
que venga aquí un batallon
con bayoneta calada.........
SEM.—¡Por Dios!
CAN.— Descarga cerrada,
muchachos, á ese torreon.
SEM.—¡Hombre!
CAN.— ¡Silencio! aquí un tajo......
con mil diablos á la izquierda......
tambor, toca calacuerda;
todo el mundo venga abajo.
SEM.—¡Pero hombre! ¿yo soy muralla?
CAN.—Volando, al paso de trote......
ninguno se me alborote
al desplegar la batalla.
SEM.—¡Mira......!
CAN.— Que toquen fagina.
Arriba, fuertes soldados,
que el terror de los sitiados
me está dando buena espina.
SEM.—¡Jesús! ¡Jesús!
CAN.— Una guardia
póngase aquí con un cabo.
SEM.—Este hombre me mata.
(Huyendo.)
CAN.— ¡Bravo!
El frente acá, a retaguardia,.........
que marche un piquete luego
con el cabo Pimentel.........
á nadie se dé cuartel.........
SEM.—¡Por la Vírgen!
CAN.— Sangre, y fuego!
SEM.—¡Ay, ay, ay!
CAN.— Aquel *soldao*
lleve bayoneta fija.
SEM.—Pero hombre ¿somos yo y mi hija
el castillo del Callao,
para que así á bayoneta.........?
CAN.—No, señor; eso proviene
de que ese mozo me tiene

trastornada la chaveta.
Así es, que cuando me acuerdo
que es el rival de mi amor,
por vengar mi deshonor
hasta los sentidos pierdo.

SEM.—Yo, para otra vez, te advierto
te batas con mas cuidado,
pues de un tajo mal tirado
bien me puedes dejar tuerto.
Que estés tranquilo me alegro;
pues si sigue la ilusion,
al tomar otro torreon
despachas, hombre, á tu suegro.

CAN.—Que hizo usted hazaña fina
en detenerme concibo;
no queda títere vivo
si me tomo la cortina.

SEM.—Casi-casi una estocada
me soplas en el ataque.
¿Sabes qué eres lindo jaque
para una primera espada?
Mejor es que esas contiendas
las tengas en amoríos,
y reserves tantos bríos
para cuando las emprendas.
Canuto, voy á mandar,
para que dés otra accion,
á la muchacha; atencion
que te puede derrotar.

CAN,—Muy bien pensado, á la obra.

SEM.—Pon en práctica tus luces.

ESCENA III.

CANUTO.

CAN.—Bien puede hacerse mil cruces,
tengo talento de sobra
para enredarla. Confuso
me tiene este gran tunante.
¡De veras será su amante!
¿Mas, qué importa un volantuso?
¡Vaya, vaya! un militar
que ha llegado ya á sargento,
no se debe acobardar
porque un paisano mugriento
se la quiere barajar.
Un militar tan sin tacha
no recula, ¡voto á brío!
Si ese amorcillo me empacha,
yo llamaré en desafio
al amante y la muchacha;
y de mi acero el rigor
ha de despacharlos ¡cuernos!
á los profundos infiernos
á que allí sigan su amor.
¡Canastos! desaire tanto
no lo aguantára ni un negro;
la moza se me dá un canto;
mas me dicen que el tal suegro
tiene plata que dá espanto.
Si acaso el anzuelo traga
don Sempronio, nadie ha de ir
á un viejo soldado en zaga.
¡Ah, que es muy duro vivir,
como estoy yo, á media paga!
¡Que á esto me haya reducido
la ingratitud de mi tierra,
á quien tan bien he servido
en la paz como en la guerra!
En fin, no hay nada perdido.
Si alcanzo con mi pericia
á atraparle á don Sempronio
los talegos, la milicia
bien puedo dar al demonio
que es para mi una pigricia.
Mas, creo que alguíen se acerca......
es la chica, ¡á ella! Canuto,
no hay que perder un minuto
y estrecharla bien de cerca.

ESCENA IV.

JACOBA, NICOLASA, (al paño) Y DICHOS.

NIC.—Háblale como una loca.

JAC,—Nico, pero.........

NIC.— ¡Qué manzana!
Háblale sin miedo, hermana,
cuanto te venga á la boca.

JAC.—Señor don Canuto.

CAN.—Aquí estaba dando,
Jacoba, y cavando
en tu ingratitud,
y en que yo disfruto
solo tu desprecio,
y un mocoso necio
tu solicitud.
Cual real enemigo
mi pecho destrozas,
y fiera te gozas
en tu proceder,
¿Un mozo mendigo
á un hombre prefieres?
De tan mal gusto eres,
cual toda mujer.
Yo que no respeto,
en una batalla,
la espesa metralla
que arroja el cañon
¿hé de estar sujeto
á ser el despojo
de un pérfido antojo
de tu corazon?
Pues sabe, tirana,
que mientras desdeñas
mi amor, y te empeñas
en burlarme así;

con fúria inhumana
ódio y abandono,
señoras de tono
que rabian por mí.
Vamos, Jacobita,
tú me amas, no hay duda;
por eso se muda
tu hermoso color.
¿Tu pecho palpita?
¡Diana! ¡qué victoria!
Cubierto de gloria
me tiene el amor.
Yo soy un sargento,
en el fuego loco;
y dentro de poco
bien seré oficial.
Diez batallas cuento
á cual mas sangrienta,
sin que entre en la cuenta
la del Gramadal.
Mira, en Yanacocha,
con solo estas manos,
ochenta peruanos
al cielo mandé.
Yo y el cabo Rocha
heridos salimos;
pero así seguimos
diez leguas á pié.
Lo que hice en Ananta,
Jacoba, lo oculto,
porque dificulto
no lo sepas tú.
¡Y en Pampas! ¡y en Huanta!
¡Vaya, es escusado.........!
Yo soy el soldado
mejor del Perú.

JAC.—Basta de simplezas,
señor don Canuto,
que es usted muy bruto
para enamorar.
Ponga esas finezas
y su real persona
en una rabona,
y no me haga hablar.
Yo tengo ofrecida
há tiempo mi mano,
y á un hombre tan vano
como lo es usted,
jamás de mi vida
podré hacer el dueño;
y seré á su empeño
como la pared.

CAN.—Nada, nada avanza
tu jénio iracundo;
apesar del mundo
mi esposa serás;
que no hay esperanza,
juro por mi nombre,
porque no soy hombre
que me vuelvo atrás.

JAC.—¡Vaya, que usted sueña!
Para mi marido,
es usted, querido,
muy muñeco *¡guá!*
un daca la seña;
un simple, un mangajo;
un sucio estropajo
que hasta asco me dá.

CAN. Si yo me incomodo
verás, Jacobita,
lo que es si se irrita
un hombre cual yo.
Y si de ese modo,
y con tanta furia,
se apoda y se injuria
solo porque amó.
Escucha, estoy hecho
á esas tus rabietas,
y son bayonetas
que al desprecio doy.

JAC.—Jamàs este pecho
será de Canuto.

CAN.—Basta; no disputo:
lo veremos hoy.

ESCENA V.

DICHOS Y PULIDO

PUL.—Buenas noches, señorita.
Señor Canuto........

CAN.— Yo digo,
¿Qué se ofrece aquí, mi amigo?

JAC.—Viene á hacerme una visita.

PUL.—¿Y usted, señor militar,
es el dueño de la casa?

CAN.—¡Canastos! si se propasa
usted, le habrá de pesar.
No lo soy, alma maldita;
pero impido devaneos:
vaya con sus chicoleos
al banco de ña Aguedita.

PUL.—Yo entro en esta casa hace años,
y no ha habido quien me arroje
de ella.

JAC.— Y cuando se le antoje
puede venir.

PUL.— Sus engaños
pronto se descubrirán.

CAN.—Es usted un maricon,
sin vergüenza y pechugon.

PUL.—Sus insultos ya me están
sacando de mis casillas.

JAC.—¡Qué tal lisura! ¡Se habrá......!

CAN.—Si al instante no se vá
le hago polvo las costillas.

JAC.—Ya no se puede aguantar
tal desvergüenza ¿qué es esto?

Es usted, el que muy presto
se debe mandar mudar
de aquí........ *¡guá! ¡guá!* pues no es buena
que, porque usa usted casaca,
quiera con tanta alharaca
disponer de casa ajena
como si.........
CAN.— Callate tú,
Jacoba; lo dicho, dicho,
ó sale de aquí este vicho,
ó á cenar con Belcebú
sin remedio vá esta noche.
PUL.—No es lo mismo ejecutar,
señor sargento, que hablar
como usted á troche y moche.
CAN.—¡Canastos! ¡á mí con esas!
Como que se vá saliendo
la bayoneta, y diciendo
que lo reduzca á pavesas.
¡Oiga usted, señor Cerezo!
Digo á usted que se reporte,
porque si nó, al primer corte
le boto al suelo el pescuezo.
PUL.—Esto es ya mucho sufrir!
Ya se verá usted muy bien,
que tengo manos tambien
para hacerle á usted sentir
que impune nadie me ultraja.
CAN.—Pues señor, concluido asunto,
cuéntese usted por difunto
y haga que le dén de baja.........
Reto á usted y hasta á su abuela.
PUL.—Acepto, señor Canuto.
CAN.—Pues que se vista de luto
ya toda su parentela.
PUL.—Escuche usted; esta casa
es para mi de respeto.
CAN.—Ya va aflojando el sujeto.
Esa disculpa no pasa,
amigo.
PUL.— Que se concluya,
amigo, este pleito á solas;
aquí tengo dos pistolas,
cada uno tome la suya,
y vamos.
JAC.—¡Por Dios, Pulido!
CAN.—Amigo, yo.........
PUL.— Fanfarron,
salgamos pues.
CAN.— No peleo
con esa arma; porque veo
que me pasa la nacion
la que llevo, y desairarla
seria si yo sufriese
que alguno me acometiese
sin poder desenvainarla;
con ella á todo atrevido
que me ofenda.........
PUL.— Me convengo;
pero oiga usted, le prevengo
que salgamos.
CAN.— Ofendido,
¡canastos! he sido aquí;
¡Y vive Dios! que aquí, fijo,
la satisfaccion exijo
que usted debe darme á mí.
Desenvaine usted.
JAC.— ¡Señor!
Modérese usted.
CAN.— Verás
si se insulta así no mas
á un hombre, al que el Protector
sobre el campo de batalla
hizo sargento segundo;
y que, en su pecho, ante el mundo
hice mas de una medalla,
y otras condecoraciones.
JAC.—Pulido, te precipita
tu ceguedad.
PUL.— Jacobita......
déjame, mi bien; razones
basten, Canuto, que es mengua
que dure mas nuestra queja.
Veremos si usted maneja
esa arma como la lengua;
este estoque es el que vibro
con la mejor toledana;
toda palabra ya es vana.
CAN.—(Esta no estaba en mi libro....
este mocito me admira....
es capaz de todo.)
PUL.— Amigo.
CAN.—Aguarde usted......(si prosigo
insultándolo me estira.)
PUL.—El tiempo se está pasando.
JAC.—(Voy á hacer que venga jente,
porque puede este insolente.

(Dirijiéndose á la puerta.)

hacernos mal.)
PUL.— ¿Hasta cuando
piensa usted, señor Canuto?
Fuera toda reflexion!
CAN.—(Este me manda al panteon,
si un poco mas le disputo.)
Desde el gobierno del Rey,
amigo, esa arma es prohibida.
¡Canastos! y por mi vida
yo no quebranto la ley.
JAC.—¡Señor.. .! corriendo......! Colasa!
PUL.—Pelea usted ó ¡vive Dios!
CAN.—Hombre, despacio. (¡Qué voz!
¡Este mocito me embaza!
Cuando ménos me desarma......)
Se cansa usted ¡por San Gil!
Yo me bato con fusil
solamente, porque es mi arma.

ESCENA VI.

NICOLASA Y DICHOS.

NIC.—¿Qué hay, Jacoba?
JAC.— ¡Jesús, niña!
Que Canuto casi mata
á Pulido.
NIC.— No maltrata
su acero en ninguna riña.

ESCENA VII.

DICHOS Y DON SEMPRONIO.

SEM.—¿Qué ha habido? ¿murió Tirado?
CAN.—¡Canastos! no le he hecho un daño.
SEM.—¡Ah! ya estoy! ¿aquel castaño
murió, al fin, desmondogado?
JAC.—Señor, esto es lo que pasa:
dar don Canuto ha querido
de estocadas á Pulido.
SEM.—Vacia estuvo la plaza.
CAN.—Él bien puede agradecer....
SEM.—¡Ay, niñas! Jesús me asista!
¿Dónde habré puesto la *lista?*
Se me habia de perder!
CAN.—Don Sempronio, este bribon
por usted puede librarse;
pero ¿cómo ha de quedarse
sin darme satisfaccion?
¡Maldita sea la tregua!
Escuche usted, mocosillo;
si lo agarro del fundillo
lo despacho hasta la Legua.
PUL.—Sí, delante de la jente
se come usted medio mundo;
es sin igual, sin segundo,
y el militar mas valiente;
pero cuando no hay testigos,
¡caramba! ya es otra cosa,
allí se acaba la prosa
y todos son sus amigos.
CAN.—Como que soy de usted yerno,
que esta casa lo ha librado
á este mocito malvado
de vivir ya en el Infierno.
Ya existiera solo en sombra,
si, al matarlo, no temiera
que la sangre que corriera
le ensuciara á usted la alfombra.
SEM.—Si fué corta la cornada!
CAN.—¡De coraje estoy temblando!
SEM.—Canuto, ¿no estás hablando
del cholo de la lanzada?
NIC.—Que es mi hermana alguna zamba
ha creido este espantajo?
¡Válgame Dios! ¡no es trabajo!
¡Cómo está el tiempo! ¡caramba!
SEM.—Cierto, ya no hay *gutifarras;*
ni se bebe agua de berros;
ni juegan toros de perros.........
¡Ah tiempo, tiempo de marras!
CAN.—Don Sempronio.........
SEM.— ¿Qué sucede?
CAN.—Pero, hombre, ¿no lo vé usted?
Despues que le he hecho merced
de la vida, aun no me cede
el puesto este mo.........
SEM.— ¿Qué cosa?
NIC—¡Habráse visto muñeco
mas orgulloso y mas hueco!
SEM.—La *porfiada* ¡eh! sí, graciosa!
CAN.—Don Sempronio, de una vez
que se haga este casamiento,
que si tarda mas reviento.
SEM.—¿Y quién se opone? ¿quién es
ese atrevido, ese osado?
JAC.—Señor, no quiero marido......
SEM.—No hay mas suplico ni pido,
y aténgase á lo mandado.
Canuto, un golpe de mano
demos y fuera embolismo:
corre, chico, y ahora mismo
conduce aquí un escribano.
Cerraremos el contrato;
te casarás, yo lo juro.
CAN.—Así, suegro, duro, duro.
Oiga usted; si no lo mato
es por respeto á esas faldas.
Me voy, pronto volveré;
(Y por si acaso traeré
quien me guarde las espaldas.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos DON CANUTO.

PUL.—Don Sempronio, yo juzgaba
que en esta casa podia
entrar como antes entraba,
con franqueza, y no sabia
que sin causa se insultaba
á un hombre de bien en ella;
pero veo, á la verdad,
que aquí todo se atropella,
faltando á la urbanidad.
Si yo adoro á esta doncella
es con lícitos intentos;
ella paga mi cariño:
yo sabré mis juramentos
sostener, que no soy niño
que se le asusta con cuentos.
SEM—Sepa usted, caballerito,
que si yo le he permitido,
aunque usted no toca pito,
entrar en mi casa, ha sido
porque es hijo de Agapito,

á quien debo mil finezas;
pero nunca presumí,
que con su amor, sus bajezas,
y su loco frenesí
nos rompiera las cabezas.
Aunque la ira de usted crezca,
ha de contraer matrimonio
mi hija con quien me parezca,
como me llamo Sempronio.
¡Pues hombre! ya estaba fresca,
si con usted se casára!
Mejor la entregára á moros;
otra cosa no faltára
que cuando fuera á los toros
su marido regañára.

Jac.—Si yo me caso, señor,
será con quien me acomode;
que me tenga mucho amor,
y que en nada me incomode.

Sem.—Con quien yo quiera, al rigor.
(Fuerte.)

Nic.—Y yo, señor, si me caso
ha de ser con un buen mozo,
que sea de mi *gustaso*,
y á quien pueda hacer dichoso.

Sem.—Veremos si llega el caso.

Jac.—De otro modo, aunque me maten.

Sem.—Tú de Canuto serás;
sinó mandaré que te aten
como á loca, y no querrás,
bien lo sé, que te maltraten.

Nic.—Y yo...? ¡ay! Dios me perdone...!

Sem.—Y tú lo harás, bachillera,
con quien yo te proporcione;
con un demonio, tronera,
si á tu padre se le pone.
¡Qué! ¿no es mas que esclavizarse,
que convino ó no convino,
porque es preciso casarse
con un mozo sin destino,
que no haga mas que pasearse?
¿Y porque fué del agrado
métase en casa un zoquete,
altivo, desvergonzado,
que siempre esté siete á siete
con el bolsillo planchado?
No, señor, no puede ser.
Necesario es que el marido,
que bien quiera á su mujer,
disfrute un sueldo crecido
para darla de comer.
Y como hoy el caerse muerto
trabajando, no da más
que cálculos sin concierto,
y siempre anda uno detrás
del dinero y del acierto;
y como ni aun ser empleado
en lo político vale,
porque en el sueldo pagado
el año á dos meses sale;
yo creo haber acertado,
cuando he podido encontrar
un novio para cada una
que bien las ha de tratar;
porque, chicas, la fortuna
favorece al militar.
Todo otro es una polilla
que debe dejarse atrás;
si Canuto á tí te pilla,
como dicen, de un tris-trás,
eres una *pinganilla*.
A tu destino, á tu gala
te harán mas de un rendimiento......
Tú, chica, aunque eres tan mala,
si te toma otro sargento,
pronto serás Generala.

Pul.—(Comido te veas de piojos.
¡Qué malicia tan perfecta!)

Sem.—No hay mas que cerrar los ojos,
y cuando ménos Prefecta.

Pul.—(No saldrás con tus antojos.)

Nic.—No quiero generalato;
lo que gusto es un paisano
que me ame, me dé buen trato;
que esté mano sobre mano,
y no muera como pato.

Jac.—Aunque sea un desatino,
tambien me quiero casar,
con paisano, sin destino,
que no lo hagan engordar
y morir como cochino.

Pul.—Si se unen con generales
será por inclinacion,
que yo creo que no son,
don Sempronio, irracionales.
De otro modo, tribunales
tenemos, decidirán
ellos, si se casarán
con su gusto ó el ageno,
ó si forzarlas es bueno
solo por el qué dirán.

Sem.—Lo hará con el que me cuadre
y que me parezca bien;
á mí me obligó tambien
á casarme cón su madre,
hace treinta años, mi padre......
se cumplen en el que viene......
Y usted, mocito ¿qué tiene
qué reprenderme? ¡pobrete!
¿Ni quién demonio lo mete
en lo que no le conviene?

ESCENA IX.

DICHOS, CANUTO Y CAZOLETA.

(Armado con fusil y cartuchera.)

Can.—Párate aquí, Cazoleta.........
Firme, lo mismo que roca;

y si alguno te provoca
métela la bayoneta.

SEM.—Acabáras de llegar.
¡Hombre, qué guapo muchacho!
Creo que lo ví en el Acho
de centinela, al entrar.

CAN.—No, suegro, es mi cuartelero
que va á resguardar la casa
de bribones.

SEM.— Tiene traza
de ser diestro garrochero.
¡Cáspita! invencion tan bella,
por Cristo, que pide un trago......
Por beberlo me deshago......
Camote, trae la botella.

(Llamando.)

CAN.—Aguarde usted, don Sempronio,
voy á darle la consigna;
este hombre no se persigna,
y es mas bravo que un demonio.

JAC.—Pulido ¡válgame Dios!
¿qué es esto?

NIC.— Jacoba, bulla.

PUL.—No temas, que con la suya
no se han de salir los dos.

CAN.—La vida aquí caro vendes:

(A Cazoleta.)

si alguien te atropella...... fuego!
y me llamas luego, luego;
Cazoleta, ya me entiendes,
nadie entra.

NIC.— Gracioso intento,
tratar de un modo inhumano
la casa de un ciudadano
lo mismo que un campamento!
Pero de qué hay que admirarse
si lo tienen de costumbre!

(Sale Camote con una botella y se vá.)

SEM.—Canuto, aquí está la lumbre;
vamos, chico, á refrescarse.

CAN.—Lo dicho.

SEM.— ¿Y el escribano?

CAN.—¡Ah! sí, mira......... don Zenon

(A Cazoleta.)

vendrá con don Pantaleon,
ó tal vez con don Mariano.
Cazoleta, das las voces
cuando se divisen; alto!
te pones allí de un salto
y vas y los reconoces;
y que entren; mucho cuidado;
mira que si te descuidas,
no te bastan dos mil vidas
para ser *afusilado*.

JAC.—¿Qué querrá hacer?

CAN.— ¿Todavia
está aquí este mocosuelo?
Vamos, largo!

PUL.— Por el suelo
te he de mirar, por mi vida.

CAN.—¿Refunfuña usted? Volando
salga de aquí.

NIC.— No saldrá,
señor Canuto, se irá
cuando guste. ¿Usted qué mando
tiene en esta casa?

SEM.— Calla!

PUL.—Me voy. (Se cree muy seguro....
Yo lo meteré en apuro
de aquí á un rato, á este canalla.)
Adios, señores.

JAC.— ¡Colasa!

NIC.—No te aflijas, niña *¡guá!*
¿Acáso se ha muerto ya?

CAZ.—Haga alto ahí. ¿Este pasa?

(A Canuto.)

CAN.—Sí, dale su culatazo
y que vaya á refrescarse
al rio, ó bien á rascarse
á algun tunal.

ESCENA X.

DICHOS, ménos PULIDO.

NIC.— ¡Simplonazo!
No me han de tapar la boca
aunque me hagan dos mil cuartos;
¡Yo querer á estos lagartos!
Veremos si se me toca.

JAC.—Colasa, por Dios, hermana,
no me abandones.

NIC.— Me rio.........
Deja, niña, que confio
que no le ha de quedar gana
de volver aquí á este bruto:
Pulido nos vengará,
y entónces conocerá
quién es quien se pone el luto.

SEM.—Se acabó la griteria.
Aticemos la linterna.

(Llenando los vasos.)

Brindo por que sea eterna,
Canuto, tu nombradia.

CAN.—Y yo, don Sempronio, brindo
porque á todo pinganilla
le pongan una golilla
para colgarlo en un guindo.

SEM.—Brindo otra vez. En la fama
eres, yerno, y en valor
de mas pujanza y furor
que un barroso de Bujama.
Brindo.........

CAN.— Yo sigo, eso no:
porque todo ciudadano
tome el fusil en la mano
para que lo mande yo.

SEM.—Bien, chico. En tu lozania
y retorcido bigote,
creo ver al *monigote*
junto con doña Maria.
Brindo.........
CAN.—Ahora yo.........
SEM.— No, señor.........
CAN.—A mí me toca.........
SEM.— Yo sigo.........
CAN.—No lo permito; yo digo.......
SEM.—Brindo.........
CAN.— Yo...... por el honor
de todo mi regimiento.
NIC.—¡Qué borrachos!
CAN.— Jime, jime.
SEM.—Ahora que me acuerdo ¿dime,
hasta cuando eres sargento?
CAN.—Pronto seré sub-teniente,
segun se me ha dicho hoy;
escuche usté, y como soy
tan táctico y tan valiente,
y tengo de altas personas
el influjo, yo supongo
que dentro de un mes me pongo
de capitan las caponas.
¡Si, señor! y esto no es nada.
Cazoleta, dá la voz.
(A Cazoleta.)
CAZ.—¡Centinela alerta!
CAN.— En dos
meses que pasen, espero
ser un hombre sin igual.
SEM.—Muy bien, yerno, de esa suerte
ya estoy rabiando por verte
vestido de general.
CAN.—¡Canastos! y aun no es carrera.
SEM.—Dale, Canuto, pues nó!
NIC.—(Capitan conozco yo
que, ahora un mes, sacristan era.)
SEM.—Mira, yerno, antiguamente,
¡ya se vé! ¡tiempos estraños!
servia uno sesenta años
y aun no llegaba á teniente.
¿Crees que son ponderaciones?
No, señor; conocí yo
á un cadete que cargó
cincuenta años los cordones.
CAN.—¡Canastos con la tardanza!
SEM.—Pero hoy, chico, ya se sabe
como quien corre la llave
en tu carrera se avanza.
CAN.—Ya se vé, nuestros servicios
nos hacen subir tan pronto;
que el Protector no es tan tonto
para dar premio á los vicios.
SEM.—Tienes razon, bien pensado;
entónces no habia batallas
tampoco, ni con medallas
se adornaba al buen soldado.
¡Cáspita! pero hoy mas sério
se hila, y se sacan ventajas.
Por quitame allá estas pajas,
bala hay que canta misterio.
CAN.—Mire usted; cada galon
nos cuesta á nosotros, suegro,
sudar lo mismo que un negro
que trabaja en el galpon;
y este exesivo trabajo
nos dá derecho, á mi ver,
¡canastos! para tener
siempre al paisano debajo.
No son estas fantasías
de un militar de mi celo;
¡cabales! que hasta en el cielo,
don Sempronio, hay gerarquías.
SEM.—Bien, Canuto, y si nó palo.
De ese mismo modo opino.
CAN.—Si no valen un comino
ni para bueno ni malo.
NIC.—Vámosnos, hermana.
(A Jacoba.)
SEM.— Aguarda,
que ahora vas á dar la mano
á Canuto.
CAN.— El escribano.........
¡vive Cristo! y como tarda!
Jacoba, si mi constancia,
mi cariño y mi fineza
no han rendido tu belleza.........
Cazoleta, vijilancia!
(A Cazoleta alto.)
Y si aun tu amor no disfruto,
ese corazon de acero
lo rendiré á lo guerrero,
como me llamo Canuto.
NIC.—(Cierto que saca de quicio
[A Jacoba.]
ese modito de hablar!
Si creerá que enamorar
es mandar el ejercicio.)
JAC.—Antes me matan, por cierto,
que consienta en ser su esposa.
CAN.—Ese escribano raposa
creo que se ha caido muerto.
CAZ.—¿Quién vive?
CAN.— ¿Qué hay, Cazoleta?
CAZ.—Ahí vienen unos paisanos.
(A Canuto.)
CAN.—Obsérvales bien las manos,
y vé si uno trae muleta.
CAZ.—Alto! Señor, es un cojo
(A Canuto.)
con otro.
CAN.— Diles que pasen.
(Veremos ahora lo que hacen.
Ya estás, Canuto, en remojo.)

ESCENA XI.

DICHOS, JUAN Y PULIDO.

(Disfrazados.)

PUL.—Buenas noches.
SEM.— Adelante!
(tiene este ganzo mal ojo.)
CAN.—(El debe ser, pues es cojo.)
PUL.—(Valga la astucia de amante.)
CAN.—Acérquese usted, mi amigo;
y usted tambien; yo me alegro
(A Juan.)
que haya venido este, suegro,
para servir de testigo.
La voz, Cazoleta!
CAZ.— Alerta!
(Recio.)
CAN.—A este hombre nadie lo engaña.
Frente, chico, á la campaña......
(A Cazoleta.)
¡canastos! hácia la puerta.
¡A mí burlarme un paisano!
¡Un pícaro pinganilla!
SEM.—Colasa, acerca una silla
para el señor escribano.
Vamos pronto, que ya es tarde
y yo no estoy tan despacio.
Tómala, chico; á palacio
no entra, hombre, ningun cobarde.
CAN.—Pues á la carga! Señora,
oiga usted; ya va á cesar
el infinito penar
del hombre que mas la adora.
JAC.—Déjeme usted que no quiero.
NIC.—Si, señor, no es de su gusto,
y antes de hacer nada injusto
nos destrozarán primero.
SEM.—Eso si, pico no falta.
Todo ese es tiempo perdido.
Arrástrala! de aburrido,
¡caramba! el pecho me salta.
Te casarás, si señor;
y esto es tan cierto y cabal,
como hoy el del Naranjal
revolcó al rejoneador.
CAN.—Venga.
JAC.— No quiero...... ¡Ay Colasa!
NIC.—Déjela usted.
(A Canuto.)
PUL.—Fuera embozo!
(Descubriéndose.)
Al que chiste lo destrozo.
Silencio!
SEM.—¡Quién en mi casa......!
CAZ.—Mi sargento, que me matan!
(Pulido le quita el fusil.)
CAN.—Al arma!
CAZ.— ¡Traicion!
CAN.— ¡Traicion!
PUL.—Si habla usted mas, fanfarron,
(A Canuto.)
las furias se me desatan.
CAN.—Pero oiga usted......
PUL.— Juan, el sable......
(A Juan.)
SEM.—¡Caramba! que es fuerte empeño
que quiera usted que ni el dueño
de la casa nada hable!
CAN.—Es un.........
PUL.— Chito, chito, al caso!
Silencio! porque si nó
(A Canuto.)
le haré á usted que calle yo
dándole un pistoletazo.
CAN.—Caballero, yo he estimado
á usted siempre y.........
PUL.— Atrevido!
CAN.—Y aun le he formado partido
para hacerlo diputado.
¿Por qué me trata usté así?

ESCENA XII.

DICHOS, ESCRIBANO, TARIMA.

ESC.—Esta es la casa, Tarima;
pon el tintero ahí encima:
PUL.—Mándese mudar de aquí.
(A Canuto.)
CAN.—(A ver si ahora que hay mas jente
puedo).........Señor no me iré;
(A Pulido.)
¡canastos! que ántes sabré
castigar á un insolente.
JUAN.—Entre usted don Sigismundo;
no te muevas de ahí, petate.
(A Cazoleta.)
Pulido, á ese botarate
despáchalo al otro mundo.
CAN.—¡Por Dios, hombre! caballero......
con que yo que soy su amigo....
Mire usted, casi consigo
que fuera usted mi primero.
ESC.—Que se vayan acercando
las partes; y tú, Tarima
ponte á escribir aquí encima,
que este es el *pane lucrando*.
CAN.—Aquí estoy yo.
(Acercándose.)
NIC.— Dé usted fé
que con el señor Pulido
se casa mi hermana.
CAN.— Pido......
PUL.—Amigo, ¿aun no se vá usted?
(A Canuto.)
Ahora lo verá.
CAN.— ¡No, no......!
Ya me marcho.

NIC.— Maricon!
CÁN.—Cazoleta ¡qué traicion!
pronto la vengaré yo!
Buen Cazoleta, marchemos.
¡Insolentes, altaneros!

(Saliendo.)

Con cincuenta granaderos
muy pronto regresaremos,
y á bayoneta calada
entraremos en la casa,
y no dejaremos raza
de esta familia endiablada.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos CANUTO Y CAZOLETA.

PUL.—Secretario, vamos, prisa!
SEM.—¿Pero qué diablos es esto?
Mejor métanme en un cesto
ó en una caballeriza;
échenme paja y cebada
porque calle y esté quedo......
si ya en mi casa no puedo,
¡con mil diablos ! mandar nada.
¿Qué quiere este caballero?
ESC.—Vengo á dar fé y testimonio
que la hija de don Sempronio......
Tarima acerca el tintero......
vá á casarse ó desposarse,
que es lo mismo para el caso,
pues que.........
SEM.—Pues, paso entre paso
puede usted de aquí largarse.
ESC.—Déje usté hablar, pues es fama...
SEM.—Vamos, sea usted lacónico.
ESC.—Lo que el derecho canónico
in facies eclessiæ llama.
SEM.—¡Qué facies, ni qué patrañas!
¿Quién demonios será usté?
Váyase de aquí á dar fé
á otra parte con sus mañas.
Escucha tú, ¿y por qué agarras
á mi hija?

(A Pulido.)

JAC. y NIC.—Padre....

(Acercándose.)

PUL. y JUAN.—Señor......

(Idem.)

SEM.—¡Diablos! no soy templador,

(Separándolos.)

ni toro de las mojarras.
JAC.—Señor, quiero ser feliz
casándome con Pulido.
SEM.—¡El diablo te se ha metido
dentro del cuerpo, infeliz!
¿Con ese *zampalimones*
quieres casarte, Jacoba?
¿Con ese Juan de la Coba
que no tiene ni calzones?
PUL.—Señor, usted se equivoca;
yo tengo siete mil pesos
de principal, y con esos
y mi industria, que no es poca,
la sostendré; mi difunto
abuelo estas proporciones
me dejó-
SEM—Tales razones
me hacen convencer al punto.
Te casarás.
NIC.— Yo, señor,
quiero hacerlo con don Juan.
SEM.—¡Esta es otra! ¿no es afan
el de mi hija? ¿no es primor
querer casarse de vicio,
solo porque al caso viene,
con un mozo que no tiene
oficio ni beneficio?
JUAN.—Está usted mal informado:
míreme usted, don Sempronio;
creo que en el matrimonio
no será usté el engañado.
SEM.—¿Quién eres tú?
JUAN.— Yo soy Juan.
SEM.—¿El hijo del boticario?
JUAN.— Si.
SEM.—Pues señor, secretario,
las cosas concluido se hán;
pero hay un impedimento......
ese sargento Canuto....
JUAN.—Ese, señor, es un bruto,
(Válgame aquí el fingimiento.)
Sabe usté, en cierta ocasion
dijo de usted......
SEM.— ¿Qué?
JUAN.— No poco;
que era usted un viejo loco,
y el capeador un bribon;
que era un salvaje aquel cholo......
SEM.—¿Cuál?
JUAN.—El que dá la *lanzada*,
y qué sé yo.........
SEM.— Bribonada!
¿Aguardar al toro solo,
es ser salvaje? guapeza
dijera el ignoranton.
Por Dios, que de indignacion
ya me duele la cabeza.
JUAN.—Que él habia de patear
dijo al que hacia la *lista;*
y hasta del mismo asentista
tuvo al fin que murmurar.
SEM.—¡Eso dijo! habrá lisura!

¡Que tan deslengüado sea!
Permita Dios que lo vea
en el Acho de *figura*,
y el toro le dé tal tanda
que lo mande á los infiernos,
y que le pase los cuernos
por el cuerpo banda á banda;
que le abra la paletilla;
que despues lo *desgarreten*
y últimamente lo fleten
difunto á la carretilla,
¡Dale si los casaré!
Si será, aunque lo he negado.
JUAN.—¿Aun está usted obstinado?
SEL.—No, estoy resuelto, ya que
ese bribon de sargento
me engañó con sus mostachos.
Vaya, abrácense muchachos!
Vivan llenos de contento
unidos, en tal estado,
en la calle y el retrete,
como en el toro el jinete
cuando está bien ensillado.
NIC. y JAC.—Padre!
PÓL. y JUAN.— Señor!
SEM.— Nada de eso;
hoy mismo os vais á casar,
y que nadie vuelva á hablar
de ese sargento camueso.
Ya la cosa es acabada.
NIC.—Vamos, Jacoba, á dormir
que tenemos que reir
mucho de esta bufonada.

LA SAYA Y MANTO.

COMEDIA DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EL 6 DE DICIEMBRE DE 1842.

PERSONAJES.

Don Juan.
Bonifacio.
Mariano.

Doña Rosa.
Maria.
Juliana.
Criado.

LA ESCENA ES EN LIMA.—EL TEATRO REPRESENTA UNA SALA REGULARMENTE AMUEBLADA.

La accion dura doce horas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA ROSA Y JULIANA.

Ros.—Dame la saya, Juliana;
pronto, que voy á salir.
Jul.—¿Y á dónde piensa usted ir,
señora, tan de mañana?
Ros.—¡Estraña curiosidad!
De todo imponerte quieres.
Jul.—De nosotras, las mujeres,
esa es ya una propiedad.
Ros.—¿Vas, ó no vas por la saya?
(Recio.)
Pul.—¡Qué prisa! Ya voy, señora.
Ros.—¡Qué mujer tan habladora!
Jul.—!Jesús! y qué *mala laya!*

ESCENA II.

DOÑA ROSA.

¡A cuánto obliga el amor!
Tan solo por darle gusto,
voy á tener el disgusto
de ir á ver al tal señor.
Segun lo que hemos hablado,
hoy me debe de decir,
si podré ó no conseguir
ver á este hombre colocado.
Tres cuartos para las siete
creo que acaban de dar;
tal vez no lo pueda hablar
solo ya en su gabinete.

ESCENA III.

DOÑA ROSA Y JULIANA.

(Trayendo una saya.)

JUL.—Aquí está la saya.

(Dándosela.)

ROS. Venga.
Tira, Juliana.

(Poniéndosela.)

JUL.—Ya está.

(Tirando.)

ROS.—¿Y qué tal el cuerpo vá?
JUL.—No hay en Lima quien lo tenga.
ROS.—¿Dónde está el manto?
JUL.— *¡Catay!*

(Dándole.)

ROS.—¡Diablo! Quién ha hecho este nudo?
JUL.—¡Qué sé yo!
ROS.— ¿Pero quién pudo
tomarme este manto de *hay?* (1)
¡Ah! ya estoy: el otro dia
lo presté á una camarada.
JUL.—*¡Catay*, pues! y á la *alquilada* (2)
se le resondra y porfia.
ROS.—Desata aquí. Ya no quiero
volver á prestar mis cosas.
¡Qué gentes tan desidiosas!
En nada ponen esmero.
JUL.—Ya está el nudo desatado.

(Dándole el manto.)

ROS.—Daca......Compónmelo bien.
Con cuidado......vé tambien
no vaya á estar arrugado.
Estíralo por acá.

(Dándose vuelta.)

JUL.—Válgame Dios! ¡Qué pintura!
ROS.—¿Me hace gruesa la cintura?
JUL.—No, señora, bien está.
ROS.—Mira, cuando Juan despierte,
si te pregunta por mí,
dile, Juliana, que fuí
á misa......á la Buena-muerte.
JUL.—¿Tan léjos?
ROS.— ¿Y por qué nó?
JUL.—En eso las dos mentimos.
ROS.—¿Y por qué?
JUL.— Porque vivimos,
señora, por *Ya-parió*.
ROS—¡Disparate!

[1] *Hay* —limeñismo, que equivale á *ahí* ó *allí*.
[2] *Alquilada* — doméstica contratada para cocinera.

ESCENA IV.

JULIANA.

¡Disparate!
¿Y quién creermelo podrá,
cuando á un paso de aquí está
la Parroquia, ó Monserrate?
¿No fuera mas natural
irse á encomendar á Dios
á cualquiera de las dos?
O yo soy un animal
ó estos no son sus cuidados.
¡Y para qué tanta prisa
para ir diariamente á misa
á los quintos apurados!
¡Caramba! si está la niña
que puede aguantarla el diablo!
Si hago alguna cosa, si hablo,
al instante forma riña.
Todo es entrar y salir;
todo es torcer el hocico;
todo es un chichirimico.
¡Por Dios, que esto no es vivir!
JN.—Juliana.

(Llamando de adentro.)

JUL.— Ya voy, señor.
Y de esas pocas conmigo;
porque lo que digo digo,
y los planto á lo mejor.
Que me aspen, si este trajin
que nos trae al estricote,
no proviene de un *camote;* (3)
pero de esos de Lurin.

ESCENA V.

DON MARIANO Y JULIANA.

MAR.—Muchacha!
JUL.— ¿Quién es?
MAR.— Está
el señor don Juan en casa?
JUL.—No, señor, que aun está en cama.
JN.—Juliana!

(Adentro.)

JUL.— Ya voy.
MAR.— Escucha.

(Deteniéndola.)

JUL.—Déjeme usted que me llaman.
MAR.—Aguarda......
JUL.— ¡Válgame Dios!
Mar.—Y dime ¿á dónde está tu ama?
JUL.—¡Mi ama! no ha nacido.
MAR.— Oye:
¿Ha salido?

[3] *Camote* —pasion amorosa.

Jul.— Sí...... ¡caramba
con el hombre!
Mar.— ¿Y tardará?
Jul.—Déjeme usted...... ¡Qué machaca!

ESCENA VI.

DON JUAN Y DICHOS.

Jn.—Bien podia haber estado
gritándote hasta mañana.
¿Qué haces, mujer?
Jul.— Yo, señor,
me iba, cuando usted llamaba
para adentro, y don Mariano,
que á este tiempo entraba en casa
á buscar á usted...—
Jn.— Mi amigo,
¿qué negocio de importancia
le ocurre á usted tam temprano?
Jul.—(El negocio es tu cuñada.)
Mar.—Efectivamente que es
bien importante la causa,
que me hace buscar á usted
tan de mañana en su casa.
Jn.—Muchacha, márchate adentro.
Mira...... recoje esa cama
y aséame la vivienda.
Jul.—Bien, señor.
[Yéndose.]
Jn.— Oye, muchacha:
¿Rosita se levantó?
Jul.—Si, señor.
Jn.— ¿Y por dónde anda?
Jul.—Fué á misa.
Mar.— (Tal vez habrá ido
donde el Ministro.)
Jn.— Bien, marcha.
Jul.—(Si el viejo vá á misa ahora
cae doña Rosa en la trampa.)

ESCENA VII.

DON JUAN Y DON MARIANO.

Jn.—Con que, señor don Mariano,
ya me puede usted decir
en qué lo debo servir.
Mar.—Corriente, don Juan.
Jn.— Al grano.
Mar.—Pues señor, está muy bien;
si usted gusta molestarse,
puede el negocio efectuarse
en ménos de un santiamen.
Jn.—¿Y qué cosa es?
Mar.— A eso voy.
Me esplicaré claramente.
¿A quién mejor que á un pariente
le he de decir como estoy?
Jn.—¿Pero qué hay?
Mar.— Yo necesito
que usted me apoye, don Juán,
para conseguir el pan.
Pues ......asi...... un empleito.
Jn.—¡Hombre, yo!
Mar.— Usté es amigo
con el Ministro de Hacienda,
y si usted me recomienda
fijamente lo consigo.
Fuera de esto, el Protector
lo aprecia á usted demasiado,
y yo seré colocado
si empeña usted su favor.
Estoy seguro, don Juan,
que si usted el hombro arrima
hará, si le place, en Lima
arzobispo á un sacristan.
Si usted me hace esta merced
puedo entregarle este escrito.
[Dándole un papel.]

Jn.—Pues, señor, siento infinito
no poder servir á usted.
Mar.—¡El posible!
Jn.— Cabal, nó;
tenga usted por cosa cierta
que estamos en guerra abierta,
há tiempo, el Ministro y yo.
Y si mi dicha futura
en él solo consistiera,
por no verlo la perdiera.
Digo á usted la verdad pura.
Mar.—(Se erró el golpe por aquí.)
Jn.—Ni tampoco el Protector
me dispensa ese favor
que me atribuyen á mí.
Mar.—Siendo así, señor don Juan,
veremos otro resorte.
Jn.—(Sí, nunca falta en la corte
quien proteja á un perillan.)
Mar.—¿Qué cosa?
Jn. Nada; decia
que si usted tiene servicios
logrará los beneficios
que apeteciére en el dia.
Mar.—¡Servicios! á la verdad
no los tengo; pero creo
que para obtener empleo
no hay de ellos necesidad.
Mil tienen ménos que yo
y están como unos papistas;
recorra usted ambas listas
y verá si es cierto ó nó.
Jn.—¡Ya se vé......!

MAR.— Y si los tuviera
pocos empeños buscára,
porque yo los cacareára
hasta que algo consiguiera.
Y si así no me salia,
mi amigo don Juan, la cuenta,
libre, muy libre es la imprenta:
¡cabales! y escribiria.

JN.—¿Pero la aptitud?

MAR.— Don Juan,
apto es quien tiene favor.

JN.—Por eso en el pais, señor,
van las cosas como van!
En fin, señor don Mariano;
si usted es *Santacrucino*
le darán un buen destino,
ya sea tarde ó temprano.

MAR.—(Este hombre es, segun reparo,
enemigo del gobierno.)

JN.—(Podias irte al infierno.)

MAR.—(Voy á esplicárselo claro.)
Escuche usted, no se mueva:
para mí lo mismo es
que nos mande don Andres,
Basilio, ó Juan de la Leva.
Respeto, amor manifiesto
al que me ofrece un destino;
al que nó lo desopino
cuanto puedo y lo detesto.
La conveniencia es la voz
que rije mi patriotismo.

JN.—(Muchos piensan asi mismo
en esta tierra de Dios.)

MAR.—¿No digo bien?

JN.— Por supuesto
tiene usted buena conciencia.

MAR.—Lo que yo quisiera es ciencia
para atrapar un buen puesto,
Serví á Orbegoso y me dió;
despues fui Salaverrino;
hoy seré Santacrucino;
y mañana...... ¡qué sé yo!

JN.—(¡Horrible máxima!)

MAR.— A Dios.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

¡Anda con mil de á caballo!
Por vida mia, que el hombre
me ha dejado estupefacto.
¡Que tal modo de pensar!
Pero ¿qué es lo que yo estraño
si, en el dia, casi todos
caminamos á este paso?
Y luego, á cada momento,
nos llevamos cacareando
contra la suerte fatal
que á nuestra patria ha tocado!
Don Mariano, al ménos, tiene
la exelencia de hablar claro,
no como otros que conozco
hipócritas consumados,
que, con capa de civismo,
para lograr sus conatos,
son capaces de vender
su opinion y patria al diablo.
En fin, mas vale callar,
porque si sigo no acabo.
Vamos á misa que la hora
creo se me va pasando.
Muchacha, chica!

[Llamando.]

JUL. Señor!

[Adentro.]

ESCENA IX.

DON JUAN Y JULIANA.

JN.—Nunca oyes cuando te llamo.

JUL.—¿Qué manda usted?

JN.— Trae mi capa.

JUL.—¡Jesús! Qué hombre tan cansado!

JN.—Y el sombrero.

JUL.— Bien está.

ESCENA X.

DON JUAN.

Desde que vendí á Santiago
no hallo quien me sirva á gusto.
El demonio, son los criados,
desidiosos, enredistas,
murmuradores y ganzos.
¡Eso sí muy diligentes
para cobrar el salario!

ESCENA XI.

DON JUAN Y JULIANA.

(Con una capa.)

JUL.— Aqui está la capa.

JN.— Mira,

(Tomándola.)

ten aquí mucho cuidado.
Siempre es preciso decirte
las cosas á cada rato.

Pronto vuelvo.

[Yéndose.]

Jul.— (¡Haya vejete
mas fastidioso y mas cándido!)

ESCENA XII.

DON BONIFACIO Y DICHOS.

Bon.—¡Amigo!

(A don Juan al salir.)

Jn. ¡Oh! muy bien venido
sea usted, don Bonifacio.
Adelante!

Bon.— Yo presumo
que he venido á molestarlo.

Jn.—¡Disparate! Aquí, mi amigo,
eso de usté es escusado.

Bon.—Pero usted iba á salir.

Jn.—Sí, pero era por el barrio......
á misa.

Bon.—Pues vaya usted.

Jn.—No precisa, ya no salgo.
A bien que no es dia de fiesta.
Con que, amigo, ¿cómo vamos?

Bon.—De salud, perfectamente.

Jn.—Me alegro. ¿Siempre estrañando
Abancay? Toma esta capa.

(A Juliana.)

Bon.—Allí he nacido , y no es raro
que lo estrañe.

Jn.— ¿Y como vá
del asunto que lo trajo
á usted á Lima? Supongo
que há sido bueno el despacho.
¿No es así?

Bon.— Señor don Juan,
eso va peor cada rato.

Jn.—Pues yo lo creia á usted
há dias ya colocado.

Bon.—Nada de eso.

Jn.— Es de admirar;
mucho mas, don Bonifacio,
cuando el mismo Protector
estaba en ello empeñado.
En fin, lo siento infinito;
pero, amigo, mientras tanto,
ya sabe usted que esta casa,
y cuanto yo tengo y valgo,
está á su disposicion.
Yo no me olvido del trato
que usté y su padre me dieron
cuando estuve allá emigrado,
y crea usted que les soy
muy grato, don Bonifacio.
Con que así, mándeme usted
como á uno de sus criados.
No son estos cumplimientos
de estilo, don Bonifacio;
le hablo á usted de todas veras:
ya sabe usted que soy franco,
y no como otros, mi amigo,
que vemos á cada paso,
que cara á cara nos dan
de fina amistad la mano,
y por detrás nos insultan
y nos hacen un agravio.

Bon.—Mil gracias, amigo mio,

Jn.—¿Y qué motivo ha atrasado
la colocacion de usted?

Bon.—No lo sé.

Jn.— No será estraño
que algunas enemistades......

Bon—Puede ser; usté está al cabo
de mis servicios, don Juan;
sabe usted, que hace siete años,
en favor del Protector
tenazmente he trabajado,
y que mi vida y hacienda
he espuesto por elevarlo.
Logrado al fin el objeto,
sin pedir por mi trabajo
recompensas, sin desear,
créame usted, ser empleado,
permanecia tranquilo
al lado de un padre anciano,
ocupado solamente
en sostenerlo y cuidarlo,
cuando recibí una carta
del Protector, en que hablando
sobre otras cosas, me instaba
que viniese aquí; hasta cuatro
recibí, en muy corto tiempo,
con este fin; sin embargo,
yo no pensaba bajar,
hasta que me instaron tanto
mis amigos, y aun mis padres,
que me resolví á efectuarlo,
creyendo que no serian
los ofrecimientos vanos.
Usted ha visto las cartas;
por eso no lo relato
las promesas, los cariños,
los elogios estremados
con que en todas Su Exelencia
me trata como un hermano.
No obstante, ya hace diez meses
que en esta ciudad me hallo
y no he podido lograr,
no digo el ser colocado,
pero ni aun hablarle á solas
por mas diligencias que hago.
He ido á verlo muchas veces,
y cuando mas he alcanzado
que muy á secas me diga:—
Pues, amigo ¿cómo vamos?—

Y luego vuelve la espalda,
y se pone á hablar muy bajo
con alguno de esos hombres
que, tal vez con fines malos,
lo asedian continuamente,
de dia y noche, en palacio.
JN.—¿Y porqué no ha visto usted
al Ministro......al Secretario?
BON.—Señor don Juan, no he omitido
créame usted ningun paso,
porque no quiero tampoco
que digan mis allegados
que mi desidia es la causa
de que no se me haga caso.
He ido muchísimas veces
á ver al tal Secretario,
y tanto he sacado de él
como de su jefe ó su amo.
—Vuelva usted—Por ahora estoy
estremamente ocupado......
—Ya le he hablado á Su Exelencia
con empeño de su encargo......
—Tiene mucha prevencion
en favor de usted...—No es malo...
—El nombre de usted lo tiene
en su cartera apuntado.
—Ya vé usted...Yo bien quisiera...
—Mas todo no está en mi mano.—
Tales son las espresiones
que me dice el Secretario,
y en frases cortadas siempre
y volviendo el rostro á un lado.
Amigo, y si al Protector
ochenta ó cien cortesanos
no le dejan respirar
ni un momento con descanso,
en casa de este señor
creo que los hay doblados.
Allí es el ver las mugeres
muy puestas de tiros largos,
sufriendo los manoseos
de los que están aguardando
en la antesala con ellas,
á que salga el Secretario:
allí el pasearse los hombres
á pasos descompasados,
estudiando las arengas
con que presumen ganarlo:
allí el estar sus servicios,
como locos, relatando,
y accionando con furor
con los piés y con las manos;
allí el ponerse de pié
si sale de adentro un criado,
para preguntarle á un tiempo
el humor que tiene el amo;
allí, en fin, los rendimientos
mas brillantes y mas bajos,
las lágrimas, los sollozos,
cuando sale el Secretario,
el que arrugando las cejas
pasa al instante de largo,
dejando á los pretendientes
con el sermon estudiado.
JN.—De eso aquí verá usted mucho,
mi amigo don Bonifacio.
BON.—Ya yo no tengo paciencia,
señor don Juan, para tanto;
y esto no es lo peor, amigo,
sino que yo muy confiado
de que pasaria en Lima,
cuando mas, dos meses largos,
no traje para vivir
sino lo muy necesario;
y, por supuesto, me encuentro
como usted podrá pensarlo.
Mi padre, há un mes, me libró,
contra un tal don Blas Navarro,
mil pesos; pero despues
de haber dado muchos pasos
para hallar á este sujeto,
he sido, al fin, informado
que hace dos meses se fué
para el puerto de Huanchaco,
y que no regresará,
por lo ménos, en un año.
¿Qué tal, mi amigo don Juan?
Usted que está muy al cabo
que yo á nadie necesito
para vivir con regalo,
diga usted ¿qué le parece
la situacion en que me hallo?
JN.—Malísima, pero usted
no ha sido en todo culpado.
En Abancay, como aquí,
cuando un hombre de alto rango
le dá la mano, saluda,
ó le escribe á un ciudadano,
todos lo envidian y tienen
por el mas afortunado,
y le aconsejan y le instan
á que salga de su paso,
sin recordar que el potente,
cuando de un pobre hace caso,
es en tanto necesita
de su influjo y su trabajo,
y que despues no le importa
que cargue con él el diablo.
Pero, de mi parte, nunca
podré yo á usted perdonarlo:
teniendo usted esta casa
se ha ido á vivir en un tambo.
Ha ocurrido usté en sus cuitas,
antes que á mí, á los estraños,
y me ha ofendido usted mucho
con esto, don Bonifacio.
¿Qué dirá el padre de usted
cuando sepa lo pasado?

Dirá, con razon, que soy
á su amistad poco grato;
pues viendo á su hijo en conflictos,
pudiendo, no lo he auxiliado:
¡Ay amigo, yo ya cuento
de cincuenta á sesenta años,
y nadie podrá tacharme
de pícaro ni de ingrato!
Soy claro, digo verdades
en su cara al mas pintado;
porque hay aquí sentimientos
de caballero y cristiano.
En fin, no hay nada perdido.
Todo será remediado
hoy mismo. Mi amigo, á casa
que traigan luego sus trastos.
Aquí será usted servido,
atendido y respetado,
don Bonifacio, cual yo.
Tendrá usted para sus gastos
todo aquello que quisiere,
aunque sea por diez años,
que gracias á Dios no estoy
como mi santo arrancado.
Si debe usted, luego, luego
que se chancelen sus cargos,
y no hay que venirme ahora,
por cortedad, ocultándolos.

Bon.—Mil gracias, señor don Juan.

Jn.—¡Qué gracias ni qué canastos!
No hay mas gracias sino hacer
al instante lo que mando,
ó de nó yo mismo iré
á traer los trastos del tambo
y me quejaré á su padre
de que usted me ha desairado.

Bon—Permítame usted.........

Jn.— Mi amigo,
cuánto usted diga es en vano.
Juliana!

(Llamando.)

ESCENA XIV.

DICHOS Y JULIANA.

Jul.— ¿Qué manda usted?

Jn.—Haz desocupar el cuarto
de Rosita y que sus cosas
las pasen al del traspatio,
porque en él viene á habitar
el señor don Bonifacio.

Jul.— Corriente.

Jn.— Escucha. Que venga
aquí luego mi muchacho,
que lo tengo que mandar.

ESCENA XV.

DICHOS, ménos JULIANA.

Bon.—Ya que usted se empeña tanto.
mi amigo, en favorecerme,
yo no puedo desairarlo;
puede usted hacer de mí
lo que fuere de su agrado.

Jn.—Se entiende; ahora hago las veces
del señor don Pedro Pablo.

ESCENA XVI.

DICHOS Y UN CRIADO.

Jn.—Mira, vé con el señor
al tambo...... ¿de qué?

(A don Bonifacio.)

Bon.— De Huánuco.

Jn.—De Huánuco, ¿oyes? Y mira,
conduce aquí con cuidado
lo que te mande.

Cr.— Está bien.

(Yéndose.)

Jn.—Aguarda; he reflexionado
que fuera mucho mejor
que espere aquí este muchacho
mientras nosotros, mi amigo,
algüna cosa almorzamos.

Bon.— Por mi parte.........

Jn.— No hay escusas.......
espérate adentro un rato,

(Al criado.)

José, que despues irás
donde te he dicho.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DON BONIFACIO.

Jn. ¡Qué diablo!
¿En dónde andará esta niña
que se ha demorado tanto?

Bon.—¿Quién, señor?

Jn.— Mi cuñadita,
que nos está molestando;
pues yo no la aguardo.

Bon.— Creo
que la vi, si no me engaño,
no hace mucho.

Jn.— ¿A dónde?

Bon.—Si, me parece que entrando
á la casa del Ministro.
Jn.—¡Del Ministro.........!
Bon.— (Se ha admirado!)
Jn.—¿Del Ministro?
Bon.— Si, señor.
Jn.—Diga usted, don Bonifacio,
¿está usted seguro de ello?
Bon.—Tal vez me haya equivocado.
Jn.—¿Y qué vestido llevaba?
Bon.—Iba con saya y con manto.
Jn.—¿Y el pañuelon?
Bon.— Me parece
que era de vapor bordado.
Jn.—¿Y los colores?
Bon.— La saya
negra.
Jn.—¿Qué mas?
Bon.— Y de raso,
y el pañuelo era punzó.........
Si, punzó con caña y blanco.
Jn.—¡Qué tal! es cierto: ella tiene
ese vestido ¡canario!
Si lo llego á averiguar
puede qus le cueste caro.
Bon.—¿No me dirá usted, don Juan,
por qué esto lo altera tanto?
Jn.—Si, lo diré, si señor;
repito á usted que soy franco,
y que no ando con rodeos,
cuando juzgo necesario
esplicarle mi sentir
al hombre mas estirado.
Sabrá usted que el tal Ministro
se llamó mi amigo antaño,
y que por tal se me daba
cuando andaba mendigando
mi favor, y el de otros mil
para verse colocado:
mas como es moda en el dia
ser adulon, sucio y bajo,
cuando es adversa la suerte,
y, cuando propicia, vano,
inconsecuente, atrevido,
desconocido y mal criado,
tan luego como se vió
de elevado funcionario
trató de menospreciarme,
como si fuera su esclavo.
Tratándose cierto dia
sobre fraudes del Erario
y sobre la conveniencia
de nuestro reciente pacto,
se me pidió mi opinion,
y yo la emití confiado
en lo que sobre este asunto
he leido en autores varios,
y tuvo la desvergüenza
de decirme que era un bárbaro,
porque no seguí la suya
cual lo hiciera su lacayo.
Hay ciertos hombres, mi amigo,
que se juzgan grandes sábios,
solo porque entran y salen
de dia y noche en Palacio,
ó porque en una oficina
hacen mal un par de rasgos,
aunque ignoren cuantos son
los dias que tiene el año.
Desde entónces he sabido
que anda haciendo comentarios
de mi vida y opiniones,
con el fin, segun mi cálculo,
de que el gobierno me infiera,
por su conducto, algun daño.
Rosita sabe todo esto,
y mas tambien que he jurado
bajo de ningun pretesto
no verlo nunca ni hablarlo.
Este es el justo motivo
por lo que he estrañado tanto
que usted la haya visto entrar
en su casa, no hace rato.

Bon.—Don Juan, yo siento infinito
haber á usted molestado
con mi imprudencia: á saber
lo que habia en este caso
me hubiera guardado mucho
de abrir sobre ello mis labios.

Jn.—Mal hecho. Por otra parte,
una muger de su estado
no puede, sin esponerse
á mancillar su recato,
visitar á tales horas
á un personage tan alto;
mucho mas, cuando hay Lima
infinidad de malvados
que de las cosas mas simples
hacen juicios temerarios.
¿Ni qué puede ella tener,
don Bonifacio, entre manos
con ese hombre? ¿Qué le falta
en esta casa? Há tres años
que enviudó, y aunque su esposo
no la dejó ni un centavo,
he sido para ella siempre
su padre, no su cuñado.
Pero, en adelante, juro
que será muy al contrario.
Si de mi honradez y canas
ha pensado hacer escarnio
se equivoca, porque yo
sabré con tiempo evitarlo.
Las mugeres tienen todas
adentro del cuerpo al diablo:
y si un hombre no les vá
de cuando en cuando á las manos,

lo mandan á San Andrés (1)
el dia ménos pensado!
Por verla otra vez casada
sepa usted que daria algo;
porque, por mas que ellas digan,
desde quince á cuarenta años,
no hay una que no desee
un compañero de tálamo,
y que no revuelva el mundo
por ver este fin logrado.
Yo.........

BON.— Calle usted que ella viene...
(Mirando afuera.)
Suplico á usted.........

JN.— Es en vano,
le diré cuantas son cinco
como Juan Pedro me llamo.

BON.—Pero......... Ya llega.........
(Deteniéndolo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS Y DOÑA MARIA.

[Tapada de ojo con saya de listas.]

JN. Señora,
yo jamás habia pensado
que tuviese usté un manejo
tan indecente, tan bajo.
¿Una viuda, una señora
como usted, vá tan temprano
a casa de un.........?

MAR.— ¡Caballero!
(Destapándose.)
Creo que usted se ha engañado.
Yo.........

JN.—Dispense usted, señora.

MAR.—¿Pero qué es esto?

BON.— ¡Qué chasco!

JN.—Já! já! já! já! Amigo, vamos,
que la cosa causa risa.

BON.—(Yo me alegro del engaño.)

JN.—Se equivocó usted.

BON.— Sin duda.

JN.—La casualidad alabo.

MAR.—Señores, hasta ahora yo
no sé qué motivo he dado
para que se me reciba
de un modo tan poco urbano.

JN.—Perdone usted, señorita,
que no ha estado en nuestras manos
lo que acaba de pasar;
nos hemos pegado un chasco.

BON.—Equivocacion.

JN.— Cabal!

(1) *San Andrés.*—Antiguo hospital de locos.

Cualquiera sufre otro tanto.

MAR.—Pero yo.........

JN.— Este es el asunto.
Me estaba el señor contando,
por casualidad, que vió
entrar no hace mucho rato
en casa de un caballero,
mi enemigo declarado,
á una amiguita de usted,
cuyo honor á mí me es caro,
con ese mismo vestido
que usted lleva.

MAR.— (Lo engañamos.)

JN.—Yo me exalté, por supuesto,
y al llegar usted juzgamos
que era ella. Hé aquí la causa
de mi falta.

MAR.—(La ha tragado.)

JN.—Don Bonifacio, otro dia
repare usted mas despacio
á las muchachas, si nó
se llevará iguales chascos
todos los dias ¡y en Lima!
que, con la saya y el manto,
y ese tapadito de ojo
engañan al mismo diablo!
Ya se vé......... no es culpa suya......
(A Maria.)
Poco perito. Es *forano* (1).

BON.—Y usted que no lo es, tambien
se equivocó.

JN. No es estraño.
Las señales........

MAR.— Me parece
que ví al señor no hace rato,
no me acuerdo en donde ...creo
que en la cuadra de los Gallos......
¡Ah! no, no fué allí.

JN.— Seria
por el costado del Teatro?

MAR.—¡Cabal! Yo entraba á una casa.

BON.—Si, señorita.

JN.— Acabáramos!
¡Toma! usted se equivocó
medio á medio.

BON.— Está muy claro.
Pero, amigo. ¿No ve usted
que es un poquito mas bajo
el cuerpo de mi cuñada,
y mas grueso y.........?

MAR.—Don Juan, vamos.
¿Y Rosita dónde está?

JN.—Salió á misa muy temprano;
pero no puede tardar.

MAR.—¡Ay Jesús! He caminado
tan léjos, solo por verla:

JN.—¿Y por qué estamos parados?

(1) *Forano*—provinciano.

Siéntese usted, señorita;
aquí hay sillas.
MAR.— Voy de paso;
me marcho.
JN.— No puede ser
tan pronto. Aguarde usted un rato
á Rosita.
MAR.— No, no puedo,
que me estarán aguardando
en casa.
JN.— Aquí está Rosita;
¡eh! ahora sí.

ESCENA XIX.

DICHOS, DOÑA ROSA.

(Con saya verde.)

JN.— Me ha costado
(A doña Rosa.)
infinito que tu amiga
te esperase.
ROS:— ¡Qué milagro!
(Abrazando a Maria.)
¿De cuándo acá, Mariquita?
¡Al fin diste con la puerta!
¡Ya yo te daba por muerta!
MAR.—Estoy muy viva, Rosita.
ROS.—Dame otro abrazo ¡alma mia!
¿Qué es de tu vida?
MAR.—Qué! he estado
retentada del costado,
y casi con pulmonia.
ROS.—¿Y tu mamá cómo está?
MAR.—Buena, niña.
ROS.— ¿Y tus hermanas?
MAR.—Mercedes con sus tercianas;
á Mica mejor le vá.
ROS.—Quítate la saya, pues.
MAR.—No, ya me voy.
ROS. ¡Disparate!
Si has de tomar chocolate
en mi casa alguna vez:
mira, lo tengo muy rico;
es de aquí, donde Lepiani,
de ese que le gusta a Fani,
la muger de Federico.
MAR.—No, niña, la hora se pasa
y me aguardan a almorzar.
ROS.—Mandarémos avisar
que te quedas hoy en casa.
MAR.—Tú siempre has de hacer, Rosita,
de mí cuanto se te antoja.
ROS.—Anda ahí, bribonaza, floja,
despues que aquí de visita
vienes cada año no mas.
MAR.—¿Y tú? Estando buena y sana,
porque no te dá la gana,
á mi casa nunca vas.
ROS.—No digas eso, mi vida;
que he estado tan constipada
que la semana pasada
la pasé en cama metida.
JN.—Si las dejamos hablar
(A don Bonifacio.)
no acabarán en dos años.
ROS.—¿Cómo te fué con los baños?
Nada me quieres contar.
MAR.—Muy bien.
ROS.— ¿Y viste á la Borda?
¿Sanó de su enfermedad?
MAR.—Está ya sin novedad,
y como bola de gorda.
ROS.—¡Qué tonelete tan bueno
su abuelita le mandó!
MAR.—El mio se me rompió!
ROS.—¡Qué lástima! ¿Y la Centeno?
JN.—Hasta cuando?
MAR.— No la ví.
JN.—Sabrás, Rosa, que el honor
tenemos de que el señor
se venga á vivir aquí.
Ya sabes lo que debemos
á su buen padre y á él,
y como amigo el mas fiel
es justo que lo tratemos.
Quiero que en mi casa sea
con todo esmero servido,
y que gustoso y querido
comó en la suya se vea.
Nada tengo que encargarte,
porque tú sabrás el modo
como debas en un todo
con él, Rosita, portarte.
ROS.—Mi voluntad es la tuya,
y en este concepto espero
que debe este caballero
tenerla tambien por suya.
Y de esta manera creo
poder demostrarte, Juan,
el cariño y el afán
con que servirle deseo.
BON.—Tanta honra, hermosa señora,
estoy cierto no merezco;
sin embargo la agradezco.
JD.—Mi amigo, dejémos ahora
tan dilatados cumplidos;
confianza, don Bonifacio,
y ya verá usted despacio
si somos reconocidos.
BON.—(¡Cada dia me parece
mas hermosa esta mujer!)
JN.—Cuanto podamos hacer
por usted, tanto merece.

ESCENA XX.

DICHOS Y JULIANA.

JUL.—Ya está el almuerzo, á la mesa.
JN.—Vamos á almorzar, amigo.
BON.— Vamos.

ESCENA XXI.

DOÑA ROSA Y DOÑA MARIA.

MAR.—¡Ay niña! te digo
que si no nos damos priesa
hay hoy los mundos (1) aquí.
ROS.—Y dime ¿me conoció?
MAR.—¡Pues nó! y se lo contó
á don Juan.
ROS.— No ves? si así
se me puso.
MAR.— De manera,
Rosita, que cuando entré
te digo que lo encontre
mas rabioso que una fiera
ROS.—Vamos adentro, que luego
me contarás lo que há habido.
MAR.—¡Ay niña! que el lance ha sido
apretado.
ROS.—No lo niego;
Pero, Marica, entretanto,
¡qué bien los hemos burlado!
MAR.—¡Muy vivas hemos andado!
ROS.—¡Gracias á la saya y manto!

(1) *Haber los mundos*—armarse pelotera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JULIANA.

(Con saya y manto.)

¿A qué hora querrá salir
esta señora, por Dios?
Empezando á hablar las dos
no tienen cuando concluir.
Ya me aburro de esperarla.
¡Y la tema en que ha dado ahora
que quiere que vaya á esta hora
á la plaza á acompañarla!
¡Y con el *solaso* que hace!
¡Por cierto que es fuerte antojo!
Y una ha de ir tapada de ojo;
si nó, no se satisface.
Aquí viene don Mariano.

(Mirando hacia adentro.)

Me voy á tapar, á ver
si me puede conocer.

(Siéntase y tápase.)

ESCENA II.

DON MARIANO Y JULIANA.

MAR.—¡Bien mio! dame esa mano.
(Queriendo asirla.)
¿Cómo ha ido?
JUL.— (Lo engañé.)
MAR.—¡Qué es esto! ¿no me respondes?
¿De este modo correspondes
al amor que te juré?
¿Te tapas? haces muy bien.
¿Querrás tal vez, fementida,
quitarme al punto la vida
con tu inhumano desden?
JUL.—Já! já! já! já!
(Destapándose.)
MAR.—(Juliana!)
JUL.—Já! já! já! já! ¡Ay señor!
MAR.—(No hay mas que hacerle el amor)
¿Te ries?
JUL.— De buena gana.
MAR.—¿Qué no crees lo que te digo?
JUL.—¡Como no!
MAR.— Pues, Julianita,
entónces esa risita

no debes usar conmigo.
JUL.—Señor, usted se equivoca;
véame usted, no es á mí.
Mar.—A tí es que te conocí
por el olor de la boca.
JUL.—Abra usted bien esos ojos,
que soy mas gorda.
Mar.— ¿Que quién?
JUL.—Si acaso no vé usted bien,
por qué no se pone anteojos?
MAR.—Mira, ñata, ten por cierto
que te quiero bien.
JUL.— ¡Qué tal!
MAR.—Tu semblante angelical
me tiene ya casi muerto.
JUL.—Ya saldrá quien usted ama.
[Yéndose.]
MAR.—¡Qué me importa! vales tú
mas que ella, mas que el Perú.
JUL.—Me voy, creo que me llama.
MAR.—Detente. ¿Dónde te vas?
(Deteniéndola.)
JUL.—¿De cuando acá tanto amor?
MAR.—Te lo pido por favor,
óyeme un rato no más.
JUL.—¡Qué hombres! Jesús! Son capaces
de amar á *Maria Talegas*.
MAR.—Ven acá ¿por qué no llegas?
JUL.—*¡Guá!*
MAR.— Te ruego que me abraces.
JUL.—¡Oigá! ¡Qué señor tan pieza!
MAR.—¿Con qué no me crees?
JUL.— Yo nó.
MAR.—¿Y por qué, si te amo yo
con la mas grande terneza?
JUL.—¿A mí? Usted no me *envacuna*. (1)
MAR.—(Y por cierto que me agrada
el filis de la alquilada.)
Mira, yo haré tu fortuna.
¿Te quieres salir de aquí?
Al punto te pondré casa
en la calle.
JUL.— Esa no pasa.
MAR.—¿Y qué es lo que quieres? dí.
JUL.—Que usted me deje.
MAR.— ¡Bribona!
¿Te burlas de mi tormento?
Pues pierdes con tal intento
mucho para tu persona.
JUL.—¡Qué felicidad!
MAR.— Lo dicho,
ahí despues te pesará.
JUL.—¡Una lástima sera!
MAR.—Ya se vé......por un capricho....
JUL.—¡Ya sale ña Mariquita......!
Mire usted que viene jente.
MAR.—(¡Esta es otra! De repente,
viene tambien la Rosita.)
Con que dime.........
JUL.— ¡Qué amolar!
MAR.—¿En qué quedamos?
JUL.— En nada.
He dicho que no hay posada
y dale á desensillar.

ESCENA III.

DICHOS—MARIQUITA.

MAR.—Vamos, Juliana......¡Oh! amigo
¿usted tambien por acá?
MARO.—Si, Mariquita, hace poco
que acabo aquí de llegar,
y le estaba preguntando
á Juliana por don Juan.
MAR.—¿Y qué es de esa buena vida?
Hoy hace un dia cabal
que no se le vé la cara,
don Mariano, por allá.
Ya se vé.... otras amistades
mas íntimas...... ¿no es verdad?
le habrán impedido á usted
que nos vaya á visitar.
MARO.—Mariquita, amiga mia,
un asunto de entidad
me robó la dicha anoche
de ver á usted.
MAR.— Hasta mas
de las nueve lo aguardamos
con la mayor ansiedad,
y usted ni un solo momento
pensaria en mí, quizá.
MARO.—Que me diga usted tal cosa
es lo que debo estrañar
¿Usted que sabe muy bien
cuanta es mi felicidad,
si la hablo á usted, si la miro
el momento mas fugaz,
y que toda mi existencia
la quisiera consagrar
en adorarla, en servirla,
con toda mi voluntad,
me culpa de esta manera?
No, Mariquita, no mas,
hágame usted mas justicia,
sea usted mas imparcial,
Crea usted que soy muy fino
muy consecuente y veráz;
créamelo usted.
MAR.— ¡Oh! sí,
disculpas no faltarán:
siempre las tienen los hombres
muy prontas para engañar.
MARO.—Si yo las uso, amiguita,

(1) *Envacunar*—Engañar.

soy muy injénuo y formal.
JUL.—(¡Mucho de eso!)
MARO.— Y con usted,
linda Marica, jamás;
no, nunca.
JUL.—(¡Y con tal ejemplo,
quién á los hombres creerá!
todos son así, ninguno
dice jamás la verdad.)
MARO.—¿Y puede usted de mi afecto,
Mariquita, dudar mas?
¿Desea usted otras pruebas
que las que le he dado ya?
MAR.—No, don Mariano.
MARO.— Mi amiga,
estoy contento.
JUL.— ¡Qué tal!
MAR.—Pero no se pierda usted
tanto tiempo.
JUL.—(¡Este es capaz
de enredar á cuantas hembras
hay en esta capital!)
MARO.—¿Y adónde vá, mi amiguita?
MAR.—Voy un instante al portal.
MARO.— ¿A qué?
MAR.— A comprar para Rosa
unas medias y un collar,
que me ha dicho necesita
esta noche.
MARO.— ¿Y tardarás?
MAR.—Vuelvo dentro de dos horas,
don Mariano, cuando mas;
pero oiga usted, debo irme
de esta casa, á mas tardar
ántes de las oraciones,
y usted con seguridad
á las siete ó siete y media
en la mia me hallará;
lo aguardo á usted.
MARO.— ¡Por supuesto!
como habia de faltar!
MAR.— ¡Cuidado!
MARO.— Precisamente;
á las siete estoy allá.
MAR.—No falte usted que tenemos
muchas cosas que tratar.
A Dios.
MARO.— A Dios, vida mia.
MAR.— Hasta la noche.
MARO.— Cabal.
(Juliana, lo dicho, dicho.)
JUL.—¡Váyase usted á pasear!

ESCENA IV.

DON MARIANO.

Pues, señor, estoy lucido.
Segun lo que á mí me pasa,
yo creo que en esta casa
está el demonio metido.
¡Maldita equivocacion!
Si descubierta al fin es
hacen contra mí las tres
una confederacion.
Pero no hay que dar cuidado;
yo las llegaré á enredar,
pues mucho sabe inventar
un hombre necesitado.
La criada y la Mariquita
no me importan á mí un pito;
lo que yo mas necesito
es sin duda á la Rosita,
y si logro del empleo
que solicito el despacho,
la mandaré sin empacho
á ella tambien á paseo.
¿Si al Ministro habrá sacado,
por fin, el sí esta mañana?
Para recelos no gana
un hombre necesitado.
¡Mucho valen unas faldas
para hacer un pedimento!
Ante ellas el mas violento
nunca vuelve las espaldas.
Por eso ya es general
que el que llega á pretender,
mande á su linda mujer
á entregar el memorial.
¡Ello es, por cierto, arriesgado!
¿Pero mucho peor no fuera,
que en la miseria muriera
un hombre necesitado?
Un dengue à tiempo, una chanza,
un puchero, una risita
de una muchacha bonita
¿qué cosa es la que no alcanza?
Su tono grave el potente
delante de ella abandona,
y se muestra á su persona
espresivo y complaciente;
su ruego no es desechado,
es temible su desprecio,
y dá cuando quiere aprecio
á un hombre necesitado.
Sexo encantador y hermoso,
con cuanto emprendes te sales!
Mucho puedes, mucho vales,
ante un Ministro orgulloso.
Muchas veces los servicios,
la probidad y el honor
nada son, sin tu favor
y tus graciosos oficios.
És verdad que has motivado
mil males con tus desdenes;
pero has hecho muchos bienes
al hombre necesitado.
Tú á nadie das tratamiento,

ningun portero te ataja,
ninguno un ¡zape! te encaja
sin que tú le soples ciento.
El destierro, las prisiones,
no se han hecho para tí,
ni andas de aquí para allí
por sospechas y opiniones;
eres, en fin, el dechado
de un ser libre en este suelo,
y el alivio y el consuelo
del hombre necesitado.
Pero aquí viene Rosita......
A qué buen tiempo salió!
Finjiré que no la hé visto.

ESCENA V.

DON MARIANO Y DOÑA ROSA.

MAR.—Hace dos horas que estoy
(Paseándose.)
aguardando aquí á Rosita.........
ROS.—(De mí habla.)
(Entrando.)
MAR.— ¡Válgame Dios!
Como se conoce que ella
no arde en el fuego que yo.........
¡Ah! Rosita!
(Con viveza.)
ROS.— Don Mariano!
MAR.—¿Tú estabas aquí, mi amor?
¡Ay! No puedes figurarte
lo que yó sufro.
ROS.— ¡Por Dios,
amigo mio! otra vez
no me esponga usted mas, no:
si me ama usted es preciso
que mire mas por mi honor.
MAR.—Y qué ha habido? Algun malvado
hiere tu reputacion?
Dímelo pronto, yo haré
que le pese ¡vive Dios!
(Ajitado.)
ROS.— No es eso.
MAR.— ¿Me han levantado
algun testimonio?
ROS.— No.
Nada de eso, don Mariano.
MAR.—¿Alguna indisposicion?
ROS.—No amigo, sino que fuí,
como usted me lo mandó,
esta mañana á la casa
del Ministro.........
MARO.— ¿Y no salió?
Si es un bruto, un descortés,
un hombre vil y feroz.
ROS—¡Jesús, qué génio! No es eso
MAR.—¿Pues qué hay? dímelo por Dios?
ROS.—Que me vió entrar un amigo
de mi cuñado.
MAR.— ¡Y lo habló!
¡Perverso! Te habrá tratado,
Rosita, como un Neron.
ROS.—No, amigo, porque yo á tiempo
logré burlar á los dos;
mudé en la calle de saya,
de manto y de pañuelon,
y de este modo creyeron
que habia sido un error.
Nuestra amiga Mariquita
en un todo me ayudó.
MAR.—¡Y qué! Rosita, le has dicho
(Ajitado.)
á esa mujer nuestro amor!
¿Qué has hecho?
ROS.— No, don Mariano,
¿cree usted que tan tonta soy?
MAR.—Así debe ser. ¡No ves
que puede una indiscrecion
esponernos!
ROS.— Por supuesto,
asi lo creo.
MAR.— Y tu honor
quedará, por consiguiente,
en manos de un vulgo atroz,
que lo haria mil pedazos
sin la menor compasion.
Ahora que me acuerdo, dime
¿viste al fin á ese señor?
ROS.—Sí.
MAR.—¿Y qué te dijo? contesta,
alguna esperanza dió?
ROS.—Pues, me dijo.........
MAR.— ¡Oh! él es hombre
de crianza y de ilustracion,
y no te habrá desairado.
¿No es así, mi dulce amor?
ROS.—Empezó por las precisas.
—Veremos... —¿Dónde nació...?
—¡En Lima!—Esta bien.—No importa.
—Yo le hablaré al Protector.........
—Basta que usted se interese
para que me empeñe yo.........—
Y así, varias espresiones
de poca suposicion,
de que usan en tales casos
estos señoros de pró.
MAR.—¡Lo dije! ese es un desaire
que te ha inferido el bribon.
Si es un inícuo, un tirano,
un déspota sin pudor,
un estranjero insolente,
un consumado ladron.
ROS.—Pero.........
MAR.— No le durará

mucho su orgullo.
(Poniéndose inquieto.)
Ros.— ¡Por Dios!
Oiga usted.
Mar.—Si, ya no tarda
de Chile la espedicion
que ha de convertir en polvo
este club usurpador.
No me pesa, puedes creerlo,
que no me destine, no.
Ahora venia á decirte
que yo un ciudadano soy
de caracter, patriotismo,
y amante de mi nacion,
y que no puedo servir
á su perverso opresor,
á su alevoso asesino,
á su verdugo feroz.
Ros.—No grite usted.
Mar.— ¡Desverguenza!
No faltaba mas que yo
fuera á servir á un gobierno
ilegítimo, invasor.........
Ros.—¡Don Mariano..... !
Mar.— Que no tiene
ni palabra, ni opinion.
Ros.—Basta, basta.........
Mar.— Cimentado
sobre una arena veloz,
y que de un momento á otro
tronará como un cañon.
Sosténgalo en hora buena
tanto peruano traidor,
que, por un mísero empleo
ó una cruz de la legion,
se humillan en su presencia
sin el menor pundonor;
pero ya les pesará,
llegará el momento atroz
en que paguen sus delitos
en un banco, si señor;
y yo he de ser el primero
que clave en el corazon
de esos canallas infames
el acero vengador.
Ros.—¡Hasta cuando, don Mariano!
Qué génio le ha dado á usted Dios!
La menor cosa lo pone
como una áscua de carbon.
Cálmese usted, por la Virgen;
si alza usted tanto la voz
puede oirlo mi cuñado
y habrá aquí los mundos hoy:
hable usted con mas sosiego.
Mar.—¡Qué! ¿no es justo mi furor?
¿Quiéres, mujer, que no sienta
la ignominia y el baldon
en que se encuentra sumida
nuestra patria infeliz hoy?
¿Quiéres que.........
Ros.— Dejeme usted
que concluya de hablar yo.
El ministro me ha ofrecido
darle á usted sin dilacion
un empleo lucrativo,
y aun creo que lo nombró;
mas puesto que usted no tiene,
como lo ha dicho, intencion
de admitirlo, es necesario
avisárselo. ¿Sí ó nó?
Mar.—No quiero nada.
Ros.— Corriente,
se lo diré así, señor.
Mar.—Pero...No...Escucha.
Ros.— ¿Qué cosa?
Mar.—No le digas nada, no;
lo admitiré por tí sola,
por tí, no por ambicion;
no quiero que nunca digas
que te he desairado yo.
Ros.—Pero si á usted no le adapta......
si no es de su inclinacion.........
sí............
Mar.—No, Rosita, he pensado
de otro modo, fué un fervor.
A bien que todo, mi vida,
há pasado entre los dos.
Por otra parte, es preciso
decirlo, aunque con dolor,
el Protector es el único
que en América nació
capaz de hacer la ventura
de esta opulenta nacion;
de la paz que disfrutamos
él es el dichoso autor;
él refrenó la anarquia
que un tiempo nos devoró,
y solo á nuestra grandeza
aspira su corazon.
Ros.—El ministro.........
Mar.— ¡Oh! su ministro
es de honradez un crisol:
el mérito siempre en él
un padre amoroso halló,
y es tan puro como un niño
que há tres dias que vió el sol.
¡Ojalá que siempre hicieran
tan acertada eleccion
los que, en adelante, manden
este pais que lo adoptó,
como la que en él ha hecho
Su Exelencia el Protector!
Ros.—Ya ha visto usted, don Mariano,
que, en cuanto he podido yó,
he contribuido gustosa
para su colocacion.
Mar.—Para tí, Rosita, es todo:
por tí sola, por tu amor,

quisiera ser el monarca
de cuanto ilumina el sol,
para poner á tus piés
mis glorias y mi esplendor.
Todo es tuyo, lo repito.
¿Ni qué podré tener yo
de que tú no seas dueño,
mandando en mi corazon?
Mil veces te lo he ofrecido,
y ahora palabra te doy
que dentro de poco tiempo,
cuando mas, de un mes ó dos,
tan luego como reciba
de mi empleo una pension,
serás mi esposa, Rosita,
mi amante, mi único amor,
y viviremos tranquilos
en santa y dichosa union.

ESCENA VI.

DICHOS, DON JUAN Y DON BONIFACIO.

JN.—Me ha petado como digo
la proposicion de usted;
será una nueva merced
que nos hace usted, mi amigo.
Por mí, concluida está yá;
lo demás allá con ella,
que juzgo que esta es querella
que no le disgustará.
Pero antes que usted concluya
voy á ver á ese sujeto;
no se saldrá lo prometo
el Ministro con la suya.
Haré que hable á Su Exelencia
sobre el negocio despacio,
y ya verá si en Palacio
tengo ó no tengo influencia.
BON.—Usted haga, amigo mio,
cuanto crea que convenga;
que ello buen éxito tenga
es lo que yo desconfio.
JN.—No hay que temer. Pronto vuelvo.
Don Mariano, ¿cómo vá?
(Al salir.)
MAR.—Muy bien, señor.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON MARIANO Y DON BONIFACIO.

BON.— (Aquí está:
á hablarla no me resuelvo.)
MAR.—(¿Qué querrá aquí este señor?)
ROS.—El señor es, don Mariano,
un amigo de mi hermano.
BON.—Y de usted muy servidor.
MAR.—Tengo la honra de ofrecerme,
caballero, á su servicio.
BON.—Aprecio este beneficio
que se digna usted hacerme,
y me le ofrezco igualmente
por amigo verdadero.
ROS.—Don Mariano es, caballero,
de la familia pariente.
BON.—Mas motivos, señorita,
para apreciarlo.
MAR.— Lo estimo.
ROS.—Mi marido fué su primo.
MAR.—Dispénseme usted, Rosita;
tengo que hacer con urgencia;
me marcho.
ROS.—¡Cómo! ¿hasta cuando?
¿no vuelve usted?
MAR.— Acabando
de hacer esta diligencia.
A Dios.
BON.— A Dios.
ROS.— Hasta luego.
MAR.—Hasta luego. (Hasta no ver
el despacho en mi poder
no puedo tener sosiego.)

ESCENA VIII.

DOÑA ROSA Y DON BONIFACIO

ROS.—Don Bonifacio.
BON.— (¡Que hermosa!)
ROS.—Usted debe en esta casa
pedir sin rubor ni tasa
si se ofrece, cualquier cosa;
y yo seré muy dichosa
si acaso puedo acertar
en servir y en agradar
á quien supo generoso,
en su destierro penoso,
á don Juan agasajar.
BON.—El deber de un hombre honrado
es el de amparar, señora,
á un semejante que llora
un destino infortunado.
Yo muy feliz me he juzgado
cuando dí tal acojida
á don Juan, que aunque á medida
no fué de mi aspiracion,
al ménos mi obligacion
entónces miré cumplida.
ROS—Yo estoy muy cierta, señor,
que, por mucho que aquí hagamos,
en nada recompensamos

tanto cariño y favor.
Bon.—¿Qué recompensa mayor
que estar al lado de usted?
(Ya estoy metido en la red.)
Ros.—Eso es, señor, un decir.
Bon.—(No sé por donde salir...,
estoy como esa pared.)
Por tan pequeños servicios,
como por mi dicha dí,
me abruman, señora, aquí
con inmensos beneficios;
tan generosos oficios
muestran de un modo ostensible,
aun al que es mas insensible,
que el mortal que los prodiga
dentro de su pecho abriga
una alma noble y sensible.
Ros.—Está usted tan lisonjero
como un limeño, mi amigo.
Bon.—Lo que siento es lo que digo;
señora, soy muy sincero.
Ros.—Así lo creo.
Bon.— Y espero
hacerle á usted conocer,
que para mí es el placer,
Rosita, mas exesivo.........
Ros.— ¿Cuál?
Bon.— Vivir á donde vivo.
(Con amor.)
Ros.—Mil gracias.
Bon.— ¿No soy de creer?
Ros.—Si, señor, ¿y por qué nó?
(ya sospecho lo que intenta.)
Bon.—(Creo que ha caido en la cuenta.)
Si, amada Rosita, yo........,
(No sé qué decir.)
Ros.— (Temió.)
Bon.—Tengo formado un proyecto,
que si á tener llega efecto
seré el hombre mas feliz;
pero soy tan infeliz.........
Ros.—(Es un serrano perfecto.)
Bon.—(No me atrevo á declararme.)
Rosita, si usted quisiera,
ningun obstáculo hubiera.
Ros.—Usted debe de mandarme
en cuanto guste ocuparme,
don Bonifacio.
Bon.— (Bien vá.)
Rosita, un favor será
que jamás olvidaré.
Ros.—Cuanto en mis manos esté,
en el asunto se hará.
Bon.—¿Usted me aprecia, Rosita?
Ros.—¿Lo duda usted?
Bon.— (Ya comprende.)
Ros.—Un amigo.........
Bon.— (No me entiende.)
Ros.—Como usted no necesita
preguntarlo.
Bon.— Señorita......
Ros.—Dudar de nuestra amistad
mucha injusticia seria.
Bon.—(¡Voto vá la suerte mia!
¡Qué maldita cortedad!)
Ros.—Nosotros, á la verdad,
un placer recibiremos
si acaso en algo podemos
ayudar á usted.
Bon.— (No sé.........)
Ros.—Con qué, diga usted en qué,
que en el instante lo haremos.

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA MARIA Y JULIANA.

Mar.—¡Ay, qué calor!
Bon.— (Ya me vino
la señora á interrumpir.)
Ros.—Qué pronto has vuelto, Marica!
Mar.—Déjame, no estoy en mí......
Tengo los piés...... ¡Ay Jesús!......
Este maldito perfil
(Tocándose.)
del zapato, me ha hecho, niña,
una llaga por aquí;
y eso que me están tan grandes.......
vé...... se salen sin sentir.
[Mostrando los piés.]
Ros.—¿Compraste lo que te dije?
Mar.—Qué he de comprar ¡ay de mí!
si apenas pude llegar
cerca de San Agustin,
y me he vuelto; porque, Rosa,
ya no pude resistir
el dolor, ni dar un paso
por mas que lo pretendí;
y con este resisterio,
quién habia de seguir
al portal de Botoneros,
á comprar en donde Ortiz
las medias! Estoy...... ¡Dios mio!
Me sentaré un rato aquí.
¡Ay Jesús!
Ros.— Tienes, Marica,
la cara como un carmin.
Mar.—¡Si el calor está terrible!
¡Y que estamos en Abril!
Por eso se muere en Lima
tanta jente sin sentir.
Y luego el tal empedrado
que parece un puerco espín.
Yo no sé, niña, en qué piensa
la Policia de aquí.
¡Le he echado mas maldiciones

que hojas hay de perejil!
Ros.—Entra y quítate la saya.
Bon.—(Dios quiera que lo haga así.)
Mar.—¿Quién nos apura? si quieres,
volveré, Rosa, á salir.
Dame unos zapatos tuyos
porque estos ya dieron fin.
Ros.—Los mios no te están buenos.
Mar.—Vamos, niña, eso es decir
que no es tu pié tan pequeño
que no me vengan á mí.
Yo, pues, nunca me lo aprieto;
no soy de esas.
Ros.— Yá!
Mar.— ¡Que sí!
Pregunta al maestro Carrillo,
verás que no sé mentir:
él me calza; que te muestre
la medida que le dí.
¡Cabal!
Ros.— Un punto me llevas,
que te lo he oido decir.
Mar.—¡Me quieres no incomodar!
Ros.—Pero si me lo has dicho así.
Mar.—No me acuerdo: no hay tal cosa,
y si lo dije mentí.
Ros.—No te incomodes por eso.
¡Jesús! como está el esplin!
Pues bien, serán tan pequeños
como los de una perdiz,
ó tan airosos y lindos
como los de un serafin.
Mar.—Poco te importa que sean
desde aquí hasta Guayaquil.
No me vengas con zumbitas!
Ros.—Amiga, esto es un decir;
cualquier cosa se te sube
en el instante al majin.
Yo te habia de hacer zumba!
Vamos, no seas así.
Mar.—Pero ¿qué dirá el señor
si te oye?
Ros.— Que vá á decir?
Que no es mas lo que ahora pasa
que disputa femenil.
Mar.—Está bien; pues con los mios
volveré luego á salir.
Ros.—No salgas ya, no precisa,
no te incomodes, en fin;
hace mucho sol, es tarde;
otro dia puedes ir;
yo no quiero que te enfermes
y me eches la culpa á mí.
Mar.—Pero, niña.
Ros.— No, no quiero;
Marica, no has de salir.
Las medias no me hacen falta;
tengo otras buenas allí,
que me pueden todavia
perfectamente suplir.
Mar.—Ya te encaprichaste: si eres
hija de vizcaino al fin.
Ros.—No hay tal cosa, Mariquita;
siempre piensas mal de mí.
Mar.—Si, ¡como no te conozco......!
¡Qué me vendrás tú á decir!
Ros.—Basta pues, Marica, basta.
Mar.—¿Con que no salgo?
Ros.— Nó.
Mar.— En fin,
voy á quitarme la saya.
Ros.—Quítatela, niña, sí.
Mar.—Y á sacarme estos zapatos
que no los puedo sufrir.
(Se va cojeando.)
Bon.—(Gracias á Dios.)
Jul.— (¡Qué simplonas!
no me engañarán á mí.)

ESCENA X.

DOÑA ROSA Y DON BONIFACIO

Ros.—Qué dirá usted de estas cosas,
don Bonifacio?
Bon.— Yo, nada.
Ros.—Hemos sido muy odiosas;
pero todo es bufonada.
Bon.—Rosita, usté es á mis ojos
tan hermosa, tan perfecta,
cuando muestra sus enojos,
como cuando amor la afecta.
¡Odiosa usted para mí!
¡Ah! de ninguna manera;
no estar cerca de usted, sí,
terrible, odioso me fuera;
y pronto espero, señora,
demostrar, con mis acciones,
que lo que digo á usted ahora
no son vanas espresiones.
Ros.—(Ha visto usted qué rodeos!)
Bon.—¡Y ojalá el cielo permita
que no sean mis deseos
burlados nunca, Rosita.
Ros.—A mí solo me compete
desear, como buena amiga,
que cuanto usted se promete
á su gusto lo consiga.
Y estoy cierta que don Juan
será tambien muy gustoso
de que usted cese en su afan,
y de que sea dichoso.
Bon.—Don Juan está ya enterado
de cuanto voy exponiendo,
y aun ha sido de su agrado.
Ros.—(Finjiré que no le entiendo.)

Bon.—Y si libre lo ejecuto,
él lo podrá á usted decir;
si lo consigo, reputo
muy feliz mi porvenir.
Ros.—Permita usted que le indique
que no le entiendo, mi amigo;
así es preciso se esplique
con mas claridad conmigo.
La reserva es escusada
en nuestra fina amistad,
no nos oculte usted nada
por ella, ó por cortedad.
Bon.—Mil veces he pretendido
hablar á usted con franqueza;
mas como hacerme ha querido
tan corto naturaleza,
he tenido que sellar,
al intentarlo mi labio,
temiendole á usted causar
algun disgusto ó agravio.
El respeto y el temor
á la mujer que se adora,
son de un verdadero amor
señales ciertas, señora;
pero ya que usted me ordena
que me esplique sin temer,
debo al punto obedecer.
Ros.—(Esta es declaracion plena.)
Bon.—Tranquilo, alegre vivia,
antes de que á usted mirase;
mas quiso el cielo que un dia
aquí sola la encontrase,
y que usted.........

ESCENA XI.

DICHOS Y DON JUAN.

Jn.—Ya estoy de vuelta.
Ros.—A buen tiempo vino Juan.
Jn.—Se logró, mi amigo, el plan;
la cosa está ya resuelta.
Apenas salí de aquí
encontré con el sujeto:
le hablé, me dijo que si,
pero me encargó el secreto
porque nos conviene así.
Le informé muy por menor
de todo, don Bonifacio,
y al instante el buen señor
se fué derecho á Palacio,
á hablar con el Protector.
"Así va todo, decia,
oyéndome. Los servicios
no se premian en el dia
y se entronizan los vicios.
¡Se verá tal picardía!
A veces el gobernante
no tiene la culpa, amigo;
tanto adulon intrigante
que tiene siempre consigo,
que ensalzan al ignorante
porque ruega con bajeza,
y al sabio y apto deprimen
porque, ni aun en la pobreza
en sus antesalas jimen,
ni les doblan la cabeza,
son los que le hacen que dé,
sin acierto los destinos
y que, confiado en su fé,
cometa unos desatinos,
que nunca sabe ni vé."
Tanto, en fin, sobre esto habló
que no me puedo acordar,
y á la oracion me quedó
sin falta de contestar.
Bon.—Crea usted, don Juan, que yo
solo aspiro á ser empleado
por no sufrir el desprecio,
que, viéndome desairado,
puede inferirme algun necio,
despues de lo que ha pasado;
no sé como hay quien consiga,
sin padecer sinsabores
y sin una mano amiga,
empleos, rentas y honores.
Jn.—¡Miente quien tal cosa diga!
Si á aquel que mas lo merece
por útil ó meritorio,
y que pide que parece
una alma del purgatorio,
le niegan cuando se ofrece
un miserable destino,
¿al que no tiene favor
se lo han de dar? ¡desatino!
El creerlo será, señor,
tragar ruedas de molino.
Preciso es desengañarse,
nadie mama sin llorar,
y el que hoy logra colocarse
tiene, amigo, que rogar,
que pedir y que humillarse.
Bon.—Como estoy tan desconfiado,
nada espero todavia.
Jn.—No hay que temer, no hay cuidado;
la cosa es hecha en el dia;
así me lo ha asegurado.
Creo que tambien acá
esté el negocio concluido.
Bon.—No, buen amigo, aun no está.
Jn. Tútútútú, qué descuido!
Eso es ser muy lerdo ya.
A la mujer no le agrada
hombre cobarde, mi amigo.
Cuando se mira atacada
le gusta que el enemigo

le corte la retirada.
Habrá usté andado con dudas
y floreos ¿no es verdad?
¡Y ellas que son tan parludas!
Amigo, en mi mocedad
yo hacia hablar á las mudas.
Vamos, ya que en chicoleos
usted el tiempo ha gastado,
yo le diré los deseos
que usted me ha manifestado,
sin andarme con rodeos.
Bon.—Señor.........
Jn.— Escucha, Rosita,
y no hagas la melindrosa;
el señor te solicita
para su futura esposa.
Ros.—¡A mí!
Jn.— ¡A tí!
Bon.— Pero permita
usted, don Juan.........
Jn.— ¡Por San Pablo!
Déjeme usted acabar.
¿No escuchas, Rosa, lo que hablo?
Es necesario evitar
las tentaciones del diablo.
Eres jóven todavia,
y, estás espuesta en el mundo
á quedarte para tia,
ó á que venga un vagamundo,
de tantos que hay en el dia,
para quienes el pudor
y la honra son ya vejeces,
á pintarte mucho amor
con maneras muy corteses,
para engañarte mejor.
Tu esposo, que esté en la gloria,
nada te dejó en su muerte,
como es cosa bien notoria,
y de un hombre de esta suerte
poco dura la memoria.
Mientras yo viva, es muy cierto,
que nada te ha de faltar;
pero despues que haya muerto
puede ser tu bienestar,
Rosita, bastante incierto.
Con que dí, ¿qué te parece?
Su proteccion y su nombre
don Bonifacio te ofrece,
y yo creo que no es hombre
que á ninguna desmerece.
Tampoco, por otra parte,
su fortuna es tan escasa
que no pueda sustentarte.
Bien conocida es la casa,
en Abancay, de Ricarte.
Entre ganado lanar,
vacuno y cañaberales,
puede en el dia contar
con buena porcion de reales
para poderla pasar.
Fuera de esto será empleado
mañana, ó tal vez hoy mismo
segun se me ha asegurado;
pues su mucho patriotismo
debe ser recompensado.
Con que, Rosa, ¿qué contestas?
La ocasion la pintan calva;
no te andes con muchas fiestas;
siempre no está como malva
el hombre en cosas como estas.
Ros.—Aunque no fuí desgraciada
en mi primer casamiento,
la verdad sea ahora hablada,
con intencion no me siento
de volver á ser casada.
¿Qué es lo que me falta aquí?
¿En todo no me das gusto?
¿Por qué pretendes de mí
que pase por el disgusto
de separarme de tí?
Jn.—Todo eso es pura etiqueta;
no hay muger que no lo diga
cuando el amor no la inquieta,
pero si acaso la hostiga,
no hay familia, ni chaveta.
¡Hacer asco uno muger
á contraer matrimonio!
Esto fuera hacerme creer
que es bueno el mismo demonio,
ó que uno ha vuelto á nacer.
Ros.—¡Pero, hermano, esto me toma
á mí tambien tan de nuevo.........!
Jn.—Pues, muger, no es una broma,
cierto es cuanto dicho llevo,
sin que le falte una coma.
Tal vez otro pretendiente
te caliente las orejas.........
Ros.—Estoy muy libre al presente.
Jn.—Esos son cuentos de viejas,
Ros.—Quien dice otra cosa miente.
Jn.—Hé allí lo que es la muger!
Cuando á fundadas razones
no la es fácil responder,
apela á las desazones
para querer convencer.
Ros.—Si, señor; pues ya se vé!
si me culpas de un delito
en que yo jamás pensé.
Jn.—Si en la disculpa entra el grito
el delito cierto fué.
En fin, ya estás enterada
de todo y haz lo que quieras.
Consúltalo con tu almohada;
mira que despues pudieras
mostrarte apesadumbrada.
Bon—Aunque mi pasion, confieso,
toca casi en desvario,
en mí seria un exceso

violentar el albedrio
de esta señora por eso.
Léjos de mí tal idea.
Libre es; al que quiera elija
y con él, dichosa sea:
ninguno á la fuerza exija
que le alumbre nupcial tea.
Si á mi poco valimento
no se atiende, don Juan, ahora,
no tendré resentimiento,
que en eso no se desdora
mi honor, ni mi nacimiento.

JN.—¡Ni quién tampoco tendria
aquí tal avilantez!
Esta casa es solo mia,
y nadie en ella ¡pardiez!
á usted jamás faltaria.

BON—Gracias, don Juan; señorita,
mi intencion ha sido pura;
la repulsa no me irrita;
me causará, si, amargura,
pero ódio, nunca, Rosita.

ROS.—Yo agradezco á usted, señor,
la honra que me quiere hacer.

BON.—Para mí fuera el honor,
si llegara á suceder.

JN.—Rosa, piénsalo mejor.
Vamos, amigo.

BON.— Ya voy.
Adios, Rosita.

ROS.— El le guarde.

JN.—No te arrepientas ya tarde
del desaire que haces hoy.

ESCENA XII.

DOÑA ROSA.

Qué intrincada situacion!
¡Jesús! y qué compromiso!
Y no hay remedio, es preciso
salvarlo sin dilacion.
¡Dos novios! una friolera!
¿Y me pesa tener tantos?
¡Cuántas se darian de santos
por tener uno siquiera!
Tal es la suerte con que obran
en el mundo los mortales;
unos abundan en males,
á otros los bienes les sobran.
Por mi parte no es dudosa
la eleccion; pues de antemano
tengo dada á don Mariano
palabra de ser su esposa.
¡Mas es tan poco sufrido!
¡Tan vivo, tan fulminante!
Si asi se porta de amante
¿qué será siendo marido?
Pero lo quiero, á pesar
de sus peros y sus comos.
¡Así las mujeres somos!
¡Nos gusta tanto un lunar!
Y el pobre don Bonifacio
que de tímido hace alarde.........
¿no sabrá que hombre cobarde
no logra entrar en Palacio?
¡Si parece un amancay!
¡Ay qué desmayo! qué modos!
¿Serán de esta masa todos
los hombres en Abancay?
En fin, lo mejor será
hablar á Juan con franqueza,
que él tiene buena cabeza
y todo lo compondrá.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON JUAN, DOÑA ROSA Y DOÑA MARIA.

ROS.—No, amiga, ya no te vas
hasta mañana.

MAR.— ¡Qué bueno!
¿Y qué dirán en mi casa?

ROS.—No tengas cuidado de eso,
que ya he mandado avisar
que no te aguarden.

MAR.— No puedo;
tengo mucho que coser.

ROS.—Mañana puedes hacerlo.

JN.—Quédese usted, señorita,
que yo tambien se lo ruego.

Ros.—¿No se ha de quedar? ¿Qué tiene
una noche mas ó ménos?
Por la mañana temprano
se irá.
Mar.—Mira, niña, pero.........
Ros.—¡Qué pero, ni qué manzana!
Mariquita, no hay remedio:
esta noche vas conmigo
á la comedia·
Jn.— Yo espero,
que usted no desairará
el convite que le hacemos:
he mandado tomar palco
tan solo con este objeto.
¡Hola! señor don Mariano,
llega usted muy á buen tiempo.

ESCENA II.

DICHOS, DON MARIANO.

Maro.—(Aun no se ha ido este demonio)
Jn.—Usted que está mas esperto
en tratar con las muchachas,
nos sacará de este aprieto.
Lléguese usted por acá.
Pues, señor.........
Maro.—¿Y qué hay de bueno?
Jn.—Aquí le estamos rogando
á esta señora..........
Mar.— (Mal vá esto.)
Jn.—Que nos acompañe al teatro
esta noche.
Mar.— Si no puedo.....

(Mirando á don Mariano.)

Jn.—Pero está muy empeñada
en que por fuerza ha de hacernos
el desaire.
Mar.— No, don Juan,
no soy capaz de hacer eso;
me quedaré.
Jn.— Muchas gracias.
Mar—(Solo por usted me quedo.)
Maro.—(¡Malhaya su estampa!)
Ros.— Amiga,
no sabes cuanto me alegro.
Don Mariano irá tambien
con nosotros.
Jn.— Por supuesto.
Mar.—(El brazo á mí.)

(A don Mariano.)

Maro.— Yo, señoras.........
siento mucho.........
Ros.— (Yo lo quiero.
Irâ usted.)
Maro.—Tengo que hacer;
no puedo, mucho lo siento.
Jn.—Todo se deja, mi amigo,
por un rato de recreo;
á mas de que yo presumo
que es deber de un buen limeño
concurrir á ver una obra
de un conciudadano nuestro.
Maro.—(¡Cómo diablos me sacudo!)
Mar.—Con qué, ¿don Mariano, iremos?
Jn.—Irá señora.
Maro.— No voy;
y á obra hecha aquí, mucho ménos.
Tengo que hacer, ya lo he dicho,
y aunque no fuera por esto
no iria; para dormir
me sobra, don Juan, el tiempo.
Jn.—¿Qué dice usted?
Maro.— Si, señor....
Mamarracho mas completo
no se ha visto nunca en tablas.
Jn.—¿Lo ha leido usted?
Maro.— Nada de eso;
pero un actor me lo ha dicho.
Jn.—¿Un actor? debe saberlo.
Maro.—¡Toma! ¡no lo ha de saber!
Un actor no es un sujeto
á quien, en esta materia,
se le dá blanco por negro.
Jn.—Cabal; pero, don Mariano,
¿qué le importa á usted todo eso?
Ello será detestable,
como anda ese actor diciendo;
pero ahora no viene al caso.
Nosotros lo que queremos
es que usted nos acompañe.
Si la obra no vale un bledo,
mejor, usted y el actor
habrán acertado en ello.
Maro—Qué tal! ¿Qué me importa? amigo,
me importa mucho: no quiero
ir á quemarme la sangre,
que harto maligna la tengo.
¿Qué me importa? ¡me ha gustado
la pregunta! Si, por cierto.
¡Tendré la calma que usted
para escuchar con sosiego
que porque á ese mequetrefe,
á ese mozo, á ese muñeco
del autor, le dá la gana
de ensuciar cuatro ó seis pliegos
de papel, á todo Lima
lo llene de vituperios.
Jn.—¿Y por qué?
Maro.— Eso es muy claro.
¿Qué dirán los estrangeros
viendo ese embrollo maldito,

sin plan, sin moral, sin juego?
Se burlarán de nosotros,
y con razon, lo confieso.
¡A unos hombres ilustrados,
á unos hombres que están hechos
á ver tantas obras sábias,
chef d'œuvres que dicen ellos,
espetarles en sus barbas
disparates tan tremendos!
¡Ya se vé! ¡Si el ignorante
tiene mucho atrevimiento!
Y la hambre, si señor, la hambre!
Por treinta ó cuarenta pesos
que le dará al tal autor
esa obra de los infiernos,
vá á poner en el ridículo
al pais de su nacimiento.
Pero á él le importa muy poco.........
Tan sin vergüenza es como eso.
JN.—Y diga usted, don Mariano,
¿Usted conoce al sujeto
de que habla?
MARO.— ¿Yo? No señor,
ni me importa el conocerlo;
pero uno que lo conoce,
me ha dicho que es un mozuelo
que jamás ha visitado
una escuela ni un colegio,
y que sabrá á duras penas
las letras del alfabeto.
Eso si, muy presumido
y muy mordaz en sus versos......
Dos ó tres cómedias mas
se me ha dicho que ha compuesto.
¡Pero qué composiciones!
Parto al fin de tal cerebro;
una reunion de absurdos
y de sátira á destiempo.
JN.—¡Qué tal! señor don Mariano,
¿con que dicen de él todo eso?
MARO.—¿Eso no mas? no señor:
dicen tambien que en un tiempo
fué militar, no sé dónde.
JN.—¿Fué militar?
MARO.— Sí por cierto,
y ya usted vé ¿qué sabrá
un soldado de hacer versos,
de comedias, ni de nada?
¡Un militar! que es lo mesmo,
que si dijéramos ahora,
un borrico ó un podenco.
¿O se habrá creido tal vez
que hacer un drama perfecto
es lo mismo que mandar
un ejercicio de fuego,
ó dar una media vuelta,
ó llevar el cuerpo tieso?
¡Qué, no es mas que hacer comedias!
ROS.—Ven, Mariquita, sentémosnos.
MARO.—Ya se vé, como él las hace
las haria el mas zopenco,
Toma un retazo de Lope,
de Zamora, ó de Moreto,
y otro de Comella, y otro
de Moratin ó Trigueros,
y está el negocio concluido;
y se le saca á los necios
que concurren las pesetas,
que es el principal objeto:
pero la que él pille mia
que me la claven consiento
en la frente.... sí, señor,
yo tales cosas no veo;
mejor me voy á un café
y paso la noche viendo
jugar villar, que no
rabiando en el coliseo;
ó si nó me voy al Puente,
me divierto, y cojo el fresco.
¿Quién le ha dicho á ese pobre hombre
que sabe hacer un cuarteto,
ni esplicarse ni inventar?
¿Ni dónde tiene talento
para dar justa espresion
de caractéres y afectos,
á las diversas personas
que pone sobre el proscenio?
Mi amigo, mal que nos pese,
preciso es que confesemos
que no somos los peruanos
todavia para esto.
El gobierno deberia
prohibir de un modo severo
la exhibicion de estas obras
que degradan nuestro suelo,
y castigar al Censor
que su pase les ha puesto.
Es vergüenza.........
JN.— ¡Quite usted,
hombre de Dios, que no puedo
sin salir de mis casillas
escuchar á usted mas tiempo.
Usted es el ignorante
y muchos de su perjeño
que, por desgracia, han nacido
en este dichoso suelo.
Ustedes quienes lo insultan
con su vil comportamiento,
y ustedes á los que debe
perseguir un buen gobierno.
Conozco mucho al autor
que usted llena de improperios
y sé que es un hombre honrado,
y que si no tiene ingenio
para hacer una obra digna
de admiracion, á lo ménos
ama á su patria y procura
su ilustracion y recreo.

¡Ojalá que lo imitaran
tantos hombres de talento
como hay en esta ciudad,
y que con mayor acierto
que el suyo, pues sé muy bien
que confiesa no tenerlo,
se dedicáran como él,
infatigables y austeros,
á corregir las costumbres,
los abusos, los excesos,
de que plagado se encuentra
por desgracia nuestro suelo.
¡Ojalá que hicieran ver
con ello á los estrangeros,
que aquí, como en todas partes,
existen hombres de génio,
capaces en todo ramo
de rivalizar con ellos!
Si se rien de nosotros,
no podrán jamás hacerlo
sin que de ingratos y ruines,
con justicia, los tratemos.
Aquí los agasajamos
en cuanto está en nuestro esfuerzo;
aquí se les considera,
mas tal vez que allá en sus pueblos,
y las inmensas riquezas
que produce nuestro suelo
les dan, para la vejez,
la abundancia y el sosiego.
Ya que el gobierno no quiere,
ó no lo puede tan presto
por sus graves atenciones,
recompensar los esfuerzos
del que espone denodado
á merced del vulgo necio
sus escasas producciones,
con el esclusivo objeto
de correjir nuestros vicios
y ensalzar nuestros talentos,
nos toca á sus compatriotas
estimularlo, quererlo,
animarlo á que trabaje,
y alabar si nó su acierto,
al ménos su patriotismo
y sus grandiosos deseos.
Pero no, señor; nos basta
saber que un paisano nuestro
ha hecho una obra, aunque no tenga
nadie que ponerle un pero,
para que sin compasion
la pongamos por los suelos,
aun sin leerla y sin saber
cual es su asunto á lo ménos.
Eso sí, si ella está escrita
en Londres, Francia ó Marruecos,
aunque sea como muchas,
que he visto yo, un mal compendio
de inmoralidad y errores,
la elevamos á los cielos,
tan solo porque el anuncio
nos dijo en gruesos letreros:
ejecutada en París
con aplauso un año entero,
como si en Paris no mas
se supiera lo que es bueno.
O lo hacemos porque digan
que somos de gusto bello,
hombres de suposicion
y vastos conocimientos,
cuando ignoramos quizá
como se conjuga un verbo.

Ros.—(¡Hasta cuando......)

Jn.—¿La hambre lo hace
escribir? hombre protervo!
Por hablar no sabe usted
como llenàr de dicterios,
á quien á usted ni á ninguno
el menor daño les ha hecho.
¡Bueno es el teatro de Lima
para medrar escribiendo!
El que crea lo contrario
que lo haga, y verá si es cierto.
Se gana; mas son disgustos
que imponen trabas al génio.
El Censor, por una parte,
le pone á la obra mil peros,
y mutila y no reemplaza
sus mas lucidos conceptos.
Por otra, muchas personas,
contra el autor se conjuran
por adular ó por miedo;
y los hombres como usted,
que juzgan sin entenderlo,
le quitan por todo Lima
antes de tiempo el pellejo,
y le anuncian y desean
un resultado funesto.

Maro.—Pero, don Juan.........

Jn.—Si critíca
hace su deber en eso;
porque de un autor dramático
es el principal objeto,
sin determinar personas,
dar á los vicios de recio.
Al que le venga le venga;
al que nó, muy santo y bueno.

Maro.—Si.........pero......

Jn.—¿Y se atreve usted
á insultar, hombre grosero,
por el autor solamente
á todos nuestros guerreros?
Pues sepa usted, mal hablado,
que en nuestra patria tenemos
militares muy instruidos,
bajo todos los conceptos
capaces de figurar,
en un teatro mas estenso,

y dignos por todos modos
de admiracion y respeto.
Sepa usted...... pero es mejor,
caballero, que callemos;
porque yo me exalto mucho,
cuando se vé con desprecio
el suelo en que ví la luz
y la vieron mis abuelos.
Señora, usted me dispense
si me he mostrado grosero
con semejante episodio.
Yo no he podido hacer ménos,
oyendo al señor hablar
con tan grande menosprecio
del pais en donde nació.
MAR.—Usted es, don Juan, muy dueño
de hacer lo que le parezca.
JN.—Señora, yo lo agradezco.
MAR.—No hay de qué.
JN.— Se me ha pasado
la hora; me voy, pronto vuelvo:
anda alistándote, Rosa,
y que te halle á mi regreso,
lista para irnos al teatro.
ROS.—Muy bien.
JN.— Este caballero,
irá si le dá la gana.
MARO.—(¡Qué política!)
JN.—Hasta luego.

ESCENA III.

DICHOS, ménos DON JUAN.

MARO.—No ha estado malo el sermon
que el viejo nos ha espetado.
ROS.—El génio de usted ha dado,
don Mariano, la ocasion.
MARO.—Lo que he dicho es la verdad.
ROS.—Mi amigo, bien puede ser;
mas tratar de escarnecer
su propia patria, es ruindad.
MARO.—¡Con mil santos! Tambien tú
pretendes darla de sábia?
¿O quieres que de una rábia
me lleve aquí Belzebú?
ROS.—¡Jesús! tiene usté un humor
que el demonio que lo aguante;
la menor cosa al instante
lo llena á usted de furor.
Poco saca usted, mi amigo,
con ponerse como fiera;
porque, quiera ó que no quiera,
irá usté al teatro conmigo.
Veremos si usted me aprecia,
como siempre lo repite.
MARO.—Yo no desairo el convite;
mas no voy, no sea usted nécia.
ROS.—Don Mariano, está corriente;
no juzgaba á usted tan mal.
MARO.—Señora.........
ROS.— Un hombre formal

(Bajo á don Mariano.

tan pronto no se desmiente.
Me voy adentro un momento
á buscar mi pañuelon;
á bien que ustedes no son
personas de cumplimiento.

ESCENA IV.

DON MARIANO Y DOÑA MARIA.

MARO.—(¡Qué compromiso del diablo!
¿Y cómo saldré de él?

(Paseando.)

Mariquita......... Mariquita!
Amiga ¿qué tiene usted?
MAR.—Nada.

(Incómoda.)

MARO.— ¿Nada? Y por qué causa
no quiere usted responder?
¿Habré en algo, vida mia,
ofendido á usted tal vez?
¿Calla usted........? Nada me acusa
la conciencia.
MAR.— Puede ser.
MARO.—Creame usted, Mariquita;
pura, constante es mi fé,
y por nada de este mundo
podré violarla.
MAR.— Está bien.
Se conoce.
MARO.— ¡Estoy absorto!
¿Qué ha habido? espliquese usted......
Ese modo, Mariquita,
con que me trata, es cruel.
MAR.—Aun se atreve usted á hablarme?
MAR.—Pero, amiga.
MAR.— Quite usted.
MAR.—¡Válgame Dios!
MAR.— Don Mariano,
usted podia tener
ese manejo con otra,
y no conmigo.
MARO.— No sé
por qué habla usted de ese modo.
MAR.—¿Por qué? Aun pretende usted
el proseguir enredando
dos mujeres á la vez?

¿Presume usted que no he visto
las señas que le ha hecho á usted
Rosita, ó que soy tan sorda
para no haber oido bien
las últimas espresiones
que dijo cuando se fué?
Vaya usted, que es un villano,
un pícaro, un descortés.

MARO.—Aprensiones, Mariquita,
aprensiones. Todo eso es
falso...... falso.........

MAR.—Habrá usted creido
que soy alguna muger
de monton? Pues, caballero,
mucho se equivoca usted..........
Yo soy toda una señora,
muy acostumbrada á ver
á muchos hombres de peso
humillados á mis piés.

MARO.—Pero, por Dios, Mariquita......
todo es falso......óigame usted.

MAR.—Yo no oigo nada. Por eso
no se dejaba usted ver
tanto tiempo; y yo tan tonta
que caia siempre en la red
quo un aleve me tendia
para engañarme mas bien.

MARO.—Pero escuche usted.

MAR.— No quiero.
¿Qué podrá decirme usted?
Mentiras, todo mentiras.
No dijo usted que á las seis
de la tarde iria á casa
á verme? ¿y por qué no fué?

MARO.—Mire usted......

MAR.— Ya se vé; si era
preciso venir á ver
á doña Rosa primero.

MARO.—Ni lo he pensado.

MAR.—Ya......! pues......!
A gozarse en sus encantos,
ó mas bien en su insulsez;
porque yo no sé qué tiene
de agradable esa mujer.

MARO.—¿Hasta cuando, Mariquita?

MAR.—Ni cuerpo tiene, ni piés,
ni ojos, ni génio, ni nada
que pueda causar placer;
pero el gusto de los hombres
es bien estraño y soez.

MARO.—(Ya he dado con la disculpa.)

MAR.—En fin, usted puede hacer,
caballero, lo que guste.
Siga usted siéndole fiel,
que yo lo único que siento,
señor don Mariano, es
que he conocido muy tarde
el mal proceder de usted.
¡Qué incauta he sido! ¡que sonsa!
¿Pero qué habia de hacer?
¡Desgraciada! Con una alma
tan sensible y sin revés,
dí crédito á un fementido
que, con palabras de miel,
me hizo tragar el veneno
que ocultaba su doblez.
¡Dios mio! Qué infortunada
es una pobre muger!
Es la mofa, es el juguete,
de tanto pícaro infiel.

MARO.—¡Eso es! llore usted, sí, llore,
máteme usted de una vez.
¿Así paga usté el cariño
que siempre la profesé?
¿Con que cuando aquí he venido
tan solo por ver á usted,
me trata como un cristiano
lo hiciera con Lucifer?

MAR.—¿Por verme á mí?

MARO.— Si, señora,
por ver á usted no mas fué.
Hará media hora que estando
hablando con un francés,
en la puerta de la fonda
de la madama Noell,
supe que aun en esta casa,
Mariquita, estaba usted;
y queriendo disfrutar
del excesivo placer
de acompañarla á la suya,
en venir me apresuré.
Esto es lo que hay, Mariquita.

MAR.—¿Y por quién lo supo usted?

MARO.—Por un mozo...sí...un muchacho
que fué de aquí por café.
Ya vé usted con qué injusticia
me hace usted tragar la hiel
de su injusta desconfianza,
de su furioso desden.
¿Aun desea usted mas pruebas,
Mariquita, de mi fé?
Hable usted.

MAR.—Amigo mio.

MARO.— Diga usted.

MAR.— Pues está bien:
una sola, si, una sola
deseo que usted me dé.

MARO.—Cuantas usted apetezca.
Diga usted pronto. ¿Cuál es?
A mi adorada Marica
yo ¿qué negarle podré?

MAR.—Pues siendo eso así, exijo
que nos acompañe usted
á la comedia esta noche;
que á mí su brazo me dé,
y que no hable con Rosita
en toda ella ni una vez:
que esté usted siempre á mi lado,

dándole en eso á entender
el dominio que yo tengo
sobre el corazon de usted;
al regreso, por supuesto,
usted tambien me ha de traer.
MARO.—Mariquita, un imposible
es el que me pide usted.
MAR.—¡Imposible!.
MARO.—Sì, imposible;
si no tuviera que hacer
tanto.........
MAR.—Don Mariano, escusas.
MARO.—No son escusas, mi bisn.
tengo que ver á un sugeto
que me ha de dar un papel,
á las nueve de esta noche,
ó cuando mas á las diez;
pero un papel de importancia;
y si lo dejo de ver
esta noche, como digo,
mañana imposible me es,
porque dicen que temprano
se embarca para Chiloé.
Si esto no hubiera, mi amiga,
qué mayor dicha y placer
para mí que estar al lado
toda la noche de usted,
apesar del mamarracho
que se empeña usted en ver,
y que yo soportaria
solo por amor de usted?
MAR.—¿Usted juzga, don Mariano,
hacermo tal cosa creer?
Pues sepa usted que no tengo,
señor, tanta candidez.
La causa de esas escusas
yo la conozco muy bien.......
Todo es por no disgustar

(Doña Rosa se asoma.)

á doña Rosa.
MARO.— ¡Pardiez!
Que no es así, Mariquita.
MAR.—No lo niegue usted, así es;
se conoce, está muy claro;
si señor, la quiere usted,
MARO.—No hay tal cosa. Si usted gusta,
mi amiga, lo juraré.
MAR.—En vano, porque en el dia
no hay hombre que tenga fé.
MARO.—Crea usted que no me importa
esa muger ni una nuez.
Mariquita ¿usted presume
que yo habia de tener
un gusto tan depravado?
Muy mal me ha juzgado usted.
¿Qué es lo que tiene de bueno,
como usted dice muy bien?
Nada, nada, Mariquita;
pero ni aquel no sé qué
que se encuentra en muchas feas,
y que agradan sin querer.
ROS.—(¡La rabia me desespera!)
MARO.—Si la visito es porque es
mi parienta; pero nunca
le he dicho un Jesús.
ROS.— (No sé
como me contengo.)
MARO.— Nada
que le pudiera hacer creer
que la amo ni......... ¡Disparate!
Si tan tonta, tan fea es.
A usted amo solamente,
adoro, diré mas bien;
á tí toda mi alma ha tiempo,
mi hechizo, que te entregué.
Dame tu mano, sí, dámela.
Toca aquí, Marica......... bien,
¿nó sientes cómo palpita
mi corazon? por tí es,
por tí, por tu amor, ¡ingrata!
MAR.—¡Ay Jesús! no apriete usted
ROS—(Ya no puedo aguantar mas.)
MAR.—Don Mariano, viene jente.

ESCENA V.

DICHOS Y DOÑA ROSA.

ROS.—Prosiga usted, don Mariano;
siga usted no se moleste.
MARO.—Rosita, yo.........
ROS.— Mariquita,
no te turbes.
MARO.—(¡Qué lance este!)
MAR.—No tengo por qué turbarme:
á nadie he dado la muerte.
ROS.—Es verdad; pero debias
advertir que es muy decente
mi casa para ultrajarla
con manejos tan aleves.
MARO.—Rosita, escúcheme usted,
yo le diré.........
ROS.— Usted puede
quitarse de mi presencia,
si insultarme mas no quiere.
MARO.—Mire usted, yo le decia
á esta señorita.........
ROS.— Breve.
MARO.—Un recado de un amigo
que me encargó le dijese
que la amaba y.........
MAR.— Calle usted,
caballero, que no tiene
que darle satisfacciones
á una muger que no debe.
ROS.—Suplico á usted, mi señora,

que se calle ó se modere.
Mar.—No tengo por qué callar;
eso usted hacerlo debe.
Ros.—¿Yó?
Mar.— Si, Rosita, tú, tú,
que por qué bastante tienes.
¿O has creido que estás hablando
con alguien que no lo entiende?
Con una sola palabra
puede ser que te avergüence.
Ros.—Es usted muy enredista.
Mar.—Y tú una niña inocente.
Maro.—Señoras, basta por Dios;
ruego á ustedes que esto cese.
Ros.—¡Mala amiga!
Maro.— Basta ya.
Mar.—Nadie mas inconsecuente
que tú.
Maro.— Pero, señoritas,
¿qué se dirá?
Ros.— Usted tiene
de todo la culpa, usted.
Mar.—¡Jesús! y cómo le duele.
¡Oigá! te parece mal
que á mí el señor me corteje?
Maro.—(El diablo tiró la manta.)
Mar.—¿Eso qué te vá ni viene?
En fin, señor don Mariano,
sáqueme usted de aquí, breve.
Vámosnos á casa.
Maro.— Pero....
Mar.—Pronto......... Juliana!
Maro.— (¡Qué cohete!)
Mar.—¡Juliana! Juliana!

ESCENA VI.

DICHOS Y JULIANA.

Jul.— ¿Qué hay,
señora?
Mar.— Al punto traeme
mi manto y mi saya.
Jul.— (Aquí
ya ha habido algo.)
Maro.— Anda, vete.

(A Juliana.)

Mar.—Tráeme, Juliana la saya.
Ros.— Tráesela, pues.
Maro.— Que se espere:
señoras, es necesario
que seamos mas prudentes;
Rosita, suplico á usted,
por cuanto hay, que no se altere.
Mar.—¿Qué tiene usted que rogarla?
Maro.—Nada...... pero yo........

Mar.— Juliana,
¿á qué aguardas? Eso tráeme.
Jul.—Voy pues. ¿Y cuál traigo, niña,
la de listas ó la verde?
Mar.—La verde.
Jul.— Está bien.

ESCENA VII.

DICHOS, ménos JULIANA.

Mar.— Mi amigo,
hable usted; si acaso tiene
algo por qué contemplarla,
dígalo usted claramente.
Ros.—Si lo quiere usted saber
tiene, si, señora, tiene;
porque me ha dado palabra
de ser mi esposo, hace meses.
Mar.—¡Don Mariano...! ¿Calla usted?
Maro.—Sí...yo...(¡El demonio me lleve!)
Mar.—Vaya usted en hora mala,
hombre falso é indecente,
¿de este modo á una señora,
como yo, se compromete?
Maro.—¿Qué culpa tengo, señoras,
si ustedes dos me apetecen?
Yo lo mas que puedo hacer
es quererlas igualmente,
y hemos concluido.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON JUAN Y DON BONIFACIO.

Jn.— Mi amigo,
no hay mas que tener paciencia;
todos los dias suceden
en Lima cosas como esta.
Mil hay aquí que á unas faldas
deben honores y rentas.
Pero, en fin, el tiempo es largo
y dá, amigo, muchas vueltas.
Bon.—No, mi amigo; basta ya
de empleos y de simplezas.
A mi sudor solamente
quiero deber la existencia.
Jn.—Muy bien hecho, y ojalá
lo mismo muchos hicieran;
y no que continuamente
adulan, lloran y enredan
para conseguir destinos,
tal vez sin grave exijencia,
con perjuicio de otros muchos
de un mérito á toda prueba.
¡Qué es esto! ¿Qué se vá usted?

MAR.—Sí, señor.
JUL.— (La hicimos buena.)
JN.—¿Y por qué causa, señora?
¿No vamos á la comedia?
MAR.— No, señor.
JN.—Pero, Rosita,
¿qué ha habido aquí?
JUL.— (¡Una friolera!)
ROS.—Nada.
JN.—Vamos, habla claro.
¿há sido alguna etiqueta?
ROS.—No, nada. Ella quiere irse.
Vaya muy enhora-buena.
JN.—¡Pues buenos estamos ahora
nosotros para estas fiestas?
ROS.—¿Y qué quieres tú que yo haga?
¿que la ruegue? ¡bueno fuera!
JN.—¿Y cuando traemos, señora,
unas noticias tan buenas
para usted, se quiere ir?
MARO.—(Estoy en áscuas.)
JN.— Por Dios,
que estoy cierto que ha sido ella
la del influjo. Señora,
las albricias algo cuestan.
MAR.—No le entiendo á usted. Me voy.
JN.—Aguarde usted. De manera
que la proteccion de usted
habia sido soberbia.
MAR.—No le entiendo á usted repito;
dejémosnos de indirectas,
que no he venido á esta casa
para sufrir desvergüenzas.
JN.—¡Cómo!
MAR.— Sí, señor.
JN.— Señora,
no hay motivo de molestia.
¡Oh! si el señor don Mariano
supiera lo que debe á ella,
ya se hubiera apresurado
á hacerle á usted mil finezas.
MAR.—¿A mí?
JN.—Sí, señora, á usted.
MARO.—(¡Qué entruchada será esta!)
JN.—Su señoría el Ministro
que aprecia tanto á las bellas,
y sobre todas á usted.....
MARO.—¡Diablo!
JN.—Ha querido dignarse
interponer.........
ROS.—(¡Yo estoy muerta!)
JN.—En favor de don Mariano
sus respetos y su influencia
con el Protector.
MARO.— (Respiro.)
JN.—Para que se le conceda un destino.
MARO.—(¡A tiempo llega.)
JN.—Todo por servir á usted
que se empeñó que lo hiciera.
En fin, se ha mandado yá
que el despacho se le estienda;
y yo doy á usted, señora,
por ello la enhorabuena,
aunque he sufrido un desaire
en esa misma propuesta.
MAR.—(Ya se llegó mi venganza.)
JN.—¿Con qué?
MARO.—(¡Oh! bendita seas.)
MAR.—(Ella es, no hay duda.)
JN.— Usted vé
que yo no he hablado sin pruebas.
¿Las tuve, ó nó?
MAR.— Caballero,
no es á mí, ni es á mi influencia,
á quien debe este señor
la gracia que usted espresa;
otra persona hay aquí
que goza con Su Excelencia
de mas influjo que yo.
ROS.—(¡Haya mujer mas perversa!)
JN.—¿Qué dice usted?
MAR.— Sí, señor;
y puede usted darle á ella
las albricias del destino
que han dado á quien la corteja.
JUL.—(¡Calla, demonio!)
MAR.— Y hacerle
todos los cargos que quiera,
por el desaire que á usted
le han hecho en la tal propuesta.
JN.—¿Cómo es eso? ¿quién aquí?.........
Señora, usted se chancea.
ROS.—Pero que le hagas tú caso!
MARO.—(Se descubrió.)
JUL.— (¡Santa Tecla!)
MAR.—Me hará y me oirá, sí señor;
yo le haré ver........
MARO.— (Calla, nécia!)
ROS.—Marica, mira que es tarde.
MAR.—No me apures, niña.
JUL.— (¡Aprieta!)
MAR.—Pues, señor, á su cuñada
le toca la enhorabuena,
y á ella debe don Mariano
haber entrado en carrera.
JN.—¿A mi cuñada?
MAR. Cabal.
ROS.—Es un testimonio.
JUL.— (¡Aprieta!)
MAR.—Sí, Rosita, á tí, á tí,
tú has sido, porqué lo niegas?
JN.—¿Con que eres tú.........?
ROS.— No hay tal cosa,
hermano ¡que tú lo creas!
MARO.—Usted puede equivocarse,
señora.
MAR.—Yo estoy muy cierta
de lo que digo, y daré

una convincente prueba.
JUL.—(¡Qué apuros!)
MARO.—(Mujer del diablo!)
MAR.—Don Juan, diga usted, ¿se acuerda
con qué saya vine aquí?
JN.—Sí, señora.
MAR.— ¿Es acaso esta?
JN.— No.
MAR.—Pues en este vestido
tengo ya dada la prueba.
JN.—(Ya caigo.)
MAR.— No una vez sola,
don Juan, sino mas de treinta,
ha ido á casa del Ministro
doña Rosa.
ROS.— Basta, fiera!
MAR.—Déjame hablar.
ROS.— Pero tú.........
JN.—Silencio. Hable usted. ¿Y á qué eran
esas visitas?
MAR.— ¿A qué?
á pedir, y no para ella.
JUL.—(¡Qué te-a-ele-tal! Eso habia!)
JN.—Con que iba.........
MAR.— Así como suena.
ROS.—Pero sí.........
JN.— Silencio, digo;
no en vano tuve sospechas.........
MAR.—Que hable! ¿qué dirá? mentiras:
eso sabe muy bien ella.
JN.—Todo eso es de más, señora;
vamos á lo que interesa.

ESCENA X.

DICHOS Y UN CRIADO.

CR.—Señor; aqueste billete
me ha dado un hombre en la puerta.
JN.—A ver. Creo que conozco

(Abre.)

si no me engaño, esta letra.

(Lee.)

«Mi amigo.........»

¡Del Ministro es, no hay remedio!
No puede ser cosa buena.

« Usted está empeñado en desacreditarme por todas partes, y yo en mostrarle que soy su amigo y que deseo servirlo. Su cuñada doña Rosita me ha hablado varias veces en nombre de usted »

¡En mi nombre! ¡Dios eterno!
¡Habrá mayor desvergüenza!

« y en el suyo, en favor de don Mariano Tirapegui, su pariente, y tengo el gusto de avisar á usted que S. E. el Protector, á peticion mia, le ha conferido un destino que tiene 600 pesos de renta anual. Tendrá usted la bondad de decirle, que cuando guste puede ocurrir por su despacho.

« Si puedo ser á usted útil en alguna otra cosa, puede ocuparme con franqueza, como á su afectísimo &. »

MARO.—(¡Magnífico!)
MAR.— Ahora, don Juan,
¿qué dice usted?
JN.— ¡Quién creyera
tal infamia!
BON.— (¡Pobre niña!)
JN.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué vergüenza!
El infierno son capaces
de anarquizarlo las hembras!
¡Pobres hombres! ¡pobres hombres!
¡Cuan grande es vuestra miseria!
¿De qué sirve que os rompais
estudiando la cabeza,
si os engañan las mujeres
como á unos niños de teta?
BON.—Ya no hay remedio, don Juan.
JN.- Mi amigo, ¿quién le dijera,
que en esta casa le habian
de inferir á usted molestias?
BON.—Dejemos eso.
JN.— Y usted.........
MARO.—¿Qué queria usted que hiciera?
El hombre debe buscar
de algun modo una carrera.
JN.—Pero la que usté ha buscado
es deshonrosa y perversa;
es usted un hombre infame,
enredista, sin vergüenza:
usted.........
MARO.—Yo, señor don Juan,
puedo ser cuanto usted quiera;
pero ya estoy colocado,
gracias á mi dilijencia.
JUL.—(¡Qué lisura!)
JN.— En el momento
salga usted de aquí, tronera,
antes que mande á mis criados
que le peguen una felpa.
MARO.—¡Despacio! No incomodarse;
me iré, tenga usted mas flema:
ni me quedaré en su casa,
ni volveré nunca á ella.
Mire usted que soy un hombre
tan manso como una oveja,
y aunque me peguen de palos
perdono al que me apalea;
porque ante todo es la paz.
¡Maldito el que no la aprecie!

En fin, adios, señorita.
Ya usted vé...... por mí no queda.

ESCENA XI.

DICHOS, ménos DON MARIANO.

Bon.—¡Hombre indigno!
Jn.— Si usted fuera
mas pundonorosa, al punto
dejara.........
(A doña Rosa.)
Mar.—Ya mi presencia
estorba aquí. ¡Adios! ¡adios!
Con que, Rosa, hasta la vuelta.
Jul.—(Sóplate esa y dí que ayunas)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos DOÑA MARIA.

Jn.—Lo que me ha indignado mas,
y aun me llena de vergüenza,
es que ella, don Bonifacio,
á quien usted tanto aprecia,
á quien usted ofrecia
su corazon tan deveras,
haya sido......
Bon.— Basta, basta;
no hablemos de esa materia.
Ya todo pasó; tal vez
no habrá procedido ella
con siniestras intenciones.
Discúlpela usted.
Jn.— ¡Perversa!
Ya se vé, don Bonifacio,
la culpa no la tiene ella.
De una mala educacion
son estas las consecuencias.
Por esto muchas mujeres,
no digo que todas ellas,
son frájiles, presumidas,
hipócritas y veletas.
Por las exterioridades
solo juzgan y se prendan;
desprecian al hombre honrado
que las ama y las respeta,
porque no se ajusta el frac
ó les habla con pureza;
y quieren á un vagamundo,
sin honor y sin vergüenza,
porque les habla en idioma
que no entienden ni ellos ni ellas,
ó porque visten al uso
de Paris, Londres ó Viena.
De aquí nacen las rencillas
en una familia mesma,
de aquí la reputacion
de la mejor viene á tierra;
y por último, se ven
espuestas á la vergüenza,
sin honor.........
Ros.— Eso nó. Yo
puedo haber sido lijera
en dar crédito á un malvado
por mi falta de esperiencia;
pero mi honor está intacto;
y se engaña el que pretenda
por ilícitos caminos
que se mancille ó se pierda.
He errado, es verdad, mas ¿quién
en este mundo no yerra?
Mucho mas una mujer,
frágil por naturaleza,
y á quien ha negado el cielo,
el juicio que al hombre eleva.
Bon.—Dice usted muy bien, Rosita,
perfectamente se espresa.
Usted ha sido engañada,
señora, de una manera
que lo han sido, y lo son muchas
por mas prevision que tengan.
No ha perdido usted por esto
ni su honra ni su inocencia.
Por mi parte, señorita,
está usted pura, sin mengua,
y el mismo cariño que ántes
mi corazon la profesa.
Si usted se digna aceptarlo,
mi dicha será completa.
Ros.—¿Cómo pagaré yo á usted,
mi amigo, tantas finezas?
Jamás las podré olvidar;
mi gratitud será eterna.
Yo aprecio á usted, y á no ser
por lo que ha habido, tuviera
mucha honra en llevar el nombre
de quien me dá tantas pruebas
de amor, generosidad,
de constancia y de nobleza.
Bon.—Rosita, repito á usted
que está usted para mi ilesa.
No tema usted; si presume
que yo feliz puedo hacerla,
admita usted con confianza
mi mano, y mi alma con ella.
Don Juan, si usted.........
Jn.— ¡Ah, mi amigo!
Abráceme usted......con fuerza,
¡Qué corazon! ¡Qué honradez!
Aun existen en la tierra
hombres generosos. Sí,
los hay, no hay que darle vuelta.
Rosita, hermana, ¿qué dices?

Ros.—Gustosa admito la oferta,
y espero que no tendrá
de mí jamás una queja.

Bon—Yo sabré, hermosa Rosita,
dar á usted la recompensa,
poniendo todo conato
en admirarla, en quererla,
y en trabajar con ahinco
para que usted siempre tenga
una existencia agradable,
con honor y con decencia.
Esta será mi ambicion.
Léjos de mí ya la idea
de solicitar destinos,
que ménos dan qué molestan;
bastante tiempo he perdido
con semejantes simplezas;
bastante me he abochornado,
rogando de puerta en puerta,
y sufriendo el trato inícuo
de muchos, que hoy no se acuerdan
que ayer rogaban cual yo
porque están en la opulencia.
¡Insensatos! no conocen
de este tiempo las revueltas!
Tengo servicios, es cierto,
y disposicion sincera
de servir siempre á mi patria
con probidad y entereza;
pero ya que esto se juzga
en el dia una quimera,
ya que al hombre de aptitud
y de honradez se desprecia,
en adelante, Rosita,
tu amistad tierna y sincera,
tus cuidados generosos,
mis brazos y tu belleza,
serán solo lo que forme
mi delicia verdadera.

Jn.—Contando, siempre conmigo,
don Bonifacio, en un todo
para vivir de ese modo;
porque sepa usted, mi amigo,
que en el mundo á la aptitud
se la distinga y atienda,
que trille el hombre la senda
que conduce á la virtud,
que á la débil senectud
se le dé cristiano amparo,
es muy raro.
Pero que el mejor empleo
se le regale á un Juan Lanas,
solo porque tiene hermanas
de lindo talle y aseo;
que al rico, aunque torpe y feo,
se le adule reverente;
muy corriente.
Que con aquella atencion
propia de hombre racional,
reciba el ministerial
la mas justa peticion;
que se preste á la razon
si se le hace algun reparo;
es muy raro.
Pero que á cada momento
exija con fiero encono,
y con sultánico tono
el mas servil tratamiento;
que tenga este propio intento
aun el mísero escribiente,
muy corriente.
Que el que ha llegado al poder
se muestre reconocido
al hombre que lo ha servido
con su dinero y saber;
que para poderlo ver
no les cueste á todos caro,
es muy raro.
Pero que colme de honores
y de oro á sus enemigos,
y á sus mas fieles amigos
dé miseria y sinsabores;
que viles aduladores
le hagan errar diariamente;
muy corriente.

Bon.—El mundo siempre así fué,
don Juan; mas vale callar.

Jn.—¡Ojalá pudiera hablar
con claridad cuanto sé!
Dijera mi amigo tanto.........
Tiene usted razon, callemos......
No digan que nos valemos
ahora de la Saya y Manto.

LA MOZA MALA.

COMEDIA EN UN ACTO.

ESTRENADA EL DIA 6 DE DICIEMBRE DE 1842.

PERSONAJES.

Don Leon.	*Doña Lucia.*
Tadeo.	*Juanita.*
Miguel.	*Panchita.*
José.	

LA ESCENA ES EN LIMA.—EL TEATRO REPRESENTA UNA SALA REGULARMENTE AMUEBLADA.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

DOÑA LUCIA, PANCHITA Y JUANITA.

(Entrando.)

Lucia.—A dormir......! no más jarana.
Pan.—Pero......
Luc.— No hay pero que valga;
y pobre de la que salga
de su cuarto hasta mañana.
Jua.—Pero, señora, no sé......
Luc.—¡Silencio! á dormir he dicho;
porque si yo me encapricho,
¡sabe Dios lo mas que haré!
Pan.—(¡Esto es sufrir demasiado!)
Luc.—¿Juzgan ustedes sin duda
que soy ciega, sorda y muda?
Pues mucho se han engañado.
Pan.—(¡Maldita sea tu casta!)
Luc.—O porque no soy su madre
han de hacer lo que les cuadre?
Pan.—Basta pues, señora, basta.
Luc.—Ya ví, sí, ya ví, cochina,
cuando la *Zamba* bailaste,
que la mano le apretaste
á ese mozo de la esquina.
Y esa sandunga indecente
con que hacias las posturas......?
esas son muchas lisuras
delante de tanta jente.........
Sí, señor, mucho descoco

en una niña doncella.
¡Diablo! si era una centella!
Mira, me faltó muy poco
para haberte hecho mil tiras.
¡Habráse visto mocosas!
PAN.—Pero, señora, esas cosas
no vé usted que son mentiras?
LUC.—No tienes la culpa, no,
mi hermano la tiene solo,
que es un viejo chocho, un bolo
como se lo digo yo.
¿Dónde se ha visto, señor,
tamaña desenvoltura?
Bailar con tanta frescura
una doncella......! ¡qué horror!
¡Qué escándalo! ¡Picaronas!
Adentro digo, ¿qué esperan?
Tal libertad, cual si fueran
dueñas ya de sus personas?
¡Qué dirán los estranjeros
de nosotras! Se reirán!
Y ellos que son así.... tan......
pues...... tan finos, tan severos.
¿Y es esta la educacion
que se decanta en el dia?
¡Ilustracion! picardía,
indecencia, corrupcion!
JUA.—Señora, son testimonios.
LUC.—¡Testimonios! oigá! Calla,
que no quiero oirte, canalla.
JUA—(¡Qué vida de los demonios!)
LUC.—Basta ya de refunfuños;
entrad adentro al momento,
no me falte el sufrimiento
y las acabe á rasguños.
JUA.—¡Jesús, Señor!
LUC.— Y cuando hablo
y ejecuto soy tenaz.
PAN.—¡Ay Señor! yo soy capaz
de salirme con el diablo.

ESCENA II.

LUCIA.

¡Pues fuera cosa divina
que me quitára el cortejo!
No se verá en ese espejo
la muy sucia y muy cochina.
Aun no se me cae la baba;
aun no me chupo los dedos......
¡A mí con tales enredos!
Otra cosa no faltaba.
¡Y qué contento estaba él!
Ni me miraba siquiera....
me hubiera vuelto una fiera
y destrozádole ¡infiel!
Una vez no mas me habló:
—Señora, ¿cómo le vá?—
¡Qué tal! señora será
la perra que lo parió.
¡Muñeco de mala traza!
¡Señora! no falta mas:
vieja será Barrabás,
y la pila de la Plaza.
¡Señora! no estoy caduca.
¡Habráse visto insolente!
Pues no me falta ni un diente,
ni uso tampoco peluca;
ni me doy mano de gato,
como muchas que conozco,
ni es mi cuerpo así... tan tosco,
ni hay mal olor en mi olfato.
¡Lo dicho! no há un mes cabal
andaban por mí sin seso,
un Diputado á Congreso,
un Cura y un General.
Yo le diré en sus hocicos
los mundos á ese enredista;
y ¡pobre de él si me chista!
le hare doscientos añicos.
¡Hombres! ¡hombres! quien os cree
debe ser muy simplonaza:
perversa, maldita raza,
sin pundonor y sin fé.
Qué bien hace aquella qué
finjiendo amor y terneza,
os calienta la cabeza,
y á la primera ocasion
os bota de un empujon
á la calle!

ESCENA III.

DON LEON Y DOÑA LUCIA.

LEON.— ¡Haya rareza!
Mujer, ¿estás endiablada?
¿Qué es lo que te ha sucedido
que tan de prisa has salido
del baile? responde.
LUC.— Nada;
déjeme usted.
LEON.— ¿Estás loca?
LUC.—Sí, lo estoy, ¿y qué hay con eso?
Hago bien.
LEON.— Pero ¡camueso......!
LUC.—Calle usted, don Leon, la boca.
LEON.—¿Pero dejarnos así
en lo mejor del jaleo?
Si tú hallas siempre recreo
en martirizarme á mí.
En una casa de amentes
debieras estar, Lucia;

¡desairar así á tu tia!
Dí, ¿son manejos decentes?
¿Y en dia de su cumple-años?
Vamos, has hecho muy mal.
LUC.—¿He hecho, mal, don Leon?
LEON.—Cabal;
y mas, delante de extraños.
Vaya, volvamos, que está eso
de lo bueno lo mejor.
Juana.........! Pancha.........!
LUC.— No, señor;
primero pierdo el pescuezo
que hacer ese disparate.
LEON.—Deja......... Muchachas!
LUC.- Chiton!
Cierto que es usted, don Leon,
un cándido de remate.
Usted no mas, mentecato,
tiene á estas niñas perdidas:
usted solo, y decididas
á echar al trapo el recato.
Es usted un elemento,
un simplon, un papa natas;
un chiquillo que anda á gatas
no es, por cierto, tan jumento.
Si usted por su honor mirara
fuera otra cosa; mas no;
todo aquí lo he de hacer yo
porque no salga á la cara.
LEON.—Pero, demonio! qué pasa?
¿Esa plática á qué viene?
LUC.—A que usted, don Leon, no tiene
calzones nunca en su casa.
Como lo oye; no hay remedio;
y si no fuera por mí
todos tiráran aquí,
don Leon, por la calle en medio.
Mas sepa usted que las tengo
muy vivas, señor don Leon,
aunque no es mi obligacion.
LEON.—Yo á reñir aquí no vengo.
LUC.—¡Oigá! ¿le hace á usted cosquillas?
Pues, señor, es la verdad:
aquí están de caridad;
viven á nuestras costillas.
LEON.—Cese ya tanto discante;
hazme, hermana, esta merced.
LUC.—Ya se ve: como es usted
un ente insignificante.
LEON.—Llama á las muchachas, digo.
LUC.—No irán......... basta de disputas.
¡Picaronas! disolutas!
LEON.—Calla.
LUC.— ¡Lisuras conmigo!
¿Los disfuerzos de las dos,
no vió usted cuando bailaban?
LEON.—¿Qué hacian?
LUC.— Se zarandeaban
cual péndola de relós,
¿Y esto es bueno? Para usted
lo será.
LEON.— ¿Y qué quisieran?
¿que las pobres se estuvieran
lo mismo que la pared?
LUC.—Calle usted, viejo tortuga!
¿Con que es bueno?
LEON.— Quién lo niega?
Mientras mas uno se *apega*
sale mas linda la *fuga*.
LUC.—Mire usted que es fuerte empeño:
hágalo usted, ellas no.
LEON.—Por supuesto, porque yo
soy en esto muy limeño.
LUC.—Que me lleve Lucifer
si ellas vuelven á bailar.
LEON.--Ya podias empezar
desde este momento á arder.
LUC.—Que bailen la contradanza,
el ondú, la pieza inglesa,
ó así cualquiera otra pieza
séria, y digna de alabanza;
pero la tal moza mala,
la zamba, el chirimoyero!!!
Antes me traspase el cuero
de á treinta y seis una bala,
que permita á esas mozuelas
hacer dengues y arremuecos,
por complacer á muñecos
que aun no han mudado las muelas.
LEON.—Enséñales el minué,
el amable, el abuelito,
el rhin, el gallinacito,
la bretaña y el paspié;
la soberana, la randa,
el quema monte, el charran.........
LUC.—Calle usted, só viejo truhan...
LEON.—Don Mateo y la alemanda.
LUC.—Dónde ván esos tiritos
yo bien sé, señor don Leon.
LEON.—¡Pues! ¿de tu tiempo no son
todos esos bailecitos?
LUC.—No sé cómo usted se atreve
á hablarme sobre este asunto.
LEON.—Y no te olvides del *punto*.
LUC.—¡Uff.........!
LEON.— Y de la agua de nieve.
LUC.— Basta, don Leon.
LEON.—Basta, pues.
LUC.—¡No faltaba mas ahora!
LEON.—Dispénseme usted, señora;
me vuelvo al baile.

(Yéndose.)

LUC.— Eso es.
Oiga usted.
LEON.— Hasta mañana.
LUC —Oiga usted.

LEON.— Despacha pronto.

(Volviendo.)

LUC.—¡Dios me libre de hombre tonto!
LEON.—¡Y á mí de una tarambana!
¿Qué quiere usted?
LUC.— Lo que quiero,
es que les demos marido
á estas niñas.
LEON.— Concedido.
LUC.—Pero, oiga usted, caballero,
esto ha de ser en el dia;
busquémoslos.
LEON.— ¡Haya afán!
Ellas se los buscarán,
señora doña Lucia.
Digo esto si ya cada una
no cuenta con cuatro ó cinco.
En la muger todo su ahinco
es no quedarse á la luna.
¿Qué te parece, no es cierto?
LUC.—¡Qué lengua!
LEON.— Pues es muy obvio,
como ellas encuentren novio
mas que sea manco ó tuerto.
LUC.—Pues las han solicitado
dos extrangeros, y yo
se las he ofrecido.
LEON. No!
LUC.—Pues no hay remedio.
LEON.— Negado.
¡Extrangeros me dijiste!
Juro que no habrá tal boda.
LUC.—Se hará.
LEON.— Calla, que ya toda
la bilis me removiste.
¡Casarse con extrangeros
mis pupilas! oh tontera!
Jamás, primero las diera
á dos cholos heladeros.
Serán muy buenos, muy santos
estos señores, no niego;
mas no me gusta su juego.
LUC—Pues lo han de hacer ¡voto á tantos!
LEON.—He dicho que no, ¡camorra!
porque quiero, aunque me encoheten,
que sus hijos se desteten
como yo, con *mazamorra*.
LUC.—Que bruto es usted. ¡Jesús!
Ya no lo puedo aguantar.
LEON.—¡Cabales! y que en lugar
de coñac tomen *champús*.
LUC.—¡Cuánto disparate escucho!

(Tapándose los oidos.

LEON.—Y que, como sus abuelos,
coman *jalea* y buñuelos,
y en vez de bisté, *anticucho*.
No me peta á mí, querida,
quien diga á su hembra madama,
sino zambita, mi ama,
mi negra, mi alma, mi vida.
LUC—Todos esos son abusos,
señor don Leon.
LEON.— Sí, muger;
para vivir con placer
cada vicho con sus usos.
Aquí, entre nuestros paisanos,
hay muchos hombres de bien;
cásense entre ellos, y amén;
todo queda entre peruanos.
Así ciertas estarán
de no marchar á Inglaterra,
y que las cubra la tierra
donde sus padres están.
LUC.—Yo no quiero que se casen
aquí: todos son ociosos,
mequetrefes, presuntuosos,
que la única cosa que hacen
es criticar á los viejos
y andar aplanando calles,
solo por lucir los talles
como simples dominguejos:
nunca quieren trabajar.
LEON.—¿No trabajan?
LUC.— Por supuesto.
LEON.—Mucho dijera sobre esto;
pero mas vale callar.
LUC.—Si yo me hubiera casado
con don Facundo Pescara,
otro gallo me cantara.
LEON.—¿Con el pulpero del Prado?
LUC.—¡Con el demonio! estuviera
llena de oro.
LEON.— *¡Morondanga!*
¿Y perdiste aquella ganga?
Pues fuiste una calavera.
LUC.—Ya me tiene usted cansada.
LEON.—Y usted á mí.
LUC.— ¡Animal!
LEEN.—Adios.
LUC.— Se vá usted?
LEON.— Cabal.
LUC.—Oiga usted.
LEON.— Yo no oigo nada.

ESCENA IV.

LUCIA.

Se fué...... Las he de casar
aunque el demonio no quiera:
no faltaba mas que fuera
trapo aquí de muladar,

sin que ellas me hicieran caso
y sin tener voz ni voto.
Les quitaré el alboroto
á pesar del viejonazo.
¡Jesús! tengo la cabeza
como un volcan. Ya se vé:
saldrán, me vá de hincapié.........
sí, saldrán, y con presteza.
¡Y que por estas *indinas*
sufra tanto.........! Ya lo he dicho;
ahora me vá de capricho;
lo verán las muy cochinas.

ESCENA V.

JUANITA Y PANCHITA.

Jua.—No puedo, no mas, Panchita;
ya me falta la paciencia;
mi desgraciada existencia
solo á llorar se limita.
Estoy tan desesperada,
que, si sigue este trabajo,
me tiro del Puente abajo
en la hora ménos pensada.
Más no es posible sufrir,
no digo yo, ni una santa.
¡Tanta opresion quién la aguanta!
¡Mejor mil veces morir!
Sacarnos con tal desvio
del baile, ni sé por qué.........
y el pobre de don José
qué habrá pensado? ¡Dios mio!
¡Qué desgracia es ser muger!
Desde la cuna á la tumba
en nuestros oidos retumba
solo el ¡ay! del padecer.
Pan.—¡Jesús! Quiebras corazones;
niña, no hay que exasperarse,
que todo ha de remediarse
sin tantas lamentaciones.
Mira, Miguel me ha ofrecido
sacarme pronto de aquí;
que Pepe te saque á tí
y está el negocio concluido.
Y, mientras que ante el altar
nos juran su amor ferviente,
en una casa decente
nos pueden depositar.
Jua.—¡Cómo!
Pan.— Pero si esto dura
no serás nunca dichosa;
niña, yo veo la cosa
de muy mala catadura.
¿No sabes qué se me ha puesto?
Jua.—¿Qué cosa?
Pan.— Que la señora
á tu don Pepito adora,
y que por eso es todo esto.
Jua.—No es posible.
Pan.— Pues así es.
¿No ves que, cuando á él se allega,
ni un instante se despega
y que le pisa los piés?
¿No observas, de cuando en cuando,
cómo al hablarle suspira,
como quien le dice: mira,
es por tí que estoy penando?
¿No ves como arruga el ceño
si Pepe está melancólico,
y como le dá hasta cólico
de gusto si está risueño?
Tan solo una alma de estopa
no puede caer en el punto;
mas yo conozco este asunto
por encima de la ropa.
En fin, Miguel va á venir
á hablarme por la ventana,
y él puede decirte, Juana,
si en esto yo sé mentir.
Y yo no sé por qué tarda.........

[Asomándose.]

dijo que luego vendria.........
no parece todavia.........
sin duda las doce aguarda.
Jua.—¡Válgame Dios, qué tormento!
¿Qué haré?
Pan.— Una buena intencion,
y en llegando la ocasion
izar velas y buen viento.
Jua.—¿Pero esta señora, Pancha,
podrá hacer tal picardia?
Pan.—Pues no, niña? si en el dia
gastan las viejas manga ancha.
Jua.—¿Pero una muger honrada?
Pan.—¡Qué honradez ni qué enemigo!
si no hacemos lo que digo
nos hará la *masa aguada*.
Y tras tanta desazon
y despues de tanto afán,
al cabo nos llevarán
solteras, Juana, al panteon.
¡Parece que siento ruido.........
Veré si es él......... Allí está.
Nadie.........durmiendo está ya.

(Se supone que le hablan desde la calle.

Me alegro......... ¿Pepe ha venido?
¿Qué cosa......? Bien...... Que te asomes

(A Juana.)

Jua.—¿Y si nos pilla la tia?
Pan.—¡Jesús, y qué cobardia!
Allá vá......... Llega, no embromes.

JUA.—Muy mal... ¿Y usted? Yo no sé...

(Asomándose.)

Está ciega de furor.........
No está en mi mano, señor.
PAN.—Muy miedosa es, don José....
Bueno...... ¡Música tenemos!
No hay nadie mas en la sala....
Que toquen...... la moza mala.
JUA.—¡Pero, niña......!
PAN.— Ya atendemos.
PAN.—Muy bien... Corriente... Entren, (pues.
JUA.—¿Qué haces, Pancha?
PAN.— Niña, deja.
Entren...... ¡Que rabie la vieja!
JUA.—Pero.........
PAN.— Calla, niña.
JUA.— Esto es,
y luego que nos maltrate.
PAN.—Para qué tanto aspaviento?
á bien que en este convento
duraremos poco...... ¡Tate!
Ya están aquí.
JUA.—(¡Qué temblor!)
OAN.—¡Jesús, y qué miedosa eres!
No son así las mugeres
cuando las mueve el amor.

ESCENA VI.

DICHOS, DON MIGUEL Y DON JOSÉ.

MIG.—¡Panchita!
JOS.— ¡Juanita!
PAN.—¡Miguel!
JUA.— ¡Don José!
JOS.—Yo ya no pensaba
verte hoy mas, mi bien.
¡Cuánto lo sentia!
JUA.—¡Y yo, don José!
JOS.—Deja que te abrace.
PAN.—Pronta estoy, Miguel.

(Hablan aparte don Miguel con doña Panchita, y don José con doña Juanita.

JOS.—Estás mas hermosa
que un ángel.
PAN. Así es.
JOS.—¡Ay Juanita! te amo
mas que á la agua el pez;
mas que el ambicioso
llegar al poder;
mas que á la morada
celestial aquel
que en santas vijilias
llegó á la vejez.
Por tí, dueño mio,
miro con desden
el oro, la plata,
la fama, el saber,
y el fausto y la pompa
con que brilla un rey.
Tú eres mi consuelo,
mi gloria, mi bien;
estar á tu lado
solo es mi placer,
y dulce la vida
tan solo me es,
porque tú en el mundo
habitas tambien.
Dime ¿qué motivo
ha podido haber
para que te traten
de modo tan cruel?
Sacarte del baile
sin qué ni por qué,
cuando no habian dado,
Juanita, las diez!
PAN.—Ya yo se lo he dicho;
es lo que hay que hacer.
MIG.—Juanita, Panchita
habrá dicho á usted
lo que hemos tratado,
há ya mas de un mes.
Con qué, no tenemos
tiempo que perder.
José ha convenido,
resuélvase usted.
JUA.—Pero.........
PAN.— Siempre pero.
Quédate tú, pues,
y aguanta á esa vieja
que es peor que Luzbel.
JOS.—¿No tienes, Juanita,
confianza en mi fé?
¿No te he prometido
tu marido ser?
¿Qué temes entónces?
ánimo, mi bien;
salte de esta casa,
házlo de una vez,
y dentro de poco
te reiteraré,
ante un sacerdote,
serte siempre fiel.
Si aquí no lo hacemos,
Dios lo sabe bien,
hay mil imposibles
aquí que vencer.
¿No es verdad, amigo?
MIG.—Juanita, cierto es.
PAN.—Ya yo se lo he dicho
no ha rato tambien,
y se lo repito

delante de usted.
La señora quiere
á tu don José
y por esta causa
no te puede ver.
Si tú le propones
casarte con él,
la harán mil pedazos
antes que ceder
á una rival suya
su adorado bien.

JUA.—Yo mi honra la pongo
en manos de usted.

MIG.—Pues bueno; mañana
será, por mi fé,
el último dia
que aquí vivireis.
Mirad, por la noche
despues de las diez,
cuando aquí ya todos
dormidos estén,
os salis. ¡Cuidado
si así no lo haceis!

PAN.—Y bien ¿dónde vamos?

MIG.—Cuidado no os dé;
eso á nuestra cuenta
dejadlo correr.
En la puerta á esa hora
nos encontrareis.

PAN.—Muy bien, otra cosa
nos falta que hacer;
que venga de dia
aquí don José;
que hable á la señora
y que le haga creer
que á ella solamente
ha querido bien.
Así la endulzamos
con sopas de miel
y doblegaremos
su necia altivez.

LUC.—Juanita! Muchachas!

(Adentro.)

JUA.—¡La señora!

LUC.— ¿Quién
anda por fuera?

JUA.—Vámosnos, no ves
que puede pillarnos?

PAN.—Aguarda; Miguel,
mira, la señora
puede suceder
que salga á esta sala
para ver quien es;
nosotras nos vamos
y si ustedes ven
que alguno se asoma,
ella debe ser.
Entónces que canten,
y dénle á entender
que por ella sola
la música es.
Engañarla, sí,
que caiga en la red.
Adios.

MIG.—Adios, mi alma.

JUA.—Adios, don Jose.

PAN.—Mañana sin falta......

JUA.—Pero.........

PAG— ¡Qué! otra vez!
Lo dicho, aguardadnos
despues de las diez.

ESCENA VII.

DON MIGUEL Y DON JOSÉ.

MIG.—Amigo, prevente
á hacer tu papel.

JOS.—No hay cuidado.

MIG.— Vamos,
pronto.

JOS.— Vamos, pues.

ESCENA VIII.

LUCIA.

¿Quién anda aquí.........? Nada siento.
Sin duda fué una ilusion.
Jurára que no ha un momento
oí su voz......... Esta pasion.........
¡Ay Dios mio! es un tormento.
Mire usted, que habia dejado
aquí la vela encendida.
¡Si estoy loca......! Estoy perdida!
¡Válgame Dios......! ¿Qué ha sonado?

(Tocan.)

¡Música.........! Sí, no me engaño......

(Se asoma al oir cantar.)

Oigamos......... ¡Mi nombre oí!
El eco no me es estraño.
¿Si será él........? El es, sí......

(Habla afuera.)

Yo soy.... No, no me hace daño......
Entre usted......... Eso qué importa......
Que entre tambien...... (¡Ay Dios mio!
De contenta estoy absorta.)
Miren que hace mucho frio.........

Entren pronto...... Soy muy corta......
(Y achacaba yo á Juanita
el amor de don José.
¡Qué sospecha tan maldita!
Y qué mal que la traté,
sin culpa á la pobrecita.!)

ESCENA IX.

LUCIA, DON MIGUEL, DON JOSÈ.

Jos.—¡Lucia!
Mig.— Con mas dulzura.

(Bajo á José.)

Jos.—Mi bien, mi hechizo.........
Mig.— Bien vá.
Jos.—No puede usted figurarse
cuanto anhelo, cuanto afán
pongo siempre de mi parte
por ver esa hermosa faz.
Mig.—Dile de tú que á las viejas
les sabe eso á mazapan.
Luc.—Don José...¡Ah! qué vergüenza!
¿El señor es de confiar?
Jos.—Sí, Lucia, èl es mi amigo
desde mi primera edad;
así es que nada le oculto
en mis asuntos jamás.
Mig.—Si incomodo.........
Luc.— No, señor;
quédese usted.
Jos.— (Asco dá.)
Mig.—(¡Jesús, qué diablo tan feo!
Esto exita á castidad.)
Jos.—Señora.........
Mig.— ¡Qué dices, hombre!
Jos.—Lucia, soy tan fatal
que......... si.........
Luc.—Hable usted y no tema.
¿Fatal dice usted? qué mas?
Jos.—Pues...... decia......
Mig.— ¡Habla, demonio!

(Bajo á José.)

Jos.—Si no me puedo explicar.

(A Miguel.)

Mig.—(¡Pero, hombre, no te llevara
ahora mismo Satanás!)
Señorita, si es muy corto:
mire usted, es incapaz
de decirle á una muchacha
tienes buen modo de andar;
allí donde usted lo vé
está ardiendo en un volcan
por usted, y ni el demonio,
crea usted, le sacará
una palabra tan solo.
¡Qué! si parece un patán!
Y yo siempre le aconsejo
que se muestre mas sagaz.
Pero qué! si es imposible.
Luc.—Me gusta esa cortedad;
siempre de un amor sincero
fué esa segura señal.
Pero, don José, conmigo
tenga usted mas libertad.
Ya sabe usted que lo aprecio,
no de ahora sino de atrás.
Con que......... pues.........
Jos.— Sí, señorita.........
¿Y don Leon adónde está?
Luc.—No tenga usted miedo; ahora
no nos puede molestar.
¿Usted cree que yo lo habria
de comprometer jamás?
No está en casa; hasta mañana
probable es que no vendrá.
Jos.—Pues, señor, yo creí.........
Mig.— (¡Maldito!
¡Habrá hombre mas animal!)
¡Ah! Lucia, si tuviera
yo tanta felicidad
como este hombre, me juzgara
el mas dichoso mortal.
Si una muger, como usted
tan instruida, tan sagaz,
con ese rostro hechicero,
encantador, celestial,
tan amable, me quisiera,
mire usted, era capaz
de salir tirando piedras
de gozo por el lugar.
Pero ¡qué! si la fortuna
es tan caprichosa. ¡Ah!
al que no tiene quijadas
á porfia le dá pan.
Luc.—No se queje usted, mi amigo,
que por ahí no faltará
alguna linda muchacha
á quien haga usted penar.
Mig.—No, señorita, ninguna;
soy el hombre mas fatal.
Luc.—(¡Qué jóven tan espresivo!
Me agrada su ingenuidad.
¡Ah! si supieran los hombres
que ese modito de hablar
enamora á las mugeres
mas que un ingente caudal,
no usarian con nosotras
otro lenguaje jamás.)
¿Y usted qué dice, mi amigo?
Qué calladito que está!

Jos.—Yo, señorita.
Mig.— Primero
lo harán mil tiras que hablar:
mírelo usted, me parece
un Ministro general.
Luc.—Oiga usted lo que le dicen,
don José ¿eso es verdad?
Jos.—¿No hablo pues?
Mig.— Doña Lucia,
escuche usted para acá.
Ya mudará de conducta;
voy un instante á comprar
una *bota* de aguardiente,
y lo haremos hablar mas
que un papagallo.
Luc.— Me peta;
magnífico está ese plan;
pero escuche usted, no vaya,
que tal vez no le abran yá
la pulperia á estas horas.
Jos.—(¿De qué diablos tratarán?)
Luc.—Yo tengo en mi cuarto uno
excelente, sin igual;
voy por él en el momento.
Mig.—Sí....sí....en la trampa caerá.
(Por don José.)

ESCENA X.

DON MIGUEL Y DON JOSÉ.

Mig.—Hombre, ¡con mil de á caballo!
¿Haces oracion mental?
Así echarás al principio
nuestro proyecto á rodar.
Estás mas sério que un fraile
cuando llega á provincial:
cortéjala, dile algo
que le guste, por San Blas.
Jos.—Si se me traba la lengua
cuando miro á ese alacran.
Mig.—Pero diablo!
Jos.— Si no puedo,
si es mas añeja que Adan.
Mig.—No importa, cierra los ojos,
como quien se va á purgar,
y mil mentiras á un tiempo
le soplas en un tris-trás.
Jos.—Pero si tiene una cara,
Miguel, de locro sin sal,
y hiede desde una legua
á perro muerto ó añaz.
Mig.—Pues tápate las narices.

ESCENA XI.

DICHOS, PANCHITA.

Pan.—¿Están solos...... ¿Cómo vá?
Mig.—¡Cómo ha de ir! muy mal; si este [hombre
mas sério es, que un aleman.
No quiere decirle nada.
Pan.—Don José, por Dios!
Jos.— No está
en mi mano.
Pan.— Me escondo.
¡Animo......! ¡ánimo!
(A don José.).
Mig.—Aquí está.

ESCENA XII.

DON MIGUEL, DON JOSÉ Y DOÑA LUCIA.

(Con una botella.)

Luc.—Muy rico es, me lo mandaron,
hará tres dias no mas,
de Motocachi.
Mig.— Muy bueno.
¿De treinta grados será?
Luc,—¡Qué sé yo...! Pero sentémosnos.
Mig.—Tiene usted razon, cabal.
Luc.—Acérquese usted, mi amigo,
lléguese usted ... mas acá.
Mig.—¡Hombre! pareces del monte;
sé mas cortés, mas jovial,
acércate. Pues, señor,
ahora vamos á tomar
á la salud de Lucia
una copa general.
(Toman.)
Luc.—Mil gracias.
Mig.— Llenar las copas.
Pues, señor, esta otra va
por su angélica hermosura.
Luc.—Yo tambien quiero tomar
por usted, porque no sea
tan corto, ni tan formal.
Jos.—Agradezco.
(Beben.)
Luc.— ¿Cómo es eso?
¿Calladito, sin brindar?
Dígame usté alguna cosa.........
así......como..... usted sabrá.
Jos.—Con usted.
Luc.—Con mucho gusto.
Copa llena......eche usted mas.
Jos.—Porque la hermosa que adoro
no me sea desleal.
Luc.—¡Viva...! ¡Que viva ..! Yo quiero
á ese brindis contestar.
Mig.—Bien dicho... ¡Viva Lucia!
Luc.—Esa muger te querrá
hasta el sepulcro, bien mio.
(Toman.)
Mig.—Ahora me toca tomar
con usted, bella Lucia,

por nuestra fina amistad.
Luc.—Como nó!
Mig.—¡Arriba......! *¡Hip! ¡Hurra!*
Luc.—(Estoy ya como un tamal.)
Mig.—Aprieta, José.
Luc.— ¿Qué cosa?
Mig.—Le digo que tome mas.
Luc.—Sí, Pepito, otra copita.
Mig.—(Ya está en punto la vieja.)
Luc.— ¡¡Ah!!
Mig.—¿Qué tiene usted?
Luc.— Nada, nada.
¿La música se fué ya?
Mig.—Allí ha de estar.
Luc.— Pues que toque.
Mig.—Muy bien ¿y qué ha de tocar?
Luc.—¡Cosa alegre...! ¡cosa alegre!
Mig.—Muchachos, toquen un vals.
(A la música.)
Luc.—¡Disparate...! Cosa alegre.
¿Somos aquí de Amsterdam?
Mig.—Lo que usted guste.
Luc.— Otra cosa.........
Otra cosita...... así...... mas......
ya me entiende usted.
Mig.— Sí, sí......
como la *Zamba*.
Luc.— Cabal.
Mig.—O la Moza-Mala.
Luc.— ¡Bueno!
Mig.—*La Moza-Mala.*
(A la música.)
Luc.— ¡Y andar!
(Preludio afuera.)
Pepe, yo bailo contigo!
(Jalándolo.)
Vamos.........!
Mig.—Levanta, bauzan.
Otra copita, Lucia.
Luc.—Con mucho gusto: ya está.
(Bebe.)
Mig.—¡Que viva el humor!
Luc.—¡Qué viva!
Mig.—Toquen...... toquen. A bailar.

(A José y Lucia.)
(Baile y canto.)

Mig.—¡Já...já...já...já...já...! ¡Adentro!
(Jaleando.)
¡Anda......! siga......!
Jos.— Basta ya.
(Se sienta.)
Luc.—Cuando está el amor en bomba
(Se dirije a sacar a José.)
no hay penas.
Mig.— Alza, animal!
(A José.)
Luc.—Alza que te han visto!
(Insistiendo en sacarlo)

ESCENA XIII.

DON LEON, DON TADEO Y DICHOS.

[Entrando.]

Leon.—Aquí
le harán cama, don Tadeo.
Luc.—¡Alza que te han visto!
(A José.)
Leon.—Sí,
te han visto; sí. ya te veo.
Jos.—(¡Don Leon!)
Mig.— (¡Reventó la mina!)
Leon.—¿Quienes son ustedes?
Jos.— Yo.........
Luc.—¡Echa verso!
Leon.— Calla, indina.
Luc.—*Que le daba Zamba.........*
(Entonando.)
Jos.— (¡La pescó!)
Tad.—¿Qué es lo que haces aquí tú?
Jos.—Yo, señor......
Luc.— Toquen muchachos,
¡Zamba que le dá.........! El ondú.
(Entonando.)
Leon.—Si aquí están todos borrachos.
Luc.—Toquen, *Zamba la batalla.*
Leon.—Calle usted, muger sin seso.
Mig.—(¡Cuándo diablos esto estalla!)
Luc.—¿Qué cuenta tengo con eso?
Vaya el viejo *enhoramala!*
¿Dónde está Pepe?
Tad. Señora,
siéntese usted.
Luc.— ¡Moza-Mala!
¡Moza-Mala!
Mig.—(A muy buena hora.)
Tad.—Siéntese usted.
Luc.— ¡Viejo vicho!
Tad.—Mire usted.........
Leon.—(¡Qué me pase esto!)
Luc.—Qué borracha estoy, lo dicho.
(Se sienta.)
Leon.—¡Juana! Pancha...! Salid presto.
¡Vive Dios!
Tad.— Señor don Leon.........
Leon.—Déjeme usted, don Tadeo.

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANITA Y PANCHITA.

Pan.—Señor.........
Leon.— Decid ¿quienes son
estos hombres que aquí veo?
¿A qué han venido á mi casa
á estas horas......? ¡Voto vá!

Pronto, decid lo que pasa.
LUC.—*Y que le daba Zamba, que le dá.*

(Cantando.)

LEON.—¿No responden?
MIG.— Yo señor,
diré lo que hay.
LEON.— ¡Insolente!
TAD.—Deje usted que hable.
LEON.— ¡Qué olor!
Quitad de aquí ese aguardiente;
pronto.
LUC.—*Zamba de los diablos......!*

(Cantando.)

LEON.—¡Jesús!
LUC.— *Hija de una.........*

(Cantando.)

LEON.— ¡Perra!

(Pronto.)

¡Qué deshonestos vocablos!
Si su cuerpo al diablo encierra.
TAD.—Don Leon, tenga usted mas *cholla.*
LUC.—*Y nadie conoce á la olla*

(Cantando.)

como la propia cuchara.
LEON.—Le diera á comer ortiga
para que calle á esta loca,
ó le tapara la boca
con alquitran ó con liga.
TAD.—Calma, don Leon.
LEON.— Bueno es esto!
¿Quiére usted que no me suba
cuando estos hombres han puesto
á mi hermana como una uva?
MIG.—Escuche usted.
LUC.— ¡Ay, Pepito....!
MIG.—Yo dire a usted la verdad;
aqui no hay otro delito
que nuestro amor.
LEON.— ¡Eh! cuidad
á esa señora.

(A las niñas.)

LUC.— ¡Bien......! ¡Bien......!
¡Barato....! Deja......

(A Panchita que se le acerca.)

LEON.— ¡Qué ultraje!
PAN.—Mójale, niña, la sien.
JUA.—Desabróchale tú el traje.

(Hacen lo que se dice.)

LEON.—Prosiga usted, caballero.
¿con que, á qué han venido aqui?
MIG.—Pues, señor, seré lijero.
LEON.—Es lo que me agrada á mí.
MIG.—Como há tiempo que adoramos
á las pupilas de usted,
la causa porque aquí estamos,
por darles música fué.
La señora el ruido oyó,
segun lo que yo colijo;
á la ventana salió
y que entráramos nos dijo;
nos brindó con aguardiente;
hizo tocar y cantar;
creo que no era decente
su convite desairar.
Lo demás, señor don Leon,
las consecuencias han sido;
pedimos á usted perdon
de haberlo en esto ofendido,
y le rogamos nos una,
dando fin á nuestro anhelo;
que esta es la única fortuna
que le pedimos al cielo.
TAD.—Don Leon, no hay remedio ya,
lo ha querido así el destino;
casarlos, sí, claro está,
yo abogo por mi sobrino.
LEON.—Pero, mi amigo.........
JUA. Y PAN.— Señor......
TAD.—Acceder á su deseo.
LEON.—Doy mi palabra de honor
de hacerlo ¡así, don Tadeo.
Como á hijas quiero a las dos;
desde chicas las he criado;
así es que le pido á Dios
bendiga su nuevo estado.
Mañana se correrán
las dilijencias precisas,
y despues se casarán.
LUC.—¡Dejadme, muchachas lisas!

(Queriendo levantarse.)

LEON.—Solo una cosa os suplico,
por la Virgen, criaturas;
que no me pongais en pico
de ninguno estas locuras.
MIG. Y JOS.—Así, señor, lo ofrecemos.
TAD.—Y los garantizo yo.
JUA.—Señora.........

(Queriendo levantarse.)

LEON.— Allá lo veremos.
TAD.—Vamos, todo se acabó;
y lo peor es, como digo,
que de buena ó mala gana
hay que pasar ya, mi amigo,
una noche toledana;
mas para abreviarla un poco
me ocurre una idea.........
MIG. Y JOS.— ¿Cual?
TAD.—Que se baile.
LEON. ¿Está usted loco?
MIG.—¡A la obra! ¡á la obra!
PAN.— ¡Cabal!
TAD.—¿Y la música?

JOS.— Allí está.
TAD.—Pues que toque.
MIG.— ¡Bueno!
PAN.— ¡Bueno!
MIG.—Vamos, toquen.

(A la música que preludia.)

TAD.— ¡Voto vá!
¿Por qué está usted tan sereno?
LEON.—Todo el humor me ha quitado
de estas niñas el percance.
TAD.—Mas todo se ha remediado;
y como no ha habido avance....
Vaya, don Leon, buen humor,
todos somos de confianza;
sentarse......... ¡Vamos, señor!

(Empujando á todos para que se sienten.)

¡Que dé principio la danza!
Panchita con don Miguel.
PAN. Y MIG.—¡Como nó!

(Saliendo.)

MIG.— Música!

(Baile y canto de Moza-Mala.)

TAD.— ¡Bravo!
¡Otro! ¡otro!

(Cuando acaban de bailar.)

JOS.— Sí, con él.

(Por don Miguel.)

PAN.—Corriente.
TAD.— Su humor alabo.
LUC.—¡Otro cachete!
TAD. Y JOS.—¡Muy bien!

(Cuando acaban de bailiar se sientan Pan. y Mig.)

TAD.—Ahora, José con Juanita.
JUA.—Si yo no sé........

(Resistiéndose.)

PAN.— ¡Miren quién!
LEON.—Sal, niña.
TAD.— Una vueltecita.
JUA.—Solo por dar á usted gusto.
TAD.— Mil gracias.
JUA.— Si yo no sé....

(Bailando.)

LUC.—Muchacha, no tengas susto.
TAD. Y MIG.—¿La que no sabia? eh!
JUA.—Basta, no más.
MIG.— ¡Disparate!

(Deteniéndola.)

Yo bailé dos.
TAD.— Muy bien dicho.
JUA.—Pero........
MIG.— De eso no se trate.
A bailar.
JUA.— ¡Ay, qué capricho!

(Tocan y bailan.)

PAN.—¡Qué cándida!
MIG.— Hasta acabar.

(Alentándola para que concluya.)

TAD.—¡Bravo!

(Al concluir el baile.)

MIG Y PAN.—¡Que viva!
LUC.— ¡Que viva!
PAN Y JUA.— Ahora usted.
MIG.— Sí.
TAD.— ¡Yo bailar,
de cincuenta para arriba!
Bailen ustedes, que es propio,
y hagan eses y hagan zetas;
pero en un viejo es impropio
el saltar y hacer piruetas.
LEON.—En fin, ya di á ustedes gusto;
nos iremos á dormir.
MIG.—Señor don Leon, es muy justo;
José, nos podemos ir.

ESCENA XV.

DON TADEO.

Si esto tiene ó no moral,
si pasa en el mundo ó no,
no seré por cierto yo
quien lo esplique bien ni mal.
Contémplelo cada cual,
con pura y limpia conciencia,
segun sea la esperiencia
que haya en su vida adquirido,
que por mi parte no pido
mas que aplausos é indulgencia.

ÑA CATITA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

REPRESENTADA EL 30 DE AGOSTO DE 1856 EN EL TEATRO DE VARIEDADES.

PERSONAJES.

Ña Catita.	*Don Jesus.*
Doña Rufina.	*Alejo.*
Juliana.	*Manuel.*
Mercedes.	*Juan.*
	Criado.

LA ESCENA ES EN LIMA EN CASA DE DON JESUS.—SALA DECENTEMENTE AMUEBLADA CON PUERTAS AL FONDO Y LATERALES.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON JESÚS Y DOÑA RUFINA.

Jesús.—¿Te se ha metido el demonio
dentro del cuerpo, muger?
¿No ves que no puede ser
feliz ese matrimonio?
¿Con don Alejo? ¡Qué he oido!
Ruf.—Cabal; con él, sí, señor.
Jes.—Un sempiterno hablador
le quieres dar por marido?
Un zanguango con mas dengues
que mocita currutaca,
mas hueco que una petaca
y lleno de perendengues;
un fátuo que rompe al dia
un par ó dos de botines,
rejistrando figurines
de una en otra sastreria:
un baboso, un dominguejo,
cuyo trato nadie estima,
y que sirve en todo Lima
de hazmereir y de gracejo.
Ruf.—¿No encontraron mas apodos
para hacértelo deforme?
pues los que han dado el informe
mienten hasta por los codos.
Les sobra pechuga, arrojo,
para hacer malo lo bueno;
ven la paja en ojo ajeno
y no ven la viga en su ojo.
¿Querrán para yerno tuyo
un mozo zarrapastroso,
torpe, feo y andrajoso,
cara de *zango con yuyo?*
No, señor: el tal Manongo
nó se casará con mi hija;

vaya y llene su vasija
con agua de otro porongo.
Jes.—Pero escucha mis razones,
mujer de todas mis culpas:
á ver si encuentras disculpas
á estas justas reflexiones.
Sabes que Manongo es hijo
de un hombre á quien aprecié,
y con el cual milité
en el batallon del Fijo.
Cuando fuimos con Pezuela
al Alto-Perú los dos,
á él debí, despues de Dios,
la vida.........
Ruf. ¡Dale la muela!
Tan decantado servicio
con usura le pagaste.
Jes.—Nunca hay servicio que baste
á pagar tal beneficio.
Muy poco antes de su muerte,
como sabes, me llamó,
y llorando me encargó
de ese muchacho la suerte.
Yo entónces le prometí
tratarlo como a hijo mio,
y ¿hé de mostrarle desvio
sin justo motivo? dí.
Ruf.—¿Acabó usted, don Jesús?
Jes.—Acabé, ¿no te contenta?
Ruf.—Pues bien, haga usted de cuenta
que no ha dicho chus ni mus.
Mi hija no se ha de casar
con un mozo estrafalario
de cuyo trato ordinario
se tenga que avergonzar;
ni con ningun *homo-bono*,
que á su padre se parezca,
que la empañe y la embrutezca.
Jes.—¡Se verá tal desentono!
Ruf.—¿Qué es esto, pues? Hasta cuando?
Salgamos de capa rota.
Ese mozo está en pelota,
y es, á mas, un burro andando,
Vaya á otra parte á hacer nido,
y no arme mas alboroto:
no falta un zapato roto
nunca para un pié podrido.
Jes.—¡Qué tarabilla!
Ruf.— Si quieres
morir, sin saber de qué,
amárrate un tonto al pié.
Jes.—¡El diablo son las mugeres!
Ruf.—Pues lindo zaine le ofrece
tu ternura paternal!
Ya se vé, no siente el mal
sino aquel que lo padece.
Yo un marido le destino
que no habrá á quien no le guste,
porque es un hombre de fuste,
muy ilustrado y muy fino.
Jes.—Y muy trucha entre los truchas.
Ruf.—Y chíllese el que se chille,
hará que la niña brille
y pinte mejor que muchas.
Jes.—¿Te ha dado fiebre, Rufina?
Vamos á ver, trae el pulso.
Ruf.—Como es usted tan insulso
no sale de la rutina.
Jes.—¿Qué es lo que estás ahí diciendo?
¿Has perdido la chaveta?
Ruf.—Yo no hablo de paporreta;
Dios me entiende y yo me entiendo.
Jes.—¿De cuando acá esa hinchazon?
¡Qué pronto has mudado pasta!
Pues, mira, toda tu casta
ha sido de asta y rejon.
Me acuerdo muy bien, Rufina,
que cuando te cortejaba,
apenas aquí asomaba
corrias á la cocina.
Y si, al partir como cohete,
algo á mi afan respondias,
con un discante salias
ó con un domingo siete.
¿De dónde esos papelotes?
¡Mire usted que es cuanto cabe!
Y esto dice quien no sabe
ni siquiera hacer palotes.
Ya se vé; tú sola no eres
quien tanto adefesio apura;
de tu misma catadura
hay en Lima mil mugeres.
Yo conozco cierta dama,
que con este siglo irá,
que dice que á su mamá,
no la llamó nunca máma.
Y otra de aspecto cetrino,
que, por mostrar gusto inglés,
diz que no sabe lo que es
mazamorra de cochino.
Ruf.—¿Y á qué viene eso ahora?
Jes.— A nada.........
Ruj.—¿Pero á qué?
Jes.— Yo sé mi cuento.
Ruf.—Venga ó no venga, de intento
larga usted una patochada.
¡Hablador! Para sacar
las faltas á sus paisanas
siempre tiene buenas ganas.
Jes.—A nadie pienso agraviar.
Hará mal quien se indisponga.
Ruf.—¡Como es usted papagallo!
Jes.—Si á alguna le viene el sayo
¿qué he de hacer? que se lo ponga.
Ruf.—Sea ó no todo eso cierto
en vano es que usted prosiga;
porque todo cuanto diga
es predicar en desierto.

Julieta se casará
con don Alejo.

JES.— ¡Qué escucho!
¡Julieta!

RUF.— La quiere mucho.

JES.—*Más que nunca*, no será.
¡Habrá una vieja mas verde!
Julieta, á su hija ha nombrado,
cuando nunca se ha llamado
sino Juliana Valverde!
Milagro que no le ha puesto
piche, gorrion ó canario;
porque hoy dia el calendario
es un potaje indijesto.
Yo pondré remedio, sí.
Silencio, que viene gente.

ESCENA II.

DICHOS, DON ALEJO.

ALE.—Echemos antes el lente
para ver quien anda aquí.

RUF.—¡Don Alejo!

JES.—(¡Sin vergüenza!)

RUF.—(Hágame usted el favor
de callarse)

(Bajo a don Jesús.)

JES.— (¡Pillo!)

RUF.— (¡Chito!
Tenga usted mas discrecion)

ALE.—¡Hola! Es *Monsieur* con Madama.

JES.—¡Soy capaz.........!

RUF.— Baja la voz.

ALE.—Ala órden.........

(Saludando con afectacion.)

RUF.— ¡Ch, don Alejo!
¿Tanto bueno?

ALE.— *Sans façon.*
Por mí no hay que incomodarse.

RUF.—¡Disparate! No, señor.
Usted está aquí en su casa.

ALE.—*Merci.*

RUF.— No hay de qué.

JES.— (Embrollon.)

ALE.—¡Y *coment ça vá, Madama?*

RUF.—Pues no lo he sabido hasta hoy;
¿con que vino usted el sábado?
Yo salí.........

ALE.— No es eso, no.........
Digo, que cómo está usted?

RUF.—Ahi tirando con la tos.

ALE.—Goma arábiga con ella,
ó hipepacuana sinó.
Ahora hay muchos constipados.

RUF.—Irritada es lo que estoy.

ALE.—Entónces soy de dictámen
que tome usté el *pansirop.*
¡Y cuidado! mucho abrigo,
que de una muerte precoz
nadie está libre.

RUF.— Así lo hago.

ALE.—Y hasta qne no salga el sol
en cama.

RUF.— Precisamente.

ALE.—*Très-bien.*

JES.— (¡Y lo sufro yo!)

ALE.—La estacion está pluviosa;
y el aire, y ese frescor
de las mañanas.........

RUF.— Así es.

ALE.—¿Y usted, *Monsieur*...? huapeton?

JES.—Si, señor,

ALE.— Me alegro mucho.

JES.—Gracias.

RUF.— (Prudencia, por Dios.)

(Bajo á don Jesús.)

ALE.—Usted vá de *promené*,
segun lo que viendo estoy.
¡Pero con capa.........! ¿Quién usa
ya ese ropaje español?
Parece que usted viviera
en los tiempos de Godoy.

JES.—Yo me visto como quiero.

RUF.—¡Qué respuesta! ¡Cuando nó!

ALE.—Póngase usted un *Lord Ragland*,
que es el traje *comm'il faut;*
donde *Rosack* compré el mio,
y pintado me salió.
Me costó caro, verdad;
pero es el que sirve hoy
de modelo en todo Lima.
¡No es estraño! Tengo yo
un gusto tan esquisito.........
y luego me ha dado Dios
un cuerpo tan......... ¿no es así?

(A doña Rufina, despues de mirarse.)

RUF.—¿Quién lo duda? Sí, señor.

JES.—(¡Habrá mayor mentecato!
Por no escucharlo me voy.)
Hasta luego, mi señora.
Caballero....

ALE.— Servidor.

JES.—(Ya te compondré yo el bulto.)

ESCENA III.

DOÑA RUFINA Y DON ALEJO.

ALE.—Mala está la guisa hoy.

RUF.—Déjeme usted don Alejo;
mientras mas viejo está peor.
Se va poniendo intratable.
De nada sirve que yo
le predique á todas horas
para que mude de humor.
Nada, imposible. Los hombres
mas duros son que una hoz,
y si se les mete el diablo
quién puede con ellos?
ALE.— ¡Oh!
me pongo yo algunos dias,
que casi insufrible soy.
RUF.—¡Qué! ¿Padece usted de esplin?
ALE.—¡Ah! Si parezco un breton;
pero pronto se me pasa.
Tomando un vaso de ponch,
ó una copa de coñac,
como si tal cosa estoy.
Pero, variando de asunto,
¿Julieta está aquí ó salió?
RUF.—Por adentro anda esa loca.
ALE.—Siempre hechicera?
RUJ.— Favor
que usted le hace.
ALE.— Nada de eso.
Lo que es suyo, eso le doy.
Mucho mas merece.
RUF.— Gracias.
ALE.—Esas le tocan á Dios.
A quien parecerse tiene:
pues su mamá es una flor
aromática y hermosa.........
RUF.—Usted me avergüenza.........

[Con coqueteria.]

ALE.— ¡Oh! nó.
RUF.—A sus ojos.........
ALE.— Todo el mundo
hace igual observacion.
RUF.—Los partos me han acabado;
y este tiempo que es atroz.
¿Qué quiere usted? tanta guerra,
tanta peste. Ni sé yo
como tengo todavia
cara de jente ni.........
ALE.— *Stop!*
que esa hermosa perspectiva
desmiente tal asercion.
RUF.—¡Qué don Alejo!
ALE.— Está usted
de olor, color y sabor.
RUF.—Yo me casé de trece años......
ALE.—Se conoce.
RUF.— Y no llegó
el quinceno sin que.........
ALE.— Yá.........
RUF.—Pues....
ALE.— Eso era de cajon.
¿Y qué hace *Mademoisèlle?*
RUF.—No sé: estará al bastidor.
Voy á llamarla.........¡Julieta!
ALE.—Déjela usted; ya me voy.
RUF.—Tan pronto?
ALE.— Tengo que hacer;
pero volveré.
RUF.— ¡Ay señor!
¿Dónde andará esta muchacha?
¡Julieta....!
ALE.— No hay precision.
Déjela usted, no la llame;
mas luego tendré el honor
de presentarme.
RUF.— ¡Qué hechura!

ESCENA IV.

DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA Y DON ALEJO.

JUL.—Mamita, ¿Usted me llamó?
RUF.—¡A buena hora te apareces!
Te llamé, porque el señor
ha preguntado por tí.
JUL.—¿Por mi?
RUF.— ¡Qué contestacion!
por tí: ¿por quién ha de ser?
JUL.—Como nadie me avisó.
RUF.—¡Jesús! ¡Nunca has de ser jente!
No sé como no te doy
un pellizco que te aturdo!
¡Qué animal eres!
JUL.— Por Dios,
mamá.........
RUF.—Mamá.........! Sinvergüenza!
JUL.—(¡Caramba!)
RUF.— ¡Qué condicion!
ALE.—*Madame, ne vous fachèz páz;*
todo eso lo hace el pudor:
yo á su edad era lo mismo.
Mire usted: una ocasion
andaba tras una dama,
como gorgojo en arroz,
con el fin de que me diese
un *rendéz-vous* en su *maison*,
y, al verla, se me dormia
la mandíbula inferior.
RUF.—Mira.... el señor don Alejo
dice que te ama y........
ALE.— ¡Oh!
En cuanto á eso, ni Orosman,
ni Orlando, ni Agamenon,
ni todos los que han sentido
el aguijon del amor,
sufrieron el voraz fuego
en que arde mi corazon.
JUL.—(¡Agua que este hombre se quema!)

ALE.—Todo por ese arrebol.
Sí, Julieta, *mia Julietta;*
mas brillante está usted hoy,
que el lucero matutino
ántes de que salga el sol;
mas seductora que Venus,
mas robusta que Nembrod,
y de mas precio y valia
que las minas del Tirol.

RUF.—Contesta.

ALE.— Déjela usted:
harto dice su rubor;
quien calla otorga.

RUF.— ¡Ay, amigo!
¡Como esta niña no hay dos!
Es uraña como un gato.
¡No sé á quién diablo salió!
Y ya se hace indispensable
desterrarle ese amargor;
usted que ha de ser su esposo
está en esa obligacion.
Púlala usted, descortésela.
Repréndela usted, por Dios;
porque su padre.........

ALE.— Su padre
es del tiempo de Guirior.
¡Usa capa.........!

RUF.— ¿Ni qué entiende
de gusto ni ilustracion?
Es tan......... pues.........

ALE.— Un *bonus vir.*

RUF.—Eso es; una alma de Dios.

ALE.—¡Eh bien! queda á mi cuidado,
Yo haré que lea á *Rousseau*,
á *Volney*, *Pigault Lebrun*,
á *Voltaire*, *Walter Scot*,
á *Eloisa y Abelardo*,
á *Ovidio*, al *Baron de Humbolt*,
y á otros autores modernos
que hablan sobre educacion.

RUF.—Muy bien. Y el canto y el baile,
y otras cosas así.........

ALE.— ¡Oh!
Para eso me pinto solo.
No hay correógrafo cual yo.
A *Bernardelli* y su esposa,
á *Magin* y á la *Mulot*,
les apuesto á hacer piruetas
diez onzas contra un doblon.
En el canto ¡oh! en el canto
es donde yo hago furor.
No lo digo con jactancia;
pero tengo yo una voz,
que *Mirándola* á mi lado
no es mas que un gallo capon,
y *Rossi Corsi* no sabe
ni lo que es un *sí* bemol.
El duo del *Belisario*
será la primer leccion
que le dé á Julieta. Luego.........
Pero acá, para inter nos,
atienda usté este trozito
para que juzgue mejor.
¿Vedi tu questo pugnale?

(Canta.)

Se si fugge una parola;
¿Vedi tu questa pistola,
Caricata a doppa palle?
¿Qué tal?

RUF.— Bien, perfectamente.

JUL.—(¡Jesús! qué hombre tan simplon!)

ALE.—En seguida aprenderá
aquella ária del doctor
Dulcamara, ¿La ha oido usted?

RUF.—No me acuerdo ahora.

ALE.— Pues voy
á darle una idea.........

RUF.— ¡Qué......!

ALE.—*Ei move* y.........

(Queriendo cantar.)

RUF.— ¡Superior!

ALE.—*Y paralitice*.........

RUF.— Basta.

ALE.—Siquiera este calderon.

RUF.—Es suficiente, no mas.

JUL.—(Mejor entona un perol.)

ALE.—En fin, yo la enseñaré
cuanta ária, cuanta cancion,
cuanto duo y cuanto trio,
en el mundo se inventó.

RUF.—Muy feliz vá á ser Julieta
con tan sabio preceptor.

ALE.—Con tal madre y tal esposa
nadie mas feliz que yo:
En fin, Madama, me marcho;
tengo que ver á un deudor,
que me han dicho que se embarca
luego para Copiapó;
pero despacho al instante.

RUF.—Si hoy no es dia de vapor.

ALE.—Se vá en otro buque....con que...
divina Julieta, adios.

JUL.—Adios, caballero.

RUF.— ¡Niña!

ALE.—Madama, tengo el honor......

RUF.—¿Hasta luego?

ALE.— Si, hasta luego.

RUF.—¿Lo aguardo?

ALE.— Antes de las dos.
Yo di te memoria viva
Sempre, ó cara, serveró.

ESCENA V.

DOÑA RUFINA Y DOÑA JULIANA.

RUF.—Una mina hemos hallado.
Este hombre vale un Perú.
¡Qué enorme es la diferencia
que hay de él al otro gandul!
La misma, ni mas ni ménos
que de la leche al betun.
El uno hasta por los poros
derrama gracias y luz,
y el otro es mas animal
que un borrico ó que un atun;
pero con mi buen marido
hace un excelente albur.
Fuera lástima por cierto
que semejante avestruz
cargara con una niña
que apenas sabe la Q;
pero que tiene, eso sí,
mucha trastienda y virtud;
y máxime cuando dicen
que anda de contínuo á flús,
y que no tiene otro oficio
que el de *cerero* ó tahur.
No hay miedo. No se saldrán
con su gusto al bultuntun;
porque antes que yo consienta
que mi hija cargue tal cruz,
á ella, á su padre y á mí
nos llevará Belzebú.
JUL.—(Ni me he de casar tampoco
con el otro zamplamplús.
A buen seguro; primero
me encerrará un atahud.)

ESCENA VI.

DOÑA RUFINA.

Alzaria en todo Lima
el tal casorio un run-run,
que hasta en los papeles públicos
iria de Norte á Sur.
¡Julieta......! Ya se marchó.
¡Qué rehilete! ¡Jesús!
Nadie mas que ese muñeco
la trae en esta inquietud.
¡Conmigo está! ¡Cuando venga
lo pondré de oro y azul!
¡Julieta! ¡Si derrepente
me vá á dar un patatuz
de lidiar con este diablo!
¡Quien lo paga es mi salud!

ESCENA VII.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA.

CAT.—Deo gracias.
RUF.— ¡Oh! Ña Catita!
CAT.—Déjame que vengo muerta.
¡Ay, Jesús!
RUF.— ¿Cómo está usted?
CAT.—Con un dolor de cabeza
que no veo!
RUF.—Habrá usté estado
metida hasta ahora en la iglesia.
CAT.—¿Qué quieres, hijita, que haga?
¡El Señor me dé paciencia!
RUF.—Pero si está usted así......
CAT.—Y con la boca muy seca,
y el estómago en un hilo.
RBF.—¡Válgame Dios! Tambien llega
usted tan tarde! No importa.
Puede que haya en la alacena
alguna cosa. Yo creo
que guardó la cocinera
un poco de caldo. Si.........
que lo calienten. ¡Manuela!
CAT.—Dios te lo pague, mamita.
Pero escucha; mejor fuera
un poco de chocolate,
porque hoy creo que son témporas,
y el ayuno.........
RUF.— Mandaremos
á comprarlo.........
CAT.— No; no, deja.
tomaré cualquiera cosa.
Te molestas.........
RUF.— ¡Qué molestia!
CAT.—¿Y cómo vá por acá?
RUF.—Siempre, ña Catita, en guerra.
CAT—¿Con qué no hay forma de que entre
tu marido por vereda?
RUF.—Cada dia está mas terco:
no hay que tocar otra tecla
sino matarlo ó dejarlo.
Ahora he tenido una gresca
con él; pero para nada.
¡Si es mas duro que una peña!
CAT.—¡Y quien lo ve!
RUF.— Si, señor;
pero es mas malo que Gestas.
CAT.—¡Qué trabajo! ¡Cómo siento
lo que ese hombre te atormenta!
Pero ya se compondrá.
[Con misterio.]

Hace poco que en la iglesia
ideaba cierto proyecto....
RUF.—¿Sobre esta misma materia?
CAT.—Y con el favor de Dios
nos ha de salir de perlas.

Adentro te lo diré,
que ahora no está mi cabeza
para nada. ¡Ay! ¡Ay...!
RUF.— ¿Qué es eso?
Le ha dado á usted la jaqueca?
CAT.—No es cosa, hijita. Estas beatas,
que son unas sinvergüenzas,
son las que me han de quitar
la vida. ¡Ay, qué jente esta!
¿Creerás que se están las mas
toda la mañana entera
al pié del confesonario,
en consultitas secretas
con el padre, y con risitas
y otras dos mil morisquetas,
sin dejar que una se llegue
á descargar la conciencia?
¡Que Dios las haga unas santas!
Y mira, hija, si no fuera
pecado hacer malos juicios
y darle susto á la lengua,
yo diria que estas cosas
no pueden ser nada buenas.
¡Qué tal! Con que, tu marido
te trata como una negra?
¡Qué desgracia!
RUF.— Ña Catita,
cada dia mas me pesa
haberme unido con él.
CAT.—No hay mal que por bien no venga.
RUF.—Yo sola tengo la culpa.
No faltó quien me advirtiera
el geniazo que tenia;
pero yo, niña inesperta,
cerré el ojo y me casé
con ese perro de presa.
Bien merecido me está.
Bastante caro me cuesta
la ansia de tener marido.
CAT.—¿Por qué no haces la promesa,
á fin de que se componga,
de ir en el año que entra,
descalza, echando zahumerio,
hasta Santa Ana siquiera,
al Señor de los Milagros?
Puede ser que te conceda
este Señor lo que pides.
Vamos á ver; haz la prueba.
RUF.—¡Ojalá que en eso solo,
ña Catita, consistiera!
CAT.—Pero hablando de otra cosa.
¿No sabes que la Malena
peleó ayer con su marido?
La puso, hija, como nueva.
¡Serrano habia de ser!
Daba compasion el verla.
¡Tenia la cara......así......!
¡Tamaña!
RUF.— ¡Qué desvergüenza!
CAT.—Pero ya se vé; si tiene
tambien tan poca cautela.
Recibir, niña, visitas
cuando el otro sale fuera,
sin poner, por lo que *potest*,
uno que aguaite en la puerta!
Pero ya, gracias á Dios,
están como unas ovejas.
Y agradézcanmelo á mí,
y á la buena moza aquella
que te he contado otras veces
que tiene tan ricas prendas,
sin que nadie sepa hasta ahora
como ni de donde vengan,
que fuimos las que mediamos
para que en paz se pusieran.........
pero, hija, por vida tuya,
no sea que esto se sepa.
RUF.—¡Cómo, ña Catita!
CAT.— ¡Ay, hija!
Yo no quiero que me metan
en cuentos. ¡Pobre de mí!
RUF.—No soy, ña Catita, de esas.
CAT.—Mas, volviendo á tu marido.
¿Con qué, es un maula *completa?*
RUF.—Le digo á usted, ña Catita,
que estoy pasando las penas
del infierno con ese hombre.
Sabe Dios que si tuviera
un buen empeño le haria
dar algun destino afuera.
CAT.—Yo, mamita, nada valgo.
Soy un guanchaco en mi tierra:
si nó con dos mil amores
te haria esa diligencia.
No conozco en Lima mas
que á Fray Juan Salamanqueja,
á Fray Rufo, á una monjita
de allá de las Nazarenas;
y á otras personas así,
que, de la misma manera
que tú, me dan un bocado
y un trapo porque me aprecian.
¡Soy tan pobre.........! Ya lo ves......
Ni sé, ni sé, cuando tenga
para hacerle unas motitas
á un pañuelito de seda,
que estoy ahora cosiendo
al padre que me confiesa.
Si alguien me hiciera el favor
de prestarme una peseta,
una alma del purgatorio
sacára con su fineza.
RUF.—Tome usted.
CAT.— ¡Dios te haga santa!
¡Dios te dé su gloria eterna!
Quien tuviera la fortuna
de tu comadre Teresa,
que se sacó la de á mil

en baca con la chilena.
RUF.—¿Qué me cuenta usté?
CAT.— Así dicen.
Y dime, si así no fuera,
¿de dónde hubiera sacado
para comprar ricas medias,
pañuelones de siete onzas,
dormilonas y pulseras.........
para ir á los Amancaes,
al Callao, y á la comedia,
cuando no ha tenido nunca
ni montepio ni renta?
Chocolate que no tiñe.. ......
RUF.—Claro está.
CAT.— ¡Y que no nos venga
con que le dá la costura
para esas y otras fachendas!
Porque, hija mia, por mucho
que pinten las costureras,
tirando aguja no mas
nadie sale de pobreza.
Si no se ha sacado suerte
yo no sé, pues, lo que sea;
al ménos que un *cambullon*.........
pero nó, ya se supiera.
RUF.—Pues yo celebro infinito
que tanta fortuna tenga;
con eso me pagará
veinte pesos que me adeuda.
CAT.—Lo dicho: porque tambien
es demasiada llaneza
echarse asi con la carga,
con lo que nada le cuesta.
Cóbrale, si. ¿Ya no están
ustedes dos de reyerta?
RUF.—Si; pero eso no se opone
á que chancele sus deudas.
CAT.—Y siendo un pico tan corto!
¡Mucha intemerata es esa!
Nada, que pague; y si nó
á la Intendencia con ella.
Vamos á esto, ¿y Julianita
qué cara á estas cosas muestra?
Por supuesto que se inclina
al sugeto y.........
RUF.— Ni lo piensa:
es muy caprichuda, mucho.
Y como aquel otro pieza
ha logrado embaucarla
con sus esplantes y quejas,
está, niña, que parece
un gallito, la muy puerca.
Ahora poco estuvo aquí
don Alejo á hablar con ella.
¡Y si la hubiera usted visto!
¡Qué palabrotas tan secas,
le contestó! Casi, casi
me caigo de rábia muerta.
Se me iban y me venian
los colores de vergüenza.
Y él que es, como usted bien sabe,
de tanta delicadeza,
y tan puntilloso.........
CAT.— ¡Oiga!
RUF.—Disimulaba.
CAT.— A la fuerza.
Eso tiene, Rufinita,
dejarle la rienda suelta.
RUF.—¿Pero que haré, ña Catita?
CAT.—Nada: á una niña doncella
se la mete en cartabon,
que quieras ó que no quieras.
Si nó tal vez llegue el dia
que te embista y que te muerda.
Dios no permita que á tí,
en la vida, te suceda
lo que á una niña que habita
enfrente de mi vivienda,
que se ponen ella y su hija
lo mismo que dos placeras.
Tampoco estás tan de sobra,
para que así, por simplezas,
desprecies el fortunon
que te se entra por las puertas.
Don Alejo es un partido
que asi no mas no se encuentra.
¡Cuántas, hija, se darian
de santos con una piedra,
porque el cielo les mandase
una mamada como esta!
Los hombres, hoy en el dia,
no se casan tan á secas,
pues como están á tres dobles
buscan solo conveniencia.
A ménos que un estrangero....
¡Estos, si, tienen pesetas!
Pero, hija, nuestros paisanos,
con tanta vuelta y revuelta,
han quedado casi todos
como gallina *culeca*.
RUF.—Mírela usted; aquí viene.
CAT.—¡Qué lástima que se pierda!

ESCENA VIII.

DICHOS, JULIANA.

JUL.—¿Me llamaba usted mamita?
RUF.—¿Dónde te fuiste muchacha?
Parece, muger maldita,
que estuvieras con caracha.
No paras en parte alguna;
y, por Dios, que me alegrára
que fuera de esa perruna,
cosa que nunca sanára.
¡Lo has hecho de mil primores

contestando á don Alejo!
JUL.—Si no me dijese amores
no le mostrara entrecejo.
CAT.—Habla con ménos descoco
de un sujeto tan instruido,
que debe dentro de poco,
hijita, ser tu marido.
JUL.—¿Mi marido?
RUF.— ¡Si, señor!
¡No empieces á incomodarme!
JUL.—A quien yo no tengo amor
no podré nunca ligarme.
RUF.—¿No la oye usted? Si me está
provocando esta insolente!
JUL.—Dispénseme usted, mamá:
voy á hablarle francamente;
usted pretende casarme
con un hombre que no estimo,
y porque de ello me eximo
me trata con frenesí.
Sin embargo, yo no puedo
manifestarme insensible
á la existencia terrible
que diviso sobre mí.
El lazo del matrimonio
no dura dos ó tres dias;
deben tener simpatias,
los que se estrechan con él;
si en uno y otro consorte
recíproco amor no mora,
sera tener á toda hora
en la garganta un cordel.
Reflexione usted sobre esto;
compadézcame, no sea
que despues cuando me vea
llorar el perdido bien,
aunque tarde, se arrepienta
de sus iras maternales,
y mis angustias mortales
sufra su pecho tambien.
Aun es tiempo todavia:
con sumision se lo pido:
con semejante marido
yo no puedo ser feliz.
No lo amo, mamá, no lo amo;
perdone usted que así le hable:
casarme con él no es dable,
seria hacerme infeliz.
RUF.—¡Qué tal pues! Cuánto sabia!
Si me ha dejado pasmada!
¡Qué demonio!
CAT.— ¡Ave Maria!
RUF.—¡Estás bien aconsejada!
CAT.—Mira, el amor es un niño
que desagrada y fastidia,
y á quien no se hace cariño
cuando con él no se lidia;
pero que en fuerza del trato
se le toma tal pasion,
que parece lindo y ñato
lo que es feo y narigon.
Así si ahora á don Alejo
lo ves con indiferencia,
ya mudarás de consejo
tratándolo con frecuencia.
RUF.—Sobre todo, ña Catita,
¡qué amor ni qué patarata!
CAT.—Dice muy bien tu mamita;
es mucho cuento la plata.
Hasta la peña mas dura
se ablanda con el dán dán;
y como dice el refran,
amor con hambre no dura.
Tu novio la tiene pues;
me consta, no son fachendas:
la mitad puesta á interés,
con la otra dá sobre prendas.
RUF.—Y luego, niña, aquel corte
tan fino, tan caballero.........
nadie diria en su porte
sino que es un estrangero.
CAT.—¡Ay, hija, y tiene una casa
con todo lo necesario!
Parece cuando una pasa
que está viendo un relicario.
¿Y caridad? ¡Mucho es eso!
No lo digo por lisonja,
antenoche me dió un peso
para una que entró de monja.
Y tambien en ocasiones
me dá á mí su real ó dos.........
por eso en mis oraciones
siempre lo encomiendo á Dios.
JUL.—Será cuanto hay: yo no trato,
ña Catita, de apocarle.
CAT.—A la zuela del zapato
muchos quisieran llegarle.
JUL.—Con todo, ese matrimonio
pararia siempre en mal.
RUF.—¡Te casarás, pesiata!,
ó te llevará el demonio!
Basta, en fin, de toma y daca,
ó aquí vá á ver maravillas.
¡Tanta lisura la saca
á una ya de sus casillas!
Cuenta, pues, como le pones
mala cara á don Alejo,
porque entónces no hay razones
sino que te despellejo.
Y cuidado, te repito,
si admites mas cuchicheos
de ese pícaro mocito
que te anda haciendo rodeos.
Dile que nunca, jamás,
me ponga los piés aquí.
JUL.—Pero, mamita.........
RUF.— No mas
piense burlarse de mí.

¡Buena es la hija de mi madre!
Que toda esperanza pierda.
JUL.—Veré á mi padre.........
RUF.— Tu padre
es aquí un cero á la izquierda.
JUL.—Señora.........
[Como suplicante.]
RUF.— ¡Calla te digo!
JUL.—¿Pero por qué.........?
RUF.— Yo lo mando.
Y oye, ¡cuidado conmigo!
JUL.—(¡Jesús qué vida! Hasta cuando!)
RUF.—¡Pues no faltaba otra cosa!
Vamos, ña Catita.
CAT.— Vamos.
RUF.—¡Desvergüenza de mocosa!
CAT.—¡Jesús! ¡En qué tiempo estamos!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA JULIANA, MERCEDES.

MER.—¿Y para qué señorita,
darle de noche una cita
cuando siempre viene aquí?
¿No vé usted que eso seria
exitar la habladuria?
Yo, al ménos, lo pienso así.
JUL.—Mercedes, si tú pudieras
penetrar aquí, me dieras
sin trepidar la razon.
Verias cuanto padece,
cuanta lástima merece
este pobre corazon.
Aquí arde, amiga, una llama
que penetra, que se inflama
cada dia mas tenaz,
y extinguir no me es posible
el poder irresistible
de este fuego tan voraz.
En vano á veces lo intento,
porque es mayor mi tormento,
mas grande mi frenesí.
¿Mas cómo hacerlo podria,
si el mismo afan y agonia
él tambien sufre por mí?
Mi madre lo sabe todo;
y con rábia, y con mal modo
me ha reprendido mi amor;
porque pretende casarme,
mas claro, sacrificarme
á un hombre á quien tengo horror.
Me ha dicho que en este asunto
no cederá un solo punto,
pues dió su palabra ya:
y que si acaso me niego,
sin atender á mi ruego,
su maldicion me echará.
De mi situacion, Mercedes,
formarte una idea puedes
por lo que acabas de oir,
y lo peor es que el consuelo,
si nó se lo pido al cielo,
¿á quién lo voy á pedir?
A donde vuelvo los ojos
no encuentro mas que sonrojos
porque no falto á mi fé.
Todos, todos me abandonan,
todos contra mí se enconan,
¿qué haré, Mercedes, qué haré?
MER.—¿Por qué no habla usté á su padre?
JUL.—¿Y si apoyase á mi madre?
MER.—Verdad, imposible no es.
JUL.—Por eso te he suplicado
que lleves este recado.
MER.—Si usted se empeña, iré pues.
JUL.—Anda, si, que me precisa
hablar con él. Date prisa,
no vaya á caer en la red.
Dile que venga sin falta,
que mi madre está que salta.........
MER.—Ya es inútil. Véalo usted.

ESCENA II.

DOÑA JULIANA, DON MANUEL Y MERCEDES.

JUL.—¡Dios mio! Si ahora mi madre....
MER.—Aquí lo tiene usted, pues;
creo que yo estoy demás:
la dejo sola con él.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA Y DON MANUEL.

MAN.—¿Qué es esto? ¿Por qué te asustas?
¿Te causo yo ese desden?
¿Que tienes?
JUL.— No tengo nada.
MAN.—¿Habré podido tal vez
ofenderte en algo? dilo:
no acierto en qué pueda ser.
JUL.—En nada, amigo. Pensaba,
lo que puede el interés.
MAN.—¡El interés! yo no tengo
otro que quererte bien.
Tu amor, Juliana, me basta,
y tan feliz soy con él
que no envidio en este mundo
ni la grandeza de un rey.
¿Y tú no me amas, Juliana?
JUL.—Manongo ¿y tú no lo crees?
MAN.—Entónces en una choza,
en un desierto seré
dichoso, estando á tu lado,
y lo serás tú tambien.
Mi gloria será adorarte,
mi gozo estar á tus piés,
y mis brazos suficientes
para tu apoyo y sosten.
Pero te siento algo inquieta.........
JUL.—Escucha... ¿Alguno nos vé...?

[Viendo por la sala.]

MAN.—No, nadie. ¿Qué pasa? acaba:
esplícate de una vez.
JUL.—Me quieren casar.
MAN.— ¿Casarte?
JUL.—Como lo oyes.
MAN.— ¿Y con quién?
JUL.—Con don Alejo.
MAN.— ¡Imposible!
JUL.—Cierto.
MAN.—No lo puedo creer.
¿Quién te ha de querer tan mal?
Alguna burla tal vez
que quieren hacerte.........
JUL.— No.
Te equivocas, verdad es.
No ha mucho que me lo ha dicho
aquí mi madre.
MAN.— ¿Y por qué
te quieren forzar así.........?
Eso es injusto, es cruel.
¿Y tú qué dices, Juliana?
JUL.—¿Yo? que antes consentiré
en casarme, si es posible
con el mismo Lucifer.
MAN.—¿Pero tu madre.........?
JUL.— Ella misma.
Oye, y me dijo tambien
que te intimara que nunca
pusieras aquí los piés.
MAN.—¿Pero qué motivo ha habido?
¡Si es cosa de enloquecer!
JUL.—Sin duda que ese buen hombre
le ha vuelto el mundo al reves,
y ha logrado deslumbrarla
con un brillo de oropel.
MAN.—¿Y tu padre.........?
JUL.— No, mi padre
no ha hablado ni mal ni bien
de este asunto.
MAN.— Ni lo hará;
eso yo muy bien lo sé.
Su palabra es muy sagrada
y mucha su sensatez,
para que violente á su hija
por un mezquino interés.
Cuando mi infelice padre,
que en gloria de Dios esté,
se encontraba moribundo,
y acongojado á la vez,
no por dejar esta vida
de ilusiones y de hiel,
sino porque yo quedaba
sin su amparo en la niñez,
en el lecho de la muerte
tu padre el único fué
que enjugó su triste llanto
con noble desinterés.
Él cuidó de mi orfandad,
él me dió segundo ser,
y hasta ahora nunca ha faltado
á la prometida fé.
Nuestro amor le es conocido
porque lo ha visto nacer,
y yo creo que podemos
descubrirle.........
JUL.— Calla, que él
llega.
MAN.— Hablémosle, Juliana.
JUL.—Ahora no... calla: despues.

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA, DON MANUEL, Y DON JESUS.

JES.—¡Hola, muchachos! ¿Qué se hace?
MAN.—Nada, señor.
JES.— ¡Ah! Manuel,
necesito hablar contigo;
no te vayas.
MAN.— Está bien.
JES.—Voy un momento á mi cuarto
á buscar cierto papel
que me precisa. Ya vuelvo.

¡Cuidado con irse, eh!
MAN.—No, señor.

ESCENA V.

DOÑA JULIANA Y DON MANUEL.

MAN.— Y bien, Juliana,
¿qué dices ahora? ¿Lo ves?
¡Qué bondad! ¿No te lo dije?
¿Tienes aun por qué temer?
Te sobrecojes en vano.
JUL.—Yo nada temo, Manuel.
Si no me caso contigo,
con nadie me casaré.
En valde opondrá mi madre
á mi eleccion su poder,
porque nunca logrará
darme esposo á su merced.
Yo la venero, la aprecio;
mas no al estremo de hacer
la desgracia de mi vida
por mostrarle timidez.
Si me equivoco, corriente......
yo misma tendí la red,
y á nadie podré quejarme
del mal que yo me busqué.
MAN.—No, bien mio; no, jamás
te podré yo ser infiel.
¡Ah! ¡Si esa misma firmeza
tuviera toda mujer,
qué de escándalos se ahorráran,
qué de lágrimas tambien!
Ven acá...... dame un abrazo.
Repíteme eso otra vez.
¡Ojalá oyera tu madre
tales protestas de fé!
¡Oh! qué ventura! Otro abrazo.
RUF.—¡Qué tal! Mírelos usted.

[A ña Catita]

JUL.—¡Mi madre viene!
MAN.— ¡Qué importa!

ESCENA VI.

DOÑA RUFINA, DON MANUEL, DOÑA JULIANA Y ÑA CATITA.

RUF.—¡Pícaros! ¡Por vida de......!
MAN.—¡Señora.........!

(La contiene.)

RUF.— ¡Faltarme así!
¡Suelte usted!
MAN.— No se violente.
RUF.—¿Este mozon indecente
qué hace, señorita, aquí?
¿No he dicho ya que no gusto
que me pise estos umbrales?
Lo que quieren estos tales
es matarme de un disgusto.
JUL.—Mamita.........
RUF.— Mira, ¡canalla!
¡Si te agarro......! Verás ahora......
MAN.—¡Deténgase usted, señora!
RUF.—¡Quite usted!
JUL.— Pero si.........
RUF.— Valla,
¡Cochina!
CAT.— Déjate de eso.
MAN.—Oiga usted....
RUF.— ¡Juan de la Coba!
CAT.—Vaya.........!
RUF.—Si tomo la escoba
no le dejo sano un hueso.
MAN.—Yo á su hija de usted la quiero
no con mal fin.
RUF.— ¡Bribonazo!
Le ha tendido usté ese lazo
y la trae al retortero.
Ahora mismo ... yo lo mando,
váyase usted de mi casa.
MAN.—Señora, usted se propasa.
RUF.—Salga usted de aquí volando.
Usted no se ha de casar
con ella, no.
MAN.— ¿Y por qué no?
RUF.—Porque ya he dispuesto yo
á quien se la puedo dar,
JUL.—Contra mi gusto.
RUF.— ¡Chiton!
JUL.—Podrá usted matarme, si;
pero disponer de mí,
jamás sin mi aprobacion.
MAN.—¡Por Dios! Que si me molesta.....
RUF.—¿Que hará usted ¿Me pegará?
Eso no mas falta ya
para coronar la fiesta.
MAN.—Señora; sé demasiado
lo que se debe á una dama;
de otro modo.........
RUF.— Esto se llama
tras de cornudo apaleado.
MAN.—Basta, señora.
RUF.— ¡Atrevido!
Mándese mudar.
MAN.— No puedo.
Aquí señora me quedo
aguardando á su marido.
RUF.—Mi marido está en la calle,
sálgale usted al encuentro.
MAN.—No, mi señora. está adentro,
y es forzoso que aquí me halle.

RUF.—¡Mire usted como se entona!
Por esa desvergonzada.........
CAT.—No le hagas caso.
RUF.— La criada
se me ha vuelto respondona.
MAN. Pues no saldré, le prevengo,
RUF.—El que de fuera vendrá
de casa nos echará.
MAN.—Yo tal intencion no tengo.

ESCENA VII.

DICHOS Y DON ALEJO.

ALE.—(Esto anda en son de combate.)
CAT.—Ve quien viene.
RUF.—¡Hola, mi amigo!
Adelante. Aquí conmigo.

[Le da un tiron a su hija y la pone a su lado.]

ALE.—¿Interrumpo yo el debate?
RUF.—¡Qué! no, señor.
ALE.— Si incomodo.........
RUF.—Usted aquí á nadie inquieta.
ALE.—Puede ser sesion secreta......
RUF.—No, señor, de ningun modo.
Son disturbios de familia
que nunca faltan.
ALE.— Ya estoy.
RUF.—Vete tú adentro.
JUL.— Ya voy.
CAT.—(Aquí vá á ver *miravillia.*)

ESCENA VIII.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA, DON MANUEL Y DON ALEJO.

RUF.—Tengo que hablar con usted;
si usted gusta que pasemos......
ALE.—Como usted disponga.
RUF. Entremos.
ALE.—Hágame usted la merced......
Con permiso, *mon ami.*

(A Manuel al irse.)

RUF.—Bótelo usted... que se vaya.

(Al oido de ña Catita por don Manuel.)

MAN.—(Esto ya pasa de raya.)
CAT.—El *enemigo* anda aquí.

ESCENA IX.

DON MANUEL Y ÑA CATITA.

MAN.—Ya no puedo tolerar
tanto desaire en mi cara.
CAT.—Nada, con la misma vara......
MAN.—¡Señora, no molestar!
CAT.—Si lo tomas tan á pechos
te volverás pronto loco.
MAN.—¡Por Dios, que me falta poco......!
CAT.—No hay que subirse á los techos.
MAN.—Déjese usted de sermones,
señora mia. ¡Haya muela!
CAT.—¡Señora, será su abuela!
¡Mozonasos, *flamasones!*
¡No se fueran al infierno!
MAN.—Eso, señora, se saca.........
CAT.—¡Y dale con la matraca!
MAN.—Pero, señora......
CAT.— ¡Ande! á un cuerno!

(Se entra precipitadamente.)

ESCENA X.

DON MANUEL.

Está muy claro. Su madre
me quiere dar pasaporte,
para que esa pobre niña
admita por novio á un hombre,
que le ha hecho ver montes de oro
con simplezas y ficciones.
Pero mucho se equivoca,
porque yo no soy tan torpe
para abandonar el puesto
sin decir oste ni moste,
mucho ménos cuando su hija
á mi afecto corresponde.
No obstante tengo un recelo
que el corazon me carcome.
¿Si apoyará ó no su padre
tan inícuas pretensiones?
¡No puede ser! ¡Imposible!
Don Jesus es de esos hombres
á quienes Dios ha formado,
como se dice, á machote;
esto es, juiciosos y rectos,
aunque de alcances mediócres,
y no entrará en picardias
por cuanto existe en el orbe.
Además nuestro cariño
hace tiempo que conoce,
y aun me atrevo á asegurar
que lo aprueba desde entónces,
Pero sea como fuese;

si están sus padres conformes
en obligarla á casarse
con ese *zampalimones*,
ella y yo tambien estamos
en ser constantes acordes,
y no habrá humano poder
que tuerza nuestros amores.
¿A qué hora saldrá su padre......?

ESCENA XI.

DON MANUEL Y MERCEDES.

Mer.—¡Don Manuel!
Man.— ¡Oigo mi nombre!
¿Quien es? ¡Ah! Mercedes, ¿qué hay?
Mer.—Hable usted bajo.
Man.— Nadie oye.
Vamos, Mercedes, ¿qué ocurre?
Mer.—Pues, señor... ¡Tengo un *soroche!*
No vaya á salir alguno....
Man.—Acaba, con mil demontres.
Mer.—Oiga usted...... dice la niña......
Man.—¿Qué dice? Pronto. No embromes.
Mer.—Dice que de modo alguno
tenga usted provocaciones
con don Alejo, porque eso
le causaria mayores
pesadumbres con su madre,
cuyo despecho es enorme,
porque no puede lograr
que ella ceda á sus razones.
Dice, así mismo, la niña,
que vuelva usted á la noche,
y que no hable ahora á su padre
ni un Jesús de sus amores,
porque seria esponerse
á infructuosas desazones
estando aquí don Alejo.
Con que, adios; hasta la noche.
Váyase pronto......... No sea
que otra *patazca* se forme
entre la madre y el padre
y usted, y ese tagarote.
¡Vaya! Tenga usted paciencia.
Adios, y no se sofoque.
Man.—Está bien; me marcharé.
No quiero mostrarme indócil
á sus deseos.
Mer.— Bien hecho.
Man.—Obedezcámosla.........
Mer.— ¡Al trote!
Man.—Pero oye, dile que luego,
estórbelo quien lo estorbe,
me declararé á su padre
en terminantes razones,
y que no lo hago ahora mismo
porque ella así lo dispone.
Mer—Así lo haré...pero váyase.
Man.—No te olvides.........
Mer.— ¡Jesús, qué hombre!
Man.—No vaya á decir mañana
que no obedezco sus órdenes.
Adios.
Mer.— ¡Acabáras!

ESCENA XII.

MERCEDES Y ÑA CATITA.

Cat.— ¡Bueno!
Mer.—(¡Ña Catita! ¡Qué demontres!)
Cat.—(¡Aqui Manongo con ella!
Tiene esto su *agilis mógilis*.)
Merceditas.
Mer.— Mande usted.
Cat.—¿Qué hablabas con ese jóven?
Mer.—Nada...... le estaba diciendo
que se fuese....
Cat.— ¿Y por qué? ¡Pobre!
Mer.—Porque iba á barrer.
Cat.— *¡Ajà!*
Mer.—Y como se estaba inmóvil......
y como yo no quisiera
que me tengan por su cómplice......
¿no lo cree usted?
Cat.— Como nó!
Mer.—Tuve que mandarlo......
Cat.— ¿A dónde?
Mer.—A *noramala*.
Cat.— Mal hecho.
Ese ha sido mucho golpe.
¿Te ha hecho algun daño?
Mer.— Ninguno
(¡Hipócrita!)
Cat.— Pues entónces
has pecado mortalmente.
Mer.—(Lo que eso á tí te supone.)
Cat.—Allá, en fin, tu alma y tu palma.
Mer.—(¡Para quien no te conoce!)
Cat.—Mira, dice Rufinita
que me hagas, y no te embromes,
un poco de cholotate.
Mer.—Voy.
Cat.— Que son mas de las doce
y aun estoy sin almorzar.
Mer.—Bueno.
Cat.— Si no hay, que lo compren,
Mer.—Muy bien.
Cat.— Y házmelo espesito.
Mer.—Así se hará.
Cat.— Y mira, pónle
un granito de sal.
Mer.— Bien.

¿Y qué mas?
CAT.— Nada mas. Corre.
(Creerá que me engaña á mi
su finjido *coram vobis?*
¡Ujú!.........¡Como nó......! ¡Ya vá!)
MER.—(¡Tan fea! ¡Miren qué molde!)

ESCENA XIII.

ÑA CATITA.

La almibar, á lo que veo,
se vá subiendo de punto;
ó mejor dicho, el asunto
se está poniendo muy feo.
Como en ese tiroteo
no saque yo una avería......
¡Ave María!
Pero tambien es locura
la de su padre, cabal.
¡Querer inferirle un mal
a esa pobre criatura,
con unirla á esa figura!
La cruz le hago. ¡Qué manía!
¡Ave María!
Y si hace, al fin, el demonio
que se salga con la suya,
con caja y con *chirisuya*
nos publica el matrimonio.
¡Qué chasco, por San Antonio,
el de su madre sería!
¡Ave María!
Es verdad que no es *patojo*,
tuerto, ni mudo el tal nene......
Siempre es así quien no tiene
donde se le pare un piojo.
Pues...¡Y ella que tiene arrojo
de mostrarle simpatía!
¡Ave María!
El otro es un *candelejo*
sin duda; mas tiene *monis*,
y vale mas que un Adonis
sin mas bienes que el pellejo.
Fuera de esto, don Alejo
no es tampoco de la cría....

ESCENA XIV.

ÑA CATITA Y DON ALEJO.

ALE.—(¡Ave María!)
¡Aquí ña Catita! ¡Cáspita!
Desollando está algun prójimo.)
CAT.—¡Hola! ¿Cómo vá la brújula?
ALE.—Si sigue el viento tan próspero,
pronto echaremos el áncora.
CAT.—¿De veras?
ALE.— De un modo sólido
van las cosas á su término.
CAT.—El ataque ha sido sófero.
Segun lo ha espuesto la sílfide......
ALE.—Está contra mí hecha un fósforo.
CAT.—¿Sí?
ALE.— Y como álcali vólatil.
CAT.—¡Sopla!
ALE.— Y como éter vitriólico.
CAT.—Lo que es no tener sindérisis.
ALE.—O ser tonta, que es sinónimo.
CAT.—¡Pobre muchacha!
ALE.— Dá lástima.
CAT.—¿Y su madre?
ALE.— Es un cronómetro,
en cuanto á puntual.
CAT.— Y rígida.
ALE. Y abstringente como un teólogo.
Tomará primero arsénico
que quebrantar sus propósitos.
CAT.—¿Supongo que el fin es lícito?
ALE.—Y romano y apostólico.
CAT.—Porque si no los escrúpulos...
ALE.—Los tengo como un canónigo.
(¡Se verá vieja mas cándida!)
CAT.—No se meta usté á filósofo;
porque en esta vida misera,
lo dijo San Juan Crisóstomo,
el que es impío y maléfico
es así....
ALE.— Como antropófago.
CAT.—¿Qué dice usted?
ALE.— Que mi espíritu
no es al matrimonio indómito.
CAT.—Dios en premiar es espléndido,
pero en castigar lacónico.
ALE.—No necesito de estímulos.
CAT.—Ya lo sé.
ALE. No soy estólido,
CAT.—El que no observa el decálago,
es un hereje, un masónico.
ALE.—Vaya, déjese de antífonas:
eso allá para los neófitos.
CAT.—¿Con que se niéga la prójima?
¡Si tiene impulsos diabólicos!
Pero, pobrecita, es víctima
de los manejos mas sórdidos.
Ya pondremos luego en práctica
cierto plan, que á ese fenómeno,
y á ese vejete energúmeno.
les ha de servir de tósigo.
ALE.—¿Cuál es? Diga usté.
CAT.— Una cábula,
que los va á dejar atónitos.
ALE.—En fin, ahorremos las sílabas
que nos hacemos monótonos;

entrégueme usted la tórtola
y me hará su eterno acólito.
Mas que sea con histérico,
llévela á casa en depósito.
Cat.—(Eso se quisiera el pícaro.)
Vaya, no sea estrambótico.
Admítala usted por cónyuge,
que el bocado no es de pórfido;
aunque sea por apéndice.........
Ale.—(Ni tampoco como prólogo.)
Cat.—(¡Válgame San Pedro Advíncula!
¡Ay! tengo el vientre como órgano!)
Ale.—Con que, quedamos.........?
Cat.— ¡Incrédulo!
Ale.—Ya usted sabe que soy pródigo.
Cat.—Y usted me entiende el *intríngulis:*
Déjeme, pues, con mi horóscopo.
Ale.—Entónces.........
Cat.— Está usté en vísperas,
ó yo soy muy mal pronóstico.
Ale.—¡Eh bien! ¡Soberbio! ¡Magnífico!
Cat.—Bailándome está el estómago.
¡Qué tardar para una jícara.........!)
Ale.—¿Con que el epílogo es próximo?
Cat.—¿Tiene usted obstruido el tímpano?
¿No he dicho que sí? ¡Qué incómodo!

ESCENA XV.

DOÑA RUFINA, DON ALEJO Y ÑA CATITA.

Ruf.—(¿Si se habrá ido ya este mozo?)
¿Cómo, amigo.........?
Ale.— Ese preludio
me indica que usted estraña
tener al frente mi bulto;
pero.........
Ruf.— Permítame usted,
antes lo celebro.
Ale.— Punto.
Dos palabras; voy allá;
en un instante concluyo.
Al pasar por esta pieza.........
Ruf.—Pero yo no le pregunto......
Ale.—Quise hacer á esta amiguita
un afectuoso saludo,
y como viniese á cuento
en el trascurso del duo,
el estado de alza y baja
en que se halla aquel asunto,
me he embromado, departiendo
con ella......... trece minutos.

(Viendo el reloj.)

Ruf.—Pues yo lo hacia á usted ya
álgo distante.
Ale.— De juro.
Ruf.—Y salí á ver si se habia
marchado de aquí ese tuno.
Cat.—Hace rato que se fué.
Ruf.—Parece que fuera brujo;
porque venia resuelta
á tener con él los *mundos.*

ESCENA XVI.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA, DON ALEJO Y MERCEDES.

Mer.—Ña Catita, el chocolate.
Ruf.—¡Qué! ¿recien.........?
Cat.— Como un canuto
tengo las tripas. ¡Paciencia!
¡Y hoy que me obliga el ayuno!
Ruf.—Vaya usted pues.
Cat.— Allá voy.
Mer.—Que se esta enfriando.
Cat.— ¡Qué apuro!
Vamos, pues. Con que adiosito.
Ale.—Felicidades.
Cat.— *(¡Qué yuyos!)*
Ruf.—¡Pobre señora!

(A don Alejo.)

Ale.— Buena alma.
Mer.—(Lo mismo que la de un *chuncho.*)
Cat.—Vamos, Mercedites.
Mer.— Vamos.

(Se queda en la puerta escuchando.)

ESCENA XVII.

DON ALEJO, DOÑA RUFINA Y MERCEDES.

Ruf.—Y lo quiere á usted.........
Ale.— ¡Oh! mucho.
Ruf.—Si usted lo oyera esplicarse
sobre el enlace futuro.........
Ale.—¡Oigá! ¡Qué tal!
Ruf.— Sí, señor.
Y le mete á ella unos puntos,
y toma tanto interés
como si eso fuera suyo.
Mer.—(¿Que saldrá de este congreso?
Alguna ley del embudo.)

ESCENA XVIII.

DON ALEJO Y DOÑA RUFINA.

ALE.—¡Qué amistad!
RUF.— Dígalo usted.
ALE.—No hiciera tanto Mercurio.
RUF.—¿Algun amigo.........?
ALE.— Uña y carne,
como se dice en el vulgo.
¡No he visto un hombre mas vivo!
Estudiamos los dos juntos
topografia y mecánica,
y segun dicen con fruto,
en una aula que tenia
por allá.... por el Refugio,
un tal *Don Felix Utroque*, (1)
muy conocido en el público.
RUF.—¿Don Félix Utroque?
ALE.— Esto es.
Un español muy profundo.
RUF.—Creo que lo he oido mentar.
ALE.—Es probable, no lo dudo.
No solo aquí tiene fama,
la tiene hasta entre los turcos;
el que logra ser su amigo
es, en la tierra, hasta brujo.
RUF.—¡Jesús!
ALE.—No exagero nada.
RUF.—Así será, no lo dudo.
ALE.—Pero dispénseme usted,
me retiro.........
RUF.— Es un disgusto
para mí; pero si acaso
á usted le precisa.........
ALE.— Mucho.
Adios, pues.
RUF.— Adios......... ¡Cuidado!
No me lo sorprenda el *cuco*.
ALE.—No hay miedo, ya he dicho á usted
que pondremos un buen buzo.

ESCENA XIX.

DOÑA RUFINA.

¡Qué hombronazo! Si es un pozo
de elocuencia y de saber!
Y ayúdenmelo á querer,
que no es tampoco mal mozo!
Tal vez tendrá algun defecto......
¿En eso quién no conviene?
¿Mas qué mortal no lo tiene?
Dios solamente es perfecto.
Seria mucha desgracia
que esta boda no se hiciese;
pero pese, á quien le pese,
se hará porque me hace gracia.
Y habrá en la casa funcion,
que ha de meter mucho ruido,
si mi dichoso marido
insiste en su oposicion.

ESCENA XX.

DON JESÚS Y DOÑA RUFINA.

JES.—¿Se fué Manongo?
RUF.— No sé.
JES.—Le dije que me aguardara.
RUF.—Entónces la cosa es clara.
¿Por qué no le busca usté?
JES.—¡Ah! ¡Ya caigo!
RUF.— Eso ha de ser.
Me habrè guardado á ese pieza
en el bolsillo.
JES.— Ya empieza
Jesucristo á padecer.
RUF.—Ya empieza, si, por supuesto;
si es usted muy incapaz.
JES.—¿No tendremos nunca paz?
Demonio ó muger ¿qué es esto?
RUF.—No grite usted. Mejor fuera,
señor don Jesús Terrones,
que en lugar de esos calzones
se pusiera mi pollera.
JES.—Ya tanto pleito me hostiga,
esto es un infierno diario.
RUF.—Merece usté un novenario
con un gato en la barriga.
¿No quiere usted que haya riña?
pues no se haga usted el zueco,
en tanto que ese muñeco
se abraza con esa niña.
JES.—Muger, yo no he visto nada.
RUF.—¿Nada? ¿Y cuando usted entró,
á los dos no los halló
en conversacion tirada?
JES.—¿Y hablan, acaso, á mansalva
por la primera ocasion?
RUF.—La ocasion hace al ladron:
la ocasion la pintan calva.
JES.—¡Qué génio!
RUF.— Y, cuando se puede,
se evita con tiempo el daño.
Lo que no pasa en un año
en un minuto sucede.
JES.—¡Se habrá visto bachillera!
Si todo se lo habla sola!
RUF.—Y el diablo mete la cola
cuando uno ménos lo espera.
JES.—Hasta cuando!

(1) Inscripcion que llevan las onzas españolas.

RUF.— Ha hecho usted mal
en consentir tal desvío.
Se ha vuelto usted, señor mio,
un viejo muy inmoral.
JES.—¿Tambien moralizas tú?
¡Habrá adefesio como este!
¡Como ha cundido la peste
en los pueblos del Perú!
RUF.—Pero aun hay murmuradores
que han librado de su acecho.
JES.—Del dicho al hecho hay gran trecho.
Obras, obras son amores.
En fin, te digo y repito,
que todo lo que me cuentas,
si acaso tú no lo inventas
no merece tanto grito.
RUF.—Para usted, so mentecato,
que está en la decrepitud,
y que no tiene aptitud
ni para alcanzar un plato.
JES.—Basta, Rufina, por Dios,
no me incomodes.
RUF.— Matarlos.
JES.—Lo mejor será casarlos
mañana mismo á los dos.
RUF.—¡Casarlos! Mientras yo viva
eso no.
JES.—Pues será así.
RUF.—Haciéndome cuartos, si.
JES.—¡Qué condicion tan altiva!
RUF.—Conque en esa inteligencia
vea usted muy bien lo que hace,
si no es que acaso le place
que suba á mas la pendencia.
JES.—Ya se vé; lo que tú anhelas
es unirla á don Alejo.
RUF.—Que es un hombre de consejo.
JES.—Y un pillo de siete zuelas,
que con embustes y embrollos.........
¿pero dónde irá ese pieza?
RUF.—El no ha armado estos escollos.
JES.—Yo limpiaré ¡voto á tantos!
mi casa de toda rata,
y hasta esa hipócrita beata
llevará su *sepan cuantos*.
RUF.—Ni una santa se vé libre
de tu lengua viperina.
JES.—Para santas de esa espina
la mia es de buen calibre.
RUF.—Pues bien, ya que usted se empeña
en semejante consorcio,
hoy mismo pido divorcio.
JES.—O se ha vuelto loca ó sueña.
RUF.—Hoy mismo, viejo importuno.
Y los cuatro mil y pico
que ha hecho usted *chichirimico*
me ha de entregar uno á uno.
JES.—¡Dale con la cantaleta!
Cuándo habia de faltar!
RUF.—O los jueces me harán dar
hasta la última peseta.
Muñeco desoletado.
¿qué es lo que trajo usté aqui?
Deme usted gracias á mí
si está vestido y calzado.
JES.—¡Muger!
RUF.— ¡No me grite usted!
JES.—No vencerá tu capricho.
RUF.—¡Despacio!
JES.— Lo dicho, dicho.
RUF.—¡No soy tapia ni pared!

ESCENA XXI.

DON JESUS.

Anda con dos mil demonios!
¿Cuándo saldrá una sancion
declarando en comision
á todos los matrimonios?
Pero si son amovibles
ya por la ley los empleados,
¿por qué solo á los casados
se nos deja inamovibles?
¿Por qué causa los maridos,
aun con pruebas revelantes,
no podemos ser cesantes,
ni siquiera indefinidos?
Ni en los tiempos coloniales
tal injusticia hizo el rey!
Si señor, ante la ley
hoy todos somos iguales.
RUF.—¡Iguales...! ¡Oigá! Sí.
JES.— (¡Loca!
Pues no ha estado allí escuchando!)

ESCENA XXII.

DOÑA RUFINA Y DON JESUS.

RUF.—Siga usted filosofando,
que lo hace á pedir de boca.
¡Iguales! Debia de ser;
mas los congresos y reyes
que son los que hacen las leyes,
no oyen nunca á la mujer.
Por eso á tan poco costo
reparten en zafarrancho,
para ustedes siempre lo ancho,
para nosotras lo angosto.
JES.—¡Qué sabe usted.........
RUF.— ¡Igualdá!
¡Sí! ¡Como nó!
JES.— ¡Poca zumba!

Ruf—¿Iguales...? ante la tumba!
de otro modo...., Ja! ja, ja!
Jes.—Hágame usted la merced
de retirarse á su cuarto,
Mire usted que ya estoy harto
de la conducta de usted.
No pasa dia, ni una hora
en que no arme usted quimera:
parece que usté estuviera
hidrofóbica, señora.
Qué juicios tan insensatos
no harán los criados, por Dios,
al vernos aquí á los dos
siempre cual perros y gatos!
Entre usté á su cuarto, presto,
que le juro por mi nombre,
que ó yo dejo de ser hombre
ó muda usted de bisiesto.
Ruf.—¡Qué tal! ¡Con lo que me viene!
Risa me dá.
Jes.— ¡Quite ahí!
Ruf.—Está usted muy sobre sí,
y yo no sé á qué se atiene.
Yo me tomaré el desquite.........
Jes.—Hágame usted el favor
de irse á su cuarto.
Ruf.— ¡Ay, señor!
Me dan antojos.........
Jes.—¡Eh! ¡quite!
Ruf.—Me voy... mejor es... No quiero
incomodarme.

ESCENA XXIII.

DON JESUS, DOÑA RUFINA, MERCEDES.

Mer.— Cuidado.

(Mercedes, que habrá estado aguaitando, sale cuando entra doña Rufina, quien tropieza con ella.)

Ruf.—Qué! ¿no ves?

ESCENA XIV.

DON JESUS Y MERCEDES.

Jes.— ¿Quién te ha llamado?
Mer—Vine á buscar el plumero.
Jes.—¿El plumero...? ¡Holá...!
Mer.— Si.........
Jes.— Vete.
¡No es mal plumero el que buscas!
Lo que haces tú son rebuscas
á ver quien mas bulla mete,
para ir de aquí allí despues
por toda la poblacion,
dando una cuenta y razon
de lo qne es y lo que no es,
Vete, digo.
Mer.— Ya me voy.

ESCENA XXV.

DON JESUS,

Vea usted lo que resulta
cuando los dueños de casa
no observan buena conducta.
Los hijos se hacen altivos,
los sirvientes unos truchas,
y la honra de la familia
anda como Dios la ayuda.........
Ya me olvidaba......¡José!
Tambien estará de escucha.......
Muchacho!

ESCENA XXVI.

DON JESUS, CRIADO.

Cri.— ¿Mande usted?
Jes.— Oye:
¿dónde diablos te sepultas?
Tengo que mandarte.., Aguarda.

ESCENA XXVII.

CRIADO.

¿Qué será lo que le ocupa?
Tendrá tal vez entre manos
alguna nueva disputa,
en que le habrá su muger
mostrado cerca las uñas.
Esta casa es un infierno,
no cabe duda ninguna;
ya se vé, como sus amos
no viven conformes nunca......

ESCENA XXVIII.

DON JESUS, CRIADO

Jes.—Vé al correo y echa esta carta.
Cri.—¿Ahora mismo?

JES.— ¡Qué pregunta!
Al instante.
CRI.— Voy allá.

ESCENA XXIX.

DON JESUS.

A ver si contesta esta última.
Cinco ó seis le tengo escritas
y ni el recibo me acusa.
Esto me dá algun cuidado,
porque él no es ningun farfulla.
¿Si se habrá muerto? ¡Quién sabe!
¡Estas fueran las diez de últimas!
Sobre que no aguardo mas
que me remita esa suma
para mandar á freir monos
á mi dichosa conjunta,
y á todos los pillastrones
que la roban y la adulan.
Por acá no hay que temer:
ya he visto al notario, al cura,
y les hé impuesto de todo,
para que no haya disculpas,
en caso que ellos les vayan
con engaños y con súplicas.
Suframos, pues, todavia
los desmanes de esa furia,
que Dios ha puesto á mi lado
para que espie mis culpas,
así como á otros les dá
sarna, tiña y calenturas,
y otras lacras y dolamas
para que espien las suyas.
Suframos, y mientras tanto
que hago aquí un auto de brujas,
que nos anime el consuelo,
bastante tonto sin duda,
de que en esta buena tierra
como mi mujer hay muchas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON JESUS.

¡Qué mujer! ¡Si es una víbora!
Y vá á armar algun escándalo.
¡Por vida de......! Me dan ímpetus......
¡No es tan violenta la pólvora,
ni hay un diablo mas sarcástico!
¡Que carácter tan satánico!
Así son todas, idénticas,
y nosotros unos cándidos.
Se creen que no tienen mérito
si no nos ven como á zánganos.
Y no hay medio: si benévolo
el hombre las trata y plácido,
dicen que es uno un cernícalo,
un bonachon, un gaznápiro;
ó que lo hace porque otro ánima
les muestra el rostro simpático.
ó que de *bóbilis bóbilis*
vive en ilícito trafico.
Si, á la inversa, un hombre es íntegro,
le llaman déspota y áspero,
y le soplan una pócima
por el método mas diáfano;
y si ha traido, aunque en hipótesis,
al matrimonio metálico,
entónces uno es un trápala,
un cuadrúpedo, un *carángano*.
¡Por cierto que el lance es poético!
Es preciso ser un pánfilo
para no mostrarse antípoda
de un proceder tan maniático.

ESCENA II.

DON JESUS, ÑA CATITA.

CAT.—(Ya refocilé el ventrículo;
voy á rezarle á San Lázaro.)
JES.—¡Cuántos, como yo, las vísceras

(Sin ver á ña Catita, pero ésta sí repara en él y se queda oyéndolo.)

las tendrán repletas de ácido,
y sufrirán como un tísico
solo por tener poco ánimo!

Mas yo no soy tan estúpido,
ni tengo el alma de cántaro,
para que una vieja ideática
me vuelva loco ó misántropo.
CAT.—Eso es, don Jesus, verídico,
porque un marido es el báculo
de su casa.........
JES.— (¡Vieja hipócrita!)
CAT.—Y de su tronco los vástagos,
y los que forman su círculo
debén oirle como oráculo.
JES.—¡Bueno estoy yo para *algórgoras!*
Déjeme usted con sus cánticos.
CAT.—De otro modo.........
JES.— Allá á los clérigos.
CAT.—Respete usted el santo hábito.
JES.—Respételo usted.
CAT.— Herético,
Dios trastornará tus cálculos!
Aunque me acometa un cólico
caerás en la trampa, pájaro.

ESCENA III.

DON JESUS.

Quién pudiera á esta sacrílega
ponerle en la boca un cáustico,
que la dejara de súbito
sin poder echar el hálito,
y hacer que no hubiera empírico
que le entreabriera los párpados.
¡Ah, Rufina, cuán erróneos
te van á salir tus cálculos!
Si á tu hija pretendes, frívola,
casarla con ese vándalo,
no me andaré con retóricas
lo mismo que un escolástico,
sino que haré tal estrépito
que me oirán hasta en el Tártaro.
Dices bien, hé sido un títere,
un autómata y un bárbaro,
porque no te he untado enérgico
en los lomos un buen bálsamo!
¡Maldito el instante horrísono
que te conduje á mi tálamo!
¡Ojalá que ántes el vómito
me hubiera dejado estático!

ESCENA IV.

DON JESUS, DON MANUEL.

MAN.—Señor.........
JES.—¿Me pone en ridículo....?
Pues me tendrá terror pánico.
MAN.—Permítame usted.........
JES.— ¡Imbéciles!
Verán que soy...., ¡voto al chápiro....!

ESCENA V.

DON MANUEL.

Pues estoy fresco. ¿qué es esto?
Don Jesus tambien me mira
en su casa con mal gesto,
y con desden manifiesto
al verme entrar se retira.
¿Entónces por qué ahora poco,
si es que ya no me equivoco,
mostró deseo de hablarme?
¿Seria para tratarme
como no lo hiciera un loco?
No hay remedio; su mujer
lo ha obligado á proceder
de esa manera conmigo.
¿Y contra tanto enemigo
qué defensa puedo hacér?

ESCENA VI.

DON MANUEL, ÑA CATITA.

CAT.—(Ya se fué, gracias á Dios.)
MAN.—(¡Qué situacion tan penosa!)
CAT.—Pongámosnos á rezar.
Aqui Manongo!)
MAN.— (Esta es otra.)
CAT—Qué haces aquí? Manongo, hijo.
MAN.—¡Eso á usted nada le importa!
CAT.—¡Jesús! qué cara! ¿Es posible,
hijito, que nunca me oigas?
¡Qué feo te pones! ¡Uf!
MAN.—No me agradan esas bromas.
CAT.—¡Ay hijo! Cuando te miro
el alma se me destroza,
porque eres vivo retrato
de mi difunta Ildefonsa,
la primera hija que tuve.
Tu misma edad tendria ahora.........
MAN.—¡Voto al diablo!
CAT.— Entre sus ángeles
la tiene Dios en su gloria,
rogando por mí que soy
tan mala y tan pecadora.
Se me murió de diez meses,
de una tercianita boba
complicada con empacho.........
Al principio no fué cosa;

pero despues.........
MAN.— (¡Haya vieja!)
CAT.—Dió en agravarse de forma
que, al mes cabal, le cantaron
el *laudate* en la parroquia.
¡Si la hubieras conocido!
¡Vida mia! ¡Tan preciosa!
Daba mil gustos el verla!
Gordita como una bola.
¡Tan mansita! Y ya tenia
un dientecito en la boca;
y decia *papa*, *mama*.........
y nos conocia á todas,
y hacia las *viejecitas*,
y ya se sentaba sola.
MAN.—¡Por Dios no me quiebre usted
mas la cabeza, señora!
CAT.—¡Ay! qué otra fuera mi suerte
si viviera mi Ildefonsa!
MAN.—(¡Esta vieja tiene trazas
de no dejarme en siete horas!)
CAT.—Por eso no te despego
ni un rato de mi memoria,
y quisiera que me vieses
como una madre amorosa.
Háblame, pues, con confianza.........
¿Qué tienes? ¿Qué te acongoja?
¿No respondes?
MAN.— (Dios eterno!)
¡No tengo nada, señora!
CAT.—Catita me llamo, hijito.
MAN.—¡Maldita sea la hora
que yo vine aquí!
CAT.— ¿Y por qué?
MAN.—Todo el mundo me incomoda.
CAT.—No hay trabajo en esta vida
que no tenga, hijo, su contra;
tan solo para la muerte
no hay *vuelve-luegos* ni historias.
¿Cuánto apuestas que adivino
el que al presente te agobia,
y á que te doy un remedio
que al instante te mejoras?
¿No me oyes?
MAN.— ¿Qué dice usted?
CAT.—¿Yo? nada: si te incomodas......
MAN.—Dispense usted si he podido
faltarle en alguna cosa,
porque ni lo que hablo sé
segun me ajita la cólera.
CAT.—El amor de Julianita
es lo que á tí te sofoca;
pero mira, te aconsejo
que no te asustes con sombras.
¿Tú no te mueres por ella?
¿Y ella no está como loca
por tí? ¿Qué mas quieres? vaya!
Lo demás es *trampantoja*.
MAN.—¿Y su madre, ña Catita?
¿Y su madre que me ódia,
que me desprecia, me injuria,
y de su casa me arroja?
¿Y su padre, que yo creia
que era la única persona
que me tendia en el mundo
una mano protectora,
que me trata como á un negro
y que huye de hablarme á solas......?
CAT.—(Me alegro de la noticia,)
MAN.—No son motivos bastante
para tomar mis pistolas
y darme un tiro.........?
CAT.— ¡Jesús!
MAN.—¡Ya la vida me es odiosa!
CAT.—¡Ave Maria Purísima!
Me dejas, Manongo, absorta.
¡Morirte sin confesion!
¡Qué tentacion tan diabólica!
¿Quieres que en el muladar
cual burro muerto te pongan,
para que los gallinazos
te destrocen y te coman?
¡Por Dios, desecha esa idea!
Pues tu madre no fué mora
sino muy buena cristiana,
y muy linda y muy juiciosa.
Era mi hermana de espíritu,
y me quiso como pocas.
¡Matarse uno por su mano!
MAN.—Peor es reventar de cólera.
CAT.—¿Quiéres imitar á Júdas?
MAN.—La muerte á mí no me asombra;
es un sueño, nada mas.
CAT.—*¡Catay!* estas son las modas
que nos traen los extrangeros
de Francia y de California!
Deja, hijo, que ellos se maten
si la vida les atora;
que les haga buen provecho;
allá, en fin, se las compongan,
que el diablo se llevará
lo que en justicia le toca;
pero á nosotros, Dios quiera
que no nos ronque así la olla.
Con que oye: ¿hasta don Jesus
se ha declarado en tu contra?
No lo creo.
MAN.— Créalo usted.
No hace medio cuarto de hora
que al irlo á hablar me ha dejado
con la palabra en la boca.
CAT.—¡Miren qué tal! Si aquí todos
te tienen, Manongo, cócora,
porque es, hijo, mucho cuento
que haya de por medio *chôrcholas*.
Pero mira, en tu lugar,
yo les haria una tosca.
MAN.—¿Pero de qué modo?

CAT.— *Fúgite.........*
Que alze el vuelo la paloma.
¿No me has entendido?
MAN. Sí.
CAT.—No hay otra línea mas corta.
MAN.—Me peta. Muy buena idea!
CAT.—Pues, hijo, manos á la obra;
y no dés el golpe en vago,
porque si lo das te embroman.
MNN.—Entónces bueno será
que lo mas pronto me ponga
de acuerdo con ella.
CAT.— Eso es.
Andando se hacen las cosas.
MAN.—Pues voy.........
CAT.— ¡Ah! no me acordaba.
MAN.—¿Qué decia usted?
CAT.— Que importa
no dar paso todavia
hasta que yo dé la norma,
porque hay cierto inconveniente
que no puedo decirte ahora.
El plazo no será largo.
Mañana, si te acomoda.
MAN.—Muy bien.
CAT.— ¿Quedamos en eso?
MAN.— Sí.
CAT.—Pues, hijito, un buen ánimo,
y á la calle con la posta.
Si tú quieres le hablaré
esta noche á una señora,
que conozco por Malambo,
para que allí se recoja
hasta que los case á ustedes
el cura de la parroquia.
MAN.— Yo la pondré, ña Catita,
donde se conserve su honra.
CAT.—Por eso no, que en la casa
donde habita esa persona
no hay entradas ni salidas;
y ella es de edad! y virtuosa,
y muy recojida.........
MAN.— Estimo.
CAT.—La tendrás como en las monjas.
Yo no te ofrezco mi casa,
porque como una ladrona
estoy huyendo del dueño
que los arriendos me cobra.
¡Mucho trabajo es ser pobre!
Harán tres meses áhora
que no conozco un cuartillo;
y para ayuda de costas,
á un señor que me pagaba
mi cuartito de limosna,
que estaba empleado en las Cajas,
ya sabes, ahí donde cobran,
le han levantado el cuenton
de que fué de la *mazhorca*,
y sin mas me lo han dejado
al pobre papando moscas.
No sé, pues, de donde saque
para que el tal no me ponga
ante un juez. ¡Ay, qué vergüenza
fuera para mí tal cosa!
¡Yo que jamás hé tenido
en mi conducta una nota,
sufrir qué.........!
MAN. No llore usted.
CAT.—Si se me aflojan las corvas
solo al pensarlo. ¡Dios mio!
MAN.—Usted por muy poco se ahoga.
CAT.—Me pondrán en carceletas,
ó me echarán una *ronca.........*
MAN.—Calle usted.
CAT.— ¡Ay, Pancho mio,
si resucitáras ahora
y vieras á tu mujer.........!
MAN.—Ea! basta de zozobras,
que todo se compondrá.
CAT.—¡Sea como Dios disponga!
¡Así me habrá convenido!
MAN.—Vamos á esto ¿y cuánto importan
los arriendos, ña Catita?
CAT.—Nada...una cosa muy corta;
doce reales cada mes.
MAN.—Vaya....tome usted......
CAT.— ¿Qué cosa?
MAN.—Nada; tome usted.........
CAT.— No, no.
No vayas á creer ahora
que lo he dicho por *codearte.........*
MAN.—¡Cómo.........! No sea usted boba.
CAT.—Una cosa es que reciba
si me das una limosna.........
porque el pobre.........
MAN.— ¡Por supuesto!
CAT.—No ha de ser soberbio; y otra....
MAN.—Tome usted.
CAT.— Ya que te empeñas......
¡Pero qué miro! ¡media onza!
¡Mi alma, tú habias de ser!
¡Dios te lo pague! Te portas
como quien eres.
MAN. ¡Qué! ¡no.........!
CAT.—¡Pobrecita mi Ildefonsa!
¡Si es su retrato.........!
MAN.— Tratemos,
ña Catita, de otra cosa.
CAT.—Si, si, de tu Julianita.
MAN.—O de otros asuntos.
CAT.— ¡Toma!
¿Y qué tiene eso? Lo dicho:
no solo te ama, te adora.
Dios te ha de dar buena mano
para que la hagas dichosa.
Por cuanto hay en este mundo
te dejes quitar la joya:
carga con ella, y no temas

á la jente murmurona.........
cuatro dias hablarán,
despues callarán la boca.
MAN.—¿Pero qué van á decir?
CAT.—Dirán cuanto se les ponga.
Sobre todo, las mujeres
que somos muy envidiosas.
¡Tú no sabes cuanto imperio
tiene este vicio en nosotras!
Si la envidia fuera tiña
todas fuéramos tiñosas.
Sin embargo, no dés paso
hasta que yo......... alguno asoma.
¡Es ella.........! (¿Y ahora qué se hace?
Que se hablen, poco me importa;
no faltará de aquí á luego
como urdir otra tramoya.)
MAN.—¿Qué dice usted?
CAT.— Encomendándote
estoy, hijo, á Santa Mónica.

ESCENA VII.

DON MANUEL, ÑA CATITA, DOÑA JULIANITA.

JUL.—(¡Qué veo!)
MAN.— Juliana!
JUL.—(No......... Yo me retiro.)
MAN.—¿Qué es esto? Te inspiro
á tí ódio tambien?
No ha mucho que ufana
aquí me decias,
que no me verias
jamás con desden.
JUL.—(No atino.........¿qué es esto?
Aquí ña Catita?)
CAT.—Acércate, hijita,
que yo ya me voy.
¡Jesús, qué indigesto
pones el semblante!
Pasa, hija, adelante.
JUL.—Ahora...... bien estoy.
CAT.—Con que, adios, pues, hijo.
JUL.—(Temo sus intrigas.)
CAT.—¡Cuenta no le digas
que yo formé el plan!
Tu palabra exijo.
MAN.—Muy bien.
CAT— No haya riña.
¡Ningun daño, niña!
Ya solos están.

ESCENA VIII.

DON MANUEL, DOÑA JULIANA.

MAN.—Cuanto está pasando aquí
me causa el mayor asombro.
¡Qué rara transformacion!
Y esto de un momento á otro.
¡Quién lo habia de pensar!
Yo á lo ménos.
JUL.— Dí, Manongo,
¿qué hablabas con ña Catita?
¿No sabes que es un aborto
del infierno esa mujer?
MAN.—Te confieso que hace poco
opinaba como tú;
pero ahora, amiga, conozco
que ña Catita es un ángel
que Dios manda en mi socorro.
Sin ella mis desventuras
llegarian á su colmo.
JUL.—Te engañas tal vez.
MAN.— No; tengo
motivos muy poderosos
para no pensar así.
JUL.—No la conoces á fondo.........
MAN.—Pero hablemos de otro asunto
que juzgo mas perentorio.
¿Qué buscas en esta sala?
No es á mí, segun supongo.
JUL.—Salí á buscar á mi padre,
que creí hallarlo aquí solo,
para hablarle francamente
sobre nuestro matrimonio,
y rogarle que cuanto ántes
nos hiciera venturosos.
MAN.— Hubieran sido sin fruto
tus súplicas y tus lloros,
porque tu padre tambien
vé nuestro amor con encono.
JUL.—¿Qué me dices?
MAN.— No lo dudes:
tengo pruebas.
JUL.— ¿Pero cómo?
MAN.—No hace mucho que se puso
al verme entrar como un toro,
y sin dignarse escucharme
se marchó luego furioso.
JUL.—Mi madre lo ha convencido.
MAN—Así tambien lo supongo.
JUL.—Todos aquí se conjuran,
amigo, contra nosotros.
MAN.—Ménos nuestro amor, Juliana,
que sabrá vencerlo todo.
¿Quién pudo en el Universo
contrariar nunca los votos
de los que se aman de veras?
Mientras que en este propósito
ambos estemos constantes,

¿qué nos importa el enojo
de tus padres.........?
JUL.— ¡Ay, amigo!
MAN.—Basta de ayes infructuosos;
partamos pronto, Juliana,
huyamos de estos contornos,
á donde nos entreguemos
á nuestro amor sin estorbos.
JUE.—¡Eso es imposible!
MAN.— Al que ama
no le amedrentan escollos.
JUL.—¡Huir! no; nunca.
MAN.— Está corriente:
pues entónces huiré solo;
me alejaré de mi patria
adonde nunca tus ojos
me vuelvan á ver.........
JUL.— ¡Dios mio!
MAN.—Y vagando como un loco
terminaré mi existencia
en algun clima remoto,
maldiciendo tu inconstancia,
tu ingratitud y abandono.
JUL.—Calla, por Dios.
MAN.— Está bien.
Sé venturosa á tu modo.
Adios para siempre.
JUL.— Espera.
MAN.—Déjame.........
JUL.— Escucha, Manongo.
¡Pero por la Vírgen.........!
MAN.— Nada.
Hoy mismo me marcho á bordo.
Quédate tú.
JUL.— ¡Amigo mio!
MAN.—Me has hecho mal... Te perdono.
JUL.—Aguárdate......! Partiré......
Cálmate.........
MAN. -¿No me equivoco?
JUL.—No, Manongo, huiremos juntos.
Estoy ya resuelta á todo.
MAN.—¡Ah, Juliana! Idolo mio,
mi delicia, mi tesoro;
tú eres la única en el mundo
que mitiga mis enojos!
Pues bien; esta misma noche
saldrás de este purgatorio.
Si me atrevo á dar un paso,
al parecer deshonroso,
Dios sabe que es porque se ha hecho
necesario, obligatorio,
para poder efectuar
nuestro anhelado consorcio.
Ahora, permíteme, voy
hasta la calle del Pozo
á hablar á una tia mia,
donde estaras en depósito
hasta mañana ó pasado,
que ante el Todopoderoso
te de de mi adoracion
el último testimonio.
JUL.—Pero oye.........
MAN.— Nada: á las siete
que esté, amiga, todo pronto;
porque mañana quizá.........
JUL.—Parece que pasos oigo.........
Alguien viene.... Vete, vete,
que no nos encuentren solos.
MAN.—¿Con que á las siete.........?
JUL.— Bien, bien.
MAN.—No te olvides.........
JUL.— Vete, pronto.
No sea mi padre.........
MAN.— Adios.
JUL.—¡Don Alejo!

ESCENA IX.

DON MANUEL, DOÑA JULIANA Y DON ALEJO.

MAN.— (¡Qué demonio!
¡No sé cómo me contengo!)
Con que no te olvides.
JUL.— ¡Cómo!
ALE.—(¡Los dos aquí en parlamento!)
¡Hola, mi amiguita.........!
MAN.— Adios.
ALE.—Julieta.
JUL.— Adios.

ESCENA X.

DON ALEJO.

Les conozco el barlovento.
El uno está á no dudarlo,
por la otra loco perdido,
y ella que lo ha conocido
lo que intenta es enredarlo.
Por eso á mí, si la ataco,
se me frunce y reconcentra;
pero conmigo se encuentra
con la horma de su zapato.
Pues, señor, vaya de enredo:
y ya que de esto se trata,
entre él, ella, y yo y la beata,
veremos quien alza el dedo.
¡Qué importa que se me arguya
que obro como un vagamundo!
¿Y quién no revuelve el mundo
por salirse con la suya?
¿Quién es el que se descuida
en ese teje-maneje?
¿Quién no enreda? ¿Quién no teje

en la farsa de la vida?
La dama enreda al cortejo
con el halago y el lloro,
y aparentando decoro
le va quitando el pellejo.
Con ayes y con lisonjas,
que así vienen como van,
á ella la enreda el galan
como el latin á las monjas.
El cura á su feligrés
lo enreda en nombre de Dios,
y el ayudante á los dos,
y el sacristan á los tres.
El mas sério negociante
enreda con sus efectos,
y con hinchados conceptos
el letrado al litigante.
El juez enreda á los presos,
y estos tambien, á su vez,
tratan de enredar al juez
aun convictos y confesos.
El mozo enreda al anciano,
el hijo enreda á su padre,
la doncellita á su madre,
y el gobierno al ciudadano.
A su jefe el militar
lo enreda por ascender;
el artista en su taller
no piensa mas que enredar.
Los inquilinos mas lelos
enredan al propietario,
y al mas recto funcionario
lo enredan los quitapelos.
En fin, todo vicho enreda,
sea grande, sea chico,
sea pobre, sea rico;
y ande y no pare la rueda;
que es cosa ya muy sabida
que, para sacar ventajas,
nadie se duerme en las pajas
en la farsa de esta vida.

RUF.—¡Jose!

ALE.— ¡Voto vá al demonio!
Y se me estaba olvidando
que ya me estará esperando
en la Bola de Oro Antonio!
La una y media. ¡Y no es posible
que yo falte á esa visita!
Si no me vé la Miquita
se vá á poner insufrible.

RUF.—¡Muchacho!

ALE.— Un solo momento
hablaré con la mamá;
despues me largo......Aquí está.
Me adivinó el pensamiento.

ESCENA XI.

DON ALEJO, DOÑA RUFINA, ÑA CATITA.

CAT.—Nada, no lo pienses mucho.

RUF.—¡Oh! mi amigo: casualmente
le iba á mandar un recado.

ALE.—Pues aquí estoy. ¿Qué se ofrece?

RUF.—Ante todo, ¿sabe usted
si ha ido por la curia el duende?

ALE.—Creo que no: de allá vengo,
y no hay indicio el mas leve
de que vaya. Sin embargo
mi emisario no se duerme,
y de lo menor que ocurra
dará parte incontinenti.

RUF.—Muy bien. Vamos á otro asunto.
Tenemos un plan en ciernes.
¿A que no adivina usted?

ALE.—¿Yo....? Como.

CAT.— Es un cubilete.

RUF.—Una *ñagaza.*

CAT.— Una *mácula.*

ALE.—Y de *cálamo currente?*

CAT.—¡Dale!

RUF.— ¿Sabe usted cuál es?

ALE.—¿Cómo quiere usted que acierte?

RUF.—Mudarnos de aquí en el dia.

ALE.—Bueno, muy bueno. ¡Excelente!
(Me la entrega en mano propia.)

RUF.—¿Con que, á usted, qué le parece?

ALE.—¡Bravo! ¡bravísimo!

CAT.— Pues,
si es el mejor expediente.

ALE.—(No sabe el diablo por diablo
lo que por viejo.) Hace meses
que tengo idéntica idea;
porque, hablando francamente,
esta casa es muy vetusta,
muy lóbrega y muy endeble.

RUF.—Eso es lo de ménos.

ALE.— ¡Cómo!

CAT.—Cierto, está muy indecente.

ALE.—¡Ah! ¡Si viera usted la mia!
Es una taza de leche.

ESCENA XII.

DOÑA RUFINA, DON ALEJO, ÑA CATITA Y JOSÉ.

JOS.—Señora ¿llamaba usted?

RUF.—¡Qué resuello! Vaya, si eres
á propósito, de gusto
para enviarte por la muerte.
Espérate ahí. ¡Qué trabajo
es lidiar con esta jente!

ALE.—Perdida está la canalla.

RUF.—No hay freno que la sugete.
ALE.—Mis tres criados, no embargante,
son de viveza y caletre,
y si es necesario.........
RUF.— Gracias.
ALE.—Haré que aquí se presenten.
RUF.—No precisa.
ALE.— Están instruidos
en infinitos quehaceres.
RUF.—¿No serán del pais?
ALE.— ¡Oh, no!
Son del principado de Hese:
RUF.—¿De *ese?* ¡qué nombre tan raro!
ALE.—Si usted gusta llámelo *equis*.
RUF.—Mas, volviendo á nuestro plan,
¿sábe usted lo que se ofrece?
Que usted tenga la bondad
de ir en el instante á verme
unas piezas que hay vacias
por allá, por Mata-siete,
y que me mande la llave
con este mozo.
ALE.— Corriente.
RUF.—Oiga usted, nos interesa
que esto se haga lo mas breve:
á la noche duermo allá.
ALE.—¿A la noche? exactamente.
No se le dé á usted cuidado:
nada que encargarme tiene.
¡Sobre que me ha dado usted,
cabalmente, por mi fuerte!
Yo ejecuto esa maniobra
al año seis ú ocho veces;
y no vaya usted á creer
que lo hago como otras jentes,
por cerrar con el dinero
que importan los alquileres.
Nada de eso, no señor.
Es porque hallo muy alegre
esto de andar revolviendo
y desaliñando muebles,
y luego, como es prescripto
por toda regla de higiene
hacer ejercicio......
CAT.— Asi es.
ALE.—¿Quiere usted que la empapele
y la pinte?
RUF.— Nada de eso.
Pero ya el tiempo se pierde,
vaya usted.
ALE.— Voy al instante.
¿Con qué, cueste lo que cueste?
RUF.—En nada se pare usted.
El negocio es que á las siete
estemos todos allá.
CAT.—Sin que lo huela el vejete
de tu marido.
ALE.— Ya entiendo.
(¡Magnífico, sorprendente!)

RUF.—Ña Catita, dele usted
las señas, por si se pierde.
CAT.—Pues, señor.......
ALE.— ¡Vamos!
CAT.— Se agarra
derechito por el Puente:
llega usté á la *Capillita*,
y despues, como quien tuerce
á mano derecha, toma
un callejon que hay enfrente;
se pasa una tiendecita,
y luego....¿No me comprende?
ALE.—¡Oh! sí, como nó!
CAT.— En la puerta
hay papel.
ALE.—Perfectamente.
RUF.—¿Ya sabe usted?
ALE.— Como el agua.
Adios. *Allons*, mozalvete.
(Al criado.)
(¡Esta vieja es una alhaja!)
RUF.—Vé con el señor.
JOS.— Corriente.
ALE.—(¿Cómo estará la Miquita?
Si no la veo se muere.)
RUF.—¡Ah! Don Alejo, oiga usted;
si usted acaso pudiese
volver para acompañarnos.
ALE.—No hay ningun inconveniente.
CAT—Es que allá, en Copacabana,
hay distribucion los jueves,
y pudiera usted entrar.........
ALE.—Nada; lo dicho. A las siete
estoy aquí. (Veré si ántes
puedo dar por allá un *verde*.)
Con que, abur.
RUF.— No falte usted.
ALE.- ¡Cómo!
RUF.—Para que nos lleve
á su Julieta y á mí.........
ALE.—Por supuesto, de *bracete*.

ESCENA XIII.

DOÑA RUFINA Y ÑA CATITA.

CAT.—¡Qué señor tan buen cristiano,
tan político y cumplido!
RUF.—Pues es para mi marido
el hombre mas chabacano.
CAT.—¡Qué *tutuma!* ¡Es cuanto cabe!
RUF.—¡Si es bruto como una roca!
CAT.—Pues á nosotras nos toca
enseñar al que no sabe.
RUF.—Le digo á usted, ña Catita,
que no puede haberme dado
consejo mas acertado.

CAT.—Yo hago cuanto puedo, hijita,
por tu bien.
RUF.— No hay otro medio.
CAT.—Lo creo el mas racional.
RUF.—A desesperado mal,
desesperado remedio.
CAT.—Si no quiere molestarse
que no se tenga en sus trece.
RUF.—Quien por su gusto padece
váya al infierno á quejarse.
Yo no sé lo que hubiera hecho,
segun me tenia ya.
CAT.—¡Quién sabe le servirá
esta leccion de provecho!
Poco hace que igual diagnóstico
le indiqué á la de aquí junto,
y sin discrepar un punto
se le cumplió mi pronóstico.
Su marido la buscó,
mil *purisimitas* la hizo,
y todo cuanto ella quiso
otro tanto le otorgó.
RUF.—¿Y usted juzga que esta red
saldrá igual?
CAT.— El hombre pone,
y Dios, hijita, dispone.
RUF.—¿Pero qué calcula usted?
CAT.—Yo no quisiera meterme
en asuntos de casados;
me sobra con mis pecados
que hartos son para perderme.
Pero, niña, qué rabieta
le vá á dar á tu marido
cuando vea que te has ido
dejando la casa escueta!
RUF.—Crea usted que ya no miro
que llegue cuanto antes la hora;
no sea que en la demora
esté que erremos el tiro.
CAT.—Con calma todo se alcanza;
encomiéndate al Señor;
y mira, vé al Provisor
mañana sin mas tardanza,
Exponle cuanto te pasa,
que aquel varon es tan sábio
que con solo abrir el lábio
lo pondrá como una masa.
Pero, hijita, esto no exije
que me mientes.
RUF.— ¿Qué sacára?
CAT.—¡Jesús, qué aguaje me echára
el padre que me dirije
si le llevan algun cuento!
¡Y él que es tan escrupuloso!
¡Dios haga un santo a tu esposo,
y á ti te dé sufrimiento!
RUF.—Así sea, ña Catita;
sufrimiento á mí me sobra.
CAT.—Voy á encomendarle esta obra
á mi madre Santa Rita.
Casualmente estoy aquí
haciéndole su novena.
RUF.—¡Julieta! ¡Dios me haga buena!

(Llamando.)

CAT.—Y me dé su gloria á mí.
¡Ay, Dios mio, qué punzada
me ha dado aquí en la barriga!
RUF.—¿Qué tiene usted?
CAT.— La fatiga.
Ya se vé, no almorcé nada.
¡Jesús, qué retorcijones!
RUF.—Ya la comida no tarda.
(Tomemos antes que esto arda
unas cuantas precauciones.)
¡Julieta! ¿Qué estará haciendo
esta muchacha?
CAT.— ¡Ay, si estoy
muerta!
RUF.—¡Julieta!
JUL.— Allá voy.
RUF.—Mire usted, si estaba oyendo.

ESCENA XIV.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA Y DOÑA JULIANA.

JUL.—Mamita.........
RUF.— Te haces que no oyes.
Llégate.
JUL.—(¡Qué me querrá!)
RUF.—Mira, es preciso que todos
vivamos en paz y en *haz*,
y de tu padre y la mia
es esta la voluntad.
JUL.—(Bien dijo Manongo.)
RUF.— ¿No oyes?
JUL.—Estoy oyendo, mamá.
RUF.—Tú has dado en contradecir
Julieta, mi autoridad,
suponiendo, segun sé,
que te quiero violentar;
pero mucho te equivocas.
Yo no te puedo hacer mal
de ningun modo: tu dicha
es mi ambicion, es mi afan,
y sobre ella doy y cabo
dia y noche sin cesar.
CAT.—Mucho amor es el de madre ...
no hay en el mundo otro igual!
RUF.—Las mugeres no distinguen
el bien ni el mal á tu edad,
y una carita bonita
y dos ó tres gracias mas
las vuelven tan presumidas,

que hinchadas cual pavo real
se les impresiona que es
todo el mundo Popayan,
y que eso solo les basta
para su felicidad.

CAT.—Todo aquí es perecedero,
Dios es eterno no mas.

RUF.—Sin pensar que un accidente,
el mas leve, el mas casual,
puede de un momento á otro.........

CAT.—Es decir, en un *tris-trás*.

RUF.—Convertir en un *Ecce homo*
la mas perfecta deidad.

CAT.—De tierra somos, y en tierra
nos hemos de trasformar.

RUF.—Los hombres, hoy en el dia,
muy corrompidos están,
principalmente los mozos.

CAT.—No era asi en mi tiempo, ¡ah!

RUF.—Mucho mas en nuestra tierra,
que hay cierta raza infernal
de mugeres, que parece
que tuvieran piedra iman
para hacerlos á su antojo
ir de aqui para *acullá*.

CAT.—¡Pobres! ¡Dios las compadezca!
¡Quién sabe por qué lo harán!
Necésitas caret legis;
esto es, la necesidad
tiene la cara de hereje.

JUL.—(Ya conozco donde van.)

RUF.—En fin, hija, es necesario
que no insistas mas en dar
que sentir á tu familia.
Poco esfuerzo bastará
para que se desvanezca
ese amorcillo falaz
que ese muñeco retoso
te ha conseguido inspirar,
y que haria tu desgracia
por toda una eternidad.

JUL.—¡Oh! ¡Nunca, señora, nunca!
¿Olvidarlo yo? jamás.

RUF.—¿Qué es lo que dices?

CAT.— Hijita,
Dios no manda contestar
á sus padres de ese modo.
Claro su precepto está—
«si honras á tu padre y madre
largo tiempo vivirás.»

JUL.—Eso es cierto, ña Catita.
Ni Dios tampoco querrá
que un albedrio que él mismo
deja en plena libertad,
por capricho ó qué sé yo
se me pretenda forzar.

RUF.—¡Véala usted! Si yo creo
que ha comido soliman.

CAT.—¡Jesús! Mientras mas se vive
mas se aprende y se oye mas.
¡Qué mozas las de este tiempo
tan alzadas!

RUF.— Si me dá
gana de hacerla pedazos!

CAT.—Por Dios, Rufinita, haz
que se confiese esta niña.

RUF.—¡Soy la muger mas fatal!

CAT.—Es un cargo de conciencia
dejarla asi......... á su nadar.
¡Si la juventud del dia
condenada en vida está!
Y nadie tiene la culpa
sino esos libros no mas
que traen escritos en lengua,
¡qué se yo......! de por allá,
y que están todos repletos
de heregia y de maldad.
Y el gobierno que permite
que entre en Lima, asi no mas,
tanto picaro judío
sin hacerlos bautizar.
¿Qué bueno puede esperarse
de estos réprobos jamás?
Y luego los tales *gringos*
tienen un modito tal
de matar pulgas, y un porte
tan aquel y tan......pues, ya!
que á veces, hija, hasta á mí
ciertos impulsos me dan.........
¡Pero quita allá, demonio,
no me vengas á turbar!

RUF— Dice usted bien, ña Catita;
así es, se confesará.
Ya tú puedes ir haciendo
el exámen general.

CAT.—Nuestra alma es antes que todo.
Si nó le sucederá
lo que á Rosa, la sobrina
de don Cosme el capellan,
que hace un mes que se salió
con un señor oficial,
dejando hecha un mar de lágrimas
á toda su casa.

RUF.— ¡Oigá!

CAT.—Eso si, el sujeto es, hija,
muy buen mozo, muy formal.
¡Si vieras cómo la tiene!
Nada le dá que desear.
¡Qué ricos trastes le ha puesto!
¡Qué ropa! Mil gustos dá
el verlos como se quieren.
Dios los tenga siempre en paz,
que puede que con el tiempo
pasen á mas santidad.

RUF.—¡Ay, ña Catita, mis culpas
no mas me pudieron dar
este demonio por hija!

CAT.—No te aflijas. Dios querrá

que todo se arregle hoy mismo
poniendo en obra aquel plan.
Si tú gustas le hablaré
á mi padre espiritual,
y mañana tempranito
la llevaré á confesar.
Ruf.—Sí, ña Catita, mi vida,
haga usté esa caridad.
Cat.—Aunque yo no sé si tenga
el pobrecito lugar,
porque está tan recargado......
¡Si, eso es, hija, un *mare may!*
¡Ya se vé, si es tan virtuoso,
tan prudente, tan sagaz!
Si vieras tú, Julianita,
las preciosuras que van
á confesarse con él.........
Eso es, hija, de alabar
á Dios...... ¡Así como tú,
tan jovencitas y tan.........
¡Bendito sea el Señor!
¡Ay, hija, mucho malo hay
en Lima; pero tambien
hay mucho bueno y cabal!
Si nó ¡pobres de nosotros
con tanta perversidad!
Jul.—(¡Vieja maldita!)
Ruf.— Anda, indigna,
que me las has de pagar
todas juntas! Vete adentro,
y no me salgas de allá
hasta que yo te lo mande.
Yo te compondré ¡animal!
¡Vete á tu cuarto, te digo!
Jul.—(Poco falta que aguantar.)

ESCENA XV.

DOÑA RUFINA Y ÑA CATITA.

Ruf.—No le digo á usted? Si es dura
lo mismo que un pedernal.
Cat.—No, por Dios, no cries cólera
y te dé una enfermedad.
Pues la hija de ña Ritita
malparió por cosa igual.
Ruf.—¡Si no es casada!
Cat.— ¡Qué dices!
Pues, hijita, es la verdad.
Ruf.—¡Cómo!
Cat.— No te quepa duda:
Lo sé como el *be-a-ene-ban.*
Me lo ha dicho la alquilada,
y una cholita además
que le mató una gallina
y la peló en el corral.
Ruf.—¡Pobre muchacha! ¡Lo siento!
¡Su honor cómo quedará!
Cat.—¡Y por un tris clava el pico!
Por un lado el mismo mal,
y por el otro su madre
que la queria matar,
casi casi dan con ella
de Ansieta en el Pepinal.
Pero ya está mejorcita.
Se ha dicho en la vecindad
que tomó encima de arroz
chicha con *guinda* y agraz,
y que le dió un *aplopético*
que la puso al espirar.
La infeliz criaturita
yo sé bien donde fué á dar.
¡Y qué linda era la pobre!
¡Muger......!
Ruf.— ¡Qué inhumanidad!
¿La habrán botado á los Huérfanos?
Cat.—¡Yo no sé......! Oye...... Esto va
con mucha reserva..... ¡Cuenta!
porque en confianza no mas
me lo contaron á mi.
Ruf.—Y usted me juzga capaz
de venderla, ña Catita?
Cat.—Yo sé que no lo has de hablar,
por eso te lo he contado.
¡Yo, hijita, soy incapaz
de quitarle á nadie el crédito!
¡Dios no lo permita!
Ruf.— Ya!
Cat.—Ya ves, todas somos frájiles
y podemos tropezar.
Como estamos revestidas
de esta mala carne......... ¡Ay!
Ruf.—¿Qué le ha dado á usted?
Cat.— No es nada.
¡Jesús, qué debilidad!
¡Estos ayunos me matan!
Ruf.—¿Apetece usted tomar
alguna cosa?
Cat.— Un traguito
de aguardiente.
Ruf.— Bueno.
Cat.— ¡Ah!
(Erupta.)
¡Qué bien me dice mi padre!
Yo no debo de ayunar!
Ruf.—¿Pero por qué ayuna usted?
Cat.—¿Ay, hija! mientras nos dá
fuerzas el cielo es preciso
un poco de austeridad.
Ruf.—Voy á mandar que le traigan
el aguardiente.
Cat.— Y un pan.
Ruf.—¡Mercedes!
Cat.— Deja.........
Ruf.— ¡Mercedes!
Cat.—Que no lo traigan acá,

que lo pongan allá adentro.
Ruf.—¡Válgame Dios! este mal
cómo la atormenta á usted!
Cat.—No, pues, sino como está
ahora en creciente le luna......
y el tiempo que está fatal......
y como estoy retentada......

ESCENA XVI.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA Y MERCEDES.

Mer.—¿Qué manda usted?
Ruf.— Ven acá.
Mer.—¿Qué cosa?
Ruf.— Toma las llaves,
y saca al instante un pan
de la alacena, y el frasco
que con aguardiente está,
y pónlo todo ahí encima.
Escucha.
Mer.—(Qué vieja tan.........!)
Ruf.—Es necesario que sepas
que nos vamos á mudar.
Mer.—Muy bien, señora, ¿y adónde?
Ruf.—Eso despues lo sabrás.
Por ahora lo que te importa
es que trates de arreglar
lo que haya por ahí tirado;
porque todo lo demás,
lo haré yo con ña Catita.
Mer.—Corriente (¡Qué tramarán!)
Ruf.—Oye, Mercedes, cuidado
como le vas á contar
nada de lo que te he dicho
á la niña.
Mer.—Bien está.
Ruf.—¡Ah!
Mer.—(¡Esta es otra!)
Ruf.— Ni al señor;
porque si nó, lo verás.

ESCENA XVII.

DOÑA RUFINA Y ÑA CATITA.

Cat.—Me parece bien que tomes
medidas, para ocultar
á tu hija y á tu marido
que a mudarte de aquí vas;
porque si llegan á olerlo.........
Ruf.—No hay miedo, no lo sabrán.
Cat.—Una muger no se debe
dejar nunca gobernar
por su marido ó sus hijos
como una negra bozal.
Nada, tenérselas tiesas
y saberlos entablar.
Porque si vizlumbran ellos
en nosotras suavidad,
se nos suben á las barbas
y despues trabajos hay.
¡Ay, hija! mis tres difuntos
fueron como un cordovan,
y eso que del uno al diablo
no habia disparidad.
¡Pero con buena la habian!
¡Pobres! descansen en paz!
Conmigo se la llevaron
con su pimienta y su sal.
¿Por qué te parece á tí
que no me he vuelto á casar?
Por no lidiar con los hombres.
Porque, hija, ¿quién es capaz
de aguantar sus malos modos
sin mandarlos á pasear?
¡Te digo que no los viera
ni con la luz que dá el gas!
No ha sido perque me falte
quien me haga algun ademan,
ni me diga esto y el otro,
y aquello y de más allá.........
Ruf.—¿Pero quién dice tal cosa?
Cat.—Porque, aunque parezca mal
que lo diga, cierto pié
muy buen mozo, muy formal,
á donde quiera que voy
va como rabo detrás;
pero yo...... ¡Jesús me libre
de una tentacion casual!
No es tampoco porque sea
yo de los tiempos de Amat,
porque ¿creerás? no me acuerdo,
quizá tú te acordarás,
cuando *entró la patria.*
Ruf.— ¿Yó?
Muy poco.............
Cat.— ¡Miren qué tal!
Ruf.—Tengo una idea remota.
Cat.—Pues creia.........
Ruf.— Usted tendrá
á la fecha, ña Catita,
sus cincuenta á mas tirar.
Cat.—No tengo sino noventa.
Ruf.—Pues bien, entónces serán
treinta y tantos, ¿no es así?
Cat.—No es sino un siglo cabal.
Ruf.—Pero... .....
Cat.— No le importa á nadie
averiguarme la edad.
Tengo la que represento.........
la que se me antoja.........¿estás?
Ruf.—No se pique usted. Mi objeto
no ha sido agraviarla.

CAT.— ¡Ajá!
Mudemos conversacion;
no me quiero incomodar.
RUF.—(Cómo se hace la chiquita......
y ser mi abuela podrá!)
CAT.—¡Ay, Jesús, me vuelve el flato!
¡Qué maldita enfermedad!
RUF.—¡Valgame Dios!
CAT.— ¡Qué trabajo!
(¡Se habrá visto tal por cual!
¡Cincuenta años! Vieja es ella
que ya renguea al andar.)
RUF.—Ña Catita, mire usted.........
mi marido.........
CAT.— Y viene acá.
RUF.—Ya llega.........
CAT.— Disimulemos
que así conviene.

ESCENA XVIII.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA Y DON JESUS.

JES.— (¡Qué par!)
RUF.—¡Qué jesto pone!
CAT.— ¡Silencio!
JES.—(¡Hablando de mí estarán!)

(Atravesando el proscenio para su cuarto)

¡Tan buena es una como otra!
Son Pilatos y Caifás.)
RUF.—Repárelo usted, vá ardiendo.

ESCENA XIX.

DOÑA RUFINA Y ÑA CATITA.

RUF.—Se le conoce en la cara.
¡Qué tal si él adivinara
la que le estamos urdiendo!
CAT.—¿No nos saque, hija, ventaja?
Para mí no se descuida.
Tanta ida y tanta venida,
no es, por cierto, á humo de paja.
RUF.—Deseche usté ese presagio
que es de miedo.
CAT.— Ahí lo verás:
juzga mal y acertarás,
dice, hija mia, un adagio.
RUF.—Hay otro mas convincente,
y aquí viene de pedrada,
que dice, guerra avisada.........
CAT.—No obstante.
RUF.— No mata jente.

ESCENA XX.

DOÑA RUFINA, ÑA CATITA Y MERCEDES.

MER.—Ya está eso.
RUF.— Vamos adentro.
CAT.—Vamos, pues.
MER.— (¡Qué *traga-aldabas!*)
RUF.—Mientras no rompa esas trabas
no puedo estar en mi centro.
¿Qué es eso?

(A ña Catita que se agacha al suelo. como para agarrar alguna cosa, y separa dos pajitas)

MER.—(¿Qué vá á agarrar?)
RUF.—¿Algo ha perdido?
MER.— (Avestruz!)
CAT.—Nada.... que aquí hay una cruz.
No la vayan á pisar.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DOÑA JULIANA, MERCEDES.

JUL.—Mucho me dan que pensar,
Mercedes, estas medidas,
y tomarlas á escondidas
mucho mas que sospechar.
¿Mudanza tan repentina
ahora, Mercedes, á qué?
MER.—Señorita, yo no sé;
cosas de doña Rufina.
Pero, acá para *inter nos*,
¿sabe usted lo que barrunto?
que lo esencial del asunto
se dirige á ustedes dos.
Sobre todo á don Manuel;
porque, señorita, de hecho

diera ella su ojo derecho
por apartarla á usted de él.
Me voy, dice, de esta casa
sin darle á ninguno el santo:
me buscan y mientras tanto
el tiempo malo se pasa.
Y el tiempo todo lo muda,
como lo dice el refrán;
y se aferra en este plan,
porque es así......testaruda.
JUL.—¿Con que, ¿tanto te encargó
que no me dijeras nada?
MER.—Si, niña, y muy enfrascada;
mas de eso me rio yo.
Porque, á decir lo que siento,
ya me tiene hasta los ojos,
y sus *canseras* y antojos
no sufro mas un momento,
JUL.—¿Cómo? ¿Qué dices, Mercedes?
MER.—Como usted lo oye; me fuera,
aunque del hambre supiera
que iba á arañar las paredes.
JUL.—Escucha. ¿Salió mi padre?
MER.—Si, señorita, hará una hora.
JUL.—Y dí ¿sabes lo que ahora
estará haciendo mi madre?
MER—Anda en contínuo trajin
con esa endiablada vieja,
que la adula y la aconseja
por sacarle el *alpechín*.
Y no será muy ajeno
que, entre tanto, la maldita,
se meta alguna cosita,
como por descuido, al seno.
JUL.—No te puedes figurar
lo intenso de mis dolores.
MER.—¡Ay, niña! con mil amores
lo quisiera remediar.
JUL.—Mil gracias, Mercedes, vete.
MER.—¿Se queda usted sola aquí?
JUL.—Si, Mercedes.
MER.— ¿Cómo así?
JUL.—¿Habrán dado ya las siete?
MER.—Ya no pueden tardar mucho.
JUL.—Vete, pues.
MER.— No, señorita.........
JUL.—Aguardo aquí una visita.
MER. ¿Una visita? ¡Qué escucho!
Vea usted que ya no tarda
doña Rufina en salir,
y la puede á usted reñir
porque su órden no se guarda.
JUL.—Que salga, poco me importa.
Dentro de un rato quizá,
a otra, no á mí reñirá.
MER.—¡Me deja usted, niña, absorta!
JUL.—Quiero ser franca contigo.
Hoy de esta casa me salgo.
MER.—Bien hecho. Si sirvo de algo
puede usted contar conmigo.
Cosa mejor no la he visto;
porque, si una no se sale,
que se le entregue mas vale
de úna vez el alma á Cristo.
¡Pero......... calle! Aquí se cuela
ña Catita.
JUL.— Qué diablura!

ESCENA II.

DOÑA JULIANA, MERCEDES, ÑA CATITA.

CAT.—¡Ay! Qué sala tan oscura!
¿Por qué no encienden la vela?
¡Cási doy un tropezon!
MER.—(¡Qué vieja tan fastidiosa!)
CAT.—¡Habrá jente mas ociosa!
Y ya ha dado la oracion.
¡Mercedes.........! ¡Mercedes!
MER.— ¿Qué hay?
CAT.—Te llama ña Rufinita.
MER.—Ya voy. Adios, señorita.
(¡Diablo! ¡cara de *balay!)*

ESCENA III.

DOÑA JULIANA Y ÑA CATITA.

CAT.—¡Jesús! ¡Aquí no hay gobierno!
¡Qué jentes, qué jentes estas!
¡Todas las cosas mal puestas!
¡La comida por un cuerno!
Y luego por medio pan,
y un plato de arroz mal hecho,
me harán padecer de pecho
con la faena que me dan.
¡Cuán sucias, que ni aperciben
el olor de la inmundicia!
A mí me diera ictericia
de vivir como ellas viven.
¡Qué despilfarro de casa!
Y si añade usté á esto mas.........
¡Oh, Julianita! aquí estás?
JUL.—(¡Dios mio la hora se pasa!)
CAT.—¿Qué haces, niña, por aquí?
JUL.—¿Yo......? Nada......
CAT.— ¿Nada?
JUL.— (¡Ay, señor!)
CAT—Siempre estás de mal humor.
¿Por qué eres conmigo así?
Yo otra cosa no deseo
mas que tu felicidad.
JUL.—Gracias......(¡Qué fatalidad!)
CAT.—Mis afectos.........

JUL.— Ya...... Lo creo......
CAT.—Nunca para tí se entibian.
Vaya, dime tus cuidados;
los males comunicados
si no se quitan se alivian.
JUL.—Yo no sufro ningun mal.
CAT.—A mí no me digas eso.
Dale á otro perro ese hueso:
soy testigo presencial.
Y á la verdad, me dá pena
ver lo que se hace contigo.
Por eso, lo que yo digo,
tanta madre se condena.
JUL.—(¿Hasta cuando no se irá?)
CAT.—¡Tanta opresion quién la aguanta!
No digo tú, ni una santa.
JUL.—(¡Que suerte la mia!)
CAT.— ¡Guá!
¿Qué ese cuerpo no tiene alma?
Ya se vé, como ella es vieja
nadie le canta á la oreja.
¡Lo dicho!
JUL.—(¡Jesús, qué calma!)
CAT.—Pues yo no uso de aspavientos;
la verdad, no soy de cobre,
y no me falta aunque pobre,
quien beba por mi los vientos.
JUL.—(¡Qué impertinencia, Dios mio!)
CAT.—Y si yo no recelara
que me saliese á la cara.........
Por eso se clava el tio.
(Veamos qué desembucha.)
¿No digo bien, Julianita?
JUL.—Asi será, ña Catita.
CAT.—(Parece que no me escucha.)
Oye, tú no me hagas caso
cuando hablo mis candideces,
porque lo hago muchas veces
solo por salir del paso.
Y mucho mas en presencia
de tu madre ¿qué he de hacer?
me empezaria á moler
de otro modo la paciencia.
¿No oyes, mi vida, lo que hablo?
¡Qué buen gusto habias tenido!
El jóven es.........
JUL— (¡Siento ruido!)
CAT.—Tan lindo como un retablo.
JUL.—(¡Y no hay medio que se mueva!)
CAT.—Hace poco quise hablarlo,
pero estaba de amarrarlo....
yo creo que hay luna nueva.
En fin...... me voy, Julianita,
no te quiero molestar.
JUL.—(Ya te podias marchar
de una vez, vieja maldita.)
CAT.—Mira, pon á San Antonio
metido en una botija,
para que así no te aflija
demorando el matrimonio.
¡Ah! Si acaso te se ofrece
alguna cosa.
JUL.— (¡Qué aprieto!)
CAT.—Lo mismo digo al sujeto.
JUL.—Bien... (Ya está aquí me parece.)
CAT.—Hablando del rey de Roma...

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA, ÑA CATITA, DON MANUEL.

MAN.—Juliana.........
JUL.— Manongo.........
MAN.— Vamos.
CAT.—¿Como es eso?
MAN.— ¿Qué aguardamos?
CAT.—Pero oye.........
MAN.— ¡No estoy de broma!
CAT.—¡Cáspita! ¡Qué botafuego!
¿Qué siempre has de estar de riña?
Mira que te espones, niña.........
tu mamita saldrá luego.
MAN.—Vamos, pues, ¿qué nos detiene?
¿Vacilas?
CAT.— (¡Qué basilisco!)
¡Por mi padre San Francisco,
miren ustedes que viene!
No te he dicho que mañana.
MAN.—¡Mañana......¡ No puede ser.
CAT.—Vé que te vas á perder.
Reflexiona.........
MAN.— Anda, Juliana.
Mira que ya está en la puerta
aguardándote mi tia.
JUL.—Aguarda.........
MAN.— ¡Por vida mia!
JUL.—Tengo un miedo que estoy muerta.
MAN.—No temas nada...... ven, ven....
JUL.—¡No sé qué recelo tengo!
CAT.—(A ver si los entretengo.)
Si, Julianita, haces bien.

ESCENA V.

DON MANUEL, DOÑA JULIANITA, ÑA CATITA Y MERCEDES.

MER.—Por la vírgen, señorita!
Aquí viene la señora.
CAT.—(Alzemos la voz.)
MER.— ¿Ya es hora?
CAT.—Vaya, adentro, Julianita!
JUL.—Por Dios, calle usted la boca.

Mer.—Carguemos con ella.

(Agarra á ña Catita por los brazos y la tira.)

Cat.— ¿Qué haces?
(Se resiste.)
Man.—Bien dicho.........
Cat.— Hagamos las paces......
Mer.—Ande usted.........
(Tirándola.)

Cat.— Te has vuelto loca?
Rufinita.........! Ru.........
Mer.— ¡Chiton!
(Tapándole la boca.)

Cat.—¿Dónde me llevan ustedes?
Mer.—Al infierno.
Man.— Anda, Mercedes.
Cat.—Tengan de mí compasion.
Ruf.—¡Julieta!
Man.— ¿Lo oyes?
Jul.— ¡Mi madre!
Vamos.
Man.— Tápate.
Jul.— Manongo,
mi honra en tu mano la pongo!

ESCENA VI.

DON MANUEL, DOÑA JULIANA, MERCEDES, ÑA CATITA, DON JESUS.

Jes.—¡Eh......! ¿Dónde bueno?
Jul.— ¡Mi padre!
Cat.—(¡Ay qué tentacion!)
Jes.— ¿Qué es esto?
¿Qué significa este escándalo?
Man.—Señor.........
Jes.—¿Dónde iban ustedes?
Jul.—Yo...... señor.........
Jes.— ¡Voto á los diablos!
¡Qué atrevimiento!
Man.—Señor.........
Jes.—¿Y usted qué hace aquí?
Cat.— Rezando.
Jes.—¿Dónde está tu madre?
Jul.— Adentro.
Jes.—¡Qué tal!
Cat.—(De esta no escapamos.)
Jes.—¡Doña Rufina...... ¡Señora!
¡Rufina!
Cat.—(Dios mio, sácanos
con bien.)
Jes.—Rufina......! ¡Demonio!

ESCENA VI.

DON JESUS, DOÑA JULIANA, ÑA CATITA, DON MANUEL, MERCEDES Y DOÑA RUFINA.

Ruf.—¿A qué son esos gritazos?
¿Qué hay ahora......? ¡Pero qué veo!
¡Indigna! ¿Dónde hay un palo?
Man.—¡Señora!
Ruf.— ¿Qué haces aquí?
Jes.—(Lo que yo debo es plantarlos
de patitas en la calle.)
Ruf.—¿Por qué no contestas, diablo?
¿Qué haces aquí?
Jul.— Nada.
Ruf.— ¿Cómo?
¿Y ese bribon?
Jes.— Buen cuidado
tiene usted de su hija.
Ruf.— Mira.
¿No te dije, no hace un rato,
que para nada salieras,
sinvergüenza, de tu cuarto?
Jes.—Mejor le estaria á usted
no moverse de su lado;
así no hubiera, hace poco,
impedido yo su rapto.
Ruf.—Como...? Quién...? Este canalla?
¿Y usted qué hacia?
Cat.— Rezando.
Jes.—O ayudándolos.
Ruf.— Lo dije.......
Era de cajon, de claustro.
¡Si no podia por ménos!
¡Solo un simple, un mentecato!
En fin, ¿qué mas quiere usted?
¿Qué mas quiere usted? Le han dado
en la yema del deseo.
Jes.—Dejémosnos de sarcasmos.
Ruf.—Usted solo es el que tiene
La culpa de estos escándalos.
Usted que le ha dado alas
para que vuele á este pájaro,
usted que no tiene meollo,
ni vergüenza.
Jes.— ¡Vamos, vamos!
Cierre usté el pico, señora.
Ruf.—Usted, si señor.
Jes.— ¡Canario!
Calle usted la boca digo,
no se me atufen los cascos,
y arreé á palos aquí
con cuantos tenga á mi lado.
Mer.— (¡Caramba!)
Jes.— Nadie me chiste,
ó como lo digo lo hago.
Cat.— (¡Padre mio San José!,
protector de los casados!)
Jes.—Yo sé lo que he hecho, señora,

y lo que haré ¡voto á tantos!
La paciencia tambien tiene
su término, al fin y al cabo.
Oiga usted, caballerito;
usted es un hombre ingrato
que corresponde á mi afecto
como un vil, como un malvado,
y que no es merecedor
de mi amistad por lo tanto.
No cuente usted, pues, con ella
ni para bueno ni malo.
Y usted...

RUF.— A las Recojidas
hoy mismo á pelar *zapallo.*

JES.—Y á usted le privo desde ahora...

(Salen tres mozos con muebles.)

¡Eh....¿dónde van esos trastos?

ESCENA VIII.

DON JESÚS, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA, ÑA CATITA, DON MANUEL, MERCEDES Y CRIADOS.

CRI.—Anda, hombre.

(A otro criado que va por delante y se detiene.)

JES.— Pararse ahí.

RUF.—Sigan ustedes.

JES.— ¡Zamarros!
¡Alto he dicho!

CRI.— Deja, pues.

JES.—Señora, con dos mil santos!
¿Se ha metido en esta casa
alguna legion de diablos?
¿Qué es esto? responda usted.

RUF.— ¿Qué ha de ser? que me he cansado
de sufrir majaderías
y que de usted me separo.
Así cada uno podrá
hacer de su capa un sayo.

JES.—¡Dios eterno!

RUF.— Aguante usted.

JES.—¡Me dan unas ganas....

MER.— (¡Malo!)

JES.—¡Ah, mujeres! La mejor
es el mismo pié del diablo.

RUF.—¡Y ustedes son unos ángeles!

MER.—(Sí, con espuelas y cachos!)

JES.—Vamos, ¿qué aguardan ustedes?
¡Fuera de aquí!

RUF.— Carguen...

JES.— ¡Largo!
Mandarse mudar, tunantes,
ó los boto á garrotazos.

ESCENA IX.

DON JESÚS, DOÑA RUFINA, DON MANUEL, DOÑA JULIANA, ÑA CATITA Y MERCEDES.

JES.—¡Qué barullo!

RUF.— ¡Picaron!

JES.—¡Qué dirán en todo el barrio!

RUF.—Usted me estropea así
porque me vé sin amparo;
como no tengo un pariente
que le pare á usted los machos,
hace usted cera y pabilo
de mí...

JES.—Eso es!

RUF.— *¡Cuartudazo!*

CAT.—(Hagámosnos invisibles,
porque esto huele á quemado.)

RUF.—Ya lo vé usted, ña Catita...

CAT.—Yo, hija......

RUF.— Ya ve usté el trato
que me dá.

CAT.— Yo no me meto
en asuntos de casados.

RUF.—En mala hora me casé
con semejante *abocastro.*
¡Dios sabe lo que me pesa!

JES.—Y á mí tambien.

CAT.— ¡Malo, malo!

RUF.—Y mire usted...

CAT.— Yo qué sé...!

RUF.—Muy bien me lo aconsejaron.

CAT.—(Voy á traer mi pañuelo
para largarme á mi cuarto.)

ESCENA X.

DICHOS MENOS ÑA CATITA.

RUF.—¡Tan bruto!

JES.— Y usted tan sábia.

JUL.—Pero, mamita...

RUF.— No en vano
no lo puedo á usted ver.

JES.— Bueno.

MAN.—(Qué ganas de agriar los ánimos)

RUF.—Me tiene usted hasta los *topes.*
Lo odio á usted mas que á los diablos.

MAN.—Señora, por Dios...

RUF.— ¡Muñeco!
Le ha de costar á usted caro.

JES.—Ya lo verémos.

ESCENA XI.

DOÑ JESÚS, DOÑA RUFINA, DON MANUEL, DOÑA JULIANA, MERCEDES Y DON ALEJO.

ALE.— Señores...
RUF.—A buen tiempo, don Alejo.
Venga usted.
ALE.— ¿De qué se trata?
JUL.—(Es verdad, llega á buen tiompo)
ALE.—¿Se necesita mi voto
sobre algun vestido nuevo?
No, pues ese que usted lleva
le viene pintado al cuerpo.
Solo que el color es bajo,
y el monillo un poco estrecho.
¿Y sabe usté en qué consiste?
RUF.—Escúcheme usted...
JES.— (¡Muñeco!)
ALE.—En que lo han cortado al hilo
en vez de cortarlo al sesgo.
RUF.—Pero oiga usted...
MER.— (¡Palangana!)
ALE.—Si ese traje lo hubiera hecho
una modista francesa,
nadie le pondria un pero.
Desengáñese usté... en Lima
no harán nunca nada bueno.
Por eso es que á mí, madama,
me visten solo extrangeros.
Hubí me hace las levitas...
RUF.—Pero oiga usted, don Alejo...
ALE.—Los chalecos *Monsieur Prugue*...
JES.—Escuche usted, caballero...
ALE.—Las botas el *Aléman*;
las camisas...
JES.— Vamos á esto.
Aquí no se trata ahora
de camisas ni chalecos,
se trata...
ALE.— Sobre el peinado?
RUF.—Pero, señor, si no es eso.
ALE.—Eh, bien! pues el de Julieta
está tocante en estremo.
Si no fuera porque tiene...
¡ah! consiste en el cabello.
JES.—Déjese usted de retratos
y atiéndame, caballero.
ALE.—¿Retratos? ¡Oh! aquí no faltan
fisonomistas muy diestros....
Y para mí los fotógrafos
son el *non plus* del ingenio.
Usted no sabrá, sin duda,
no lo sabrá, por supuesto,
el arreglo, el mecanismo
de este prodigioso invento.
Pues escuche usted, se toma...
JES.—¡Don Títere, ó don Muñeco!
Digo á usted que no se trata
de retratos ni embelecos,
sino de que usted es un pillo,
un bribon, un embustero,
que ha logrado alucinar
con mil mentiras y enredos
a esta mujer ignorante.
RUF.—No me insulte usted.
JES.— ¡Silencio!
RUF.—¡Cuidado!
JES.— Silencio, digo!
Y perturbado el sosiego
de mi casa...
ALE.— ¡Don Jesús!
JES.—Mas no será por mas tiempo.
Vaya! tome usté el portante,
y lárguese luego luego.
RUF.—No se irá.
JES.— ¿No?
RUF.— No, señor.
JES.—Fuera! antes que...
RUF.— Lo veremos.
JES.—Y usted cállese, señora,
no me violente.
RUF.— No quiero.
JES.—Aun soy marido de usted
y usaré de mis derechos.
RUF.—¿Y qué hará usted?
JES.— Basta, basta!
Váyase usted, caballero.
ALE.—Sin duda usted se chancea.
JES.—No señor; hablo muy sério.
ALE.—Entonces me insulta usted
como á un záfio, como á un negro.
JES.—Como usted guste.
ALE.— ¡Cuidado!
Porque, amigo, yo por menos
le planto cuatro estocadas
al de bigote mas crespo.
JES.—Pues bien...
MAN.— Señor don Jesús...
JES.—Yo no tengo á nadie miedo
ALE.—¡Eh, bien! Entonces, las armas...
la hora... el puñal, el veneno,
el florete, la pistola,
todo es para mí lo mesmo.
Pero le prevengo á usted
que, en esta última, poseo
una destreza admirable.
Capaz soy de darle á un pelo
á cien varas de distancia,
y partirlo medio á medio:
ni *Moran* tira conmigo,
y eso que ha sido mi maestro.
Con que, vamos.
RUF.— ¡Por la Vírgen!
Cálmese usted, don Alejo.
ALE.—No tengo nada, madama...
¡Oh! no, nada... Estoy sereno.
Un par de pinchazos basta...

despues... nos abrazaremos...
el honor...
JES.— Escuche usted:
si no calla y se vá luego,
lo agarro á usted del fundillo
y lo estrello contra el techo.
ALE —¡A ver!
JES.— ¡Aguárdese usted!
MAN.—Señor, deje usted...
JES.— ¡Cangrejo!
MAN.—Y usted vayase...

ESCENA XII.

DON ALEJO, DON JESÚS, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA, DON MANUEL, MERCEDES, CRIADO.

CRI.— Señor,
afuera hay un caballero
que hablar con usted desea.
JES.—Dile que estoy ocupado.
CRI.—Pero, señor, me ha encargado
que diga á usted que lo vea
ahora mismo, que precisa.
MER.—(A buena hora.)
JES.— Que entre.
CRI.— Bien.

ESCENA XIII.

DON JESÚS, DON ALEJO, DON MANUEL, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA, MERCEDES.

MER.—(Estoy con un comejen...!)
ALE.—(¿Quién será con tanta prisa?)
JES.—(¡Voto al diablo!)
JUL.— (¿Quién será?)
JES.—(¿Qué querrán ahora conmigo?)

ESCENA XIV.

DON JESÚS, DON ALEJO, DON MANUEL, DOÑA RUFINA, DONA JULIANA, DON JUAN, MERCEDES.

JUAN.—Señor don Jesús...
JES.— ¡Oh, amigo!
¿Tanto bueno por acá?
¿Cuando ha sido la llegada?
JUAN.—En este mismo momento.
ALE.—(¿No es este don Juan Sarmiento?)
JUL.—Y he querido antes de nada
entregar á usted esta carta,
que, al pasar por Ayacucho,
me la encargó, pero mucho,
nuestro amigo don Luis Marta.
JES.—¡Don Luis! Traiga usted.
RUF.— (¿Qué harán?)
JES.—¡Qué veo! Gracias á Dios.
ALE.—¿Qué tratarán ahí los dos?
RUF.—No sé.
JES.— Pase usted, don Juan.
JUAN.—Mis señoras...
RUF. Y JUL. Caballero.
JES.—(Al fin y al cabo, don Luis
se acordó que era mortal.)
JUAN.—Señores... ¡Oh, qué feliz
casualidad...! ¡Don Alejo!
Mi amigo...
ALE.—(Qué irá á decir?)
JUAN.—Me ha ahorrado usted el trabajo
de buscarlo. Tengo aquí
una carta de su esposa...
TODOS.—¡De su esposa!
JUAN.— Que con mil
encargos me la entregó,
cuando del Cuzco salí.
Sabe usted que se ha casado
la Petuca con don Gil?
RUF.—¡Cómo! ¿El señor no es soltero?
JUAN.—No, señora.
ALE.— *(C'est fini!)*
JES.—Pues no podia usted traernos
una nueva mas feliz.
RUF.—¿Es posible, don Alejo?
Habrá usted sido tan ruin
para tratar de engañarnos...?
ALE.—¿Y usted lo cree...?Fué un desliz
ese que tuve en el Cuzco...
una contraccion... en fin,
un trato ilícito, un...
JUAN.—¡Don Alejo!
ALE.— Sí, un ardid...
RUF.—Pero el señor...
ALE.— Cubiletes...
¿Qué hombre en la edad juvenil
se vé libre?
JUAN.— ¡Don Alejo!...
MER.—(Bribonazo!)
JUAN.— ¿Cómo así?
¿Puede usted en mi presencia
con tal descaro mentir?
JES.—¿Y por qué nó? El señor
es de conciencia matriz.
JUAN.—¿Don Jesús, pero qué ocurre?
JES.—¡No es cosa! ¿qué ha de ocurrir?
Nada! sino que el señor
tenia ya dado el sì
para contraer nuevas nupcias,
y la presunta del quid
es nada menos que mi hija,
que es esa que vé usted allí,
y mi mujer la madrina.

JUAN.—¿Qué dice usted?
JES.— Pero el fin
era muy santo, don Juan,
muy piadoso...
JUAN.— ¡Eso es muy vil!
JES.—¡Disparate! ¿quién dijo eso?
RUF.—(¡Qué mujer tan infeliz!)
JES.—Quien frecuenta sacramentos
se vá al cielo sin sentir.
¡Cómo está en gracia de Dios!
RUF.—(¡Tan sonsa que lo creí!)
JES.—Ya usted ve: ¡no tiene una alma
mas cándida un serafin!
ALE.—¡Basta de pullas!
JUAN.— (¡Canalla!)
JES.—¡Y basta de hablarme á mí!
Si no sale usted al punto
le hago ñiscas un cuadril.
ALE.—Espero que usté en el campo
se sepa tambien batir...
no digo mas: hasta luego.
JES.—Vamos, larguese de aquí.
ALE.—Madamas...
JES.— ¡Largo!
JUAN.— (¡Tunante!)
ALE.—Nos veremos *vis á vis*.

ESCENA XV.

DON JESÚS, DON MANUEL, DON JUAN, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA Y MERCEDES.

JUAN.—Tanta maldad no creyera
si yo no lo hubiera visto.
JES.—Mucho peor, amigo, fuera
si con tiempo no ando listo.
JUAN.—Ese hombre es un calavera.
JES.—No tiene él la culpa, nó,
sino esta imbécil mujer
que lo atrajo y lo aduló,
porque creyó que iba a ser...
qué sé yó lo que creyó!...
y una vieja endemoniada,
que, con capa de virtud,
nos ha hecho aquí una ensalada
de la casa y la salud.
MER.—(Se le acabó la mamada.)
JES—De esas, don Juan, que hay en Lima,
no á cientos, sino á millares,
que finjiendo honra y estima
se tragarán los pilares
de la casa de mas cima;
y que, haciendo una oracion
ó rezando una novena,
le quitan sin son ni ton
á la familia mas buena
el reposo y la opinion.
Hirientes como un venablo,
que haciendo el mal van y vienen;
y para abreviar lo que hablo,
de estas, mi amigo, que tienen
los siete pelos del diablo.
RUF.—(¡Ella no más me ha perdido.
No sé cómo la creí!)
JES.—¡Infortunado el marido
á quien pasa lo que á mí!
RUF.—No sé qué me ha sucedido.

ESCENA XVI.

DON JESUS, DON JUAN, DON MANUEL, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA, MERCEDES Y ÑA CATITA.

CAT.—Pues.........! Ya perdí el Jubileo,
por estarme aquí metida.
JES.—Ahí la tiene usted, don Juan.
Esa es la santita, la hidra.
CAT.—Adios, pues, hija... Ya es tarde...
Hasta mañana.
JUL.— ¡Maldita!
JES.—Escuche usted, mi señora......
CAT.—¡Mi señora! ¡Habrá manía!
¿Del Cármen, ó del Rosario?
JES.—Cuidado como en su vida
vuelve usted, ni por candela,
por aquestas cercanías;
pues si por su mala estrella
así no lo verifica
se espone usté á que le mande
dar una buena paliza!
¡Vaya usté á enredar al diablo!
CAT.—Usted será el enredista.
JES.—¡Salga usted de aquí!
CAT.— *¡Guá! ¡guá!*
¡Habráse visto estantigua!
¡Esto es lo que me faltaba!
JES.—¡Silencio! ¡Ande usted de prisa!
CAT.—¡Váyase el muy indecente
á donde no cause grima!
¿Yo para qué necesito
ni de usted ni su familia?
¡Judío! ¡Descomulgado!
JUAN.—Váyase usted, mi querida.
CAT.—¿Y á usted quien le ha dado vela
en este entierro......? ¡Cochinas!
Por eso está Lima así.........
¡Ya se vé, Dios la castiga!
¡Por cuenta de ellas no mas
derrepente hay una ruina,
ó con mas violencia que ántes
vuelve la fiebre amarilla!
¡Escandalosas......!
JUAN.— Señora,
basta de majaderias.
CAT.—¡Quite que me dá calor!
JUAN.—No se esponga usted.

Mer.— (¡Qué lisa!)
Cat.—Mejores habian de ser,
no tan sucias, tan mezquinas.
Jes.—¡Vamos.........!
Cat.— ¡Vaya usté á la porra!
¡Espantajo! ¡Sin camisa!
¡Muñecon! ¡Matusalen!

ESCENA XVII.

DON JESÚS, DON JUAN, DON MANUEL, DOÑA RUFINA, DOÑA JULIANA Y MERCEDES.

Juan.—¡Qué muger! ¡Si es una arpía!
Jes.—Cuánto fuera mi rubor
si otro que usted, buen amigo,
presenciara mi dolor.
Juan.—No haya etiquetas conmigo.
Man.—Permítame usted, señor....
Jes.—¡A un lado! Señora mia,
tome usted esa libranza
que don Luis Marta me envia;
cóbrese usted lo que alcanza,
y largo de aquí en el dia.
Si usted pretende vivir
por su cuenta, yo tambien.
Ruf.—(¡Dios mio! qué he de decir!)
Juan.—Reflexiónelo usted bien,
no tenga mas que sentir.
Jes.—Mucho he sufrido, don Juan;
pero desde hoy ¡voto á aquel!
he de adoptar otro plan.
Si un hombre se hace de miel.........
ya usted conoce el refran.
Juan.—Como el dolor es creciente
y la herida no está sana,
que usted padezca es corriente;
mas diga usted, ¿qué se gana
con no mostrarse prudente?
Jes.—Que haya prudencia y reposo
en un marido es muy santo,
y además muy provechoso;
pero tampoco no tanto,
que todo estremo es vicioso.
Juan.—Es probable que jamás
vuelva por aquí ese vándalo
á molestarlo á usted mas;
así es peor cualquier escándalo,
é inoficioso además.
Jul.—Padre mio.........
Jes.— Que se aleje,
puesto que asi lo desea.
Que se vaya, que me deje,
que no hay miedo que la vea
por mas que despues se queje.
Juan.—Nada, mi amigo, á otra cosa;
todo eso es inútil ya.........
mire usté á su pobre esposa
cuán acongojada está.
Ruf.—¡Virgen de Chinquiquirá,
á esta infeliz compadece!
Juan.—Don Jesús, yo me intereso.
Si algo mi amistad merece
no pensemos mas en eso.
Jes.—(Como soy que me enternece.)
Ruf.—(¡Ay Señor! ¿A dónde iré
que no ande de arriba abajo?)
Juan.—Mi amigo, ¿en qué piensa usté?
No hay atajo sin trabajo.
Jes.—Es cierto, don Juan, lo sé.
Juan.—Vaya: lléguese, señora:

(A doña Rufina que llora.

restablézcase la paz.
¿A qué esos llantos ahora?
Ruf.—Si no lloro soy capaz
de reventar.
Jes.— En buena hora
llegó usted, don Juan, aquí
á desbaratar patrañas.
Jul.—Mamita, yo sola fuí.........
Ruf.—¡Ay, hija de mis entrañas!

(Abrazánbola.)

¿Qué hubiera sido de tí?
Juan.—Se acabó.... Todo es concluido.
Acercarse.........
Man.—¡Señor....!
Jul.— ¡Padre!
Jes.—Bien: todo lo echo al olvido.
Den un abrazo á su madre.

(A don Manuel y Juliana que abrazan á doña Rufina.)

Y tú abraza á tu marido.

(A doña Rufina, con los brazos abiertos, despues de que ella abraza á sus hijos.)

La mayor satisfaccion
es esta, amada Rufina,
pues nace del corazon:
toda otra cosa es pamplina,
un absurdo, una ilusion.
Desconfia, en adelante,
del que ostenta beatitud,
y de todo hombre pedante,
que nunca fué la virtud
ficciosa ni petulante.
Ruf.—Siempre sumisa á tu lado
haré que todos me vean.
Juan.—No hablar mas de lo pasado.
Mer.—(Dios quiera que estas no sean
promesas de enamorado.)

EL RESIGNADO.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

REPRESENTADA EN MAYO DE 1855 EN EL TEATRO DE VARIEDADES.

PERSONAJES.

Don Atanasio.	*Hombre 1.º*
Adrian.	*Hombre 2.º*
José.	*Hombre 3.º*
Doña Juanita.	*Hombre 4.º*
Rosa.	*Criado.*
Uu teniente de policia.	*Pueblo, soldados y gendarmes.*

LA ESCENA ES EN LIMA.—LA ACCION DURA VEINTICUATRO HORAS.—SALA BAJA, REGULARMENTE AMUEBLADA Y CON VENTANA Á LA CALLE.—TRES PUERTAS, UNA POR LA QUE SE ENTRA DE AFUERA, OTRA QUE CONDUCE Á LAS VIVIENDAS INTERIORES, Y OTRA AL LADO DE ESTA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ROSA.

(Sacudiendo y arreglando los muebles.)

¡Qué casa, Señor, qué casa!
Que venga el diablo y la entienda!
Tan embrollada merienda
ni en Guinea creo que pasa.
¡Qué! Ni hay cabezas ni piés,
ni quien á esto ponga un dique.........
Ño Castilla y ño Echenique
nos mandan á San Andrés.

El padre es echeniquista
de los de marca mayor;
la hija se muere de amor
por un jóven castillista.
¡Vea usted qué tales tres!
¡Y don Adrian......! ¡Esa es grilla!
Ño Echenique y ño Castilla
nos mandan á San Andrés.

Yo no he visto igual barullo
en el tiempo que aquí estoy.
Derrepente ¡por quien soy!
tomo el trote y me escabullo.
Y *mas-que nunca* despues
se vayan todos á pique,
y Castilla y Echenique
nos manden á San Andrés.

El uno se desgañita
gruñendo y argumentando:
la otra jimiendo y llorando,
se frunce y se despepita;

Él tiene esplin como inglés;
á ella le dá pesadilla.........
ño Echenique y ño Castilla
nos mandan á San Andrés.

La niña se funda á veces,
y hace muy bien en quejarse....
¡Por Dios, que es triste quedarse
sin nóvio por candideces!
Porque al fin del entremes
este vá á ser el despique.
Ño Castilla y ño Echenique
nos mandan á San Andrés.

¡Caramba y qué *remoquetes!*
¡Y qué *taca* y qué *barraca!*
Pues es buena la matraca
de los dimes y diretes!
Ya uno rábia y dá traspiés;
ya otro regaña, otro chilla......
Ño Echenique y ño Castilla
nos mandan á San Andrés.

Ño Echenique por aquí:
ño Castilla por allá:
que si el uno manda así:
que si el otro mandó asá......
Y luego, por si es ó no es,
todo es un pique y repique.
Ño Castilla y ño Echenique
nos mandan á San Andres.

¡Por vida, que está mi tierra
para mandarse mudar!
Ya no se puede aguantar
tanta historia y tanta guerra.
Y si dura mas de un mes
laq u e por ahora nos pilla,
ño Echenique y ño Castilla
nos mandan á San Andrés.

Ya aquí no se vive á gusto;
ni se come, ni se duerme;
á pique que una se enferme,
ó cuando ménos de un susto
le dé alguna pataleta.........

ATA.—Es inútil todo halago.
(Adentro)

ADR.—¡Pero, hombre!

ATA.— Yo sé lo que hago.

ROS.—Ya empieza la cantaleta.

ESCENA II.

DON ATANASIO, DON ADRIAN Y ROSA.

ATA.—En vano con tanto afan
procura usted persuadirme,
cada dia estoy mas firme
en mi opinion, don Adrian.
Y si taparme la boca
juzga usted con sus responsos,
vaya y predique á los sonsos,
que por acá se equivoca.
Claro, mi amigo.

ADR.— ¡Despacio!
Oiga usted.........

ATA.— Quiere decir......

ADR.—Voy á esplicar mi sentir
tal cual es, don Atanasio.

ATA.—¿Pero usted qué es lo que quiere?
¿Que yo mi causa abandone,
y que grite, y que pregone.........?

ADR.—Dice mal quien tal infiere.
¿Sabe usted lo que quisiera?
Que, en asunto tan formal,
mas juicioso y racional
de lo que es el vulgo fuera.
Que de un modo mas profundo,
con calma y con tolerancia,
pensará uste en la inconstancia
de las cosas de este mundo.
Yo no quiero que usted sea
revolucionario, no;
ni Dios permita que yo
abrigue nunca esa idea.
Puede usted, si así le place,
ser lacayo de Echenique;
mas no insulte ni se pique
porque otro lo mismo no hace.
Quien no sabe tolerar
las opiniones ajenas;
quien de su patria las penas
no procura remediar;
quien quiere para su hermano
lo que para él no deseára,
no tiene sangre en la cara,
y ni es hombre, ni es cristiano.

ATA.—¡Señor don Adrian!

ADR.— ¡Paciencia!
En nuestra actual situacion,
mas debe obrar la razon
que la propia conveniencia.
Todo el Peru levantado
desde Tumbes á Zepita:
¡abajo el gobierno, grita,
abajo el consolidado!
Y el pueblo sostiene el reto
transformándose en milicia,
con justicia, ó sin justicia,
que yo en esto no me meto.
Librada, pues, la cuestion
al éxito de un combate,
allá en el campo se trate
de sangre y de destruccion;
mas nosotros, mientras tanto,

tengamos paz en la casa,
sin que en ella demos basa
ni á la anarquia ni al llanto.
Y esto mismo que á usted digo,
creyéndolo echeniquista,
se lo diré á un castillista
si entra en plática conmigo.

Ata.—Entiendo, señor pariente,
el camino que usted toma,
y supongo que no es broma.

Adr.—No, señor, es evidente.

Ata—Pues entónces, don Adrian,
entienda usted á su turno
que jentes de otro coturno
á mi casa no entraran.

Adr. – ¡Caprichos!

Ata.— ¿Qué hemos de hacer?

Adr.—¡Y terquedad!

Ata— ¿Y torpeza?
¿No es esto? y mala cabeza?

Adr—Quién sabe! bien puede ser.

Ros.—(No tengo mayor consuelo
sino que ha de salir *cola.)*

Adr—Pero, señor.........

Ata.— ¡Dale bola!

Ros.—(Si no se le toca un pelo.)

Ata.—Mire usted, tengo dos hijos
combatiendo contra el Rey
que pisotea la ley
y nos trae en revoltijos:
allí están, en Miraflores,
resueltos á sucumbir
primero que consentir
que nos gobiernen traidores.
Esta es mi opinion tambien,
y yo no mudo opiniones
como quien muda calzones.........
eso hacen otros muy bien.

Adr.—¡Qué génio!

Ata.— Ni mi fortuna
la entregaré á revoltosos,
sin garantia ninguna.
Cuando me hayan enterrado
entónces...... ¿quién es?

ESCENA III.

DICHOS Y DON JOSE.

Jos.— Yo soy.

Adr.—(¡Voto al diablo! á qué mala hora.)

Jos.—Señores.........

Adr.— (¡Qué tentacion!)

Jos.—Estoy á la órden de ustedes.

Ata.—¿Y á quién debo la honra yo
de esta visita? Oye tú,
¿qué haces ahí?

Ros.— Ya me voy.

ESCENA IV.

DON ATANASIO, DON ADRIAN Y DON JOSÉ.

Ata.—Con qué, diga usted, ¿qué cosa?
¿Se ofrece algo?

Jos.— Sí, señor.
Usted me dispensará
si molesto su atencion,
tratándole de un asunto
en que así usted, como yo,
estamos interesados;
si no he podido hasta hoy
ocuparme.........

Ata.— Puede usted
volverse por donde entró,
y en esto me hará un servicio;
porque, á la verdad, no estoy
para escuchar necedades
en la presente ocasion.

Adr.—¡Don Atanasio.........!

Ata.— Lo he dicho,
y no me retracto, no.
La puerta es esa.........

Adr.— ¿Qué es esto?

Ata.—Está franca, y ¡vive Dios!
que si no sale al momento,
me veré en la precision
de valerme de otros medios
ménos agradables.

Adr.— ¡Oh!
Ya esas son majaderias.........

Ata.—¿Y las del señor qué son?

Jos.—Señor mio, ese desaire
es insultante, es atroz;
y máxime cuando hiere
en lo mas vivo mi honor.
Sin embargo me es preciso
tolerarlo, en atencion
á las canas que usted peina;
y además, porque es autor
de los dias de Juanita,
á cuya lícita union
aspiro, y sobre lo cual
he querido tratar hoy:
pero como usté............

Ata.— Eso mismo
me pone en la obligacion
de echar á usted de mi casa
como á infame seductor.
Y puesto que ahora se ofrece,
de un modo claro y veloz
le diré cuatro palabras
sobre el negocio en cuestion.
Sepa usted, pues, que primero
deja de alumbrar el sol,
que yo consienta que usted
sea mi yerno, eso no.
Y no han de valer padrinos,

ni me ha de ablandar sermon,
porque en mi casa, mi amigo,
nadie manda sino yo.
ADR.—Si algo de eso habla conmigo,
don Atanasio, mi voz
no la ahogan indirectas
que deshonrosas no son.
Por tanto, repito á usted,
con franqueza y sin temor,
que el encono de partido
que abriga en su corazon
le hace posponer la dicha
do su familia y su honor,
á miserables venganzas
y á rencillas de monton.
Si usted juzga que Echenique
es un grande hombre, al señor
le parece lo contrario.
¿Y por esto ¡voto á bríos!
se han de embutir á lanzasos
uno al otro su opinion,
y ha de durar hasta el juicio
su ódio mútuo y su rencor?
(¡Qué idea podrá formarse
del Perú, válgame Dios,
si casi todos sus hijos
se parecen á estos dos!)
ATA.—Yo abogo por el gobierno;
el señor por un traidor;
yo por el jefe legítimo
que se ha dado la Nacion;
el señor por un rebelde,
por un caudillo feroz,
que ha destrozado la Carta
cuya obediencia juró.
Por un.........
JOS.— Jefe esclarecido,
que nunca ha sido ladron,
ni déspota, ni cobarde,
ni inmoral, ni seductor.
Por un jefe á quien los pueblos
tributan admiracion,
proclamándolo intachable,
su padre y libertador.
Por un.........
ADR.— Señores ¿qué es esto?
Parece qus ustedes dos
han perdido la chaveta.
ATA.—Salga usted de aquí, ¡bribon!
Salga de aquí.........
ADR.— Don José.
Ceda usté, amigo; es mejor
que evitemos el escándalo.
JOS.—Señor don Adrian, me voy
porque no se diga.........
ADR.— Sí.........
sea prudente, por Dios.
JOS.—Don Adrian, de estos agravios
yo no soy merecedor:
mientras me dure la vida
no podré olvidarlos, no.
Y puede ser.........
ATA.— Que ahora mismo
lo haga marchar a un ponton,
si aviso á la policía.
JOS.—No seré el primero yo
que, en este tiempo, entre esbirros
se le lleva á una prision,
por causa de delatores,
y de espías....
ADR.— Basta.
JOS.— Adios.
Juro al cielo que he de darle,
muy en breve, una leccion
del modo como se venga
el hombre que tiene honor.

ESCENA V.

DON ATANASIO Y DON ADRIAN.

ATA.—¡Insolente! ya verás
dentro de poco quien soy.
ADR.—¡Don Atanasio!
ATA.— ¡Canallas!
impávidos, sin pudor!
No tienen ellos la culpa.

ESCENA VI.

DON ADRIAN.

¡Jesus! qué revolucion!
Todos se han vuelto aquí locos
segun se odian y se matan;
á la razon no la acatan
ni la escuchan sino pocos.
Y el que no abrace un partido,
en esta lucha sangrienta,
tambien puede hacer la cuenta
de que es un hombre perdido.
¿Y habrá paz, pregunto yo?
¿Y habrá union y dicha así?
El cielo quiera que si;
mas mucho temo que no.

Nunca, jamas los errores
podrán enmendarse aquí.
Hay furor, hay frenesí
por aumentar los rencores.
Del vencido así la suerte
misera, horrible será;
para él mas medio no habrá
que el ostracismo ó la muerte.

¿Y habrá paz, pregunto yo?
¿Y habrá union y dicha así?
El cielo quiera que sí,
mas mucho temo que no.

¡Qué exaltacion, Dios eterno!
¡Qué encarnizada pelea!
¡De nuestros pleitos la tea
la sopla todo el infierno!
Entre moros y cristianos
habría mas tolerancia.
¡Qué valor, y qué constancia
para matarse entre hermanos!
¿Y habrá paz, pregunto yo?
¿Y habrá union y dicha así?
El cielo quiera que sí,
mas mucho temo que no.

¡Qué obsecacion, qué egoismo
el de todos los partidos!
¿Y hombres de cinco sentidos
llaman á esto patriotismo?
Si señor, y al moderado,
y al que ama el comun reposo,
lo apellidan revoltoso,
pansista ó consolidado.
¿Y habra paz, pregunto yo?
¿Y habrá union y dicha así?
El cielo quiera que sí,
mas mucho temo que no.

Yo, por mi parte, mi amigo
en cada peruano veo,
un hermano a quien deseo
paz y ventura conmigo.
¡Ojalá que la discordia
de nuestra patria cesara,
y que triunfante se alzara
la enseña de la concordia!
¡Ojalá que como yo
pensáran todos aquí!
La paz floreciera así;
pero de otro modo no.
Juanita viene....callemos.
¡Pobre muchacha!

ESCENA VII.

DON ADRIAN Y JUANITA.

JUA.— ¿Aquí estaba
usted, tio?
ADR.— Sí, hija mia.
JUA.—¿Solo?
ADR.— Si.
JUA.— ¿Y en esta sala
no estuvo mi padre ahora?
ADR.—Estuvo, mas no hace nada
que se marchó para adentro.
JUA.—No estrañe usted que le haga,
tio mio, esta pregunta,
que no nace de una vana
curiosidad: oiga usted
y sabrá cual es la causa.
No hace un momento que he visto
atravesar por la cuadra
á mi padre, y me pareco,
si mis ojos no me engañan,
que ha tenido algun disgusto.
Iba accionando con rabia,
y hablando co no entredientes
contra alguno que lo daña.
Y como Rosa me ha dicho
que aquí don José se hallaba
con ustedes....
ADR.— Es muy cierto.
JUA.—Pero bien ¿qué es lo que pasa?
¿lo sabe usted?
ADR.— Si, Juanita.
JUA.—Hable usted ¿qué hay?
ADR.— Humoradas,
pesadeces de tu padre
que van pasando de raya:
y mas ahora que, en politica,
quiere darnos quince y falta,
como si arreglar el mundo
fuera posible á trompadas.
Esta jente de partido
parece que hiciera gala
de faltar á los respetos
que en la sociedad se guardan,
ó en términos mas espresos,
de tener poca crianza.
Hablábamos yo y tu padre,
hace poco, en esta sala
sobre un negocio que juzgo
para él de grave importancia,
cuando vino don José:
á las primeras palabras
que este pronunció, fué Troya:
tu padre encendido en rabia
no le dejó proseguir
la relacion empezada;
lo trató de seductor,
de faccioso, de canalla,
y concluyó despidiéndolo
para siempre de su casa.
Yo me puse de por medio
para impedir que pasara
la desazon adelante,
y logré con mis instancias
que saliese don José;
aunque en justa represalia
tambien le dijo á tu padre
cuatro frescas en sus barbas.
Esto es lo que ha sucedido.

Jua.—¡Ay, tio, qué desgraciada
me ha hecho el cielo!
Adr.— Yo no sé
que es lo que tu padre saca,
granjeandose enemistades
con sus gritos y amenazas.
¿No fuera mucho mejor
que ese influjo que decanta
lo empleara en pró del que siente
del gobierno las venganzas,
para que iguales oficios
se hicieran con él mañana?
Siga muy enhorabuena
en su opinion, buena ó mala;
pero pórtese como hombre
que estima su honra y su fama.
¡Pero, qué diablos, si todos
tienen aqui mal de rabia,
y destrozarse unos á otros
es la cosa que mas ansian!
Jua.—¡Qué situacion es la mia,
tan luctuosa y tan amarga!
Adr.—No sea yo mal pronóstico;
pero al fin tanta arrogancia
ha de venir á parar,
hija mia, en lo que paran
siempre esta clase de pleitos:
en desengaños y en lágrimas.
Jua.—Bastantes, tio, he vertido;
muchas mis ojos derraman:
harto sufro, harto padezco
al contemplar mis desgracias.
¡Mejor no hubiera nacido!
¡Y qué he hecho yo, Virgen santa,
para que asi me castigues!
¡Yo á nadie he ofendido en nada,
á ninguno....y sinembargo....
con qué injusticia me tratan!
Adr.—No desesperes, Juanita,
ten un poco de mas calma.
Jua.—¡Fatal estrella la mia!
¡Infeliz!....¡Nadie me ampara....!
Sola, sin madre ¡Dios mio!
Ya el sufrimiento me falta.
Adr.—¡Vaya, vaya! ¿Y por qué lloras?
¿Acaso no hay esperanza
ya para ti? ¡disparate!
Todo en este mundo cambia,
todo se acaba, Juanita:
nada es duradero, nada;
y lo que hoy está en las nubes
se viene al suelo mañana.
No pasarán muchos dias
sin que finalice el drama,
que se está representando
entre Surquillo y la Palma,
y entonces sea quien fuere
el que gane la batalla,
el caracter de tu padre
cederá á las circunstancias.
Tu mientras tanto, Juanita,
mántente buena y honrada,
y vive en la inteligencia
que nadie hará tu desgracia,
mientras exista tu tio
en este valle de lágrimas.
Conque así, no hay que afiijirse.
Paciencia, Juanita.
Jua.— Gracias,
gracias, tio; solo usted
me dá consuelo y me ensancha.
Solo usted, Dios se lo pague.
Adr.—Cállate, Juanita, calla....
dejate de eso....
Jua.— ¡Dios mio!
Tú que penetras en mi alma,
tú sabes cuanto agradezco
tanto amor, fineza tanta!
Adr.—Y yo tambien, hija mia,
que, desde tu tierna infancia,
conozco tu bella índole,
tan apacible, tan mansa....
Vamos, ánimo, Juanita.
Dentro de pocas semanas
tendrá efecto la eleccion
que has hecho, y juzgo acertada.
Jua.—No ignora usted, tio mio,
que ella mereció la gracia
de mi padre, hasta hace poco
que tuvo á bien contrariarla
con el pretesto ostensible
de escaseces de la casa:
mas la causa verdadera
de esta súbita mudanza
no es otra, sino que cree
que en pró don José trabaja
de la causa de Castilla,
y como él es entusiasta
partidario de Echenique,
á cuyo gobierno llama
lejitimo y fraternal,
en nada, tio, repara
cuando se intenta ofender
al que es de opinion contraria.
Adr.—Asi es, desgraciadamente
para él y para su patria.
Jua.—Si don José ha visitado
con frecuencia nuestra casa;
si ha hecho nacer en mi pecho
la inclinacion que á él me arrastra;
mi padre, solo mi padre
es de esto, tio, la causa,
porque siempre lo ha tratado
con distincion y confianza.
Fuera de que él tiene prendas
dignas de ser apreciadas;
se ha criado con mis hermanos,
han estudiado en una aula;

y, por último, mi madre
de pariente lo trataba.
¿No es cierto, tio?
ADR.— Sí, hijita.
Mucho lo quiso mi hermana,
y yo lo estimo tambien;
aunque ahora ha dado en la gracia
de exaltarse....
JUA.— Si mi padre....
ADR.—Tu padre....Mas calla, calla....
siento pasos....allí viene.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON ATANASIO.

ATA.—¡Qué ociosidad!
JUA.— (¡Dios nos valga!)
ATA.—Siempre, niña, necesitas
que yo solo advierta todo.
Está que parece un lodo
ese cuarto donde habitas.
Haz que lo limpie la criada,
que es otra floja estupenda;
y, oye, tambien mi vivienda
que me la pongan aseada.
¡Qué lindo par se han juntado,
la criada y la señora....!
Pues, señor, es muy buena hora....
(¡Bribon! no le dé cuidado....
Me tiene dando y cabando....
Ya lo verá si soy tonto)
Voy á salir....vuelvo pronto.
¡Ah! se me estaba olvidando.
Escuche usted, señorita:
si viene aquí don José,
mando que le diga usté
que su presencia me irrita;
y que si otra vez lo encuentro
en mi casa ¡voto á aquel!
escucha bien, ni tú ni él
me salen vivos de adentro.
ADR.—(¡Qué temerario!)

ESCENA IX.

JUANITA Y DON ADRIAN.

JUA.— ¡Ay señor!
¡Qué infortunada es mi suerte!
La muerte, solo la muerte,
pondrá fin á mi dolor!
ADR.—Volvemos á los ahogos.
JUA.—¡Qué falta me hace mi madre!
ADR.—Son del corazon de un padre
esos leves desahogos.
El bien sabe que no puede
ejecutar lo que ha dicho;
pero le vá de capricho
aparentar que no cede.
Frunce el ceño, y muy formal
te intima la órden, Juanita;
pero su pecho se ajita
temiendo el hacerte mal.
Deja que pase el calor
que á su alma sofoca y fija,
y entonces verás que á su hija
le vuelve todo su amor.
Sin embargo, si no espero
que te haga á tí ningun daño,
no seria nada estraño
que á don José....
JUA.— Tio....pero....
ADR.—Si....me parece preciso
prevenirle que se oculte.
Quien sabe lo que resulte.
JUA.—¿Y quien le dará el aviso....?
Espere usted....Rosa....Rosa....
Yo tengo en ella confianza.
Rosa....Rosa....¡Qué tardanza!

ESCENA X.

DICHOS Y ROSA.

ROS. ¿Qué hay, señorita? que cosa?
JUA.—Mira, amiga, vé volando....
Busca á don José en la fonda....
en su casa....que se esconda....
dile que lo andan buscando....
dile que....
ROS.—¿Si? bien está.
JUA.—Corriendo....! sin dilacion!
ROS.—Voy á traer mi pañuelon.
ADR.—Muchacha, ven para acá.
Juanita, mejor pensado
voy á hacerte una advertencia:
no me parece prudencia
que haga Rosa ese mandado.
Quizá tu padre la vea,
y la interrogue....y la siga....
y ella de miedo le diga....
JUA.—¡Imposible! No la crea
usted, tio....es muy segura,
muy astuta....
ADR.— No, Juanita:
este encargo necesita
mucho sijilo y cordura.
Nunca puede una mujer
acertar en estos casos:
no sabremos si habrá pasos
difíciles de vencer.

Jua.—Pero, por la Virgen, tio!
¿Cómo dejarlo así espuesto?
¿Habrá conciencia para esto?
¿Qué hacer entonces? ¡Dios mio!
Adr.—Cálmate....Yo mismo iré:
creo forzoso el hacerlo....
sinó seria perderlo....
Jua.—Si, tio, si, vaya usté,
no se demore....
Adr.— Ya voy.
Ros.—(¡Válgame Dios! qué trabajo!)
Adr.—(¡Pero quien diablos lo trajo!)
Jan.—¡Qué desazonada estoy!
¿No lo tomarán?
Adr.— Tal vez;
mas te aseguro que no,
si logro encontrarlo yo.
Jua.—Vaya usté, pues...de una vez...
sálvelo usted....se lo ruego....
hágolo usted por los dos....
Adr.—(¡Qué se haga el gusto de Dios!)
Alza Juanita.... Hasta luego,
Jua.—¡Virgen de la Soledad!
sé su apoyo y protectora,
y vuelve á mi alma, señora,
la paz y tranquilidad!
(Queda pensativa.)

ESCENA XI.

JUANITA Y ROSA.

Ros.—Suspiros, llantos y quejas,
son los sonidos armónicos
que llegan á mis orejas,
que ya necesitan tónicos
para que escuchen unánimes,
porque se hallan casi exánimes.

¡Y con qué nuevo adefecio
ha salido este maniático!
¡Jesus! que viejo tan necio!
No en valde me es antipático,
y me dá reuma y paralisis
cuando hago de él el análisis.

Allí lo estaba escuchando
á ese can, á ese energúmeno,
que se me está figurando
de que es hasta catecúmeno,
y nigromántico y pésimo,
de los de aquellos del décimo.
Jua.—Ven, Rosa
Ros.— Voy para allá.

ESCENA XII.

ROSA.

No le han de valer sus cábulas
porque ella se casará,
apesar de cuantos rábulas,
sus compinches en política
hagan de su amor la crítica.

Y en lejítimo consorcio,
no como padres gerónimos,
si no se opone un divorcio,
vivirán los dos sinónimos,
aunque al vejete ridículo
se le atragante el ventrtculo,
y se ponga como un alamo
sin menearse de su tálamo.

¡Ojalá le diera un cólico
que no alcanzará ni el viatico,
ó quedára melancólico
tronchado como un perlático;
ó que se volviera ético
tomando tártaro emético,
ó apretándole el esófago
lo echaran en un sarcófago!
y en seguida un necrolójico
en tono lánguido y tétrico,
todo su árbol jenealójico
en un articulo métrico,
le soplara en un periódico,
de aquellos de precio módico,
para que así ¡voto al chápiro!
quedará por mas gaznápiro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JUANITA.

¡Qué inquietud, qué malestar
atormenta el pecho mio!
Y mi tio, mi buen tio
acrecienta mi pesar.
¿Por qué no me ha hecho avisar
cual ha sido el resultado
de su oficioso cuidado....?
¿Por qué no habrá parecido...?
¡Ay, señor! no habrá podido
salvar á ese desdichado.
Pero, ¡Dios mio! mi padre
que ha sido un hombre de juicio,
¿entregará al sacrificio
a un pariente de mi madre?
No creo; tal vez le cuadre,
para algun plan ulterior,
fingirse que es inferior
ä sus buenos sentimientos,
y hacer esos aspavientos
para engañarnos mejor.
Mas no hay cosa que convenza
cuando ciegan las pasiones;
entonces se hacen acciones
que despues causan vergüenza.
Como predomine y venza
la opinion que guia al hombre,
no hay reparo que le asombre;
pues, si fuese necesario,
del modo mas voluntario
espondrá su fama y nombre.
Pero á las pobres mujeres
que para odiar no nacimos,
que el mal de todos sentimos
sin distinguir pareceres:
nosotras, débiles seres,
sin ambicion ni esperanzas,
que entre ilusiones y chanzas
nuestra vida há de pasar,
¿por qué nos quieren mezclar
los hombres en sus venganzas?
La incertidumbre me tiene
en una cruel agonía....
y ya se ha pasado el dia....
¡Parece que alguno viene...!
Pero es Rosa......

ESCENA II.

JUANITA Y ROSA.

(Con una carta)

Ros.— Señorita,
esta carta......
Jua.— ¿Para mí?
Ros.—Para usted.
Jua.— ¿Quien te la ha dado?
Ros.—Una mujer.
Jua.— ¡Infeliz!
Quizá quiera una limosna.
Ros.—Yo no sé; mas está allí
aguardando la respuesta.
Jua.—Ahora han dado en este ardid
para exitar la piedad.
Ros.—Puede que no sea así.
Jua.—Toma...dile que perdone.
Ros.—Pero, señorita...En fin......
leala usted; ¿qué se pierde?
Jua.—No estoy, Rosa, para oir
lamentaciones; me basta
con mis pesares á mí.
Ros.—Pues si usted me dè permiso
la voy, señorita, á abrir,
que soy mujer y curiosa......
¡Santo cielo! qué leí!
Jua.—¿Qué dice?
Ros.— Niña Juanita,
por San Francisco de Asis,
tome usted...lea.
Jua.—¿Qué cosa?
Ros.—Lea ¡usted...qué retintin!
No es por cierto un pordiosero
el que sabe asi escribir.
Jua.—¿Pero quién es?
Ros.— Don José.
Jua.—¡Qué dices...!Trae, trae aqui.
Dame esa carta....veamos......!
¿Qué dirá?
Ros.— Mi serafin,
mi bien, mi hechizo, mi encanto,
y otras cositas asi......
Jua.—Parece que el corazon
se me quisiera salir.
Ros.—Que nos repiten los hombres
hasta que una afloja el si;
pero despues....Sin embargo,
es preciso convenir
que con todas sus marañas,
y todo su perejil,
no pueden ellas sin ellos

un solo instante vivir,
ni ellos sin ellas tampoco,
por mas que San Agustin
y otros padres nos prediquen
que esto se llama desliz......,
y pecado..., y... qué se yó...!
cosas de padres, en fin.

JUA.—¡Gracias á Dios! Rosa, corre:
contesta, dile que sí.

ROS.—¡Pero......!

JUA.—¿A qué aguardas...? volando.

ROS.—¿Y a quien le voy á decir......?
¿Y qué cosa...? ¿Yo soy bruja......?
¿Tengo acaso la nariz
de sabueso......?

JUA.— Dices bien;
¡Me encuentro fuera de mí...!
Si estoy loca....! Rosa, amiga,
vé lo que escribe.

ROS.— Ahora sí.

"Mi adorada Juanita:—Me interesa muchísimo el hablar contigo esta noche, aunque sea un momento. Supongo que tu padre habrá salido como acostumbra, y que no habrá obstáculo que se oponga á mis deseos: si hubiese alguno será la mayor desgracia que pudiera sobrevenirnos, porque en tal caso no podré comunicarte el proyecto que tengo formado, y en el cual tal vez peligrará mi existencia. Para que no se demore la contestacion, ahórrate el trabajo de darla por escrito, y mándame decir *sí* ó *nó* nada mas. Tuyo hasta la muerte."

ROS.—¡Perfectamente! ya entiendo.

JUA.—¡Pero! Rosa...!

ROS.— ¡La de á mil
nos sacamos...! Bueno, bueno,
¿Quiere usted qué diga sì...?
¿No es esto?

JUA.—Si, amiga mia.

ROS.—Pues voy á hacerlo en un tris.

JUA.—Oye, Rosa.

ROS.— Señorita.

JUA.—Aguárdate un rato ahí
hasta que venga.

ROS.— Ya estoy.
(Pues es bueno este trajin)

ESCENA III.

JUANITA.

¿Cual será el proyecto
que tiene formado?
¿Querrá ir emigrado
de aquí para allá?
Pero, en mi concepto,
mejor estuviera
que permaneciera
así como está.

De cualquiera modo
pronto esto revienta,
porque es muy violenta
nuestra situacion;
y en vista de todo
lo que hay de por medio,
triunfa, no hay remedio,
la revolucion.

Si gana el gobierno,
quizá arrepentido
con el perseguido
será liberal:
que de lauro eterno
así se corona
quien vence y perdona
al que es su rival.

Que nadie padezca
por yerros pasados,
y que recordados
no sean jamás.
¡Dios se compadezca
de esta pobre tierra!
que acabe la guerra,
que no sufra mas!

Que vuelva á mi casa
la calma perdida,
que en ella la vida
no sienta amargor;
que lo que ahora pasa
mi padre maldiga,
y alegre bendiga
por fin nuestro amor.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA Y ROSA.

ROS.—¡Ay Jesús! niña Juanita,
¡Qué figura tan estraña!

JUA.—¿No viene?

ROS.— Si, señorita,
con una barba tamaña,
que parece *gastador*.

JUA.—¿Pero donde está?

ROS.— *¡Catay!*
¡Ay, qué cara de señor!

ESCENA V.

DICHOS, DON JOSÉ.

Jos.—Juanita......,
Ros.— ¡Ja, ja, ja, ja,!
Jos.—¿Como te vá?
Jua.— Bien, ¿ y usted?
Jos. – Lo puedes ver, perseguido;
temiendo caer en la red
que el gobierno me ha tendido.
Dicen que me han acusado
de que soy conspirador;
no desconozco al cuitado
á quien debo este favor.
Me hace un agravio gratuito;
se venga de un modo infame;
ha cometido un delito
que no sé como lo llame.
Sé muy bien por qué motivo
así centra mí se estrecha......
mas no hay cuidado, estoy vivo
y mi intencion la tengo hecha.
Jua.—Pero con seguridad
ha podido usted informarse?
Jos.—Me han hablado la verdad,
no pueden equivocarse.
Por conductos diferentes
he tenido la noticia;
las señas son evidentes;
no hay engaño ni malicia.
A mas, ha estado á buscarme
en casa la policía,
y si he logrado escaparme
no estoy libre todavía;
y gracias que don Adrian
luego el aviso me dió;
si nó consiguen su plan.
Y dí, ¿tú padre salió?
Jua.—Hace poco.
Jos. — ¿Y no vendrá?
Jua.—Su costumbre es á las diez;
no obstante bueno será
que observes, por si tal vez......
Ros.—Comprendo......
Jua.— No vayas lejos;
allí no mas, en la puerta.
Ros.—(Buena hora para consejos.)

ESCENA VI.

DON JOSÉ Y JUANITA.

Jos.—Nunca es malo estar alerta;
sin embargo, me alegrára
que ahora tu padre viniese,
para, que aquí, cara á cara,
cuatro verdades me oyese.
¿Sabes que es su proceder
inícuo para conmigo?
Jua.—¡Don José!
Jos.— No hay que temer:
tu padre no es mi enemigo.
Jua.—¡Ay, don José! nadie siente
tanto como yo estas cosas.
Jos.—Me ha ofendido justamente
con palabras injuriosas.
Jua.—Algo me ha dicho mi tio
de esa fatal entrevista;
pero yo no desconfío
que de su enojo desista.
Usted la causa no ignora
del mal humor que mantiene:
don José, si se acalora
alguna disculpa tiene.
No todos son moderados,
ni usan de buenas razones,
cuando se ven contrariados
en sus hechos y opiniones.
Dispénsélo usted......
Jos.— Juanita,
cuanto tú quieras haré:
olvidaré nuestra cuita,
aun perdon le pediré.
Me ha arrojado de esta sala
como á un perro no hace rato;
ha hecho hincapié, ha hecho gala
de su injusticia y maltrato.
Mas nada de esto te asuste...
Es tu padre, lo respeto:
dueño es de hacer lo que guste,
callaré, te lo prometo.
Jua.—Yo no he temido jamas
de usted por este el desden.
Jos.—Se acabó: no hablemos mas
sobre este asunto, mi bien.
Pasemos á lo que importa;
dame, Juanita, un abrazo......
mi visita será corta......
despues tal vez un balazo...
Jua.—¡Qué dice usted!
Jos.— Sí, Juanita;
es mi suerte tan aciaga,
que puede que esta visita
sea la última que te haga.
Jua.—¡Pero como!
Jos.— De aquí á un rato
me voy para Miraflores,
que allí reunirme trato
con nuestros libertadores.
Y con ellos, al mezclarme,
llevo, Juanita, la idea
de ayudarlos al desarme,
de esta perversa ralea
de inmorales oligarcas,
que, con oro del Estado,

han rellenado sus arcas,
y tan frescos se han quedado;
de esta turba de mandones,
hijos del dolo y el crímen,
que con sangre y proscripciones
á sus hermanos deprimen;
de esos que á la patria mia
escarnecen y destrozan,
y en su doliente agonía
como caribes se gozan;
de esos, en fin, que en el mundo
han presentado al peruano
cubierto de lodo inmundo
y postrado ante un tirano.

Jua. - ¡Qué escucho! ¡Válgame Dios!
¿Usted ha perdido el juicio?
¿Quién lo violenta á ir en pos
de tamaño sacrificio?
Si fuera usted militar,
eso ya claro se vé;
pero quien lo ha de apoyar
de otro modo, don José?
No lo habia á usted creido
partidario tan ardiente:
yo siempre lo he conocido
dócil, humano... prudente.

Jos.—Pero, dime ¿á quién no exalta
la injusticia y la crueldad?
Ya la paciencia me falta
para ver tanta maldad......

Jua.—Calme usted ese furor
que á su perdicion lo lleva;
se lo pido por mi amor:
no, don José, no se mueva,
no se vaya usted de Lima:
deseche usted, no dé anza
á ese rencor que lo anima,
y que á mí no mas alcanza:
á mí sola que reclamo
su apoyo y su proteccion;
á mí, don José, que lo amo
con todo mi corazon.
Si usted se vá y me abandona
en mis conflictos actuales,
¿donde hallaré una persona
que se duela de mis males?
¿Tendrá usted valor bastante
para abandonarme así?
¿Y se llama usted mi amante?
¿Y es usted quien piensa en mí?
Pero ¡ay! don José, mi queja,
ya lo conozco, es inútil.
Se marcha usted y me deja
cuando me puede ser útil.
¿Pobre de mí! no, jamás.
nunca me ha querido usted...
yo merezco mucho mas...
hace usted bien, Don José.

Jos.—Juanita, mi bien, no llores;
mira que tu tierno llanto
aumenta mis sinsabores.
Bien lo sabe el cielo santo,
Juanita, mis juramentos
están perennes aquí:
tuyos son mis pensamientos,
y á nadie amo sino á tí.
El recuerdo solamente
de que vivo en tu memoria
es mi placer mas ferviente,
es mi consuelo, mi gloria.
¿Y qué será cuando, en lazos
que la religion permita,
pueda estrecharte en mis brazos
como á mi esposa, Juanita?
¿Dices que no te amo? ¡ah!
¡Que injusticia! ¡Qué delirio!
¿Tú sabes cuanto martirio
ese recelo me dá?
¡Que no te amo! si un instante
te falta, amiga, mi amor,
que me escupan al semblante
como á un hombre sin honor.

Jua.—¿Pero se va usted?

Jos.— Lo exije
mi personal interés.
Dejarte sola me aflije;
pero, mi amiga, lo ves.
¿De qué te puedo servir
cuando me han puesto incapaz
de verte, y aun de salir
mostrando mi propia faz?
Por esto me he disfrazado
con esta barba postiza
para hablarte, aunque de prisa
como ya te lo he anunciado.

Jua.—Pero, don José, como esto
no ha de durar......

ESCENA VII.

DICHOS Y ROSA.

Ros.— ¡Qué diablura!
Ahí viene.

Jua.— ¿Quién, Rosa?

Ros.— Presto......
qne es el señor.

Jua.— ¡Esto apura!
¿y qué haremos?

Ros.— Yo no sé.

Jua.—¡Ah...! ya estoy... en este cuarto.

Ros.—Vamos, pronto, don José,

Jua.—Entre usted, por Dios.

Jos.— Yo parto.

Jua.—No, no, entre usted.

Ros.— Prontito.

JUA.—¡Por la Virgen!
JOS.— Te doy gusto.

ESCENA. VIII.

JUANA Y ROSA.

ROS.—Hemos caido en el garlito
¿Qué habrá sucedido, Rosa?
Yo, niña, no lo adivino.
JUA.—Volver tan pronto...
ROS.— Esta es cosa,
señorita, del Destino.

ESCENA IX.

DICHOS Y DON ATANASIO.

ATA.—¡Esto es una Babilonia!
¡Un laberinto infernal!
¡Está Lima de correr,
y no volver á ella mas!
¡Cuánta mentira circula!
¡Qué noticiones se dan!
¡Cuánto chisme, cuánto enredo,
inventa aquí cada cual,
por poner en ejercicio
unos su lengua mordaz,
y otros por mover las masas
para matar y robar!
Ya entran dos mil montoneros
reunidos en Chancay,
de Pativilca y Barranca,
y de Supe y de Sayan.
Ya Castilla con sus tropas
acampa en el Naranjal,
y cuando salga la luna
atacará la ciudad.
Ya las fuerzas de Bermudez
se han situado aquí no mas.
y están tomando resuello
para seguir para acá.
Ya bája por Pachacámac
la division de Beltran,
trayendo mil prisioneros
hechos en Lunahuaná.
Ya se pronuncian las tropas
que vinieron de Huaraz,
y Echenique entre dos fuegos
no tiene mas que espichar.
Ya Guarda está derrotado;
ya Pezet no come pan;
ya á Flores lo tiene oculto
en su celda el Padre Gual;
y ya, en fin, todo el ejército
se lo llevó Barrabás,
sin que haya quedado un hombre
que nos lo venga á contar.
¡Qué barullo, Santo Dios!
No lo formarán igual
ni todos los diablos juntos
con su horrendo guirigay.
Sin embargo, sus autores
con su fin no se saldrán;
porque ya está prevenida
con tiempo la autoridad,
y ya recorren patrullas
por toda la capital,
y serenos, y gendarmes,
y piquetes, y demás
que, activos y vijilantes,
cuidan el órden legal.
Los bribones....
JUA.— (¡Oh, Dios mio!)
ATA.— Algo sacan, es verdad,
porque nos dan unos sustos....
Cuando mas media hora hará
que estando, allá en mi tertulia,
con toda tranquilidad,
se levantó por la calle
de repente bulla tal
de tiros y...que sé yo!
que al instante, de un tris-trás,
no quedó una puerta abierta
en toda la vecindad.
La tertulia, por supuesto,
se dispersó aquí y allá,
y cada hijo de su padre,
por fuerza ó por voluntad,
tuvo que tomar la ruta
que le convenia mas.
Yo me he venido á mi casa,
y creo que no será
desacertado, Juanita,
cerrar la puerta.
JUA.— Bien...¿cuál?
ATA.— La de calle.
JUA.— Está muy bien.
(¡Qué martirio!)
ATA.— Anda tú allá,
y trae la llave.
ROS.— Corriente.
(Esto lo veo muy mal.)

ESCENA X.

DON ATANACIO Y JUANITA.

ATA.—Nunca es malo precaverse
de cualquier casualidad.
¿Qué tienes?
JUA.—¿Yo? nada...nada.

Ata.—Te siento así...
Jua.— Es natural...
el recelo...la zozobra...
Ata.—Tienes razon: pero ya
no durará mucho tiempo
esta vida antisocial.
Quizá el dia de mañana,
ó pasado, á mas tardar,
el ejército faccioso
hecho polvo quedará,
y entonces sin embarazos
recobrarémos la paz,
y el brillo de nuestras leyes
opacado tiempo há.

ESCENA XI.

DICHOS Y ROSA.

Ros.—Aquí está la llave.
Ata.— Bueno.
Anda...cierra....

ESCENA XII.

DON ATANASIO Y JUANITA.

Ata.— ¿Y don Adrian
¿no ha venido?
Jua.— No, señor.
Ata.—¡Qué don Adrian!
Jua.— (Me parece
que voy el alma á exhalar.)
Ata.—Es mi cuñado, á su modo,
un pansista si los hay.
Eso sí, muy honradote,
y consecuente, y leal.
Mucho lo estimo, aunque á veces
me hace saltar y brincar
predicándome sermones,
cuya exelente moral
sería muy provechosa,
allá en los tiempos de Amat.
Jua.—(¡Qué ansiedad!)
Ata.— No tengais miedo,
todo es bulla y nada mas.
Es muy cierto que al principio
sorprende la novedad,
Pero luego....¿Ya cerraste?

ESCENA XIII.

DICHOS Y ROSA.

Ros.—Sí, señor.
Ata.— Muy bien está;
así estaremos seguros;
dame la llave.
Ros.— *Catay.*
Ata.—Vamos ahora...
Ros.— No hay cuidado
Ata.—(A ver como trabajar
cierto artículo que tengo
en infusion.)
Ros.— (Ya saldrá.)
Ata.—Me parece que el tintero
esta en este cuarto....

(Dirigiéndose al cuarto en donde está escondido Don José.)

Jua.y Ros.— ¡¡Ah!!
Ata.—Pero no... ahora recuerdo

(Volviéndose y dirijiéndose á la otra puerta por donde entrará.)

que no está aquí, sino allá.

ESCENA XIV.

JUANITA Y ROSA.

Ros.—No gana una pára sustos.
Jua.—¡Ay, Rosa!
Ros.— Me ha hecho rezar
la magnífica, el trisagio,
siete credos......
Jua.— Pero......
Ros.— No hay
cuidado.
Jua.—Pero, mi amiga,
Ros.—¡Que *multa*! Ya saldrá.
La puerta ha quedado abierta.
Jua.—¡Mil gracias!
Ros.— Señor galan,
puede usted salir si gusta.
Jua.—Rosa ....Rosa.
Ros.— Para atras!
Lo que importa es que se vaya.

ESCENA XV.

DICHOS Y DON JOSÉ.

Jos.—Por darte gusto no mas,
por complacerte, Juanita,
he consentido...
Ros.— Ya! ya!
Vamos, pocos chicoleos;
un abrazo, y á volar.
Ata.—Rosa!
Ros.— ¡Esta es otra!
Jua.— ¡Hasta cuando!

ATA.—Rosa...! muchacha......!
ROS.— Allá vá.
JUA.—Anda, Rosa, anda por Dios,
no venga aquí.
ROS.— ¡Qué embromar!

ESCENA XVI.

DON JOSÉ Y JUANITA.

JUA.—Don José, váyase usted,
no nos espongámos mas.
Adios, pues... Adios.
JOS.— Juanita.
bien mio...no sé qué imán
me detiene......
JUA.— No me olvide.
JOS.—¡Olvidarte yo! jamás!
Solo con la muerte...Adios...
¡Qué idea!
JUA.— (¡Dios de bondad!)
JOS.—Oye; cuando alzes la vista
á la mansion celestial,
contempla que allí algun dia
nos debemos encontrar
para nunca separarnos......
JUA.—¡Ay! Don José, por piedad...
JOS.—En fin, pide á Dios, Juanita,
que á ti Dios te escuchará,
que en los riesgos inminentes,
que pronto voy á arrostrar,
guarde mi vida que es tuya,
tuya sola, ángel de paz,
tuya.........
JUA.— ¡Qué! persiste usted...?
JOS.—¿En ir al campo á pelear?
Si, Juanita, dentro una hora
estaré sin falta allá,
y entre el fragor del combate
y gritos de libertad,
tu nombre, solo tu nombre
mis lábios repetirán.
JUA.—¡ Don José!
JOS.— Nada me digas,
porque nada avanzarás.
Me marcho, mi honor lo exije
y nuestra felicidad.
No hay mas tiempo, amiga mia...
adios, pues; no hay que llorar...
un abrazo, no te aflijas,
Mis lábios repetiran....
JUA.—¡ Don José!
JOS.— Nada me digas.
por que nada avanzarás.
Me marcho, mi honor lo exige
y nuestra felicidad.
No hay mas tiempo, amiga mia......
adios, pues; no hay que llorar......
un abrazo......No te aflijas,
que todo se compondrá.
Adios, adios, vida mia,
JUA.—¡Que destino tan fatal!

ESCENA XVII.

JUANITA Y ROSA.

ROS.—¿Se fué?
JUA.— Si, Rosa, se fué:
sin piedad de mi se aleja...
quizá ya no lo veré;
pero si este munde deja
yo pronto lo seguiré.
ROS.—¡Qué odioso presentimiento
la acongoja, señorita!
Bote usté ese pensamiento,
que lo que ahora necesita
es quietud y no tormento.
JUA.—Rosa, muy fácil parece
con el dolor conformarse
cuando en el pecho no crece;
mas siquiera con quejarse
se conforma el que padece.
Déjame, pues, desahogar
mi afliјido corazon:
si reprimes mi afliccion
me vas, amiga, á matar.
ROS.—¡Caramba! ¿no es candidez
que se entregue usté á la pena
por un hombre? ¡pues es buena!
Y yo que he perdido diez,
míreme usted tan serena.
JUA.—Rosa, no me hagas reir
con tus simplezas.
ROS.— Cabales!
¡Yo me habia de morir
por que los *tales* por *cuales*
se fueran sin despedir
á otra parte con sus reales!
No, señorita; eso no:
el que se vá que se vaya:
nunca capitúlo yo
con gente de mala laya:
Quien se murió se murió,
y lo digo: al que se vá
no hay mas que hacerle buen jesto;
si él es fino volverá,
sinó á rey muerto rey puesto.
¡Pues no faltaba mas! ¡Guá!
Pero usted, niña, no tiene
por qué tragar esa acíbar,
que don José se mantiene
dulce siempre como almíbar,
y tanto vá como viene.

¡Que diablos! me iba olvidando
que dejé junta la puerta,
y por estarme charlando
se iba á quedar así abierta......
y sabe Dios hasta cuando!
Voy á correr el cerrojo......
Pues, casi hago un disparate....!
Y el viejo que tiene antojo
de tomar hoy chocolate?
Vamos, vamos, no haya enojo.
¡Don Adrian......!

ESCENA XVIII.

DICHOS Y DON ADRIAN.

Adr.— ¿Adonde bueno?
Ros.—Salia á la puerta un rato.
Adr.—No salgas....Ven para acá.
Juanita ¿ y don Atanasio?
Jua.—Está adentro.
Adr.— Me parece
que hay novedad en el barrio.
Jua.—¿Y por qué?
Adr.— Porque aquí cerca
hay soldados apostados.
Jua.—(¡Ay cielos! si lo habrán visto!)
Adr.—Y sabes que estoy pensando,
que el golpe es en la otra casa,
ó en esta.
Ros.— ¡Para los diablos!
Jua.—¡En casa! ¿y por qué?
Adr.— Quien sabe!
Pero yo lo he maliciado;
porque, al pasar junto á ellos,
me vieron de arriba abajo,
y oi que uno dijo: *no es él.*
Ros.—(¡De esta si que no escapamos!)
Jua.—Tio, ¿no oye usted?
Adr.— ¿Qué cosa?
Ros.—Si, señorita, oigo pasos....
Adr.—Si....si....allí vienen.
Ros.— ¡Jesus!
¡Válganme todos los santos!

ESCENA XIX.

DICHOS, UN TENIENTE DE POLICIA, Y CUATRO Ó SEIS SOLDADOS.

Ten.—Uno á cada puerta. ¡Vivo!
Y nadie salga. ¡Cuidado!
¿Donde está el dueño de casa?
Jua.—¿Se le ofrecia á usted algo?
Adr.—Caballero, lo valiente
no quita lo cortesano.
Vé usted señoras aquí......
Ten.—Dejémosnos de preámbulos.
Yo no he venido á gastar
mi saliva en arrumacos,
sino á cumplir mi deber.
¿Lo ha entendido usted? mas claro,
tengo que hacer un rejistro
en esta casa......
Ros.— ¿A qué santo?
Ten.—¡Silencio! Voy al momente
á comenzar á efectuarlo.
Adr.—¿Y la órden?
Ten.— La tengo.
Adr.— A ver.
Ten.—Es verbal.
Adr.— Pues en tal caso
no podrá usted......
Ten.— ¿Cómo es eso?
Adr.—La casa de un ciudadno
es un asilo inviolable,
y nadie sin un mandato
por escrito......
Ten.— ¡Qué vejeces!
No parece usted peruano......
Por ùltimo, puede usted
hacer esos alegatos
al gobierno......
Adr.— Si, señor.
¿Y por que nó? los haré......
Ten.—¡Chito! vamos empezando
el registro. Señorita,
¿y la llave de ese cuarto?
Ros.—Yo....La llave....no sé....
Ten.— Entonces
se echará la puerta abajo.
Ea, muchachos.
Adr.— Señores,
¿Qué tropelia, qué escándalo
es este?
Ten.— ¡Quite usté allá!
Adr.—¡Pero mire usté!......
Ten.— Amarrarlo!
Adr.—¿A mí?
Jua. y Ros.—Pero, señor, él no lo hace...
Ten.—Bien....bien....
Jua. y Ros.— Oiga usted....
Ten.— Dejarlo.
Jua.—Gracias
Ten.—Que no salga ese hombre.
Sol.—¡Atrás!

(A don Atanasio que vá á salir de su cuarto)

Ata.— ¿Qué es esto? ¿En mi casa
por qué se me impide el paso?
Ten.—Que pase.

ESCENA XX.

DICHOS Y DON ATANASIO.

ATA.— ¡Que es lo que veo!
Digan ustedes ¡canario!
¿Qué hacen aquí? ¿Quienes son?
¿Por donde diablos entraron?
¿Qué es lo que quieren?
TEN ¡Silencio!
No nos hable usted tan alto
que no somos sordos
ATA.—Pero......
TEN.— ¿Es usted don Atanasio
De Robleda?
ATA.—Si, señor,
Y Gainza, y Avendaño......
TEN.—Bien, bien, señor de Robleda;
pues yo estoy comisionado
para sacar de aquí preso
á un tal don José Tamayo.
ATA.—Ese hombre no vive aquí.
TEN.—Pero aquí se halla asilado.
ATA.—Eso es mentira
TEN.— Veremos.
Entónces no habrá embarazo
para que rejistre.
ATA.— No.
TEN.—Si usted permite ....
ATA.— En el acto.........
no me opongo...... pase usted.........
¿Pero por qué parte entraron?
¿No mandé cerrar la puerta?
TEN.—(¡Hola! aquí hay gato encerrado.)
ATA.—Pase usted... Entren, rejistren...
si señor, cuarto por cuarto.
Vaya, empecemos por este;
ya verán su desengaño.

ESCENA XXI.

DON ADRIAN, JUANITA, ROSA Y DOS Ó CUATRO SOLDADOS QUE GUARDAN LAS PUERTAS.

ADR.—¿En qué vendrá esto á parar?
Pues está gracioso el pago
que le dan á este pobre hombre
por su lealtad y entusiasmo.
Ahora lo que falta es
que lo lleven maniatado
á la Intendencia, y que luego,
como quien embarca un fardo,
me lo manden á Valencia,
ó al Chocó, ó á Valparaiso.
¡Qué mundo este! y así el hombre
se ciega y engrie tanto.

ESCENA XXII.

DICHOS, DON ATANASIO, TENIENTE Y SOLDADOS.

TEN.—No hay nadie.
ATA.— ¿Lo ha visto usted?
Yo no abrigo perdularios
en mi casa.... Soy amigo
del gobierno.........y sin embargo,
se me ultraja de este modo.
Por acá...... por acá.
TEN.— Vamos.
Adelante!

ESCENA XXIII.

DON ADRIAN, JUANITA, ROSA Y DOS Ó TRES SOLDADOS.

ROS.— ¡Bueno vá esto!
Como no se lleven algo,
así, como dijo el otro,
al descuido y con cuidado......!
ADR.—Qué hombres tan inconsecuentes!
Pero, por fin, talesactos
le servirán de esperiencia,
para que sea mas cauto
con la amistad engañosa
de la gente de palacio.
Pero ¡qué ha de escarmentar!
será siempre como tantos
que vagan por esos mundos,
que, aunque les tiren con barro
á la cara los que mandan,
siempre serviles y bajos
no cesan de hacerles fiestas,
y de verlos y adularlos.
¡Miserables! Tal conducta
no inspira otra cosa que asco.
JUA.—(¡Ay, Rosa, amiga, esta puerta...!)
ROS.—(Le diré que cerré en falso.)
ADR.—Sin duda que este registro
lo origina...... está muy claro,
un chisme......alguna calumnia
alzada á don Atanasio,
con el único designio
de inferirle grave daño.
Triste, sensible es vivir
en medio de esos malvados
que hacen con la honra del prógimo
un vil y perverso tráfico,
sin tener temor de Dios
ni ningun respeto humano.
Y mucho mas doloroso,
que los mismos mandatarios
estimulen y fomenten
á esa caterva de zánganos,

con premios y recompensas
que gravan sobre el Erario.
Con semejante sistema
no están libres ni los santos;
porque para merecer
el estipendio pactado
mentirán esos bribones,
y enredarán mas que el diablo.

ESCENA XXIV.

DICHOS, DON ATANASIO, TENIENTE Y SOLDADOS.

ATA.—Ya estará usted satisfecho,
caballero: ha registrado
hasta el último rincon
de mi casa: un solo rastro
no ha hallado usted, ni un indicio
de lo que se me ha imputado.
Ha hecho usted mas todavia:
ha amenazado á mis criados,
y les ha ofrecido premios
para que acusen á su amo.
Y todo esto sin mas órden,
ni mas nota, ni mandado
que su dicho...... Está muy bien.
No me he opuesto á este atentado
con la fibra que debia
como honrado ciudadano,
porque no digan que estoy
en relacion ó contacto
con los enemigos; pero
yo entablaré mi reclamo,
y juro no descansar
hasta optar el desagravio.
TEN.—Quéjese usted como guste;
á mí no me importa un rábano;
soy mandado, y sobre todo
el gobierno que está al cabo
de cuanto pasa, sabrá
quien es bueno y quien es malo.
Vamos, conduzcan á este hombre,

(Por don Adrian.)

y alerta no vuele el pájaro.
ATA.—¿Qué vá usted á hacer?
TEN.— Mi amigo,
yo sé muy bien lo que hago.
El señor es sospechoso,
y debe ser presentado
al gobierno en el instante,
quien oyendo sus descargos
dispondrá de su persona.
ATA.—Pero el señor es mi hermano......
TEN.—Y tambien tiene la culpa
de que el reo haya fugado.
Aquí entró antes que nosotros;
cuando nos vió apuró el paso;
y claro está que él ha sido
quien dió el aviso.........
ATA.— Eso es falso.
JUA.—Dispénseme usted, señor;
usted está equivocado.
Mi tio no nos ha dicho
una palabra, al contrario
se ha sorprendido que ustedes
hayan venido buscando
á esta casa á una persona
que en ella no se ha ocultado.
ADR.—Juanita, no te acalores.
En el tiempo que pasamos,
no es estraño se cometan
estos actos arbitrarios.
Y ¡ojalá! que en adelante
no se practique otro tanto,
pues nuestra patria parece
condenada á estos escándalos.
Mi conciencia está tranquila:
yo á nabie he perjudicado:
y el gobierno no será
tan injusto y temerario,
que castigue á ningun hombre
solo por informes falsos.
Respondo por él......... lo afianzo.........
TEN.—¿Y á usted quién lo garantiza?
ATA.—Cuanto tengo y cuanto valgo;
mi palabra sobre todo.
TEN.—Por último, yo no me hallo
con facultades...... Marchemos.
ATA.—¡Alto, caballeros, alto!
Deténganse ustedes.
TEN.— ¡Cómo!
Pues si se me mete el diablo
me lo llevo á usted tambien.
ATA.—¿A mí?
TEN.— A usted.
ATA.— Bueno...... vamos.
TEN.—¡Quite usted!

ESCENA XXV.

DON ATANASIO, DOÑA JUANITA Y ROSA.

ATA.— ¡Pillo! ¡insolente!
¡Faltarme así......! ¡Por San Pablo,
que si lo dejan impune
me hago revolucionario!
Ya esto no puede aguantarse.........
Trae mi sombrero, mi palo.. ...
Me voy á donde el Prefecto
á demandar á ese bárbaro,
y á que ponga en libertad
á don Adrian. Ten cuidado
con la puerta. Pronto vuelvo.

ESCENA XXVI.

DOÑA JUANA Y ROSA.

Ros.—Señorita, hablemos claro:
esto vá á tener mal fin;
estar aquí ya no puedo;
pues si un dia mas me quedo
habrá la de San Quintin.
¡Que aguante el demonio al viejo
si descubre estas maromas!
Y yo no estoy para bromas
en que peligra el pellejo.
A usted no hay miedo se atreva,
que es su hija, por mas que ruja;
pero á mí, niña, *me puja*
y me pone como nueva.
Con que, ántes que nos ensarte,
como á *cuy* en asador,
largarnos será mejor
con la música á otra parte.

Jua.—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿te vás
viéndome así adolorida?
No, Rosa, no, por tu vida;
no me hables sobre eso mas.
Contempla mi posicion
tan difícil y angustiosa.
¡Por Dios, no me dejes, Rosa,
tenme, amiga, compasion!

Ros.—Basta; no mas, señorita.
Me estaré en la casa un siglo,
aunque venga este vestiglo
y me ponga como *humita.*
Fuí en el Tabor de usted toda
y lo seré en el Calvario;
no le hace que lo contrario
esté en mi tierra de moda.

Jua.— Desde hoy quiero que te nombres
mi buena amiga, pues lo eres.

Ros.—Muchas veces las mujeres
valemos mas que los hombres.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON ATANASIO.

(Paseándose desasosegado.)

Yo no sé qué desazon
desde anoche esperimento...... ...
¡Tiros...! ¡cabal...! tiros son.

(Suenan tiros de cañon, á lo léjos, hasta el fin de la escena.)

Y hace rato que los siento
de fusil y de cañon.........
¡Dios mio! y van en aumento!
Pues, señor, ya la batalla
comprometida se halla.

¿Y de qué lado el destino
inclinará la balanza?
¿De cuál? del de don Rufino,
fácilmente eso se alcanza.
Fuera mucho desatino
manifestar desconfianza
con tropas tan aguerridas,
y entusiastas y lucidas.

En opinion de la jente
que entiende de artilleria,
no hay otra en el continente
como la nuestra en el dia;
y numerosa y valiente
como es la caballería
viéndola en aire de carga,
¿quién al punto no se larga?

Los facciosos han perdido
además tres batallones
que Guarda les ha batido;
y no faltan opiniones
que si hubieran concurrido
á este acto un par de escuadrones,
terminado habria la farsa
de Castilla y su comparsa.

La fortuna, no embargante,
como caprichosa y ciega,
muchas veces á un pedante
ó á un medroso se doblega;
y al mérito relevante,
y al valor sus dones niega,
mostrando así lo irrisorio
de este mundo transitorio.

Pero, en esta vez, preveo,

que á pesar de la fortuna,
se nos queda el corifeo
de la faccion á la luna.........
¡Aun no cesa el tiroteo.........!
¡Y sin noticia ninguna.........!
Pues, señor, la verdad neta,
esta situacion me inquieta.

Y añada usted á lo dicho
que á mi inocente cuñado
lo tienen en entredicho,
por darle gusto á un malvado;
y que llevan á capricho
el mantenerlo encerrado,
sin que haya empeño que valga
para conseguir que salga.

De ir hoy al campo trataba
á hablar con el Presidente,
para ver si le ordenaba
á este señor Intendente.........
¡Pero quien diablo pensaba
que ocurriese este incidente......!
¡Batirse casi sin luz!
Cosa es de hacerse la cruz.

Pero mi hija viene aquí.

(Viendo para adentro.)

ESCENA II.

DON ATANASIO Y JUANITA.

Ata.—Juanita, ¿ya levantada,
y tan de mañana?
Jua.— Si.........
Ata.—¿Tienes algo?
Jua.— No... no... nada.
¿no ha oido usted?
Ata.— ¿Qué cosa? dí.
Te veo como asustada.
Jua.—Si... si... ¿Qué se están batiendo?
Ata.—No sé... pero así lo entiendo.
Jua.—Se oyen tiros.
Ata.— Es verdad;
mas ya no son repetidos.
Jua.—¡Ay Dios mio, ten piedad
de mis hermanos queridos!
Ata.—Vamos, ¿qué necesidad
hay ahora de esos gemidos?
Jua.—(¡Pobre don José!)
Ata.— ¡Qué diablo!
Yo tampoco sé lo que hablo.
Jua.—(¡Qué será de él!)
Ata.— ¡Infelices!
¡Tan muchachos!
Jua.— Si habrá muerto.
Ata.—¡Cómo! Juanita, ¿qué dices?
¿tú sabes algo de cierto?
Jua.—Yo...... no.
Ata.— No te martirices.
Todo es todavia incierto.
Dios querrá que no suceda
nada que alarmarnos pueda.
Mas si doblasen los cuellos
como buenos y leales,
mi bendicion vá con ellos.........
¡Qué se ha de hacer, son mortales!
Jua.—¡Perdon, Señor, para àquellos
que nos causan tantos males!
Ata.—Nada, Juana, de perdon.
¡Anatema......! ¡Maldicion!
Jua.—¿No oye usted?
Ata.— Si...... estoy oyendo.
Jua.—¡Qué bulla!
Ata.— Alguno que pasa.
Jua.—Asómese usted, corriendo......
Vea usted, en esa casa.........
Allí vá un lancero huyendo,
sin morrion y sin coraza.
Mire usted......... esos soldados
sin armas......... van derrotados.
Ata.—Esto es hecho...... voy al punto
para que alguno me esplique.........
Jua.—No vaya usted....
Ata.— Aquí junto.
Jua.—No se esponga usted.
Jua. y Ata.— ¡¡Repique!!
Ata.—¡Pero á quien diablo pregunto!
Muchacha.........

(Voces adentro.)

¡¡Muera Echenique!!
Jua.—No vé usted...! no salga, no.......

ESCENA III.

DICHOS Y ROSA.

Ros.—¡Qué gritos!
Ata.— ¡Perdió ...! ¡perdió...!

(Voces adentro.)

¡¡Viva el General Castilla!!
Ros.—¿Qué hay, niña?
Jua.— Perdió el gobierno.
Ata.—¡Qué vergüenza! ¡qué mancilla!
Ros.— Pues se fue *Chenique* á un cuerno.
Ata.—¡Esto confunde, esto humilla!
Jua.—¡Qué desgracia, Dios eterno!
Ata.—¡Y para esto tanto afán....
tanto gasto.........!
Jua. y Ata.—¡¡Don Adrian!!

ESCENA IV.

DICHOS Y DON ADRIAN.

Ata.—Señor don Adrian, por Dios,
díganos usted, ¿por qué es
esa bulla? ¿ese alboroto.........?
¿Qué novedad puede haber?
¿A qué son esas carreras?
¿Esos tiros......? Hable usted.........
¿Se ha dado ya la batalla?
¿Quién es el vencido, quién?
¿O acaso los montoneros
han logrado sorprender
la guarnicion de la plaza,
y se han tomado el cuartel......?
¿Acaso un pronunciamiento......?
Ahora, díganos usted,
¿cómo se halla en libertad......?
¿ha fugado usted tal vez.........?
Responda usted, don Adrian;
háganos pronto ese bien:
mire usted que es horrorosa
la inquietud en que nos vé.
Adr.—Don Atanasio, yo siento
tener que hacer un papel
muy poco satisfactorio
para el corazon de usted;
mas ya que usted me lo pide.........
y que lo creo un deber.........
Ata.—Nada de *ambajes*.... al grano.
Despache usted de una vez.
Peor es esta incertidumbre
que un fusilazo en la sien.
Adr.—Pues bien: todo se ha perdido.
La accion concluyó á las seis.
De las fuerzas del Gobierno
terrible ha sido el revés,
y los campos de la Palma
rojos de sangre se ven.
Echenique se ha asilado
á donde el Ministro inglés;
muchos jefes y oficiales
se han asilado tambien,
y por distintos caminos
se ven dispersos correr.
El pueblo, con la noticia,
marcha á la plaza en tropel;
desarma la guarnicion
que cede sin hincapié;
dá libertad á los presos
que Echenique hizo prender;
destroza las oficinas,
sin que les quede un papel;
y armado con los fusiles
que ha podido recojer,
va recorriendo las calles
victoreando á este y aquel,
y buscando echeniquistas,
sabe el cielo para qué.
Esto es lo que está pasando.
Dios quiera cuanto antes traer
á las tropas vencedoras,
porque si nó la embriaguez,
en qué, como es natural,
la plebe se ha de poner,
nos causara mil disgustos
y mil desaires tambien.
Ata.—¡Hijos mios, hijos mios!
Ros.—¡Jesús, Jesús!
Jua.— ¡Don José!
Adr.—Don Atanasio, ¿qué es esto?
El hombre debe de ser
superior á las desgracias
que Dios descarga sobre él.
Nunca se muestra mas grande,
nunca con mas sensatez,
que cuando, en la adversidad,
firme y sereno se vé.
El que obra de otra manera
no es hombre sino mujer,
que de esta mísera vida
conoce poco el vaiven.
Ata.—¡Traidores! nos han vencido;
mas lo veremos despues.
Ros.—Calle usted, señor, la boca.
¿Con hablar qué saca usted?
Ya esto no tiene remedio.........
se perdió...... ¡qué hemos de hacer!
Dios lo ha querido.........paciencia......!
Él sabrá muy bien por qué.
Si lo oyen á usté en la calle,
puede, señor, suceder
que se meta aquí esa jente,
que ahora anda sin ley ni rey,
y ejercite con nosotros
su frenética altivez.
Yo ¿para qué? tengo un miedo
que no puedo estar de pié.
Ata.—¡Qué entren...! Que hagan lo que [quieran!
¡Vengan, vengan de una vez!
¡Qué me maten......! Aquí estoy......
Mejor, así no veré
la traicion entronizada,
ni abatida la honradez.
Si no están hartos de sangre,
tomen la mia tambien,
y la de todos........
Ros.— ¡Caramba!
ménos la mia.
Ata.— Peor es
vivir siempre en anarquia,
sin garantia y sin ley.
¡Pobre patria......! pobre patria!
¡Cuántos males van á caer
sobre aquellos de tus hijos
que te han servido con fé!
¡Cuánto atraso, cuánto oprobio

para tu nombre tambien!
Adr.—Dejemos que se desahogue;
muy natural, muy justo es;
ya le pasará.
Jua.—Señor.........
Ata.—¡Quien lo hubiera dicho ayer!
¡Con tanta fuerza..........! ¡Por vida,
que el chasco ha sido cruel!
¿Para esto aspiran al mando,
para esto quieren poder
estos hombres, que no saben
ni siquiera el a, b, c?
¡Y qué guapos, y qué sábios,
cuando no hay riesgo, se creen!
¡Y qué vanos, qué orgullosos
con ese falso oropel,
que ante los ojos del débil
no mas muestra brillantez!
¡Pero el dia de la prueba......!
Allí como son se ven,
estúpidos y cobardes,
y sin vergüenza y sin fé.
Ros.—(Si se atan bien los calzones
hubiera sido al revés;
ya estuviéramos con ellos,
santo dónde te pondré?)
Ata.—¿Y al partido de estos piezas
se plega un hombre de bien,
esponiendo su reposo,
y su vida y su interés......?
¡Maldito sea el instante
en que yo en tal cosa entré,
creyendo encontrar honor
en donde no hay rastro de él......!
Adr.—(Ahora apostrofa á los suyos,
y con justicia á mi ver.)
Ata.—¡Qué desolada, qué horrible
se presenta mi vejez!
Jua.—Si mi respeto, señor,
si el amor que tengo á usted,
si mis sumisos cuidados,
pueden endulzar la hiel
que amarga su corazon,
en nada repararé
como contribuya.........
Ata.— ¡Juana!
¿eres tú......? tú habias de ser.
¡Pobrecita......! Siempre aqui....
Ven, hija mia...... ven, ven:
abraza á tu pobre padre,
perdona mi insensatez.
Con el dolor me olvidaba
que tú eres mi hija tambien,
mi consuelo, mi esperanza,
mi amiga constante y fiel,
y que vivir me es preciso
para tu dicha y sosten.
Si tus hermanos han muerto,
que Dios su gloria les dé,
y que....... pero, ¿por qué lloras.......?
afíjeme mas...... esto es......
¡Dios mio! ¡ah! ¿por qué causa
me vés con tanto desdén.......?
¡Por piedad, no me los quites
en un dia á todos tres!
Adr.—Vamos, hermano....... Juanita....
basta de lágrimas.......¡Eh!
Parecen ustedes niños
que ahora acaban de nacer.
Y para este desconsuelo,
¿cuál es el motivo, pues?
¿Que han perecido los chicos?
¿Y quién los vió perecer?
¿No pueden haber salido
como otros muchos con bien,
y aparecerse aquí luego
á contarnos el revés?
¿Acaso en una batalla
todos muertos han de ser?
De mil disparos que se hacen
tal vez no se aciertan diez.
Ros.—(De otro modo se metiera
á militar Lucifer.)
Adr.—Por otra parte, si ha visto
la suerte con esquivez
á las tropas del gobierno,
culpa de nosotros no es.
De dos partidos que chocan
uno al fin ha de perder.
Esto le tocó á Echenique:
compadezcámosnos de él.
Yo, por mi parte, así lo hago;
aunque no se oculta á usted
que en represalia podria
tratarlo con rigidez.
Pero es peruano, y los suyos
son de esta patria tambien,
y el gozarse en sus conflictos
cuando caidos se les vé,
y el insultar su memoria
no nos dá ni honra ni prez.
Por lo que hace al vencedor,
muy tonto debe de ser
quien no sepa la conducta
que se ha observado con él.
De Adan hasta nuestros dias
ya es artículo de fé,
que el vencido es un cobarde,
un ignorante, un infiel,
sin justicia, sin derecho,
sin rectitud ni honradez;
y que el que triunfa, ese impone
á su pláceme la ley.
Con que, piense usted sobre esto
y haga su gusto despues......
Ros—(No canta mas al pespunte
un padre de la Merced.
Dice muy bien: el que gana

hasta santo del cielo es;
y el que pierde es hasta feo,
y hasta borracho tambien.)

ADR—La alternativa del mundo,
don Atanasio, es la que......

(Voces.)

¡Viva Castilla!

(Otras.)

¡Qué viva!

ADR.—¿Qué es eso?

ROS.— Vamos á ver.

(Voces.)

¡Muera la *mazhorca!*

(Otras.)

¡Muera!

ADR.—¿A dónde ván?

ROS.— Yo no sé.

ADR.—¡Que dia tan memorable!

ATA.—Yo jamás lo olvidaré.

ROS.—¡Qué de jente...! Y aquí vienen...

(Voces.)

¡Viva el pueblo!

ROS.— Ven acá.........

(Voces.)

¡Viva......! ¡viva......!

ADR.— (¿Qué fuera
que imbuidos por la beodez.........?)

UNA VOZ.—¡Adelante...! Al que se oponga
fusilarlo.

OTRAS.— ¡No hay cuartel!

ROS—¡Aquí entran, señor, aquí entran...!
¡Que Dios nos saque con bien!

ESCENA V.

DICHOS Y HOMBRES DEL PUEBLO.

(Vestidos y armados de diversas maneras, y algunos con botellas en las manos.)

(Voces.)

Vamos adentro, muchachos.

(Otras.)

Adentro!

(Voces.)

¡Qué viva el pueblo!

(Otras)

¡Mueran los Echeniquistas!

(Voces.)

¡Mueran!

ADR.— ¡Por Dios, caballeros!
¿Así se atropella.........?

HOM 1.°— ¡Calle
esa boca el mazhorquero!

(Apuntándole con el fusil.)

HOM. 2.°—Dale un tiro.

HOM. 3.°— No lo mates,
yo creo que es de los nuestros.

HOM. 4.°—Síganme.

(A otros que lo siguen á las piezas interiores.)

ESCENA VI.

DICHOS, MÉNOS LOS POCOS QUE HAN SALIDO DE LA ESCENA.

ATA.— Pero, señores......
esta es mi casa.........

HOM. 1.°— Marcelo,
ayuda por ese lado.

(Tomando la punta de un sofá para cargarlo.)

HOM. 2.°—Levanta esta mesa, Pedro.

HOM. 3.°—Carguemos estas silletas.......

ADR.—Miren ustedes.

HOM. 1.° ¡Silencio!

HOM. 2.°—Diga usted viva Castilla!

(Poniéndole el punto.)

ADR.—Yo no tengo impedimento
para hacerlo...... ¡Viva! Si......
No ha mucho rato que el pueblo
me sacó de Carceletas,
en donde me habia puesto
el gobierno de Echenique.........

(Voces.)

¡Qué viva, que es de los nuestros!

ADR.—Pero, señores.........

HOM. 1.°— Mi vida,

(A Juanita.)

venga un abrazo.........

HOM. 2.°— Y un beso.

ESCENA VII.

DICHOS Y LOS QUE ENTRARON Á LAS VIVIENDAS INTERIORES QUE SACARÁN ROPA Y TRASTES.

HOM. 4.°—Al negocio... Vamos...vamos...
que llega la tropa.... presto.

(Suena música marcial.)

HOM. 2.° —A otra parte...antes que lleguen

HOM. 1.°—Vamos, que se pierde el tiempo

ADR. - ¿Dónde van con esos *trastes*...?

ROS.—(¡De susto me salta el cuerpo!)

HOM. 2.°—¡Quítese porque lo mato!

(Voces.)

¡Abajo los mazhorqueros!

(Otras.)

¡Mueran los ladrones!

(Otras.)

¡Mueran!

(Voces.)

¡Viva la libertad!

(Otras.)

¡Viva!

(Voces.)

¡Mueran los consolidados!

(Otras.)

¡Mueran!
Hom. 1.°—Ande usted, so viejo.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON JOSE.

(Que entrará con espada en mano haciendo retroc der á los que iban a salir, los que dejarán los muebles esparcidos.)

Jos.—¡Atrás! infame canalla......!
¡Atrás......! O viven los cielos......!
Hom. 1.°—Hacer fuego.
Hom. 2.°— Si! ¡Qué muera!
Hom. 3.°—¡Echeniquista......!
Jos.— Sargento,
que avance la tropa.

ESCENA IX.

DICHOS.

Y un piqüete de tropa que se colocará cerrando la entrada y descansando sobre las armas.

Hom. 1.°— (¡Diablo!)
Hom. 2.°—Vámosnos de aquí.......
Jos.— ¡Eh! quietos!
Al que se mueva, lo mando
fusilar en el momento.

(Voces.)

¡Viva Castilla!
Jos.— Sí, viva!
Pero nunca ese guerrero,
que acaba de restituir
a la patria sus derechos,
consentirá que, á su nombre,
se hagan inicuos saqueos,
ni se persiga ni ultraje
á individuos indefensos.
Hom. 1.°—Estos son echeniquistas.

(Voces.)

¡Mueran, que mueran!
Jos.— Primero
dejarán todos ustedes
en este sitio el pellejo.
¡Asesinos......! Sin honor......!
¡Cobardes...! ¿Por qué no fueron
á los campos de la Palma
á mostrar ese ardimiento?
¿Por qué contra el despotismo
no alzaron la voz en tiempo,
peleando contra el tirano
cara á cara, cuerpo á cuerpo?
Y no que, despues del triunfo,
cuando han pasado los riesgos,
cuando ninguno hace frente
al ejército del pueblo,
abusando del estado
ó, mejor dicho, del miedo,
de que están sobrecojidos
los del partido deshecho,
tomando á la libertad
en esos lábios protervos,
y maldiciendo del robo,
nada mas que por pretesto,
se abandonan al pillaje
y toda clase de exresos.
Hom. 1.°—Usted, señor militar,
agravia atrozmente al pueblo,
apellidando cobardes
á los que lo componemos.
Jos.—El pueblo no lo componen
cuatro estúpidos y nécios.
¿Cobardes les dije á ustedes?
Pues me ratifico en ello.
Al que levanta el puñal
para herir á un indefenso
se le titula cobarde;
y con doble fundamento
cuando se junta en pandilla
para cometer el hecho.
Hom. 2.°—Nosotros somos valientes
como el que mas, caballero,
y no una vez sino muchas
hemos dado pruebas de ello.
Nosotros......
Jos.— Ningun valiente
se jacta nunca de serlo,
ni escarnece á su enemigo
cuando lo mira en el suelo.
Al contrario, lo levanta,
en su afliccion le dá aliento,
y respeta su infortunio
aunque en crímen esté envuelto.
Así se porta un valiente
guerreando con extrangeros
en defensa de sus lares;
pero cuando son los pleitos
entre hermanos y entre amigos
por extravíos domésticos,

entónces el vencedor
estrecha contra su pecho
al compatriota vencido,
lo apoya y le dá consuelo;
no lo ofende en su amor propio,
ni le recuerda sus yerros,
y si de él ha recibido
personales faltamientos
los olvida, y los perdona
con noble desprendimiento.
Entónces su corazon
siente un ardor verdadero
por el triunfo y la derrota;
porque, en uno ú otro estremo,
quien pierde es siempre la patria
y los que ganan sus émulos.
El que vá por otra senda
no es hombre, ni es caballero,
y no merece otra cosa
sino el mas alto desprecio.

ADR.—¡Bravo, señor don José!
Vengan esos cinco... ¡récio...!
¡Apriete usté...! Asi me gusta...
¡Vivan esos sentimientos!
No mas rencor, no mas ódios,
si ser felices queremos.

JOS—Pueden ustedes marcharse,
fraccion ínfima de un pueblo
á quien maltratan é injurian
con tan vil comportamiento.
Aprendan de esos soldados,
que desnudos, y sin sueldo,
han arrostrado peligros
de que casi no hay ejemplo,
por restablecer la paz
y la moral de los pueblos.
Ellos han sido en la lucha
valientes hasta el estremo,
y, despues de vencedores,
muestran extricto respeto
á la vida y propiedades
de los mismos que vencieron.
Márchense ustedes, les digo:
ustedes no son limeños;
no lo son, porque ninguno
tiene en Lima ese manejo.
Los hijos de esta ciudad
son humanos, son sinceros,
son generosos, son francos,
y estiman en mucho precio
su buena reputacion,
para esponerla un momento
á los severos reproches
de la ilustracion del tiempo.
¡Eh! ¡fuera....! Dele usted ya
paso á esa gente, sargento.

HOM. 1.°—(Guárdate bien, porque juro.)

HOM. 2.°—(Si... si... ya lo pillaremos.)

ESCENA X.

DON ATANASIO, DON ADRIAN, DON JOSÉ, DOÑA JUANITA Y ROSA.

ROS.—(¡Qué pico tiene, caramba!
¡Y qué buen mozo, y qué tieso!
Hasta á mí...... ¡Dios me perdone!......
Pecado es querer lo ajeno.)

JOS.—Don Atanasio.........

ATA.— Agradezco,
señor don José, el servicio
que usted acaba de hacernos,
y no pierdo la esperanza.........

JOS.—Nada de agradecimientos,
don Atanasio.

ADR.— Mi amigo,
nunca esperé de usted ménos.

JOS.—Señores, yo no he hecho mas
que ser puntual al precepto
que Dios nos ha impuesto á todos,
de ayudarnos y querernos.
Sin embargo, me complace
que mis pequeños esfuerzos
hayan podido salvar
de un peligro casi cierto
á ustedes... y á otras personas
que con toda mi alma aprecio.

ESCENA XI.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRI.—Buen dia......¿Don Atanasio
De Robleda.........?

ADR.— Qué hay de bueno?

CRI.—Esta carta.

ADR.— A ver...... Aguarda.
Tome usted.

ATA.— ¡Cielos, qué veo!
Es su letra...... ¿Qué dirá......?
Tiemblo......

ROS.— (¡Qué nuevo embeleco
será este....! ¿Cuándo diablos
saldremos de estos enredos!)

ATA.—¡Bendito seas, Dios mio!

JUA.—¿Qué sera?

ADR.— Segun su aspecto
nada malo me parece.

ROS.—(La noticia será buena.
Como pascua tiene el jesto.)

ATA.—¡Ah! Don José! Don José...!
Yo tal pago no merezco......
Permita usted que lo abrace....
Me ha quitado usted un peso
enorme del corazon....
Don Adrian: tome usted...... presto,

lea usted.... que sepan todos
lo que á este jóven debemos.
Adr.—«Amado padre y señor:

« Considerándolo á U. estremamente cuidadoso por nuestra existencia, despues de la derrota que ha sufrido nuestro ejército en la Palma, nos apresuramos á poner en conocimiento de U. que nos hallamos sanos y salvos, merced á los heroicos esfuerzos de nuestro amigo y condiscípulo don José Tamayo, que nos arrebató en el campo de batalla de las manos de una partida de soldados enemigos que se disponian á sacrificarnos á su furor, y que nos ha conducido con toda seguridad hasta su misma casa, en donde nos hallamos; porque, siendo las opiniones de U. tan conocidas, ha creido que en la nuestra estaríamos espuestos. Estamos perfectamente atendidos y consolados, y llenos de gratitud por el notable servicio que debemos á nuestro inmejorable amigo. Nos repetimos de corazon etc. »

¡Perfectamente......! Muy bien!
Vale, don José, mas esto
que alcanzar una victoria
en medio de sangre y fuego.
Gócese usted, buen amigo,
en el beneficio que ha hecho,
restituyéndole á un padre
dos hijos que creia muertos.
Jua.—Yo por mi parte.........
Jos.— Juanita.
Jua.—¡Ay! espresarme no puedo......
Hablen por mí, don José,
estas lágrimas que vierto.
Cri.—¿La respuesta?
Adr.— Vete, y dí
que por allá iremos luego.

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS EL CRIADO.

Ata.—No puedo olvidarme, no:
el recuerdo me avergüenza,
y es preciso que me venza
este dia tambien yo.
Como á mortal enemigo
hace poco traté á usted;
hágame, pues, la merced
de perdonarme, mi amigo.
Y si puedo consentir
en algo que le interesa,
hábleme usted con franqueza
que lo deseo servir.
Jos.—En tal confianza, señor,
voy á espresar mi deseo,
y que he de alcanzarlo creo
nada mas, que por favor.
Mi exclusiva aspiracion,
mi idea, la mas preciosa,
es casarme con la hermosa
que reina en mi corazon.
Ella está presente aquí,
conoce cuanto la adoro,
usted me dará un tesoro,
señor, pronunciando el « sí. »
Ata.—No me sorprende el anuncio;
mas su voluntad no sé:
si ella quiere, don José,
con mil gustos lo pronuncio.
Adr.—Vaya, ¿qué dices, Juanita?
Jua.—Estando mi padre llano,
don José, esta es mi mano.

(Con cortedad.

Ros.—Parabienes, señorita.

(Con lisura.)

Jua.—Tuya es siempre mi amistad.
Ros.—Don José.
Jos.— Mil gracias, Rosa.
Ros.—Pues, señor, está la cosa
completa y sin novedad.
Ata.—Pues bien. con mis simpatias
y la bendicion de Dios,
serán felices los dos
dentro de muy pocos dias.
Jua.—¡Padre.........!
Jos.— ¡Señor.........!
Ata.— ¡Hijos mios!
¡Cuánto siento lo pasado!
pero ¿qué hombre se ha librado
de cometer estravios?
Jos.—¡Quién piensa.........!
Ata.— Desde hoy prescindo
de toda cuestion política,
y aun al sarcasmo y la crítica
sumisamente me rindo.
Puede usted, pues, libremente
emitir sus opiniones,
que no serán mis razones
las que le salgan al frente.
Jos.—No señor, respeto aun
las que usted puede abrigar.
Ata.—Ya yo no debo pensar
sino en la dicha comun.
Hoy sucumbió mi partido
en los campos de la Palma;
para la pública calma

Dios así lo habrá querido.
Su voluntad sea acatada;
yo me RESIGNO con ella,
creo que sigo la huella
que á usted, don Adrian, le agrada.
ADR.—Sí, hermano, y lo felicito
por tan patriótica idea.
ATA.—El que quiera, que me crea:
me RESIGNO, lo repito.
ADR.—¡Ah! si todos se entregaran
á este mismo sacrificio,
qué señalado servicio
á su patria le prestáran.
Mande, pues, á los peruanos
el que alcanzó la victoria,
mas sea para honra y gloria
de todos nuestros hermanos.
ROS.—¡Y que cargue Belzebú
con el que quiera mas guerra!
ADR.—¡Haya paz en esta tierra!
JOS.—Señores, ¡viva el Perú!

NADIE ME LA PEGA.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

REPRESENTADA EN EL TEATRO PRINCIPAL EL 15 DE SETIEMBRE DE 1855.

PERSONAJES.

Doña Blasa.	*Don Hilario.*
Petita.	*Juan.*
Chepita.	*Pedro.*
Rita.	

LA ESCENA ES EN LIMA.—LA ACCION DURA SEIS HORAS.—SALA REGULARMENTE AMUEBLADA CON BALCON Y PUERTAS LATERALES.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PETITA Y CHEPITA.

PET.—¡Habráse visto tal muela!
¡Un capricho de la laya!
Pues yo me he de poner saya,
sobre el muerto y quien lo vela.
CHE.—Calla, niña.
PET.— ¿A quién no espanta
este molde?
CHE.— ¡No seas buena!
PET.—¿Acaso s y yo chilena
para andar con esta manta?
CHE.—Si de ellas muchas te oyeran
hablar con ese disgusto,
que era estragado tu gusto,
en tu cara, te dijeran.
PET.—Que tenga mal gusto ó no,
á nadie le importa un pito;
de gustos nada se ha escrito,
al ménos que sepa yo.
Si muchas de cuerpos buenos,
que andan muy huecas por Lima,
con esta tapanca encima,
no la dan por medio ménos;
si así su gusto se paga,
si esto por lindo lo toman,
que con su pan se lo coman
y buen provecho les haga.
Yo quiero lucir los bajos,
y el talle.........
CHE.— Mira, que viene,
PET.—*¡Guá*, niña! ¿y eso qué tiene?
que oiga...... tendrá dos trabajos.
¿No hemos sido la irrision
de todos en la Alameda?
CHE.—¿Pero tu crees que ella ceda?

PET.—Si no cede habrá funcion.
¡Me he de poner saya y manto
ó reviento de coraje!
¡Y sobre que es ese traje
el que á Juan le gusta tanto!
CHE.—A propósito de Juan.
¿Qué habrá sido de él, Petita?
PET.—¿Mucho estrañas su visita?
No tengas pena, *vendrán.*
CHE.—¡Vendrán! Pero ¡qué...! ¿Yo digo?
PET.—Chepita, tú no me engañas.
No es á Juan á quien estrañas,
sino á don Pedro, su amigo.
CHE.—¡Qué mentira, Santo Padre!
PET.—¡Ay, Jesús, y qué santita!
Echame aquí la *babita*,
por esa gracia, mi madre.
CHE.—Yo no sé que haya malicia
en un dicho, una lisonja......
PET.—Te perdiste de ser monja;
harias linda novicia.
Vaya, fuera circunloquios
y basta de hipocresia;
yo te he visto el otro dia
con él en tiernos coloquios;
y que te tomó la mano,
y que en ella estampó un beso.
Dí ¿te enojaste por eso?
¡disparate! como hermano.........
CHE.—¡Es un falso testimonio!
PET.—¡Ay, qué brava! No me comas.
CHE.—Son pesadas esas bromas.
PET.—¡Anda, cándida, á un demonio!
¿Querrás tambien que te crea
que no has visto jamás hombres,
y que te asustan sus nombres?
CHE.—Yo no digo que así sea;
pero.... ¡Petita, por Dios,
calla, que llega mamá!
PET.—Oye: lo mejor será
que no riñamos las dos.

ESCENA II.

PETITA, CHEPITA Y DOÑA BLASA.

BLA.—¡Válgame Dios, qué empedrado!
¡Si no se puede aguantar!
¡Y yo que tengo los piés.........!
PET.—(Ña *Justita* es pertinaz.)
BLA.—¿Qué hacen ustedes aquí?
No, nada bueno será.
PET.—Estábamos conversando.
BLA.—Sobre alguna iniquidad;
porque las mozas de hoy dia
maldito si saben mas.
CHE.—No es nada de eso, mamita.
BLA.—¿Y entónces por qué no ván
á quitarse ese vestido?
Las ocho acaban de dar.
¡Cómo se pasan las horas!
¡Yo que creí estar acá
á la oracion! ¡Ya se ve!
Se enreda una en conversar.........
Y luego ña *Sencioncita*,
que es tan viva, tan locuaz,
empezando con sus cosas
no tiene cuando acabar.
Tuve que dejarla, al fin,
en la esquina del Portal,
con la palabra en la boca.
Con que, ¿de qué hablaban, ah?
Estaban aquí en congreso....
CHE.—De nada, mamita.
BLA.— ¡Ay!
Como me duele este callo!
¿De nada, eh? ¿Y tú, caiman?
PET.—¿Sabe usted lo que decíamos?
Que usted no nos quiere dar
el gusto que nos pongamos
saya y manto.
BLA.— ¿Nada mas?
CHE.—Yo, no.........
PET.— Y que no somos
de Cádiz, ni Gibraltar,
ni alemanas, ni francesas,
sino limeñas.........
BLA.— ¡Ajá!
¿Y no decian ustedes,
así, por casualidad,
que es muchísima lisura
quererme á mí gobernar,
y que si tomo un garrote,
ó un látigo de puntal,
les he de sacar del cuerpo
ese diabólico afan?
A tí te digo, cochina;
porque esta otra no es capaz
de sacar esos cuentones:
no es como tú, así... tan...
Tú, que eres el pié del diablo,
la imbuyes eso no mas
¡Conmigo no hay vuelta y media!
¡Sayita y mantito! ¡Oigá.
Pues sepan que por mi gusto
no se los pondrán jamás.
Sobre todo, ya no se usan.
¡Gracias á Dios! pasó ya
esa moda endemoniada.
Hoy hay más moralidad.
PET.—Pero, señora...
BLA.— ¡Silencio!
y á su cuarto cada cual.
A mí no se me replica:
tengamos la fiesta en paz.
PET.—No tengo mayor consuelo

sino que me he de casar
para salir de esta casa.
BLA.—Ya te oigo, si; no lo harás,
hasta que venga tu padre
de Huánuco, donde está.
Por el correo de Pasco,
que llegó el juéves no más,
me dice de un modo expreso
que tal es su voluntad,
y me añade que hasta Corpus
no vendrá á la capital,
PET.—¡Hasta Corpus!
BLA.— Hasta Corpus.
PET.—¿Y que yo espere hasta allá?
¡Veremos!
BLA.—Aquí los dias
te son siglos, ¿no es verdad?
Pues hasta entónces no viene.
Y ahora he mandado llamar
á don Juan, para decirle
lo que en el asunto hay,
y para que mientras tanto
no parezca por acá,
que aunque nadie me la pega
bueno es evitar el mal.

ESCENA III.

DICHOS Y DON HILARIO.

HIL.—¡Qué diablo! siempre gruñendo.
¿Y qué es lo que ocurre ahora?
No pasa aquí un cuarto de hora
que ustedes no estén riñendo.
BLA.—Eso es; muéstrame los dientes,
porque riño á esta muñeca:
conmigo no hay *zamacueca*.
HIL.—¿Pero qué hay? *Antecedentes*.
BLA.—¡Qué ha de haber...!
HIL.— *Extracta, extracta*.
BLA.—Que quieren lucir el talle
con saya y manto en la calle.
HIL.—*Pues que se ponga por acta*.
BLA.—Salgan con manta ó basquiñas,
no paso por otro exámen.
HIL.—*Yo reproduzco el dictámen*
que han emitido las niñas.
BLA.—¿Y en qué te fundas?
HIL.— Me fundo,
primero, en que soy limeño,
y en que no hay, contra tu empeño,
traje más lindo en el mundo.
Segundo; pero esto sea
sin que te cause sonrojo,
en que tapadita de ojo
ninguna mujer es fea.
BLA.—Enfajínalas, eso es;
sí, eso es lo que las pierde;
simplezas de un viejo verde
que debe ir á San Andrés. (1)
HIL.—¡Y luego ese patiteo...!
¡Ese aire de taco...! ¡Vaya!
Me *pronuncio* por la saya;
una *rúbrica y laus Deo*.
BLA.—Calla la boca, animal;
no hables aquí de ese modo.
HIL.—No hay remedio. Y, sobre todo,
es un traje nacional.
BLA.—Y tambien lleno de amaños
que encubre mil picardías.
HIL.—De aquellas que encubrirías
ahora treinta ó cuarenta años.
PET.—(¡Tómate esa!)
HIL.— ¿No es así?
BLA.—Despacio con esas bromas;
porque si por ahí las tomas
te vas á acordar de mí.
HIL.—Dispense usted, doña Blasa;
yo no lo dije por tanto.
BLA.—No se pondrán saya y manto
mientras yo mande en mi casa.
Es muy indecente, mucho,
para ellas ese vestido.
HIL.—Dices bien, es más lucido
ese otro de *cucurucho*,
que usan ustedes hoy dia,
que las hace semejantes
á esas pobres vergonzantes
que andan por la Compañía (2);
ese que las pone á todas
tan corcobadas, tan rengas...
BLA.—Mira, Hilario, no me vengas...
HIL.—¡Por cierto que hay lindas modas!
Bien dice un amigo mio,
y no vayas á creer que es
un cualquiera, es un inglés.
BLA.—¿Y qué dice ese judío?
HIL.—Que desde que ha decaido
la saya en esta ciudad,
nuestra nacionalidad
casi, casi se ha perdido.
Por último, te aconsejo
que des á tus hijas gusto;
porque esto, Blasa, es muy justo.
BLA.—Antes les saco el pellejo.
HIL.—Mira: ni una bala roja
hace fuerza á las doncellas;
es necesario con ellas
un cierto tira y afloja...
BLA.—Nadie me la pega, no,
con disfuerzos, torciditos,
con pisotones, dichitos...

(1) Hospital de locos.
(2) Así llama el pueblo á la iglesia de San Pedro, que fué el templo de los jesuitas.

no entiendo de trampas yo.
No me ha hecho Dios tan intonsa
como usted cree, don Hilario,

HIL.—Esto es muy extraordinario

BLA.—¿Te ries?

HIL.— ¡Vaya una sonsa!

BLA.—Bien hecho, ríete pues.

HIL.—Por supuesto que me rio.

PET.—(Está de perlas mi tio.
Ya lo veremos despues.)

HIL.—Oye Blasa, las muchachas,
tapadas ó descubiertas,
siempre nos ganan en puertas.

BLA.—Las haría mil hilachas
si lo llegara á saber.

HIL.—Y lo sabrás, si te empeñas.
Las mozas hablan por señas,
y se dejan entender.
¿No lo hiciste nunca así,
allá en tus tiempos, hermana?

BLA.—Yo hago lo que me dá gana.

HIL.—Y yo estoy de más aquí.
Hasta luego. ¡Habrá simplona!

ESCENA IV.

DOÑA BLASA, PETITA Y CHEPITA,

BLA.—¡No le diera un torozon!
¡Qué charlar sin son ni ton!

PET.—(¡Eso! muy claro que entona.)

BLA.—Vaya, que ya es tarde, ¿van
á mudarse ropa ó no?

CHE.—Vamos, niña.

PET.— Vamos.

BLA.— Yo,
esperaré aquí á don Juan.

ESCENA V.

DOÑA BLASA.

¡Jesús si es un basilisco
esta muchacha! Y lo peor
es, que como es la mayor
me saca á la otra al *barrisco*.
Es indecible, á fé mia,
lo que andan. Me tienen seca.
¡Si de la Ceca á la Meca
se la llevan noche y dia!
Al teatro, jueves y mártes,
á fuegos, á procesiones,
al comercio, á las sesiones,
y ¡qué se yo á que otras partes!
Y yo ¿qué hacer? como al cabo
son unas niñas doncellas,
tengo que andar detrás de ellas,
como se dice, de rabo.
Feliz se puede llamar
la mujer que no tiene hijos,
aunque Dios le de cogijos,
que estos nunca han de faltar.
Rita, muchacha! ¡Qué plomo!
Para lisas y pesadas
no hay como estas alquiladas.
¡Qué! si son de tomo y lomo.
¡Y con la tal libertad
está esta gente que chilla...!
Dios se lo pague á Castilla
que ha puesto así la ciudad!

ESCENA VI.

DOÑA BLASA Y RITA.

RIT.—¿Llamaba usted?

BLA.— Mujer, si.
¡Jesús, y qué negligencia!
Ya no hay, demonio, paciencia
para tolerarte á tí.

RIT.—*¡Una gana!* Yo no me hallo
de otra manera á servir.

BLA.—¡Cuando no me has de salir
con una pata de gallo!
¡A que estado ha llegado una!
¡Qué lisura! Vea usté...
Y sin qué ni para qué,
ni causa una ni ninguna.

RIT.—¡Por supuesto!

BLA.— Basta, basta;
no estoy ahora para riñas.
Dí que salgan á las niñas
cuando acaben ¡Ay, si es de *asta!*

RIT.— (¡Creera esta vieja feroz
Que soy carne acomodada!)

Yéndose.

BLA.—No hay más, me deja plantada
si le levanto la voz.
Como está el tiempo ¡caramba!
Y si esto mas se alborota,
de repente nos azota
una negra ó una zamba.
Si lo que aquí se vá á ver
nunca en la vida se ha visto...!
Está cerca el Ante-cristo...
no puede dejar de ser.
¿Quién es?

ESCENA VII.

DOÑA BLASA DON JUAN Y DON PEDRO.

JUAN.— Muy felices noches.
BLA.—¡Oh! señor don Juan. Me alegro
de ver á usted
PED.— Mi señora...
BLA. —Servir á usted, caballero.
Siéntense ustedes.
PED.— Mil gracias.
BLA.—Pues, señor don Juan, yo siento
haberlo á usted molestado;
pero he tenido que hacerlo
en fuerza de mis deberes
de madre.
JUAN.— (¿Qué será esto?)
BLA.—¿Supongo que este señor
no embaraza, y que podremos
delante de él?
PED.— No, por mí
no hay que incomodarse.
JUAN.— ¡Quieto!
El señor es un amigo
de mi confianza y aprecio;
y puede usted, doña Blasa,
hablar sin temor.
BLA.— Me alegro
de saberlo.
PED.—Muchas gracias.
JUAN.—(¿En qué parará este cuento?)
PED.—Pero usted dispensará,
señorita, si le observo
que á veces en las familias
existen ciertos secretos,
que no se deben confiar
á un extraño. Esto supuesto,
tal vez la bondad de usted
disimula...
BLA.—No, don Pedro;
puesto que aquí su amiguito
no ha encontrado impedimento
para que usted nos escuche,
yo tampoco lo hallo; menos
cuando el asunto no es
para andarse con misterios.
PED.—Siendo eso así...
BLA.— Pues, señor;
yo, don Juan mucho lo siento;
pero ya usted vé...
JUAN.— Señora,
¿qué es lo que ocurre? Acabemos.
PED.—(¿En dónde estará Chepita?)
BLA.—Pues, como digo, lo siento;
pero usted debe contar,
mi amigo, en cualquiera tiempo
esta casa como suya.
JUAN.—(¡Quién demonios entiende esto!)
BLA.—Porque, como usted bien sabe,
todos aquí lo queremos,
y tendremos mucho gusto
en que nos ocupe...
JUAN.— Bueno;
¿pero qué es lo que hay señora,
que hasta ahora nada comprendo?
PED.—(!Pues! al buen entendedor
pocas palabras.)
BLA.— ¡Qué haremos!
Póngase usté en mi lugar.
¿No es verdad, señor don Pedro?
PED.—Quien lo duda, señorita?
(Tú misma me das los medios
para entenderme con tu hija)
JUAN.—Pero, señora, acabemos,
que ya falta la paciencia
para tantos aspavientos.
BLA.—Despacio. Siéntese usted.
Voy á explicarme en un credo.
Pues, señor; habiendo dado
cuenta á mi marido luego,
de que usted me había pedido
á Petita en casamiento,
me acaba de contestar
que nada se haga sobre esto
hasta que él no venga á Lima;
porque quiere, y segun creo
no carece de razon,
informarse bien primero
del oficio que usted tiene,
de su conducta y su génio,
de su prosápia y familia...
PED.—(¡No es cosa!) Muy justo es eso.
BLA.—De si ha sido usted amigo
de Echenique y su gobierno...
JUAN.—Pero ¡por Cristo, señora!
¿Qué tienen ahora de nuevo
mis opiniones políticas
con el enlace propuesto?
BLA.—Tienen que ver, si señor;
porque es partidario ciego
del actual órden de cosas
mi marido, y ni por pienso
querrá meter en su casa
á un hombre, á quien llame el pueblo,
consolidado, ladron.
inmoral y mazhorquero.
JUAN.—Porque será, como muchos,
un intolerante, un nécio.
Cada cual de su opinion
es, doña Blasa, muy dueño;
y, en no haciendo daño á nadie,
ninguno tiene derecho
para forzarlo á arreglar
su querer con el ageno.
Amémosnos mútuamente;
toleremos nuestros yerros;
no mezclemos la política
con los negocios domésticos,

y el Perú será dichoso;
pero si acaso queremos
meterle á punta de lanza
á otros nuestro pensamiento,
la desgracia será el fruto
de tan temerario empeño.

BLA.—Se ha ido usted por la tangente.
¿No es verdad, señor don Pedro?

PED.—Concedido, señorita.
(No soy yo mal consejero)

JUAN.—Por lo que hace á mi familia,
á mi conducta y mis medios,
todo el mundo me conoce;
y sabe qne no trampeo,
que no engaño, que no adulo,
ni soy ningun pordiosero,
ni vivo á espensas de nadie,
sino á merced de mi esfuerzo;
y que si mis buenos padres
duques ni condes nacieron,
fueron honrados, señora,
que es el título más bello.

BLA.—¡Jesús, y que rascarrabias!
No me coma usted por eso.
Yo creo que no es delito,
don Juan, que nos informemos,
si vamos a emparentar
con un truhan ó un mataperros.

JUAN.—Si yo fuera, mi señora,
en esta tierra extrangero,
usté y su señor marido,
me admitirian por yerno,
sin más recomendacion
que tener blanco el pellejo;
aunque hubiera en mi país
sido un zafio, un bandolero.
Pero como, por desgracia,
he nacido en este suelo,
antes de entregarme á su hija
se me ha de poner por *pero*,
que allá cuando era chiquillo
correteaba por los techos,
ó que jugaba al *choclon*
con otros de medio pelo,
ó que en mangas de camisa,
y del sol al resisterio,
en la acequia de mi casa
buscaba los fierros viejos.

BLA.—Siéntese usted, que aun me falta
la posdata del correo.
Dice, pues, que mientras tanto
no se arreglen los conciertos,
nos haga usted el favor
de no venir mas á vernos;
por que el honor de su casa
debe conservarse ileso.
Aquí tiene usté á Petita.

ESCENA VIII.

DOÑA BLASA, D. PEDRO, D. JUAN, PETITA Y CHEPITA.

PED.—¡Señoritas!

CHE.— Caballeros......

PET.—(¡Qué colorado está Juan!)

BLA.—Vamos, menos cumplimientos.
Siéntense ustedes.

PED.— (Qué linda
está la chica!)

BLA.— Esto mismo
que acabo á usted de decir
lo sabe ella, y así espero
que no se infrinja el mandato
de su padre; mucho menos
cuando no cierra las puertas
al consabido himenéo,
y cuando el plazo que exije
se ha de pasar como el viento.
¿No digo bien?

PED. - ¿Quien lo duda?

CHE.—(¡Como me mira don Pedro!)

(Le hace señas para que repare en una carta que quiere darle y que le muestra á hurtadillas.)

JUAN.—Corriente. Es decir, señora,
que volver aquí no debo?

BLA.—Así parece.

JUAN.— Pero antes,
como un deber considero
el pedir á usted que diga
si ha notado, en todo el tiempo
que yo visito su casa,
falta alguna de respeto,
algun desman de mi parte,
que pueda haber dado mérito
a tomar una medida,
que mañana algun perverso
pudiera glosar......

BLA.— Don Juan,
no se afiija usted por eso.
En punto á honra, todos saben
que yo no me chupo el dedo.
Vaya, doblemos esa hoja,
No hay quien tenga atrevimiento
para faltarme en mi casa,
y para engañarme menos.
Se equivoca el que lo crea.....
No estoy en Belen.

PED.— (Veremos.)

BLA.—Yo sé bien donde me aprieta
el zapato, caballero,
A mí nadie me la pega;
no soy mujer de estos tiempos.

PED.—(Muy bien...Estamos conformes)

BLA.—¿No es cierto, señor don Pedro?

PED.—Tiene usted mucha razon;
y mi amigo, segun creo,
opina del mismo modo;
pero, ahora está algo molesto ...
acalorado......
BLA.— Hace mal,
no hay motivo para ello.
PED.—Cabal. Nada mas sencillo.
Como mujer de talento,
quiere usted poner á salvo
de críticas y de enredos
su honor, el de su marido
y el de sus hijas. ¿No es esto?
BLA.—Parece que usté estuviera
leyendo mis pensamientos.
Ni mas ni menos, así es.
PED.—Señorita, muy bien hecho;
en la casa donde hay niñas
todo cuidado es pequeño.
Una madre debe ser
un lince.
BLA.—Eso, por supuesto.
PED.—Porque si nó, una visita......
el descuido mas lijero......
la mordacidad, la envidia......
y ¡qué sé yo qué otros cuentos!
las esponen a perder
su decoro y su concepto.
BLA.—Bien dicho, perfectamente;
esto es ser un hombre ingenuo.
PED.—Pero, señora Blasita,
nosotros, ¿qué no sabrémos?
BLA.—¿No oye usted, señor don Juan,
lo que dice aquí don Pedro?
JUAN.—Si, señora.
PED.— (Ha comprendido.)

(Durante el diálogo ha metido la carta dentro del sombrero.)

BLA.—Pues ha hablado el Evangelio.
CHE.—No lo ponga usté ahí, señor.

(A D. Pedro que pone el sombrero en el suelo.)

BLA.—¡Qué! toma tú ese sombrero
y ponlo sobre la mesa.
PED.—No.. ...está bien......
BLA.— ¡Eh! ¿En el suelo?
PED.—Permita usted.... .
CHE.— Deje usted......

(Conduce el sombrero á la mesa; saca la carta y la guarda con disimulo.)

PED.—(Ya caiste en el anzuelo.)
BLA.—El asunto es algo duro,
señor don Juan, lo confieso;
pero ¿que lo hemos de hacer?
mas sufren otros.
PED.— Muy cierto.
CHE.—(Voy á leerla y contestarla.)
BLA.—¡Hola! ¿Niña, á donde bueno?
CHE.—Voy á mi cuarto, mamita,
que se me ha descosido *esto*.

(Tocándose la cintura del traje.)

ESCENA IX.

DOÑA BLASA, DOÑA PETITA, DON JUAN Y DON PEDRO.

BLA.—¡Que inocencia de muchacha!
Le aseguro á usted, don Pedro,
que porque esta fuera así
diera yo lo que no tengo.
¡Qué candidez! ¡Si es un ángel!
PED.—(Patudo.)
BLA.— Pero volviendo
á lo que decia usted;
la cosa es dura, es muy cierto;
pero los dias se pasan,
señor don Juan, sin saberlo,
y como al fin se ha de hacer... ..
JUAN.—Gracias.
BLA.— ¿No es así, don Pedro?
PED.—Señorita......
JUAN.— Doña Blasa,
yo no esperé jamás esto;
y si lo hubiera sabido......
¡Vive Dios......! Pero callémos.
BLA.—Aprenda usted de su amigo,
tan reposado, tan serio,
y no que parece usted
un fósforo, un botafuego.
JUAN.—(Nos podémos ir.)
PED.— (Aguarda)
BLA.—Sea usted, don Juan, mas cuerdo
PED.—Si, mi amigo, es necesario
hacer, como hombre, un esfuerzo,
prestándote al sacrificio
que doña Blasa te ha impuesto.
Tu honor mismo así lo exige,
y el de la hermosa que presto
te coronará de rosas
en delicioso himeneo.
Mira, hombre, de la esperanza
vive el amor, no hay remedio,
y mas se enciende su llama
cuando encuentra impedimento......
Mas claro, la privacion
es causa del......
BLA.— Por supuesto.
PED.—Así mientras mas esperes,
mientras mas sufra tu pecho,

mas dulces serán los goces
el dia que llegue el premio.
BLA.—Eso es.
PED.— Vamos, calma, amigo;
no se han de morir tan presto,
de aquí á Corpus......¡Disparate!
el tiempo vuela. Acabemos.
Ya está.

ESCENA X.

DOÑA BLASA, PETITA, DON JUAN, DON PEDRO Y CHEPITA.

CHE.— (Ya he escrito mi carta,
¿Como diablos se la entrego...?

(La muestra a D. Pedro a ocultas.)

¡Ah! buena idea!)
JUAN.—Está muy bien, me convengo;
mas juro......
PED.— No jures, hombre,
que quebrantas el precepto.
JUAN.—(Yo sabré lo que he de hacer.)
Marchemos de aquí, don Pedro.
PED.—Cuando gustes.
PET.— Voy, mamita,
en un momentito adentro
á traer una cosa...
BLA.— Bien,
anda, pues.

ESCENA XI.

DOÑA BLASA, PETITA, DON JUAN Y DON PEDRO.

BLA.—Hecha un veneno
está tambien ¡qué muchacha!
Si tiene el diablo en el cuerpo.
PED.—¡Qué quiere usted...!
CHE.— ¡Ay! mamita,
¡Y qué bonito pañuelo!
Mírelo usted.

Pasando por delante, y tomando un pañuelo que sacará D. Pedro para limpiarse el rostro, y en el cual indicará a Chepita que le ponga la carta.

BLA.— ¡Deja, niña!
Dispénsela usted, don Pedro.
¿No le digo á usted? si es cándida!
Vamos, Chepita.
PED.— No...¡Qué!
CHE.—Pero mire usted qué bueno!
¡Qué color! ¿Está marcado?
Cuolquiera dá cuatro pesos.
BLA.—Precioso está...¡Es muy bonito!
PED.—Ahí lo tiene usted.
BLA.— Agradezco.
Que se le vuelva á usted de oro.
Vaya, dále su pañuelo.
CHE.—Tome usted.

(Dándole el pañuelo y adentro la carta.)

PED.— Tómelo usted...
PHE.—Gracias.
CED.— Pero...
CHE.— No, señor.
BLA.—Guárdelo, señor don Pedro.
PED.—(Cayó al buzon.)

ESCENA XII.

DOÑA BLASA, PETITA, CHEPITA, DON JUAN, DON PEDRO Y RITA.

PET.— (No te olvides.)
RIT.—(¡Cómo, niña!)
PED.— ¿Nos iremos?
PET.—(Que no te oiga el otro.)
JUAN.— Vamos.
PET.—(Anda.)
RIT.— (¡Bien! cayó este peso.)
PED.—En fin, señora Blasita,
tengo el honor...
BLA.— ¿Donde bueno?
RIT.—Aquí no mas, á la esquina.
BLA.—Mira que hay que hacer.
RIT.— Ya vuelvo.

ESCENA XIII.

DOÑA BLASA, PETITA, CHEPITA, DON JUAN Y DON PEDRO.

BLA.—¿Con qué ya se ván ustedes?
PED.—Con no poco sentfmiento,
de mi parte, pues me privo
de estar con usted mas tiempo.
El trato de usted, Blasita,
es tan fino, tan ameno,
que las horas son instantes
á su lado.
BLA.—!Lisongero!
PED.—Mi corazon y mi lengua
estan acordes sobre esto;
y Dios sabe, amiga mia,
que no miento ni exagero.
BLA.—Favor que usted me dispensa.
PED.—Un indeleble recuerdo
deja en mi alma esta visita.

Bla.—(¡Qué instruccion y que talento!)
Ped.—Mientras viva admiraré
la prevision, el ingenio,
el tino y la vijilancia
que le ha dado á usted el cielo
para gobernar su casa,
y conservar puro, ileso,
el buen nombre de que goza
en todo Lima.
Bla.— Agradezco.
Ped.—Juro á usted que me haré lenguas
en todas partes sobre esto.
Bla.—Esta casa, y cuanto valgo
es de usted, señor don Pedro.
Ped.—Gracias. (Se la han convertido
en sustancia los requiebros.)
Juan.—Señora, á los pies de usted.
Adios.
Bla.— Salud caballero.
Ped.—(¡Vieja mas *candelejona*!
Cree que la amo cuando menos.)

ESCENA XIV.

DOÑA BLASA, PETITA, CHEPITA Y DON HILARIO.

Hil.—Pues, señor......Servir á ustedes.
Escucha tú ¿y esos niños
reparten aqui cariños,
ó recopilan mercedes?
A las hijas ó á la madre,
¿á quien le forman la rueda?
Bva.—¡A mi! ¿Quien será el que pueda?
Hil.—Puede que á alguno le cuadre.
Bla.—Yo no soy de esas, te engañas.
Tales pullas me encocoran.
Hil.—Hay ojos que se enamoran,
como dicen, de legañas.
Bla.—Quien te oiga tan en razon
creerá que, ya de madura,
tengo un pié en la sepultura,
y otro en un pan de jabon.
Hil.—Y no lo errará tal vez.
Tú naciste......
Bla.— Antes que tú.
Hil.—Era virrey del Perú,
en esa época......Aviléz
Bla.—¡El demonio! Eso es, cabal......!
Soy un vejestorio, un traste.
Hil.—Vaya, que ya te picaste.
Bla.—¡Sa habrá visto tal por cual!
No tiene mas en la boca
á toda hora: vieja! vieja....!
Vieja, pero no pelleja.
Hil.—¿Blasa, que te has vuelto loca?
Bla.—Ni cuando te he dicho yo
que nací el año pasado?
Seré mujer, de contado;
¡Pero vieja......!
Hil.— Se acabó.
Blasita, me equivoqué.
Naciste cuando Gamarra.
Bla.— De todo hace usted *chicharra.*
Hil.—Perdon, hermana, pequé.
¡El tema de las mujeres
de querer ser siempre niñas!
Bla.— Tu no mas buscas las riñas.
¡Tan groserazo como eres!
Hil.—Serán tus hijas entonces
por quienes vienen.
Bla.— ¡Ya escarbas!
Hil.—Como tienen buenas barbas,
y como no son de gonces.....
Bla.—Ahora tómala con ellas.
Eso es, destroza, asesina.
De tu lengua viperina
no escapan ni las doncellas.
Hil—No es á jugar *cascaritas*
cuando mozos así, Blasa,
se meten en una casa
donde hay muchachas bonitas.
Van á tocar cierta clave,
y á mover ciertos trebejos
con que á nosotros los viejos
nos dan derrepente un *cabe.*
Ah! cuando yo era muchacho......
Bla.—Por mas que el diablo discurra,
nadie me la pega.
Hil.— (¡Burra!
¡Le pegaria un cocacho!)

ESCENA XV.

DOÑA BLASA, DON HILARIO, PETITA, CHEPITA Y RITA.

Bla.—Haz las camas.
Rit.— Bien está.

ESCENA XVI.

DOÑA BLASA, DON HILARIO, PETITA Y CHEPITA.

Bla.—No me conoces á mi.
Pet.—(¿Le diste el recado?)
(A Rita al irse.)
Rit.— (Si.)
Bla.—¿Me la pegan, eh? Yá! yá!
Buenos ó malos halajas
esos que has visto salir
podrán, Hilario, decir
si yo me duermo en las pajas.

No llevan mala receta.
Hil.—¡Qué no te se duerma el diablo!
Bla.—¿A mí? ¡Como nó! Yo no hablo,
mi amigo, de *paporreta*.
Hil.—Eso mismo dicen muchos,
como tú, llenos de viento,
y yerran que es un contento,
y ensartan mil *despapuchos*.
Pet.—(Aprieta con los reproches!)
Hil.—Nada es mas fácil que hablar.
Bla—No me quiero incomodar:
vamos, niñas, buenas noches.
Hil.—(La señora vá que pela)
Pet.—(Cuando saldré de este infierno.)
Bla.—Hablador mas sempiterno
no se hallará ni con vela.

ESCENA XVII.

DON HILARIO

Pués! Que te *acusen recibo*.
De *fehaciente* la dá
un *documento* que ya
debió obrar en el *archivo*;
que me rompan sin motivo
de una trompada el testuz,
y de la *fecha* á la *cruz*
me pinten con carbon blando,
si no se la están pegando
sus hijas á toda luz.
Jactarse de que en la tierra
nadie le hace una pegata,
es cometer una *errata*
á sabiendas que se yerra;
es declararle la guerra
á la razon, ¡vive Dios!
porque, acá para *inter nos*,
qué mujer gorda ó enteca,
cuándo le dicen *manteca*,
no contesta al punto, *arroz*?
Y si nó meta en su pecho
cada prójimo la mano,
y conteste liso y llano
si lo dicho no es un *hecho*.
El amor, segun *derecho*,
nada ve, nada examina;
es un jefe de *oficina*
recien entrado al servicio;
es una *nota*, un *oficio*
que el *sueldo* nos elimina.
A mi tambien, en la edad
de las locas ilusiones,
me hizo echar muchos *borrones*
esta imperiosa deidad.
¿Y á qué hombre en su mocedad
no se le mueve la bílis
en presencia de una filis,
cuando los que peinan canas,
por Manongas ó Marianas
aun remueven el busilis?
Una *cuestion* he tocado
que, en mi concepto, es mejor
que se rompa el *borrador*
en el que la he *formulado*,
Desde que al árbol vedado
treparon Eva y Adan,
hombres y mujeres ván
por un mismo caminito,
y unas y otros... Pero ¡chito!
quéden todos como están.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

RITA.

Hasta el *gollete* me tiene
la vieja del enemigo;
y !cuenta qué no me llene!
porque la agarro y le digo
cuanto en ello se contiene.
¡Qué se me dá que despues
haya aquí paro y barajo!
con darle susto á los pies
no se me hará cuesta abajo
plantarlas en dos por tres.
Cásualmente ese italiano,
que tiene tan buena planta,
y que no habla castellano,
me ruega como á una sánta
porque le sirva á la mano.
Y ña Nieves, ña Jesús,
ña Conce y ña Nicolasa,
sin decirme chus ni mus,
me admitirán en su casa,
aunque les dé un patatus.

Gracias á Dios, no me falta
á donde ir, y no de oculto;
esto es si acaso no salta,
en mi ayuda cierto bulto
que hoy hablé por la Acequia Alta!
Y no es ni negro, ni zambo,
ni cholo, sino español
que lo conocí en un tambo......
no sé si fué en el del Sol,
ó en otro, allá por Malambo.
¡Pegarme! Si, que lo crea.
¡Hacerme fieros! tampoco.
!Vieja, cara de batea!
Me parece un soplamoco...
tan follonasa, tan fea!
Ña Petita es otra cosa;
en nada parece su hija;
no es tan simple, tan odiosa,
tan mezquina y tan botija,
sino franca y cariñosa.
Por eso la sirvo á gusto
en todo lo que me manda...
no es devalde, cierto, ajusto....
y no sé qué tiene que anda
la pobre con un disgusto...
Ya se me estaba olvidando
que me encargó abrir la puerta.
Vamos, que estará aguardando

(Al balcon.)

don Juan, ¡Centilena alerta!
¿No habrá venido? Eso, cuando?
No hay en la calle ni una alma.
Como este aire no me enferme,
ó haya aquí lo de la Palma...!
Pero no, la vieja duerme
y todo se encuentra én calma.
Vamos, pues, que el trato es trato.
Abrámosle á ño *Cañengas.*
Si se enreda el garabato,
no sé nada. Allá se avengan,
como yo no pague el pato·

ESCENA II.

DON PEDRO.

(Entra por el balcon,)

Ya hemos trépado la brecha;
no hay hombre que piense mas
en una cita que yo;
mi flaco es el ser puntual.
Con las tripas en la mano,
y en aptitud de boquear
hubiera acudido á esta.
¡Qué silencio hay por acá!
No se mueve ni una paja......
¿Si mi ninfa me saldrá
con *aquí las puse*? ¡Qué!
Imposible! No es capaz
el dulce imán de mis ojos
de semejante maldad.
Si he de juzgar por su carta,
me tiene un amor bestial,
y bajaria por mí
al mismo seno de Abrahan.
Tal vez estará despierta
todavía su mamá,
y le sacará las pulgas,
ó le leerá el Almanak,
para que sepa á qué santo
se tiene que encomendar.
En fin, ya estamos aquí.
Ahora venga Satanás,
con sus espuelas, sus cachos,
y hediendo á pez ó alquitran,
y mándeme que me mueva,
que no lo haré ¡voto á tal!
hasta que los gallinazos
no comienzen á aletear.
Mas alto: hasta que la aurora
muestre risueña su faz,
y hasta que los pajarillos,
en concierto celestial,
no acuerden á los mortales
la obligacion en que están
de tributar alabanzas
al Criador universal.
¡Magnífico! Apunta, Pedro;
juega un siete con un as.
Pero ¡diantre...!Alguno viene.
Veo cierta claridad,
y se acerca...ella ha de ser.
Como lo dije...¡Cabal!
!Una mujer! ¿Y á qué iria
la vida mia al zaguan?
Salgo á su encuentro..Bien mio!

ESCENA III.

DON PEDRO, RITA.

PED.—Ya estaba impaciente...
RIT.— !Ah!

(Deja caer la vela.)

PED.—¡Rita!
RIT.— ¡Ladrones!
PED.— Silencio!
RIT.– ¡Sereno!
PED.— Quiéres callar!
No te asustes.
RIT.– ¡Por la Vírgen!

Vivo en pecado mortal.
No me mate usted.

PED.— ¡Demonio!
Si soy yo......

RIT.— No tengo mas
que diez reales...mis aretes,
mi cigarrera...aquí está.

PED.—Mírame bien... ¿Tengo cara
de ladron?

(Enciende un fósforo.)

RIT.— ¿Es usted? ¡Ay!
me ha dado un susto......

PED.— ¿Y Chepita?

RIT.—Déjeme usted resollar.

PED.—¿Y Chepita?

RIT.— Está durmiendo.

PED.— Llámala.

RIT.— Me sentirán.

PED.—Anda......

HIL.— ¿Quién está en la sala?

(De adentro)

RIT.—¡Esta es otra!

PED.—¿Donde vás?

RIT.—A mi cuarto...salga usted...

HIL.—¡Muchacha!

RIT.— Váyase .....¡Ah!
se vé luz...¡por Dios!

PED Espérate.

RIT.—No me arranque......

PED Voto á San......!
Llevame á tu cuarto.

RIT.— ¡Como!

PED.—No temas. No perderás
el casamiento.

RIT.— ¡Jesús!

PED.—Camina......

RIT.— Váyase ya.

PDE.—Ocúltame... un rato...

RIT.— Nunca.
¿En mi cuarto? ¡Qué dirán!

HIL.—¡Rita!

PED.— Vamos......

RIT.— Pero......

PED Pronto.

RIT.—Suelte...¡Qué tenacidad!

PED.—¡Nada! A tu cuarto; si nó
á los dos nos pillarán.

RIT.—Si no puedo.....

PED.— Que viene...entra.

RIT.—¡Qué porfia!

PED.— Soy formal.

RIT.—¡Por Nuestro Amo......!

PED.— Adentro, adentro...

RIT.—¡Protesto...!

(Entrando.)

PED.— No hay que embromar!

(Se ocultan.)

ESCENA IV.

DON HILARIO.

[Envuelto en un capote y con una luz en la mano.]

¡Voto vá! ¡Quitarme el sueño!
¿Quién diablo anda aquí? quien llama?
Por Dios, es poco halagüeño
dejar á esta hora la cama.
Nadie...Seria ilusion,
ó pesadilla quizá......
¿ó escaparía el ladron
cuando grité: «quien vá allá?»
¡Quién sabe si alguien pasó
debajo de los balcones
y, por asustarnos, dió
ese chillido! ladrones!
Yo buscando los zapatos
no pude al punto salir......
Ya estoy, serian los gatos
que entran siempre aquí á reñir.
¡Cabales! gatos han sido!

(Viendo la vela que soltó Rita

mire usted la *prueba* aquí.
Como estaba tan dormido,
que era gente concebí.
Nada...Un silencio profundo
reina por ahora en la casa.
¡Qué cosas las de este mundo!
Al instante todo pasa.
En fin, me vuelvo á acostar,
que este airecillo maldito
me pudiera constipar.
Aun estoy oyendo el grito
que el sueño asi me ha espantado.
Ya que me han hecho el mal tercio,
mientras esté desvelado,
veré qué dice el «Comercio.»

ESCENA V.

DON PEDRO.

Se fué. Pues vuelvo á tomar
mi perdída posicion.
¿Si mi adorado dormento
vendrá por último, ó nó?
Si no viene haré de cuenta
que velando un muerto estoy,
ó en alguna timbirimba
que sin fondo se quedó.
No me muevo, ya lo he dicho,
sin dar fin á esta funcion.
¿Y la Rita? ¡No fue flojo
el susto que se llevó,
cuando de manos á boca

me confirmó de ladron?
¡Y para que me asilase
cuanto trabajo costó!
Temería la maldita
que me tentase Astarot,
y emprendiese un bombardeo
como el de Sebastopol.
¡Simplona! Piso mas alto.
Tan de mal gusto no soy.
Yo no uso cuero de lobo,
cabritilla, ni charol.

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DON JUAN.

JUAN.—Aquí hay gente.
PED.— Y no parece:
Me vá á tener de planton.
Mi silencio te responda.
JUAN.—(¡Calle!) Creo que es la voz
de Pedro la que he escuchado.)
PED.—Nada...Ni el ruido menor.
JUAN.—(El es. ¿Qué hará aquí á estas
PED.—Como no me dé la toz (horas?)
y me sientan......)
JUAN.— ¡Hola! amigo.
PED.—¿Quién vá?
JUAN.— No te asustes. Yo.
PED.—¡Juan!
JUAN.— El mismo.
PED.— ¿Aquí qué buscas?
JUAN.—¿Y tú qué haces, picaron?
PED.—¿Yo qué hago..? Soy el sereno
de este barrio. ¿Y tú?
JUAN.— Yo soy
el teniente del distrito,
que ha tocado á reunion.
PED.—Pues, hombre, si llegas antes
te la pones ¡voto á brios!
Porque ha habido aquí ladrones.
JUAN.—Tu eres, tunante, el ladron.
PED.—Es mucha felicidad
la de doña Blasa hoy:
toda la alta policía
le guarda su habitacion.
Ya puede roncar segura
hasta que amanezca Dios.
JUAN.—Y dime.¿Como has entrado?
PED.—¿Qué no lo malicias?
JUAN No.
PED.—Como muchos en el mundo.
¿Mé entiendes? Por el balcon.
JUAN.—Entonces en lo legal
te llevo una legua ó dos,
por que yo hago mis entradas...
PED.—*Sans compliment, sans facon?*
Por la puerta......
JUAN.— Lo acertaste.
PED.—Quiere decir que el amor
te dá triunfos con la luna,
en tanto que con el sol
te pone en fuga completa
la maternal precaucion.
Y con tan buenos recursos,
cuando la vieja te habló,
¿por qué diablos te pusiste
tan altivo, tan feroz,
como un Ministro de Estado
dando audiencia á algun pelon?
Pero escucha, amigo Juan,
¿Quiéres hacerme el favor......
JUAN.—Bueno... Pero, hombre de Dios,
¿Cómo has podido entenderte
con Chepa?
PED.— En un pé-ó-ére-por;
y en las barbas de su madre,
y en las tuyas.
JUAN.— (¡Bruto! y yo...)
¿Y cuándo?
PED.— Mientras tu suegra
dictaba tu proscripcion.
JUAN.—Eres el diablo en persona.
PED.—Pues tú no eres ningun Job.
Amigo, en los cubiletes
soy insigne, soy veloz.
¡Sobre que me llaman...! ¿Cómo?
El Prestidigitador.
Pero, retírate, chico,
que siento cierto rumor...
JUAN.—Es que yo tambien aguardo,
y tengo más graduacion.
PED.—Pues no hay que hacernos mal
Mira, chico; mientras yo (tercio.
me marcho con mi pareja
por ahí, por cualquier rincon,
tú te quedas con la tuya
en el puesto.
JUAN.— Se acabó;
convenido.
PED.— Pues á un lado,
y manos á la labor.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON PEDRO Y CHEPITA.

CHE.—Don Pedro!
PED.— Sí, vida mia:
yo soy. Acércate á mí.
Al mirarme junto á tí,
estoy loco de alegría.
Mi amiga, ¡cuánta ventura
disfruto en este momento!

Si, soy feliz, porque cuento
con tu amor y tu ternura.
¿Y tuve, ingrato, el valor
de dudar de tu promesa?
Me pesa, mi bien, me pesa,
soy un pérfido, un traidor.
HIL.—(¡Otra vez se siente ruido!)

(Asomándose á una ventaua.)

CHE.—Don Pedro, ¿y usted dudaba
de lo mucho que lo amaba?
HIL.—(¡Esa habíamos tenido!)
PED.—Siempre es tímido un amante,
siempre recela, Chepita.
HIL.—(¡Qué tal niña! ¡La santita!)
CHE.—Señor don Pedro.
HIL.— (¡Tunante!)
PED.—Y como tardabas tanto
vacilaba mi esperanza.
Casi, casi tu tardanza
ocasiona aquí un quebranto.
Si tan pronto no me escondo
en el cuarto de Rita...
HIL.— (¡Hola!)
PED.—Se arma aquí una batahola...
y, amiga, punto redondo.
Porque tu tio...
HIL.— (¡Bribones!)
PED.—Salió á esta sala.
HIL.— (!Qué tal!)
JUAN.—(No has de hacerle ningun mal.)
HIL.—(Ellos fueron los ladrones.)
CHE.—Don Pedro, le juro á usted
que desde que entró á esta casa...
HIL. - (¡Mala tos te siento, Blasa!)
CHE.—Con usted simpaticé.
¿Y usted no lo ha maliciado?
PED.—¿Y tú no has visto el afan
con que siempre te he mirado?
JUAN.—(Y que en semejantes tratos
esté en compañía suya.)
PED.—Mi vida hace tiempo es tuya.
HIL.—(Estos dos fueron los gatos.)
PED.—¿Mis ojos no te decían
que ardia en llama voraz,
y que ella crecia más,
mientras más ellos te veían?
¿No has notado mi inquietud,
mi desazon, mi tristeza,
y como iba con presteza
decayendo mi salud?
HIL.—(Miren á la muca-muca!)
CHE.—Si, don Pedro, estoy pagada.
HIL.—(¡Ay, Blasa, qué puñalada
te voy á dar en la nuca!)

(Se quita de la ventana.)

PED.—Pero, hagámosnos atrás,
no sea que...
CHE.— Poco á poco.
JUAN.—(¿Acabarás de irte, loco?)
CHE.—¿Pero adonde?
PED.— Aquí no mas.
JUAN.—(Ahora entro de guardia yo,
Y, por Dios, que no me peta
que semejante chabeta
haya entrado en el complot;
mas no ha de llevar á cabo
sus viles maquinaciones.)
CHE.—Don Pedro, esas intenciones,
como es de justicia, alabo.

ESCENA VIII.

DICHOS Y PETITA.

PET.—(¡Qué miedo tengo!)
JUAN.— Alguien viene.
PET.—(Algo me vá á suceder...
¿Si habrá venido don Juan...?)
JUAN.—Alguien se acerca...¡Ah! Ella es.
Petita, mucho has tardado.
¿Ha ocurrido algo, mi bien?
PET.—No, nada. Mucho tiempo hace,
don Juan, que ha llegado usted?
JUAN.—Si, ya hace rato.
PET.— Don Juan,
creame usted; esta vez
he deseado más que nunca
que me viniera usté á ver.
JUAN.—Lo mismo me ha sucedido
á mí, Petita, tambien.
PED.—Ante el Dios que nos escucha
juro amarte sin dobléz.

(Pedro y Chepita conversan aparte.)

¿Qué dice usted del capricho,
de la conducta cruel
con qne nos trata mi madre?
CHE.—Hé aquí mi mano tambien.
JUAN.—En cuanto á eso, amiga mía,
ningun cuidado te dé,
porque yo tengo tomadas
todas mis medidas bien,
á fin de que nos casemos,
sin falta, en todo este mes.
Y te prometo, Petita,
á fé de Juan Villarroel,
que no quedarán burladas.
PET.—¿Y por qué no escribe uste l
á mi padre?
JUAN.—Hay otro asunto
de magnitud, de interés,
de que debemos tratar
con preferencia esta vez.

PED.—No temas nada, alma mía,
yo jamás te seré infiel.
JUAN.—No añadamos a la culpa
que nuestro tormento hoy es,
la de ayudar a la pérdida
de una inocente mujer,
engañada, seducida,
con palabritas de miel.
De este paso solo pende
de tu casa la honra y prez.
PET.—¿Pero qué hay, por Dios, don Juan?
JUAN.—Escucha, te lo diré.
Don Pedro, ese amigo mio
que conoces tú tambien...
PET.—Sí, don Pedro...
JUAN.— ¡Chit! despacio:
no vaya á cirnos tal vez.
PED.—Dame un abrazo.
CHE.— Don Pedro,
por Dios, modérese usted.
JUAN.—Pues, don Pedro es el amante
de tu hermana.
PET.— Ya lo sé.
JUAN.—Pero no sabes, Petita,
su infamia, su avilantez,
y los males que prepara
á esa infeliz.
PET.— Hable usted.
JUAN.—Ahora mismo, en este sitio...

ESCENA IX.

DICHOS, DON HILARIO, DOÑA BLASA.

BLA.—Si no puede ser.

(A D. Hilario que entra con una vela en la mano.)

PET. Y CHE.— ¡Mi madre!

(Petita y D. Juan se hacen á un lado; Chepita se esconde en el balcon, y D Pedro se oculta en el cuarto de Rita.)

PED.—(Yo me soplo aquí.)
JUAN.— ((Qué chasco!)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DON PEDRO Y CHEPITA.

HIL.—Si los he visto.
BLA.— Imposible.
Si fuera su hermana, vamos;
pero ella...
PET.—¡Válgame Dios!
BLA.—Es incapaz.
HIL.— No me engaño.
Pronto lo vamos á ver.
Mira: aquí están.
BLA.— ¡Bribonazos!
¿Qué escándalo es este? ¡Tate!
¿No vé usted, señor hermano?
PED.—Doña Blasa...
BLA.— ¿Lo vé usted?
¡Quién había de ser!
HIL.— ¡Diablo!
BLA.—Si á mi nadie me la pega.
Tan sólo esta marimacho
puede hacer esto.
PET.— Mamita...
BLA.—¡Quita ahí! Vamos, Hilario,
es preciso que no seas
tan malicioso, tan malo.
Ya ves, no es ella.
HIL.— Mujer,
¿quieres callar con mil santos?
Que sea ó no sea ella,
lo cierto es que te han chasqueado.
BLA.—¡Quitarle el crédito así!
No es ella como este diablo,
HIL.—Si no puede ser, señor,
yo los he visto bien claro.
Los he oído. Aquí han de estar.
Me emplumen si no los hallo.
BLA.—Veremos, caballerito,
que responde usté, á los cargos
que le haga ante el Intendente.
JUAN.—Que usted todo lo ha causado.
CHE.—¡Virgen Santísima!
HIL.— Nada.
JUAN—Yo no le niego mi mano.
Estoy pronto.
HIL.— ¡Aquí! ¡aquí está!
No lo dije?
JUAN.—La pillaron.

ESCENA XI.

DICHOS, DON PEDRO, CHEPITA Y RITA.

RIT.—¡Señor!
PED.— No grites.
RIT.— ¡Socorro!
¡Aquí hay un hombre!
PED.— Me largo.
HIL.—Eso no, caballerito.
Por acá... Vamos andando,
y tú tambien.
RIT.— (Me atrapó.)
PED.—Esto concluye a capazos.
HIL.—Aquí te traigo á la santa

y tambien te traigo al diablo
que tentaba su inocencia.
BLA.—¡Indigna!
HIL.— Blasa, despacio.
No es hora de eso.
BLA.— ¡Canalla!
¡Cómo no tengo aquí un palo!
¡Y esta encubridora...!
HIL.— Tente.
No alces á nadie la mano.
BLA.—Le he de dar de cachetadas.
RIT.—¿A mí? *¡Còmo estis!* veamos.
HIL.—Quita de allí
(á Rita)
RIT.— ¡Qué me pegue!
¡Pobre de ella!
HIL.— No haya escándalo.
RIT.—Déjela usted que me pegue.
HIL.—Calla.
RIT.— Se habrá figurado
que estamos en tiempo de ántes.
HIL.—Vaya, márchate á tu cuarto.
RIT. —Vieja, boca de tortuga!
HIL.—Anda...
(Empujándola.)

RIT.— ¡Figura del Acho!
BLA.—¡Insolente!
RIT— ¡Cochambrosa!
HIL.—Vete. Y mañana temprano
busca madre que te envuelva.
PED.—Me alegro.
RIT.— ¡Cómo que saco
mucho de aquí!
PED.— ¿Me entregaste?
Aguanta, pues.
RIT.— ¡Ménos *galgos*
habían de ser!
BLA.— ¡Atrevida!
HIL.—Vaya, no hay que hacerle caso
Anda...
RIT.—*Ña Mica Zavala* (*)
HIL.—Márchate, demonio, ó llamo
al sereno.
RIT.—¡A mi amenazas!
BLA.—No sé qué me está pasando.
¡No hay miedo! ¡Conmigo estás!
RIT.—¡Vieja de todos los diablos!
BLA.—¡Y que sufra que esta puerca
me ponga como estropajo!
RIT.—Si me pone un dedo encima
á mordiscones la acabo.
¡Diantre! Con tripas y todo
me la comiera en tal caso.

---

(1) Nombre de una bruja penitenciada por la Inquisicion, y que se hizo célebre por lo desvergonzado de su lenguaje.

ESCENA XII.

DICHOS, MÉNOS RITA.

BLA.——Estas cochinas no mas
me dan estos malos ratos:
mañana mismo á un convento...
ni un dia más las aguanto.
¡Quién había de pensar
que andaban en estos pasos!
A la mejor se la doy.
¡Ya se vé! Si era, entre gallos
y media noche, este teje
y maneje de los diablos.
¡Estoy muerta de vergüenza!
¡Picaronas! ¡Sin recato!
PET.—Cásenos usted, mamita,
y seremos sus esclavos.
BLA.—¡Sinvergüenza!
HIL.— ¡Qué barullo!
JUAN.—Señora, nada avanzamos
con insultos.
BLA.— ¡Inmoral!
JUAN.—No lo soy cuando me caso.
BLA.—¡Y esta gazmoña, esta hipócrita!
¡No sé como no la mato!
¡Miren qué cara...!
HIL.— Es preciso
una paciencia de santo
para oir esto. ¡Qué mujer!
Poco falta. No perdamos
el humor.
BLA.—Si yo lo hubiera
poco antes adivinado,
no lo contarías.
HIL.— ¡Qué!
si yo soy un temerario...!
si ella no es capaz de nada...!
BLA.—¡Jesús, Jesus!
HIL.— Si eres Argos...!
si á tí nadie te la pega...!
BLA—Déjame, por Dios, Hilario.
Me calientas la cabeza
mucho más con tus sarcasmos.
¡De esta hecha me vuelvo loca!
PED.—(¡Pero haber caído en el lazo!)
BLA.—¡Qué dirán, en todo Lima,
de lo que aquí está pasando?
Mi honor vá á estar por los suelos.
¡Dios mío! ¡Yo que no he dado
qué decir, ni de doncella,
y ménos en tantos años
que soy casada, verme ahora
metida en este pantano!
Yo no sé á quien han salido
estas antuerpías.
HIL.— Es claro;
á tí, ¿á quien han de salir?
Lo que hay es que con los años

ya no te acuerdas...
BLA.— Mentiras;
nunca he dado un paso falso.
HIL.—Calla, no hables disparates.
En la edad de los halagos,
todos, poco mas ó menos,
si no caemos, tropezamos.
BLA.—¡Qué pensará mi marido
cuando sepa estos escándalos!
¡Ay, Señor! No sé que hacer.
HIL.—Pues yo sí. Ea, muchachos,
cada cual con su pareja,
que yo os *conjugo ipso facto*.
BLA.—¿Pero qué dirá...?
HIL.— ¡Silencio!
El caso es extraordinario,
y la salud de la casa
es el *supremo mandato*.
Sentados estos *principios*,
y además *considerando*:
Primero: Que tu cacúmen
es obtuso y poco elástico;
esto es, que no tienes meollo
para arreglar estos bártulos.
Segundo: Que tu marido
no se halla aquí, sino en Huánuco,
y de consiguiente *inhábil*
para mandar en el *acto*.
Por tanto: te destituyo
en esta casa del *mando*,
y lo tomo por mi cuenta,
con los *poderes* mas *ámplios*,
para evitar la *anarquía*
que sobre ella vá asomando,
y para que no la befen
las demás casas del barrio.
BLA.—Escríbele antes siquiera.
HIL.—*Otro sí: digo y declaro*
bajo juramento, *etcétera*,
que al *investirme del cargo*
no *procedo de malicia*,
y que de todos mis *actos*
daré razon á su tiempo
á quien fuere necesario,
segun es uso y costumbre
en estos y en otros casos.
Item: perdona el estilo
y obedece lo que mando.
BLA.—Está bien, haz lo que quieras.
PED.—Pues yo, señor don Hilario,
con el debido respeto,
espongo á usted, que no me hallo
en aptitud de admitir
la comision que me ha dado,
porque me faltan las fuerzas...
ya usted me entiende.
JUAN.— (¡Villano!)
HIL.—Entonces de este lugar
lo destierro á usté en el acto,
como indigno de mezclarse
con hombres que son honrados,
hasta que en mejor *acuerdo*
se *resuelva* lo *contrario*;
quedando usted, caballero,
responsablé sin embargo
á los daños y perjuicios
que pudiera haber causado.
Vamos, tome usted el trote,
y no me haga hablar mas alto,
PED.—Obedezco. Hasta la vista.

ESCENA XIII.

DICHOS MENOS DON PEDRO.

HIL.—(De buena hemos escapado.)
CHE.—¡Ingrato! ¿Esta recompensa
reservaba á mi cariño?
HIL.—¡Buen *amanuense* es el niño!
PET.—¡Qué impávido y sinvergüenza!
HIL.—¿Y tú porqué estás llorosa?
Porque has perdido un zanguango
que iba á sumirte en el fango
de una vida ignominiosa?
Antes á Dios haz un voto
porque con bien te ha librado;
mas, la leccion que te ha dado
no hay que echarla en saco roto.
Si honradamente te portas,
siendo muchacha y bonita,
tendrás marido, Chepita,
mejor que ese zampatortas.
Que mientras mas á deseo
una mujer se reduce,
mas aprecia, y mas seduce
y tambien huele á poleo,
segun lo dice el adagio,
y segun lo digo yo,
que el único no soy, no,
que dá como suyo un plagio.
Vaya, dén un par de abrazos
á la señora.
PET.— Mamá!
(Llegando.)

JUAN.—Doña Blasa...!
(Idem.)

BLA.— ¡Qué se hará!
HIL.—Ahora, chicos, á mis brazos.
En fin, hermana, ya has visto
cómo las pasiones ciegan,
y que fácil se la pegan
al que cree que anda mas listo.
Solo á Dios, Blasa, no engañan
en este mundo los hombres;

pero entre ellos, no te asombres,
no viven si nó se dañan.
El engaño y la falsía
son moneda muy corriente
que circula entre la gente,
sin aspaviento, en el dia.
Y como la buena fé
tan mal con esto se aviene,
aquel que mas vista tiene
ese es el que menos vé.

ESCENA XIV.

DICHOS Y RITA

Rit.—Me voy. Salgamos del parto

(Sale con un atado debajo del brazo.)

cuanto mas antes. Señora,
ahí le queda á usted su cuarto.
Hil.—¿Pero adonde vas á esta hora?
Rit.—Adonde me dé la gana.
Hil.—¿Aun prosigue la funcion?
Rit.—Mañana por la mañana
mandaré por mi colchon.
Hil.—Pues lárgate de una vez:
hazte, demonio, invisible.
Bla.—¡Habráse visto altivez!
Rit.—¡Habrá vieja mas horrible!
Bla.—Sal de aqui pronto, canalla!
Rit.—Sino tuviera donde ir,
encima de la muralla
ahora me fuera á dormir,
por no aguantarla á usted mas.
Hil.—¡Largo! ¿A qué aguardas?
Rit.— Me voy.
¡Vieja inicua! ya verás,
dentro de poco, quien soy.

ESCENA XI.

DON HILARIO Y DOÑA BLASA, DON JUAN.
PETITA Y CHEPITA.

Hil.—No está mala la *postdata*.
Esta es la última pegata
que nos ha hecho á tí y á mi.
Y pues se acabó la historia,
aquí paz y despues gloria.
Vámonos, Blasa, de aquí.
Bla.—Pero antes que nos vayamos,
Hilario, todos pidamos
por nuestras faltas perdon.
Hil.—Es muy justo; y que no sea
al que esta fábula vea
infructuosa la leccion.

UN JUGUETE.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EL DIA 24 DE ENERO DE 1858.

PERSONAJES.

Don Ciriaco.
Nazario.
Diego.

Doña Matea.
Jacinta.
Isabel.

LA ACCION PASA EN LIMA DEL 24 AL 26 DE ABRIL DE 1857.—EL TEATRO REPRESENTA UNA SALA DECENTEMENTE AMUEBLADA, CON PUERTAS LATERALES QUE CONDUCEN Á DIVERSOS APOSENTOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON CIRIACO Y DON DIEGO.

Cir.—¡Nada......! no me venga usted,
don Diego, con *paro medio*......
lo hace mejor sin remedio
un lego de la Merced.
Die.—Así como yo presumen
otros muchos.........
Cir.— ¡Disparate!
Para empeñar un combate
se necesita cacúmen,
y tener valor de sobra,
y además gran tino táctico,
y ser, mi amigo, muy práctico
y muy ducho en la maniobra.
Die.—Dicen que el golpe era maestro
y el plan muy bien meditado.
Cir.—Que lo diga el resultado.
Die.—Cuando el destino es siniestro......
Cir.—¡Eh......! No me vengan á mí
con destinos, ni simplezas.........
allí no ha habido cabezas.
Die.—No todos piensan así.
Cir.—Pues yo, mi amigo, repito
que no ha habido plan, ni nada;
ha sido una chambonada,
un barullo, cabalito!
Die.—¿Y usted, qué medios hubiera
adoptado, don Ciriaco?
Cir.—Escúcheme usted. Yo ataco,
mi amigo, de esta manera.
Me desembarco en Chorrillos,
vengo volando hasta aquí,
y, mientras maniobro así,

bombardeo los Castillos.
En seguida mis guerrillas
las desplego en la Menacho,
en Juan Simon, en el Acho,
en Guia y en Maravillas:
tomo las Portadas luego
pongo en cada una un obúz,
y ántes que aclare la luz
mando que rompan el fuego.
En tanto que el bronce escupe
proyectiles y metralla,
la infanteria en batalla
avanza por Guadalupe,
y un escuadron de dragones
con tiradores á la anca,
desfila por la Barranca,
al trote, desde Barbones.
En este estado, concentro
mis fuerzas en Piñonate,
cambio de frente sobre Ate
y ¡zas! me soplo en el centro.
Sin andarme, entónces, reacio
ni mover muchos registros,
les intimo á los Ministros
que desocupen Palacio.
El Consejo sorprendido
no sabe que resolver;
echa al instante á correr,
y héte el negocio concluido.

Die.—¡Bravo...! Muy bien, don Ciriaco!
¡Qué estrategia! ¡Qué pericia!

Cir.—Ay, amigo! la milicia
ha sido siempre mi flaco.

Die.—¡Oh....! Se conoce.

Cir.— No es broma;
y á no ser por mi mujer
yo hubiera llegado á ser
general como una loma.

Die.—¿Cómo es eso?

Cir.— De este modo;
porque cuando ella atizbaba
algun riesgo, me encerraba
en su cuarto á piedra y lodo.

Die.—Bien se vé que la señora
es prudente y de talento.

Cir.— Nada de eso; es un jumento,
una fúria, una habladora.
Y yo tambien soy un bruto
que, conociendo á ese bicho,
en repeler su capricho
me he mostrado irresoluto.
Yo debí seguir de frente
mi vocacion primitiva,
y obrar como fuerza activa
no como fuerza paciente.
Yo no debí despreciar
por llantos, ni por simplezas,
los empleos, las riquezas,
ni la fama militar.

Die.—Pero, en cambio, el matrimonio
proporciona otros placeres.

Cir.—¡Reniego de las mujeres!
La mejor es un demonio.
Sin ellas ¡cuán alto puesto
en mi patria habria alcanzado!
Tal vez Ministro de Estado......
¿No lo cree usted?

Die.— Por supuesto.

Cir.—Afortunado el mortal
que en libertad se conserva,
y sus potencias no enerva
el yugo matrimonial.
Feliz quien, sin sobresalto
de doméstica reyerta,
entra y sale por su puerta
sin que nadie le diga ¡alto!

Die.—Yo, por ejemplo......

Cir.— Verdad;
ni esa idea usted revoque,
ni tenga mas rey ni roque
que su propia voluntad.

Die.—Por lo dicho, usted no estima
que se case su hija pronto.

Cir.—Puede ser que haya algun tonto
que se eche ese fardo encima.
Y no lo digo porque ella
tenga un filis que no cuadre,
porque es pintada á su madre
cuando era niña doncella;
sino porque es, á mi ver,
la mayor de las locuras
ponerse un hombre ataduras
que nunca puede romper.

Die.—Pues, segun tengo entendido,
además de ser hermosa,
es Jacintita juiciosa
y de alcances.........

Cir.— Concedido.
La chica no es torpe, no,
ni renga, ni sin nariz;
pero es la causa motriz
de que no figure yo.
Cobarde como ella misma,
si oye reventar un cohete,
bajo la cama se mete,
aunque se rompa la crisma.
Y si por la calle acierta
á pasar una patrulla,
echa á correr, hace bulla,
y grita—*cierren la puerta.*—
Cuando esto oye mi conjunta,
que sueña en revoluciones,
á pláticas y empellones
me aturde y me descoyunta;
y aunque no puedo decir
que me hace ya prisionero;
pero me esconde el sombrero
y no me deja salir.

Mas ellas vienen...... ¡Chiton!
No estoy para pleitos ahora.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA MATEA Y DOÑA JACINTA.

JAC.—(¿Aquí don Diego?)
DIE.— Señora......
JAC.—(No penetro su intencion.)
MAT.—¿Usted bueno?
DIE.—A su servicio.
¿Y usted, señorita?
JAC.— Buena,
gracias.
MAT.—¡Alabo la calma!
Ciriaco, ¿tú no te acuerdas
que hoy es dia de correo,
y que están en tu carpeta
varias cartas inconclusas
cuyo despacho interesa?
CIR.—¡Ajá! Cierto, voy allá.
Con usted no hay etiqueta.
DIE.—¡Qué...! No señor......
CIR.— ¡Ah! quedamos
en que usted no desaprueba
mi plan, ¿no es así? Pues bien,
otro tengo acá en salmuera
de que despues hablaremos.
MAT.—¿Por Dios, Ciriaco, ya empiezas?
En poniéndote á charlar
de política y de guerra,
hasta de que eres cristiano
te olvidas horas enteras;
y si encuentras un ocioso,
que escuche tu cantaleta,
te estarás dias y noches
en ocupacion tan necia.
JAC.—Pero, mamá.........
MAT.— No me jales....
Yo con nadie tengo cuenta.
CIR—¿Pero á qué viene todo eso?
Creo que a tí no te peta
mi plan de ataque. Pues, bueno,
escucha el de la defensa.
MAT.—Yo no quiero saber nada.
CIR.—Al traerme el propio la nueva
de que se halla el enemigo
con toda su tropa en tierra,
sin pérdida de momento
me marcho á la Magdalena;
embosco en el Balconcillo
una columna lijera.........
MAT.—Qué sabes tú de eso? calla.
CIR.—Luego me corro á la izquierda,
y colocando mis cuerpos
entre Maranga y la Legua,
espero que el enemigo.........
MAT.—Hombre, basta de simplezas.
¿Qué te importa á tí que mande
este ó el otro......... cualquiera,
ni que se roben el huano,
ni que las leyes se tuerzan?
Tú no has de ser Presidente.
CIR.—Las leyes no me exoneran;
y sobre todo, yo emito
mi opinion, en virtud de ellas.
Soy peruano.........
MAT.— *Masquenunca.*
CIR.—Tengo la edad y la renta
que se requieren.
MAT.— No le hace,
CIR.—Si no cargo charreteras
es porque tú.........
MAT.— Punto en boca,
callá y en nada te metas.
Quien mande no ha de faltar
como mejor le convenga;
y tú, y otros como tú
que hablan porque tienen lengua,
en tanto que cuando hay riesgo
se ocultan bajo la mesa,
no son los que han de arreglar
el Perú de otra manera.
CIR.—No te enojes.... voy al punto
á concluir esas esquelas.
Pero, dime.... ¿ustedes vienen,
segun parece, de fuera?
JAC.—Fuimos un rato á la Plaza
á hacer una diligencia.
CIR.—Y qué se dice por ahí?
Se vá Vivanco ó se queda?
Yo que él atacara á Freire,
por Arica ó por Moquegua;
y, marchando *incontinenti*
á situarme en la compuerta,
batiria á San Roman
por la costa y por la sierra.
MAT.—Qué lástima que Vivanco
á tu lado no te tenga!
CIR.—Otro gallo le cantara
si tal cosa sucediera;
porque.........
MAT.— ¿Volvemos de nuevo?
CIR.—Tú de todo te violentas.
MAT.—Pero, señor.........
CIR.— Basta, basta,
nada digo. Hasta la vuelta.

ESCENA III.

DON DIEGO, DOÑA MATEA, DOÑA JACINTA.

MAT.—Los amigos me lo pierden;

ellos no mas le fomentan
esa cáfila de absurdos
que bullen en su cabeza,
y le administran lecciones
que el muy simplon aprovecha,
porque quien con lobos anda,
ya se sabe, á ahullar se enseña.
Die.—Gracias por lo que á mí toca.
Comprendo bien la indirecta,
así como otras vertidas
en el curso de esta escena,
y que, como usted ha visto,
he sufrido con paciencia.
Mat—Yo no hago alusion á nadie;
al que le duele, se queja.
Die.—Ahora, permítame usted
que le diga con franqueza,
que á mi juicio las mujeres
no son voto en la materia,
y que el hombre que no gusta
sentar plaza de un babieca,
no se deja gobernar
por quien le debe obediencia,
ni se muestra diferente
al bien ó al mal de su tierra;
porque de lo uno ó de lo otro
participa muy de cerca.
Mat.—Usted puede, señor mio,
hacer lo que le parezca,
y deje que cada cual
haga tambien lo que quiera.
Mañana, si á mi marido
lo soplan en Carceletas,
ó lo mandan á Getafes
por llevarse de esas reglas,
á buen seguro que usted
no le ha de dar ni una *seña*,
ni se ha de empeñar con nadie
para que á su casa vuelva.
Con poner la cara triste
y no frecuentar mis puertas,
habrá usted hecho lo que hacen
otros muchos en mi tierra,
que en el Tabor acompañan
y del Calvario se alejan.
Die.—Suposicion semejante
me agravia sobremanera.
Mat.—No ha sido esa mi intencion;
hablo asi por mi esperiencia.
Die.—Mi amistad con don Ciriaco
es antigua y verdadera,
y no le ha sido jamás
ni gravosa ni molesta.
No obstante, si usted, señora,
juzga la cosa diversa
aunque muy á mi pesar,
estoy dispuesto á romperla.
Jad.—Pero, señor.........
Mat.— Deja, niña;
aquí á nadie se hace fuerza.
Jac—Usted dispense, don Diego.
Mi mamá siempre lo aprecia......
Su mucho amor á papá
la hace hablar de esa manera;
pero, Dios lo sabe bien,
á poco rato le pesa.
Ella, señor, no es capaz
de hacer á nadie una ofensa.
Mat.—Así es la verdad; yo nunca
me entrometo en casa ajena.
Die.—Ni yo tampoco, señora.
Mat. Ya usted vé que no es prudencia,
en los tiempos en que estamos,
criticar al que gobierna,
mucho ménos si quien lo hace
no tiene plata ni influencia;
porque por lo mas delgado
la soga siempre revienta.
Die.—Tiene usted razon, señora:
dispense usted mis molestias.
Mat.—No hay de qué.
Die.— Yo me retiro.
Ustedes me dén licencia.
Mat.—Usted la tiene.
Die.— Señoras.........
Jac.—¡Dios mio! qué cosas estas!
Die.—Hasta la vista.
Mat,— Adios, pues.
(Ni allá llegues, ni acá vuelvas.)

ESCENA IV.

DOÑA MATEA Y DOÑA JACINTA.

Jac.—Jesús con usted, mamá!
lo ha hecho usted salir corriendo:
con razon se sentirá.
Mat.—Puede que se vaya riendo.
Jac.—Oh! no.
Mat.— Son muy descocados
los hombres.
Jac.— No de su esfera.
Mat.—Todos ellos son cortados
por una misma tijera.
Jac.—Para qué...... Sentire mucho
si se queja. Lo confieso.
Mat.—Pues á mí me importa un pucho
que forme de mí congreso:
por semejante bicoca
no me ha de tener de reata;
cada uno manda en su boca,
y el hablar no cuesta plata.
Diga cuanto se le antoje,
tire revesos y tajos;
si se enoja que se enoje;
tendrá el pobre dos trabajos.

JAC.—Pero ¿cuál es el motivo
que origina este despego?
MAT.—Oigá ¡qué interés tan vivo
tomas por el tal don Diego!
JAC.—Yo, mamá.........
MAT.— Tal vez te pinta
á tí tambien con sus cuentos.
Cuenta con ello, Jacinta,
que esos son otros quinientos.
Agradezca antes que yo
no he estado, como otras veces,
de mal humor, que si nó
le *chanto* mil pesadeces;
que bien merece este trato
quien, sin conciencia ni tino,
introduce el desbarato
en la casa del vecino.
Ojalá que nunca me hable,
ni aqui me ponga los piés;
me hará un servicio notable......
¡hágalo Dios por quien es!
JAC—Cuando mi papá se informe
de lo que ha pasado aqui
puede que no se conforme.
MAT.—Eso déjamelo á mí.
Que le plazca ó no le plazca
mi modo de proceder,
por ahorrar una *patazca*,
tendrá luego que ceder;
y si alza tan alto el grito
que la paciencia me aborda,
yo le haré ver muy prontito
que no soy muda ni sorda.

ESCENA V.

DICHOS Y DON CIRIACO.

[Con una carta.]

CIR—Ya están escritas las cartas;
esta me falta no mas.
Y don Diego?
MAT.— Ya se fué.
CIR.—(No esperarme, ¡voto á tal!
En fin, paciencia! otro dia
le hablaré sobre mi plan
para terminar la guerra.)
MAT.—Vamos á esto ¿qué es lo que hay?
CIR.—Ah! venia á consultarte
lo que se ha de contestar
á esta carta.
MAT.— De quién es?
CIR.—De don Bernardo Roncal
que solicita.........
MAT.— Ya estoy.
Oye, Jacinta.
JAC.— Mamá.
MAN.—Vete un momento á tu cuarto,
que tenemos que arreglar
yo y tu padre cierto asunto......
Pero no, ven para acá,
que nada importa que escuches
lo que vamos á tratar:
antes mejor, porque tú eres
el objeto principal.
JAC.—(¿Qué será esto?)
MAT.— Una silla.
JAC.—Tome usted otra, papá.
MAT.—Sentémosnos. Pues señor
CIR.—Con que.........
MAT.— Déjame pensar....
Pues bien; dile á don Bernardo,
despues del ceremonial
de etiqueta.........
CIR.— Ya comprendo.
MAT.—Eso nunca está de mas;
que en cuanto á su peticion
no se le puede acordar;
porque hemos determinado
otra cosa tiempo há.
CIR.—Cómo......! ¿Le niegas á tu hija?
MAT.—Pues no se le ha de negar?
CIR.—A un hombre que tiene buque,
y que jira un dineral?
MAT.—Pero su tio fué herrero,
segun se dice, en Huaráz;
y su abuela yo la he visto,
negármelo no podrán,
vendiendo aguardiente de ámbar
y zahumerio en el Portal.
CIR.—Qué tiene eso? De algun modo
habian de trabajar.
MAT.—Lo crees así?
CIR.— Por supuesto,
y eso mucha honra les dá.
MAT.—Tú lo entiendes; tú discurres
mejor que un Santo Tomás.
CIR.—No hay gerónimo de duda;
y esa laboriosidad
ha dado por resultado
su buen modo de pasar.
MAT.—Pues no es esa mi opinion,
ni la ha sido, ni será.
Yo no quiero quien me quite
sino quien me pueda dar;
ni nunca tendré parientes
de á cuartillo ni á mitad.
CIR.—El sistema que nos rije.........
MAT.—Cuando habia de faltar!
CIR.—O hablando mas claramente,
en nuestro pacto social
no se reconocen títulos,
ni distinciones.........
MAT.— Ajá!
Pues, entónces, casa á tu hija

con algun negro bozal.
Cir.—Eso no.
Mat.— Pero por qué?
Un negro es un hombre.
Cir.— Ya!
Pero.........
Mat.—No somos iguales......?
Cir.—Ante la ley nada mas.
Mat.—La ley, la ley! Con tu ley
me piensas aturullar;
pero á mí, ni tú, ni nadie
con dado falso me dá.
Quien te oiga creerá sin duda
que eres hombre muy legal;
lo eres, si...... de conveniencia,
como son aquí los mas.
Cir.—Habladora!
Mat.— Oye.
Cir.— Qué cosa?
Mat.—Un secreto.
Cir.— Voto vá!
Mat.—El caballo desbocado
no necesita bozal.
Cir.—Quita!
Mat.— No es verso......
Cir. *Ardilosa!*
Mat.—Pero es la pura verdad.
Cir.—Cuenta, que la ley impone
tambien castigo al mordaz.
Mat.—Has de pregonar la ley
tanto que la has de gastar;
añade la del embudo
que es la que hoy en boga está.
Cir—Lo que yo veo es que tú
quisieras emparentar
con un conde, con un duque,
con un baron aleman;
pero hija mia, esa fruta
ya no se usa por acá.
Mat.—Qué gracioso! Echa la baba.
Para reventarte estás.
¿Habrá *yuyos?* A tí el naipe
por gracejo no te dá.
No contesto una palabra
á esa sátira sin sal,
porque tengo mis motivos,
por ahora, para callar.
Luego que estemos á solas
te diré, de *pe* á *pa*,
cuales son mis intenciones
sobre ese particular.
Cir.—Haz lo que te dé la gana,
y que me dejen en paz.........
Ahí queda esa carta.
Mat— Cómo?
Cir.—¿Cómo? comiendo, cabal.
Mat.—Qué es lo que dices?
Cir.— Lo que oyes.
No la quiero contestar;
hazlo tú, si te parece;
en vez de tinta echa agraz,
que mi pluma no desaira
á un hombre como Roncal.
Mat.—Con que no escribes?
Cir.— Lo he dicho.
Mat—Pues yo digo que lo harás,
y en mi presencia. Camina.
Cir.—No me empujes.
Mat.— Se verá
quien puede mas, tú ó yo.
Cir.—No grites.
Mat.— No he de gritar
cuando tú.........
Cir.— Basta, Matea......
Escribiré. Voto á San!
Que yo no tenga calzones!
Mat.—Anda, que yo voy detrás.
Cir.—Vamos, pues. (Así que así
le haré un servicio á Roncal
con dejarlo sin mujer.
El que se llega á casar
es mas burro que los que andan
con sus capachos de cal.)

ESCENA VI.

DOÑA JUANITA.

Es muy gracioso, en verdad,
lo que está pasando aquí.
Sin ley y sin caridad
todos disponen de mí
como de su propiedad.
Y lo mejor es que yo
tendré tal vez que ceder,
sin decir un sí ni un nó,
pues ni sé qué debo hacer
ni hallo quien hable en mi pró.
El único que quizá,
me prestara proteccion
sentido sin duda está,
y, á mi juicio, con razon,
por las cosas de mamá.
Si yo contara siquiera
con un amigo......... oigo tós.

ESCENA VII.

DOÑA JACINTA, ISABEL.

Isa.—Qué amigo, ni qué sonsera!
No hay mas amigo que Dios
y un peso en la faltriquera.
Jac.— Qué hacia allí?

Isa.— Parada,
oyendo lamentaciones.
Jac.—Chabela, no sabes nada?
Estoy en mil aflicciones......
Soy mujer muy desgraciada!
Isa.—Y por qué?
Jac.— Porque mamá
á don Diego no soporta.
Isa.—El amigo que no dá,
y el cuchillo que no corta.......
Jác.—¿Empiezas, Chabela ya?
Siempre estás de humor de chanza,
y tienes un buen acopio
de refranes en privanza.
Isa.—Yo sola, en Lima, no cópio,
señorita, á Sancho Panza.
Jac - Qué jénio! Envidio tu suerte:
nada en el mundo te mata,
ni consigue entristecerte.
Isa.—Y en no pidiéndome plata
cualquier pesar me divierte.
Vaya, vaya! Bueno fuera
que porque andan en el techo
me privara ó me muriera.........
para mí la cola es pecho,
y el espinazo cadera.
Jác.—Oyeme un rato; te ruego.
Chabela, ¿qué me aconsejas?
Yo estimo mucho á don Diego,
y no me dejan sus quejas
un instante de sosiego.
Isa—O mas claro; está usted loca,
muerta por él de pasion.
Jac.—Decir eso no me toca.
Isa.—Lo que está en el corazon
sale volando á la boca.
Hagamos sinó una apuesta;
á que no yerro en mis juicios?
Calla usted? No me contesta?
Jac.—Necesito tus servicios.
Isa.—Yo soy materia dispuesta;
vamos, prontito, al asunto;
despache usted, señorita,
y pasemos á otro punto.
¿Hay recado, ó hay cartita?
Jac.—Puede ser que todo junto.
Isa.—Asi, largue usted la prenda;
adelante, y no embromar.
Quien tiene tienda que atienda
y lo que se ha de empeñar,
señorita, que se venda.
Mire usted...Con que don Diego...
Picaron! Y qué ojo tiene!
Se conoce que no es ciego.
Y desde cuando no viene?
Jac.—Trataremos de eso luego.
Isa-Bien está: quedo al corriente.
Chiton! Guardemos cautela;
no sé qué ruido se siente......
Jac—No tengas miedo, Chabela,
es mi papá.
Isa.— Y qué no es jente?
Jac.—Pero él no malicia nada.
Isa.—Ni Dios, niña, lo permita;
fuera linda bufonada!
Estas cosas, señorita,
se hablan solo con la almohada.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON CIRIACO.

Cir.—Chabela!
Isa.— Qué hay?
Cir.— Mi sombrero
y mi capa. Date prisa,
que voy al punto á salir.
Isa.—Voy al momento.

ESCENA IX.

DON CIRIACO Y DOÑA JACINTA.

Cir.— Jacinta!
Jac.—Papá!
Cir.—No ha vuelto don Diego?
Jac.—No papá.
Cir.— Y dime, niña,
qué trae de nuevo el periódico?
Jac.—No sé, papá.
Cir.— Voto á cribas!
No me acordaba que tú
no lees mas que novelitas,
y que no das palotada
en asuntos de politica.
En sabiendo las mujeres
si este ó el otro las guiña,
si fulana tiene pecas
y sutana mala vida,
poco les importa que ande
el mundo patas arriba.
Si leyeras el «Comercio»,
probablemente, sabrias
el plan que he formado yo
para extirpar la anarquia.
No obstante, te haré un extracto
de su base que es sencilla.
Con que dé la Convencion
un decreto de amnistia,
reconociendo los grados
y demás prerogativas
de todos los que le niegan
la obediencia en Arequipa,
no queda uno por allá

que no la alabe y bendiga,
y que no venga, corriendo,
á hacerle purisimitas.
De este modo, solamente,
concluyen nuestras rencillas,
y se eterniza la paz,
y las leyes se entronizan,
y el órden se restablece
sin que cueste una sangria,
y los peruanos se estrechan
como una misma familia,
y nuestro crédito sube,
y la comun alegria
se esparce de Sur á Norte,
en ménos de quince dias.
¿qué te parece?

JAC.—No sé.........

CIR.—No sé...! Qué linda salida!
tú y tu madre son un par
que no admiten mejoria.
Lo que no deben saber
eso saben y averigüan.
Vamos á ver. A que sabes
si tiene el cura sobrinas,
y si el vecino de enfrente
come carne ó come migas?
No sé como diablos hay
quien aspire á tener hijas,
para estar viendo estafermos
á todas horas del dia.

ESCENA X.

DICHOS, ISABEL.

ISA.—Aquí está esto.

CIR.— Trae acá.
Pues, señor, hasta otra vista.
Voy al correo, y, despues
de dejar estas misivas,
daré por ahí una vuelta
para saber de noticias.

ESCENA XI.

DOÑA JACINTA, ISABEL.

JAC.—Si mi papá no está loco
le falta, Chabela, poco.
Solo se ocupa en trazar
planes de paz y de guerra,
como si hoy en nuestra tierra
no hubiera mas de que hablar.

ISA.—Y qué hombre, niña, en el dia
no habla de esa algarabia
por mayor y por menor?
Pero esta cuestion es seria;
tratemos de otra materia
que será mucho mejor.

JAC.—Tienes razon. Ahora, dime,
¿tú crees que don Diego estime
mis reflexiones ó nó?

ISA.—Yo casi nunca lo he hablado;
usted que lo habrá tratado
lo sabrá mejor que yo.

JAC.—Lo he tratado... si... no niego...
pero en...... su trato don Diego,
ha sido conmigo tan ...

ISA.—Hable usted como Dios manda.
¿No ha hecho en forma su demanda
el susodicho galan?

JAC.—Claramente, no.

ISA.— Comprendo.

JAC.—Pero en sus ojos.........

ISA.— Ya entiendo,
no soy tan lerda, por Dios.
De manera, señorita,
que á la primer miradita
se amartelaron los dos?
De todo lo espuesto saco.........
pero vuelve don Ciriaco.

JAC.—Y don Diego está con él.

ISA.—Ya entran.

JAC.— ¿Qué habrá sucedido?

ESCENA XII.

DICHOS, DON CIRIACO Y DON DIEGO.

CIR.—Nada; algo nuevo ha ocurrido;
descubra usted el pastel.

DIE.—Repito á usted, don Ciriaco,
que nada sé.

CIR.— ¡Disparate!
Pues lo contrario, don Diego,
me revela ese semblante.

JAC.—Vés cómo me mira?

ISA.— Yá!

CIR.—Usted no podrá esplicarse
sino á solas.........

DIE.— No, señor.........

CIR.—Muy bien hecho. Nunca es tarde
toda precaucion. Al punto
haremos que esto se escampe.
Jacinta, vete á tu cuarto.

JAC.—Voy papá.

CIR.— Tú tambien lárgate.

JAC.—Ocúltate y oye.

ISA.— Bien.

ESCENA XIII.

DON CIRIACO Y DON DIEGO.

CIR.—Ya no nos escucha nadie:
desembuche usted, don Diego.
DIE—Ya que usted me anima á que hable
voy á hacerlo con franqueza.
CIR.—Así me gusta. Adelante.
DIE.—Mas no será de noticias,
sino de otras novedades,
sobre lo que ruego á usted
se fije sin molestarse.
CIR.—Alguna denuncia?
DIE.— No.
CIR.—Como hoy un hombre no sabe
con quien habla.........
DIE.— Pues no es eso.
CIR.—Nuestra época es lamentable.
DIE.—Es otro asunto, mi amigo.
Oiga usted sin asustarse.
Hace poco que aquí mismo,
y lo que siento, delante
de Jacintita.........
ISA.— (Qué dice?)
DIE—Me ha dicho mil necedades
la esposa de usted.
CIR.—Mi esposa?
DIE.—Permítame usted que acabe;
suponiéndome que soy
de cuanto usted dice y hace
el principal consejero
y el único responsable.
CIR.—Es posible?
DIE.— Si señor;
no he añadido ni un adarme,
y he presentado un testigo,
en mi concepto intachable.
CIR.—Con que mi mujer.........?
DIE.— La misma.
CIR.—Pero, hombre, si eso no cabe
en cabeza humana.
DIE.— Así es.
CIR.—Si; no lo dudo. ¡Qué diantre
de mujer! Jesús! Jesús!
Si es una bestia salvaje.
Don Diego, perdone usted;
yo no tengo en esto parte.
DIE.—Ya lo veo.
CIR.— No sé, amigo,
cómo hay hombre que se case;
usted no lo haga jamás.
Mas vale, don Diego ahorcarse.
Vea usted su espejo en mi;
pero yo haré ¡voto á sanes!
que no se alce aquí mas voz
que la mia en adelante.
ISA.—(Boca dura y piés de lana.)
CIR.—¡Ya no hay paciencia que baste!
DIE.—Cálmese usted, don Ciriaco;
no crea usted que yo trate
de indisponer á su esposa,
con objeto de vengarme.
No señor, no soy capaz
de manejo tan infame.
Al principio, mi intencion
fué no hablar sobre este lance,
ni á usted mismo, una palabra;
mas creí luego indispensable
el no hacerlo así, en razon
á que tengo ahora que hablarle
de un negocio personal
que me interesa bastante.
CIR.—De algun empleo?
DIE.— No es eso.
CIR.—En tal caso, si algo valen
mis servicios, estoy pronto
para lo que usted me mande.
DIE.—Gracias, señor, don Ciriaco;
yo no busco en que ocuparme.
Mi pretension se reduce,
me esplicaré sin ambajes,
a hacer á usted formalmente
la propuesta de mi enlace
con Jacintita.........
CIR.— ¡Demontre!
DIE.—La cual no me hará el desaire
de juzgar mis afecciones
de un modo desfavorable.
ISA.—(Así, no andar por las ramas.)
CIR.—Qué es lo que oigo! Usted casarse?
Se burla usted?
DIE.— No, señor,
yo no acostumbro burlarme
de personas, como usted.
Hablo de veras.
CIR. ¡Qué diantre!
Esta es otra anomalia
de mi pais. No hay que cansarse,
aquí todo es al reves,
sorprendente, inesplicable.
DIE.—¿Qué respuesta me dá usted?
¿Le place á usté ó no le place?
CIR.—No sé.... Pero en fin, don Diego,
confieso que, como padre,
me es honrosa la propuesta
y sumamente agradable;
mas, como amigo, no puedo
ser de este mismo dictámen.
Así le aconsejo á usted
que se esté como estaba antes,
pues como dice el refran
el buey solo bien se lame.........
¿Y á usted quién diablos lo fuerza,
siendo libre, á esclavizarse?
Mi hija es mi hija, ya usted vé,
le sobran juicio y donaire;
ninguno mejor que yo

ha de desear que se case;
pero ¡ay amigo! es mujer
y una mujer no es un ángel.
Dé usted y cabe sobre esto
y le temblarán las carnes.
Con que, refrésquese usted.
No proceda sin exámen.
Die.—Ya lo tengo bien pensado;
mi palabra es invariable.
Cir.—Pues entónces, nada he dicho.
Usted sabrá lo que se hace.
Cásese usted con la chica,
se supone, con su pláceme;
pero *ante omnia*, amigo mio,
arréglese con su madre.
Die.—Háblela usted.
Cir.— Yo no estoy
para quemarme la sangre.
Die.—¿Le escribiré?
Cir.— ¿Por qué no?
Ella tiene allá sus planes.........
Die.—¿Sobre su hija?
Cir.— ¡Qué se yo!
Candideces de las madres.
Todas ellas creen casar
á sus hijas con magnates.
Pero usted, don Diego, escríbale,
que, como dicen, mas vale
pájaro en mano, que ciento
revoleteando en los aires.
Die.— Así lo haré.
Cir.— Y que aproveche.
¡Ah! no vaya usté á olvidarse
de darle algun apuntito
de su alcurnia ó su linaje;
porque si usted no desciende,
por su madre ó por su padre,
ó bien de Nuño Rasura,
del Cid ó del rey Don Jaime,
de fijo lo manda á usted
con la música á otra parte.
Die.—¿Con que es así?
Cir.— ¡Tú-tú-tú!
Verá usted por dónde sale.
Ni la gorra de Pilatos
tiene un penacho mas grande.
En fin, yo me voy, don Diego;
al correo salí enantes,
cuando encontré con usted.........
con que......... mi amigo.........
Isa.— (Buen viaje.)
Cir.—Usted se queda en su casa.
Die.—No, yo me voy.
Cir.— Adelante.
Vamos, pues.
Isa.— (Yo voy tambien
á darle á la niña el parte.)
Die.—Le escribiré á la señora....
Cir.—Y de paso por la calle,
veremos si alguien nos cuenta
las últimas novedades.

ESCENA XIV.

DOÑA JACINTA É ISABEL.

Isa.—Venga usted pronto, que el gozo
reemplace ese mal humor.
Está usted, niña, mejor
que el diablo cuando era mozo.
Jac.—¿Pero qué hay? Dilo al momento:
nada te comprendo yo.
Isa.—Ya el sujeto declaró
su atrevido pensamiento.
Jac.—Ménos entiendo.
Isa.— ¡Qué tal!
Pues bien, entónces diré
que yo misma le escuché
su confesion general.
Jac.—¿Pero cómo? ¿de qué modo?
Habla mas claro, Chabela.
Isa.—Está usted que se las pela
porque se lo cuente todo.
Isa.—¡Si me aburre la tardanza!
Isa.—La curiosidad se pena
y el curioso se condena.
Jac.—Por Dios, basta ya de chanza.
¿Te esplicas ó no?
Isa.— Eso es largo
para referirlo aquí:
vamos adentro que allí
diré lo dulce y lo amargo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON CIRIACO Y DOÑA MATEA.

Mat.—¿Qué dices, pues, de tu amigo?
¿Qué te parece esta carta?
¿Has visto en toda tu vida
un cándido de la laya?
Si hoy cualquiera *pela-gatos*
se cree un hombre de importancia!
Ya se vé ¡qué hay que esperar
del hijo de ña Colaca!
¿Por qué si desea novia
no la busca entre su casta?
Cir.—Pues vé, yo no encuentro mérito
para hacer tanta halaraca.
¿Qué te dice, en fin, don Diego
que pueda atribuirse á falta?
El lenguaje moderado
con que se espresa en su carta,
demuestra palpablemente
que hombre es de buena crianza;
y que si aspira á casarse
con la muger á quien ama,
no quiere causar disgusto
á la madre de su amada.
¡Harto bien procede en esto!
(Y muy mal, pues que se casa.)
Mat.—¿Qué refunfuñas?
Cir.— He dicho.
Mat.—Yo no acepto la libranza.
Esa union no se hará nunca.
Mi hija no tiene, á Dios gracias,
ni de *inga* ni de *mandinga*,
ni está tan *abarrajada*
parr unirse con un hombre
que ayer no mas tuvo capa;
y cuya sangre no está,
como es notorio, muy clara.
Cir.—Calla, Matea, por Dios;
no hables mas de eso, que cansas.
Quien te oiga no podrá ménos
que echarse á reir en tus barbas.
¡Hablar aquí de nobleza
donde existen tantas razas!
Mira, si alzamos las lozas
de aquellos que en paz descansan,
donde no se encuentran *cerdas*,
se hallarán, sin duda, *pasas*.
Mat.—Te repito que no tengo
ni de chola, ni de zamba;
por todos cuatro costados
es muy noble mi prosapia.
Cir.—¡Qué nobleza, ni qué alforja!
¡Habrase visto matraca!
Nuestras leyes desconocen
todas esas mojigangas.
Noble es aquí el hombre honrado,
quien se porta mal, canalla.
Mat.—Dejémosnos de argumentos
que á mí tú no me enmarañas.
No se casarán. ¿Qué cosa?
Era lo último. ¡Pues vaya!
Bonito andaria el mundo
si pudieran las muchachas
hacer de su capa un sayo,
cuando les diese la gana.
Seria cada una un tigre,
cada hombre un *arrancha-capas:*
si ellas no tienen trastienda
para andar como Dios manda,
la esperiencia de las madres
debe suplir esta falta,
evitándoles así
pesadumbres y desgracias.
No se casarán, repito;
y, en fin, para ahorrar palabras,
te diré que yo le tengo
un marido á la muchacha,
que no solo le conviene
sino que tambien la iguala.
Cir.—¿Quién es? ¿Se podrá saber?
Mat.—Ese es mi secreto.
Cir.— ¡Calla!
¿Con que hay secreto?
Mat.— ¿Pues no?
Estas cosas nunca se hablan,
si no se tiene certeza
ds que han de ser realizadas;
porque cuando se procede
de una manera contraria
se suelen sufrir mil chascos,
y muchas burlas pesadas.
Cir.—Vamos, dí quién es.
Mat.— Mas tarde.
Cir.—Tú toda te vuelves mañas,
y un misterio.........
Mat.— Así conviene.
Por ahora, Ciriaco, basta
reiterarte que el sujeto
no desmerece la alhaja;
pues que yo no soy tan simple
para dársela tan ainas.
Jacinta tampoco sabe
nada de lo que se trata,
porque no habia resuelto,

hasta hace poco, casarla;
pero estoy cierta que al punto
que yo le diga que lo haga
dará su mano gustosa,
sin decir una palabra;
porque las hijas que son
recogidas y cristianas,
obedecen ciegamente
lo que sus padres les mandan.
  Cir.—Yo nunca consentiré
en que se haga una alcaldada,
y ménos cuando la niña
manifiesta repugnancia.
  Mat.—¿Cómo es eso?
  Cir.— Si, señora.
  Mat.—Quiere decir que tú obrabas
de convenio.........
  Cir.— Yo no sé.
  Mat.—¿No lo sabes?
  Cir.— No sé nada.
  Mat.—Ella lo sabrá. ¡Jacinta!
¡Niña!
  Cir.—¿Para qué la llamas?
  Mat.—Quiero saber de su boca
tus enredos y tus tramas.
¡Jacinta!
  Jac.—Ya voy, mamá.
  Mat.—¡Jesús! ¡qué paciencia gastas!
  Cir.—¡Pero, mujer.........!
  Mat.— Ven acá.

ESCENA II.

DICHOS Y DOÑA JACINTA.

  Jac.—¿Qué, mamá?
  Mat.— Dime, muchacha,
¿qué clase de relaciones
tienes con don Diego Abarca......?
  Jac.—¿Yo, mamá.........?
  Mat.— Porque tu padre......
  Cir.—A mí no me metas.........
  Mat.— ¡Calla!
Porque tu padre me ha dicho
que tú estás en consonancia
con ese sujeto.........
  Jac.— ¡Yo!
  Cir.—Pero, mujer, me levantas
un testimonio.........
  Mat.— Responde.
  Jac.—Yo no, mamá.
  Mat.— Bien, me basta.
No queria saber mas;
descanso, hija, en tu palabra.........
y mira, en lo sucesivo
no le pongas buena cara;
porque si lo haces así
creerá ese hombre en musarañas.
Retírate, hija.
  Jac.— Mamá,
óigame usted.........
  Mat.— Anda, anda;
yo quedo muy satisfecha
de que eres buena y honrada.
¿Ya lo ves?
  Jac.— (Pues esto está
mucho peor de lo que estaba.)

ESCENA III.

DON CIRIACO Y DOÑA MATEA.

  Mat.—Las noticias que tú dás
casi siempre salen falsas,
y esto mismo le sucede
al que cuanto oye propala,
sin cersiorarse primero
á fondo de lo que pasa.
Por último, señor mio,
concluyamos esta farsa:
es preciso que, en el dia,
te dicte cuatro palabras,
para decir á tu amigo
que no vuelva á las andadas.
  Cir.—¿Qué escriba yó?
  Mat.— No te asustes,
que yo firmaré la carta.
Muñecos como don Diego
no son los que á mí me espantan.
  Cir.—Antes me corto la mano
que cometer tal infamia.
  Mat.—Eso son cuentos. ¡Chabela!
  Cir.—Eso no más me faltaba.
  Mat.—Hagámos las prevenciones
al efecto necesarias.
¡Chabela!
  Isa.—¿Qué manda usted?

ESCENA IV.

DIHOS É ISABEL.

  Mat.—Oye.
  Isa.— (Conmigo te clavas.)
  Mat.—Si alguno viene á buscarnos
dí que no estamos en casa.
  Isa.—Está bien.
  Mat.— ¡Ah! dime......
  Isa.— ¿Qué?
  Mat.—¿Quién fué el que te dió esa carta
que me entregaste hace rato?
  Isa.—¿Quién me dió esa carta?

MAT.— Acaba.
ISA.—El criado de ese señor
que entra aquí.
MAT.— ¿Cómo se llama?
ISA.—No me acuerdo.
MAT.— ¿De don Diego?
ISA.—De ese mismo.
MAT.— Pues si trata
de darte otra, no la admitas.
¿Lo entiendes?
ISA.— Quedo enterada.
MAT.—Vamos, Ciriaco.
CIR.— Te digo
que no escribo una palabra.
MAT.—No seas sonso.
CIR.— Matea,
¡tanto vá el cántaro al agua......!
MAT.—Bueno, pues, camina.
CIR.— Vamos;
pero esta vez ¡voto á mi alma!
no te saldrás con la tuya.
ISA.—(Otra cosa es con guitarra.)
MAT.—¡Ah! Chabela, cuando venga
mi primo, dile que vaya
á mi cuarto, que precisa:
no te olvides.
ISA.—No habrá falta.

ESCENA V.

ISABEL.

Me parece que la epístola
le ha hecho en el alma tal fístola
á la señora mamá,
que no ha de haber farmaceutico,
ni tampoco terapéutico
que pueda sanarla ya.
De valde serán artículos
y otros visajes ridículos
porque nada há de sacar.
Aunque se vuelva colérica
y maniatica é histérica
la niña se ha de casar.
Déjese, pues, de aires místicos
y no nos venga con dísticos
que ya de moda no están:
á los que se aman sin cábulas,
no se les tuerce con fábulas
del camino donde ván.
Don Ciriaco es un estólido;
pero le gusta gusta lo sólido,
no obstante su fatuidad;
y va á ponerse qué plácido
al ver como traga el ácido
su idolatrada mitad.

ESCENA VI.

DON NAZARIO É ISABEL.

NAZ—Zamba color de canela,
boquita de filigrana......
ISA.—(Ya viene este palangana.)
NAZ.—¿Qué haces por aquí, Chabela?
ISA.—¿Conmigo es eso?
NAZ.— Contigo.
ISA.—Pensé que con otra.
NAZ.— ¡Vaya!
No seas tan *mála-laya*,
picaronaza, conmigo.
Yo sé que tú me comprendes.
ISA.—¡Oigá! ¡mire usted que tal!
NAZ.—Pero, de mal natural,
te haces sorda y no me entiendes.
ISA.—Aprovéchese del dicho
y vuélvaselo á su dueño.
NAZ.—Si tú me frunces el ceño
solo es por puro capricho.
¿Hasta cuando has de querer
mantenerme así en un potro?
ISA.—Me gusta el amor en otro
y en mí no lo puedo ver.
NAZ.—Con que hay para todo el mundo,
ménos para mi, esperanza?
ISA.—¡Quién sabe! la soga alcanza
en el pozo mas profundo.
NAZ.—¡Haya perverso prurito!
Que siempre, para mi mengua,
en la punta de la lengua,
tengas, mi alma, algun dichito?
Mas, ya se vé..... no es estraño......
eso te sirve de lastre.
ISA.—Así será. No es mal sastre
aquel que conoce el paño.
NAZ.—Si alguna vez me sucede
semejante vaciedad
será por casualidad;
pero tú lo haces adrede.
ISA.—A conjetura tan pésima
no debiera replicar;
pero voy á contestar
repitiendo á usté una décima;
la cual, señor don Nazario,
si no estoy equivocada,
viene aquí como pedrada
en ojo de boticario.
NAZ.—¡Hola! ¡hola! ¿Con que á tí
tambien la musa te sopla?
A vér, qué dice esa copla.
ISA.—Escuche usted, dice así:

«Es un viejo decadente
máquina descuadernada,
incontinencia forzada,
codicia sobresaliente,

corporatura impotente,
teatro de enfermedades,
centro de asquerosidades,
un hospital de miserias,
fenóméno de lascerias
y archivo de necedades.»—

(¡Chúpate esa!)
Naz.— La indirecta
no es muy turbia, que digamos;
pero, Chabelita, vamos,
esa alusion no es perfecta;
porque en tal caso, á mi ver,
de molde aquí nos vendria
lo que otro poeta decia
con respecto á la mujer;
que, aunque del vulgo en sentir
es cosa vieja y sabida,
con tu permiso, mi vida,
te lo voy á repetir:—

«Toda mujer es ingrata,
aleve, falsa, orgullosa,
y es culebra ponzoñosa
que con su veneno mata:
cuando se muestra mas grata
está mas próxima al yerro;
por cuya causa destierro
sus finezas con rigor,
y en las urgencias de amor
vale mas querer á un perro.»—

Isa.—Mil gracias.
Naz.— Pero yo opino,
no como dice ese verso,
sino de modo diverso
sobre el sexo femenino.
Por eso es que me amartela,
vida mia, ese primor,
y estoy por tu fino amor
hecho brasa de candela:
por eso, de cabo á rabo,
me has flechado, Chabelita;
por eso á tus piés, mamita,
tienes á tu triste esclavo.
Isa.—¡Quite usted!
Naz.— Pero oye.........
Isa.— ¡Léjos!
Naz.—Déjate de candideces.
Isa.—Ya le he dicho á usted mil veces
que no me gustan los viejos;
y si no tienen que dar
mucho ménos, ni en pintura;
que al pobre y á la basura
los botan.........
Naz.— Al muladar.........
¿no es así?
Isa.—La cosa es clara.
Naz.—Estás como un caramelo.
Mira, no escupas al cielo
que puede caerte en la cara.
Isa.—No haya miedo: yo tendré
cuidado de no escupir.
Naz.—Ninguno puede decir
de esta agua no beberé.
Isa.—¿Ninguno? ¡qué desatino!
Naz.—Y no lo tomes á chanza,
porque la mucha confianza
dizque mató á Palomino.
Isa.—No le quita á usted todo eso,
sea ó no sea verdad,
un solo año de su edad,
ni le dá tampoco un peso.
Naz.—¡Dale con el estribillo!
Pues, hija, no me atormenta,
porque no llego á setenta,
ni debo á nadie un cuartillo;
ó hablando segun los modos
que usas, Chabela, conmigo,
aun no me beso el ombligo
ni me manduco los codos.
No soy por cierto un Reynaldo
que canta dulce á la oreja;
pero oye, gallina vieja
se sabe que hace buen caldo.
Y en cuanto á lo pobreton,
permite qué te recuerde
que hombre pobre y leña verde
arden cuando hay ocasion.
Isa.—¡Cuánto refran! ¡Qué tal pues!
¡Si á mí sola se me abocan!
Naz.—Mi madre ¿á qué puerta tocan
que no respondan ¿quién es?
Isa.—No estoy para usted.
Naz.— ¿Te vás?
Isa.—Me cansa tanto adefecio.
Naz.—Ven acá.
Isa.— No sea usted nécio.
Naz.—¡Anda ahí que conmigo estás!
Isa.—¡Qué diablo!
Naz.— Ingrata, traidora.
Isa.—Ya se me estaba olvidando;
adentro lo está esperando,
con precision, la señora.
Naz.—Mentirosa!
Isa.— No lo tome
á bufonada.
Naz.— ¡Ay! ¡qué tiesa!
Isa.—Mire usted que la interesa
hablar con usted. No embrome.
Naz.—¿Y qué quiere?
Isa.— Qué sé yo!
Naz.—Luego iré.
Isa.— Vaya usted pronto.
Naz.--¿Me amas?
Isa.— No sea usted tonto.
Naz.—Pero por qué?
Isa.— Porque nó.

NAZ.—¿Qué es porque nó?
ISA.— ¡Qué porfia!
Porque no me dá la gana.
NAZ.—Anda, que de aquí á mañana ......
ISA.—Mañana será otro dia.
NAZ.—Voy adentro.
ISA.— Hasta mas ver.
NAZ.—Me ha de vengar tu querido.
ISA.—Donde novedad no ha habido,
¿qué novedad podrá haber?

ESCENA VII.

ISABEL.

¡Pues tengo lindo cortejo!
¿Se habrá visto nunca un viejo
tan impávido?
A donde voy me persigue,
y como rabo me sigue
este cándido.
Ya me tiene hasta los ojos,
y me causa mil enojos
con su plática;
hasta que á mí se me meta,
y le haga una *manganeta*
algo cáustica.
De un pobreton vagamundo,
que vive ya en este mundo
en hipótesis,
qué mujer habrá que pueda
dejar hacerse la rueda
y de bòbilis?
Si no fuera por que en casa
se le hace su *pasa-pasa*
al fenómeno,
estaria ya sin zumo,
y tan ralo como el humo
de un fósforo.
Y para mí la primita
no con buen fin lo habilita;
y no es brújula,
por que la tal mi señora
todavía vive y mora
á la rústica.
Mas pongamos á esto punto,
y volvamos al asunto
de la epístola;
que á juzgar por su mal gesto,
á la vieja me la ha puesto
como víbora.
Pero.......¿Quién vive?

ESCENA VIII.

ISABEL Y DON DIEGO.

DIE.— Muchacha,
¿está en casa don Ciriaco?
ISA.—Si señor, y no señor.
DIE.—No te comprendo; habla claro.
ISA.—Pues yo no tengo pepita,
ni soy tartamuda.
DIE.— Vamos,
¿contestas ó no?
ISA.— Contesto,
y doy razon y declaro,
que don Ciriaco y su esposa
están adentro en su cuarto,
y que la última me ha dicho
que, si alguien viene á buscarlos,
responda que se hallan fuera.
Y ahora, de mi parte, añado,
antes que usted lo pregunte,
que de estos altos y bajos
tiene la culpa don Diego,
que anda á la niña rondando,
al mismo que la señora
aborrece mas que al diablo:
y digo mas, que la niña
está furiosa, rabiando,
porque no la casan pronto;
y que el señor don Ciriaco
es un ente, un *ehicheñó*,
ó mejor dicho un gaznápiro,
que, si su mujer lo manda,
rebuznará como el asno.
Y por último, concluyo,
que yo, la que estoy hablando,
estoy al cabo de todo
lo que pasa y ha pasado,
y muy dispuesta á prestar,
se supóne en todo caso,
mis inútiles servicios
á la niña que está en autos,
y á su nóvio que es usted,
como consta en todo el barrio.
DIE.—Qué hacinamiento.........!
ISA.— Mejor.
De este modo nos ahorramos
de preguntas y respuestas;
y, como dice el adagio,
lo que tarde se ha de hacer
vale mas que sea temprano.
DIE.—Apénas creo, Chabela,
todo lo que me has contado.
ISA.—Peor para usted.
DIE.— Ya lo veo.
¿Y Jacintita está al cabo
de todo eso?
ISA.— Despacito;
no hay que atropellarse tanto.

Ya acabaré de sacar
lo que existe aun en el saco,
que no soy baúl de nadie
para tenerlo guardado.
Pues, señor, la niña sabe,
me esplicaré sin preámbulos,
que usted la tiene pedida,
para esposa, á don Ciriaco;
que ha dado usted por escrito
con su madre el mismo paso,
y que......... mas véala usted,
por allí se está asomando.
Lo mejor será que ustedes
hablen sobre esto despacio.
Señorita......... señorita,
salga usted.

JAC.— No, yo no salgo.

ISA.—Venga usted acá.

JAC.— No voy.

ISA.—Venga usted....... vamos andando;
no se haga usted de las monjas.

ESCENA IX.

DICHOS, JACINTA.

JAC.—Chabela.........

ISA.— Yo sé lo que hago.
Al espia lo fusilan.

JAC.—¡Ay! ¡qué compromiso!

ISA.— Al grano.
Aquí está, señor don Diego.
Señorita, hasta otro rato.

JAC.—Chabela ....

ISA.— Ya entiendo, niña.
Que aguaite, ¿nó? No hay cuidado.

ESCENA X.

DON DIEGO Y DOÑA JACINTA.

DIE.—Jacintita, es escusado
que yo quiera mostrar calma,
cuando el gozo está en el alma,
por tenerla á usté á mi lado.
Ni puedo en la confusion
en que ahora se halla mi mente,
espresar debidamente
tan grata satisfaccion.
Tenga usted, pues, la bondad,
puesto que es dócil y afable,
de permitirme que le hable
con sencilla claridad.

JAC.—Muy bien, don Diego, hable usted.

DIE.—Breve será mi relato.
Escúcheme usted un rato,
ya que me hace esa merced.
Usted está al cabo ya
de cuanto he dicho, poco hace,
relativo á nuestro enlace,
aquí mismo á su papá.
Este, que es hombre en el todo
de juicio y buenas razones,
no obstante que hay opiniones
que lo juzgan de otro modo,
no vé en este casamiento
un acto que lo desdora;
pero sé que la señora
no tiene igual pensamiento;
y como él ha hecho propósito
de no hacer nunca otra cosa
que lo que quiera su esposa,
aunque sea un despropósito,
quiero, Jacintita, yo
que usted, sin temor, me diga
si alguna cosa la obliga
tambien á decir que nó;
y hágalo usté en el concepto
que á desairarme no tiende,
pues la repulsa no ofende
siendo por falta de afecto.
Responda usted, se lo ruego,
sin cortedad, con franqueza.
Hágame usté esa fineza.

JAC.—Yo lo aprecio á usted, don Diego.

DIE.—No lo dudo, será así;
pero hábleme usted mas claro,
contésteme sin reparo,
¿será usted mi esposa?

JAC.— Sí.

DIE.—Y mi amor será tan puro,
tan constante, tan activo,
que no tendrá usted motivo
de arrepentirse, lo juro.

JAC.—Estimo esa deferencia
con que usted me honra, don Diego.

DIE.—Usted me vuelve el sosiego,
prestándome su aquiescencia.
Ahora, bella Jacintita,
para completar mi instancia,
no exijo mas que constancia,
que mas no se necesita;
así ninguno podrá
cortar la union de los dos;
tan solo al poder de Dios
le es dado tal cosa ya.

ESCENA IX.

DICHOS, DON CIRIACO.

CIR.—¡Oh! Don Diego...! Casualmente

lo iba á buscar.
JAC.— (¡Qué descuido!)
DIE.—Pues yo tambien he venido
en busca de usted.
CIR.— Corriente,
JAC.—(¡Dios mio!)
CIR.— Con que llegó
Don Ramon ayer á Huacho?
Qué diablo! Si es un muchacho
en lo activo! Así soy yo.
Tan pronto aquí como allá;
hoy en mar, mañana en tierra;
esto si es hacer la guerra,
Con qué, amigo, ¿como vá?
DIE.—Muy bien.
CIR.— Ahora de un sopapo
se nos encaja aquí, en Lima;
ya lo tendrémos encima!
Me gusta el *viejo* por guapo,
y que lo es no cabe duda.
Diantre! Ni teme á la muerte;
por eso siempre la suerte
en sus empresas lo ayuda.
¡Qué se me dá que en su porte
sea fino ó sea rudo!
Para mí, cosido ó crudo,
no he de ir á hacerle la corte.
Eso, allá á los palaciegos,
que les gusta la papilla;
pero cuando algo se pilla
se sufren tambien reniegos.
JAC.— (Adonde irá esto á parar?)
CIR.—Pero sabe usted, mi amigo,
no trae las tropas consigo;
las tuvo al fin que dejar.
Si fué un gran disparaton
el llevarlas hasta Piura!
Yo desembarco en Sechura
ó me quedo en Morropon;
de ahí me retiro á Chiclayo,
por Olmos ó por Motupe,
paro un dia en Guadalupe
y me embarco en Pacasmayo:
luego ácia Casma navego,
doy fondo, tomo la posta,
y ordeno que por la costa
me sigan las tropas luego;
de ahí.........
DIE.— Don Ciriaco......
CIR.— No es cuento.
JAC.—(Qué mi papá!)
DIE.— Señor.
CIR.— Nada,
si me ha dado la nombrada,
Chabela, en este momento,
DIE.—Pero hablemos de otra cosa
CIR.— ¿Hay algo mas?
DIE.— No, señor;
quiero saber el humor
con que recibió su esposa......
CIR.—Ah! ya estoy.
DIE.— Usted dispense
que lo interrrumpa.
JAC.— (Y yo, ¿qué hago?)
CIR.—Hemos dado el golpe en vago;
nadie, amigo, la convence.
DIE.—Será posible!
CIR.— Cabal!
Pero mejor. Qué demonio!
El lazo del matrimonio
mas que lazo es un dogal.
Con que no ser majadero,
lo demás es un capricho.
No hay mas, don Diego......lo dicho,
permanezca usted soltero.
JAC.— (Qué consejos!)
CIR.— Para qué
ese estar dando y cabando....?
Hombre! se me iba olvidando,
esta carta es para usted.
DIE.—A ver, dispensen ustedes.
JAC,—(Pues hago aquí un gran papel)
CIR.—Escucha.
DIE.— (Esta es letra de él.)
CIR.—Cuanto vá que tu concedes........?
Ya se vé, qué sabes tú
de eso, ni qué te interesa!
Si hace Vivanco esa presa
se apodera del Perú.
Yo que él mando al Apurima,
y me saco á don Ramon.
Ha perdido la ocasion
de entrar sin un tiro en Lima.
Hay casos en que el derecho
no se respeta en la guerra......
Tuvo miedo á la Inglaterra!
Esta es la verdad del hecho.
DIE.—Don Ciriaco, y usted sabe
lo que esta carta contiene?
CIR.—Pues ni me acuerdo. Y qué tiene?
DIE.—Esta letra......?
CIR.— Bien, acabe.
DIE.—Y ha tenido usted valor
de escribir, don Ciriaco, esto,
y mancillar sin pretesto,
de esta manera mi honor?
CIR.—Hombre! No tal.
DIE.— (¡Miserable!)
CIR.—Firmo yo acaso ese escrito?
si existe aquí algun delito
mi mujer es responsable.
La ley á nadie autoriza
para culpar al plumario;
quien responde de contrario
es solo el que garantiza.
DIE.—Pero es muy villano aquello
de ofrecer su brazo ó nombre
para difamar á otro hombre,

sin que haya razon para ello.
Ni hay suficiente castigo,
señor don Ciriaco, en suma,
pará el que presta su pluma
en ofensa de un amigo.
Cir.—Usted, don Diego, se enoja
sin fundamento legal;
voy á probar que no hay mal....
Cir.—Vaya, doblemos esa hoja,
y oiga usted para que vea
el fango donde se mete,
y cuanto lo compromete
su mujer doña Matea.

—Muy señor mio:—Si U. me hiciera el favor de no volver á molestarme con sus impertinencias, se lo agradeceria infinito. Mi hija está comprometida, y aunque no lo estuviera no se casaria jamás con un hombre cuyo nacimiento no es igual al suyo. U. debe entenderme, por eso no me esplico mas detenidamente. De U. etc.

Ahora, señor don Ciriaco,
le diré á usted á mi vez,
que en tener mucha honradez
consiste tambien mi flaco;
y que, siendo poseedor
del corazon de esta niña,
debo mirar esta riña
como un asunto de honor.
Cir.—Pero hombre, me opongo acaso,
á que usted se una con ella?
Dirima usted su querella
con la que ha dado este paso.
Venza usted sus pareceres,
si es que los puede vencer;
usted lo debe entender,
pues que mima á las mujeres.
Buen gusto! Yo las detesto;
á todas la cruz les hago.
Ya le darán á usté el pago......
vea á mí como me han puesto.
Jac.—(Mi mamá.)

ESCENA XII.

DICHOS Y DOÑA MATEA.

Mat.— Es muy sencillo.
Ahora lo verás.
Cir.— Con maña
por que hay moros en campaña
Naz.—(Adios......¡se abrasó el castillo!)
Mat.—(Los tres amigos) Jacinta,
que haces aquí tú? no me oyes?
Jac.—Nada, mamá.
Mat.— Cómo nada?
Que es nada? Vamos, responde.
Pero ya caigo, tu padre
que es tan amigo del órden,
te ha hecho salir......
Cir.— No me busques;
dejame con mil demontres!
Bueno estoy yo para fiestas!
Mat.—Jesús, hombre, que me comes!
Pues, señor, no hay mas que hacer;
porque tú no te incomodes,
permitiré que esta niña
tire tajos y mandobles,
y entre y salga cuando quiera
á conversar con los hombres.
Die.—Si habla usted por mi, señora,
no acierta en sus presunciones,
porque no he venido aquí
con el fin que usted supone,
sino á ver á don Ciriaco
con un objeto mas noble.
Mat.—Así será, caballero;
yo estaré viendo visiones;
mas no estoy tan dementada
para que cualquier pegoste,
dentro de mi casa misma,
me ande trayendo al remolque.
Por último, señor mio,
dejemos estas cuestiones,
y hablémos de otro negocio
que aquí mas prisa nos corre.
Supongo que mi marido......
Cir.—Y dale!
Mat.— Segun mis órdenes,
le habrá dado á usté......
Die.— Una carta?
Mat.— Pues entónces,
ya usted debe conocer
cuales son mis intenciones
Naz.—(El gallo es dé á pico)
Mat.— Y yo
no lo creo á usted tan torpe,
que no sepa lo que debe
hacer, en su caso, un hombre,
que no tiene todavia
la vergüenza en los talones.
Naz.—(Estas son del padre Cobos)
Mat.—(Y se calla como un poste!)
Jac.—(Qué mi mamá, por la Virgen!)
Cir.—(Es peor que un gato del monte)
Die.—Señora, usted se ha propuesto
sin motivos que la abonen,
que en cada palabra suya
vea yo un desaire enorme.
Usted se hace reprensible,
por conducta tan innoble;
é imitando á otras mujeres
cuya educacion es pobre,
miéntras mas se la tolera

mas insufrible se pone.
MAT.—Usted me insulta!
DIE.— Señora,
no son insultos razones.
MAT.—Pero.........
DIE.— Permítame usted.
Voy á terminar.
CIR.— (Buen golpe!)
DIE.—La moderacion señora,
tambien límites conoce,
y yo sintiera infinito
que con semejante porte
me hiciese usted traspasarlos
violentando mis acciones.
CIR.—(Pues yo de muy buena gana,
la apretaria el gañote.)
DIE.—Repito, que lo sintiera,
por que tengo obligaciones,
para no ver en usted,
ápesar de sus reproches,
sino una señora digna
de todas mis atenciones.
NAZ.—(Este mozo es tantas muelas!)
MAT.—Pues yo jamás tendré roce
con cierta clase de jente,
de cuya familia y nombre
solo se tiene noticia
en Malambo ó en Barbones.
DIE.—Señora, ya es demasiado;
ruego á usted que se reporte.
MAT.—Pues hágame el gusto de irse.
CIR.—Matea!

(Isabel se asoma.)

ISA.— (Esto marcha al trote)
JAC.—Qué es esto, mamá, por Dios?
MAT.—Yo no recibo lecciones
de alma viviente en mi casa.
NAZ.—Matita, no te incomodes.
MAT.—A mi nadie me gobierna.
CIR.—Pero, mujer, no des voces,
que no estamos en la pampa,
ni es el señor ningun zote,
para que no se le guarden
ciertas consideraciones.
MAT.—Si no me quiere escuchar
que se largue, que no estorbe,
DIE.—No será mucho, señora,
el tiempo que aquí demore,
porque deseo evitar
que prosiga este desorden.
Pero, ántes de que me marche,
es fuerza que usted no ignore
que ya nada alcanzará
con gritos, ni esclamaciones,
porque es bastante difícil
que impunemente se violen
los sagrados compromisos
que unen nuestros corazones.

MAT.—Cómo! De quién habla usted?
De mi hija?
DIE.—No se acalore
usted, señora.
MAT.— Eso es falso.
ISA.—(Esto vá á todo galope.)
DIE.—Yo no miento.
MAT.— Con que es cierto?
Niña, ven acá, no lo oyes?
DIE.—Déjela usted.
MAT.— Ven acá.
Dime, muchacha, de donde
nos sale ahora este señor
con semejantes cuentones?
Qué compromisos son esos?
Alza la cara......... responde.........
pero yo soy una cándida,
en darle crédito á este hombre!
Si todo es mentira!
ISA.— (Sacre!)
MAT.—Si señor, son invenciones,
cubiletes, espantajos
para obligarme á que afloje.
Pero sí, buena soy yo
para andarme con recortes!
ISA.—(Cómo se hace!)
MAT.— Señor mio,
otra tecla mejor toque,
porque las que usa, están ya
tan gastadas, que se rompen.
Aquí no hay mas compromisos,
y sépalo quien lo ignore,
que los que he contraido yo,
prévio aviso á mi consorte,
para casar á esta niña
con don Nazario Mirones.
TODOS—Con don Nazario!
ISA.— (Jesús!)
NAZ.—Y pregunto yo, señores,
soy acáso una alma en pena
para que ustedes se azoren?
Me caso; como se casan,
á su vez, todos los hombres;
y al que mal le pareciere
que la postura mejore.
ISA.—(Qué tal viejo de los diablos!)
CIR.—Este consorcio se opone
á la razon.........
MAT.— Tú eres quien
á cuanto yo hago te opones.
CIR.—Y no se hará.
MAT.— Si se hará.
CIR.—Veremos.
MAT.— No me provoques,
Ciriaco! Cuidado pues!
CIR.—Callo, porque no alborotes.
NAZ—Vaya, qué envidia! No pueden
ver una gala en un pobre.
DIE.—(Aqui es inútil hablar;

y antes de que esto se empeore,
obremos activamente,
sin mas consideraciones.
Señores, pasarlo bien.......
señora, estoy á sus órdenes
MAT.—Vaya usted con Dios.
NAZ.— (Buen viaje.]
MAT,-- (Permita Dios que se atore)
JAC.—(Mas que me maten, jamás
me casaré con este hombre.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS DON DIEGO.

CIR.—(Qué mamada es ser casado!)
MAT.—Maldito chisgarabis,
como queria engañarme!
JAC.—(Ay! Dios! qué será de mí!)
CIR.—(Es capellanía lega
que nos dura hasta morir.)
MAT.—Qué colérico se puso!
Yo nunca lo he visto así;
estaba feo, horroroso,
lo mismo que un puerco-espin.
NAZ.—Sabes qué me pareció,
cuando se iba por allí?
Un toro dando corcobos,
al salir por el toril.
CIR.—(Si fuera yo otro, ahora habria
aquí la de San Quintin.)
MAT.—Oye, Jacinta.
JAC.— Mamá.
MAT.—Llega, parece que á tí
y á tu padre les ha entrado,
a un propio tiempo, el esplin.
CIR.—(Y lo peor es que no sé
si ha llegado ó nó á venir
el Presidente, ni nada!)
MAT.—Qué te parece el ardid
con que intentaba manchar
tu honor ese figurin?
ISA.—(Me tiene picada el viejo)
JAC.—(Soy mujer muy infeliz!)
NAZ.—Matita, permíteme, hija,
que me precisa salir
un instante, aquí no mas.
Despacho, y vuelvo en un tris...
Me necesitas para algo?
MAT.—No, nada. Daremos fin
á nuestro arreglo mañana,
Ahora tengo que escribir,
y cuando acabe hablaremos.
NAZ.—Cuando gustes.
ISA.— (Viejo ruin!)
NAZ.—Conque, hasta luego.
MAT.— Hasta luego.
ISA.—(Yo no me muevo de aquí
hasta no verle el *concho* á esto.)
NAZ.—(Donde andará mi perdiz?)

ESCENA XIV.

DON CIRIACO, DOÑA MATEA Y DOÑA JACÍNTA.

CIR.—(Ya se fué ese mentecato......
Vamos á capear al toro.)
Matea......
MAT.—¿Ya recordaste?
CIR.—Vamos, hablemos sin odio,
sin gritos, ni prevenciones......
MAT.—Pero á qué viene ese exordio?
CIR.—Dime la verdad, Matea;
la verdad antes que todo.
¿Estás en tu juicio ó nó?
MAT.—Tú si creo que estás loco.
CIR.—Pues bien, si estás buena y sana,
de lo cual tengo gran gozo,
¿por qué pretendes casar
á tu hija con ese zorro,
pobreton, viejo y bellaco......?
MAT.—Deja términos impropios,
y concluye tu pregunta.
CIR.—Pues bueno, si tienes meollo
¿por qué quieres que se case
tu hija con ese fenómeno?
MAT.—Jacinta, acércate y oye,
que esto nos conviene á todos.
Me canso de estar parada,
sentémonos, pues, un poco.
Atiende, Ciriaco: ese hombre,
á quien pintas á tu modo,
no está arrastrando los pies,
ni anda comido de piojos.
Como sobrino tercero
del conde de Pinta-Monos,
del que yo tambien soy deuda,
aunque en grado mas remoto,
tiene un derecho innegable
á mis bienes aunque pocos,
de lo cual te consta á tí
que hay fehacientes testimonios,
ISA.—(Esta no estaba en mi libro.)
MAT.—Si él fuera como son otros
nos hubiera puesto pleito,
y armado una del demonio;
mas si mañana ó pasado
contrae otro matrimonio,
qué sabemos si lo inducen
y que descubra el embrollo,
y si nos deja por puertas
en un cerrar y abrir de ejos.
ISA. —(Me alegro de la noticia.)
CIR.—Acaba, Matea, pronto.

Mat.—Por otra parte, esta niña
no va descalza tampoco;
su madrina le dejó
mil pesos en onzas de oro,
y con esto y algun pico,
que le añadamos nosotros,
puede tomar en arriendo
alguna chacra su esposo,
ó si esto no le conviene,
entrar en otro negocio.
Tales son los fundamentos
del empeño que yo tomo
para que se case mi hija
con el hombre que propongo.
Ahora es preciso que ustedes
me presten su firme apoyo,
sin olvidarse del riesgo
que ambos corren de otro modo;
porque me hallo decidida
hasta á entablar un divórcio,
en caso que alguno intente
oponerse á este acomodo.
Cir.—Pues entáblalo ahora mismo,
que yo te niego mi voto.
Ya te lo he dicho mil veces......
Yo no apruebo nn matrimonio
en que se obliga á la novia
á dar el sí á soplamocos
Mat.—Buen ejemplo das á tu hija!
Para esto te pintas solo.
Cir.—Yo no autorizo violencias
á que la ley pone coto,
ni entro en especulaciones
que deshonran hasta á un moro.
Isa.—(¡Quien lo oye! Mas todo es planta
y ni pizca de cogollo.)
Mat.—Si yo te fuera á hacer caso,
de rabia tomara un tósigo,
pero conmigo te *estañas*
porque te conozco á fondo.
El que no viva contigo
y te oiga charlar de todo,
con esa prosopopeya,
ese garbo y ese tono,
te creerá, sin duda alguna,
un hombre de tomo y lomo,
cuando no eres otra cosa
que un palangana de á folio;
pero conmigo te *estañas*,
porque te conozco á fondo.
Así como tú son muchos;
por encima un promontorió,
y por debajo hojárasca
que se deshace de un soplo;
sin embargo no escasean
de gajes, ni de auditorio,
porque en mi tierra los cándidos
son los que hacen mas negocio;
pero conmigo se estañan,
porque los conozco a fondo.
En fin, déjalo, Ciriaco;
yo por mi cuenta lo tomo;
vete á charlar de política,
que aquí ya sirves de estorbo.
Anda, hijo.
Cir.— Estoy en mi casa.
Mat.—¡Jesus! y qué malos modos!
Pues me iré yo.
Cir.— Anda al diablo!
Mat.—¡Ave Maria! Ay! y qué ojos!
Cir.—Aquí mando yo.
Mat.— De veras?
Cir.—Sí, señora.
Mat.— No seas sonso.
Cir.—Mira, si tomo un garrote......!
Mat.—No, por Dios...si está furioso!
Ve, niña, agarra á tu padre,
que creo se ha vuelto loco.
Jac.—(¡Válgame Dios! que señora!)
Cir.—Ahora lo veras, demonio!
Jac.—Conténgase usted, papá.

ESCENA XV.

DON CIRIACO Y DOÑA JACINTA.

Cir.—Que agradezca.....
Isa.— (Anda, baboso!)
Jac.—Cálmese usted.
Cir.— Cuando diablos,
saldré de este purgatorio?
Y don Diego que se atufa
porque no se casa! Tonto!
Bueno le pondrán el cuerpo,
ya verá lo que es sabroso.
Entra en tu aposento, niña;
me voy......Jesús! qué bochorno!
necesito de aire libre,
porque estoy aquí que me ahogo.

ESCENA XVI.

JACINTA.

El descuido de Chabela
no mas causa estos trastornos.
Isa.—(Bien hecho; écheme la culpa,
que la ausente aguanta todo.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA JACINTA, ISABEL.

JAC.—Jesus, Chabela, me ostiga
ya tanta risa.
ISA.— Ay! me muero.
JAC.—Vaya un humor majadero!
ISA.—Ay! qué dolor de barriga!
JAC.—Hazme, Chabela, el favor
de no hacer tanto aspaviento.
ISA.—Si me rio mas, reviento.
No puedo...Jesus! Señor!
JAC.—Basta, pues, de desentonos.
ISA.—Qué apellido tan bonito!
Démelo usted por escrito......
¡Mirones de Pinta-Monos!
JAC.—No me hagas mas zumba, vete.
ISA.—Vaya un matrimonio lindo!
Ochenta tiene don Guindo
y la novia diez y siete.
JAC.—Tú has causado esas escenas
que te ponen tan festiva;
tu descuido es quien motiva
mis angustias y mis penas.
Pero yo tengo la culpa
que me fuí á confiar de tí,
sabiendo que eres asi.
ISA.—Vea usted lo que me inculpa!
Y si yo hubiera avisado
que salia la señora,
no estariamos ahora
aun sin haber principiado?
Ya no hay remedio......adelante!
No me haga usted pucheritos.
Vamos, á volar *macuitos!*
y riase usted y cante.
La tomo á usted por mi cuenta;
alégrese, no sea santa,
que espanta su mal quien canta
y el que llora lo acrecienta,
Si con aspecto tan feo
se ha presentado el enlace,
ya nos dará el desenlace
en la yema del deseo.
Voy, pues, á tender la red
que dé fin á mi trabajo,
y, aunque eche la casa abajo
en nada se meta usted;
mas, si su auxilio me peta,
no me lo niegue usted nunca,
pues si queda la obra trunca
se la lleva á usted pateta.
Tambien me va á mi de punto
que esto truene, señorita;
pues tengo cierta espuelita
que me mueve en este asunto.
Conque, niña, fuera enconos
y escuche lo principal:
¿sabe usted que es mi rival
la señora Pinta-Menos?
JAC.—Aun mas burla? Te propones
hacer de mi tu gracejo?
ISA.—Pues si me arrancha el cortejo
la señora de Mirones!
JAC.—Vé que no tengo el humor
para tus chanzas, Chabela.
ISA.—No crea usted que me duela
que ese hombre le haga el amor.
El zapato que se arroja
por rotoso al muladar,
¿qué pena puede causar
que otro vaya y lo recoja?
JAC.—Esto es mucho propasarse.
Chabela, callas ó nó?
ISA.—Pero, se lo juro yo,
con ella no ha de casarse.
JAC.—Mujer ¿has perdido el seso?
ISA.—Tampoco á mi me *apercolla*,
que no soy arroz de la olla,
que se lo comen con queso.
JAC.—Vete, mira que ¡me exaltas.
ISA.—Ni su rabia me hace mella;
eso se queda para ella
que se ha vuelto suple-faltas.
JAC.—Sal de aqui pronto, te digo!
ISA.—Ja, ja, ja, ja! la engañé.
JAC.—Otra vez?
ISA.— Perdone usted,
no se incomode conmigo.
JAC.—Qué bufonadas son estas?
fastidia tanto discante:
con manejo semejante,
poco juicio manifiestas.
ISA.—Dice usted mucha verdad;
mi razon no está en su quicio;
pero si me falta el juicio,
me sobra la voluntad.
No es, niña, una chanzoneta
lo que acabo de decir;
á usted no le he de mentir;
es la verdad pura y neta.
JAC.—Qué don Nazario.......?
ISA.— Cabales.
JAC.—A tí, Chabela?
ISA.— Lo dicho.

JAC.—Qué impavidez!
ISA.— Y qué vicho!
Por qué no irá á los portales?
Pues si, niña, ese simplon
há tiempo que me corteja.
JAC.—Qué dices?
ISA.— Y no me deja
ni resollar, el bribon.
JAC.—No sean tus travesuras?
ISA.—Aun despues de lo pasado,
allí cerca me ha parado
y me ha dicho mil lisuras.
Yo que tengo acá mi plan
para impedir cierta cosa,
me le he finjido celosa,
y lo creyó el perillan;
así es que está ño Mirones
tan dulce como un merengue,
y todo se vuelve un dengue
por darme satisfacciones.
En fin, estamos de cita,
para vernos aquí luego;
usted será de don Diego;
no hay cuidado, señorita.
Ahora váyase á su cuarto,
que necesito estar sola;
deje usted rodar la bola;
pronto saldremos del parto.
JAC.—Chabela, no sea......
ISA.— Nada!
Retírese usted de aquí
que le importa mas que á mí.
Vea usted y oiga callada.
JAC.—Qué loca eres!
ISA,— Vamos, presto;
á su cuarto, señorita,
que se aproxima la cita.
JAC.—Qué resultado tendrá esto!

ESCENA II.

ISABEL.

Pues, señor, á la agua patos!
O me lleva Belzebú,
ó yo le hago pedir pita
á ese viejo zamplamplus,
que á toda la casa entera
nos la trae al bultuntún.
¿Por qué en vez de enamorar
como lo hiciera un mambrú,
á dos muchachas dengosas,
y fuertes como un obuz,
no estará rogando á Dios
que le dé vida y salud,
puesto que se halla tan cerca
del último patatús?
Ya se lo dirán de misas
dentro de poco al gandul.
Pero creo que él se acerca,
porque se siente un run-run......
Chabela, ya estás en baile!
Si te vence este avestruz,
ya puedes quemar tus libros
y echarte en un atahud.
Pero no, ¡qué disparate!
Nadie vence, estando á *fluz*,
y le aseguro al peruétano
que ha de dar tal *cataplum*,
que siempre que lo recuerde
de susto se haga la cruz.
Ya llega......¿donde hallo un verso...?
De molde! Viva el Perú!
Ahí está....demos principio.
Lágrimas al canto y ¡zús!

ESCENA III.

ISABEL Y DON NAZARIO.

NAZ.—(Qué hará la vidita mia...?
No me ha sentido...Qué! llora?)
ISA.—¡Ay señor!
NAZ.— (Oigámos......)
ISA.— (Simple!)
NAZ.—(Qué habrá sucedido?)
ISA. (Ahora!)
Ejerce tirano
en mí tus rigores,
y de tus favores
haz á otra gozar.
Sáciate inhumano
en la suerte mia,
que el cielo algun dia
me habrá de vengar.
NAZ.—(Creo que es con la pared
con quien el diálogo entabla.)
ISA.—¡Ay Dios!
NAZ.— (Quien vive queriendo
hasta con las piedras habla.)
ISA.—Ingrato! en tu pecho
jamás has sentido
el dulce latido
que causa el amor;
por eso me has hecho
el mal que ahora lloro;
no obstante te adoro,
pérfido, traidor!
NAZ.—(Querer y no ser querido
es mucho dolor, mamita.)
ISA.—¡Ay de mí!
NAZ.— (Como se queja!)
ISA.—(Candelejon!)
NAZ.— (Pobrecita!)

Isa.—Dime ¿no te acuerdas,
cruel, de aquel instante,
que á mis pies amante,
me exijias el si?
Nazario, recuerdas
que me prometías
que nunca querrias
á otra sino á mi?
Naz.—(Mi vida, si tú me quieres,
ese llanto es sin razon,
porque estás correspondida.)
Isa.—(Ya va haciendo operacion.)
Falso! No tratabas
mas que de engañarme,
para abandonarme
por otra mujer.
Sin pena me dabas
ási á los desvelos,
y á todos los celos
que causa el querer.
Naz.—(Bien mio, de no ser tú,
otra ninguna será.)
Isa.—(Aqui entra lo rico)
Naz.— (Mi alma!)
y qué preciosa que está!
Isa.—Oh! nunca de aquella,
que vá á ser tu esposa,
una hora dichosa
podrás conseguir,
Verás solo en ella
una alma insensible,
que tu suerte horrible
te haga maldecir.
Sin hallar en tanto,
consuelo el mas leve,
te he de ver aleve,
rogando á la infiel;
y yo, mientras tanto,
sola y abatida,
pasaré mi vida
llorando por él.
Naz.—(Me da lástima.)
Isa.—(En qué piensa?)
Mi existencia es muy amarga!
Naz.—(Nó aguanto mas, yo me apego.
Quién dijo miedo? A la carga!)
Hermosísima deidad,
mi ángel, mi ídolo.
Isa.— Quien es?
Naz.—Yo, mi madre!
Isa.— Don Nazario,
por Dios, levántese usté......
váyase de aqui......
Naz.—Mi vida......
Isa.—No lo vayan á usted á ver......
alce usted.
Naz.— Dame la mano.
Isa.—Jesus...¡Váyase usted, pues...!
no vaya á venir la niña.
Naz.—Que venga. Que me ha de hacer?
Tú eres mia y yo soy tuyo,
y san se acabó.
Isa.— Pues bien!
Usted será responsable
de lo que haya aquí despues.
Ay! señor, qué compromiso!
Naz.—Nada tienes que temer.
Aquí estoy yo.
Isa.— Por la Virgen!
No siente usted pasos...?
Naz.— Qué!
Si no es nadie.
Isa.— Ay! don Nazario!
Naz.—Ya es mucha tu timidez.
Isa.—Váyase usted, no me esponga.
Naz.—Mira, de aqui no saldré
hasta que no me repitas,
con tu boquita de miel,
eso que hablabas á solas,
enenantes cuando entré,
Isa.—Usted lo ha oido?
Naz.— Todito......
Picarona! (cayó el pez)
Isa.—Dios mio!
Naz.— Por qué te asustas?
Quien diantres lo vá á saber?
Mi pecho, hija, es un sepulcro,
y mi boca una pared.
Isa.—Que bruta soy!
Naz. ¡Vaya, vaya!
Ni cuando delito fué
que una mujer quiera á un hombre,
y este la quiera tambien?
Pero vamos á esto, mi alma;
si tú me tenias ley,
por qué causa me has tratado
siempre con tanto desden?
Isa.—Hable usté otra cosa.
Naz. Vaya,
responde.
Isa.— Déjeme usted
Naz.—No me amas?
Isa.— Ay! don Nazario!
Naz.—Dame, pues, ese placer.
Isa.—Se vá usté á casar conmigo?
Naz.—Y qué sabemos!
Ia.— Asi es.
Naz.—De esas cosas en el mundo
á todas horas se ven.
Isa.—Pero á usted lo han amarrado
de las manos y los pies.
Náz.—Amarrado!
Isa,— Por supuesto,
y sin poderse mover,
Naz.—Lo dices por la Jacinta?
No es así, ñata?
Isí.— Tal vez.
Náz.—Qué sonsa eres!

ISA.— Don Nazario,
casese usted, hace bien.
Míre usted que es el bocado
para presentarlo á un rey;
está ya frio, es verdad,
pero caliéntelo usted.
NAZ.—Zumbática!
ISÁ.— O tome encima
un par de tazas de té.
NAZ.—Ya estás celosa.
ISÁ.— Quien? yo?
NÁZ.—Mi abuela.
ISÁ.— Qué candidez!
Yo celosa? no tuviera
el demonio mas que hacer.
Lo quiero á usted...no lo niego;
por eso me arde tambien
que quieran echarle lazo,
cual se hace con una res,
por quedarse con los bienes,
que pertenecen á usted.
NÁZ.—Qué es lo que hablas?
ISÁ.— Si, señor.
Es mucha desfachatez!
¿Por qué no van á Guascata
y roban á tutiplen?
NÁZ.—Esplícate...
ISÁ.— Si es preciso,
pronta estoy, lo juraré.
Lo quieren á usted robar
entre marido y mujer;
los he pillado tratando
sobre esto mas de una vez.
Además hay documentos
que dan bien á conocer,
que todo lo que ellos tienen
es, don Nazario, de usted.
NÁZ.—Documentos!
ISÁ.— Los he visto,
y escritos en buen papel.
Por ellos consta que un conde...
no me acuerdo ahora de qué...
de Pinta...una cosa así.
NÁZ.—De Pinta-Monos?
ISÁ.— Eso es...
dejó sus bienes.
NAZ.— Son ellos!
ISA.—A un tal...
NAZ.—¿Don José Manuel?
ISA.—Cabales.
NAZ.— (No me engañé)
Ladronazos!
ISA.— Que tal, pues?
NAZ.—Chabelita, esos papeles
los robaron del poder
de mi padre, y no han podido
ser vistos ni oidos despues.
De esa hecha quedé arruinado...
ISA.—Jesus! y qué mala fé!
Yo que usted, mañana mismo
los arrastraba ante un juez.
NAZ.—Y las pruebas?
ISA.— Yo las saco,
mas que estén adonde estén.
NAZ.—Que es lo que escucho?
ISA.— Tan cierto,
como dos y una son tres.
NAZ.—Y cuando?
ID.—En esta semana.
NAZ.—Acércate, linda, ven;
deja que te dé un abrazo
por ese buen proceder.
Pero qué tienes...........?
ISA.— Yo, nada.
NAZ.—Pero ese llanto por qué es?
ISA.—Sea usted feliz.........
NAZ.— Sin tí,
yo jamás lo puedo ser.
ISA.—Y la niña........?
NAZ.— No me vengas
ahora con esa vejez.
Las palabras son palabras
que el viento lleva en tropel.
ISA.—(Así son todos los hombres.
Pobre de la que los cree!)
NAZ.—(Asegurémosla.) Mira,
tan no te hablo con doblez,
que tengo hecha la intencion
de que seas mi mujer.
ISA.—Las palabras son palabras;
¿así no lo ha dicho usted?
NAZ.—Entónces...... bien, Chabelita,
¿quiéres que te dé un papel
que haga nuestro compromiso
respetable ante la ley?
ISA.—Como usted guste.
NAZ.— Al instante
lo voy á mi cuarto á hacer.
(No me dá los documentos,
sí no le meto interés.)
Ah! no te vayas, mi vida,
espérame aquí.
ISA.— Muy bien.
NAZ.—(Nada se pierde con esto;
un papel es un papel.)
ISA.—(Veremos, por fin y postre,
quien es quien engaña á quien.)

ESCENA IV.

ISABEL.

Ay! qué mentir tan parejo!
Si me he visto siete á siete!
Si dura mas el sainete,
conoce la trampa el viejo.

Se necesita pechuga,
y además gran desparpajo,
para mentir á destajo
sin dejar ninguna arruga.
Yo no puedo usar careta
con amigo ni enemigo;
lo que siento es lo que digo,
salga pato ó gallareta.
Sin embargo, es necesario
seguir fingiéndome záfia,
hasta que me pida álafia
este viejo perdulario;
pues, en mi caso, aconseja
la prudencia no aflojar,
que esto no puede tardar
en tronar como arpa vieja.........
Ay! qué diablo! La señora.........!
Esta es la de no te muevas.
A qué tiempo! Con que nuevas
nos vendrá esta vieja ahora?

ESCENA V.

DOÑA MATEA, E ISABEL.

MAT.—Chabela!
ISA.— Qué manda usted?
MAT.—Dime, no ha vuelto el señor?
ISA.—Creo que no.
MAT.— Y don Nazario?
ISA.—Hace un instante que entró.
MAT.—Y la niña?
ISA.— No la he visto.
(Habrá vieja!)
MAT.— Qué horas son?
ISA.—No sé.
MAT.— Nada sabes tú.
ISA.—Como no tengo reloj.
MAT.—Pero sí tienes lisura
para alzarme el diapason.
ISA.—Yo qué he dicho, pues?
MAT.— No, nada.
ISA.—Arma usted tanto farol!
MAT.—Y es necesario que sepas
que yo como tù no soy,
para que á cada palabra
me salgas con una coz.
ISA.—(Qué gana de buscar pleito,
y remolerme el humor!)
MAT.—Pues es buena!
ISA.— Pero qué he hecho?
MAT.—Crees que te he criado yo
para que, cual gato bravo,
me arañes á tu sabor,
cuando de hablarte ó mandarte
tenga alguna precision?
ISA.—(Qué muela!)
MAT.— Pues te equivocas;
si me cuestas mi sudor
no es para verte la cara,
que no eres tan linda, no,
sino para que me sirvas
con toda aquella atencion,
que siempre debe guardar
el criado á su señor.
ISA.—(Por qué han de tener las viejas
siempre el genio regañon?)
MAT.—Tú eres una pobretona,
y yo de comer te doy:
la soberbia y la pobreza
nunca hacen migas las dos;
y el pobre, cuando es altivo,
no halla en nadie proteccion.
Te has vuelto muy habladora.
ISA.—(Lo largo de esto es lo peor.)
MAT.—Y además una atalaya
de lo que es y lo que nó,
para ir de aquí para allí
hablando sin son ni ton.
ISA.—Usted me saca unos cuentos!
MAT.—No son cuentos, no señor.
Apostara á que ya has dado
á todos cuenta y razon
de que se van á casar
la niña y mi primo.........
ISA.— (¡Adios!)

ESCENA VI.

DICHOS, DON CIRIACO.

CIR.—(Pues señor, está ya visto;
no hay remedio, se acabó;
á este hombre no le abre brecha
ni un cañon de á treinta y dos.)
¿No saben ustedes nada?
Casi muere don Ramon.........
es un milagro patente
el modo como salvó.
El golpe ha sido terrible.
MAT. E ISA.—Ha habido revolucion...?
CIR.—Nada de eso; su caballo,
viniendo acá, lo tiró,
y estuvo mas de dos horas
sin señal de animacion.
ISA.—Vaya!
CIR.— Pero no hay cuidado......
llegó á su casa mejor.
MAT.—Hasta creí que era otra cosa.
CIR.—Y qué es poco el noticion?
MAT.—Ciriaco, déjate de eso
que no importa un caracol.
CIR.—Cómo que no importa!
ISA.— (Dale!)

CIR.—Soy acaso de Canton?
A tí si que no te importa
que nos lleve el diablo ó nó.
Pues la salud de la patria
ha estado en su salvacion.
Si hubiera muerto.........! Jesús!
Ya nos halláramos hoy
envueltos en la anarquia
mas espantosa y feroz.
Su vida se ha hecho precisa
para el órden interior.
MAT.—Mira, hombre, hace muchos años
que oigo esa misma cancion,
y nosotros, erre que erre,
siempre con el mismo humor,
al pié del arpa y cajeando
sin variar nunca de son.
CIR.—Ah! qué lengua! Eso es decir
que esto está *in statu quo?*
MAT.—Qué sé yo si estas estátuas
son de yeso ó son de col!
Yo no entiendo tus latines.
CIR.—Y yo mas que bruto soy
que me pongo á hablar á estátuas
de semejante cuestion.
Me voy adentro.
MAT.— Oye.
CIR.— Qué hay?
MAT.—No soy sorda.
CIR.— Esta es mi voz.
Despacha.
MAT.— Te necesito.
CIR.—Ya vuelvo.
MAT.— En mi cuarto estoy.
CIR.—(Negar que esto va en progreso
es una injusticia atróz,
es andar en cuatro patas,
es no ver la luz del sol.)

ESCENA VII.

DOÑA MATEA Y DOÑA ISABEL.

MAT.—No hay tu tia! Este hombre está
completamente perdido.
En vez de gastar su tiempo
en cosas de útil servicio,
lo pasa aplanando calles
de oleton y de busquillo.
Pues sépase usted que es vida
la de estos hombres politicos....!
Mas yo me estoy olvidando
del fin que traje á este sitio:
mira, Chabela, anda adentro,
y dí que venga á mi primo.
ISA.—Voy al punto.
MAT.— No te tardes.
ISÁ.—(Ahora lo atrapo de fijo.)
MAT.—(Yo no mas lo he de hacer todo:
de valde tengo marido.)
ISA.—(*Malaya sea!* Aquí viene.)

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON NAZARIO.

NAZ.—Ya estamos de vuelta.
ISA.— (Chito!
Ahí está la vieja.)
NAZ.— (Cáspita!)
MAT.—Vamos, á buen tiempo vino.)
NAZ.—(Aquí traigo eso.)
ISA.— (Silencio.)
NAZ.—(Estos son casos fortuitos.)
MAT.—Gracias á Dios que pareces;
sin duda has dado al olvido
que tenemos que acabar
esos arreglos hoy mismo.
NAZ.—Esos arreglos...! Ah...! si......
ya me acuerdo.... y no han concluido...?
MAT.—Cómo! sin tí.........!
NAZ.— ¿Qué tiene eso?
MAT.—No, hijo, yo juego muy limpio.
NAZ.—Pues bien....
MAT.— Vamos, pues.
NAZ.— Aguarda......
permíteme, hija, un ratito.
ISA.—(No me entiende.)
MAT.— Vé, nos falta
la partida de bautismo.
NAZ.—Falta? Pues la voy á traer.
MAT.—No es la tuya, hombre.
NAZ.— No has dicho.........?
MAT.—Es la suya.
ISA.— Vaya usted.
NAZ.—Pues si es la suya, al avío;
andemos, Matita.
MAT.— Vamos.
NAZ.—Espérame.
ISA.— Por sabido.
MAT.—Anda, Nazario.
NAZ.— Ya vuelvo.

ESCENA IX.

ISABEL.

El viejo se halla en conflictos.
Por pillar los documentos,
bailará los *panalivios.*
Ahora, no sé cómo diablos
se desenvuelva el ovillo.

¡Otro al puesto...... ¡aprieta manco!
Y ahora, Chabela......? Magnífico!
Buen pensamiento.........!

ESCENA X.

ISABEL, DON DIEGO

DIE.— Chabela.
ISA.—Por nuestro amo, mas bajito,
que oye la señora.........
DIE.— Bueno.
Pero dime.........
ISA.— Lo que digo
es que usted no puede estar
ni un minuto en este sitio.
Ocúltese usted.
DIE.— Pero, oye.......
ISA.—La niña me ha prevenido
que, luego que usted llegase,
la llamara.
DIE.— ¿Eso te ha dicho?
ISA.—Sí, que le precisa mucho
hablar con usted.
DIE.— Lo mísmo
deseo yo.
ISA.— Pues entónces
venga.........
DIE.— ¿Qué haces?
ISA.— Calladito.
Venga usted.........aqui, en mi cuarto,
estése usted escondido,
hasta que avise á la niña.
DIE.—Repara.........
ISA.— Vamos prontito,
que creo que viene jente.
Entre usted.
DIE.— Solo por ella
consiento en tal sacrificio.
Anda...... avísale.
ISA.— Ya voy.

ESCENA XI.

ISABEL.

Inocente pajarito
que teniendo libre el vuelo,
por tu gusto estás cautivo,
¿cuándo dejarás tu jaula?
Ni yo misma lo adivino.
En fin, vamos procurando
salir de este laberinto.
Hasta ahora ningun obstáculo
se ha interpuesto en mi camino;
todo vá á pedir de boca;
pero, como el otro dijo,
hasta el fin nadie es dichoso,
y al concluir está el peligro.

ESCENA XII.

ISABEL Y DON NAZARIO.

NAZ.—Me le escapé ... Chabelita.
ISA.—Don Nazario!
NAZ.— Dulce hechizo!
ISA.—Qué valor!
NAZ.— Si no me ha visto.
No hay miedo.
ISA.— Yo estoy temblando.
NAZ.—Con que... aquí tengo ese escrito.
ISA.—Qué escrito?
NAZ.— Aquel que te dije.
ISA.—Ah......! si......
NAZ.— Tómalo.
ISA.— (Ya es mio!)
NAZ.—Pero oye, vá con el trato
de que si no.........
ISA.— Convenido.
NAZ.—Así, reza.
ISA.— Está muy bien.
Váyase, pues.
NAZ.— Dame aviso
luego.
ISA.— Se cae de su peso.
Eso no se habla. Los pillo
y se los entrego.
NAZ.— Empuña.
ISA.—Váyase usté.
NA.— Un abracito.........
ISA.—Luego...Váyase...Ah...! Cuidado
con darse por entendido
hasta que yo dé la voz.
NAZ.—Dale! ¡Qué bueno es el niño
para no ser malicioso!
ISA.—Sí, se conoce.
NAZ.— Lo dicho.
Vaya, me voy. Un abrazo.
ISA.—Déjeme usted.
NAZ.— No hay arbitrio.
Te pillé.
ISA.— No sea usted loco!
NAZ.—Venga otro.........
ISA.— Jesús!
CIR.— (Qué miro!)
ISA.—Impertinente!
NAZ.— Adios, pues.
ISA.—Basta ya.
NAZ.— Consuelo mio;
mi corazon.........

CIR.— Bravo! bravo!
ISA Y NAZ.—Ay! Don Ciriaco!

ESCENA XIII.

DICHOS, DON CIRIACO.

CIR.— Brabísimo!
ISA.—(Ya prendió el cohete de soga.)
CIR.—No hay que asustarse, mi amigo;
eso es muy republicano.
NAZ.—No crea usted.........
CIR.— Nada, primo.
Igualdad, fraternidad,
son las ideas del siglo.
Mi muger, probablemente,
se pondrá como un arisco,
porque ella está todavia
en tiempo del rey Pepino;
pero, don Nazario, yo
que profeso otros principios,
creo lo mas natural
que, en este mundo maldito,
se mezcle una perra chusca
con algun sabueso fino.
NAZ.—Oigame usted.........
CIR.— Y aunque fueran
un crimen tales cariños,
yo no le daria á usted,
don Nazario, otro castigo
sino casarlo con ella;
porque esto, en mi pobre juicio,
seria peor que mandarlo
por diez años á presidio.
Pero ahí viene mi mujer.
ISA.—(Aquí comienza lo rico.)
CIR.—Prepararse.
NAZ.— (Carambola!)
ISA.—(Ella lo verá conmigo.)

ESCENA XIV.

DICHOS Y DOÑA MATEA.

MAT.—Qué tienes hoy? Qué te ha dado
que estás, primo, inconocible?
Apénas habias entrado
cuando te hiciste invisible.
NAZ.—Salí...pues...como tenia...
MAT.—Qué, estás enfermo?
NAZ.— Yo, no.
MAT.—Me parece...
NAZ.— Yo volvia,
cuando Chabela...
ISA.— Quién? yo?
MAT.—Y tú tambien, porquéestás
así, con los ojos bajos?
De cuando acá?
ISA.— Usted no mas
me ha puesto en estos trabajos.
MAT.—Qué te ha hecho? por qué lloras?
Responde.
ISA.— Pobre de mí!
NAZ—(Calla, por Dios, que lo empeoras.)
MAT.—Ciriaco, que ha habido aquí?
NAZ.—(No llores.)
MAT.— Habla.
ISA.— (Hice mal.)
MAT.—Tú lo has de saber tal vez.
CIR.—La cosa mas natural;
no es nada, una candidez.
MAT.—Pero qué hay?
CIR.— Están amándose.
ISA.—Dios mio!
MAT.— Ah! lengua mala!
CIR.—Yo los hé visto abrazándose,
al entrar en esta sala,
MAT.—No lo creo.
CIR.— Habrá simpleza!
MAT.—Y es á esta......?
ISA.— Perdon, señora,
confieso á usted mi flaqueza.
Quién está libre?
NAZ.—(Habladora!)
MAT.—Qué descaro, santo cielo!
NAZ.—(Lo echó a perder.)
ISA.— Qué me pasa!
MAT.—Alza, demonio, del suelo;
véte al punto de mi casa.
ISA.—Por Dios...Ay...!
MAT.— Desvergonzada!
Pero, Nazario......
NAZ.— Está loca.
MAT.—Véte, ó de una cachetada
te tapo, sucia, la boca.
ISA—Don Nazario, usted consiente... ?
NAZ.—Eso nó, nadie le pega.
MAT.—Nazario!
NAZ.— Ella está inocente.
CIR.—(Ya tu turno á tí te llega.)
MAT.—Con gente de buen pelaje
andas en tratos.....me alegro.
ISA.—Caramba! Ya tanto ultraje
no lo tolera ni un negro.
Calle usted, no me haga hablar
y le pese.
MAT.— Cómo es eso?
ISA.—Será de nunca acabar
si yo aflojo la sin hueso.
Cuando me ven de buen ojo
soy mánsa como una llama,
pero tambien si me enojo
suelo ser de *llacamama.*
CIR.—Qué lengüecita!

NAZ.— No más.
ISA.—Pues dejaré que me coman.
MAT.—Si es el mismo Barrabás!
ISA.—A donde las dán las toman.
MAT.—Con una barra de grillos
te bajará esa arrogancia.
ISA.—De valde son pastelillos
cuando no dejan ganancia.
MAT.—Al fin canalla.
ISA.— Quien sabe,
como andaremos las dos!
CIR.—(Ahi le duele.)
MAT.— Es cuanto cabe!
NAZ.—Basta, Chabela, por Dios.
ISA.—Déjela usted que se engria.
NAZ.—Pero hasta cuándo?
ISA.— Acabóse.
Bien puede ser que algun dia
conmigo le den las doce.
MAT—No has de encontrar quien te valga;
te he de ver sufriendo el mal.
Ciriaco, manda que salga
de casa esta tal por cual.
ISA.—No solo del *tecum* son
las que á los festejos van;
tambien las que usan manton
buenos golpes que se dán.
MAT.—Adónde encuentro una estaca..?
CIR.—Nada de hechos.
[Conteniéndola]

MAT.— Pordiosera!
ISA.—Ya no se acuerda la vaca
que en un tiempo fué ternera.
MAT.—Solo tú puedes sufrir
esa boca de escorpion.
CIR.—Matea, no hay que partir
con tan poca reflexion.
MAT.—Pero, hombre, no tienes manos?
bota de aquí á esa atrevida.
CIR.—Despacio, somos peruanos......
la contienda es fratricida:
un arreglo es lo que aquí
nos vendria de perilla.
MAT.—Calla, borrico.
NAZ.— Sí, sí.
ISA.—Mejor que me pongan silla.
CIR.—Vaya, no ser rencorosas......
dejarse de esos *esplantes*.......
olvido......queden las cosas
lo mismo que estaban ántes.
NAZ.—Apoyo yo ese proyecto.
ISA.—*Catay* lo que la disfuerza!
MAT.—Eso jamás tendrá efecto.
CIR.—Pues emplearemos la fuerza.
ISA.—La fuerza? sí, ya se yó;
ella todo lo concilia;
pero señor, oiga usté,
principie por su familia.

CIR.—Silencio, que ya estoy harto
de oirte esa lengua de *lija*.
ISA.—Mi lengua...? vaya á mi cuarto
y que lo desmienta su hija.
CIR. y MAT.—Mi hija!
ISA.— Le toca el indulto.
CIR.—Qué pronuncias, voto á sanes!
ISA.—Ahí está con cierto bulto
formando no sé qué planes.
MAT.—Jesús! la mato; ven, hombre
NAZ.—Quién entiende este barullo?
ISA.—(Por el santo de mi nombre!
que yo misma me aturullo!)
CIR.—Jacinta......!
MAT.— Hoy si que le pego.
CIR.—Muchacha!
NAZ.— Nadie responde.

ESCENA XV.

DICHOS, Y DON DIEGO.

DIE.—Señores....
MAT.— Cómo!
CIR.— Don Diego!
MAT.—Pero ella dónde se esconde?

ESCENA XVI.

DICHOS MENOS DOÑA MATEA.

NAZ.—Vé que nos van á perder
esos ímpetus violentos.
ISA.—Silencio, no hay que temer;
ya tengo los documentos.
NAZ.—Bueno, bueno.

ESCENA XVII.

DON CIRIACO, DOÑA MATEA, DON NAZARIO
DON DIEGO ISÁBEL.

MAT.—Aquí no está.
Diga usted dónde se fué?
DIE.—Señora.........
MAT.— No escapará;
donde esté, la sacaré.

ESCENA XVIII.

DICHOS, MENOS DOÑA MATEA.

Cir.—Qué escándalo! qué asonada!
Isa.—(Confianza.)
Die.— Yo estoy absorto.
Cir.—Mire usted!
Isa.— (No diga nada.)
Naz.—(Como se hace el niño el corto.)
Isa.—(Sufrimiento y los matamos.)
Cir.—Confieso que no crei.
Die.—Pero, don Ciriaco, vamos,
¿De qué se me acusa á mí?
Juzgar no mas no debemos
por meras suposiciones.
Cir.—La cara, amigo, nos vemos;
pero no los corazones.

ESCENA XIX.

DICHOS, DOÑA MATEA Y DOÑA JACINTA.

Jac.—¿Pero qué es esto, mamá?
¿usted ha perdido el seso?
Ma.—Camina aquí, sin vergüenza;
hoy vas á ver lo que es bueno:
ven acá, dime ¿qué hacias
encerrada con don Diego?
Jac.—¿Quién? ¿yo, mamá?
Mat.— No, mi madre:
¿qué hacias? dilo al momento.
Die.—Señora, yo he estado solo.
Isa.—(Así me gusta, bien hecho.)
Mat.—A mí ustedes no me vienen
con argucias ni con cuentos:
ó me lo confiesan todo
ó aquí hay una del infierno.
Cir.—(Pues, señor, que me fusilen
si yo comprendo este enredo.)
Mat.—¿Con que hablas ó nó?
Jac.— Mamá,
no sé nada.
Mat.— Vamos, presto.
Jac.—Si yo no he visto al señor,
ni he sabido de su encierro.
Mat.—¿No lo has visto?
Die.— No, señora;
dice la verdad en eso;
ni me ha visto, ni ha tenido
parte en mi entrada allí dentro.
De ello está tan inocente
como un ángel en el cielo.
Naz.—No lo confiesa.
Isa.— Así lo hace
quien precia de caballero.
Mat.—¿Con que tú no lo sabias?
¡pues es lindo el embeleco!
Te has figurado quizá
que me estoy chupando el dedo......?
Y entónces ¿cómo se hallaba
este hombre.........?
Die.— Este es un secreto
que yo no revelaré.
Mat.—De modo que, segun veo,
mi casa se ha convertido
en « Hotel del Universo. »
Oye, ¿tú no me dijiste.........?
Isa.—Si lo dije, no me acuerdo.
Jac.—(¡Chabela!)
Isa.— (Oiga usted y calle.)
Cir.—Puede ser que sea cierto
lo que dicen uno y otro.
Mat.—Así es; pero yo mas creo
que, si tuvieras calzones,
nos guardáran mas respeto.
Cir.—Cada vez me afirmo mas
en que conviene un arreglo,
que echando un velo al pasado
restaure el órden interno.
Mat.—No piensas en otra cosa:
no se quejarán tus maestros.
Tanto han de querer ustedes
que nosotros olvidemos,
que nos hemos de olvidar
que somos de carne y hueso.
En fin, si es tan necesario
que haya olvido, olvidaremos;
pero con la condicion
de que ha de casarse hoy mesmo
don Nazario con Jacinta.
Cir.—Conforme, si ella quiere......
Isa.— Eso
será lo que tase un sastre.
Si ella quiere, yo no quiero.
Cir.—¿Y quien es el que te ha dado
á tí vela en este entierro?
Isa.—¿Sabe usted quién, señor mio?
El que hace el papel de muerto.
Naz.—(Se vino la casa abajo.)
Cir.—¡Pues, hombre, estábamos frescos!
Isa.—Sobre todo, es necesario
que hablemos ya sin rodeos,
Sepan ustedes que más
que el señor es mi cortejo,
que el me pertenece á mí
como yo le pertenezco,
y que tampoco es tan calvo
que se le vean los sesos.
Mat.—¡Indigno!
Cir.— No le hagas caso.
Die.—(Esto encierra algun misterio.)
Cir.—Que la lleven á Santa Ana
que está loca, sin remedio.
Isa.—¿Loca...? no. Mas locos son
los que, creyéndonos ciegos,

tratan de hacer á ojos vistos
catamita con lo ajeno.
Mat.—¿Qué dice?
Isa.— Que ustedes quieren
que el señor sea su yerno,
no movidos de piedad,
que nunca se la tuvieron,
sino por *apamullarle*
sus fincas y su dinero.
Mat.—¡Qué escucho! Cierto, está loca.
Die,—(Esto varia de aspecto-)
Mat.—Que se la lleven de aquí.
Isa.—Lo probaré.
Naz.— Si, señor;
tenemos los documentos;
¿hasta cuando? como, pues?
Mat.—¿Y tú tambien?
Naz.— Por supuesto.
Ya no quiero callar mas:
mis bienes no son mostrencos
para que hagas tú, ni nadie,
alto padrino con ellos.
Aflojen lo que no es suyo
ó al punto les meto pleito.
Jac.—(Chabela, ¿qué has hecho?)
Isa.— (¡Chito!
Poco falta.)
Cir.— Y este nécio
va á ser marido de tu hija?
Naz.—Que se case con un cuerno.
Yo no sufro ancas de nadie,
ni me agradan espalderos.
Cir.—¡Insolente!
Die.— Señor mio,
trate usted con mas respeto
á estas señoras, ó yo
le haré que mude de jénio.
Isa.—¡Eso es! *Háganle monton*
para pegarle.
Cir.— ¡Silencio!
don Nazario, salga usted
de mi casa.
Mat.— (No lo acierto.)
Isa.—Vámosnos de aquí.
Mat.— ¡Ordinario!
Naz.—Calla, porque te avergüenzo.
Mat.—¡Negro blanco!
Naz.— ¿Y tú quien eres?
Mat.—¡Deshonra de mis abuelos!
Naz.—¿Tus abuelos? ¡Como *estís!*
Conocí mucho á *ño Pedro.*
Mat.—¡Infame!
Naz.— Pues hija, ese
era tu abuelo materno.
Mat.—¡Deslenguado!
Naz.— El dia que quieras
te lo pruebo.
Die.— ¡Qué perverso!
Naz.—Tu madre fué ña Rosario,
criada de mi tio Alejo,
de quien tuvo dos retoños;
el uno murió pequeño,
y el otro...... dí, ¿qué apellido
llevas tú, que no recuerdo?
Cir.—Todo eso no viene al caso.
Mat.—(¡Jesús! ¡qué bochorno tengo!)
Naz.—Quien tiene rabo de paja
huye, Matea, del fuego.
Isa.—(La cuña para que sea buena
ha de ser del palo mesmo.)
Naz.—Quien se pone á dar, se espone
á que se le dé mas recio;
y el que dice lo que quiere
oye.........
Mat.—¡Anda, vete al infierno!
Cir.—Todo eso, señor pariente,
lo miro yo con desprecio.
Mi muger no necesita
para merecer mi afecto,
no obstante que casi nunca
estamos los dos de acuerdo,
tener la sangre rojiza
ni de color ceniciento;
con su honradez basta y sobra.
Y tú, ya irás conociendo
las ventajas que resultan
de vivir bajo un gobierno
democrático, en que.........
Mat.— Quita,
que me fastidian tus cuentos.
Cir.—Mas me fastidian á mí
los tontos y dominguejos,
que aun sueñan en nuestra tierra
con fueros y privilegios.
Die.—(Este hombre es un loco manso
que habla, á veces, como cuerdo.)
Isa.—Vámosnos ya, don Nazario.
Naz.—Espérate un rato.
Isa.— (Andemos,
si quiere ustéd que le entregue
hoy mismo esos documentos.)
Naz.—Si, si, vamos, Chabelíta.
Mat.—¡Ah! ¡qué demonio!
Cir.— ¡Estoy lelo!
Isa.—Volvamos un momentito,
que he dejado en el tintero
cierta cosa, que es preciso
que lo sepan todos ellos.
Venga usted.
Naz.— Vamos allá.
Jac.—(El fin de esto no lo acierto.)
Die.—Vuelven.........
Isa.— Permítanme ustedes
dos palabras.
Cir.— ¿Qué hay de nuevo?
Isa.—Decir a ustedes, por último,
que no soy lo que parezco;
pues aunque me saca un hombre

este hombre es hombre soltero;
y además me tiene dada
palabra de casamiento.
Responda usted. ¿No es verdad?
NAZ.—Sí, se la he dado, es muy cierto.
(falta no mas que la cumpla.)
ISA.—¿Lo oye usted, señor don Diego?
¿Y usted, señor don Ciriaco?
¿Y ustedes......?
MAT.— Qué atrevimiento!
ISA.—Pues ahora suplico á todos
que oigan de una vez el resto.
Han de saberse......... ¿lo digo?
NAZ.—Desembucha, hija, sin miedó.
ISA.—Que es usted un pillastron,
y un grandísimo embustero.
TODOS.—¡Qué dice!
ISA.— Y lo corroboro
y afirmo con mi pescuezo.
NAZ.—¡Vaya! ¡vaya!
ISA.— A mas, declaro
que todo lo dicho y hecho
no ha sido mas que un juguete.
TODOS.—¡UN JUGUETE.........!
DIE.— ¿Cómo es eso?
ISA.—UN JUGUETE, lo repito,
para burlar á este viejo
que, antes y despues del parto,
es decir desde algun tiempo,
me anda haciendo *cucamonas*,
seguramente creyendo
que estoy de más en el mundo
para armarme con mastuerzos.
NAZ.—¡Qué bufona...! vaya, si eres......
CÍR.—(Lo estoy viendo y no lo creo.)
MAT.—(¡Qué juguete tan pesado!
¡ojalá se quede en esto!)
ISA.—Perdóneme usted, señora,
si he cometido algun yerro.
Mi intencion no ha sido nunca
faltarle á usted al respeto,
sino mostrarle á las claras
lo que este hombre estaba haciendo.
MAT.—Alza, muchacha...... ¡Qué cosas!
NAZ.—(¡Soy capaz de caerme muerto!)
CIR.—Pero dinos, ¿cómo entró
en tu vivienda don Diego?
ISÁ.—Yo le hice ocultarse allí,
fingiendo estar de convenio
con la niña.
DIE.— (¡Qué diablillo!)
MAT.—Oye, ¿y esos documentos...?
ISA.—No me acordaba, aquí están.
NAZ.—Esos papeles me tocan;
no hay aquí mas heredero
del Conde que yo.
MAT.— (¡Respiro!)
Toma, lee.
CIR,— Vengan...... ¡Qué veo!

«Conste por esta que doy palabra de casamiento á Isabel Matienzo, y que me casaré con ella cuando me entregue unos documentos que retiene en su poder su patrona doña Matea, y por los cuales se viene en conocimiento que soy el legítimo heredero del Conde de Pinta-Monos.—Lima, etc.»

NAZ.—Eso nada significa;
los otros son los que quiero:
tú me has dicho que los tienes.
ISA.—¡Simplonazo! ¡candelejo!
Las apariencias engañan;
no lo creia á usted tan lerdo.
¡Qué sé yo de esos papeles,
ni cual es su paradero!
He oido contar esa historia,
y me vino muy á pelo
para hacerle á usted tragar
la píldora.........
NAZ.— Bueno, bueno!
ISA.—Al que se duerme lo cambian,
y á bribon, bribon y medio.
NAZ.—Está bien: mañana mismo,
en un juzgado, veremos
si los dás ó no los dás,
y si soy ó no su dueño.
¡Ganzos!
ISA.—(El cochino es libre.)
NAZ.—¡Ladrones!
ISA.— (Algun consuelo
le ha de quedar al que pierde.)
MAT.—La puerta está franca.
NAZ.— Entiendo....
Adios!
ISA—Anda, mula, y piérdete.
MAT.—(Lo peor de esto será el pleito.)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, MENOS DON NAZARIO.

CIR.—¿Y qué haremos, si en un juicio
nos mete ese temerario?
DIE.—Si fuese el fallo contrario
yo resarciré el perjuicio.
MAT.—Y dime, ¿tú no malicias
si tendrá algun documento?
C.R.—Mira. lo único que siento
es no saber de noticias.
¡Quién sabe qué habra ocurrido!
En fin, despues se sabrá.
Con que vamos, por acá

¿se sanciona ó no el olvido?
DIE.—Si tal cosa se decide
será prévia mi protesta;
porque tengo una propuesta
que no quiero que se olvide.
CIR.—¿Insiste usted?
DIE.— Si, señor.
CIR.—Entónces eso es contigo.
MAT.—(¿Qué fuera que el enemigo...?)
Haz lo que sea mejor.

ESCENA XXI.

DOÑA JACINTA, DON CIRIACO, DON DIEGO E ISABEL.

CIR.—Pues bien, ya que usted ha dado
en la maldita manía
de entrar en la cofradía,
dése usted por asentado.
DIE.—(Siempre sus estravagancias.)
CIR.—(Yo lo hacia mas sesudo.
Vaya un hombre caprichudo!
no le arriesgo las ganancias.)
ISA.—¿Aun dura, niña, el esplin?
Permíta usted que lo indague.
JAC.—No hay deuda que no se pague.
ISA.—Ni amor que no tenga fin.

LANCES DE AMANCAES

COMEDIA EN UN ACTO.

REPRESENTADA CON GRAN EXITO EN JULIO DE 1862.

PERSONAJES.

Doña Clemencia.	*Don Timoteo.*
Luisa.	*Tomás.*
Nieves.	*Lino.*
Emilia.	*Justo.*
Carolina.	*Matias.*
Beatriz.	*José.*
Un oficial.	*Soldados, pueblo, etc.*

LA ESCENA PASA EN AMANCAES.—EL TEATRO REPRESENTA EL INTERIOR DE UN *hato.*

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

DON TOMÁS, DON LINO, DON JUSTO, DOÑA LUISA, DOÑA NIEVES, DOÑA CLEMENCIA, DOÑA EMILIA Y DON TIMOTEO.

TODOS, MÉNOS TOMÁS Y LUISA—¡Qué viva!

[Palmoteando.]

TIMOT— Otra copa.
JUSTO Y LINO.— ¡Bravo!

(Idem.)

TOM.—¿Toma usted conmigo, ó no?
LUIS.—Rejalgar tomara yo.
LINO.—Un clavo saca otro clavo.
NIEV.—O ambos se quedan adentro.
LINO.—Mejor si así lo traduces,
que estando uno entre dos luces
se encuentra como en su centro.
TOM.—¿Listos?
LOS HOMBRES.— Yá!
TIMOT.— ¡Pues al avío!
JUST.—Cuidado con quien lo bota.

(Beben.)

LINO.—Así! que no quede gota!

(Volteando la copa.)

TIMOT.—¡Hasta verte, Cristo mio!

(Bebiendo.)

CLEM.—¿Cómo es eso, y tú no tomas?
LUIS.—Estoy enferma.
CLEM.— De mañas.

Luis—De veras.
Clem.— Tú no me engañas.
Niev.—Así no se asiste á bromas.
Clem.—De ley es aquí beber.
Emil.—Y bailar.
Niev.— Y ser corriente.
Clem.—Por supuesto.
Luis.— (Entre qué jente
me he venido yo a meter!)
Emil.—Pues bien: esto se remedia
con que ninguno lo pruebe.
Clem.—Amén, padre.
Emil. - Nadie bebe.
Clem.—Para ver...... a la comedia.
Emil.—El octavo no estorbar.
Luis.—Si estorbo, me iré.
Emil.— Buen viaje.
Just.—Nadie se va: no hay carruaje.
Niev.—Pero ¿qué cuesta agradar?
Luis.—Si estoy enferma, ¿no digo?
Las mujeres.—Todas lo estamos.
Timot.— ¡Chiton!
No hay que aguar la diversion.........
Usted va á tomar conmigo.
Luis.—Dispénseme.........
Emil.— (¡Habrá señora!)
Timot.—Vaya, aunque sea una uvita.
Esto, mi alma, desirrita
chupa, aprieta, y corrobora.
Lino.—Y refresca.
Just.— Y dá espansion.
Lino.—Y abriga.
Timot.— Y corta la bilis.
Clem.—Y hace dar con el busílis.
Timot.—Y ayuda la digestion.
Tom.—Pero ¿á qué meterle puntos
si ella á beber no se aviene?
Luis.—Caballero, usted no tiene
que mezclarse en mis asuntos.
Tom.—Pero si yo.........
Luis.— De este modo
dejo de ser majadera.

(Bebe.)

Todos.—¡Qué viva!

(Palmoteando.)

Timot.— Me la comiera
con crinolina y con todo.
Niev.—Mira, se ha quedado lelo.

(A Emilia.)

Emil.—Los mundos van á ver hoy.
Timot—Pues, señor, no hay mas; ya estoy

(Despues de poner la copa en la mesa.)

en punto de caramelo.
Lino.—¡Carráspita! tambien yo

(Idem.)

poniéndome voy en *fá!*
Just.—Ya vá calentando, yá.
Timot.—Si soy todo un *guasaquió!*

(Haciendo posturas.)

Todos.—¡Música!

(Palmoteando.)

Timot.—Bueno! ahora sí!
Just.—¡Zamacueca!
Lino.— ¡Zamacueca!
Timot.—*Acurrucutú,* manteca!

(Haciendo posturas.)

Luis.—(¿Para qué vendria aquí?)
Timot.—El golpe es donde ño Rocha.

(Asomándose á la puerta.)

Lino.—¡Viva mi tierra, caramba!
Timot.—Alza, mi ama, y dale zamba!

(Volviendo al medio haciendo posturas.)

Lino.—Ya estoy hecho una melcocha.

(Idem.)

Timot.—Baila aquí conmigo tú.

(Dan una vuelta Lino y Timoteo.)

Niev.—Barato, don Timoteo.

(Quita á Lino y baila.)

Lino.—¡Dónde hay como este *cajeo!*
Timot.—¡Muchachos, viva el Perú!

(Se queda parado, en postura, con la cara al público)

Just. y Clem.— Sigan ustedes bailando.

(A don Timoteo.)

Lino.—Otro *cachete.*
Niev.— No mas.
Timot.—La postura me verás;
pero el movimiento, ¿cuando?
Lino.—*Son, son, son, son birondon.*

(Cantando.)

Niev.—¡Qué buena voz para cura!
Timot. y Lino.—*Yo no sé con qué lisura*

(Cantan.)

Me robaste el corazon.
Niev. y Emil.—Vámosnos fuera.
Just. y Lino.— ¡Ya está!
Timot.—Que no haya tomas ni dacas.
Lino.—Andando se hacen chancacas.
Emil.—¿No viene usted?
Tom.— Voy allá.

TIMOT.—Enganche.

(Dando el brazo à Nieves.)

NIEV.— No puede ser.

(Tomando el de Lino.)

TIMOT.—Con usted, mi alma.

(A Emilia.)

JUST.— No enrede.

(Apartándolo.)

TINOT.—Pues, señor, quien mas no puede
se engancha con su muger.

(Da el brazo á Clemencia.

ESCENA II.

DOÑA LUISA Y DON TOMÁS.

TOM.—¿Y usted no sale?
EUIS.— No salgo.
TOM.—Y ¿por qué?
LUIS.— ¡Qué preguntón!
porque no me dá la gana;
ya lo sabe usted.
TOM.— ¡Qué humor!
Está usted hoy intratable.
LUIS.—Y usted muy simpático ¡oh!
con otras, mas no conmigo.
TOM.—¿Yo con otras?
LUIS.— Si, señor.
TOM.—¡Qué falsedad!
LUIS.— ¿Con que miento?
Mil gracias por la atencion.
TOM.—No ha sido mi idea.........
LUIS.— Así es.
TOM.—Me he esplicado mal.
LUIS.— Ya estoy;
pero no pierda usted tiempo
dándome satisfaccion.
TOM.—¿Esta usted loca?
LUIS.—¿Quién, yo?
Mas loco está usted, que piensa
engañarme á mí.
TOM.— Es mejor
que nos callemos la boca.
EUIS.—Cuando yo hablo es con razon.
Vaya usted, vaya á buscarla.

(Yéndose.)

TOM.—¿Que me vaya? Bien, adios.
LUIS.—¡Don Tomás!
TOM.— ¿Me llama usted?

(Volviendo.)

LUIS.—¿Con que se vá usted?
TOM.— Me voy.
LUIS.—Eso es lo que usted desea.
Le conozco la intencion.
TOM.—Es usted incomprensible.
LUIS.—Muy cándida es lo que soy.
TOM.—Pero acabemos, Luisita.
¿Cuáles mis delitos son
para que usted, de improviso,
me dé un trato tan atroz?
¿No la amo á usted como siempre?
LUIS.—Miente usted, nunca me amó.
Muy mal puede amar un hombre
que corteja á un tiempo á dos.
TOM.—¿A dos?
LUIS.— A Emilia y á mí.
TOM.—¡Jesús! ¡qué suposicion!
LUIS.—¿No vino usted en su coche?
TOM.—Asiento allí me tocó.
Esto ¿qué tiene de malo?
No tuve colocacion
en el de usted.
LUIS.— ¿Y por eso,
al instante que se apeó,
le brindó el brazo?
TOM— Es verdad.
Lo exigió la educacion.
LUIS.—Semejantes exigencias
lo que prueban es amor.
TOM—Dios mio, si no le he dicho,
en mi vida, un sí ni un nó.
LUIS.—Por politica tambien
seria, ó por distraccion,
que tomó con ella sola
dos copas cuando aquí entró?
TOM.—Luisita, esos cargos nunca
tienen fuerza ni valor,
porque nacen solamente
de un exceso de aprension.
Sombras la asustan á usted;
no vaya de ellas en pos.
LUIS.—Eso sí, primero mártir,
don Tomás, que confesor.
En fin, no hablemos mas de esto.
TOM.—Es lo acertado.
LUIS.— Y desde hoy
queda rota entre nosotros
toda comunicacion.
TOM.—¡Qué escucho!
LUIS.— Ame usted á Emilia
que es un pimpollo, una flor,
de un gran talento, elegante.........
TOM.—¿Pullas tambien? ¡voto á brios!
LUIS—Aunque hay gustos tan estraños...
De muchos hombres sé yo
que dicen, por todas partes,
que no vale un caracol,
y que si rola entre gentes
es, como dijo un autor,

porque tamales como estos
hace la revolucion.

EMIL.—¡Don Tomás!

(Adentro.)

TOE.— Esto faltaba.
LUIS.—Lo llaman á usted.
TOM.— La oyó.
EMIL.—¡Don Tomás!

(Adentro.)

TOM.— ¡Qué compromiso!
LUIS.—Vaya usted ¿no oye su voz?
TOM.—¿Y es culpa mía?

ESCENA III.

DICHOS Y EMILIA.

EMIL.—¿Qué es esto?

(Tomándolo del baazo.)

Venga usted, señor huron.
¿Qué hace aquí? camine, vamos.
TOM.—Permítame usted... ya voy.
EMIL.—No hay escusa que se tenga.
TOM.—Pero Emilita .....
LUIS.— (¡Bribon!)
EMIL.—Nada...... ande usted......

(Idem.)

TOM.— Un momento.
LUIS.—¡Qué me pasa!
EMIL.—Desertor,
lo vamos á fusilar.
TOM.—(Este es sin duda un complot.)
EMIL.—Nos la va á pagar toditas..........
camine usted, picaron.

(Llevándoselo.)

TOM.—(Evitemos un escándalo.)
Vamos, señora.

ESCENA IV.

LUÍSA.

¡Traidor!
No voy á traerlo ahora mismo
por no ajar mi estimacion.
¡Ingrato, y así me paga
tanto afan y tanto amor!
Nunca lo creí, confieso.
¡Qué hombres, por amor de Dios!
Si son...... de no codiciar!

ESCENA V.

DOÑA LUISA Y DON TIMOTEO.

TIMOT.—¡Ña Luisita! ¡vamos! alza!
Aquí está quien viste y calza
y duerme en el muladar.
LUIS.—(Este vendrá de atalaya.)
TIMOT.—Con que alza, pues, vida mia,
que no hay por allá alegria
en tanto que usted no vaya.
LUÍS.—Aquí estoy bien.
TIMOT.— ¡Cómo! ¿sola?
No, mi madre, es imposible;
sea usted mas accequible.
Vaya, raspemos la bola.
LUIS.—Dispense.........
TIMOT.— Pero no huya.
Deme su brazo.
LUIS.— No voy.
TIMOT.—Yo mala cuenta no doy:
ande usted por vida suya.
LUIS.—(Aquí todos me encocoran.)
TIMOT.—Por cuanto ama se lo pido;
pronto, que el tiempo perdido
hasta los santos lo lloran.
LUIS.—Hace mucho aire y me irrita.
No salgo......... estoy con catarro.
TIMOT.—Al catarro con el jarro.

(Queriéndole dar una copa.)

Tomemos una copita.
LÚIS.—Venga usted, no tomo mas.
TIMOT.—Pues yo, como usted lo exija,
me echo al pecho una botija,
aunque sea de aguarrás;
y dos y tres si es preciso.
LUIS.—(¡Viejo mas estrafalario!)
TIMOT.—¡Ay qué bonito *rosario!*

(Queriéndale tomar el rosario.)

LUIS.—Vamos, no sea usted *liso.*

(Repeliéndolo.)

TIMOT.—Pero á ver............

(Acercándose.)

LUIS.— Quieta esa mano!

(Apartándolo.)

TIMÓT.—¡Por Cristo que es nuestra luz!
Déjeme besar la cruz
que yo tambien soy cristiano.
LUIS.—Le ruego á usted que se aleje
si tal intencion le asiste.

TIMOT.—En fin, ¿con que usted insiste
en que me vaya y la deje?
LUIS.—Sí, señor, en los dos casos.
TIMOT.—Juy! ¡Me dan unos antojos!

(Fijándose en ella.)

¡Qué diablo, si son sus ojos
dos luceros tamañazos!
¿Me *apego?*

(Acercándose.)

LUIS.—Quieto, repito.
Mire usted que se desmanda.
TIMOT.—Anda, *que te caes de blanda!*
¡Ay Jesús y que hociquito!

(Con ademan cariñoso.)

LUIS.—¡Habrá nécio!
TIMOT.— Se acabó.
Desaires en cara fea.........?
¡Tan linda! ¡bendita sea
la madre que te parió!
LUIS.—¡Basta!
TIMOT—*Son, son, birondon......!*

(Cantando.)

Yo no sé con qué lisura
Me robaste el corazon.........
Son, son, son birondon!
LUIS.—¡Sépase usted que es empacho!
TIMOT.—*Yo no sé con qué lisura.........*
LUIS.—Perdido está de borracho.
TIMOT.—Borracho no, *zarazon.*
JOS.—Mozo, cuida esos caballos.

(Adentro.)

LUIS.—Esta es otra! gente viene.
TIMOT.—Y que venga, ¿eso qué tiene?
Se encuentran con buenos gallos.

ESCENA VI.

DICHOS, DON JOSÉ, DON MATIAS, BEATRIZ Y CAROLINA.

JOS.—Descansemos aquí un poco.
LUIS.—(Mi hermano!)
MAT.— (¡Qué veo! ¡Luisa!)
BEAT.—¿Qué tiene usted?
MAT.— Nada, nada.
CAR.—¿Quién será?
BEAT.— ¡Qué mal vestida!
MAT.—(*Infraganti* la he pillado,)
JOS.—Sentémosnos, señoritas.

(Se sientan.)

TIMOT.—Vamos, ¡á la bienvenida!

(Trayendo licor.)

Aquí está *ño quita-penas.*
Vaya, mi alma, una copita.
BEAT.—Con mucho gusto.

(Bebe.)

TIMOT.— Mil gracias.
Que se convierta en almíbar.
Para usted.........

(A Carolina.)

CAR.— Muy bien.

(Bebe.)

TIMOT.—*¡Hip! ¡hurra!*
CAR.— He concluido.
TIMOL.—¡Viva Lima!
Ahora los machos, si gustan,
ellos mismos que se sirvan.
LUIS.—(Lo que siento es lo que he visto.)
MAT.—Con vénia de ustedes, ¡Luisa!
LUIS.—¿Quién llama? ¡Cómo! ¿Eres tú?
CAR.—¡Qué confianza!

(A Beatriz.)

BEAT.— No es malísima.

(A Carolina.)

MAT.—No me esperabas, ¿no es cierto?
LUIS.—Asi es; mas favor te hacia.
MAT.—¿Qué haces aquí?
LUIS.— Lo que tú haces.
MAT.—Dejémosnos de evasivas.
¿Qué haces, te digo?
LUIS.— ¡Qué cosa!
No soy tu muger, Matias.
Véme bien, no te equivoques.
TIMOT.—Y ¿quien será ese *pituitas?*

(Por don Matias.)

LUIS.—Ella se encuentra en la cama
hace mas de quince dias,
y no concurre á paseos.
MAT.—Lo sé sin que tú lo digas.
LUÍS.—¡Qué tal! ¿con que ya lo sabes?
Pensé que no lo sabias.
MAT.—No eres mi muger, es cierto.
LUIS—Ni tampoco tu pupila,
ni tu sirvienta, á Dios gracias.
JOS.—(¡Qué lengua tan espedita!)
MAT.—Pero soy, Luisa, tu hermano.
BEAT.—¡Su hermano!
CAR.— Lo suponia.
MAT.—Y por tu propio decoro,
que es tambien de mi familia,
debo enrostrarte tus faltas,
y aun digo mas, corregirlas.
LUIS—Y á tí ¿quién te las corrije?
Vaya, esas son niñerias.

Déjate de candideces,
y vé á cuidar á esas niñas.
CAR.—Señorita, usted no crea.........
LUIS.—Yo nada creo, mi vida,
ni me tengo que meter
en cosas que no me implican:
Mas, como este caballero
lo que no debe averigüa,
en presencia de personas
que me son descónocidas,
he juzgado indispensable
decirle que se estravia.
CAR.—La amistad que le tenemos
Dios sabe bien que es muy lícita.
LUIS.—Nadie dice lo contrario.
MAT.—Cuenta con lo que hablas, Luisa.
PEAT.—Si aquí se halla con nosotras
no es mas que por cortesía.
LUIS.—Mi hermano es: y está casado
con una jóven muy digna
de mejor suerte.
MAT.— Todo eso
no es del caso, señorita.
LUIS.—Sí, señor, es una santa
y tú la indolencia misma;
pues en tanto que ella está
gravemente adolorida,
la abandonas, pretestando
irte al Callao todo el dia,
para venir á Amancaes.
MAT.—Basta ya de habladurias.
EUIS.—Yo no las he promovido;
así la culpa no es mia-
En fin, no estoy para pleitos......
Déjame, hermano, tranquila.
MAT.—Está muy bien, mi señora;
ya tomaré mis medidas
y veremos cómo andamos.
LUIS.—¿Sabes que me causas risa?
MAT.—¡Cuidado, Luisa, cuidado!
Repara que si me irritas
soy capaz.........
LUIS.— ¿De qué, de qué?
CAR.—Se acabó, que no haya riña.
BEAT.—¡Por Dios! ¡sosiéguense ustedes!
No vaya á ser que la crítica
hinque su diente en nosotros
mañana por todo Lima.
CAR.—Aun sin esto, sabe Dios
si escapamos todavia.
MAT.—Agradece á estas señoras.
JOS.—Pero, señor don Matías,
si ella es libre, como dice.... ..
LUIS.—Añada usted viuda y rica.
JOS.—Entónces ¿con qué derecho
pretende usted dirigirla?
TIMOT.—Be-erre-abra—be-erre-ebre,
la verdad que no hay tu tia!
MAT.—¡Conmigo estás!
LUÍS.— ¡Anda, simple!
Me voy porque me fastidias.
Adios...... Déme usted el brazo.
TIMOT.—Con toda mi alma, mi vida.
MAT.—(¿Será este el galan?)

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA CLEMENCIA.

CLEM.— ¡Qué veo!
Él la estrecha entre sus brazos.
¡Timoteo! ¡Timoteo!
¿Qué vá que te hago pedazos?

(Metiéndole la mano por la cara.)

TIMOT.—¡No me sobe usted las barbas!
CLEM.—Si te he de arañar......
TIMOT.— ¡Eh, bruta!
Mira, muger, que si escarbas
te digo *zamba cañuta.*
CLEM.—Diga usted, ¿con qué derecho
abraza á esa niña?
TIMOT.— Vaya
por las que tú me habrás hecho.
LUIS.—(Esto ya pasa de raya.)
CLEM.—¡Tan fresco como se queda!
Ni repara que aquí hay gente.
TIMOT.—¡Poca bulla!
JOS.— (Esto se enreda.)
CLEM.—!Escandaloso! ¡indecente!
LUIS.—¡Señora, por Belzebú!
El señor no es mi cortejo.
CLEM.—No tienes la culpa tú
sino este pícaro viejo.
TÍMOT.—¡Viejo! ¡viejo! ¿Si me das
lo tuyo, con qué te quedas?
CLEM.—Puede que, aun dándote mas,
en muchos años me excedas.
Siendo yo muy pequeñita
te conocí un *zabulon.*
TÍMOT.—Y yo á tí ya *maltoncita,*
cuando se estrenó el Panteon.
CLEM.—Mientes como desatinas.
Mas bruto eres que una peña.
TIMOT.—Tú, hija, ya no te cocinas
ni con cien cargas de leña.
CLEM.—Así me guiña don Tello,
y Gil y Zamanamú.
TIMOT.—Calla por Dios, si ya tú
no tienes cara ni sello.
JOS.—(Graciosos están los dos.)
CLEM.—Este viejo me asesina.
CAR.—Vámosnos, Beatriz, por Dios.
BEAT.—Espérate, Carolina.
CLEM.—Desde hoy, no me hables jamás.

TIMOT.—Oye, Clemencia, ¿eso es cierto?
CLEM.—Ni te ocupes de mi más.
Haz de cuenta que me he muerto.
LUIS.—Pero calle usted, señora,
y no esté dále que dale
molestando á todos ahora
por lo que en sí nada vale.
Pues si es cierto que el señor
quiso abrazarme, hace poco,
tambien lo es de que el licor
hoy lo tiene medio loco.
Con que asi, si culpa existe
por accion tan descompuesta,
quien la tiene es la que asiste
á diversiones como esta.
CLEM.—Si cuando este hombre está *hebreo*
se toma unas libertades............!
TIMOT.—Me provocó el *cututeo*,
Clemencia, valgan verdades.
Me arrebató su donaire,
me indujo la tentacion
y le dí un abrazo...... al aire,
porque me dió un empellon.
CLEM—¿Luego ese abrazo está en ciernes?
TIMOT—No es mas que un falso supuesto.
CLEM.—Pues si nada hubo de *viérnes*
se acabó, no hablemos de esto.
Que siga el humor.
TIMOT.— ¡Y andar!
CLEM.—Vamos, obsequia á estas niñas.
BEAT.—Gracias, mi alma.
TIMOT.—¡No embromar!

(Trayendo botellas y copas.)

¡Viva el que plantó las viñas!
¿A quién le sirvo?
CLEM.— A las dos.
TIMOT.—Dí á las tres, pues las invitas.
BEAT. Y CAR.—Así es.
TIMOT.— Arriba está Dios.

(Beben.)

CLEM.—Felicidad, señoritas.
BEAT.—Con que, mi vida.........

(Despidiéndose.)

CLEM.— ¿Se ván?
CAR.—Ya es tarde.
CLEM.— Siento infinito.

(Abrazándolas.)

Ustedes dispensarán.
BEAT Y CAR.— No hay de qué.
BEAT.—Con que, adiosito.

(Dándole la mano á Luisa.)

CAR.—Adios, señorita.
TIMOT.— ¡Atrás!

(Atajándolas.)

BEAT.—Adios.
TIMOT.— Ninguno me pasa.
CLEM.—Pero otro ratito mas.
CAR.—Si nos esperan en casa.
TIMOT.—Ninguno me pasa, digo.
CLEM.—Hombre......
TIMOT.— No tardo un segundo.
Copa general conmigo,
y abro campo á todo el mundo.
BEAT.—Como usted guste.
TIMOT.— ¡Que viva!

(Dándoles copas.)

Nadie se escapa de esta hecha.
Vamos, señores, arriba.

(Beben.)

JOS.—Esta es borrasca deshecha.
CAR.—En fin, vámosnos que es tarde.
BENT.— Adios, pues, mi alma......
JUST.— ¡Insolencia!

(Dentro)

Voces.— Sosiéguese usted.

(Idem)

JUST.— ¡Cobarde!

(Idem.)

CAR. Y BEAT.—¿Qué es eso?
JOS.-- Alguna pendencia.
CAR.--Vámosnos pronto.
JUST.— ¡Canalla!

(Dentro)

CAR. Y BEAT.--Pero ¿qué voces son esas?

ESCENA VIII.

DICHOS, DON TOMAS, LINO, JUSTO, NIEVES Y EMILIA.

JUST.—¡Adonde ha de ir!......
EMIL.— ¿Hasta cuando?
JUST.—Hoy el demonio nos lleva.
JOS.—¡Emilia!
EMIL.— (Aquí don José!
Esta es la de no te muevas.)
JUST.—Quemada tengo la sangre.
TOM.—Me hará perder la paciencia.
MAT.—¿No es don Tomas?
JUST.— ¡Caballero!
Si usted como hombre no acepta
el duelo á que lo provoco,
aunque se acoja en la iglesia,

le he de dar de bofetadas.
Tom.—Mi amigo, eso se conversa.
Just.—¿Quiere usted verlo ahora mismo?

(remangándose las mangas)

Lino y niev.—Conténgase usté.
Just.— Agradezca......
Luis.— (Qué será esto?)
Just.— ¡Palangana!
Car.—Vámosnos, Beatriz.
Beat.— Espera.
Yo no sufro ancas de nadie,
mucho menos desvergüenzas.
Lino.—Vamos, no alborote usted
y haya aqui una pelotera.
Just.—Que salga al frente el que guste.
A mi nadie me amedrenta,
Lino.—Y ¿á qué viene eso?
Just.— Lo dicho.
Mat—¡Vaya que este hombre es un pieza!
Just.—Si, señor, el que sea hombre
que venga conmigo afuera.
Lino.—Cargadito está el sugeto.
Just.—A puñetes, como quieran.
Timot,—De fijo tiene en el cuerpo,
cuando menos, seis botellas.
Mat.—Señores......¡Oh don Tomás!
Tom.—Mi amigo..........

(dándole la mano á don José)

Car,— Usted no se meta.
Mat.—¿Podremos saber cual es
el orígen de esta gresca?
Tom.—Diré á usted.........
Just.— Yo lo diré,
á fin de que todos sepan
la justicia que me asiste.
Tom,—Hable usted,
Niev.— ¡Vaya una flema!
Just.—Pues, señor, sabrán ustedes
que esta señorita.........
Emil.— (¡Bestia!)
¡Qué irá á decir!)
Mat.— Adelante.
Just.—Hace tiempo que me aprecia
¿no es verdad?
Emil.— Cállese usted
Just.—Se muere por mi, de veras,
y debe ser mi mujer
dentro de poco.
Jos.— (¡Perversa!)
Just.—No obstante, este caballero
que sabe esto á ciencia cierta,
le hace el amor sin descanso
y anda á toda hora tras ella,
como oblea en sobrescrito,
erre que erre con su tema.

Emil.—¡Jesús! ¡Qué ganas de hablar!
Mejor será que usted duerma.
Just.—Al que se duerme lo cambian.
Timot.—Y al despierto lo relevan.
Just.—Y esto no es lo peor del caso
sino que, en tanto la asedia,
trata con esa otra.

(por Luisa.)

Tom.— ¡Infame!
Le voy á arrancar la lengua
como lo vuelva á decir.
Lino y Niev.—Déjelo usted.
Tom.— ¡Desvergüenza!
Luis.—¡Por la Virgen, don Tomás,
cálmese usted!
Tom.— Que agradezca
á esa intercesion.
Just. ¡Aleve!
Mlt.—El es quien le hace la rueda.
Just.—Solo entre gentes......
Tom — ¡Borracho!
Luis.—¡Calle usted, por Dios!
Just.— Que venga
ahora, si es hombre.
Niev.— ¡Don Justo!
¿qué es esto?
Car.— ¡Cómo me pesa
haber venido!
Beat, — Y á mí.
Just.—Terrible ha sido la ofensa,
la venganza será igual.
Clem.—Basta ya.
Just.— ¡Calle la vieja!
Clem.—¿Qué llama usted vieja?
Just.— ¡Quite!
Timot—Cómo!...¿Dónde hallo una piedra?

(buscando por el suelo)

Just.—No lo libra ni su madre.
Timot.—La suya.
Lino— Cuenta con esa.
Clem.—¡Lino!
Timot.— ¡Atrevído!
Lino.— ¡Silencio!
Clem.—¡Borrachon!
Timot.— ¡Saca-manteca!
Clem.—¡Muñeconazo!
Just,— ¡Apartarse!

(sacando un revólver)

Al que á injuriarme se atreva
le voy á dar un balazo,
Clem.—¡Ay! ¡que me matan!

(huyendo)

Mat.— ¿Qué intenta?

(tomándolo)

LINO.—Traiga usted

(queriendo quitarle la pistola)

CLEM.— ¡Favor!
TÍMOT.— ¡Auxilio!
CAR.—¡Madre mia!
JOS.— Nada teman.
Suelte.
JUST.—Déjadme.

(resistiéndose y disparando al aire)

TOD. LAS SEÑ.— ¡Ay!

(huyendo despavoridas)

LINO. ¡Afloja!

(le quita la pistola)

JUST.—¡Tantos contra uno!
JOS.— ¡Imprudencia!
JUST.—¡Cobardes!
JOS.— ¡Vamos, silencio!

ESCENA IX.

DICHOS, UN OFICIAL Y VARIOS SOLDADOS.

OFIC.—Señores, ¿qué bulla es esta?
TODOS.—¡La patrulla!
EMIL.— ¡Calladito!
Y aquí quieto.

(á don Justo.)

JUST.— ¡Voto á san!
OFIC.—Con que vamos, ¿qué sucede?
JOS.—Nadita ya: usted verá.
Nos estamos divirtiendo.
OFIC.—Así parece, es verdad;
pero aquí ha sonado un tiro.
JOS.—¿Aquí? no, señor.
MAT.— Seria
en este otro *hato*, tal vez.
OFIC.—Pues yo seria capaz
de apostar.
JOS.— Perderia usted.
OFIC.—¡Por vida de Barrabás!
¿Con que aquí no ha sido?
JOS.— No.
OFIC.—Pues, señor, oiria mal.
TIMOT.—De fijo, como hoy el aire
sopla de aquí para allá.........
CLEM.—Ninguno entre los presentes
es hombre de armas tomar.
LINO.—Y todos somos amigos.
TIMOT.—Toditos......es la verdad.
Este es mi vecino; este otro
mi compadre espiritual:
esta niña es conocida
de mi conjunta mitad:
el señor y el otro.........
OFIC.— Basta,
no deseo saber mas.
Bien está; sigan ustedes;
mas cuenta no déu lugar
á que intervenga mi tropa,
si aqui se arma un guirigay;
porque entónces, caballeros,
por fuerza ó por voluntad,
irá en ancas todo el mundo
volando á Santo Tomás.
JUST.—¡Habrá soldadote!
EMIL.— Chist!......
JUST.—¡Si tambien este querrá
ponernos una mordaza!
EMIL.—¡Calle usted!
JUST. — Dejadme hablar.
OFIC.—¿Qué es eso?
EMIL.— Nada, señor,
que quiere irse......Venga acá.
Me enojo si chista.
BEAT,— Es viva.

(á Carolina.)

OFIC.—Aquí ya estamos de mas.
Muchachos, en retirada.
Conque mucho órden.
JOS. Y CLEM.— Lo habrá.
OFIC.—Hasta la vista.
MAT.— Adios, pues.
MAT.—Alto, señor militar!
OFIC.— Mil gracias:
yo no acostumbro tomar.
TIMOT.—¡En canasta! A mi con esas...
CLEM.—Pero un poquito no mas.
OFIC.—Vaya, por darle á usted gusto.
CLEM.—¡Salud!
TIMOT.—Nada, ni señal.

(tomando la copa y volteándola)

Si asi chupa el que no chupa,
el que chupa ¿qué no hará?
OFIC.—Abur.
TODOS.— Vaya usted con Dios
LINO.—Se la tragó el oficial.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS EL OFICIAL Y LOS SOLDADOS.

CAR.—Beatriz, qué será de mi
si sabe esto mi marido?
BEAT.—No querrá Dios que lo sepa.
JUST.—No aguanto mas entredicho;

ya he dado á usted gusto.
EMIL.— Gracias.
JUST.—Si agarro á ese oficialito
le he de componer el bulto.
Por usted no lo hice añicos.
EMIL.—Déjese usted de esas cosas.
JUST.—Pero, en fin, he conseguido
que aquí todos se convenzan
que soy *ternejo*.
EMIL.— Bajito.
JUST.—¿Y por qué no hé de hablar alto?
Que lo sepa todo bicho,
y que rábien y se mueran
de envidia mis enemigos.
EMIL.—(¡Qué borrachera del diablo!)
JUST.—¿Usted misma no me ha dicho
que á nadie ha querido nunca
sino á mí?
EMIL.— (¡Ah, qué maldito!)
JUST.—Pues hago bien de jactarme
porque soy el preferido.
JOS.—(Mentecato, ahora verás
quién es ese cocodrilo.)
Caballero............
JUST.— ¿Qué se ofrece?
EMIL.—(¡Adios! se abrasó el castillo!)
JOS.—Una palabra.
JUST.— Al asunto.
JOS.—Dígame usted, le suplico,
¿qué tiempo há que esa señora
le profesa ese cariño?
JUST.—Y á usted ¿qué le importa?
JOS.— Nada;
mas creo que á usted muchísimo.
JUST.—Tres meses se cumplen hoy.
JOS.—Pues yo sé de otro individuo
á quien ella dice que ama,
si nó me equivoco, cinco.
JUST.—¡Mentira!
JOS.— Ya lo veremos.
JUST.—Invenciones de algun pillo.
EMIL.—Eso es, invenciones... Vamos.
JUST.—Y ¿quién es el presumido?
EMIL.—Deje usted, no crea......
JOS.— Yo.
TODOS.—¡El!
EMIL.— ¡Infame!
JUST.— ¿Usted?
JOS.— Yo mismo.
JUST.—Pues tendrá usted que probarlo.
JOS.—En el ácto, es facilísimo.
¿no digo bien?
EMIL.— Vaya usted.........!
¡Que es un villano, un inicuo!
JOS.—Y usted una coquetona,
muy digna de este castigo.
JUST.—A ver pues, ¿qué dice usted?
EMIL.—¿Sabe usted lo que yo digo?
que los desprecio á los dos.
JUST.—¡Cómo se entiende!.........
EMIL.— Lo dicho.
JOS.—¿La oye usted?
JUST.— ¡Voto al demonio!
JOS.—No haga usted caso.
JUZT.— *¡Carijo!*
¿Yo suple-faltas?
Dejarla.
EMIL.—*Catay*, pues, querido amigo;
por usted no mas.........
(á don Tomás)
TOM.— Señora......
Calle usted, por Dios bendito,
si no quiere qne la trate
de otro modo menos digno.
He sido, há poco, el ludibrio
de cuantos se hallan aquí;
y lo que mas he sentido
por usted tambien, señora,
se ha faltado sin motivo
al honor de doña Luisa,
que amo tanto como el mio.
EMIL.—¡Su honor! já, já!
CAR.— (¡Qué descaro!)
TOM.—Como el mio, lo repito;
porque han de saber ustedes,
que lo diga ya es preciso,
que doña Luisa es mi esposa.
TODOS.—¡Su esposa!
BEAT.— ¡Qué laberinto!
TOM.—Sí, señores, es mi esposa:
la sola mujer que estimo.
Luisa mia, ¿estás contenta?
LUIS.—Don Tomás, todo lo olvido.
NIEV.—Lucida has quedado, prima.
EMIL.—¿Qué haremos? casos fortuitos,
¡Tres de ménos en la lista!
NIEV.—¡Ave Maria contigo!
EMIL.—Pero, Nieves, no te asustes:
no está en ella tu marido.
LINO.—¡Cuidadito, pues, primita!
NIEV.—Te espondrás á otros conflictos.
EMIL.—Soy coqueta, lo conozco;
pero, como el otro dijo,
solo soy una de tantas.
LINO.—La muchacha es de lo lindo.
NIEV.—Si sé esto, la dejo en casa.
TIMT.—Ustedes me dén permiso,
vuelvo al punto.
CLEM.— Dónde vas?
TIMOT.—No se muevan de este sitio.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON TIMOTEO

BEAT.—El chasco ha sido pesado.

LUIS.—Aun dudo de lo que he visto.
TOM.—Despues, señor don Matias,
diré á usted por qué motivo
nos casamos en secreto:
MAT.—Tengo, don Tomás, indicios.
Tal vez el padre de usted..........
TOM.—Algo de eso ha sucedido.
Hablaremos mas despacio.
MAT.—Vaya! celebro infinito:
don Justo, vamos! humor,
y lo perdido, perdido.
JUST.—¡Solo siento que ese diablo!
(por Emilia)
Pero ¡adónde ha de ir conmigo......!
LINO.—Nada de resentimientos.
Que se ahoguen por hoy en *pisco*.
MAT.—Luisa, cuenta como vás...
(acercándose al oido)

LUIS.—Matias, no seas tan niño:
echa esos miedos al agua.

ESCENA XII.

DICHOS, DON TIMOTEO.

TIMOT.—Aquí estamos todos juntos
los vivos y los difuntos.
Entre usted ño Canchalagua.
¡Cómo! ¿no quieren entrar?
Pues bien, que toquen afuera.
¡Ea! ¡basta de flojera!
¡En baile!
LINO.— ¡En baile!
NIE., CLÉ., JO. ¡A bailar!
NIEV.—Vamos, niña, qué estás muda?
[á Emilia]
JOS.—Beatriz.
(aparte á Beatriz)

BEAT.— Mire usted que acecha....
JOS.—¡Que rabie!
BEAT... Estoy satisfecha.
EMIL....(De mí se ocupan, sin duda.)
TIMOT....Y ¿qué es esto? ¿somos *cuyes*?
Mozo, trae el *piscolavis*.

(agarrándo las copas y eepartiéndolas)

LINO. —Esta sí es la de *apretavis*.
NIEV.—Camina á bailar, ¿por qué huyes?
JOS.—Toquen polka.
CLEM.— ¡Habrá mulon!
TIMOT.—¡Qué polka, ni qué mazurca!
Cuando un limeño está en turca,
no hay mas polka que el cajon.
LINO.—¡Bien, *cumpa*, eso es de *chupisti!*
JUST.—Me suscribo.
NIÉV.— De igual modo.
LINO.—¡La mozamala!
TIMOT.— Y con todo
su *quare me repulisti*.
(haciendo posturas)

NIEV.—Rompa la tarde el mas diestro
TIMOT.— Al que toca y al que canta
se le seca la garganta.

(echa una copa y se la lleva a los músicos)

Tómese una copa, maestro.
LINO.—*Tómela usted, ña María.*
(cantando)
LINO. Y NIEV.—*Tómela usted, ño José.*
TIMOT.—*O traiga, si nó la toma,*
que yo me la tomaré.
Tómela usted, ña María.
LINO Y NIÉV.—*Tómela usted, ño José.*
LOS TRES.—*O venga, si no la toma,*
que yo me la tomaré.
NIEV.—Uno se murió templando.
LINO.—¿Toca usted, maestro, ó lo dejo?
TIMOT.—Eche verso, ño Merejo,
que me voy azucarando.
JOS.—Antes de todo. El que sea,
en la reunion, peruano,
diga algo con copa en mano.
TODOS.—¡Bravo!
TIMOT.— ¡Magnífica idea)
JOS.—Yo las tenga estraordinarias.
LINO.—Justicia se le hace á usté.
TIMOT.—Me estoy muriendo de sed.
¡Mozo! Mozo! *¡Luminarias!*
JOS.—¡Copas!
TIMOT.— Repártelas tú.
LINO.—¡Oreja, que el golpe avisa!
JOS.—Empiece usted, doña Luisa.
LUIS.—¡Yo brindo por el Perú,
por su gloria y su progreso!
BEAT.—Por la Paz.
NIEV.— Por el Honor.
CAR.—Por la Ley.
EMIL.— Por el Amor.
CLEM.—Yo bebo por el Congreso.
JUST.—Por la Union.
JOS.— Por la Igualdad.
MAT.—Por la Virtud.
TOM.— Por la Ciencia.
LINO.- Chupo por la Independencia.
TIMOT.—Y yo por la Libertad.

LA ESPIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EL DIA 9 DE DICIEMBRE DE 1854.

PERSONAJES.

El alcalde.
El regidor.
Aguilera, sargento español.
Fernando, idem.
Un jefe patriota.
Maria.
Petuca.
Soldado 1.° español.
Soldado 2.° —
Soldado 3.° —
Soldado 4.° —
Soldado 5.° —
Soldados de la patria.
Soldados españoles y paisanos.

LA ESCENA PASA EN OCROS, PUEBLO DEL DEPARTAMENTO DE AYACUCHO, EL 10 DE DICIEMBRE DE 1824. —DURA 16 HORAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PETUCA.

Patio de una casa en la sierra, con puertas laterales, sillas ó bancos de madera.

Tan harta estoy de este pueblo
y de todos sus vecinos,
que me parece que aquí
estoy viviendo hace un siglo.
Diera un ojo de la cara
por poder volverme hoy mismo
á Huamanga. ¡Pero qué,
si es cosa del enemigo!
Miéntras lo deseo mas,
ménos puedo conseguirlo;
porque.........

ESCENA II.

PETUCA Y EL REGIDOR.

REG.— ¡Petuca!
PET.— ¿Quién llama?
REG. -Yo, Petuca.
PET.— ¿Y qué hay conmigo?
REG.—Oye ¿ha venido el alcalde?
PET.—No ha venido.
REG.— ¡Jesucristo!
¡Qué pachorra gasta!
PET.— ¿Hay algo?
REG.—Y me habia prometido
avisarme en el instante.........
¡Vaya! Si es lo que yo digo;
empezando con sus miedos.........

PET.—Vamos, ¿y qué ha sucedido?
REG.—Nada...... no es cosa......
PET.— ¡No es cosa!
¿Y está usted así? ¡Dios mio!
¡Si habrá alguna novedad!
REG.—Aquí viene. Señor........

ESCENA III.

PETUCA, REGIDOR Y ALCALDE.

ALC.— ¡Chito!
No alces la voz, por la Vírgen.
PET.—¿Pero qué hay?
ALC.—Somos perdidos.
REG.—¿Perdidos?
PET.— ¿Pero por qué?
ALC.—Aquí están ya los malditos.
PET.—¿Quienes?
REG.—¿Los godos?
ALC.— ¡Chiton!
No vayan, por Dios, á oirnos.
PET.—¿Y qué asunto los traerá
otra vez por estos sitios?
ALC.—Esta es una retirada.
REG. Y PET.—¡Retirada!
ALC.— ¡Cabalitos!
Retirada, si señor.
REG.—¿Pero usted cómo lo ha olido?
ALC.—Porque yo tengo un olfato
para esto muy esquisito.
Tratándose de ir atrás,
¿quién las apuesta conmigo?
¡Como que hace muchos años
que no tengo otro ejercicio!
REG.—Pues bien, al que se retira,
segun un refrán antiguo,
se le pone puente de oro
y que siga su camino.
ALC.—¡Cómo! ¿Te atreves a darme
un consejo tan nocivo?
¡A un hombre de mi calaña!
¡A un alcalde del partido
que sabe su obligacion!
(Esto es, no habiendo peligro.)
REG.— ¿Pero usted, qué piensa hacer?
ALC.—Amarrarlos á toditos,
si es cierto que ván de fuga.
¿Qué te parece?
PET.— Bien dicho.
REG.—Yo opino de otra manera.
ALC.— Á ver como opinas, dilo.
REG.—Yo creo que esos bribones
esa voz han difundido,
para echar mas libremente
el guante á nuestros bolsillos.
¿Y si les viene refuerzo
despues de haberlos prendido?
Ni para tacos nos dejan.
¡Buenos son los tales niños!
ALC.—Pues, hombre, esa reflexion
me convence. No habia visto
bajo ese aspecto el negocio.
¡Lo que es discurrir con juicio!
PET.—¿Por eso se asusta usted?
ALC.—¿Yo? no tal, recapacito.
A mí nadie me aventaja
en ardor y en patriotismo;
pero no es bueno esponerse,
así no mas, por caprichos.........
¡Y una autoridad! ¡Demontres!
Y, acá *inter nos*, mis amigos,
ante todo es necesario
conservar el individuo,
que la vida es muy amable,
segun dicen que lo dijo
no sé qué santo ó qué autor;
pero ello es que alguien lo ha dicho.
PET.—¡Qué guapo es usted!
ALC.— Pues, digo;
para que guarde la patria
su natural equilibrio,
¿es forzoso que yo tenga
un brazo hecho mil añicos,
ó una pata de caoba,
de cocobolo ó manglillo?
No señor: en haz y en paz
será mejor, mis amigos,
que aprovechemos la leña
para abrigarnos del frio,
y no para que nos pongan
con ella un miembro postizo.
PET.—(¡Habrá hombre más flojonazo!)
Pues mire usted, ahora mismo
voy á sublevar al pueblo,
contra ellos y usted, a gritos.........
ALC.—¡Detente! Ven para acá.
(Esta vieja es un vestiglo.)
Averigüemos primero
cuantos son y á qué han venido.
REG.—El Alcalde dice bien:
tomemos antes avisos,
no sea que, por lijeros,
caigamos en el garlito.
Pero, por ahora, es mi voto
que nos demos á partido,
mostrándoles buen semblante
hasta tiempo mas propicio.
PET.—¡Buen semblante! ¡Santo Dios!
Primero me arrojo al rio.
¡Buena cara á esos canallas!
¡Disolutos, atrevidos,
que han dado en ponerme apodos
y averiguarme el bautismo!
Haré todo lo contrario,
como tres y dos son cinco.

¡Si al ménos se comportáran
como los Talaverinos!
¡Oh, qué señores aquellos
tan joviales, tan políticos!
Entónces, cuando me hablaban
era con mucho cariño;
y me echaban unos ojos
tan dulces, tan espresivos.........
Pues, ya se vé, no gastaban
tanta prosa y despotismo.

Alc.—Si con la revolucion
está el mundo pervertido.

Pet.—Y tambien con la heregia:
y se han vuelto unos judios,
unos malcriados y.........

Reg.— Vamos á esto;
señor Alcalde, es preciso
que en vez de estarnos aquí,
charlando por veinticinco,
concertemos algun plan
que nos saque á buen camino.
Uno he discurrido.

Alc.— Veamos;
talvez será un desatino.

Reg.—Pues, señor, la que nos puede
sacar de este laberinto
es Maria.........

Pet.— ¡Mi sobrina!

Reg.—La misma.

Alc.— Yo no adivino......

Reg.—Ella hará la diligencia
con presteza y con sigilo;
porque tiene mas alcances
que todo junto el Cabildo.

Pet.—Por supuesto que los tiene,
y además cierto modito
para introducirse. ¡Yá!
Muy lince ha de ser el niño
que la engañe. Y oiga usted:
con ese génio pacífico,
que parece que no quiebra
un plato, sale de quicio
cuando se habla de los godos:
se pone hecha un basilisco.

Reg.—Nunca olvida sus desgracias.

Alc.—Cualquiera haria lo mismo.

Reg.—Y con razon; porque en Reyes
fueron estos forajidos
los que su casa saquearon,
y la quemaron.........

Pet.— Preciso.
Y como murió su madre
de esa hecha.........

Alc.— O de tabardillo;
porque sobre ese incidente
nada se supo de fijo.

Reg.—No habrá visto usted el parte;
claro está, yo lo hé leido;
los godos, dice, que fueron
autores de ese hecho inicuo.

Alc.—No hay tal, fueron los patriotas;
yo lo sé de positivo,
y en seguida propalaron
que los godos habian sido.
El echarse unos á otros
la culpa de sus delitos,
diz que se llama en la guerra
estratagema, artificio:
pero sea como fuere,
lo real y muy efectivo
es que cada uno á su turno
nos saca, mi amigo, el quilo.

Pet.—Pues, señor, por esa causa
está la pobre......... ¡Quedito!
Me parece que ella viene.

ESCENA IV.

ALCALDE, REGIDOR, PETUCA Y MARIA.

Mar.—¡Ladronazos! ¡Asesinos!

Reg.—¿Pór qué gritas? ¿Qué sucede?

Mar.—Me la han de pagar los pícaros.

Alc.—¿Han fusilado ya á alguno?

Pet.—¿Algun cupo han exigido?

Mar.—No es eso; sino que he estado
mirándolos de hito en hito
en la plaza, porque así
los ódio mas.

Pet.— Muy bien dicho:
esto si que es ser patriota,
y no como otros........

Mar.— ¡Indignos!
Y piensen como estaré,
habiendo yo mismo oido
que alojan aquí dos jefes.

Alc. y Reg.—¡Dos jefes!

Pet.— ¡Buena la hicimos!

Mar.—Dos generales.

Alc.— ¡No es cosa!

Pet.—¡Yo con godos!

Mar.— ¡Y servirlos!

Alc.—Nos fusilan.

Reg.— ¿Por qué causa?
¿Acaso hemos resistido?

Alc.—Huyamos del pueblo.

Reg.— ¿A dónde?
Nada. Mostrarse tranquilos.

Alc.—¡Reflexionen, por Nuestro Amo!

Mar.—¡Reflexionar! ¿Quién tal dijo?
Cuando se muestran los godos,
el que tiene patriotismo
toma un fusil, corre al campo,
y vence ó muere en el sitio.

Alc.—Eso es; y para el que muere
será un gusto haber vencido.

PET.—¡Voto va, si fuera yo hombre!
ALC.—Fueras un lindo hombrecito.
PET.—Al ménos si ustedes fueran
á nosotras parecidos.........
ALC.—¿A tí? Dios no lo permita.
REG.—Por último, mis amigos,
estamos perdiendo tiempo.
¿Se hallan ó no decididos
á dar un golpe mortal,
hoy mismo, á los enemigos?
PET. Y MAR.—Sí, señor.
REG.— Pues descubramos
si es su número excesivo,
si están ó no derrotados,
si van de fuga.........
ALC.— ¡Por Cristo!
¿Y cómo se ha de saber?
REG.—Ese es el plan consabido.
Observando sus acciones,
sus movimientos, sus dichos.........
y en esto es en lo que va
esta muchacha á servirnos.
Ella es sagaz y ladina,
tiene ingenio y atractivos.........
ALC.—Ya entiendo. No me parece
malo el plan.
REG.— Pues al avío.
No tardarán en llegar
los jefes, segun has dicho,
y puedes ponerte á la obra.
PET.—Eso no, porque ahora mismo
voy á decir que se alojen
en otra parte.
MAR.— En Cabildo.
REG.—No, señor; vengan aquí
para asegurar el tiro.
Además que no querrán
alojarse en otro sitio,
siendo esta la mejor casa
que se encuentra en el partido.
ALC.—Que vengan. Qué hemos de hacer?
Y que dé ese plan principio:
tú puedes, yendo y viniendo,
cojerles al punto el hilo.
Una miradita tierna......
una pregunta...... un suspiro......
unas cuantas palabritas.........
en fin, despliega el piquito,
que estoy cierto.........
REG.— Sí, Maria,
espíalos de contínuo,
y de lo menor que ocurra
dános al instante aviso.
MAR.—¡Espía yo!
PET.— ¿Y qué tiene eso?
Todo es, hija, permitido
cuando de salvar se trata
á la patria del peligro.
REG.—Acuérdate de tu madre,
y que vengarla es preciso.
PET.—Recuerda lo que con ella
hicieron esos judíos.
MAR.—Basta. ¡Pobre madre mia!
A todo me determino.
ALC.—Asi me gusta. Y despues
que los háyamos vencido
serás, Maria, Alcaldesa
en premio de tus servicios.
MAR.—No merezco tanto honor,
(Un Alcalde mi marido!
¡Jesús!)
ALC.—¿Qué tiene de estraño?
En matrimonio legítimo
se han unido muchos reyes
con muchachas de trapillo,
solo porque se han prendado
de su garbo y sus hechizos....
PET.—Allí parece que viene.
ALC.—(Me han entrado calofrios)
REG.—Animo. Hagámos de tripas
corazon. Lo dicho, dicho,
Ya se acercan. Buen humor,
y darles el mejor vino.

ESCENA V.

DICHOS. MARIA, AGUILERA, FERNANDO.

FER.—Dios guarde á la buena gente.
AGU.—Camaradas, ¿como vá?
ALC Y REG.—Señores......
AGU.— No hay que asustarse,
que somos gente de paz.
FER.—Las visitas de un soldado
son azarosas, verdad;
pero todo está en hacerse
con su trato. Ven acá.
MAR.—Deje usted.
AGU.— ¿Y aquí, quien es
el Alcalde del lugar?
ALC.—Un servidor de vuecencia......
de usia......mi general.
AGU.—Me alegro; pues es preciso
que se apronten, sin tardar,
tres mil quinientas reciones
de carne, papas y pan,
para la fuerza que viene,
ALC.—Está bien, mi general.
AGU.— Que no haya falta.
ALC.— Corriente.
AGU.—Y ya no puede tardar.
REG.—¿Todo el ejército?
AGU.— No.
Es la vanguardia no mas.
ALC.—Dispense usia. ¿Y que tiempo
la tropa aquí parara?

FER.—No será mucho, á fé mia.
AGU.—¿Qué sabes tú? ¡voto á tal!
No podré citar la fecha,
mas de un mes no pasará.
REG.—(Caspita!)
AGU.— Tres batallones
nos vendrán á relevar.
ALC.—(Ya estámos oliendo á pólvora
por delante y por detras.)
AGU.—Por lo que toca á mi gente,
creo que la autoridad
le dispondrá alojamiento,
y un buen rancho.
ALC.— Bien está.
Vamos, señor regidor,
puede usted hechar á andar
para disponerlo todo.
REG.—Voy corriendo.

ESCENA VI.

ALCALDE, AGUILERA, FERNANDO, PETUCA Y MARIA.

ALC.— El general
tambien tomará un bocado;
ello tal vez no será
como para la persona;
pero sobra voluntad.
AGU.—Estimo, señor Alcalde.
FER.—Si, amigo, no vendrá mal:
pero que no se molesten:
cosa lijera no más:
un gazpacho, ó un asado,
cualquier friolera, si la hay;
aunque sean higos chumbos
que eso abunda en el lugar.
AGU.—Si nó nos haremos cruces,
que á eso estamos hechos ya.
FER.—Si hubiese un poco de *pisco*......
ALC.—Como no, mi general?
Vé tú pronto á la cocina,
y arregla todo eso allá.
MAR.—Con el permiso de ustedes.
FER.—Aguarda. ¿Donde te vás?
Quedate aquí, salerosa,
que ese cuerpo angelical
no debe en una cocina
ocupar sitio jamás;
ni menos soplar candela
esa boca de coral.
MAR.—¡Qué lisonjero es usted!
FER.—Tú mereces un altar,
porque eres.......¿Pero porqué huyes?
¿Soy acaso algun caimán?
MAR.—No, señor, pero......
FER.— ¡Qué linda!
Echele, hombre, la visual.
AGU.—(Bueno estoy yo para gracias)
Niña, te puedes marchar.
MAR.—Con su licencia......
FER.— Adios, prenda.
¡Qué palmito, voto á san!
Ni en Lima se halla una moza
con mas zandunga y mas sal.

ESCENA VII.

ALCALDE, AGUILERA, FERNANDO Y PETUCA.

FER.—(Creo que nada malician:
en todas hemos de estar)
¿Qué mira usted, tia abuela?
PET.—(Maldito de Barrabás,
cómo te cayeras muerto!)
FER.—Estrañando está quizá
que cargue un jefe mochila,
y cantimplora y morral;
mas sepa la tia abuela......
PET.—(Y dále que le darás!)
FER.—Que se ha dado en el ejército
para ello órden general.
ALC.—¿Con que toda la vanguardia
en el pueblo parará
por un mes? Cuanto me alegro!
Así habrá seguridad,
y habrá bulla, y habrá gente
con quien poder conversar,
¿no es así, tia Petuca?
PET.—(¿Y tú tambien, animal?)
ALC.—Vaya, es preciso que seas
condescendiente y sagaz
con estos buenos señores;
que los cuides......
PET.— (Rejalgar
les daría á todos ellos.)
ALC.—Voy afuera en un tris trás
á ver si los compañeros
acomodados están.
Si se ofrece alguna cosa
mándeme usía llamar.
AGU.—Está bien.
ALC.— Adios.
AGU.— ¡Qué nene!
PET.—(Despues nos la pagarán.)

ESCENA VIII.

AGUILERA Y FERNANDO.

AGU.—Esto vá mal, camarada.
FER.—No vá muy bien que digámos.

AGU.—Pues, señor, frescos estamos.
FER.—Creo que no huelen nada.
AGU.—¿Y piensas que tarden mucho
en saber esos taimados,
que hemos sido derrotados
por la patria en Ayacucho?
¿Entónces qué evolucion
nos resta ya que emprender?
FER.—¡Qué sé yo! No hay mas que hacer:
rendirnos á discrecion.
AGU.—Eso no, ¡voto á San Pablo!
Mas vale hacerse matar.
FER.—Tengo ese mismo pensar.
¡Con qué tristezas al diablo!
AGU.—Dios sabe bien que no encuentro
tan desgraciada mi suerte,
aunque diviso á la muerte
por derecha, izquierda y centro,
como la de tanto amigo,
que, en aquel choque sangriento,
ha dejado sin aliento
el plomo del enemigo.
FER.—¡Dios tenga de ellos piedad!
AGU.—Al ménos, entre la escarcha,
han hecho ya *alto la marcha*
por toda una eternidad.
Duermen un sueño profundo,
mientras nosotros, Fernando,
aun seguimos maniobrando
en este pícaro mundo.
Muy doloroso es, por cierto,
concluir así la carrera.........
FER.—No falta mas, Aguilera,
sino que te dés por muerto.
Yo, por mi parte, no estoy
todavia para el caso;
mientras pueda dar un paso
ni á cañonazos me doy.
Y como tiempo hay de sobra
para darse hasta á Satan,
discurramos otro plan,
AGU.—Dices bien: manos á la obra.
Empezar te toca á tí.
FER.—Tú eres, chico, mas antiguo;
si dudas, te lo atestiguo;
tengo el nombramiento aquí.
AGU.—Cabal. ¡Soy un mequetrefe!
En maniobras atrevidas
debo dictar las medidas,
supuesto que mando en jefe.
FER.—¿Medidas? Vamos á ver.
¿Tienes tú medida alguna?
AGU.—Aguarda un poco...ninguna.
FER.—Pues ello, al fin, ha de ser.
AGU.—Vaya, tomemos al punto
de Andahuailas el camino.
FER.—¿A estas horas?...¡Desatino!
AGU.—¿No cala? Pues á otro asunto.
FER.—Nuestros pobres compañeros,
que á treinta no llegarán,
tan fatigados están
como llenos de agujeros.
Y no es tampoco prudente
abandonarlos aun,
cuando el peligro es comun......
AGU.—Parece que viene gente.
FER.—No hay cuidado, es mi lucero.
AGU.—Mudo...¡chist! como una roca,
que de una mujer la boca
destroza mas que un mortero.

ESCENA IX.

DICHOS, Y MARIA.

MAR.—Sigan ustedes, señores,

(Saca una botella y vasos)

conversando sin temor.
FER.—¡Qué ojillos tan matadores!
MAR.—Aquí les traigo licor
para ir refrescando el buche.
AGU.—(No parece de la sierra.)
MAR.—No tengan miedo que escuche
yo sus asuntos de guerra.
FER.—Mira, que escuches ó no,
lo cierto es que en el Perú
nadie te ama como yo,
ni es mas hermosa que tú.
MAR.—¿De veras?
FER.— Y tan de veras
como que tengo bautismo.
AGU.—¡Fernando!
FER.— Si me quisieras......
MAR.—Todos dicen eso mismo.
FER.—¡Qué mona!
MAR.— Y me está engañando.
FER.—No lo creas.
MAR.— ¡Qué mentiras!
FER.—Dame esa mano.
AGU.— ¡Fernando!
FER.—¿Pero por qué te retiras?
¿Tengo tan feo el semblante?
Ven acá.........
MAR.— Déjeme usté.
FER.—Pero escucha.........
AGU.— ¡Voto alante!

(Deja caer la botella despues de vaciar el licor.)

MAR.—Adios......... Adios.........
FER.— Se me fué.

ESCENA X.

AGUILERA Y FERNANDO.

AGU.—¡Mal tabardillo te lleve
con tu amor y tus simplezas!
FER.—¡Y á tí con tus asperezas!
¿Y ahora qué diablo se bebe?
Mira lo que ha hecho tu enojo:
has roto ya la botella.
¿Y cómo dar con la huella
estando el consejo cojo?
AGU.—¡Tonto, si salvé el licor!

(Le enseña el vaso lleno.)

FER.—¡Verdad!
AGU.— Si nada te cuela,
cuando hay cerca una mozuela
a quien hacerle el amor.
FER.—¿Y qué hé de hacer? ¡voto á tantos!
¿Darme unos golpes de pecho?
Yo no usurpo ese derecho,
que atañe y toca á los santos.
Acá, para un veterano,
no hay distraccion mas gustosa
que requebrar á una moza
ó fumar un rico habano.
AGU.—Y tú, como intelijente,
las escojes noche y dia;
para el verano la fria,
para el invierno la ardiente.
Todas las quieres...... me acuerdo
que en Reyes hasta á una vieja.........
FER.—¡Por Cristo! Aguilera, aleja
tan doloroso recuerdo.
Fué esa una escena de horrores,
que, al repasarla en la historia,
se execrará la memoria
de sus pérfidos autores.
Del fuego y del revoltijo
á esa mujer liberté,
y en pago me amó, lo sé,
como una madre ama á su hijo.
Creyendo que iba á morir,
la infeliz, en su afliccion,
me dió cierta comisión
que no he podido cumplir;
y á juzgar por lo que veo
no la cumpliré jamás.
¡Ya, amiga, no me verás,
apesar de mi deseo!
¡Mas léjos de mí esta idea
que me pone el humor negro!
AGU.—Bien dicho, chico, me alegro
que tu intencion esa sea.
FER.—Pensemos en nuestra suerte,
que es demasiado apretada.
AGU.—Convenido, camarada,
eso iba yo á proponerte.
Pues el consejo prosiga.
Echa un trago.
FER.— Sea en buena hora.
AGU.—Siga la consulta ahora.
FER.—Ese es mi voto, que siga.
Con que ¿por dónde empezar?
AGU.—Generala en el momento.
FER.—Hombre, despacio, con tiento.
Déjame reflexionar.
AGU.—Está bien, reflexionemos.
FER.—¿Sabes que hay mil embarazos?
AGU.—Pues destruirlos á balazos.
FER.—Alto el fuego. Meditemos.
AGU.—¿Dás con algun medio?
FER.— Sí.
Luego el campo levantamos.
AGU.—Me conformo. ¿Y dónde vamos
sin guia?
FER.— ¡Qué guia! Aquí,
el Pampas es nuestro guia.
AGU.—¿Cuál? ¿ese rio cercano?
FER.—El mismo.
AGU.— Bueno, me allano.
FER.—Atiende á la idea mia.
AGU.—Habla.
FER.— Este vaso vacío
somos nosotros, ¿lo vés?
AGU.—Lo veo.
FER.— Pues el lleno es
aquel importuno rio.
AGU.—Esplícate ¿y qué tenemos?
FER—Ante todo lo seguro,
para salir del apuro,
es que este raudal sequemos.
AGU.—Y bien, ya está el rio manso.

(Se bebe el vino.)

FER.—Tomaremos posicion
en la cuesta de Bombon.
AGU.—Y.........
FER.—Un par de horas de descanso.
AGU.—¿Y si acaso está ocupada?
FER.—Se tocará calacuerda.
AGU.—No, media vuelta á la izquierda,
atencion, y retirada.
FER.—Entónces somos el blanco
del enemigo que acecha.
AGU.—Pues correrse á la derecha
por una marcha de flanco.
FER.—Aprobado.
AGU.— Bien, muy bien.
FER. Y AGU.—Nuestro plan es acertado.
FER.—El consejo se ha acabado.
AGU.—Y la botella tambien.
Ahora, chico, es necesario
que yo pase un parte al Cuzco;
mas como soy algo brusco
te nombro mi secretario.

Dejo á tu cargo este asunto:
tú entiendes esos paliques:
y escucha, cuando te espliques,
estampas mi nombre, y punto.
Entretanto, es menester
decir á los compañeros,
que marchamos a Chincheros
antes del amanecer.
Yo mismo haré este servicio.
Abur, pues, hasta la vista.
Si estos nos siguen la pista
hoy concluimos el oficio.

ESCENA XI.

FERNANDO.

¡Pues, señor, es cosa estraña!
Siento dejar esta tierra
solamente porque encierra
una moza tan huraña.
Con fuerza ejerce su saña
en mi pecho el dios vendado!
No hace una hora que he llegado,
y cuando cerca la siento
me olvido, en ese momento,
hasta que estoy derrotado.
¡No sé qué fatal estrella
pretende burlarme así!
En mala hora conocí
á esta donosa doncella.
¿Y podré olvidar por ella
mi obligacion? no señor.
¡Váyase al diablo el amor!
De mí no se ha de reir.........
Pongámosnos á escribir
que eso será lo mejor.
Nuestra marcha está cercana,
y ante todo es necesario
mandar un itinerario
á la inmediata pascana.
Allá estaremos mañana
muy temprano, Dios mediante;
se hace el rancho en un instante;
otro propio despachemos:
comamos y descansemos;
paso largo y adelante.

(Escribe.)

« Circular.—Cuartel general en Ocros á 10 de Diciembre de 1824. — A las justicias del tránsito.—Conviniendo al real servicio que la division de vanguardia, que está á mis órdenes, emprenda la marcha esta misma noche.........

Mar.—(Solo ha quedado el mas jóven
si acaso pudiera yo.......)

Fer.— « pues de no verificarlo así se expondria á graves males el ejercito de su majestad.»
Y por Cristo que no miento;
nos pueden dar pasaporte,
pues, si aquí dormimos hoy,
á todos para el panteon. [mos.
Mar—(¡El panteon...! Qué dice...? (Oiga-
Fer.—Creo que hablan ... ¿Quién es?
Mar.— Yo.

ESCENA XII.

FERNANDO Y MARIA.

Fer.—¡Hola! ¿Con que tú, bribona,
estabas ahí de planton?
¿Qué quieres?
Mar.— Venia á ver
si se ofrece mas licor.
Fer.—No, basta.
Mar.— Pues hasta luego.
Fer.—Aguárdate.
Mar.— No, me voy.
Fer.—Vén para acá que tenemos
que ajustar cuentas los dos.
Vaya dí, ¿cómo te llamas?
Mar.—¡Jesús, y qué pregunton!
¿Qué le importa á usted saber
si mora ó cristiana soy?
Fer.—¡Pues alabo la pregunta!
¿Qué me importa? voto á brios!
¿Y mañana, cuando cuente
que ese garbo me prendó,
cómo diré que te llamas?
Responde.
Mar.— Calma, señor.
¿No dice usted que estará
aquí con su division
un mes? Pues tenga paciencia
que ya lo sábrá.
Fer.— Eso no.
Me lo has de decir hoy mismo.
Habla de una vez.
Mar.— Ya voy.
Fer.—Acaba.
Mar. – Me llamo Pepa.
Fer.—¡Pepa...! Ese es nombre español.
Mar.—Pues soy Pepa, ya lo sabe.
Fer.—Lo celebro, como hay Dios.
Ahora falta que me digas
si merezco ó no tu amor.
Mar.—¿Me quiere usted mucho?
Fer.— Mucho.
Te quiero y requiero.

MAR.— ¡Oh!
Pues mal gusto tiene usted.
FER.—Lo tengo muy superior,
porque esa carita.........
MAR.— ¡Vaya!
No hay que ser tan adulon.
Yo no tengo ningun mérito
para que así, de hoz y coz,
se meta usted.........
FER. — Creeme, chica,
porque tan ingénuo soy
que nunca digo son pares
si veo que nones son.
MAR.—¿Con que es verdad?
FER.— Te lo juro,
á fé de Fernando Coll.
Con que así, dame un abrazo.
MAR.—¡Quite usted!

(Huyendo.)

FER.— Hazme el favor......
te he de abrazar ....
MAR.— Imposible!
FER.—(Y la chiquilla es veloz.)
Vamos, llega. No seas tonta.
Que por un leve estrechon
no se ha de enojar tu amante;
y si se enoja, mejor.
MAR.—Yo, señor, no tengo amante.
FER.—Seré el primero en el rol.
MAR.—Como no soy buena moza
no anda nadie de mí en pos.
FER.—En tal caso serán ciegos
todos en la poblacion,
ó de un carácter tan duro,
tan huraño y tan feroz,
que no admiran la hermosura,
ni les hechiza el candor.
Si tuvieran sus dos ojos
espeditos como yo,
vieran que ese airoso talle,
esa dulcísima voz,
y ese par de cornucopias
mas relumbrantes que el Sol,
son capaces de sacar
de sus casillas á Job.
Al ménos, á mí me tienen
hecho una áscua de carbon.
¡Pero qué es eso...! ¿Tú tiemblas...?
¡Qué conmocion, Santo Dios!
MAR.—No es nada... No tengo nada.
FER.—¿No es nada...? Y muda el color!
¿Qué será esto....?
MAR.— ¡Dios mio!
¡Qué seductora ilusion!
¡Qué idea!
FER.— ¡Pepa...! ¡Pepita!
MAR.—Déjeme usted... ya pasó.
FER—¡Diantre! Pues me has dado un susto
que me brinca el corazon.
MAR.—¡Qué vida tan triste paso!
Para mí todo es dolor!
FER.—¿Qué dices?
MAR.— ¡Qué desgraciadas
todas las mujeres son!
FER.—No entiendo.........
MAR.— ¡Siempre la presa
somos de algun seductor!
FER.—¡Me haces perder la chabeta!
MAR.—¿Yo, señor?
FER.— ¿Pues quién?
MAR.— Yo, no.......
la que no hace mucho rato
ocupaba su atencion.......
á la que usted escribia
sin duda cartas de amor.......
á esa debe usted hacerle
esos cargos; á mí nó.
FER.—¡Toma! ¿Con que estás celosa?
Diana! Ganamos la accion.
MAR.—¡Celosa yo! ¿Y por qué causa?
FER.—Pepa, palabra de honor,
lo que estaba aquí escribiendo
el amor no lo dictó.
MAR.—¿A que no lo muestra usted?
FER.—¿Y por qué nó?
MAR.— ¡Cómo no!
FER.—Vé, te lo voy á enseñar;
pero con la condicion
de que he de abrazarte.
MAR.— Sí.
FER.—¿Cuenta que me engañes?
MAR.— No.
FER.—¿Sabes leer?
MAR.— Ni una palabra.
FER.—(Así finjiré mejor.)
Pues escucha: esta es una órden,
que á nuestros soldados doy,
distribuyendo el servicio
y encargándoles la union.
MAR.—Corriente, léala usted.
FER.—Oye, pues.
MAR.— Oyendo estoy.
FER.—(Por Dios, que siento engañarla.)

(Finjiendo que lee.)

«El comandante de la guardia de prevencion cuidará que bajo ningun pretesto... que bajo ningun pretesto......

FER.—(Miento contra mi intencion.)
«Que bajo ningun pretesto.........
MAR.—(¡Válgame Dios, qué he leido!)
FER.— «salgan á la calle, en todo el tiempo que estemos de guarnicion en este pueblo, que será por dos meses, poco mas ó ménos..........

MAR.—(¡Qué falsedad, Santo Dios!)
FER.— « para conservar la moralidad de la tropa.........

MAR.—(Y se marchan esta noche!)
FER.—¿Qué dices?
MAR.— Nada. (Me oyó.)
No digo nada.
FER.— Ya ves,
aqui no hay nada de amor.
MAR.—Ya lo veo.........
FER.— Lo demás
son advertencias.........
MAR.— Ya estoy.
FER.—Ahora venga lo ofrecido.
MAR.—Nos pueden ver......... ahora no.
FER.—¡Pepa! Siquiera la mano
en señal de estimacion.
MAR.—Tómela usted......
FER.— Gracias, gracias.
¡Si es un ángel del Señor!
Ahora permíteme, Pepa:
me llama la obligacion.
Voy un instante al cuartel.
Hasta luego.
MAR.— Adios. (¡Traidor!)

ESCENA XIII.

MARIA.

Conmovida me sentia
escuchando sus razones;
pero él con alevosía
solo hacer gala quería
de sus torpes pretensiones.
Por una loca esperanza
la idea casi renuncio
de mi empeñada venganza,
aunque aqui de desconfianza
tenia no sé qué anuncio.
Pero mi infausto destino
me arrastraba hácia el infiel,
y puesto el pié en el camino
iba á hacer un desatino
cuando leí ese papel.
En fin, si él tuvo el intento
de seducirme y burlarme,
yo ya en mi pecho no siento
el menor remordimiento
al insistir en vengarme.

ESCENA XIV.

MARIA, ALCALDE, REGIDOR Y PETUCA.

ALC.—¡Eh! ¿Cómo vamos?
MAR.— Despacio.
ALC.—¿Has tomado algun informe?
REG.—¿A qué vienen?
PET.— ¿Y qué quieren
por aquí estos *fracmasones*?
MAR.—¡Bajen la voz, no nos oigan!
ALC.—¿Pero qué hay, con mil demontres?
MAR.—Escuchen ustedes.
ALC. Y PET.— Habla.
MAR.—Se van esta misma noche.
REG.—¿Qué dices?
ALC.— ¿De veras?
PET.— ¿Cómo?
MAR.—Así como ustedes lo oyen.
ALC.—¿Con que se ván?
MAR.— Sí, señor,
sin decir oste ni moste.
REG.—Pues entónces, al momento
corramos á dar las órdenes
para impedir que se escapen.
ALC.—¡Hombre, quieto! ¿Y por qué corren?
MAR.—Yo no sé.
ALC.— ¿Pero quién dice
que se largan esta noche?
MAR.—Lo he leido en un papel
que estaba escribiendo el jóven.
REG.—El tiempo se pierde. Voy
á que las campanas toquen,
y á que el pueblo se reuna.........
ALC.—¡Espérate ahí!
MAR.— (¡Maricones!)
REG.—Pero, señor.........
ALC.— ¡Pero diablo!
¿Tú quiéres que nos ahorquen?
PET.—(Le diera yo mi pollera
y tomara sus calzones.)
ALC.—Bueno es que uno sea guapo,
y que mate, y que destroce,
y que grite y se entusiasme;
pero todo esto conforme.
REG.—¡Esta es mucha cobardia!
MAR.—¡Es una vergüenza!
PET.— ¡Qué hombres!
ALC.—Amigos, Juan de Segura
vivió mucho, y dejó nombre.
REG.—¿Y hemos de dejar que fuguen?
ALC.—Vamos á esto, ¿y quién responde
de que á este pobre muchacha
no la engañe ese Iscariote?
MAR.—Repito, señor Alcalde,
que se marchan esta noche.
ALC.—Nada; tomemos primero
las debidas precauciones,
para saber si es verdad

que en polvorosa se ponen.
¡Pero qué véo! Allí vienen.........
Si algo malician, nos comen
vivos.
REG.— Ya llegan.
ALC.— Amigos,
que la alegria rebose.........
mucha reserva......... aquí están.
¡Que viva España, señores!

ESCENA XV.

DICHOS, AGUILERA, FERNANDO.

AGU.—¡Qué buen humor, mis amigos!
REG.—Es justo, mi general.
ALC.—¡Viva el ejército real
y mueran sus enemigos!
AGU. Y FER.—¡Mil gracias!
ALC.— Vamos, señores,
comeremos adentro algo;
ya saben que cuanto valgo.........
FER.—Acepto.
AGU.— Estimo.
MAR.— (¡Traidores!)
FER.—(¡Qué estraña solicitud!)
AGU.—(Esto aumenta mi sospecha.)
FER.—Hoy, mi alma, me bato en brecha
con el *pisco* á tu salud.
ALC.—Entremos.
FER— Pasa, salada.
ALC.—Mi general, por delante.
AGU.—Désfilen: yo iré distante
cubriendo la retirada.

ACTO SEGUNDO.

SALA POBRE CON VARIAS VENTANAS ALTAS SIN SIMETRIA. PUERTA Á LA CALLE, Y OTRAS QUE CONDUCEN Á VARIAS HABITACIONES INTERIORES.

ESCENA I.

ALCALDE Y REGIDOR.

REG.—¿Qué tiene usted? ¿de qué nace
esa inquietud, ese espanto?
¿qué hay de nuevo?
ALA.— Amigo mio,
somos perdidos, tronamos,
nos ha llevado el demonio.
REG.—¿Pero por qué?
ALC.— Es necesario
encomendarnos á Dios,
que al cabo somos cristianos.
REG.—Espliquese usted.
ALC.— ¿No dije?
Aquel informe era falso.
Esa muchacha era víctima
de un infernal conciliábulo.
No solo no están los godos,
como dijo, derrotados,
sino que todo el ejército
vá, poco á poco, llegando.
REG.—No puede ser.
ALC.— Cabalito,
como dos y dos son cuatro.
REG.—¡Qué!
ALC.—Han pedido mas raciones,
y alojamientos, y pastos,
y además......... ¿no sabes tú
lo que ahora han hecho esos bárbaros?
REG.—¿Qué han hecho? Yo nada sé.
ALC.—Al pobre alguacil de campo,
porque no los sirvió pronto,
en la Cárcel lo han soplado,
y me han dicho que mañana
le darán quinientos palos.
REG.—¿Es posible?
ALC.— Sí, señor.
REG.—Pues tendrán muy buen respaldo
para proceder así.
ALC.—Sin duda. Muy bien pensado:
eso mismo digo yo;
y dentro dé poco rato,
quizá tambien á nosotros
nos darán cuatro balazos,
ó nos limpiarán el polvo
hasta dejarnos inválidos.
Tú solo tienes la culpa
de lo que estamos pasando.
REG.—¿Está usté en su juicio? ¿Yo?
ALC.—Tú no mas. No estoy borracho.

Bien te lo dije, ¿te acuerdas...?
Pero tú, en tus arrebatos,
empezastes á gritar,
y héte aquí los resultados.
Reg.—No tenga usted miedo.
Alc.— Eso es,
me van á dar un abrazo.
Tengo miedo, si señor;
porque, aunque no soy un sabio,
conozco perfectamente
donde me aprieta el zapato.
Por último, señor mio,
yo escapo el bulto, me largo;
y si aprecias tú el pellejo
puedes hacer otro tanto;
porque, si te agarran, chupas
para cuerdas en el acto,
Conque abur.......

ESCENA II.

DICHOS MARÍA Y PETUCA.

Mar.— Señor Alcalde,
¿se vá usted?
Alc.— Sí, voy al campo
á una diligencia.
Mar.-- Escuche...
Reg.—Lo que hace es abandonarnos.
Mar.—¿Abandonarnos? ¿Ahora
que la victoria cantamos?
Alc.—¡Victoria! Qué es lo que has dicho?
¿Ganó el rey? Si estaba claro.
Mar.—¡Qué rey ni qué calabazas!
La patria es la que há triunfado.
Nosotros. ¿Lo entiende usted?
Reg.—¡Viva! ¡viva!
Alc.—Pero vamos,
¿y tú cómo sabes eso?
Mar.—Ya lo diré mas despacio.
Reg.—¿Y las raciones que piden
para quién son?
Alc.— No seas cándido;
no la creas.
Mar.—Son para ellos,
para escapar.
Reg.— ¡Voto al diablo!
¡Pero cuatro mil raciones
para solo cuatro gatos!
Alc.—Pero vamos al negocio.
Concluye tú de contarnos
ese triunfo. ¿Cómo ha sido?
No vayas al fin y al cabo
á salir, como acostumbras,
con una pata de gallo.
Mar.—Poco hace que con pretesto
de buscar algunos trastos
me acerqué por la cocina,
y como ví conversando
allí á varios militares
que hoy al lugar han llegado,
me entró la curiosidad,
y oculta pude escucharlos.
Así, poco más ó menos,
espresaban sus quebrantos;
«¡Desgraciados! ¿Qué sería
de nosotros á la fecha,
si en tempestad tan desecha
Aguilera no nos guía?
Sin su valor, sin su tino,
ninguno en todo el camino
nos hubiera hecho una dádiva,
porque es raro entre estas gentes,
que todos son insurgentes.
hallar una alma magnánima.»
Y al oir écos tan dolientes
se me saltaban las lágrimas....
Alc.—¡Válgame Dios, qué sensible
te me has vuelto entre las manos!
¡Qué lástima! ¡Pobrecitos!
¿Si te habrás enamorado
de alguno de esos gandules!
Nada tendria de estraño;
porque ustedes las mujeres
se mueren por los soldados.
Reg.—Déjela usted que concluya.
Prosigue, no le hagas caso.
Mar.—Pues, señor, entre sollozos,
así continuaba el diálogo:
«¡Firmeza, no desmayemos!
Si sabe nuestra derrota
este pueblo, se alborota,
y aquí todos perecemos.
Subordinacion gradual,
y una estrechez fraternal
son del soldado las máximas.
¡Juremos por cuanto existe,
por el Dios que nos asiste,
no olvidar nunca su práctica!»
Y al oir protesta tan triste
se me saltaban las lágrimas.
Alc.—Pues tienes un corazon
como manteca de blando.
¡Cuidado no se derrita....!
¡Ja, ja, ja, ja! ¿Lindo chasco!
Mar.—¿Y de qué se rie usted?
Alc.—¿Tú habrás, sin duda, pensado
que es muy fresca tu noticia?
Mar.—¿La sabia usted?
Alc.— ¡Qué diablo!
¡Que si la sabia! ¡Toma!
¿Tendré yo tan mal olfato
como usted? Ya esa estaba
en el estuche hace rato.
Reg.—¿Y por qué la ocultó usted?
Alc.—Yo me alegro, sin embargo,

que la escuche de tu boca
este pobre alma de cántaro,
que estaba ya con un susto
que no veia á cuatro pasos.
REG.—¡Eso es!
PET.— ¡Jesus, que miedo!
REG.—¡La frescura es la que alabo!
Al reves lo digo, Pedro,
para que lo entiendas, Pablo.
Tiene usted razon... Yo me iba
a una diligencia al campo...
yo escapaba el bulto
ALC.— ¡Vaya!
¡Eres mas lerdo que un asno!
¿Qué inocencia...! ¡Ya se vé,
qué entiendes tu de estos tratos!
Te voy á dar una prueba
de que no miento en lo que hablo.
Mira si estaba seguro
de vencer á los contrarios,
cuando tenia hasta el parte
en el bolsillo guardado.
REG.—¿El parte?
ALC.— El parte.
REG.— ¿A qué fin?
ALC.—¡No digo que eres un asno!
Y sin parte y sin *Te Deum*,
¿quién habia de hacer caso
de las batallas?
REG.— Así es.
A ver el parte. Leamos
ALC.—Está en borrador.
REG.— No importa.
«Habiendo sido informado.»
ALC.—No me gusta ese principio;
es necesario variarlo:
empezando así parece,
que alguno me lo ha indicado.
Pondremos: «como supiese....»
REG.—Lo mismo tiene, sigamos.
«Que una division de godos.
compuesta de,...» Aquí hay un blanco.
ALC.—Ya estoy. Allí se pondrá
que son quinientos y tantos.
REG.—¡Quinientos y tantos! ¿Cómo,
si á treinta no llegan?
ALC.— Vamos,
sigue leyendo. Que venga
el que lo dude á contarlos.
REG.—«Por distintas direcciones
se dirigía á atacarnos,
y que «toma....toma....»
ALC.— Trae,
Leeré yo.
REG.—Si está borrado,
¿Como quiere usted que entienda?
ALC.—«Y que tomar por asalto
intentaba este lugar;
armados, hasta con palos,
les salimos al encuentro
con ciento cincuenta bravos,
y en seguida de un combate,
tan sangriento como largo....»
PET.—Esa es mentira
ALC.— ¡Demonio,
no interrumpas! «alcanzamos
el mas esplendido triunfo,
que registran nuestros fastos.»
PET.—Sin un tiro?
ALC.— Calla, simple.
¿Y si por copas no echamos,
entonces, como vendrán
los elogios y los grados?
REG.—Muy bien dicho. En casos tales,
quién es quien no hace otro tanto?
En todo parte oficial,
eso es de cajon, de claustro.
ALC.—De esta hecha...verán ustedes,
hasta general no paro.
REG.—Si usted mismo puede hacerse,
será un sonso en no efectuarlo.
¡Como que de esos se encuentran
en el mundo mas de cuatro!
ALC.—Vaya, déjenme acabar;
falta poco.
PET.— (Flojonazo!)
ALC.—«Doscientos muertos cabales
hemos hallado en el campo:
cien heridos, cien contusos,
y ademas hemos tomado
cuatrocientos prisioneros,
el armamento, el vestuario,
cajas, clarines, cornetas,
una bandera y el rancho.»
REG.—¿Hasta el rancho?
ALC.— ¿Qué tiene eso?
Si lo traian sin guisarlo.
«Han escapado muy pocos,
porque estaban bien montados,
y la noche tan oscura
que no se veian las manos.»
REG.—Ya estrañaba yo lo *oscuro*;
en un parte es necesario
que haya siempre *oscuridad*,
porque sinó está muy claro.
Pero oiga usted: me parece
que el cálculo no es exacto.
Doscientos muertos: doscientos,
entre heridos y estropeados,
son cuatrocientos. Agréganse
cuatrocientos desarmados,
suma ochocientos. Y el parte
dice quinientos y tantos...
ALC.—¡Justa observacion! Sin duda
ese es yerro del plumario.
Pondremos solo cien muertos.
REG.—O mil. ¿Quién pone reparo
en menudencias?

Alc.— Escuchen.
«Entre los mas esforzados
y que mas se han distinguido...»
Reg.—¿Quienes han sido? veamos.
Alc.—El Alcalde.
Reg.— Por supuesto,
quien dá el parte es el mas guapo.
Alc.—¿Tu querrás seguir mis aguas?
¿No digo bien? Habla claro.
Reg.—Nada me supone.
Alc.— ¿Y tú?

(A Maria.)

Mar.—¿Y yo con eso qué saco?
No me han de hacer generala.
Alc.—Pero un buen dote pillamos.
Y como has de ser mi esposa...
Mar..—¡Eso! (Se verá despacio.)
Reg.—(Sigamos el buen humor.)
Señor Alcalde, he notado
que en ese parte no se habla
de gloria, ni de amor patrio,
ni de sacrificios...
Alc.— Cierto.
lo añadiremos al rabo.
Llamaremos sin segundo
y bélico el entusiasmo;
y diremos que éran leones
los ciento cincuenta bravos,
y que...¡Pero punto en boca,
que vuelven!
Pet.— Mejor.
Reg.— ¡Matarlos!
Alc.—Callen, por Dios. ¿Están locos?
Reg.—¿Y el honor...?
Pet.— ¿Y el entusiasmo
dónde está?
Alc.— ¡Chiton, chiton!
Reg.—(Si es mas flojo que el tabaco.)

ESCENA III.

DICHOS Y FERNANDO.

Alc.—Dios lo guarde, mi señor.
Fer.—¡Hola, amigos! ¿Por aquí?
Pues yo los hacia á ustedes
ya del mundo en el confin.
¡Como nos dejaron solos
en aquel chiribitil...!
Alc.—Dispense usted, mi señor;
no lo hicimos con mal fin,
sino por que...
Fer.— Tal conducta
es sospechosa, incivil;
pues, sin decir chus ni mus
mandarse mudar así...
Si querrán ustédes haya
aquí la de San Quintin!
Mar.—Cálmese usted, no se enoje.
Nos fué preciso salir
para arreglarle á usté el cuarto
Pet.—¡Y que está como un aniz!
Fer.—Está bien.
Mar.— Y si usted quiere
ya puede echarse á dormir.
Todo está listo.
Fer.— Agradezco.
¿Y cuál es el cuarto?
Mar.— Ahí.
Fer.—Ya lo veo. ¿Será bueno?
Pet.—El mejor de este país.
Reg.—Es la pieza que nos sirve
para sesion concejil.
Mar.—Y muy fresca.
Fer.— Solo siento
que tambien no duerma allí
el general, pues pudiera
tenerme algo que decir
á media noche...¿Y cuál es
su habitacion? ¿La otra?
Mar.— Si.
Le llevarán, si usted gusta,
su cama allá y su fusil.
Fer.—No fuera malo.
Mar.— Corriente:
yo la habia puesto aquí,
para que con mas desahogo...
Fer.—Gracias. (Me vé de perfil.)
Deja esos chismes. Me quedo.
Mar.—Y como nunca creí
que usted lo tomára á mal,
ni que se fuera á sentir.
Fer.—¡Disparate! Tus deseos
son mandatos para mí.
Aqui acampo en cuerpo y alma,
lindísimo serafin;
no se hable mas del negocio.
Mar.—(Surtió su efecto el ardid.)
Fer.—(Un lince es esta muchacha.)
Vales, chica, un Potosí.
Ahora permítanme ustedes
que vaya adentro en un tris,
para ver si el general
me necesita advertir
alguna cosa.
Alc. y Reg.—Señor.
Fer.—Antes sacaré de aquí

(Va á la mochita y la abre.)

unos cuantos cigarrillos...
(Me está dando en la nariz
que esta gente...es necesario
cuanto mas antes salir.)
Conque, amigos, buenas noches.
Alc. y Reg.—Pásela ustad muy feliz.

Fer.—Hasta mañana.
Pet.— (Mañana
no ladrarás ya, mastin.)

ESCENA IV.

ALCALDE, REGIDOR, PETUCA Y MARIA.

Reg.—Vamos, muchacha, ya es hora.
de que tu ingenio sutil,
no permita que alce el vuelo
de repente la perdiz.
Yo voy á mandar que salga
ahora mismo un alguacil,
á que nos traiga la gente
de Acocro, de Ibias...en fin,
á toda la que se pueda
en el campo reunir,
para que cuando despierte
esta canalla servil,
no pueda usar de sus manos
y nos rinda la cerviz.
Alc.—Si tú pudieras pillar
ese papel, ó pasquin
que leiste...asi sabremos
á qué hora se deben ir.
Pet.—Sí, hijita, no tengas miedo;
que se acabe este tragin.

ESCENA V.

MARIA.

¿Corazon mio, qué es esto?
¿porqué sin cesar palpitas?
¿qué tienes? ¿por qué te ajitas?
¿es por miedo, ó por amor?
Cuando ya de la venganza
llega el instante terrible,
¿por qué te muestras sensible?
¿por qué calmas mi furor?
¿Qué tiene este hombre? ¡Dios Santo!
Cuando me fija sus ojos,
en vez de causarme enojos
me excita solo á piedad.
¡Infeliz! Es desgraciado,
y del rencor mas activo
el mejor perservativo
siempre fué la adversidad
¡Mas qué digo! Madre amada,
¿y olvido yo tu agonía?
¿Qué error funesto desvía
y perturba mi razon?
Te vengaré, sí. Lo juro
por estos cielos divinos;
no serán tus asesinos
los que obtengan mi perdon.
Vamos á ver de qué modo
me apodero de ese escrito,
pues sentiría infinito
el no poderlo lograr.
¿Qué medio habrá...? no lo alcanzo.
¡Ah, qué idea...! estoy tranquila.
¡No hay remedio! En su mochila
debe sin duda de estar.
Veamos...¿Pero mi mano

(Va á la mochila y la empieza á registrar.)

por qué causa se entorpece?
Veamos; ánimo...! empiece
el proyectado tragin.
Su eficaz ayuda el cielo
en esta ocasion me preste.
Á ver...un paquete es este
y tiene un letrero al fin.
¿Qué dice? «A mi padre enviadle
á la Coruñá este pliego,
si acaso, sin verlo, llego
en esta tierra á morir.»
Yo no creí nunca encontrarle
tan amoroso y honrado.
¡A mi me quiso el cuitado
engañar y seducir!
Este será...no; son versos.
Este...listas...relaciones...
Quizá por estos rincones
escondido lo tendrá
Si me halla en este registro,
sin mas recurso, me ensarta.
Aquí he encontrado una carta...
cerrada...¿de quién será?
¡Qué veo, Virgen del Carmen!
Es para mí! ¿Estoy dormida?
Una letra parecida
creo que he visto otra vez.
Yo la abro... Ya está....¿Quién firma?
¡Mi madre! ¿Qué es esto, cielos?
La leeré... ¿Ah, qué recelos!
¿Estará viva tal vez?

«Hija de mi alma: ya no me queda ninguna esperanza de estrecharte otra vez en mi seno. Los sufrimientos á que estoy entregada me dicen que solo nos veremos en el cielo. Sabrás que las montoneras incendiaron nuestra pobre casa; y que los españoles que llegaron pocos momentos despues completaron mi desolacion, entregando tambien á las llámas y al pillaje el resto del pueblo. Sorprendida, en medio de la noche y del fuego, ¡hubiese salvado la vida, esponiendo la de mi salvador al desenfreno de sus propios compañeros, que no respetaron

ni las cosas mas sagradas..... El mismo te entregará esta carta... »

¡No estoy en mí! ¡Qué noticia!
¿Si será algun artificio?
No puede sér. ¡Pierdo el juicio!
Es de su puño; es igual.

(Pausa.)

«Pues me ha dicho que pasará por Huamanga, en donde te supongo con tu tia. A su vista piensa, hija mia, que él ha sido el ángel de mi guarda, y que ha prodigado su sangre por salvarme... Hija de mi corazon: si algun dia pudieses demostrarle tu reconocimiento; si te fuese posible salvarlo de algun peligro, hazlo, María, pues á él debes la existencia de tu amorosa madre, que tanto á tí, como á él, os encomienda á Dios con todo su corazon»

Hombre humano y generoso,
¿y yo hé querido perderte?
¡Dios mio! dame la muerte,
antes que le haga algun mal.

ESCENA VI.

FERNANDO Y MARIA.

FER.—(Aquí está. Bien lo decia.
¡Si la viveza que tiene
esta muchacha...!)
MAR.— (Aqui viene.
¡Oh! ¡Que vergüenza la mia!)
FER.—Ya estoy de vuelta, preciosa.
Con qué, ¿me quieres ó no?
MAR.—A tus pies debo estar yo,
arrepentida y llorosa.
FER.—¡Qué es esto! ¡Qué turbacion!
¿Tú á mis rodillas? ¿Por qué?
Levanta, ó me enojaré.
MAR.—¡Perdon, Fernando, perdon!
FER—¡Perdon! ¿Y qué es lo que hás hecho?
Vamos.... ¿por qué estás llorando?
MAR.—Ten piedad de mí, Fernando,
ó el dolor me rompe el pecho.
FER.—(No entiendo su desvarío,)
MAR.—(¡Qué injusta he sido con él!)
FER.—Pepa, trae ese papel.
¿Quién te lo ha dado? Esto es mio.
¿Lo sacaste...?
MAR.— Soy su dueño.
FER.—¡Su dueño!
MAR.— Sí, soy María.
FER.—¿No me dijiste...?
MAR.— Mentia.
FER—¿Qué has dicho? Será esto un sueño?
¿Con que esa buena mujer...?
MAR.—Es mi madre, á quien sacaste
de entre el fuego, á quien salvaste
á riesgo de perecer.
Y mientras que ella por tí
á Dios con fervor rogaba,
su hija, Fernando, te odiaba
con furor, con frenesí.
FER.—¿Qué dices?
MAR.— Sí; estás perdido.......
soy una ingrata, una harpía:
me hice gustosa tu espía:
te he entregado, te he vendido.
FER.—¿Qué hablas? ¿Es broma?
MAR.— No, es cierto.
Todo el pueblo está alarmado,
Y si no huyes, desdichado,
en esta noche eres muerto.
FER.—¡María! ¿Será verdad?
¿Y de tamaña vileza
cómplice fué tu belleza?
¡Qué abuso! ¡Qué iniquidad!
MAR.—(¡Qué he hecho yo!)
FER.— Si apenas creo
que, á sangre fria y con calma,
se hubiese prestado tu alma
para un delito tan feo.
MAR.—Contra la jente española
me encontraba fascinada:
á mi madre asesinada
la creía por ella sola...
FER.— Oye. ¿Y tú sabes qué pena
tienen los espías?
MAR.— ¡Ah!
FER.—¿Y que en mis manos está
ejecutar tu condena?
¿Sabes que ni por mujer
te puedes de ella librar,
que aun te pueden fusilar
los que has querido perder?
¿Sabes...?
MAR.—¡Dios mio!
FER.— ¡Qué digo!
¡Pobre María! Perdona,
si el sentimiento me encona
un leve instante contigo.
MAR.—Calla, calla, ¡perdonarte!
FER.—Mira; si á tu madre ves,
te suplico que le dés
un abrazo de mi parte.
Adios.
MAR.—¿A dónde te vás?
FER.—A buscar mis compañeros.
MAR.—Huye tú de los primeros;
déjalos á ellos.
FER.— ¡Jamás!
Con ellos ó muerto ó vivo.
MAR.—¿De qué servirá el valor?

No te espongas, ¡por mi amor!
¿No es este justo motivo?
De rodillas te lo ruego...
tu vida me importa mucho.
FER.—(¡Ay! ¡Con qué gozo la escucho!
Ahora que me maten luego.)
Levanta, niña, del suelo,
templa ese triste quebranto,
y no quieras con tu llanto
aumentar mi desconsuelo.
Por mi no siento la suerte
que tal vez aqui me espera;
¡pero ese pobre Aguilera
que es padre y que vá á la muerte!
MAR.—Pensemos en tí, por Dios.
Sálvate solo.
FER.— Eso, nunca.
No los dejé en Condorcunca,
aquí menos, ¡voto á brios!
Tan negro y bajo sentir
jamás cabrá en este pecho:
juntos la marcha hemos hecho,
juntos hemos de morir.
MAR.—Pues bien, yo los salvaré.
¡Ayúdame, Vírgen Santa;
guia, Señora, mi planta,
que esclava tuya seré!
Hazlo por tu Hijo divino;
no me faltes un momento,
para que libre y contento
pueda seguir su camino.

(Llaman à la puerta.)

FER.—¿Quién toca?
MAR.— (¡Si habrá algo afuera!!
FER.—Esta llamada es estraña!
MAR.—Pregunta.
FER.— ¿Quién vive?
(Recio.)
AGU.— ¡España!
FER.—No hay cuidado, es Aguilera

ESCENA VII.

DICHOS Y AGUILERA.

AGU.—¡Hola, hola! ¿Te confiesas?
Bien hecho: las avenidas
deben estar defendidas
cuando se temen sorpresas.
FER.—¿Te quieres callar?
AGU.— ¡Paciencia!
No te pongas cejijunto.
Daré media vuelta al punto,
si estorbo en la conferencia.
FER.—¡Alto ahí! ¿Dónde te vás?
Qué estorbar, por san Vicente,
si has llegado casualmente
cuando te deseaba mas.
AGU.—¿Y qué se ofrece? Habla luego.
¿Está cerca el enemigo?
FER.—No sé; péro es fuerza, amigo,
tomar las de Villadiego
AGU.—¿Y por qué causa?
FER.— Estas gentes
nos han descubierto el plan,
y reuniéndose están
para tomarnos.
AGU.— No mientas...!
¡Tomarnos! eso es hablar.
Matarnos, dirás mejor,
que el hombre que tiene honor
nunca se deja amarrar.
FER.—¡Despacio!
AGU.— ¿Y quién es el vil
que asi nos traiciona y vende?
Dilo, y verás si lo tiende
boca abajo mi fusil
FER.—Vaya, de eso no tratemos.
Ahora basta que te diga,
que existe una mano amiga
á quien la salud debemos.
Este es el ángel que envia
en nuestro socorro el cielo;
sin su eficacia y su celo...
cuéntaselo tú, María.
AGU.—Despacha.
FER.— No temas mal.
MAR.—Pues, señor, como han sabido
el desastre que ha sufrido
todo el ejército real,
se arman todos los vecinos
para prender los dispersos,
á quienes llaman perversos,
y ladrones, y asesinos.
AGU.- ¡Ladrones! Si la victoria
brillára en nuestros pendones,
á otros llamáran ladrones
estos muletos de noria.
El infortunio no afrenta
al valor en las batallas....
¡Aduladores! ¡canallas!
Siempre al sol que mas calienta.
MAR—Y, para hacerlo, no aguardan
más que lleguen cien paisanos
de los lugares cercanos.
AGU.—¡Vengan de una vez! Ya tardan.
Verlos al frente quisiera
y que el fuego hubiesen roto.
Yo con cuatro hombres derroto
á toda esa montonera.
FER.—Mira, chico, hazme el favor
de dejar esas jactancias:
ya no son las circunstancias
de apelar solo al valor.
Dejemos que pare el tiro

este almácigo de amores,
(Por Maria.)
que contra fuerzas mayores
no es cobardía un retiro.
AGU—¿Y qué hay que hacer? concluyamos
FER.—Echar arma á discrecion.
AGU.—Pues, arriba el batallon,
y marchen. ¿A qué aguardamos?
MAR.—¡Poquito á poco! Por ahora,
no hay que dar á sospechar
lo menor en el lugar.
Que estén listos de aquí á una hora.
Unas cuantas campanadas
serán la señal segura:
yo me avendré con el Cura
y serán muy bien tocadas.
Entonces salen ustedes
y ácia el rio se encaminan:
si acaso los examinan
arrimarse á las paredes.
Y cuando hayan caminado
diez cuadras del pueblo afuera,
tomen pronto la ladera
y sigan ya sin cuidado.
AGU.—Vamos á formar la tropa.
MAR.—Y yo voy á entretenerlos.
AGU.—Pues, mira, siento no verlos.
Con qué, chica, viento en popa.
MAR.—¡Ah! coloquen centinelas
en los cercos de la plaza;
á esta jénte se amenaza
con semejantes cautelas.
AGU.—¡Bravo! me gusta el enredo.
¡Cuerpo de tal, qué salida!
Acércate acá, mi vida:
llégate, no tengas miedo;
y si á tu cútis no escuece
tocar estos bigotazos,
enviame un par de abrazos.
MAR.—¡Con toda mi alma!
FER.— Parece
que ya te vas amansando.
Bueno, bien! Despues no riñas
porque me gustan las niñas.
AGU.—¡Si fueran como esta...! Andando!
Quien se despide se muere,
dice el refran; sin embargo
otro abrazo que me largo,
y al que mal le pareciere
malas pascuas le de Dios.
FER.—Dale otro.
AGU.— Pues si te enfadas
se los daré á carretadas.
Dos pedí, le he dado dos:
MAR.—No olvide la hora
AGU.— Ya estoy.
MAR.—Y cuando oigan la campana.......
AGU.—A astuto nadie me gana.
Vamos, Fernando.
FER.— Ya voy.

ESCENA VIII.

MARIA Y FERNANDO.

FER.—Arreglaré la mochila.
MAR,—¿Quieres que te ayude?
FER.— Gracias.
(Ahora si que las desgracias
humedecen mi pupila.)
MAR.—¿Qué tienes?
FER.— Una friolera.
Nada. (¡Fuera desconsuelos!)
¿Sabes que me han dado zelos
los abrazos de Aguilera?
¿Y como has tenido, dime,
con él tan tierna confianza?
MAR—Si el mal que te he hecho le alcanza,
¿quieres tú que no le estime?
Abrazándolo creía
que era mi falta menor.
FER.—Pues si te quedó escozor,
aquí estoy yo, prenda mía.
MAR.—Eso es ya muy diferente;
aquello fué de amistad.
FER.—No me acordaba; es verdad...
yo te soy indiferente.
MAR.—(No me cree! Tiene razon.)
¿Indiferente me llamas?
FER.—¡María! ¡María! ¿Me amas?
MAR.—¡Con todo mi corazon!

ESCENA IX.

DICHOS, ALCALDE Y REGIDOR.

REG—(¡Qué tal niña, donde estaba!
No en vano andamos dos horas
buscándola en todo el pueblo,
sin poderla hallar.)
ALC.— (¡Bribona!)
FER.—Dios es testigo, Maria,
que bendigo una vez y otra
hasta el suceso fatal
que ha hecho que yo te conozca.
REG.—(Ocultémosnos aquí,
y escuchémos sus tramoyas.)
FER,—Si antes me era la existencia
inutil, y aun enojosa,
ahora, Maria, lá quiero
para entregártela toda;
y no apetezco otra dicha,
ni aspiro á mas alta gloria,
que á vivir siempre contigo

en estas tierras remotas.
REG.—(Godo inicuo, ya verás
como te vá dentro una hora.!
FER.—Pero en medio de esta idea
tan alegre y seductora,
me asalta otra de repente
que el corazon me destroza:
la de que voy á marchar.
MAR.—Eso es lo que mas importa.
Si, Fernando, en el instante
haz que tu gente esté pronta,
para que á la hora precisa
todos en marcha se pongan.
FER.—(¡Que no me mate ahora mismo
la bala de algun patriota!)
REG.—(Qué bajo hablan!)
ALC.— (Nada entiendo.)
FER.—(¡Esta idea me trastorna!
Dejarla...! En fin...no hay remedio.
á tocar llamada y tropa.)
Adios, Maria.
ALC.— (¡Y la abraza!)
FER.—¡Calla, por Dios! Vé, si lloras
soy capaz de darme un tiro,
y dar fin á esta maniobra.
Adios.
MAR.—Adios.

(Se abrazan.)

ALC.— (¡Ctra vez!)
FER.—Consérvame en tu memoria.

ESCENA X.

ALCALDE, MARIA Y REGIDOR

ALC.—¿Se fué?
REG.— Parece que sí.
MAR.—(Siento menguar mis zozobras
con lo que acabo de hacer.)
REG.—¡Qué desfachatez de moza!
MAR.—Ahora vamos á buscar
al Alcalde...
ALC.— ¡Hola, hola!
¡Buena alhaja!
MAR.— (Soy perdida)
¿Aquí estaba usted?
ALC.— ¡Traidora!
Aquí estaba, si, escuchándote.
REG.—Te pilló, chica, la ronda.
MAR.—(No sé qué haga.)
ALC.— Ya caiste.
Nos las vas á pagar todas.
MAR.—¿Y qué ha oido usted?
ALC.— Nada, nada.
MAR.—A ver, diga usted ¿Qué cosa?
ALC.—¿Te atreves á preguntarlo,
infame, vil desertora
de nuestra causa?
REG.— Asi, duro.
ALC.— Mas ya se vé; no me asombra
que una loca como tú
de su traicion haga mofa,
cuando hombres cuerdos no faltan
que se precien de igual cosa.
Me pasma, si, me enajena,
me horripila y me encocora,
que tengas impavidez
para negar tu deshonra,
cuando yo he sido testigo,
todo un Alcalde en persona,
de que la selló ese godo
con dos besos de su boca.
MAR.—(Respiro) ¿No ha oido usted mas?
ALC.—¡Por San Francisco de Borja!
¿Mas todavia?
MAR.— ¡Qué sonso!
¡Ja, ja. ja, ja,!
ALC.— Y te ries,
grandisima perra goda?
MAR.—¿No he de reir cuando veo
que ha sido la accion tan propia,
que hasta usted se ha equivocado
estando en autos?
ALC.— La broma
te ha de costar...
MAR.— Basta, basta.
Pero, hombre, por Santa Rosa,
no ve usted que todo aquello
fué solo una escena cómica,
y que estaba ejecutando
mi papel de ESPIA.
ALC.— ¡Toma!
¡Qué bruto soy!
MAR.— Por supuesto.
ALC.— Tienes razon, soy un posma.
Pero, dime ¿aquellos besos...?
MAR.—Todo eso no fué otra cosa
que hacerlo mas á lo vivo.
REG.—Y que nadie lo mejora.......
¡Cáspita con las mujeres!
Como ellas se lo propongan,
le dan quince y falta al diablo
en astucias y tramoyas.
MAR.—Y el pago que se me dá

(Finje que llora.)

son desaires y son roncas.
Yo tengo la culpa.
ALC.— Vamos;
no te enojes.
REG.— No seas tonta.
ALC.—¡Quien no se hubiera engañado!
¡Qué propiedad! ¡Carambola!
MAR.—Gracias á mí que si nó
ya andarian por la posta.
REG.—¡Diantre! Pues lo sentiria,
porque hasta dentro de una hora

no caerá la jente.
MAR.— (¡Cielos!)
REG.—Qué, te admiras?
MAR.— (¡Esta es otra!)
¿Dentro de una hora?
REG.— Cabal.
¿Crees tú que es de poca monta
reunir á los paisanos,
para una empresa riesgosa?
ALC.—Yo por mi parte me alegro,
porque me han contado ahora
que se halla cerca de aquí
una division patriota,
y si ella llega á buen tiempo
se alcanzará la victoria,
sin que haya necesidad
de esponer nuestras personas.
MAR.—(¡Insensata! ¡Y yo que fuí
á señalarles una hora!)
REG.—Ya estás temblando de miedo.
ALC.—(Yo, al menos, tengo una arroba.)
MAR.—(¡Qué situacion! ¡Buen recurso!
Peor es que venga esa tropa.)
REG—¿Qué hablas entre dientes? ¿Rezas?
ALC.—Aprende de mí, simplona.
RGE.--Verán ustedes qué gresca
se arma aquí dentro de una hora.
No vá á quedar godo vivo
para que cuente la historia.
MAR.—Magníficos son los planes;
pero ¿para qué se forman?
Se van ahora mismo.
REG.— ¿Como?
MAR.—Como usted lo oye.
REG.— Eso es broma.
MAR.—Tan cierto como que estamos
hablando los tres ahora.
ALC.—Pues yo me voy. ¡Capistina!

(Queriendo salir,)

MAR.—Deténgase usted. No salga.
Si va á la calle lo toman,
porque afuera hay centinelas·
ALC.—¡Jesucristo nos socorra!
¿Y qué haremos?
MAR.- Mire usted...
ALC.—(Si habrá aquí donde me esconda)
MAR.—Un medio me ocurre.
ALC Y REG. — ¿Cual?
MAR.—Que usted vaya sin demora
y eche á vuelo las campanas;
que los vecinos cuando oigan..
REG.—¡Ya estoy! Se juntan, y ¡zas!
Fuego y sangre, y arda Troya.
MAR.—Si, si. (Y como es la señal.
logro que en marcha se pongan.)
REG.—Bien pensado. Voy corriendo.
ALC.—Me opongo. No me acomoda.
REG.—Pero, señor...
ALC.— No, señor.
¿Para qué es buscar camorra
antes de tiempo? Aguardemos
que llegue al pueblo la tropa...
MAR.—Se van entonces, se escapan.
Vaya usted, vaya........
ALC.— Estás loca?
REG.—Dice bien, Maria.
ALC.— Aguarda.
Esta gente es muy medrosa,
y cuando solos se vean
se escurren, raspan la bola.........
MAR.—(Con eso cuento tambien.)
ALC.—Y entónces, ¡misericordia!
vamos nosotros á ser
aquí el pato de la boda.
MAR.—¡Qué pato ni....! Pues no voy...
REG.—No, yo iré.

(Sujetándola.)

ALC.— ¡Por santa Mónica!
REG. - Voy pues. Adios.
MAR.— Sin tardanza.
REG.—No hay cuidado.
ALC.— Mira.........
MAR.— Corra.

ESCENA XI.

ALCALDE Y MARIA.

MAR.—(¡Sálvalos, Vírgen Santísima!)
ALC.—(Si ganan nos acogotan,)
MAR.—(Siento una inquietud mortal.)
ALC.—¡Con mil demonios, muchacha!
¿Qué has hecho?
MAR.— ¿Qué? Calle usted.
Si todo esto es una farsa.
ALC.—¡Farsa!
MAR.— Cabal. Lo que quiero
es que metan algazara,
para que estos godos pícaros
se asusten, y que se vayan.
ALC.—¿Qué me dices?
MAR.— Deje usted
que se rajen las campanas:
no haya miedo que ninguno
se menee de su casa;
mucho ménos cuando vean
inseguras sus espaldas.
ALC.—¡Qué cacúmen! ¡Aprobado!
Tú mereces una cátedra.
MAR.—¡Pues no! Lo que nos importa
es salir de esta canalla
con lucimiento y sin riesgo.
(¡Cuando suena esta campana!)

Y para esto lo mejor
es figurar la jarana,
con lo cual entran en miedo
y, por supuesto, se largan.
ALC.—¡Excelente!
MAR.— (¿Qué le habrá
sucedido á esta campana?)
Y despues, cuando quedemos
tranquilos y á nuestras anchas,
se manda aquel partecito.........
ALC.—¡Magnífico...! Basta, basta.
Te entiendo. Toma un abrazo
en recompensa.........
MAR.— Mil gracias.........
Deje usted.........
ALC.— Pero qué tiene.........?
MAR.—Ahora de eso no se trata.
ALC.—Bién, muy bien. ¿Con que despues
ese parte se despacha,
y atrapamos esa dote,
y viene el cura y nos casa,
y tenemos mucho gusto,
un chiquito y...... santas pascuas?
No veo la hora...... ¡Dios mio!

(Suenan campanadas afuera.)

Ya comienzan.........
MAR.— (¡Vírgen santa,
sácalos con bien!)
ALC.— ¡Y apura!
(Ni la saliva me pasa
del susto.)
MAR.— (Dios no permita
que haya tropiezo en la marcha.)
ALC.—¿Qué haremos...? ¿Salir...? Mas no.
Me asomaré á esa ventana,
que desde allí se divisa
perfectamente la plaza,
y te iré comunicando....
de una vez...... Maria, agarra
por ese lado..... esta mesa
nos puede servir de escala.
Coloquémosla debajo,
encima una silla......
MAR.— Vaya.
ALC.—Subamos.

(Hacen lo que se dice.)

MAR.— (Nada se siente!)
ALC.—¿Sabes que no veo nada?
MAR.—¿Qué habrá sucedido?
ALC.— ¡Chito!
Oigo rumor......
MAR.— ¡Cielos!
ALC.— Calla.
AGU.—¡Fuego á esa torre!

(Adentro.) (Se oyen tiros de fusil.)

ALC.— ¡Jesús!
AGU.—¡Ea, calle esa campana!
MAR.—(Ya están afuera.)
FER.—Silencio!

(Adentro.)

UNA VOZ FUERA—Eh, paisanos! ¿No se ba-
AGU.—Pues, fuego! [jan?
ALC.— ¡Qué majadero!
Si no se bajan lo matan.

(Cesa el toque de la campana.)

MAR.—Ya no tocan. (Buena seña;
no habrá quien frente les haga.)
ALC.—¡Qué veo!
MAR.— ¿Qué hay? ¿Qué sucede?
ALC.—Un grupo hácia aquí se avanza.
¡Y es de ellos!
MAR.— No puede ser.
porque el camino no pasa
por ese lado.
ALC.— Pues vienen.
Ya están cerca.... ¡Dios de mi alma!
Qué vá a ser de mí......
MAR.— (No atino.)
ALC.—Me pasarán por las armas.
¿No oyes el ruido?
MAR.— Es verdad.
ALC.—¡Ya llegan......!
AGU.— Esa es la casa.
ALC.—¡Ya entran......!
AGU.— De frente.
MAR.— Ellos son.
(¡Estoy qué sobresaltada!
¿Qué querrán?)
ALC.— ¡Jesús!
ALC.— Adentro.
ALC.—(¡Madre mia de Cocharcas!)

ESCENA XII.

DICHOS, AGUILERA, Y SOLDADOS.

AGU.—¡Alto, muchachos, aquí:
y cuenta que nadie salga!
MAR.—(¡Qué cara tiene!)
AGU.— Oye, tú,
¡tal por cual! ¿Con que tratabas
de entregarnos.........?
MAR.— Yo, señor.........
AGU.—Ahora lo veremos, Anda:
vas á servirnos de guia
hasta salir á la pampa.
Este castigo te aplico;
aunque arreglado á ordenanza.........
MAR.—Escúcheme usted.........

AGU.— Mereces
que te soplen cuatro balas;
mas fusilarte seria
gastar la pólvora en salvas.
Camina.
ALC.— ¡Que se la llevan!
AGU.—¿Allí estaba usted, so mandria?
ALC.—Mi general.........
AGU.— ¡Callandito!
Pues si usted chista, ¡panarra!
mas tarda usté en resollar
que yo en librarle su baja.

(Le quita la mesa y la silla, y lo deja colgado de la ventana.)

¡No hay que moverse!
ALC.— ¡Ay de mí!
AGU.—Vamos... Adelante... Marcha.
MAR.—¿Cómo......?
AGU.— ¿Te resistes? Mira......
no hagas que alce la culata.........
Sigan ustedes.

(A los soldados.)

ESCENA XIII.

ALCALDE.

¡Me muero......!
Vírgen de la Candelaria!
Ya parece que se han ido.........
¿Daré voces......? Si...... nadie habla......
¡Socorro, por Dios, socorro!
¡Pronto, pronto que me matan!
¿No hay quién......? Me caigo... me caigo.
¡No puedo......! ¡Jesús me valga!

(Cae al suelo y se queda sentado.

ESCENA XIV.

ALCALDE, REGIDOR, PETUCA Y PAISANOS.

REG.—¡Se van, se van!
ALC.— ¡Ay, ay, ay!
PET.—Señor Alcalde.........
REG.— ¡A las armas!
PAI.—¡Perseguirlos!
REG.— ¡Mas qué veo!
¿Qué tiene usted?
ALC.— Nada, nada......
esos pícaros.........
REG. Y PET.—Se van .....
ALC.—Al infierno que se vayan.
REG.—¿Pero cómo permitimos....?
ALC.—Mátenlos ustedes: hagan
lo que mas gana les dé·
¡Bueno estoy yo para gracias!
Déjenme en paz.
REG.— Pues, amigos,
detrás de ellos.........
PAI.— ¡A la carga!
REG.—¡A hostilizarlos!
PAI.— Seguro.
ALC.—¡Maldita sea su casta!

ESCENA XV.

ALCALDE.

¡Pobres costillas! de esta hecha
no me dejan una sana,
entre nuestro padre el rey
y nuestra madre la patria.

ACTO TERCERO.

EL TEATRO REPRESENTA UN SITIO AGRESTE EN MEDIO DE UN BOSQUE. AL FRENTE DEL ESPECTADOR, Y A LO LÉJOS, SE FIGURARÁ LA BAJADA Á UN RIO. VARIOS SOLDADOS SE HALLARÁN DISTRIBUIDOS EN DIFERENTES GRUPOS Y EN DIVERSAS POSICIONES: EN EL FONDO ESTARÁN MARIA, RECOSTADA EN EL SUELO, Y FERNANDO Á SU LADO.

ESCENA I.

FERNANDO, MARIA Y SOLDADOS.

SOL 1°.—Ya tarda mucho Aguilera.
SOL 2°.—Como viene por la altura....
SOL 3°.—¡Por mi alma que es cosa dura
caminar de esta manera!
SOL 4°.—Yo, por mi parte, no paso
dos líneas mas adelante,
y al que la voz me levante
lo estiro aquí de un balazo.

Hasta que no salga el sol
no ando mas; estoy cansado.
SOL 2º.—Tal lenguaje es desusado
en un guerrero español.
Procuremos imitar
á esa chica que nos guia:
¡no ha dicho un « Jesús Maria »
desde que echamos á andar.
Mírala allí, ni resuella.
SOL 3º.—Ella tendrá sus motivos.
SOL 1º.—Y escucha, si estamos vivos
se lo debemos á ella.
SOL 3º.—¡Reniego de ella y de mí!
SOL 1º.—¡Silencio! que es la consigna.
SOL 4º.—¡Malaya la suerte indigna
que nos trajo por aquí!
SOL 3º.—¿Te quieres callar, Centeno?
Quien de buen soldado precia
los contratiempos desprecia
con rostro firme y sereno.
Si hoy nos hacen los patriotas
galopar como unos potros,
ya los haremos nosotros
aletear como gaviotas;
y por si sigue la chanza
preparemos los fusiles;
con estos *in diebus iles*
no es bueno comer confianza.
SOL 1º.—¡Frio hace, por San Francisco!
Tomara un trago, Moron.
No llevas en el porron
algunas gotas de pisco?
SOL 2º.—No falta.
SOL 1º.—Pues dáme, chico.
¡Bravo! Vaya, bebe tú,
que estás dado á Belzebú
desde el talon al hocico.
SOL 4º.—Gracias. Muy bueno que está.
SOL 1º.—Otro buche, y toma aliento.
SOL 4º.—Ya está. Mas guapo me siento.
SOL 3º.—Sentémosnos por acá.
FER.—¡Gracias á Dios que despierta!
¡Pobre Maria!
MAR.— ¿Quién es?
FER.—Soy yo. ¿Muy cansada estás?
¿Tienes algo?
MAR.— No, estoy bien.
FER.—¡Cuánto te debemos todos!
MAR.—A mí, Fernando? ¿por qué?
FER.—¿Y me lo preguntas?
SOL 1º.— ¡Ah!
Aun hace frio ¡par diez!
SOL 2º.—Pues echemos otro trago.
SOL 1º.—Venga el porron.
SOL 2º.— A mi......... á ver.........
FER.—Si tú con tan noble afán,
con tanto desinterés,
no nos hubieras sacado
de ese confuso Babel,
ni yo ni mis compañeros
viviríamos tal vez.
MAR.—No hablemos de eso. A mi nada
me tienen que agradecer.
Estás salvo: estoy contenta;
que Dios te lleve con bien.
FER.—¡Cómo! ¿te vuelves?
MAR.— Sí, amigo,
me regreso. ¿Qué he de hacer?
Ya estoy de mas.
FER.— ¡Imposible!
No harás tal insensatez;
eso seria esponerte
á una venganza cruel.
Y si te vuelves, Maria,
yo tambien regresaré
á sufrir junto contigo
de esa gente la altivez.
MAR.—¡Por Dios! Desecha esa idea,
si no te quieres perder.
FER.—¡Separarnos! Nunca, nunca;
solo en la tumba lo haré.
Me seguirás.
MAR.— ¡Ay, Fernando!
¡Seguirte! No puede ser.
Tú vas á buscar tu patria:
yo ¡infeliz! ¿á dónde iré?
Vete, déjame en la mia,
y que los cielos te dén
tanta dicha, como lágrimas
me restan aun que verter.
FER.—¿Y por qué no irias tú
conmigo a España tambien?
¿Temes que yo te abandone?
¿Allá, en tu conciencia, crees
que abrigue en mi corazon
tan inícuo proceder?
No, Maria: hazme justicia.
Yo soy un hombre de bien,
y por lo tanto incapaz
de perfidia ni doblez.
SOL 1º.—¡Cómo ronca este demonio!
SOL 2º.—Creerá que está en el cuartel.
SOL 1º.—Y á mí tampoco me falta
mi poco de sueño.
SOL 2º.— ¡Eh!
Pues túmbate por ahí.
SOL 1º.—No puedo, estoy de retén.
FER.—Yo te prometo, te juro
ante el cielo que nos vé,
que mi amor para contigo
no tendrá nunca un vaiven.
Si te ruego que me sigas
con fin muy lícito es,
porque mi intento es hacerte
mi legítima muger.
MAR.—¿Yo tu muger? ¡Santo Dios!
FER.—Quién el que se opone, quién?
MAR.—¡Yo, tu esposa!

FER.— Sí. mi esposa:
te lo digo sin revés.
MAR.—(¡Qué halagüeños pensamientos
se me agolpan en tropel!)
FER.—Yo soy un pobre soldado,
demasiado bien lo sé;
no tengo mas que ofrecerte
que mi cariño y mi prest;
pero en mi patria, Maria,
quien sirve fiel á su rey
no pide un pan de limosna
en su achacosa vejez;
ni al acercarse al sepulcro
le aflije la idea cruel
de que su esposa y sus hijos
mueran de hambre alguna vez.
MAR.—(¡Dios mio!) Basta, Fernando.
FÉR.—Maria, ¡cuánto placer
sentirá mi anciano padre
cuando en tus brazos esté!
MAR.—(¡Desgraciada!)
FER.— ¿Y por qué lloras?
¿Por qué tanta timidez?
Tu madre, yo estoy seguro,
esa excelente muger,
cuando sepa nuestro enlace
dará á Dios gracias por él;
porque no aspira, á otra cosa,
ni tiene mas interés,
que tu dicha y que la mia,
porque me quiere tambien.
MAR.—Fernando, sí: yo no dudo,
ni de eso ni de tu fé;
mas tanta felicidad
no es para mí...... adios.
FER.— Ven......
MAR.—Adios, Fernando.........
FER.— Maria,
sin tí jamás partiré.
Estoy resuelto. En el mundo
no habrá quien me haga ceder:
vivir, ó morir contigo;
no reconozco otra ley.
SOL 2°.—¿No oyes pasos?
SOL 1°.— ¡Pues, arriba!
¿Quién demonio podrá ser?
Estar alerta.
FER.— ¿Qué es eso?
SOL 1°.—¡Quien diablo sabe!
SOL 2°.— ¿No ves?
MAR.—¡Ay, cielos!
SOL 1°.—¿Quién vive?
AGU.— ¡España!
SOL 1°,—Quietos, que no hay que temer.

ESCENA II.

DICHOS, AGUILERA, SEGUIDO DE VARIOS SOLDADOS.

AGU.—¡Vamos, arriba, muchachos!
¡Tomar las armas corriendo!
SOL 1°.—¡Arriba!
(Récio á los demás.)
SOL 2°.— ¡Arriba, borrachos!
¿Hasta cuándo estan durmiendo?
MAR.—¿Qué novedad......?
AGU.— No embromar,
que el enemigo está encima.
FER. Y MAT.—Pero.........
AGU.— ¡Silencio! A formar.
¡Volando, que se aproxima!
FER.—Pero vamos á esto, dí,
Aguilera, ¿los has visto?
AGU.—¡Canario! digo que sí.
¡Que todo el mundo esté listo!
Componer bien los fusiles;
desatar las cartucheras.........
Ya verán esos reptiles
como les damos las peras.
SOL 1°.—¿Viene mucha tropa junta?
FER.—¿Es de línea ó montoneros?
AGU.—¡Demonio, cuánta pregunta!
(¡Se habrá visto majaderos!)
¿Qué sé yo cuántos serán,
ó si son de línea ó nó?
De aquí á un rato los verán,
como los he visto yo,
Sobre todo, es necesario
discurrir como un jumento
para no creer que el contrario
venga en nuestro seguimiento.
Y si no lo hace, y se aterra
con su victoria, á fé mia,
que sabe tanto de guerra
como yo de teologia.
Pero ya esto es charlar mucho,
y la hora se va acercando.
Silencio, mano al cartucho
y esperar la voz de mando.
MAR.—Tengan ustedes prudencia,
por la Vírgen, mis amigos.
¿Para qué hacer resistencia
si son mas los enemigos?
Desistan de tal empeño:
contemplen que esos soldados
están con hambre, con sueño,
aburridos y cansados.
La lucha es muy desigual,
y el resultado va á ser
para ustedes muy fatal.
AGU.—¡Paciencia, qué hemos de hacer!
MAR.—Oiga usted, amigo mio,

la cosa es harto sencilla;
si ustedes pasan el rio,
se salvan á la otra orilla,
Agu.—No me disgusta el consejo,
Acércate acá, maulon;
tú que eres soldado viejo,
¿te gusta esa evolucion?
Sol 4º.—¡Qué sé yo de evoluciones!
Ni peleo ni ando mas.
Sol 3º.—Ni yo tampoco,
Agu.— ¡Bribones!
¿Cómo es eso?
Sol 3º. —¡Atrás!
Sol 4º.— ¡Atrás!
Agu.—¿Quién osa faltarme asi?
¿Qué me pasa? ¡Voto á brios!
¡Cobardes! Fuera de aqui.
Sol 3º. y 4º.—¡Cuenta......!
Agu.— ¡No alzarme la voz!
¡Márchense de aquí, repito,
gente apocada y miedosa!
A ninguno necesito
para maldita la cosa.
¿Ustedes son los soldados
de Ica, Torata y Moquegua?
¿Ustedes, que están helados
de miedo desde una legua?
Largo, á esconderse, traidores,
ya que el brillo de una lanza
les dá mortales sudores.
Sol 2º.—¿Todos entramos en danza?
Agu.—Déjenme solo.
Fer.— ¿Nos botas?
Agu.—Ya están rotos nuestros lazos.
Me voy á que los patriotas
me hagan doscientos pedazos;
que mejor quiero morir,
y que la patria me venza,
que, como ustedes, vivir
lleno de oprobio y vergüenza.
Adios.
Fer.—¿Dónde diablo vás?
Agu.—¡Déjenme marchar, cobardes!
Sol 3º.—Se acabó.

(Rogando.)

Sol 4º.— No hablemos mas.
Agu.—¡Márchense de aquí!
Fer.— No guardes
tanto rencor. Ten mas calma.
Sol 3º. y 4º.—Pero se acabó.........
Fer.— No ves....
Agu.—¡Tal deshonra, voto á mi alma!
Fer.—Pero mira.........
Sol 1º, 2º, 3º. y 4º.—Basta, pues.
Agu.—Bien. ¿Están arrepentidos?
Pues se acabó, se acabó.
Combatiremos unidos.
Un abrazo ....

Sol 3º. y 4º.—¡Como no!
Agu.—Animo, pues, camaradas;
y que á nadie se le antoje
el volver á las andadas,
si no quieren que me enoje.
¡Siento gente.........!

(Entra el soldado 5.º con otros mas.)

ESCENA III.

AGUILERA, FERNANDO, MARIA Y SOLDADOS.

Sol 5º.— ¡El enemigo!
Agu.—¿Adónde está?
Sol 5º.— Ya se acerca;
y el pueblo que trae consigo
por todas partes nos cerca.
Agu.—Esto es hecho. ¡Voto á sanes!
Cercados nos encontramos.
Mar.—¡Señor, de tantos afanes
dispon que libres salgamos!
Agu.—Camaradas, no hay consuelo:
si el camino se nos cierra
pongamos la alma en el cielo,
y los puños en la tierra.
Fer.—Maria, puedes marcharte;
ya detenerte no intento.
Mar.—Yo no puedo abandonarte
en tan crítico momento.
No, no me aparto de tí.
Fer.—Es imposible, Maria;
vuélvete, y déjame aqui
terminar mi suerte impia.
Tú no debes presenciar
escenas de destruccion;
eso sería agravar
mi horrorosa situacion.
Vete pronto, no demores;
y si el destino es que muera,
que te deban mis amores
una lágrima siquiera.
Mar.—No, Fernando, no me voy.
Fer.—¡Amiga.........!
Mar.— No seas porfiado.
Fer.—¡Repara.........!
Mar.— Tu esposa soy;
debo morir á tu lado.
Fer.—¡Mi esposa!
Mar.— He aquí mi mano.
Fer.—¡Oh, cuánta felicidad!
¡Y en qué hora! ¡Dios soberano,
ten de nosotros piedad!
Sol 5º.—¡Hombre! Por allá distingo
que uno se acerca.
Sol 4º.— No lo hallo......
Sol 5º.—Mírenlo allí...De un respingo

lo ha echado al suelo el caballo.
Sol 1°. y 2°.—Ya lo veo.
Agu.— Cabo Perez,
condúzcame ese hombre acá,
volando.
(Se va el soldado 5.° con 4 ó 6 mas.)

ESCENA VI.

AGUILERA, FERNANDO, MARIA Y SOLDADOS.

Fer.— ¿Y qué es lo que quieres?
Agu.—Ver qué noticia nos dá.
En llegando le seguimos
una sumaria al instante,
y verás si conseguimos
que cuanto sepa nos cante.
Mar.—Por Dios, tengan mas cordura.
El peligro no acrecienten
haciendo alguna locura.
Agu.—Nada, que me lo presenten.
Sol 5°.—Entrégate ó eres muerto.
Alc.—Me doy, me doy: no me maten.
Agu.—Ya me lo traen.... ....
Sol 1°, 2° y 3°.— Cabal.
Fer.— Cierto.
Sol 5°.—¡Camina!
Alc.— No me maltraten.

(Entrando con los soldados que salieron en la escena anterior)

ESCENA V.

DICHOS, ALCALDE Y SOLDADOS.

Sol 5°.—Aquí está yá.
Mar.— (¡Es el Alcalde!)
Agu.—¡Diablo! ¿No es este aquel cholo
que nos queria amarrar?
Alc.—Mi general.........
Agu.— ¡Alza el rostro,

(Levantándole la cara.)

tunante!
Alc.—Pero, ¡por Dios.........!
Agu.—Dejémosnos de piropos,
y dinos á donde están
los enemigos.
Alc.— Lo ignoro.
Agu.—¿Lo ignoras, eh?
Alc.— Si, señor.
Agu.—Pues bueno. Muchachos, pronto.
Pónganme á este hombre en el cepo
de campaña.
Fer.— Poco á poco;
esperen ustedes......... chico.
Agu.—Ya charlará mas que un loro.
Alc.—Mi general.........
Alc.— ¡Punto en boca!
No hay que levantarme el moño,
porque le abraso los sesos
sin otro interrogatorio.
Mar.—Si algo mis súplicas valen,
yo, señor, las interpongo
por este hombre.........
Alc.— ¡Lindo mueble!
Mar.—Cuando entre mas en reposo
nos contará lo que sepa.
Agu.—¡Largarlo!
Mar.— Gracias.
Alc.— (Me ahogo.)
Tú me conoces, Maria,
y sabes.........
Agu.— Basta, molondro.
Agradece á esa muchacha
que ha sido tu ángel custodio,
si nó en esta misma fecha
te destino al purgatorio.
Mas ¿qué es eso? ¿sonó un tiro?
Pues firmes, y armas al hombro.
Alc.—(Pronto nos las pagarán.)
Mar.—¡Calle la boca, demonio!
Fer.—Escucha: soy de opinion
que al punto salgamos todos
á recorrer este campo,
y á mirar por nuestros ojos
si es tropa, ó si es montonera
la que viene tras nosotros.
Agu.—Me peta. Flanco derecho,
y cuanto ántes al negocio.
Fer.—Maria, aguárdame aquí,
que debo volver muy pronto.
Agu.—Atiende tú, badulaque;
si te vas te dejo mocho.

ESCENA VI.

ALCALDE Y MARIA.

Alc.—¡Ave Maria! ¡Qué escape!
si no es por tí.........
Mar.— ¿Pero cómo
ha podido usted venir
á entregarse de ese modo?
Alc.—No he venido, no señor:
me ha traido un maldito potro,
contra mi gusto, hasta aquí,
dando saltos y corcobos.
Se desbocó...... pero escucha;
dentro de un rato esos godos
van á quedar prisioneros
ó todos mordiendo el polvo.

Los nuestros no están distantes
ni una cuadra.
MAR.— ¡Dios piadoso!
¿Es verdad lo que usted dice?
ALC.—Como seis y dos son ocho.
¡Si yo he venido con ellos!
¡Y si los vieras qué gordos!
Y mira, serán quinientos,
ó mas si no me equivoco.
MAR.—(¡Qué noticia!)
ALC.— ¡Ladronazos!
No va á escapar uno solo.
Es necesario que paguen
lo que han hecho con nosotros.
Traerte á pié, á media noche,
por caminos escabrosos,
oyendo ajos y cebollas,
y sufriendo malos modos.........!
¡Pobrecita! No te aflijas,
porque si lloras me ahorco.
No hay miedo: de aquí á un instante
estaremos victoriosos,
nos volveremos al pueblo,
y...... no hay mas, se hace el casorio.
MAR.—¡Qué tardanza!
ALC.— Vamos, ánimo.
MAR.—(¡Cómo prestarles socorro!)
ALC.—¡Judíos!
MAR.— (El corazon
me anuncia un fin desastroso.)
ALC.—Tú no me oyes.
MAR.— Como nó!
(¡Qué inquietud!) ¡¡Tiros!!
ALC.— Ya han roto
el fuego...... ya están aquí......
ahora no hay escapatorio.
MAR.—(¡Señor, sálvale la vida!
¡Oye mis ardientes votos!)
AGU.—¡Fuego, muchachos! ¡Adentro!

(Adentro.)

MAR.—¡Dios mio!
FER— ¡A la carga, flojos!
¡Adentro!
ALC.—(¡Qué fuera......! ¡Puede
que un capricho del demonio......!)
VOCES.—¡Viva la patria!
ALC.— ¡Ganamos!
¡Que viva! ¡Mueran los godos!
Ya vienen...... vélos, Maria.
MAR.—(¿Qué será de él?)
ALC.— ¡Qué alboroto!
MAR.—¡Dios de bondad!
ALC.—¡Jesús, Jesús! ¡Aquí están...!
¡Son los otros!

ESCENA VII.

ALCALDE, MARÍA, AGUILERA, Y SOLDADOS.

AGU.—¡Pararse! ¡No hay que correr!
¡Fuego todavia......! ¡Fuego!
MAR.—¿Y Fernando?
AGU.— ¡Alto! ¡Formarse!
MAR.—¡Ha muerto! cielos! ¡ha muerto!
¡Infeliz de mí!
AGU.— ¡Preparen......!

ESCENA VIII.

DICHOS, AGUILERA, SOLDADOS ESPAÑOLES, UN JEFE PATRIOTA, SOLDADOS PATRIOTAS, FERNANDO Y SOLDADOS ESPAÑOLES QUE SON CONDUCIDOS PRISIONEROS.

La fuerza patriota ocupará el proscenio de improviso, entrando por todos lados lo mas uniforme y vistoso que se pueda. Los españoles se agruparán al medio.

JEF.--¡Alto el fuego, caballeros!
Basta de sangre. Es inútil
toda resistencia.
AGU.— Cedo.
JEF.—Rendir las armas.
MAR.— ¡Fernando!
FER.—¡Maria!

(La abraza.)

MAR.— ¡Gracias al cielo!
¿Estás herido?
FER.— No, amiga.
ALC.—¡Que mueran estos gallegos,
herejes, excomulgados!
AGU.—¡Silencio, ó lo dejo tieso!
ALC.—Si es una broma...... (¡Caramba!)
AGU.—Pues pocas de esas, mostrenco!
JEF.—Vamos, entregar las armas,
y darse al instante presos
AGU.—Presente! aquí está la mía,
y, vive Dios, que no siento
sino tener que entregarla
con dos cartuchos adentro.
ALC.—Ahora, godaso ladron,
exijo que me hagas bueno
todo lo que...
AGU.— ¡Mequetrefe!
JEF.—Alcalde, mas miramiento.
Estos señores se encuentran
sin armas y prisioneros,
y es cobardía, es infamia,
el dirijirles denuestos.
En el campo de batalla
se lucha con ardimiento,
sosteniendo cada cual

su bandera y sus derechos;
despues, todo somos hombres,
hermanos y compañeros.
Agu.—Permítame usté esa mano;
y perdone si me exedo.
Quien se esplica como usted
vale un Perú, caballero,
y aunque soy un pobre diablo
le tributo mis respetos.
(No puede negar que corre
sangre española en su cuerpo.)
Jef.—Dejemos todo eso á un lado;
lo que importa es que al momento
se dispongan á marchar.
Agu.—Si lo ordenan, ahora mesmo,
Estoy listo á darme de alta,
tan manso como un cordero,
en un ponton, una cárcel,
ó si gustan en un cepo.
A mí no me enseña nadie
el deber de un prisionero.
Alc.—Mi general, estos hombres
han sacado de mi pueblo
á esta muchacha...
Jef.— ¿Quién es?

ESCENA IX.

JEFE, ALCALDE, AGUILERA. FERNANDO, MARIA, REGIDOR. SOLDADOS ESPAÑOLES Y PATRIOTAS, Y ALGUNOS PAISANOS.

Reg.—Mi comandante, este pliego.
Jef.—¿De qué parte?
Reg.— De Huamanga.
Jef.—A ver... !Dios mio, qué leo!
¡Será posible! No hay duda.
Agu.—(Qué otros embrollos tendremos?)
Alc.—(La órden para fusilarlos.
¡Cabalitos! No hay remedio...
se lo conozco en la cara.)
Jef.—(Está muy bien, lo celebro.)
¿Quién de ustedes es el jefe?
Agu.—Su servidor, caballero.
Jef.—Lea usted.
Agu.— Toma, Fernando,
repasa este documento.
Jef.—Lealo usted.
Fer.— ¡Santo Dios!
Mar.—¡Qué será!
Jef.— Lea usted recio.

Fer.—«E. M. G. del Ejército Unido Libertador.—Campo de batalla en Ayacucho á 9 de Diciembre de 1824.—A las 12 de la noche.—Al Comandante de la Columna de operaciones sobre el Pampas.—Su Señoría el General en Jefe del Ejército Unido, usando de las facultades que le han sido conferidas por S. E. el Libertador, y deseando dar al mundo un clásico testimonio de su filantropía y generosidad, ha celebrado con el General Canterac, Comandante en Jefe de las fuerzas realistas, por haber sido hecho prisionero en la batalla el Virey Laserna, una capitulacion, por la cual se somete y pone bajo la proteccion del Ejército Unido Libertador, todo el territorio del Perú dominado aun por las armas españolas...,»

Mar.—(!Al fin, Señor, me escuchaste!)
Fer.—«Inclusas todas sus guarniciones, y la plaza del Callao en su estado actual de servicio....
Agu.—(¡Por Cristo, que vá de sério!)

Fer.—«Y como queda estipulado por uno de los artículos de dicha capitulacion, que tanto los prisioneros hechos en el campo de batalla, como los que hayan sido tomados por las partidas destacadas al efecto, sean puestos inmediatamente en libertad... Su Señoría el General en Jefe me ordena decir á U que dé el mas estricto cumplimiento por su parte á esta disposicion con los que tenga en su poder...»

Alc.—(¡Qué buen chasco me he pegado!)
Jef.—Prosiga usted, caballero.

Fer.—«Permitiendo que se trasladen con toda seguridad ádonde mejor les convenga, y prestándoles cuantos ausilios sean compatibles con la humanidad y el decoro de nuestras armas...»

Agu.—(¡Quien demonios aguardaba
de los insurgentes esto!)

Fer—«Todos sus equipages y demas bienes les serán deevueltos con religiosidad, exceptuando unicamente el armamento y útiles de guerra, que dispondrá U se conduzcan con la brevedad posible al Cuartel general.—Asi mismo...»

Jef.—Ya eso no habla con ustedes.
Conque por fin, caballeros,
ya están ustedes al cabo
de lo que hay; y en tal concepto
dispongan de sus personas
libremente y sin recelo.
Volvedles todos sus chismes,
exceptuando el armamento.
Agu.—Gracias, señor comandante.
Sol 1º.— (Pues, señor, estamos frescos!)

Agu.—Camaradas, rompan filas,
y que Dios los haga buenos...
Sol. 2°.—Por vida del otro Dios!
Agu.—No hay que afligirse por eso,
que algun dia, en Josafát
reunidos, pasaremos
revista de comisario,
en un mismo regimiento,
los godos y los patriotas,
y los vivos y los muertos.
Alc.—¡Caramba! Aguárdense ahí.
Dispénseme usté un momento.
Estos hombres han sacado,
como he dicho, de mi pueblo
á la fuerza á esta muchacha;
y como lo está usted viendo
se la pretenden llevar,
yo no sé con que pretesto.
Mande usted que me la entreguen,
porque no es perro sin dueño,
ni es caridad, ni es justicia...
hágalo usted...
Jef.— ¿Qué hay en eso?
Fer.—Respóndele tú, María.
Mar.—Señor, el Alcalde mesmo
me ha dado una comision
cerca de estos caballeros,
de la cual dice que pende
la ventura de este suelo;
y yo, para demostrarle
la sumision y respeto
con que obedezco sus órdenes,
me marcho á España con ellos,
para darle mis noticias
desde allá coñ mas acierto,
con mi voluntad, se entiende.
Alc.—No irás; yo no lo consiento.
Fer.—¿Quién se opondrá?
Jef.— La justicia.
Mar.—Poco á poco, caballero,
que el señor es mi marido
y reclama sus derechos.
Jef.—Siendo así, marchese usted
y que le haga buen provecho.
Alc.—¡Qué marido ni qué...!
Agu.— ¡Quite!
Fer.—Despeje el campo el mochuelo!
Mar.—Señor Alcalde, un favor,
antes que nos separemos.
Cuando oiga usted la campana
haga de mí algun recuerdo.
Alc.—¡Maldita sea mi suerte!
Reg.—¡Deje que, se vaya a un cuerno!
Jef.—Señorita, dos palabras,
si no le es á usted molesto.
Creo que no hay un motivo
que la fuerce á usted, al menos,
para que quiera marcharse
á vivir entre extrangeros.
Su esposo de usted si la ama,
como debo suponerlo,
puede quedarse en el pais
sin que corra ningun riesgo;
pues la fé de la República
se encuentra empeñada en ello.
Otro tanto digo á ustedes,
por si acaso fuese el miedo
lo que les hace desear
alejarse de este suelo,
en el cual dejan tal vez
hijos, esposas y deudos.
Todos somos españoles,
nuestro origen es el mesmo;
y si la justa defensa
de sacrosantos derechos
nos ha hecho que sostengamos
dilatado y crudo pleito,
ya la divina justicia
ha fallado en favor nuestro.
Vengan pues, en adelante,
hombres de paises diversos
á vivir entre nosotros
con su industria y sus inventos;
y vengan los españoles,
con mas preferencia que ellos,
que aquí hallarán á sus hijos
emancipados, es cierto,
pero siempre con los brazos
para sus padres abiertos.
Con que, respondan ustedes,
¿son ó no son de los nuestros?
Mar.—Fernando, ¿qué dices? Habla.
Fer.—Yo no tengo otro deseo
que darte gusto. Si quieres
ir á España, nos iremos:
si acaso quieres quedarte,
tambien estoy pronto á hacerlo.
Lo que te agrade me agrada,
lo que quieras eso quiero.
Mar.—Fernando, mi pobre madre.....
desearía—
Fer.— Te comprendo.
Te conduciré á sus brazos
y con ella viviremos.
Y si el amigo Aguilera
quisiera favorecernos...
Mar.—Partiríamos con él
de un pan que nos diera el cielo.
Agu.—Gracias, mis buenos amigos.
Yo quedarme aqui no puedo,
porque me llaman á España
algunos chicos que tengo,
y treinta años de servicio,
que me aseguran el sueldo
hasta que Dios ponga mi alma
en mejor alojamiento.
Por otra parte, yo estoy
bastante achacoso y viejo,

y serviría de estorbo
en vez de algo de provecho.
Fernando, adios; sé feliz,
si hay alguien que pueda serlo
en este valle de lágrimas.
FER.—Adios, mi buen compañero
AGU.—María, el último abrazo.
No te vaya á causar zelos,

(A Fernando.)

porque con todas mis fuerzas
la estrecho contra mi seno.
Hasta la vista, hija mía,
y perdóname aquel ceño
que te puse, cuando creí
que tratabas de vendernos.
MAR.—Mi amigo...

(Llorosa.)

AGU.— ¡Nada de lágrimas!
¡Por Cristo que me enternezco!
Amála mucho, Fernando,
y envíame allá un chicuelo.
JEF.—Caballeros, yo me marcho:
aquí estoy perdiendo el tiempo.
La obligacion me prescribe
ir á ocupar otro puesto.
REG.—¡Que viva la patria!
PUE.— ¡Viva!
JEF.—¡Soldados, que viva el pueblo!
SOL. PAT —¡Que viva!
JEF.— ¡Corneta, marcha!
¡Felicidad, caballeros!
SOL. PAT!—¡Viva el Perú independiente!
PUE.—¡Gloria y honor al Ejército!

(El telon caerá cuando ya la tropa vaya desapareciendo, que lo hará despues de una evolucion vistosa.)

EL CACHARPARI.

COMEDIA EN UN ACTO.

PERSONAJES.

Don Crisanto	*Doña Brigida.*
Vicente.	*Juanita.*
Julian.	*Rosita.*
Próspero.	*Teresa.*
Leon.	*Un celador*

EL TEATRO REPRESENTA UNA SALA REGULARMENTE AMUEBLADA EN LA QUE APARECE TERESA HACIENDO PONCHE.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

TERESA.

Tres dias van con sus noches
de contínuo devaneo,
de *gaudeamus* y derroches,
de algazara y *cututeo.*
¡Tres dias! Pero mañana.........
¡chito! y oscile la péndula,
y prosiga la jarana,
y no cese la *chupéndula.*
Aunque luego se arme un lítis
que ocasione una *hepatitis*
complicada con *bronquitis,*
ú otro mal que acabe en ítis,
verbigracia una *gastritis*
ó si nó un *peritonitis.*
Ay! ¡qué vida, Dios eterno!
¡Esto ya no es diversion!
¡Qué trajin! qué confusion!
¡Si esta casa es un infierno!
Todos cantan, todos gritan,
todos comen, todos chupan,
se dispersan y agrupan,
brincan, saltan y se agitan;
y, en tanto que nadie ceja,
qué ajena está la mamá
de que, al fin, todo esto vá
á tronar como harpa vieja!
BRIG.—¡Muchacha! ¡el ponche!
TER.— Ya voy......
¡Ay! ¡qué chupar tan parejo!
¡Esto no tiene cotejo!

Diez botellas llevan hoy.
Y, á juzgar por el talante
con que aquí se empina el codo,
no va á quedar de este modo
pisco á vida en adelante.
JUA.—Vaya, un *triste*, don Vicente.

(Adentro.)

VIC.—Si usted canta.
JUA.— Cantaremos.
TODOS.—¡A *duo*! sí! sí!
TER.— Probemos.
A esto le falta aguardiente.
Ahora está en buen punto.
VIC.— ¡Yá!
TER.—Yo me soplo un vaso lleno.

(Cantan adentro.]

Adios iman de mis ojos!
TER.—¡Qué ricote está! qué bueno!
Adios mi alma, adios mi vida.

(Cantan)

TER.—*Repetundis.*

(Vuelve á tomar.)

Ya se acerca la partida.

(Canto.)

TER.—Allá vá.
Y vengo á darte mi adios.

(Idem.)

TER.—¡Ay, qué dulce!

(Saboreando.)

Deja mi bien que te abrace.

(Canto.)

TER.— ¡Qué oloroso!
Y que llore sin consuelo.

(Idem.)

TER.—¡Ay qué suave!
El golpe que quiere el cielo.

(Idem.)

TER.— ¡Qué sabroso!
Descargar sobre los dos.

(Idem.)

TER.—¡Ay qué dulce! qué oloroso!

(Saboreándose)

¡Ay qué suave! y qué sabroso!
¡Y qué rico el ponche está!
TODOS.—¡Otro vaso! bravo! bravo!
MUGERES.—Ella tambien.
HOMBRS.— Es muy justo.
JUA.—Por mí, estoy pronta á dar gusto.
BRIG.—Todito, de cabo á rabo.

(Cantan.)

Por fin mi adverso destino
á que te deje me obliga;
mas no crea que consiga
que olvide nunca mi amor.
A toda hora en mi memoria
tu linda imágen presente
en tanto que me halle ausente
mitigará mi dolor.

TODOS.—¡Viva!
TER.— Pues no lo hacen mal
el cantor y la cantora.

ESCENA II.

TERESA Y DOÑA BRÍGIDA.

BRIG.—¡Caramba con la demora!
TER.—(Salió el toro del corral.)
BRIG.—Pero, muger, con mil santos,
¿por qué no llevas el ponch?
TER.—Ya va, niña.
BRIG.—*¡Buen hacer!*
TER.—¿Se lleva la tasa?
BRIG.— No.
Echa en los vasos.
TER.— Corriente.
BRIG.—Mira, en la jarra es mejor.
TER.—¡Cómo provoca el maldito!

(Echando en la jarra.)

BRIG.—Apura.
TER.— (¡Qué borbollon!)
Antes de llevarlo adentro
me echaré al buche otros dos.
BRIG.—¿Ya está?
TER.— Ya está.

ESCENA III.

DICHOS, DON CRISANTO.

CRI.— Buenas noches.
TER.—(Ahí te queda ese moscon.)

ESCENA IV.

DICHOS, MÉNOS TERESA.

BRIG.—Muy buenas noches, hermano.
CRIS.—¿Aun prosigue el buen humor?
Pues á este paso, hija mia,
vas á convertirte en ron.
BRIG.—Dispénsame, tengo gente.
Hasta luego.
CRIS.— ¡Voto á bríos!

(Deteniéndola.)

Mira que si no me escuchas
tendremos una esplosion.
BRIG.—Oye, ¿tú pagas mi casa,
ó eres mi padre ó tutor?

Ni uno ni otro, *claris verbis.*
Cris.—Ni lo uno ni lo otro soy;
pero me duele en el alma,
como tu hermano mayor,
que ande tu honra por los suelos
en toda la poblacion.
¿Qué clase de vida es esta?
Tres dias justos van hoy
que aquí no se hace otra cosa
que *empiparse* de licor,
en junta de ciertos mozos
sin hogar, ni profesion,
que en otra parte estarian
tiempo há guardados del sol.
Brig.—¿Qué llamas tú mozos?
Cris.— Pillos
debo llamarlos mejor.
Brif.—Para ti son pillos todos.
¡Ay, qué lengua de escorpion!
Cris.—Yo no digo nada de eso,
tan insociable no soy
que no se ponga uno alegre
en un dia de funcion;
y máxime si lo exigen
la gratitud, el amor,
ó algun plausible suceso;
pero que sin son ni ton
se emborrache una señora
dando al desprecio el pudor,
y que le mande á sus hijas
que bailen al mismo son,
esto, señora, es un crímen,
pero de marca mayor.
Brig —¡Qué bien predicó frai Juan!
¿Y qué dijo? ¡qué sé yo!
¿Con que quedamos en eso?
Señor don Crisanto......... adios.

ESCENA V.

CRISANTO.

Pues no se burla de mí
la muy...... ¡La calma de Job
no basta para sufrirla!
Mientras mas vieja, peor.
¡Qué condicion tan perversa!
Inútil es ya que yo
la diga cuanto he sabido
respecto de ese bribon,
porque juzgará que lo hago
impulsado del rencor;
pero de aquí, á pocas horas,
la he de dar una leccion
de que tendrá que acordarse
mientras vida la dé Dios,
y que espero la pondrá
mas suave que el algodon.

(Cantan.)

Ya que te ausentes
lèjos de mí,
llévate el alma
que te ofrecí.
Y si me quieres
como yo á tí,
la mia es tuya
déjala aquí.

(Coro)

Cachaspalla, cachaspalla,
despáchalo que se vaya;
que se vaya ó no se vaya,
hagámosle cachaspalla.

(Cantan.)

Desde el instante
que yo te ví
te amé, bien mio,
con frenesí:
y que no olvides
que lo hice así
solo te pido,
¡triste de mí!

(Coro.)

Cachaspalla, cachaspalla,
despáchalo que se vaya;
que se vaya ó no se vaya,
hagámosle cachaspalla.

Cris.—Pues señor, mi sobrinita
no maneja mal la voz;
pero apuesto que no sabe
los mandamientos de Dios,
ni poner un sinapismo,
ni asegurar un boton.
De tal palo ....

ESCENA VI.

DON CRISANTO Y TERESA.

Ter.— (Aun está aquí
el diablo predicador.)
Cris.—(Esta es otra que bien baila,
ya llevará su racion.)
Ter.—Señor don Crisanto.
Cris.— ¿Qué hay?
Ter.—¿No gusta un vasito?

(Ofreciéndole ponche.)

Cris.— ¿Yo?
¡Se habrá visto desvergüenza!
Por no apalearla me voy.

ESCENA VII.

TERESA.

Ni allá llegues ni acá vuelvas.
¡Vaya un viejo respingon!

ESCENA VIII.

DON JULIAN, DON VICENTE, TERESA.

JUL.—No entro en vicios.
TER.— (¡Ay qué par!)
JUL.—Pero, chito, seamos cautos.

(Señalando á Teresa.)

VIC.—No hay cuidado, ella está en autos
JUL.—Lo he dicho ya. No há lugar.
VIC.—¡Anda, *flojo!*
JUL.— Como quieras.
Pero no cuentes conmigo.
En tu cara te lo digo,
VIC.—¿Hablas de veras?
JUL.— De veras.
VIC.—Bueno, pues; aunque eche el quilo
yo esta ocasion no la pierdo.
Quedemos, en fin, de acuerdo.
¿Cuento ó nó con tu sigilo?
JUB.—Pregunta, por cierto, rara.
En cuanto á eso soy muy pulcro;
mi pecho será un sepulcro.........
(y mi boca una campana.)
VIC.—Basta, palabra de réy.

(Dándole la mano.)

JUL.—Se entiende en lo sucesivo,
porque efecto retroactivo
no puede tener la ley.
TER.—(¿Qué estarán charlando tanto?)
VIC.—¿Luego se lo has dicho á alguno?
JUL.—¿Yo? ¡disparate! a ninguno.........
(esceptuando á don Crisanto.)
VIC.—Bien, á otro asunto.
TER.— (¡Qué prosa!)
VIC.—¡Teresita!
TER.— ¿Qué se ofrece?
VIC.—¡Qué guapa estás!
TER.— Me parece.
VIC.—Y muy linda.
TER.— ¡Mucha cosa!
JUL.—(¡Se habrá visto badulaque!)
TER.—¡Ay, qué *apoyo!* ¿desde cuándo?
JUL.—(Esta moza tiene empaque.)
VIC.—Si estás hoy de *rechupete.*
TER.—Vamos, ya eso pica en zumba.
VIC.—¡Huy! si me vuelves *turumba.*

(Queriendo acariciarla.)

TER.—Calle, que se compromete.
VIC.—Echa ponche, vida mia,
que voy á tomar contigo.
JUL.—(¡Ay qué demonio!)
TER.— ¿Conmigo?
Escupa usté esa heregia.
VIC.—Vaya! ponche que no es broma;
no quieras que yo te riña.
TER.—¿Y si lo sabe la niña?
VIC.—No haya miedo que te coma.
TER.—Jesús, y qué mala fé!

(Llenando los vasos.)

VIC.—Aquí juntitos los dos!
Vamos, arriba está Dios.
TER.—¡Lo que hago yo por usted!
VIC.—Hasta el *conchito.*
TER.— ¡Ya está!
VIC.—Ahora hazme, ñata, un cariño.
TER.—¡Quieto! no sea usted niño.
VIC.—Un abrazo......... ven acá.

(Persiguiéndola.)

TER.—Sosiéguese usted.
JUL.— (Bribon!)
TER.—Repare usted que lo ven.
VIC.—Buen pichon es él tambien.
TER.—No hay que ser tan jugueton....
déjeme usted.
VIC.— Viene gente.
TER.—La señora.
VIC.— ¡Uf qué bochorno!

(Finjiendo calor.)

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA BRÍGIDA.

TER.—Si aquella pieza es un horno,
JUL.—(El mozo tiene espediente.)
BRIG.—Vamos que la gente espera.
VIC.—Bañado estoy en sudor;
hace allá adentro un calor.
BRIG.—Saldrán todos acá afuera.
VIC.—¿Para qué? No los moleste.
BRIG. ¡Disparate! no, que salgan.
¡Juana! Rosa ...!
VIC.— Déje usted.
BRIG.—¡Acá todos....! á la sala!
¡Pronto! vamos!

ESCENA X.

DICHOS, JUANA, ROSA, DON PRÓSPERO.

JUA.— ¿Qué hay mamá?
BRIG.—Nada, no se asusten, nada.
Las llamo porque allá adentro
hace un bochorno que mata.
VIC.—¡Ay qué calor!
PROS.— ¡Oh! sí, mucho.
VIC.—Si es un horno, es una fragua,
un infierno aquella pieza.
JUL.—(Pues, señor, sigue la farsa.)
PROS.—Si no salgo aquí me asfixio.
BRIG.—Esta está mas ventilada,
PROS.—Sin duda.
BRIG.— Arregla esas sillas.
TER.—Ya están, niña.
JUL.— (¡Vieja fatua!)
BRIG.—Trae botellas y trae copas,
TER.—Muy bien.
BRIG.— Sentémosnos.
PROS.—Gracias,

ESCENA XI.

DICHOS, MÉNOS TERESA.

BRIG.—Aquí no es tan sofocante
el calor como en la cuadra.
PROS.—Me suscribo, me *arrebiato*.
Aquí hace un fresco que mata.
JUL.—(Este adula al mismo diablo
como le ceben la *lámpara.)*

ESCENA XII.

DICHOS Y TERESA.

TER.—¿Dónde pongo esto?

(Trayendo botellas y copas.)

BRIG.— En la mesa.
TER.—(¡Qué laberinto de casa!)
BRIG.—Ahora, vete.
TER.— Ya me voy.
JUA.—Oye, Teresa.
JUA.—(No te vayas á ir muy léjos.)

(Bajo.)

TER.—(No hay cuidado quo así lo haga:
me quedaré oculta aquí
atisbando lo que pasa.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS TERESA.

(La que se queda entre bastidores.)

VIC.—Si me permiten . . . .
PROS.— Silencio!
Tiene el señor la palabra.
VIC.—Tomaremos una copa.
PROS.—Y veinte tambien, ¡caramba!

(Llenando dos copas y brindando.)

VIC.—*Bebamos, señores,*
diciendo a una voz:
que viva la hermosa
que es todo mi amor.
Y apúrese el vino,
el pisco y el ponch,
hasta que no quede
gota de licor.

VIC.—Bebamos.
PROS.— ¡Hip! ¡hurra!
TODOS.—¡Que viva el humor!
BRIG.—Pido la palabra.
TODOS.— ¡Bravo!
PROS.—Doña Brígida es quien habla.
BRIG.—Copa general.
PROS.— ¡Presente!

(Llenando su copa.)

A puntual nadie me gana.

BRIG.—*Amigos, bebamos,*
(Brindándo.)
pidiendo al Señor
que mi hija se case,
y sin dilacion
me dé un nietecito
sanito y gordito,
y chiquirritito,
á fin de que yo
lo mime y le cante
el arró ró ró.

VIC.—¡Bebamos!
PROS.— ¡Hip! ¡hurra!
TODOS.—¡Que viva el humor!
PROS.—¡Sobresaliente, magnífico!
Si es mi comadre una alhaja.
TER.—(De escaparate.)
BRIG.— A sus ojos.
PROS.—Y á los de todos ¡caramba!
BRIG.—¡Qué don Próspero!
PROS.— Lo dicho.
En mi gusto nadie manda,
y al que le parezca mal

que reviente y santas pascuas.
Si le echa usted pan á su hija.
BRIG.—¡Basta, por la Virgen santa!
¡Qué don Próspero, Jesús!
Me hará poner colorada.
JUL.—(¡Qué remilgos de señora!)
TER.—(¡Si se le hace la boca agua!)
BRIG.—Con que, señor don Vicente,
podemos vivir confiados
en que volverá usted pronto?
VIC.—No tardaré seis semanas.
BRIG.—Solo que alguna amiguita
le entorpezca á usted la marcha.
VIC.—Por Dios, no hable usted así
que esa sospecha me agravia.
BRIG.—El recelo es natural
siempre que de veras se ama;
y á la verdad, don Vicente,
son muy linces las serranas.
JUA.—Digo lo propio, mamá.
ROS.—¡Cómo! si son tan hurañas!
PROS.—Y brujas.
BRIG.— Yo no las trago,
siempre me han sido antip ticas.
ROS.—Ninguna nos puede ver.
VIC.—Prevenciones infundadas.
Son como todas, Rosita.
BRIG.—Bien pueden ser unas santas;
mas no hago migas con ellas.
JUA.—Tal vez, al volver la espalda,
no se acordará usted mas
de ninguno de esta casa.
VIC.—¿No acordarme yo de usted?
¡Qué injusticia, Virgen santa!
¿Y asi paga usted mi amor?
¡Dios mio! si no mirara
que soy cristiano, ahora mismo
del Puente abajo me echaba.
JUL.—¡Ni un solo instante me pesa
haber cruzado sus trazas.)
VIC.—Pues señor; ya no me voy.
Llévese el diablo la casa,
la hacienda, la mueblería,
el dinero y las alhajas
que, por muerte de un abuelo,
poseo actualmente en Jauja.
Piérdase todo, repito,
antes que dude mi Juana
del amor que le profeso.
TER.—(¡Ay, ay, ay,! ¡cuánta *guayaba!*)
VIC.—Por ella, solo por ella
emprendia yo esta marcha.
Deseaba, ántes de casarme,
vender esas *maritatas*
para vivir á su lado,
sin mas atencion que amarla.
Pero ya que se supone
que esta decision es falsa,
desisto de la partida
sin la ménor repugnancia,
porque no quiero esponerme
á que se diga mañana
que preferí el interés
al corazon de mi amada.
BRIG.—Ella vive satisfecha
de la fé que usted le guarda;
pero como lo ama tanto
hasta las sombras la espantan.
¿Qué quiere usted, don Vicente?
Una inocente muchacha
que apenas tiene quince años.........
TER.—(¡Quince! ¡ja! ¡ja! en cada pata.)
BRIG.—Y que no ha querido á nadie
mas que á usted ...
TER.— (¡Echa la baba!)
BRIG.—Sí señor, á usted no mas
y no hay que tenerlo á chanza,
que yo no me mamo el dedo
ni se me pasea el alma,
para no haberla tenido
lo mismo que toro en trancas.
Con que asi, no haga usté caso
y párta sin desconfianza
á arreglar sus intereses
del modo que mas le plazca,
que cuando regrese usted
encontrará aquí á su Juana
tan entera y *querendona*
como en la presente se halla.
JUA.—¡Qué mi mamá...!
BRI.— ¿Y qué no es cierto?
TER.—(Se verá vieja mas cándida!)

ESCENA XIV.

DICHOS, DON LEON.

LEON.—¡Alza, *cartucho*!
PROSP.— ¡De frente!
BRIG.—Ya está aquí la mejor flor.
LEON.—¡Por supuesto! La mejor,
no agraviando lo presente.
BRIG.—¿Qué ha sido de usted, don Leon.
que nadie ha podido hallarlo?
TODOS.—¡Fusilarlo! fusilarlo!
LEON.—¡Alto! no me hagan *monton*.
JUA.—La copa llena.
PROSP.— Completo.
TODOS.—Vamos, tome.
LEON.— Quietos, digo.
Nadie se meta conmigo
que yo con nadie me meto.
PROSP.—¿A qué se aguarda?
LEON.— ¡Esperarse!
TODOS.—Pronto, vamos.
LEON.— ¡Qué amolar!

Déjenme en fin resollar.
Brig.—Despacio, no acalorarse.
Prosp.—Pero tome... se lo pido.
Leon.—Venga la copa, Rosita.
Yo tomo por tí, mamita,
hasta plomo derretido.
Prosp.—Mil gracias.
Leon.— Bebo por todos.
Salú y pezetas.
Ros., Jua.— Hay *restos.*
Ter.—(Todo borracho hace jestos.)
Pros.—¡Que vivan los buenos modos!
Leon.—Pues señor, ya que me han hecho,
entrar tambien en colada,
aguantarán la *masiada.*
Prosp.—Razon tiene, y con derecho.
Jul—(De fijo, aqui nos embroman.)
Leon.—Vaya otra copa, señores.
Vic.—Ya eso es alzarse á mayores.
Leon.—En donde las dán las toman.
Con que vamos, al avío.
Prosp.—Como en ello se contiene.
Leon.—A mí ninguno me viene
con padre y muy señor mio.
Jua—Con calma, don Leon...masluego...
Hoy hemos tomado mucho.
Leon.—Estoy sordo; nada escucho.
Prosp.—Este si que es de mi juego!
Jua.—Pero tenga usted paciencia.
Leon.—¿Con que me hacen el desaire?
Ros., Jua.—¡Qué disparate!
Leon.— Hasta el aire
exije correspondencia.
Tel.—(Sin duda que cuando entró
estaba ya *jaladito.*)
Leon.—¿Toman ó me voy solito?
Prósp.—¿Cómo solo? aquí estoy yo.
Brig.—¡Vaya! no se agüe la fiesta.
Tomemos todos.
Leon.— Amen.
Prosp.—¡Comadre! y usted tambien?
Brig.—Yo soy materia dispuesta.
Leon.—Llenen las copas.
Prosp.— Muy justo.
Vic. y Jul.—Ya están llenas... acabemos.
Leon.—Vaya, señores, tomemos
por la *posta* de mi gusto.
Brig.—Mátela usted. ¿quién es ella?
Leon.—¿Quién ha de ser? es la Rosa
mas fragante y mas hermosa;
es un sol, es una estrella.
Jul.—(¿A que le doy un trompon?)
Leon.—Es la mas dulce hechicera,
la perla sin compañera.
Ros.—Quite usted...no sea simplon.

(Separándolo.)

Leon.—¡Ay Jesus, y qué *puchero!*
Brig.—¡Qué alegre está usted, mi amiga!
Leon.—¿Por qué te enojas conmigo?
Ros.—No sea usted majadero.
Leon.—No me eches esos ojos,
prenda adorada,
que me haces pedir pita
con tu mirada.
Si son rigores
mátame, vida mia,
con tus amores.
Ros.—¡Déjeme usted......caramba!
que no hay aguante
para escuchar tranquila
tanto discante.
Déjeme quieta
y conmigo, mi amigo,
nunca se meta.
Leon.—De valde me acoquinas
con tus sonseras,
porque he de amarte siempre
aunque no quieras.
Y te lo digo
á fin de que no seas
mala conmigo.
Ros.—Yo soy como una oveja
si no me tocan;
pero soy el demonio
si me provocan.
Con este dato
no busque usted, mi amigo,
tres pies al gato.
Leon.—Hagas lo que hagas, Rosa,
no me conjelo,
porque ya estoy en punto
de caramelo.
Con que asi, ñata,
trátame como á tuyo,
no seas ingrata.
Ros.—Retírese; no espere
que lo despida;
puede que en otra parte
le dén cabida.
No faltan muchas
á quienes se entretiene
con paparruchas.
Jul.—(Qué escopeteo! ¡Canario!)
Leon.—Estás hoy de *llacamama.*
No juegues, vamos...contesta,
¿me quieres ó no me quieres?
Prosp.—Dejéme en paz.
Leon.— ¡Ay qué brava!
Apuesto que díces sí.
Jul,—(¡Esto ya pasa de raya!)
Ros.—Señor don Leon, se conoce
que no es usted el que me habla
sino el vapor que le inspira
tal vez desde esta mañana.
Brig.—Calla, niña, que esas son
bufonadas muy pesadas.

LEON.—Mas claro ¿que estoy borracho?
Rectifica la palabra......
Punteadito......nada mas......
ės decir, entre dos aguas.
Cerveza solo he tomado,
esto es, agua de cebada;
que en vez de irse a la cabeza
refrijera y entuetana.
ROS.—Con todo, daré á usted gusto
contestando a su demanda,
y si al hacerlo soy tosca
no será mia la falta.
Pues señor, sépase usted
que es muy feo y muy sin gracia.
BRIG.—¿Qué es esto, niña?
ROS.— Muy simple,
malcriado y *faramalla.*
Sépa usted...
JUA.— Basta, Rosita,
ROS.—Que me horripila su facha
y que lo ódio mas que al diablo.
BRIG.—¡Ay qué lengua de muchacha!
LEON.—¿Con que tú me ódias?
ROS.— Lo dicho.
Y lo desprecio.
LEON.— *Nequaquam.*
Eso dices porque hay gente.
Te lo conozco en la cara.
A mi tú no me *envacunas.*
Todo eso, Rosita, es *ñaga.*
JUL.—No sufro mas, caballero.

(Dándole una palmada por detrás.)

LEON.—¡Hombre! despacio. ¡Caramba!
Para decir viene el toro
no es fuerza andar á trompadas.
¿Qué se ofrece?
JUL.— Escuche usted.
LEON.—Usted tiene la palabra.
JUL.—¿Sabe usted que es un zamarro,
un descortés?
LEON.—¡Vaya en gracia!
PROSP.—¡Senor don Julian, por Dios!
LEON.—Y ¿podré saber la causa
porque usted me trata así?
JUL.—Se la diré sin tardanza.
LEON.—Espérese usted: *ante omnia,*
para que ahoguemos la rábia,
tomaremos una copa.
JUL.—Tómela usted, si le agrada.
JUA.—¡Qué gana de buscar pleito!
BRIG.—Vamos, ¡siga la jarana!
LEON.—Acérquese usted.
JUL.— No quiero.
LEON.—¿Es decir que me desaira?
JUL.—Lo desairo, si señor.
LEON.—Paciencia.
TER.— Alabo la calma.

LEON.—Las dos copas están llenas.
¿Quién de ustedes me acompaña?
PROSP.—Yo, que jamas abandono

(Quitándole una copa.)

á un amigo en la desgracia.
LEON.—Don Próspero, que aproveche.
PROSP.—Como si fuera tizana.
JUL.—Acabemos.
LEON.— A sus órdenes.
Sepamos lo que usted manda.
VIC.—(Mala espina me dá este hombre.
A mi juicio no es un mándria.)
JUL.—Pues, señor, si en adelante
no modera usted su charla
con esta niña, le juro
que lo dejo sin quijadas.
LEON.—¿Sin quijadas?
JUL.— Como lo oye.
LEON.—Vaya un antojo, *¡carráspita!*
Y entónces ¿con qué *manduco?*
JUL.—No lo tome usted á chanza.
LEON.—¿Con que, de veras?
JUL.— Lo dicho.
LEON.—Pues mire usted, yo pensaba
que era un *bacho,* ¡qué demonio!
así es como uno se engaña;
el que nos parece un tigre
suele ser como una malva,
y al que se juzga un cordero
es un toro de Bujama.
Con razon suele decirse
que bajo una mala capa.......
JUL.—Al grano, mi amigo, al grano.
Por ahora todo eso es paja.
Yo lo que ofrezco lo cumplo.
LEON.—¿Me quedo, en fin, sin quijadas?
Está muy bien; sin embargo,
algun riesgo habrá en quitármelas;
porque el buey manso tambien
sabe dar una cornada.
VIC.—¿Qué se han vuelto ustedes locos?
TER.—(Hoy hay aquí una sanfrancia.)
BRIG.—Repare usted, don Julian,
que ahora se encuentra en mi casa,
no en ninguna chichería,
y que Rosita es mi ahijada.
JUL.—Señora, lo dicho, dicho.
El que la ultraja, me ultraja.
LEON.—¿Luego es usted su galan?
JUL.—Su pretendiente.
LEON.— ¡Acabáras!
Yo tambien la galanteo.
Con que, amigo, *patas bazas.*
JUL.—Es que eso á mi no me gusta.
LEON.—¡Diantre! pues á mí me agrada
que la quiera todo el mundo,
porque es señal que no es rana;

en esto soy comunista:
cada cual tiene sus maximas.
JUL.—Lo malo no está en que usted,
con sus frases chavacanas,
le haga le corte á Rosita,
sino que tambien se jacta
que está bien correspondido.
LÉON.—Y ¿usté es de opinion contraria?
JUL.—Sí, señor.
LÉON.— Hace usted bien.
Piense como le dé gana.
Usa usted de su derecho.
TER.—(Eso es claro como el agua.)
LEON.—Las opiniones son libres
por escrito y de palabra;
y no porque opine usted
que las mugeres son santas,
y yo que son el demonio,
no ha de haber buenas y malas.
Respetos guardan respetos;
con que, amigo: tolerancia.
VIC.—(Si lo oigo y no lo conozco.)
TER.—(Este hombre tiene dos caras.)
JUL.—Pero la opinion de usted
es una opinion que mata,
porqué deshonra á esta niña,
y al autor de tal infamia
se le debe dar de palos.
LEON.—¿Sabe usted que sus bravatas.
me van llegando al *gollete?*
JUL.—¿Qué es lo que......

(Queriendo arremeter á Don Leon.)

VIC.— ¡Quieto!

(Conteniéndole.)

JUL:— ¡Canalla!
BRIG.—¡Vamos! ¡Conténgase usted!
JUL.—¡Desvergüenza de la *laya!*
ROS.—¡Calle usted!
JUL.— ¡No falta mas!
ROS.—¡Ay, qué génio!
LEON.— ¡Palangana!
JUA.—¡Calle usted, por Dios, don Leon!
LEON.—A mí no me asustan ratas.
JUL.—¡Suelteme usted!
ROS.— No lo suelto.
PROSP.—¡Hombre! ¡si no ha sido nada!
Entre amigos......Se acabó.
ROS.—Déjelo usted.
PROSP.— ¡Vaya, vaya!
VIC.—Restablézcase la paz.
Orden, señores
PROSP.— ¡Cachaza!
JUL.—¡Habrá bribon!
ROS.— ¡Majadero¡
JUL.—¡Suélteme!
ROS.— En vano se cansa.

JUL.—¿Con que no?

(Metiendo la mano en el bolsillo.)

ROS.— ¿Qué intenta usted?
JUL.—Nada, nada.

(Saca una pistola.)

ROS.—¡Dios de mi alma!
¡Una pistola!
BRI., JUA., PR,— ¡Jesus!
VIC.—¡Hombre! ¿qué haces?
PROSP.— ¡Santa Bárbara!
JUL.—Si le he de dar un balazo.
LEON.—Apunte usted ¿por qué tarda?

(Sacando otra pistola.)

JUA.—¡Vírgen Santísima!
BRI. ROS,, PR.— ¡Auxilio!
LEON.—No asustarse.
PROSP. Y LAS MUG.— ¡Que se matan!
BRIG.—¡Socorro!
PROSP.— Pronto.
ROS. Y JUA.—¡Socorro!
PROSP.—¡Chito! que el barrio se alarma.
BRIG.—¡Teresa! ¡Teresa!

ESCENA XV.

DICHOS Y TERESA.

TER.— ¡Niña!
BRI—Si la lengua se me traba.........
¡Corre! ¡llama al celador!
TER.—Voy al punto.
VIC.— ¡Gente! aguarda!
ROS.—¡Ay qué desgracia!
JUA.— ¡Qué escándaló)
BRIG.—¡Qué se dirá de mi casa!
VIC. -Julian, dáme esa pistola.

(Quitándosela.)

JUL.—Agradezca.
VIC.— Calla, calla.
PROSP.—Cuidado no salga el tiro.
BRIG.—¡Llama al celador!
VIC.— No vayas.
Ya no es preciso, don Leon.
Sírvase usted darme esa arma.
LEON.- Tómela usted; yo no he sido
el autor de esa bullanga.
VIC.—Todo se acabó. Sosiéguense.

(Pone la pistola en la mesa.)

TER.—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué patazca!
BRI.—De susto me brinca el cuerpo.

PROSP.—Vamos, siga la jarana.
TER.—(Mas claro, lo que tú quieres
es que siga la mamada)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON CRISANTO.

CRIS.—(¡La tertulia aquí!)
BRIG.— (Mi hermano!)
Esto se vá á complicar.
JUL.—Don Crisanto, buenas noches.
CRIS.—¡Hola! señor don Julian,
¿está usté aquí?
JUL.— Sí, señor:
pero me voy á marchar,
ROS.—(No se irá usted; yo no quiero.)
CRIS.—¿Si habrá terminado el *fa?*
VIC.—(Este viejo me encocora.)
CRIS.—Noto no sé qué......estarán
probablemente cansados.
VIC.—(Fuerza es cuanto antes volar.)
CRIS.—Oye, Brígida.
BRIG.— ¿Qué cosa?
CRIS.—¿Se acabó la fiesta?
BRIG.— Ya.
CRIS.—Si es así, ¿esa bateria

(Por las botellas.)

por qué no la haces quitar?
BRIG.—Porque no me dá la gana.
¿Lo entiendes? déjame en paz.
CRIS.—¡Jesus! ¡qué génio!
BRIG.— Cada uno
tiene el suyo.
CRIS.— Es natural;
pero delante de estraños
se modera el montaraz.
BRIG.—Déjame en paz te repito.
Si te agrada regañar,
anda y regaña en tu casa
hasta que no puedas mas;
y déjame á mí en la mia
sin estorbos gobernar.
CRIS.—¡Qué diablos! Y esas pistolas
son tambien para......
TER.— (¡Agua vá!)
CRIS.—¿Qué hacen allí?
BRIG.— ¿Qué sé yo?
JUA.—¡Ah! sí, son de don Julian
que las puso......
LEON.— Eso no es cierto.
CRIS.—¿Cómo?
LEON.— El séptimo no hurtar.
Esta es mia y me la llevo.
VIC.—Eso no; ¡quieto!
LAS MUGERES.— ¡Ay, ay, ay!
Que dispara!
LEON.— No asustarse.
Esa arma á nadie hace mal.
Regístrenla...... está sin carga.
VIC.—¡Vaya un chasco!
LEON.— Venga acá,
que si se ofrece otro lance
ya entiende usted.
JUL.— ¡Voto á san!
CRIS.—(Si yo comprendo este enredo,
que me lleve Barrabás.)
LEON.—En fin, yo me hago invisible:
esto es, me mando mudar.
Pero antes que emprenda el vuelo,
si ustedes vénia me dan,
pasaré á cortar la bílis

(Echa una copa y se la toma.)

que la tengo como agraz.
CRIS.—(Alabo la impavidez.)
LEON.—Ahora, señor don Julian,
permita usted le recuerde
una copla que poco há
me dirijió aquí Rosita,
con su pimienta y su sal.
Dicha copla, mas ó ménos,
es la siguiente. Allá vá:
«Yo soy como una oveja,
si no me tocan;
pero soy el demonio
si me provocan.
Con este dato,
no busque usted, mi amigo,
tres piés al gato.»
JUL.—Si no mirara que hay gente......
CRIS.—*Cholla*, señor don Julian.
LEON.—¡Hombre! ¡Qué guapo es usted!
Con tres ó con cuatro mas
de su empuje, ya la Europa
no alza moño por acá.
PROSP.—(Está visto; este hombre tiene
pulso, ñeque y calidad)
LEON.—Con que, Rosita, mi madre.......
¡Adiosito!
ROS.—¡Quite allá!
LEON.—No me trasconejes, mi alma;
que, por mi parte, tendrás
aquí siempre un lugarcito
que jamas se arrendará.
¡Hasta la vista, ingratona!
No olvides que quiero mas
verte habitando en Ansieta
que en poder de otro mortal.
VIC.—(Teresa, ya es tiempo.)
TER.— (Entiendo.)
LEON.—¡Salud y felicidad!
VIC.—Lo iré acompañando.

LEON.— Gracias.
VIC.—Si no es......
LEON.— Se vá á molestar.
Me acompaña mi pistola
por si álguien me dice atrás.
VIC.—Hasta la esquina siquiera.
LEON.—¿Hasta la esquina?
VIC.— Cabal.
LEON.—Como usted guste. No quiero
que diga qne soy tenaz.
Andando, pues.
TER.— (La cruz te hago.)
CRIS.—(Si es un tipo original.)
VIC.—Vuelvo pronto.
TER.— (Las espaldas!)
VIC.—No te vayas á olvidar.
(A Teresa.)

ESCENA XVII.

DICHOS, MENOS VICENTE Y LEON.

CRIS.—¡Pues, señor, estamos frescos!
Escucha, Brígida.
BRIG.— ¿Qué hay?
JUA.—¿Qué te ha dicho?
(A Teresa.)
TER.—Que ya es hora
JUA.—(¡Dios mio!)
CRIS. ¿No me dirás
qué es lo que ha pasado aquí?
BRIG.—¡Vaya que es curiosidad!
Ya te he dicho, y lo repito,
que yo no tengo quc dar
cuenta á nadie de mis cosas.
CRIS.—Muy bien. ¿Y usted, don Julian,
nada sabe?
JUL.— Sí, señor.
BRIG.—(¡Se habrá visto *bocatan!*)
CRIS.—Entónces, cuénteme usted.
TER.—Vamos, niña.
(A Juanito.)
JUA.— Voy, mamá,
adentro á una diligencia.
BRIG.—Anda, pues.
CRIS.— (¿A dónde irás
que no caigas?)
JUA.— Ven, Teresa.
TER.—(En qué vendrá esto á parar?)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MENOS JUANITA Y TERESA.

CRIS.—Con que vamos, ¿qué ha ocurrido?
JUL.—Nada, señor, que merezca
fijar la atencion de nadie:
fué una ligera reyerta
provocada por don Leon,
por su conducta indiscreta,
y que causó algunas voces.
CRIS.—¿Y bulla y armas, etcétera?
Efectos del aguardiente.
Siempre de una borrachera
resultan estos desórdenes.
La culpa es de quien fomenta
semejantes bacanales.
BRIG.—No me busque usted la lengua.
CRIS.—Yo no hablo contigo, Brígida.
BRIG.—Yo sé el pié de que cojea.
Si me emborracho, hago bien.
Mi platita que me cuesta.
CRIS.—Y tambien te costará
ser del público la befa,
perder, tu honra, la de tu hija,
y tal vez la vida eterna.
BRIG.—Para eso que tú te has de ir
al cielo hasta con calcetas.
CRIS.—En fin, ¿con quién fué ese pleito?
JUL.—Conmigo.
CRIS.— Y ¿por qué?
JUL.— Por ella.
CRIS.—Y ¿quién es ella?
JUL.— Esta niña
que él insultó en mi presencia
y qué vá á ser mi muger.
BIR.—No lo será sin la anuencia
de su madre, que ha ido al campo
á ver á una amiga enferma
y que aquí me la ha dejado.
JUL.—Su madre á todo se presta.
CRIS.—Siendo así, le doy á usted,
Rosita, mi enhorabuena;
porque es don Julian un hombre
de honor y delicadeza.
De ello me ha dado hace poco
una indestructible prueba.
JUL.—En eso no he hecho otra cosa
que cumplir con mi conciencia.
CRIS.—Gracias.
TER.— ¡Socorro! ¡Socorro!
ROS.—¿Qué es eso?
TER. ¡Que se la llevan!
¡Vengan pronto!
BRIG.— ¿Quién dá voces?
TER.—¡Corriendo!
CRIS.— (Prendió la mecha)
TER.—¡Ña Brigidita!
BRIG— ¡Dios mio!
TER. - ¡Ay, qué desgracia!
BRIG,— Es Teresa.

ESCENA XIX.

DICHOS Y TERESA.

TER.—¡Se la roban! ¡Se la roban!
¡Corran pronto que se aleja!
BRIG.—Pero ¿á quién se roban? ¡Habla!
TER.—A la niña.
BRIG.— ¡Qué sospecha!
¿A Juanita?
TER.— Sí, señora.
á ella, sí.
BRIG.— ¡Dios de clemencia!
¿Qué escucho?
ROS.—¡Vírgen Santísima!
TER.—Yo no pude defenderla...
eran tantos.........
BRIG.— ¡Ay de mí!
¡No puedo mas!......La cabeza
se me vá.
ROS.— Siéntese usted.
CRIS.—(¡Pobre muger! me dá pena.
Jamas sabrá la verdad.)
PROSP.—¡Qué *hechura!*
BRIG.— ¡Piedad, por Dios!
ROS.—No llore usted.
CRIS.— ¡Vamos, flema!
BRIG.—¡Hija mia! ¡Hija de mi alma!
¡Socorredla, socorredla!
ROS.—Corra usted.
JUL.— Voy al instante.

ESCENA XX.

DICHOS, MENOS DON JULIAN.

BRIG.—¿Qué será de mí?
CRIS,— Sosiégate.
BRIG.—¡Pobre, hija mia! ¿Quién sabe
lo que habrán hecho con ella?
CRIS.—No te aflijas......nada habrá......
Espero que así suceda.
BRIG—¡Que Dios te oiga!
CRIS.— (¡Cómo tardan!)
PROSP.—Siento ruido.
ROS.— Alguien se acerca.
CRIS.—Aquí están ya.

ESCENA XIV.

DICHOS, JULIAN, JUANITA Y UN CELADOR.

CEL.— Buenas noches.
TER.—¡Niña Juanita!
CRIS.— ¡Ven! llega.
Mira tu obra.
(Señalándole á Da. Brígida.)
JUA.— ¡Ah!
(Corriendo donde su madre.)
BRIG.— ¡Mi hija!
(Abrazándola.)
¡Dios mio! ¡Bendito seas!
CRIS.—Gracias, gracias.
(Al celador.)
CEL.— No hay de qué.
CRIS.—Encargo á usted la reserva.
CEL.—No hay cuidado.
BRIG.— ¡Pobrecita!
¿Cómo ha sido aquello? Cuéntame.
JUA.—Yo...... mamá......
CEL.— Permita usted
que yo el lance le refiera.
Me encontraba colocado
algo inmediato á una puerta
que está no léjos de aquí,
cuando un hombre salió de ella
conduciendo á una señora
que le hacia resistencia.
Como esta pidiese á gritos
que alguien fuese en su defensa,
yo acudí y me suplicó
que á esta casa la trajera.
Esto es todo lo ocurrido.
PROSP.—(¡Pues ha escapado de buena!
Yo, en su lugar, no la aflojo.)
JUA.—(Mi tio en esto se mezcla.)
BRIG.—Pero ¿qué hacias allí?
JUA.—Me fuí á asomar con Teresa,
y al pasar, un hombre quiso
que lo siguiese á la fuerza.
BRIG.—¡Ladronazo! ¿Pero ese hombre
dónde se halla?
CEL.— En Carceletas.
Porque han de saber ustedes,
que es un pillastron de cuenta,
y há tiempo la policía
anda tras de él á la pesca.
BRIG.—¡Bribon!
CRIS.— Y ¿cómo se llama?
CEL.—Vicente Casca-ciruelas,
alias Gavilan Corsario.
BRIG.—¡Cielos! ¿Qué oigo?
JUA.— (Yo estoy muerta.)
BRIG.—No puede ser.
CRIS.— Es el mismo.
Ninguna duda te quepa.
Su criminal atentado
te servirá de esperiencia
para que jamas admitas
dentro tu casa un cualquiera.
ROS.—¡Qué hombres, don Julian!

JUL.— No todos
son de esa misma ralea.
CEL.—En fin, señores, me marcho.
BRIG.—Permita usted le agradezca......
CEL.—Nada, que.........
CRIS.— ¡Cuenta con otra!

(A Juanita.)

JUA.—¡Oh, Dios mio! ¡Qué vergüenza!
CEL.—Con que, adios.
BRIG.— Adios, señor.
CRIS.—No se me ocultan tus tretas.

(A Teresa.)

En otra vas á chirona.
JUL.—(La mano de este hombre es diestra)
CEL.—Señores, hasta la vista.
ROS.—Adios.
CRIS.— Esta casa es vuestra.
TER.—(¡A chirona! ¿Qué? No aguanto.
Mañana tomo soleta.)

ESCENA XXII.

DICHOS, MENOS EL CELADOR.

BRIG.—Sueño parece, en verdad,
todo cuanto aquí ha ocurrido.
CRIS,—Pues no es sueño, es realidad
que mañana la ciudad
atribuirá á tu descuido.
Pero no hablemos mas de esto,
que será majadería.
JUL.—Y sobre todo molesto.
CRIS.—Mudemos, pues, de bisiesto.
Vida nueva, hermana mia.
BRIG.—Eso es; vida nueva, sí.
Ya no te oigo con desden.
TER.—(Desbarráncate por mí.
A bien que no vivo aquí.)
BRIG.—Vida nueva, dices bien.
sinó habrá aquí un cataclismo.
CRIS.—Tal resolucion te ensalsa
y te aparta de un abismo,
BRIG.—Pues, señor, mañana mismo
condeno la puerta falsa.
CRIS.—Por algo se ha de empezar.
BRIG.—No quiero que otro borracho......
JUA.—Mamá...... si......
BRIG.— Déjame hablar.
Aquí no me vuelve á entrar
ni gato, ni perro macho.
No demos mas que decir;
harto se habrán divertido
con el modo de vivir
que hasta el dia hemos tenido.
CRIS.—(Aun les falta que reir.)
JUA.—Haga usté lo que le cuadre.
PROSP.—Yo aquí ya no toco pito.
Me voy á dormir, comadre.
BRIG.—Buenas noches, pues, compadre.
CRIS.—Espérese usté un ratito.
Que antes que nadie se ausente,
fuerza es pedir un favor
al público inteligente;
y es que se muestre indulgente
con nosotros y el autor.
PROSP.—Pero ¿cuál es la señal
para juzgar que así opina?
ROS.— Yo les diré á ustedes cuál ....
Dando al bajar cortina
un aplauso general.

EL SANTO DE PANCHITA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Escrita en colaboracion con Don RICARDO PALMA

Y REPRESENTADA EN EL TEATRO PRINCIPAL DE LIMA EN 1859.

PERSONAJES.

Don Benito.
Liberato.
Martin.
Bruno.
Dos convidados.
Dos criados.

Doña Feliciana.
Gerónima.
Miquita.
Panchita.
Dos señoritas.
Convidados de ambos sexos.

LA ESCENA EN LOS DOS PRIMEROS ACTOS REPRESENTA UNA SALA PEQUEÑA CON PUERTAS AL FONDO Y LATERALES.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON MARTIN, MIQUITA.

MART.—Pero escúchame.
MIQ.— No quiero.
MART.—Miquita, ¿has perdido el juicio?
MIQ.—Y á usted ¿qué le vá ni viene
con que lo haya ó no perdido?
MART.—¿Qué no me vá?
MIQ.— Por supuesto.
MART.—¿Qué es lo que dices?
MIQ.— Lo dicho.
Usted no es, gracias á Dios,
mi padre ni mi marido.
MART.—¡Qué sabemos!
MIQ.— ¡Ay! ¡qué viento!
MART.—Si quisieras......
MIQ.— No entro en vicios.
Vaya, no me hable usted mas
porque me causa fastidio.
MART.—Si me has de tratar así,
mejor mátame ahora mismo.
MIQ.—¿Que lo mate? Si no soy
aparejo ni lomillo.
MART.—¡Que gana de atormentarme!....
Ya lo llevas á capricho.........
al fin muger......
MIQ.— Muchas gracias:
estimo á usted su cariño.
Pero váyase de aquí,
que la bílis me ha movido.
Palabras sacan palabras.........
mejor cerremos el pico.

MART.—No tienes la culpa tú
sino el diablo.
MIQ.— ¡Ay! ¡qué judío!
¡Jesús! Persígnese usted,
no se aparezca el maldito.
MART.—Hazme idea.
MIQ.— ¿Quién? ¿Yo? ¡Cómo!
MART.—Estás hoy como un erizo.
¡Ya se vé! si fuera yo
como cierto oficialito,
que haciéndote *cucamonas*
ha estado hoy.........
MIQ.— ¿Usted lo ha visto?
MART.—¡Cáspita! Y con estos ojos......
MIQ.—Creí que era con los mios.
MART.—Y se estuvo á tí pegado
como oblea en sobrescrito.
MIQ.—Vale mas que usted mil veces.
MART.—Y ¿quién lo niega?
MIQ.— Lo afirmo.
Es muy amable en su trato,
muy elegante, muy fino.
MART.—Y muy feo.
MIQ.— Mas que usted
no puede ser.
MART.— Mas que Picio.
MIQ.—Envidia es esa.
MART.— ¿Yo envidia?
MIQ.—Sobre todo, señor mio,
aquello que feo se ama
parece que es muy bonito.
MART.—¿Con que tú lo amas?
MIQ.— Y mucho.
MART.—¡Y me lo dice á mí mismo!
MIQ.—Sin enviárselo á decir
con nadie, se lo repito.
¡Cómo nó! ¡Pues es pasage!
Y pedirle á usted permiso
para disponer de mí,
sepa que no necesito.
Que lo quiero, eso es muy claro,
y además tenga entendido
que amor no monta á caballo
porque le falta un estribo.
MART.—¿Qué quieres decir con eso?
MIQ.—Yo sé bien lo que me digo.
MAET.—Pues tienes buen gusto.
MIQ.— ¡Dale!
MART.—Superior.
MIQ.— *Superôlitico.*
Y de su gusto cada uno
puede hacer cera y pabilo.
MART.—¡Miquita! Pero ¡por Dios!
¿Por qué eres así conmigo?
MIQ.—Aquí no cobijan duendes:
de valde son pucheritos.

ESCENA II.

DICHOS, DON LIBERATO.

LIB.—Dios eterno, ¡qué bochorno!
Perdone usted, señorita.
Aquella sala maldita
está que parece un horno.
Yo no sé cómo la gente
no se asa allí de calor.
MIQ.—Esto está mucho mejor.
Aquí corre algun ambiente.
LIB.—Y arman tantos alborotos
que me pareció, si tal,
reunion electoral,
en donde se compran votos.
A mis años, está visto
que estas y otras batahola s
pegan, como dos pistolas
colgadas á un Santo-Cristo.
Si al ménos reinára en ellas
la franqueza de otros tiempos,
se ahogaran los contratiempos
al ruido de las botellas.
¡Hola! ¿Has venido tambien
(A Martin.)
huyendo de la algazara?
Se te conoce en la cara.
MART.—Sí, señor.
LIB.—Has hecho bien.
¿No sabes que es un chambon
tu sastre, Martin? Me ha hecho
el *volante* tan estrecho
que me asesina el pulmon.
Y eso, que donde me ves
tengo empapada la ropa;
todo estoy como una sopa
de la cabeza á los piés.
Apetezco desahogarme;
no sé lo que haga, Martin.........
y, mira.... este corbatin
acabará por ahogarme.
Felices los tiempos de ántes
en que, uno para comer,
se aflojaba á su placer
el chaleco y los tirantes;
y en que á nadie daba risa,
si el calor subia de punto,
hallarse con un adjunto
hasta en mangas de camisa.
Entónces la libertad
no era una vana quimera.
entónces podia cualquiera,
obrar con su voluntad.
Pero hoy que, de Junio á Mayo,
gritan ustedes progreso,
no puede un hombre de seso
hacer de su capa un sayo.
¡Nada! De declamaciones

y utópias no entiendo jota:
para mí, holgada la bota
y holgados los pantalones.
Miq.—Mas si así se viste, al fin
saltará un comunicado
diciendo que se ha apartado
del último figurin;
y por motivo tan fútil
á bailar lo sacarán.
Lib.—¡Eso es! y me llamarán
viejo chocho, viejo inútil.

ESCENA III.

DICHOS, DON BENITO.

Ben.—¡Vamos! al fin lo encontré.
Lo ando buscando hace rato.........
Adentro, don Liberato,
lo están estrañando á usté.
Lib.—Mil gracias...... me vine acá
á buscar un poco de aire.
Ben.—Lo tomarán á desaire
si no vuelve usted, quizá.
Apénas se apercibieron
de su falta de asistencia,
de tan repentina ausencia
mil conjeturas hicieron.
Entónces les ofrecí
llevarlo á usted luego-luego:
con esto volvió el sosiego
y en busca de usted salí.
Con que, mi amigo.........
Lib.— Ya voy:
que dispensen la demora:
aun necesito media hora.
Ben.—¿Nada mas? Pues se la doy.
Voy á avisarles volando,
que así su inquietud evito.
Lib.—Sí...... vaya usted, don Benito,
que lo estarán aguardando.
Ben.—Adios, pues. ¿No vienes tú?
Miq.—Voy, señor.
Ben.— ¿Con que lo espero?
Lib.—Palabra de caballero.

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS DON BENITO.

Lib.—¡Por vida de Belzebú!
¿Y que ande yo en estos trotes?
Pero ¿para qué me aburro?
No hay mas...... ya estoy en el burro;
pues aguantar los azotes.

ESCENA V.

DICHOS, DON BRUNO.

Brun.—Aquí estaba.
Mart.— (¡El oficial!)
Brun.—Señores.........
Lib.— Muy señor mio.
Mart.—(¿Qué vá que lo desafio?)
Miq.—¡Hola, don Bruno! ¿qué tal?
Brun—Como siempre.........¿y usted mala?
Miq.—No...... ¿por qué?
Brun.— Me pareció;
como ví que usted salió
hace tiempo de la sala.........
Miq.—Verdad, y me fué imposible
volver pronto...... los quehaceres......
Mart.—(¡Qué mugeres! ¡Qué mugeres!)
Lib.—El calor es insufrible.
Mart.—(Esta si es calamidad
y me abrumo con su peso.........
sin ser miembro del Congreso
sostengo una *dualidad.)*
Lib.—Pues, señor, me repantigo
en este sofá un momento.........
no corre pizca de viento.........
es cosa del enemigo.........
Brun.—Me parece que quedamos
en tomar una copita.
¿No se acuerda usted, Miquita?
Miq.—¡Ah! sí... ya me acuerdo...vamos.
Adios.
Lib.— ¡Qué sofocacion!
Mart.—(A no estar mi padre allí,
antes de salir de aquí
les partia el corazon.)

ESCENA VI.

DON LIBERATO, DON MARTIN.

Lib.—Y á este no lo han ascendido....!
¿Por qué demonios será?
Hoy que tantas charreteras
pasean la capital,
y hay mas jefes que en Crimea
y mas que con Jerjes, mas...?
Si á este paso continuamos
el huano se vá á acabar.
Mas ¿qué importa? Si don Bruno
no ha ascendido, me es igual....
tal vez no tuvo padrino
y quedó de capitan.
Mart.—(¡Bah! Consolemos cantando
mi pena, mi rudo mal.)
(Tararea una ária.)
Lib.—¡Vaya un mozo divertido!

¿Pues no se pone á cantar
cuando, en la pieza en que estamos,
no hay otro ser racional
que lo escuche sino yo?
Ahora no falta ya mas
sino que saque un cigarro
y se lo ponga á fumar;
porque en el tiempo en que estamos,
tiempo de moralidad,
fuman los niños de escuela
delante del padre Adan.
MART.—(Yo no sé lo que me pasa......
¡Mi cabeza es un volcan!
¡Muger pérfida y traidora!)
LIB.—¡Oh! no se puede negar;
es un pasmo lo que avanza
en mi tierra la moral!
MART.—(De proceder tan indigno
nunca la creí capaz.
Estoy viéndolo, y aun dudo
de la misma realidad.)
LIB.—Como asiste á la zarzuela
en que tales gracias hay,
y á la ópera en que cantando
se despanzurra el galan,
se figura que en el mundo
todo por ese órden vá.........
y errando, errando, el muchacho
se le acerca, ¡voto á tal!
MART.—(Terrible ha sido la ofensa;
la venganza será mas.)
LIB.—Ya me he refrescado un poco.
Tiemblo de volver allá.
Martin, escucha.
MART.— Señor.
LIB.—Tù, sin duda, estrañarás
que en mi génio ande de gorja.
MART.—Es usted muy dueño.
LIB.— ¡Yá...!
Pero es preciso que sepas
que, además de la amistad
que profeso á don Benito
desde tiempo muy atrás,
hemos resuelto hace poco
unir en lazo nupcial
á su hija doña Francisca
con tu hermano Pablo.
MART.— ¡Yá......!
(¿Qué es lo que oigo?)
LIB.— Al bribonzuelo
le viene de molde el plan;
porque anda *enamoriscado*
de su presunta mitad.
En cuanto á ella, yo no sé
de qué modo pensará;
mas me consta que es muger;
y una muger, á su edad,
se casa con el primero
que la llega á saludar.
Y no les falta razon.........
¡La cosa es muy natural!
Ellas no tienen la culpa......
pagan las deudas de Adan.
Y además, hijo, hoy los hombres
con la guerra y con la paz,
con la angina y con la fiebre,
pues! tan escasos están,
que la niña que no logra
uno siquiera atrapar,
se queda como espediente
que nunca llega á girar
por falta de empeño, ó bien
como recurso fatal
al que le planta el Ministro
un tamaño—« no há lugar:
« ocurra donde convenga:
« pasarlo bien y mandar. »
MART.—(Y no me ha hablado un Jesús
ella sobre esto! ¡qué tal!)
LIB.—Pues como te iba diciendo,
el matrimonio se hará
tan luego como regrese
tu hermano á esta capital.
Concluida la ceremonia
te embarcarás para Islay,
á fin de cuidar lo poco
que tenemos por allá,
si es que el sitio de Arequipa
no me acabó de arruinar.
Y mira, yo desearia,
te hablo, Martin, sin disfráz,
que te casarás allí
con tu prima Trinidad,
que, como sabes muy bien,
debe heredar un caudal,
Tu tio en todas sus cartas
me habla de esto con afán;
y mira, así se lo he dicho
á don Benito poco há,
en presencia de sus hijas.
MART.—¡Dios mio!
LIB.— ¿Qué cosa? ¿Qué hay?
MART.—Nada, señor.
LIB.— Y mira, hombre,
yo me puedo equivocar;
pero creo que al oirme
hicieron cierto ademán,
y me pusieron un jesto
tan estraño, tan glacial,
que por mas que pienso en ello
no lo puedo descifrar.
MART.—(Yo sí......¡fatal confidencia!
Me sacrifica á un rival.)
LIB.—En fin, allá se las hayan......
Lo que fuere sonará.
Ahora bien, Martin, como hoy
es de Panchita el natal,
y como su mismo padre

me fué á casa á convidar,
forzoso ha sido ceder
á esta prueba de amistad,
y héteme, por consiguiente,
metido aquí, á mi pesar,
espuesto á una aplopegia
ó á asfixiarme con el gas.
Ya estás de todo enterado.........
Entremos ahora...... ¿No vás?

MART.—Un momento, padre mio.
Si usted tiene la bondad
de escucharme.

LIB.— Sea pronto
que aguardándome estarán.

MART.—Pues, señor.........

ESCENA VII.

DICHOS, DON BENITO.

BEN.— ¡Aquí estoy yo!
No hay escape...... es hora ya.
Pasó el tiempo prefijado
y cuatro minutos mas.

(Saca el reloj.)

LIB.—¡Qué estricto es usted!.........

BEN.— Mi muestra
no discrepa.

MART.— ¡Voto vá!

BEN.—Para acudir á una cita
hay muy poco hombre puntual.

LIB - Yo lo haria á usted ministro
si lo pudiera nombrar.
Seria usted, don Benito,
una notabilidad.
¿Qué se ha de hacer?

BEN.— ¿Vamos?

LIB.— Vamos.
Martin, luego me dirás
lo que tenias que hablarme.
¿No vienes?

MART.— Voy para allá.

ESCENA VIII.

DON MARTIN.

Ya está el nudo desatado.
¿Qué amor me puede tener
esa perversa muger
cuando tan pronto ha variado?
Apénas hubo escuchado
aquel proyecto importuno,
se figuró que ninguno
la hablaria ya de amores:
no aguardó mas pormenores
y apechugó con don Bruno.
¡Y yo que la consagré
sin reserva mi cariño!
¡Yo que, incauto como un niño,
á ella todo me entregué!
¿Qué fué, Dios mio, qué fué
en lo que entónces pensaba?
Como un autómata obraba;
lo conozco, lo confieso.........
la queria con exceso
y el mismo amor me cegaba.
Pero ¿á quién no engañaria
el candor que de sus lábios,
tan exentos de resábios,
desprenderse parecia?
¿Quién de mugeres se fia
con tan severas lecciones?
Mientras mas bellas facciones
á nuestros ojos ostentan,
mas el engaño alimentan,
mas esconden las traiciones.
No he de verla, ni he de hablarla.........
Repito que la aborrezco;
y, á fé de Martin, ofrezco
con toda mi alma olvidarla.
No logrará con su charla
de nuevo traerme al error.........
¿Pero ese hombre que mi amor
tan sin razon me arrebata?
O yo le mato, ó él me mata.........
Solo así salvo mi honor.

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA FELICIANA Y CRIADOS.

FELIC.—Anden ustedes, ¡Jesús!
¡Qué destrozo! ¡Qué *dispendio!*
Pues mi yerno no hace el gasto
con veinte ni treinta pesos.
Esperen un momentito.
Voy á abrir. ¡Chapa de cuernos!
Ya está abierta...... Vamos, pasen......
Metan todo eso allá dentro.

(Los criados, durante esta y las siguientes escenas, entran en la habitacion que ha abierto doña Feliciana, con platos y restos de un banquete.)

MART.—(¿Qué hará esta vieja?)

FELIC.— ¡Cuidado!
Vayan ustedes con tiento,
y no rompan esas fuentes
que son prestadas...... Ligero......
Despachen......

Criado 1º.— Ya estamos listos.
Felic.—Ahora, váyanme trayendo
lo demás; porque si nó
cargan hasta con los huesos.
¡Oh! ¡don Martin!
Mart.— Mi señora.........
Felic.—Pronto, que aquí los espero.
Dispense usted.
Mart.— No hay de qué.
(¡Habráse visto estafermo!)
Felic.—Si una misma no anda en todo
se ven las mermas muy presto.
Mart.—Así es.
Felic.— Y no estrañe usted
que le hable sin cumplimientos.
Como es ya de la familiá.........
Mart.—Mil gracias.
Felic.— Yo sola llevo
sobre mis débiles hombros
de la casa todo el peso.
¡Ya se vé! Si así no fuera
¿qué seria de mi yerno?
Lo despellejáran vivo
todos estos filisteos.
No dé usted nunca convites,
don Martin, se lo aconsejo.
¡Ay, mi amigo! ¡Cuánto galgo!
Mart.—(¡Qué fastidio! ¡Pues es bueno!)
Felic.—Todos los que á ellos concurren
tienen de jebe el *guargüero*,
y engullen mas que Bolaños,
y beben como un infierno.
Mart.—(¿Si callará esta habladora?)
Felic.—En fin, fuera lo de ménos
si matáran solo el hambre,
puesto que pueden hacerlo;
pero ¡qué! no se contentan,
señor don Martin, con eso.........
¡Un demonio!... Si disponen
con mas franqueza que el dueño
de cuanto queda en la mesa,
sea magro ó suculento.
Uno se mete, al descuido,
una polla en el sombrero,
y añade un par de botellas
de Jerez ó de Burdeos.
Otro remite á su casa,
revueltos en un pañuelo,
jamon, bizcocho, pescado,
aceitunas, pan y queso.
Otro lleva de propósito
un «Peruano» ó un «Comercio»
y se envuelve un salchichon
y dos pichones rellenos.
Y por fin y postre, aquel
se ataca de dulces secos
los bolsillos del volante,
del calzon y del chaleco.
De otro lado los sirvientes,
si una no anda detrás de ellos
se llevan hasta los platos,
los vasos y los cubiertos.
Mart.—(¡Como demonios me escurro!)
Felic.—Sin embargo, yo prefiero
que se guise la comida
á mi vista y con aseo,
á que traigan de la fonda
por un excesivo precio
esos potages pesados,
oliscones é indigestos.........
A mí no me dé usted nada
con foranos ni fonderos.
Mart.—(Esto no acaba jamás.)
Felic—No está en mi mano...no puedo...
Estos hombres, don Martin,
por sacarnos el dinero,
nos dan á comer gallinas
que de *moquillo* se han muerto;
gato en lugar de cabrito,
y pastel con huevos hueros.
¿No es verdad?
Mart.— Así será.
Felic.—No es será, sino que es cierto.
Luego con solo una salsa
condimentan el puchero,
el pescado, las legumbres,
las menestras y los huevos.
¿No digo bien?
Mart.— Sí, señora.
(No me larga un año entero.)
Felic.—Yo como arroz y frejoles
con mas gusto, si están hechos
en casa, que esos frangollos
con que cuatro candelejos
se atracan en una fonda,
hotel, como llaman ellos,
sin mas mira ni mas fin
que darse aire de estrangeros,
cuando en medio de nosotros
comen.... hasta con los dedos.
Mart.—(No la mando enhoramala
por no faltarla al respeto.)
Felic.—Y no me vengan á mí
con que eso fué en otros tiempos.
Nada.... yo sé lo que digo....
No se me escapan ni al vuelo.
Yo no he nacido en la Sierra,
yo soy de por San Marcelo,
muy limeña, sí, señor,
y á mucha gloria lo tengo.
Y si hay algun mentecato
que me replique que miento,
estoy pronto á hacerle ver,
sin disfraces ni rodeos,
que no sabe donde tiene
las narices el mostrenco.
Yo les probaré......... ¿Llegaron?
(A los criados.)

MART.—(¡Gracias á Dios!)
FELIC.— Pongan eso
adentro con lo demás.........
Abierto está el cuarto.
CRIADO 1°.— Bueno......
FELIC.—Y salgan pronto.
CRIADO 1°.— Corriente.
FELIC.—Como le iba á usted diciendo,
si una persona no está
encima de todos estos,
cargan, señor don Martín,
con lo propio y con lo ageno.
Además la economía
es riqueza.
MART.— (¡Qué bostezo!)
FELIC.—Y yo en estas ocasiones
de la máxima aprovecho.
Pero estos mozos no salen......
Algo se estarán comiendo......
En todas hemos de estar......
Permítame usted.
MART.— (Ya es tiempo.
Ahora habla con las paredes.)
(Se vá.)

FELIC.—¿Hasta cuando? Acaben presto.
Terminen...... ¡Cómo! ¿Y los otros?
CRIADO 1°.—Ya vienen.
(Saliendo.)

FELIC.— ¿Qué están haciendo?
CRIADO 1°.—Nada.
FELIC.— Voy á ver...Qué diablos!
Algo han roto, sin remedio.

ESCENA X.

CRIADO PRIMERO.

Mientras tanto, yo me soplo
este par de bizcochuelos;
y luego para asentarlo
esta copa me embodego.
¡Pues no lo hemos hecho mal!
El pavo está en esqueleto
y el platon de leche crema......
La vieja viene...... ¡Silencio!

ESCENA XI.

DOÑA FELICIANA, CRIADOS.

FELIC.—¿Con que así vino?
CRIADO 2°.— Cabal.
FELIC.—¡Vaya pues!......Saquen el juego
de café, que allá voy yo,
y cuidado con romperlo.

ESCENA XII.

DOÑA FELICIANA.

Pues, señor...... ¿En qué quedamos?
Ya estoy...... Si mal no recuerdo,
decia á usted......Pero ¡como!
¿A dónde está? No lo veo.
¡Qué tal! Se mandó mudar,
y me ha dejado el muñeco
con la palabra en la boca.
¡Vaya un trato al bello sexo!
Desde que abundan los gringos,
masonazos, fariseos,
la juventud se ha perdido
por seguir la moda de ellos.
Por eso es que en el Perú
nos vemos como nos vemos.

ESCENA XIII.

DOÑA FELICIANA, PANCHITA, MIQUITA.

PAN.—¡Ay, Miquita!...... ¡La señora!.....
FELIC.—Vamos á cuidar de aquello ......
¡Hola! ¿Qué buscan ustedes?
MIQ.—Hay mucho calor adentro.
FELIC.—Para lo que ustedes hacen,
todos los sitios son frescos.
MIQ.—(Ya comienzan los sermones.)
PAN.—(Calla, niña.)
FELIC.— Por supuesto.
A mí se me echa la carga,
como á burro yerbatero,
y en tanto las *miseñoras*
no piensan mas que en cortejos,
y en las modas y en los bailes,
y así en otros adefécios,
que cuando tengan familia
no les serán de provecho.
MIQ.—(Habla por mí hasta mañana.)
FELIC.—Yo no hablo sin fundamento.
¿Qué hacen, pues? Vamos á ver.
¿Me ayudan en mis aprietos?
¿Cómo nó? ¡Conocí mucho!
Lo que hacen con mucho empeño
es andar dando brinquitos,
aunque esté el suelo parejo,
y mover las crinolinas
con mil dengues y arremuecos,
como quien cree hallar un novio
en cada *sangoloteo*.

MIQ.—(¡Qué gana de regañar!)
FELIC.—En fin, aquí pierdo el tiempo
con ponerme á dar á ustedes
lecciones de buen gobierno.

ESCENA XIV.

MIQUITA, PANCHITA.

MIQ.—De la moral del sermon
¿qué es lo que en limpio sacamos?
PAN.—Déjate de eso...... Volvamos
á nuestra conversacion.
Con que cuéntame, Miquita......
¿Ese punto te tocó?
MIQ.—Como lo oyes, y me habló
largo sobre eso, Panchita.
PAN.—Vamos, acaba, por Dios,
vé que pierdo la cabeza;
háblame, pues, con franqueza
que estamos solas las dos.
MIQ.—Espera que no me acuerdo
PAN.—¡Qué memoria! Pero dí......
¿Qué cosas habla de mí?
¿No te hizo ningun recuerdo?
Esplícate de una vez......
No temas; resuelta estoy.
MIQ.—Despacio, niña, ya voy.
PAN.—¿Se habrá casado tal vez?
Miquita, tu indecision
algo malo pronostica:
esa reserva me indica
que es de otra su corazon.
Está visto, mi quebranto
no tendrá término, no.
¡Qué desgraciada soy yo!
MIQ.—Pero ¿á qué viene ese llanto?
PAN.—¡Oh, Dios mio! Su retrato
no se aparta de mi mente
y se muestra indiferente
y me abandona el ingrato.
MIQ.—Mira que si viene alguno.... .
PAN.—¡Ay! Me desáhoga llorar.
MIQ.—Calla: te voy á contar
lo que me ha dicho don Bruno.
Está loco, enamorado.
PAN.—¿Qué dices? Y ¿quién es ella?
¿Es jóven? ¿Es rica? ¿Es bella?
MIQ.—Algo hay de lo que has mentado.
PAN.—Su nombre......No me la alabes.
MIQ.—Se llama doña Francisca.
PAN.—Vaya, Miquita, esa es trisca.
MIQ.—Pues eres tú, ya lo sabes.
PAN.—Búrlate.
MIQ.— Ni por asomo.
Como lo dijo, lo cuento.
Yo nada, Panchita, invento.
Como me las dan las tomo.
PAN.—Pero si insiste en amarme
como me cuentas, Miquita,
¿por qué es que la habla me quita
y no quiere ni mirarme?
¿Si me amara me tendria
temiendo siempre y dudando,
y de contínuo luchando
con la infausta suerte mia?
No, hermana, tú lo verás:
no lo dudes un instante;
se mostró un tiempo mi amanté,
pero no lo fué jamas.
Como á todo hombre le halaga
engañar á una mujer,
dí: ¿qué podrá responder
á los cargos que yo le haga?
Un año há que no me escribe,
y yo, en mi ardiente deseo,
no he dejado ni un correo
de indagar si muere ó vive.
Y su silencio responde
siempre á mis ánsias sinceras.
¿Un hombre que ama de veras
así al amor correspondé?
Mucho, Mica, lo he querido;
mucho le amo todavia,
y harto me cuesta, a fé mia,
tener que echarle en olvido.
Me esplico como lo siento;
te muestro mi corazon;
pero, hermana, la pasion
no quita el conocimiento.
MIQ.—Pues no lo entiendo: él se queja
de tí tambien.
PAN.— Y por qué?
Miquita, su mala fé
tan vil accion le aconseja.
¿Qué es lo que ha hecho de mis cartas?
¿Por qué no me ha contestado?
QIQ.—Pueden haberse estraviado.
PAN.—Lindamente lo descartas.
MIQ.—En los tiempos que pasamos
de trastornos y de guerra,
no es seguro en nuestra tierra
ni el aire que respiramos.
Sabe Dios si la política,
ó tal vez algun curioso,
ó algun galan envidioso......
PAN.—Pones la cosa tan crítica......
Pero aunque asi fuera, al que ama
de veras todo le cede,
y muchas pruebas dar puede
del afecto que le inflama.
Si piensa en su tierna amiga,
si ella su existencia absorbe,
¿habrá poder en el orbe
que su esfuerzo contradiga?
Desengáñate: la culpa

está toda de su parte;
no procures engañarte
en buscarle una disculpa.
Miq.—Pues si miente el botarate,
lo que yo decirte puedo
es, Panchita, que este enredo
venga el diablo y lo desate.
Ah! No sé quién le ha contado
que, con tu consentimiento,
vá á efectuarse el casamiento
que nuestro padre ha tratado;
y mira, si he de juzgar
por su arrebato febril,
si hay guerra con Guayaquil
allí vá á hacerse matar.
Pan.—Oh Dios! Qué injusticia me hace!
Tú sabes que estoy resuelta,
aun mucho ántes de su vuelta,
á no prestarme á ese enlace.
Falta yo de consecuencia!
Basta......está bien......que se ausente,
que con mi amor mas no cuente......
que no vuelva á mi presencia......
Mas ¡nó! que me oiga el infiel.
Oye, hermana; hazme el favor
de decir á ese señor
que deseo hablar con él
Miq.—Tú te vás á volver loca.
Pan.—Sí, Miquita, asi parece.
Yo quiero si me aborrece
escucharlo de su boca.
Despues que haga lo que quiera,
Miq.—Está bien: se lo diré.
Pan.—Con empeño.
Miq.— Ya lo sé.
Quien espera desespera.
Panch.—Ay, niña ¡cuánto te envidio!
Me cambiaria por tí.
Miq.—¿Qué estás diciendo? ¿Por mi?
Cometieras un suicidio.
Pan.—Tú eres bien correspondida.
Miq.—Un poquito peor me siento.
Ya se vé!......no me lamento
ni reniego de mi vida,
ni voy por calles y plazas
ladrando como un mastin
porque el señor don Martin
hoy me ha dado calabazas.
Ni tampoco ¿qué sacára
con portarme de ese modo?
Yo misma me echara todo
con las manos á la cara.
Pan.—Oh! no, hermana......Dificulto
que tal union tenga efecto.
Miq.—Pero él sabia el proyecto
y me lo tenia oculto.
De lo que claro se infiere
que era ya de antigua data......
En fin, quien a hierro mata
tambien á cuchillo muere.
Pan.—Tal vez él no lo sabia.
Miq.—Déjalo que se descuide,
que con la vara que mide
lo han de medir algun dia.
Te confieso, sin embargo,
que su manejo me pica....
Pero aquí viene.
Pan.— Oye, Mica,
no te olvides de mi encargo.

ESCENA XV.

DICHOS, DON MARTIN.

Mart.—(Aquí está)
Miq.— (No he de escucharlo.)
Mart.—Señorita ¿está usted sorda?
Miq.—Para usted sí, caballero.
Mart.—Mil gracias por la lisonja.
Sin embargo es necesario
que me escuche usted ahora.
Miq.—A la fuerza? Já! já! já!
Pan.—Qué Miquita!
Miq.— Linda historia!
Mart.—Aparte usted la ironía
que sienta mal en su boca,
y atiéndame un breve rato
sin prevenciones odiosas.
Nuestra situacion exije
que entremos, sin mas demora,
en ciertas esplicaciones.
Miq.—Conmigo? Será con otra.
Mart.—Permítame usted.
Miq.— No estoy
para candideces, ahora.
Con que dejarme.—Panchita,
qué te pareció esa polka
que el maestro nos trajo ayer?
Pan.—Por Dios, niña, no seas loca.
Mart.—Creo que usted se ha propuesto
desairarme á toda costa;
pero, Miquita, cuidado
que la paciencia se agota.
Miq.—Amenazas! Ay qué miedo!
Yo no sé donde me esconda......
Déjeme usted, por la Virgen.
Mart.—Vé usted, Panchita, estas cosas?
Merecia yo tal pago?
Pan.—No haga usted caso.
Mart.—En mal hora
puse los ojos en ella.
Miq.—(Don Bruno llega.....arda Troya!)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON BRUNO.

BRU.—La buscaba á usted, Miquita.
Cuando usted nos abandona
parece aquello un desierto.
MIQ.—Llega usted á muy buena hora.
Tenemos que hablar los dos
sin que ninguno nos oiga.
Venga usted.

(Lo lleva á un lado.)

BRU.— Con mucho gusto.
MAR.—Esto más? ¡Ah qué deshonra!
Véalos usted, Panchita,
me escarnecen, me provocan.
Esto es hecho, no hay remedio!
La boca de una pistola
decidirá la cuestion.
PAN.—¿Está usted loco?
MART.— No importa.
PAN.—Pero por Dios, don Martin,
usted está viendo sombras.
Si ella no ha pensado en él,
ni él tampoco la enamora.
MART.—¿Usted qué dira, Panchita?
Los disculpa; eso le toca.
MIQ.—Vamos, no sea usted terco.

(A Bruno.)

PAN.—Don Martin, si no hay tal cosa.
BRU.—Está bien, daré á usted gusto.
Haré por hablarla á solas.
PAN.—No sea usted majadero.
MART.—Yo le haré que me responda......
PAN.—Conténgase usté......

ESCENA XVII.

DICHOS, DON BENITO.

BEN.— ¡Canario!
PAN.—(A buen tiempo.)
BEN.— ¡Qué pachorra!
¡Hola, mi amigo don Bruno!
MART.—(No hagamos bulla por ahora.)
BEN.—Pero, niñas, ¿es posible
que se vengan aquí todas,
dejando que esos señores
entre ellos se las compongan?
MIQ.—Como hace tanta calor......
BEN.—Nada! no andemos con bromas,
la verdad......esta cónducta
es incivil, sospechosa,
y á todo hijo de vecino
le azarea y encocora.
¿Qué diran los convidados
al ver que ustedes no asoman?
Tal vez se manden mudar
pensando que se les bota.
PAN.—Pero usted estaba allí,
y con eso basta y sobra.
BEN.—Vamos: éntre una siquiera
y dejémosnos de historias.
Yo voy un rato á salir
para invitar á la esposa
del señor don Liberato
que venga, si le acomoda,
aunque sea de tapada,
á ver bailar una polka,
que á político y puntual
no me gana...¡Carambola!

(Ruido dentro.)

Si era de ene ¿no lo dije?
Esa gente se alborota
y viene en busca de ustedes.
Me largo sin ceremonia.
Eh! niñas......agasajarlos
que mi vuelta será pronta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON BRUNO.

Es muy estraño, por cierto,
su deseo de hablarme hoy.
¿Qué me tendrá que decir?
¿Cuál podrá ser su intencion?
Si es para desengañarme
hace tiempo que lo estoy,
y si es para finjir mas
un año entero finjió,

y harto con sus falsedades
destrozó mi corazon.
Yo no sé si debo hablarla;
pero al fin ¿y por qué nó?
Nada hay que temer......que apure
en buena hora la ficcion,
que me encuentra prevenido;
y tan imbécil no soy
para confiar en palabras
que sospechosas me son,
ni tan dócil que me ablande
al sonido de su voz.
Si tiene algun plan oculto
truena esta vez, como hay Dios.

ESCENA II.

DON BRUNO, DOÑA FELICIANA.

FELIC.—Este hombre se ha refundido...
No está aquí.... . ¡Qué tentacion!
Pues señor, la hicimos buena.
Y quien la paga soy yo.
Oh! don Bruno!
BRU.— Mi señora ....
FELIC.—¿Tan solito?
BRU.— Ya me voy.
FELIC.—¿No ha visto usted á mi yerno?
BRU.—Me parece que salió.
FELIC.—¿A la calle?
BRU.— Creo que sí.
FELIC.—¡Vaya que es calma, por Dios!
¡Qué cosa! y nos va faltando
la azúcar á lo mejor.........
No sé de dónde la saque.
BRU.—(Es inútil: no la hablo hoy.)
FELIC—En fin, ¿qué haremos? ¡Paciencia!
Volvámosnos al salon.

(Yéndose y luego vuelve.)

¿Y usted no toma café?
BRU.—No señora.
FELIC.— ¡Vea usted eso!
BRU.—Me quita el sueño.
FELIC.— ¡Aprension!
Pues yo lo bebo á menudo
y duermo como un oidor.
Dicen que toca los nervios
y que irrita y que dá tóz;
pero como he dicho á usted
yo lo bebo á discrecion,
y cargadito y sin leche,
y no siento lo menor..........
Eso si, yo con mis manos
lo muelo y lo tuesto.
BRU.— Oh!
FELIC.—Porque comprarlo en la calle
no es mas que beber carbon
ó polvos de pan quemado,
ó de bofes.........
BRU.— (¡Voto á brios!)
FELIC.—Pero ¡qué diantre! Mi amigo
buena es la conversacion;
pero yo tengo quehaceres.
Permítame usted.

(Yéndose.)

BRU.— Adios.
FELIC.—Ah! Don Bruno...Si usted gusta
le traeré sin dilacion
aquí una tacita.

(Yéndose.)

BRU.— Gracias.
FELIC.—¿Descargadito?

(Yéndose y volviendo.)

BRU.— No...... no.
Lo estimo.
FELIC.— ¿Querrá usted té?

(Yéndose y volviendo.)

BRU.—Ni uno ni otro.
FELIC.— Pues señor;
hay algunos que prefieren
el té al café, pero yo
no le encuentro fundamento
á tan nécia pretension.
El tal té es un lavatripas
y nada mas.
BRU.— (Esto es peor.)
FELIC.—No hace mucho que esa yerba
que en el dia es tan de pró
se vendia en las boticas,
bien me acuerdo de eso yo,
de Marianito y del Gato
asi como el alcanfor,
y se empleaba solamente
en casos de indigestion.
BRU.—(¡Qué hablar!)
FELIC.— No lo dude usted.
BRU.—¡Disparate! (¡Esto es atróz!)
FELIC.—Pero como esta de moda
no hay mas, don Bruno, chiton.
Y además, amigo mio,
sépalo usted, por si no
ha llegado á su noticia,
que esa yerbá la traen hoy
envenenada.
BRU.— ¡Canastos!
Pero ¿quién la envenenó?
FELIC—¿No sabe usted quién? Los chinos,
los macacos de Canton,
esa gente escomulgada
que nos traen en monton,
y que allá, por la Pelota,

un templo tienen ó dos
donde adoran al demonio
con cachos y ¡qué sé yo!
Pues como le iba diciendo,
¿no sabe por qué razon
tanta muerte repentina
hay en Lima? Pues, señor,
es por el té envenenado;
no le quede duda, no.
Pero está en moda beberlo,
y en la moda ¿quién no entró?
Porque aquí somos tan monos,
que si se usa en Nueva York
ponerse, en vez de sombrero,
una sarten ó un perol,
de fijo nos lo *chantamos*
mas huecos que un quitasol.
Eu fin, don Bruno, no puedo
demorarme mas ..... me voy......

(Yéndose.)

Yo solita tengo á cuestas
tantísima ocupacion,
que apenas hablo con alguien
así de un modo veloz......

(Yéndose.)

Es mucho lo que tragino,
créame usted.

BRU.— ¡Como nó!

FELIC.—Al que le duele le duele,
¿no digo bien?

BRU.— Sí, por Dios.

FELIC.—Mi vida es muy aperreada.

BRU.—Sí será.

FELIC.— No se la doy
á mi mayor enemigo.
Y como mis nietas son
tan dejadas, y mi yerno
tan como lo ha hecho el Señor,
todo recae sobre mí.

BRU.—(¡Qué fastidio!)

(Yéndose.)

FELIC.— Ya me voy
¿no viene usted?

BRU.— De aquí á un rato.

FELIC.—Está muy bien...Con que, adios.

(Yéndose.)

BRU.—Adios pues.

FELIC.— Usted dispense
si mas tiempo no me estoy
en su buena compañia;
lo tendria á mucho honor,
y esto fuera para mí
de grande satisfaccion;
pero como en esta casa
no hay otra gente que yo,
hago falta en todas partes.
ya tendremos ocasion
de hablar mas largo otra vez......
Con que, amigo, adios.

BRU.— Adios.

FELIC.—Lo esperamos.

BRU.— Voy allá.

FELIC.—Hasta luego.

BRU.— ¡Se marchó!

ESCENA III.

DON BRUNO.

Si no escupe. ¡Vaya un loro!
Yo diputado la hiciera
para que ese pico de oro
en la tribuna luciera.
¡Cáspita! ¡y qué borbollon
de palabras! ¡Qué andanada!
Si así es con tanta atencion
¿qué será desocupada?

ESCENA IV.

DON BRUNO, DOÑA PANCHITA.

PAN.—¡Caballero!

BRU.— ¡Señorita......!

PAN.—No sé si le habrá á usted dado,
de parte mia, un recado
hace media hora, Miquita.

BRU.—Si, señora.

PAN.— Está muy bien.
Pues entónces, caballero,
que me escuche usted espero.

BRU.—Hable usted: me oirá tambien.

PAN.—Señor mio, no encarezco
la situacion en que me hallo;
porque digo en lo que callo
aun mas de lo que padezco.

BRU.—Bien, señora; pero vamos
¿qué pretende usted ahora?
Espliquese sin demora
que tan despacio no estamos.

PAN.—Há ménos dé un mes, señor,
que se halla en la capital,
y si no me informan mal
vá a marcharse al Ecuador.
Por mas que pienso no sé
el motivo que yo he dádo
para que usted, despiadado,
tan mortal golpe me dé.
Y mucho mas conociendo
mi amor y mi consecuencia,
lo que he sufrido en su ausencia
y lo que estoy padeciendo.

Bru.—Esa espresion amorosa,
señora, no me hace mella:
no ha mucho que usted, con ella,
burló mi alma candorosa.
Entónces, con sus amaños,
me trajo á sus piés de hinojos;
pero ya he abierto los ojos
á fuerza de desengaños.
Pan.—Usted no tiene razon,
don Bruno, para ultrajarme;
usted pretende juzgarme
por su propio corazon.
Bru.—Oh! sí...... ya lo considero.
¡Como es usted tan sincera!
Pan.—Seré, en fin, cuanto se quiera.
A otra cosa, caballero.
No se hable mas de este asunto.
Bru.—¿Se pica usted?
Pan.— No me pico.
Sin embargo, le suplico
que pongamos á esto punto.
Bru.—¿Y fué para esto no más
que armó este lance importuno?
Pan.—Decir quise á usted, don Bruno,
que yo no miento jamás.
Basta... por último, adios.......
sea usted feliz.
Bru.— Señora,
un momento.
Pan.— Desde ahora
hay un muro entre los dos.
Bru.—Oigame usted.
Pan.— Poco á poco,
diga usted.
Bru.— Pero... ¡por Cristo!
Vamos, señora... está visto
usted vá á volverme loco.
Pan.—¿Yo, señor?
Bru.— Y que me venza
quien tan claro me traiciona?
si cuando uno se apasiona
es un fatuo, un sinvergüenza.
Pan.—Me retiro.
Bru.— Un rato mas.
Señora, ¿está usted segura
que nunca ha sido perjura?
Pan.—Señor don Bruno, jamás.
Bru.—Pues bien, usted me permita
que traiga aquí á su memoria
la parte de nuestra historia
que tal cosa no acredita.
Despues que nos separamos,
esto es, recien nuestra ausencia,
de nuestra correspondencia
ni uno ni otro nos quejamos.
Con las manifestaciones
que usted de su amor hacia,
yo, aunque distante, vivia
entre dulces ilusiones,
tan vano, tan satisfecho,
y tan confiado en mi suerte,
que daba solo á la muerte
romper lazo tan estrecho.
Mas, señora, me engañaba:
muy corto tiempo pasó,
y ya usted no se acordó
qúe yo en la tierra habitaba.
Apesar de este desprecio,
que yo nunca merecí,
todavia la escribí
reiterando á usted mi aprecio,
hasta que, viendo el error
que sufria en mis afanes,
tracé y adopté otros planes
mas conformes á mi honor.
Respóndame usted ahora,
¿estas son ó no verdades?
Pan.—No señor... son falsedades
y muy chocantes.
Bru.— ¡Señora!
Pan.—No partió un solo correo
sin que mandase á Ayacucho
cartas para usted.
Bru.— ¡Qué escucho!
No puede ser...... no lo creo......
Si hace meses que salí
de aquella ciudad.
Pan.— No sé.
Por encargo de usted fué
que allá se las remití.
Bru.—Pero que me iba á Arequipa
no le escribí á usted despues?
Pan.—Yo nada he sabido... ahora es
cuando se me participa.
Bru.—¡Ah qué idea! Virgen santa!
Dice usted bien ¡que trascuerdo!
La balija, ahora me acuerdo,
la interceptaron en Huanta......
De modo que usted no pudo
saber lo que la escribia.
Pan.—Luego la falta no es mia.
Bru.—Panchita, ya no lo dudo.
Ya usted vé cuán franco soy.
De ello he dado testimonio.
Pero ¿y ese matrimonio?
Pan.—A contestar á usted voy.
Mi padre quiere casarme,
es verdad; mas sin mi gusto,
y á mandato tan injusto
me hallo resuelta á negarme.
Sea porque no he podido
desterrar de mi memoria
esa pasion ilusoria
con que usted me ha entretenido,
ó porque estoy decidida
en adelante, don Bruno,
á no amar á hombre ninguno
en los dias de mi vida.

Dios le haga á usted la merced
de que no sienta un instante
la pena mortificante
que he sentido por usted.
Para decir á usted esto
lo hice, don Bruno, venir.
Ahora puede usted seguir
el viage que se ha propuesto.
Bru.—No mas enojos, Panchita,
olvide usted mi estravio;
culpe solo al amor mio
que me ofusca y precipita.
He sido un furioso, un ciego,
me abandonó la razon,
téngame usted compasion......
á sus plantas se lo ruego.
Pan.—Levántese usted.
Bru.— ¡Oh! nó!
Pan.—Alce usted.
Bru.— Nunca, mi amiga,
mientras usted no me diga
que me ama cual la amo yo.
Pan.— Don Bruno, no venga gente......
Bru.—Aunque venga todo el mundo.
Mi amor ardiente y profundo
haré ante todos patente.

ESCENA V.

DICHOS, DON MARTIN, MIQUITA.

(Escondida.)

Pan.—¡Ah, don Martin!
Mart.— ¡Quietos, quietos!
No hay que asustarse.
Bru.— Por vida!
Mart.—¡Qué diantre! siento en el alma
que ustedes por culpa mia
suspendan una sesion
que juzgo interesantísima.
Pero dispénsenme ustedes.........
¡Tengo tan poca malicia!
Bru.—(Me va encocorando este hombre)
Mart.—Ni quién diablos pensaria
que aqui mismo.........
Bru.— Caballero!
Mart.—Como quien dice, á la vista
de todo viviente.
Bru.— ¡Basta!
No ha llegado á mi noticia
el derecho que usted tenga
para hacernos esa pifia.
Mart.—Oh! ninguno, no señor.
Sin embargo, desearia
que salvase esa pregunta
si gusta esta señorita.

Bru.—¿Cómo es eso?
Pan.— Don Martin,
no comprendo con qué mira
se espresa usted de ese modo.
Cualquiera sospecharia,
oyendo en boca de usted
unas frases tan equívocas,
que existe entre usted y yo
una relacion muy íntima,
y eso, á Dios gracias, no es cierto.
Mart.—Muy bien dicho, señorita.
Pan.—Hablo la verdad.
Mart.— Sin duda.
Bru.—(Ya este lance me fastidia.)
Miq.—(Observemos de tapada
en qué paran estas misas.)
Pan.—Nuestra amistad, don Martin,
ha sido franca y sencilla.
Mart.—Es muy cierto, no lo niego;
no obstante hay en mi familia
un sugeto á quien usted
no vé con tanta ojeriza.
Bru.—¿Qué dice este caballero?
Pan.—Don Bruno, usted me permita.
Voy al punto á contestar
suposicion tan maligna.
Nuestros padres, don Martin,
tal vez soñando en mi dicha,
han acordado ese enlace
con que hoy usted me acrimina;
pero sin averiguar,
como es de estricta justicia,
si yo querré dar mi mano
al nóvio que otro me elija.
Y ya que se trata de esto,
aun ántes que llegue el dia,
es preciso que usted sepa,
para que tambien lo diga,
que yo á su señor hermano
no le tengo simpatia,
y que no seré su esposa
aunque mi padre lo exija.
Bru.—(Su hermano era el novio.)
Mart.— ¡Bien!
Miq.—(¡Muy bien!)
Mart.— ¿Qué mas, señorita?
Bru.—(Aun desea mas!)
Mart.— Corriente.
Quedo instruido.
Miq.— (¡Chupa guindas!)
Mart.—No es la inconstancia de usted,
Panchita, lo que me admira,
porque hay mugeres que mudan
de amor como de camisa.
Pan.—¡Don Martin!
Mart.— Lo que yo estraño,
ó mas bien, lo que me irrita,
es que usted posponga á un hombre
de conducta sin mancilla,

por un seducter inícuo
que la engaña y sacrifica.
BRU.—Caballero, yo supongo
que eso á mí no se dirija
MART.—Como usted guste.
BRU.— ¡Bien...basta!
Pues si usted no es un gallina
me dará satisfaccion
por tan grosera invectiva.
MART.—Cuando usted guste.
PAN.— ¿Qué es esto?
Don Bruno, por Dios!
MART.— Panchita,
se burla de usted ese hombre,
la deshonra, no la estima.
BRU.—¡Impostor!
MART.— No me retracto.
BRU.—Salga usted......
PAN.— Pero sosiéguense......
BRU.—¡Insolente!
PAN.— ¡Qué desdicha!
¿Qué escándalo es éste?
MART.— Vamos......
PAN.—No saldrán. ¿Que se diria
de mi honor?
BRU.— Le he de arrancar
esa lengua viperina.

ESCENA VI.

DICHOS, MIQUITA.

MIQ.—Oh! Don Bruno! casualmente
á usted lo andaba buscando.
BRU.—Ya vuelvo.
MART.— Inmediatamente.
MIQ.—Venga acá.
BRU.— Luego......acabando.
MIQ.—¡Jesus! ¡y qué impertinente!
BRU.—Dispénseme usted por ahora.
MIQ.—No, no hay escusa que valga.
MART.—Tenemos que hacer, señora.
MIQ.—Pues yo no quiero que salga.
¡Vaya un hombre que encocora!
PAN.—Sí, que no salga ninguno......
Vé que se quieren batir.
MIQ.—¡Batirse! ¿y por qué, don Bruno?
¿Quién piensa, amigo, en morir?
Mucho se ama el número uno.
BRU.—Si no hay tal cosa.
PAM.— Sí, sí.
Cree, hermana, lo que te digo......
A eso salian de aquí.
MIQ.—Pues si falta algun testigo
puede usted llevarme á mi.
MART.—Ya esto se me hace insufrible
y vergonzoso y chocante......
Yo hago aquí un papel risible.
MIQ.—¿Hay mas? Pues tome el portante
que es un remedio infalible.
Con que don Bruno.......
MAR.— ¡Qué tal!
Las dos se mueren por él......
¡Esto es horrible, inmoral!
MIQ.—Vamos, no sea cruel.
BRU.—¡Qué Miquita! ¡usté es fatal!
MIQ.—Oiga usted.
MART.— ¿No lo decia?
Vea usted su desengaño.
PAN.—¿Pero qué hay?
MART.— Yo no mentia.
PAN.—Si no veo nada estraño.
MART.—¿Mas, Panchita, todavia?
Dios mio ¡ qué ceguedad!
Esa es su querida... ...En fin
¿quiere usted mas claridad?
MIQ.—Ya la oigo á usted, don Martin.
MART.—Si señora, es la verdad.
MIQ—Pues, señor, hago muy bien.
MART.—Es que lo ama con pasion
la hermana de usted tambien.
MIQ.—Mejor
BRU.— ¡Qué equivocacion!
MART.—¡Cielos, qué cosas se ven!
PAN.—Ya basta de enredos.
MIQ.— Deja
que lo quiero hacer rabiar.
MART.—Lo que el honor me aconseja
es que me mande mudar.
MIQ.—¿Pero usted de qué se queja?
MART.—De nada.
MIQ.— ¡Vaya un aspecto!
MART.—Basta de bromas ¡adios!
MIQ.—Oiga usted: ¿con que en efecto
el hombre que quiere á dos
es malo, aun en su prospecto?
MART.—Si tal.
MIQ.— Esa es mi creencia.
¿Y usted nunca lo ha hecho? Vamos,
¿qué le dice su conciencia?
PAN.—¡Por Dios, niña!
MIQ.— En qué quedamos?
MART.—Ustedes me dén licencia.
PAN.—Está muy preocupado
don Martin......ya lo verá.
MIQ.—Le acusará su pecado.
BRU.—No debo callar mas ya.
Señor don Martin, no quiero
que usted crea que hago alarde
de sér terco.
MART.— ¡Caballero!
Si no es usted un cobarde
me buscará.
BRU.— ¡Majadero!

ESCENA VII.

DICHOS, DON LIBERATO.

LIB.—¡Hombre! ¡Oáspita! á buen tiempo,
que ni adivino.......Ven, ven.......
Oye acá......
MART.— ¡Voto al demonio!
LIB.—¡Hola, niñas!
MIQ.— Pase usted.
LIB.—No habia visto.......dispensen.
PAN.—¡Oh! no, señor......no hay de qué.
LIB.—Como entré á prisa.
PAN. Bien hecho.
LIB.—Gracias.......Martín, oye pues.
Vé á casa y dile á tu madre...
Pero, hombre ¿hablo á la pared?
¿No me atiendes?
MART.— Sí señor.
LIB.—Conque, dile que te dé
ocho onzas que necesito.
Las acabo de perder,
y prestadas, que es lo peor...
No le hace......las pagaré
de aquí á un rato......Vamos, anda,
¿Qué aguardas?
MART.— Voy á traer
Mi sombrero,
LIB.— Bueno......corre.
MAR.—(Al fin yo me vengaré.
Con sangre.........solo con sangre
se descifra esta Babel.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MÉNOS DON MARTIN.

PAN.—¡Pobre don Martin!
MIQ.— ¡Qué cándida!
LIB.—Pues, señor, lo mejor es
que á mí, que nunca he jugado
ni al briscan cuando doncel,
me han hecho entrar, no sé cómo,
por el aro á la vejez.
¡Vaya!
BRU.— Apuntaria al monte.
LIB.—No, señor .....yo no apunté......
otro apuntó por mi cuenta.
BRU.—¿Pero cómo?
LIB.— Escuche usted.
Cuando se habló de jugar
yo de hacerlo me escusé,
alegando que ignoraba
qué era sena y qué era tres;
Pero entónces el concurso
se vino hácia mí en tropel
esclamando;—Ese es desaire,
nos vamos ó juega usted.—
Y uno me ofrecia plata,
otro gritaba: ¡bien! ¡bien!
este me daba un asiento,
y con mucha prosa aquel
me decia,—no hay cuidado,
traiga usted le apuntaré.—
Por no hacerme fastidioso
tuve al cabo que ceder
elijiendo, por supuesto,
mi adjunto ó mi gurrupié.
De manera que cuando este,
con sonrisa muy cortés,
me decia ¡se perdió!
yo sonriendo como él
le alcanzaba otras pesetas
que se perdían tambien.
Y gracias que se encontraba
cerca de mí don Andrés,
que me suplió las ocho onzas
que he pedido á mi muger;
porque mis pocos doblones,
que no llegaban á diez,
á los dos ó tres apuntes
se los llevó Lucifer.
En fin, todo contribuye
á la diversion, y aquel
que no le agrade esponerse
á lances de este jaez,
que no asista á reuniones
en donde el juego es de ley

ESCENA IX.

DICHOS, DON BENITO, DOÑA GERÓNIMA, DON MARTIN.

BEN.—¡Qué tal pues, si no lo encuentro!
MAR.—Pero si voy á volver.
BEN.—Nada, don Martin, adentro.
LIB.—¡Esta es otra! ¡mi muger!
BEN.—Les traigo aquí una visita,
y además un desertor.
PAN.—¡Oh! mi señora Chombita!
MIQ.—¡Qué milagro! Tanto honor!
¿Cómo está usted?
GERO— Ahí tirando......
¿Y ustedes?
MIQ.— Muy buenas.........gracias.
BEN.—Picaron, se iba escapando.
MART.—(Hoy me llueven las desgracias.)
BEN.—Y ha costado Dios y ayuda
el hacerlo regresar.
LIB.—Y ha hecho usté muy mal, sin duda,
en no dejarlo pasar.
BEN.—¿Y por qué?
LIB.— Porque iba á casa,

á un mandado de mi parte.
Ben.—¿Es posible?
Gero.— (Esa no pasa.)
Ben.—Pues, hombre, ese es punto á parte.
Miq.—¿Y por que está usted parada?
Siéntese usted.
Gero.— Vaya, hijita,
que estoy un poco cansada.
Bru.—Aquí hay silla, señorita.
Lib.—No importa, se hará despues.
Aunque yo hubiera querido
darle hoy mismo á don Andrés
las onzas que me ha suplido;
y sépase que hago alarde
de no ser de esos deudores
que pagan ó nunca ó tarde......
no soy pechugon, señores.
Ben.—Mas ¿qué hubo?
Lib.— Perdí en el juego.
Ben.—Ah! ya caigo, ¿y cuántas son?
Lib.—Ocho.
Ben.— Muy bien......Luego, luego,
vendrá la chancelacion.
Lib.—¿Dónde vá usted?
Ben.—A entregar
sin mas demora esa plata.
Lib.—Déjelo usted......hay lugar.
Ben.—¿Qué lo deje? ¡Patarata!
Lo que se puede hacer hoy
por mí no se hace mañana.
Lib.—Pero......
Ben.— No hay pero. Me voy.
A puntual nadie me gana.
Quiero remediar el daño.
Lib.—Haberlo dicho me pesa.
Ben.—¿Me trata usted como á estraño?
Muy poca confianza es esa.
Lib.—Espérese usted un rato.
Ben.—¡Nada! Cuando me resuelvo
soy terco, don Liberato,
Adios.
Lib.—Oiga usted.
Ben.— Ya vuelvo.
Lib.—Ven, Martin, que este buen hombre
tal vez haga un desacierto.
Mart.—¡Reniego hasta de mi nombre!
Pero, en fin, aun no estoy muerto.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DON LIBERATO, DON BENITO Y DON MARTIN.

Miq.—¿Con que usted siempre achacosa?
Gero.—No cuento con dia bueno.
Pan.—Lo que usted tiene es nerviosa.
Gero.—Yo no mas sé lo que peno
entre esas cuatro paredes.
Miq.—Sépase usted que es molestia.
Gero.—Pero ¿poco creen ustedes
que paso con ese bestia?
¡Eso es, ria! ¡Si es un toro!
Pan.—Por su aspecto no se induce.
Gero.—¡Ay vida mia! No es oro
todo aquello que reluce.
Miq.—Lo creía un buen sujeto.
Gero.—Es malo con eme grande.
Ya con él yo no me meto.
Si no hay Cristo que lo mande.
Miq.—¡Qué tal!
Gero.— Ninguno lo crée;
y con mil años á cuestas,
á cuantas mugeres vé
á tantas les hace fiesta.
Miq.—Serán cuentos.
Gero.— ¿Quién los fragua?
Yo lo he visto......Si retoza
y se le hace la boca agua
cuando habla con una moza.
Y no sé, pues, como sea,
que él ya es un viejo *manclenque*,
y ni la mujer mas fea
lo ha de querer de *moquenque*.
Pan.—Quién sabe, doña Chombita,
si todo es pura invencion.
Gero.—No digas tal cosa, hijita,
verdades peladas son.
Por eso ha dado en la gracia
de celarme sin motivo.
Miq.—¡Vaya que es una desgracia!
Gero.—Si yo no sé como vivo.
Bru.—(¡Cáspita con la señora!
¡Qué bien habla de su esposo!)
Gero.—Y cada dia se empeora
y se hace mas fastidioso.
Esto no es quitarle el crédito.
Bru.—Se entiende......son paparruchas.
Gero.—Pagarle podría con rédito;
mas no quiero:
Bru.— (Asi son muchas.)
Gero.—Allí donde está, se abrasa
de cólera contra mi
porque he venido á esta casa.
Miq.—¿Es posible?
Gero. Si es asi.
Ni á misa quiere que salga.
Pan.—¡Qué trabajo!
Miq.— Esa no es vida.
Gero.—Asi es que estoy como galga,
tan flaca y tan atinjida.
Miq.—Doña Chombita, buen gesto
y vamos adentro.
Gero.— Cuenta
como él sepa nada de esto......
Miq.—Aquí jamas se hace venta;
y aunque hoy ser Judas es moda

y abundan los denunciantes,
ponga su confianza toda
que, en nuestra amistad constantes,
nunca dimos desengaños.
GERO.—En fin, qne Dios nos asista
No hay mal qué dure cien años.
MIQ.—Ni cuerpo que lo resista.

—

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA FELICIANA, DON MARTIN.

FELIC.—¡Qué desvergüenza!
MARN.— Señora!
FELIC.—¡Qué escándalo!
MART.— ¡Usted se exalta!
FELIC.—¿Cuándo en mi casa se han visto
estos desórdenes?
MART.— Basta.
FELIC,—Lo verán.
MART. No grite usted.
FELIC.—¡Indignas! ¡Desfachatadas!
PAN.—Pero ¿qué hay?
FELIC.— ¡Hipocritonas!
Ya nos veremos las caras.
BRU.—Señora ¿qué es lo que ocurre?
FELIC.—Usté es otro que bien baila.
BRU.—Yo no bailo bien ni mal,
con que dejemos la danza.
FELIC.—Esta casa no es cuartel
ni ningun cuerpo de guardia.
BRU.—Esta señora está loca.
PAN.--¿Qué será esto?
FELIC.—¡Vaya! ¡vaya!
Pues no faltaba mas ya.
MART.—¡Maldita sea su estampa!
FELIC.—Quien tiene la culpa de esto.
es quien arma estas jaranas.
Don Benito, que es un simple,
un candelejo........

—

ESCENA XII.

DICHOS, DON BENITO.

BEN.— Mil gracias.
Amanecí mas honrado,
doña Fila, esta mañana.
Vamos ¿qué hay ahora?
FELIC;— A buen tiempo
viene usted.
BEN.— ¿Qué es lo que pasa?
FELIC,—Nada, no es cosa
BEN.— Acabemos.
¿qué es lo que hay?
FELIC.— No ha habido nada.
BEN.—Entónces ¿por qué motivo
se formaba esta algazara?
FELIC.—Que lo diga esta bribona.
MIQ.--¡Como! ¿quién?
FELIC.— O esta otra halaja.
PAN.—¿Quién? ¿yo?
FELIC.—O este oficialito.
BRU.—Señora, usted se propasa.
FELIC.—O este mocito malcriado.
GERO.—¿Cómo se entiende? A quién llama
usted malcriado?
FELIC.— Al demonio.
GERO,—Usted es la malcriada.
BEN.—¡Doña Chombita!
GERO.— ¡Habrá vieja!
FELIC.—¡Vieja, usted!
GERO.— Miren como habla.
BEN.—¿Qué es esto?
GERO.— ¡Mi hijo malcriado!
Y decírmelo en mis barbas!
MART.—No haga usted caso.
GERO.— ¡Tan lisa!
FELIC.—Busca pleito!
GERO.— ¡Mal hablada!
FELIC.—¡Ardilosa!
BEN.— Calle usted.
FELIC.—Palabras sacan palabras.
GERO.—¿Para esto me trajo usted,
don Benito, de mi casa?
Vamos, Martin, acompáñame.
BEN.—Por Dios, tenga usted mas calma.
GEOO.—Camina, Martin.
BEN.— Despacio.
Aguarde usted.
FELIC.— Que se vaya.
GERO.—Pues ya no me voy......me quedo.
FELIC.—¡Largo!
GERO.— No me dá la gana.

—

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LIBERATO

LIB.—¿Qué le han hecho á mi muger
que habla en un tono tan alto?
No hay que darle á beber mucho.
GERO.—Ya me viene usté insultando.
El borracho será usted......
¡Habráse visto espantajo!
LIB.—Pero, muger, no me comas.
¿Qué diablo tiene de estraño
que te repitan las copas
cuando tú nada has tomado?
El dia es de diversion.
BET.—Mi amigo don Liberato,
aquí ninguno se entiende.

Yo tambien los he encontrado,
hace muy poco, encarándose
unos y otros como gallos.
Creo lo mismo que usted
que se hallan calamocanos.

FELIC.—Ménos yo.

GERO.— Ni yo tampoco.

BEN.—Entónces, con treinta santos,
¿á qué viene tanta bulla?
¿qué es lo que pasa? Sepamos......

FELIC.—¿No lo sabe usted?

BEN.— Yo nó.

FELIC.—Pues óigalo usted.

BEN.— Al grano.

FELIC.—Sus hijas de usted son causa
de todos estos escándalos.

BEN.—¿Mis hijas?

FELIC.— Y estos dos prójimos.

BRU.—Señora, ya es demasiado.

BEN.—Con que......

FELIC.— Como usted lo oye.

BEN.—De una vez hable usted claro.

FELIC.—Pues, señor; mientras usted
andaba por ahí paseando,
y yo acá con mis quehaceres
corriendo de arriba á abajo,
y echando la gota gorda
sin ayuda ni descanso;
porque como en esta casa
yo no mas sudo y trabajo,
sin que haya quien se convide
á mover siquiera un plato;
y como no puede ser
que me encuentre, por mas que haga,
como Dios en todas partes.........

BEN.—Acabe usted, por Nuestro Amo.

FELIC.—Pues bien, como iba diciendo,
como solos se encontraron,
echaron á hacerse mimos
y á dirijirse arrumacos,
y á tratar no sé qué cosas.

PAN.—¡No diga usté eso!

BEN.— ¡Qué diablos!

BRU.—Usted habla lo que quiere.

FELIC.—Yo, mi amigo, sé lo que hablo:
y no me alce usted el moño
porque yo á nadie le callo.........
cierto, muy cierto... aquí estaban
requebrándose los cuatro.
Usted con esta.

(Señala á Miquita y don Bruno.)

MIQ.— No hay tal.

FELIC.—Y usted con esta otra.

(Por Panchita y don Martin.)

MART.— Falso.

FELIC.—No es falso, no, señor mio,
quien lo vió me lo ha contado.

MART.—Pues miente tambien.

FELIC.— No miente.

LIB.—Concluya usted.

GERO.— Hijo, vamos.

FELIC.—Como están los pobres ciegos,
no advierten que los criados
lo ven todo á su sabor
al pasar por esos cuartos.

MART.—Pues repito, mi señora,
que mienten esos bellacos.
Yo á nadie he dicho piropos
ni le he dirigido alhagos.
Si otro lo ha hecho, él debe ser
á fuer de republicano,
y pues que así lo previene
la Constitucion de ogaño,
lo mismito que el Gobierno
responsable de sus actos.

BRU.—¿Eso es conmigo?

MART.— No sé.

GERO.—Vámosnos, Martin.

BEN.— ¡Canario!
Si yo comprendo este enredo
que me peguen de sopapos.
En fin, sea lo que fuere,
don Martin, es necesario
que sepa usted que Panchita
no le puede dar la mano,
porque vá á casarse pronto,
segun lo tengo arreglado,
con el hermano de usted.

PAN.—Señor.........

BEN.—No admito reclamo.

PAN.—Si no lo he tratado.

BEN.— Nada,
no hay remedio.

PAN.— Si no lo amo.

BEN.—No me vengas con melindres;
te casarás sobre el diablo,
porque he dado mi palabra
y yo jamás la quebranto.

LIB.—No, don Benito, eso no.
Si ella no ama á mi hijo Pablo,
yo jamás consentiré
en que sean desgraciados.

BEN.—Ni yo en que no se obedezca
en mi casa lo que mando.
¿Qué se diria de mí?
Ademas, seria un escándalo
que don Martin le arranchase
la novia á su propio hermano.

MART.—No, señor, por esa parte
no se le dé á usted cuidado,
que yo no he sido en mi vida
rival de mi hermano Pablo.

BEN—Por lo que hace á usted, don Bruno,
no veré con desagrado

que se case con Miquita.
Yo no me opongo.
MART.— (¡Qué chasco!)
BEN.—Pueden ustedes casarse.
BRU.—Don Benito, yo soy franco.
Doña Miquita merece,
por su hermosura y buen trato,
no digo llevar mi nombre
sino el de otro de gran rango;
mas, amando á otra, no puedo
aceptar favor tan alto.
MBRT.—(¡Bien hecho!)
BEN.— Vamos, señora,
sin duda usted ha soñado.
LIB.—Me parece.
FELIC.— No hay que creerlos,
mienten los picaronazos.
¿Ellos qué ván á decir?
Tan andan en picos pardos
como estoy aquí parada.
BEN.—Así será, no me aparto;
mas no se hable mas sobre esto.
Pronto llegará don Pablo
y, efectuándose el enlace,
quedamos del otro lado.
GERO.—Esa union no tendrá efecto.
LIB. - Creo lo propio.
GERO.— Mas claro,
es imposible.
BEN.— ¿Y por qué?
CERO.—Porque Pablo está casado.
TODOS.—¡Casado!
GERO.— Y velado.
LIB.— ¿Cómo?
GERO.—Como usted y yo lo estamos.
LIB.—No puede ser.
GERO.— Me lo ha escrito
el treinta del mes pasado.
LIB.—Con mil diantres ¿y con quién
se ha casado ese zamarro?
GERO.—Con su prima.
LIB.— ¿Con su prima?
GERO.—Por el vapor inmediáto
debe escribírselo á usted.
MIQ.—Le ha ganado á usted la mano.

(A Martin.)

LIB.—¡Qué tal cosa!
FELIC.- La partida
es de clérigo mulato.
Ya ven lo que son los hombres.
LIB.—¡Vaya un maldito muchacho!
En fin, si fué con su gusto,
que Dios le haga bien casado.
Tan mi hijo es uno como otro.
BEN.—Ya usted vé, don Liberato,
que no ha quedado por mí.
LIB.—Asi es.
BEN.— Este es un milagro.
MIQ.—Y patente.
BEN.— Se acabó.
Ahora, don Martin, si acaso
usted pretende á Panchita,
por mi parte, no hay obstáculo.
MART.—Digo, señor don Benito,
que yo con nadie me caso.
BRU.—No es cierto: perdone usted
si tal asercion combato,
y si voy á alzar el velo
que nos impide ver claro.
Don Martin ama á Miquita.
MART.—Y usted tambien.
BRU.— ¡Mentecato!

(A Martin al oido.)

Yo amo á la otra.
MART.— ¡Ah! ya comprendo.
Con que usted y ella...... ¡acabáramos!
Tambien don Bruno y Panchita
se tienen dada, hace un año,
palabra de casamiento.
LIB.—¡Cáspita!
MART.— Estamos á mano.
FELIC.—¡Vaya! ya lo ha visto usted,
No hablé por boca de ganso.
BEN.—Mas trastornó las parejas.
MART.—Olvidemos lo pasado.

(A Miquita.)

BEN.—Mire usted y ¡cuánto habia!
LIB.—Vamos, señor don Benito,
nada hay perdido en el cambio.
Pablo y Martin son mis hijos,
lo mismo es Martin que Pablo.
BEN.—¡Qué he de hacer!
LIB.— ¿Qué dice usted?
BEN.—Lo que usted, don Liberato,
nos decia aquí hace poco:
que Dios los haga unos santos.
LIB.—Empuñe usted.
BEN.— Que se casen.........
lo consiento..........sin embargo,
les pongo una condicion
sin la cual por nada paso.
LIB.—¿Y cuál es?
BEN.— Que en este instante
se han de dar un fuerte abrazo
doña Chombita y mi suegra
LIB.—Convenido.
TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!
GERO.—Por mi......
BEN.— Al negocio.

(Dentro ruido de platos que se rompen.)

FELIC.— ¡Jesus!
Ya han roto todos los platos.

Si no estoy encima de ellos
nada hacen bueno esos diablos.

(Váse corriendo.)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS DOÑA FELICIANA.

Ben.—No hay miedo.....La cosa es hecha
Yo respondo del abrazo;
porque es ya muy fuerte el lazo
que á unos y otros nos estrecha.
Lib.—Pues bien, entónces cada uno
sacuda al punto el esplin.
Bru.—Esa mano, don Martin.
Mart.—Con toda mi alma, don Bruno.
Ben.—Hoy todo el mundo se alegra;
hasta usted pide barato;
hoy, señor don Liberato,
canta y baila .....hasta mi suegra.

ACTO TERCERO.

LA ESCENA REPRESENTA UNA SALA DE BAILE.—PIANO Á LA DERECHA.—EN LA PUERTA DEL CENTRO TAPADOS Y TAPADAS, ENTRE LAS QUE ESTARÁ DOÑA GERÓNIMA.—DURANTE TODO EL ACTO, DOÑA FELICIANA ENTRA Y SALE ARREGLANDO LOS MUEBLES Y CUIDANDO DE LOS LICORES Y DE LOS DULCES.

ESCENA ÚNICA.

Todos.—¡Bravo! ¡Bravo!
Lib.— Ni un canario
canta mejor......señorita,
vamos......otra cancioncita.
Bru.—Complacer es necesario......
lo exige la reunion......
Señorita.—Pero si estoy muy cansada...
de aquí á un rato......
Mart.— ¡Nada! ¡Nada!
Canta usted sin remision.

(Don Liberato se acerca á la señorita con una copa y un bizcocho.)

Gerónima.—¡Mire usted al viejo chocho
cómo está que se las pela!
Lib.—Un poquito de mistela
y remoje este bizcocho.
Así se refresca el pecho;
y en seguida, ¡Dios bendito!
dá usted cada gorgorito
que vaya al alma derecho.
Señorita.—Bien...solo por complacer
voy esta pieza á cantar.
Geró.—¡Cómo se hace de rogar!
¡Dejára de ser muger!

(La señorita canta al piano la cancion que crea conveniente la actriz. Cuando termina, todos la aplauden. Mientras ha durado el canto, dos de los convidados manifiestan en sus ademanes una acalorada disputa.)

Convid 1º.—¡Oiga! No me dá la gana
de dejarme así embaucar.
Yo fuí del club de Santa Ana
y usted del club militar.
Con que así, deje ese ahinco
de seguir *pintando* tanto,
que yo á cualquiera le *chanto*,
mi amigo, cuantas son cinco.
Convid 2º.—Se equivoca usted *¡canejo!*
Convid 1º.—Pues de pinturas desista.
Convid 2º.—Primero que ser *tronchista*
que me arranquen el pellejo.
Mas digo sin embarazo,
si la eleccion se ganó
fué tan solo porque yo
metí, señores, el brazo.
Y si evité una derrota
no lo hice por interes
de la troncha.
Convid 1º.— ¡Vaya!
Convid 2º.— Así es;

porque yo soy muy patriota.
Convid 1º.—Cállese usted, con mil santos,
que agota ya mi paciencia
el patriotismo de tantos
patriotas de conveniencia.
Convid 2º.—Usted no es mas que un Proteo
que cambiará de partido
si le ofrecen un empleo.
Convid 1º.—Y usté un servil conocido
Convid 2º.—¡Insolente!
Convid 1º.— Lo repito.
Convid 2º.—Usted, usted me provoca.
Mart.—¿Qué gritos son estos?
Convid 1º.— Grito
que nadie manda en mi boca.
El señor es un *tronchista.*
Convid 2º.—Y el señor es un... cangrejo,
un torpe oposicionista.
Convid 1º.—Déjeme usted.
Bru.— No lo dejo.

(Sujetàndolo.)

Convid 2º.—Que venga... yo lo desprecio.
Convid 1º.—Voy á romperle la crisma.
Ben.—¡Qué bulla es esta! !Qué cisma!
Convid 2º.—¡So peruétano!
Convid 1º. ¡So nécio!
Ben.—¡Al òrden los habladores!
Dejémosnos de charlar
de política.... ¡A bailar,
y viva el humor, señores!
Lib.—Sí! la pared tiene oidos;
no sea que algun bribon
diga que estamos metidos
en una revolucion,
y venga la policia
y á todos nos eche el guante;
que nadie hay libre, en el dia,
de un pícaro denunciante.
Bru.—¡Vamos! No hay que incomodarse
por semejante pamplina;
aquí han venido á alegrarse
y no á formar sarracina.
Venga usted conmigo.

(Toma del brazo al 1.º)

Convid 1º.— Vamos;
pero no piense ese zote
que le temo á su bigote.
Mart.—¿Bailamos ó no bailamos?
Eib.—No se acaloren así.
Convic 1º.—Sepa usted que el Presidente,
si está en un puesto eminente,
á mí me lo debe, á mí.
Lib.—¿Quién duda?
Convid 1º.— Y ¿quiére usté ver
como le pido un destino?
Lib.—¡Si esto no vale un comino!
Convid 1º. -Seré lo que quiera ser.
Bru.—Pídale una canongía.
Ben.—Eso.... ¡y metropolitana!
Convid 1º.—Mandaré, si me dá gana,
alguna gendarmeria.
Felic.—Saca licor del armario.

(A un criado.)

Lib.—¡Que en todo hemos de meter
la política!!!...... ¡A beber
y divertirse, *canario!*
Convid 2º.—Mañana lo pillaré
en callejon sin salida;
le dejo un dia de vida
porque se interesa usté.
Mart.—¡Música!
Bru.— ¡A bailar!
Todos.— ¡Sí! ¡Sí!
Mart. -Esos músicos arriba.
Ben.—No mas cuestiones aquí,
y ¡viva el humor!
Todos.— ¡Que viva!

(Algunas parejas bailan una lijera polka ó mazurka.

Felic.—Para bailes, crea usté

(A doña Gerónima.)

los que usaban en mi tiempo.
¡Jesus! ¡Eso si era lindo!
La alemanda, el chancaquero,
el abuelito, el paspié..........
pero bailes estrangeros,
en los que van las parejas
tan juntitas...... ¡Dios eterno!
son tentadores é insulsos,
como besarla durmiendo.
Lib.—Ya basta de requilorios
y de estar con bailes sérios.
Convid 1º.—¡Cosa alegre!
Bru.— Muy bien dicho.
Lib.—Polka de cajon.
Varios.— ¡Eso! ¡Eso!
Tapados.—¡Zanguaraña! ¡Zanguaraña!
¡Moza-mala!
Gero.— ¡Qué tal viejo!
¡Y dirán que lo calumnio!
Con un pié en la sepultura,
y aun anda con regodeos.

(Una pareja baila la Moza-mala.)

Todos.—¡Bravo! ¡Bravo!
Convid 2º.— ¡Otro cachete!
Bru.—¡Se entiende! ¡Eso es ya supuesto!
Lib.—Uno sin otro no vale.

Convid 2º.—A la fija ¡y como el Credo!
Convid 1º.—¡Vaya! ¡adentro las tapadas!
Despavile usté esos huesos,
madamita.
(Tirando á doña Gerónima.)

Gero.— ¡Habrá insolente!
¿Se trata así en estos tiempos
á una señora?
Convid 1º.— Ya en baile
está conmigo.
Gero.— ¡Muñeco!
Yo no ando con *zanguarañas*,
que soy muger de respeto.
Ben.—¡Vamos! no hay que incomodarse,
doña Chombita, por eso.
Venga y siéntese á mi lado.
que yo la amparo y protejo.
Convid 1º.—¡Vaya! ¡arriba una pareja!
Varios.—¡Música!
Lib.— ¡Eso es y echa verso!

(Bailan otra moza-mala.)

Gero.—Martin, vámosnos.
Mart.— Ya es hora
en que toda gente honrada
debe tocar retirada.
Lib.—Cuando usted guste, señora.
Varios.—Si! Si!
Ben.— El empeño no vale
porque aquí la llave tengo.
(La enseña.)
¡Se amanece!

Convid 1º.— Me convengo.
Ben.—¡Ni Cristo-padre me sale!
Miq.—Pero, papá...... está achacosa
la Chombita.........
Convid 1º.— ¡Una botella!
Ben.—¡Vaya! se indultan por ella
que si nó, fuera otra cosa.
Gero.—Muy buenas noches.
Lib.— ¡Muger!
¡Muger! despedida es esa
que tiene algo de francesa.
Gero.— Pues otra yo no sé hacer.........
Me tiene usted como un *pique*.
(Al oido.)

Lib.—Y ¿por qué? !por Jesucristo!

(Idem.)

Gero.—¿Por qué? Porque yo lo he visto

(Idem.)

metiendo mucho palique.
Lib.—¡Caballeros! ¡Escuchad!

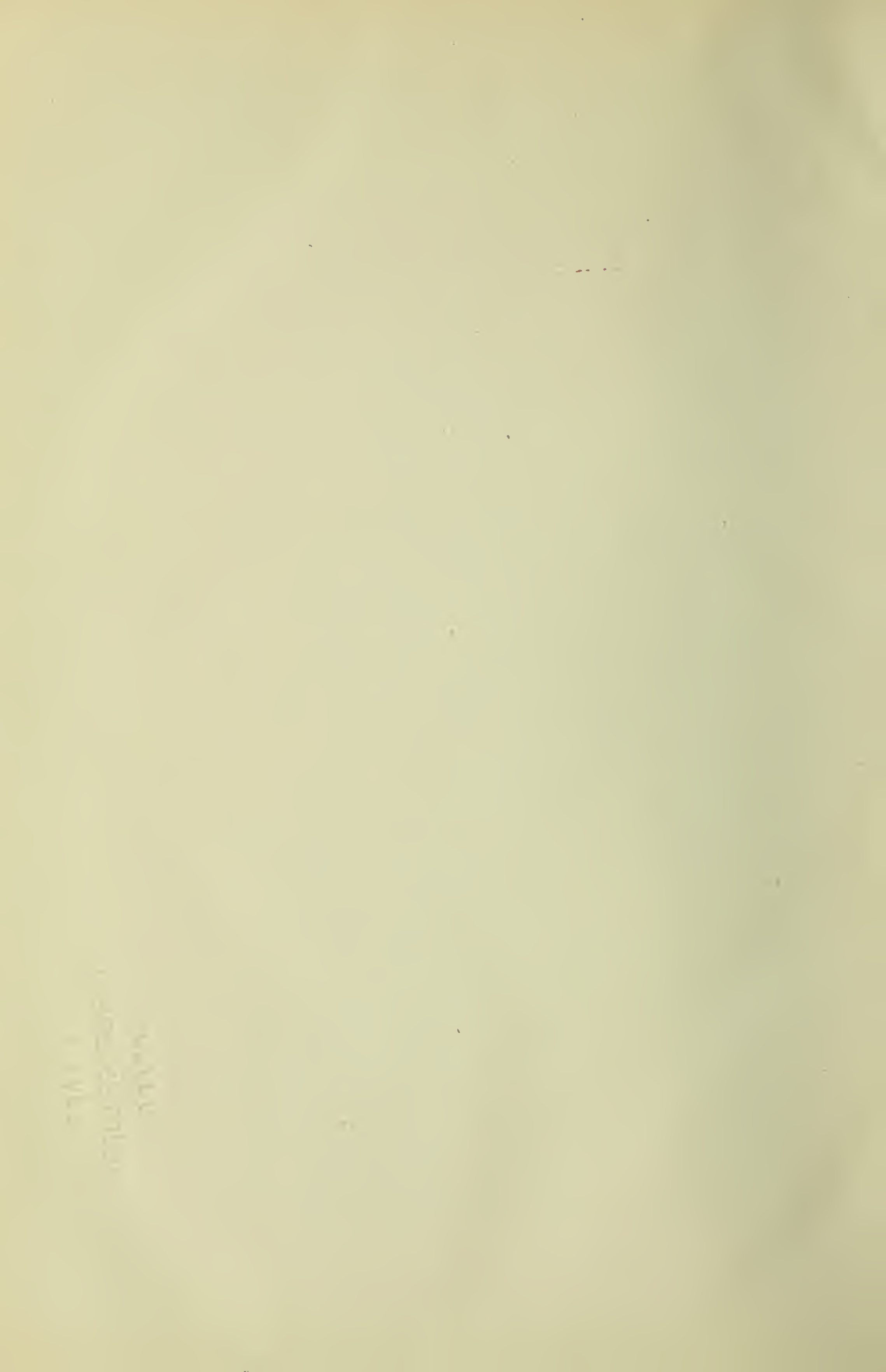
(Dirigiéndose al público.)

Libertadme de esta loca.
A costa de una bicoca
haceis una caridad;
que la ira de esta maldita
solo se puede calmar
si escucha un aplauso dar
por el santo de Panchita.



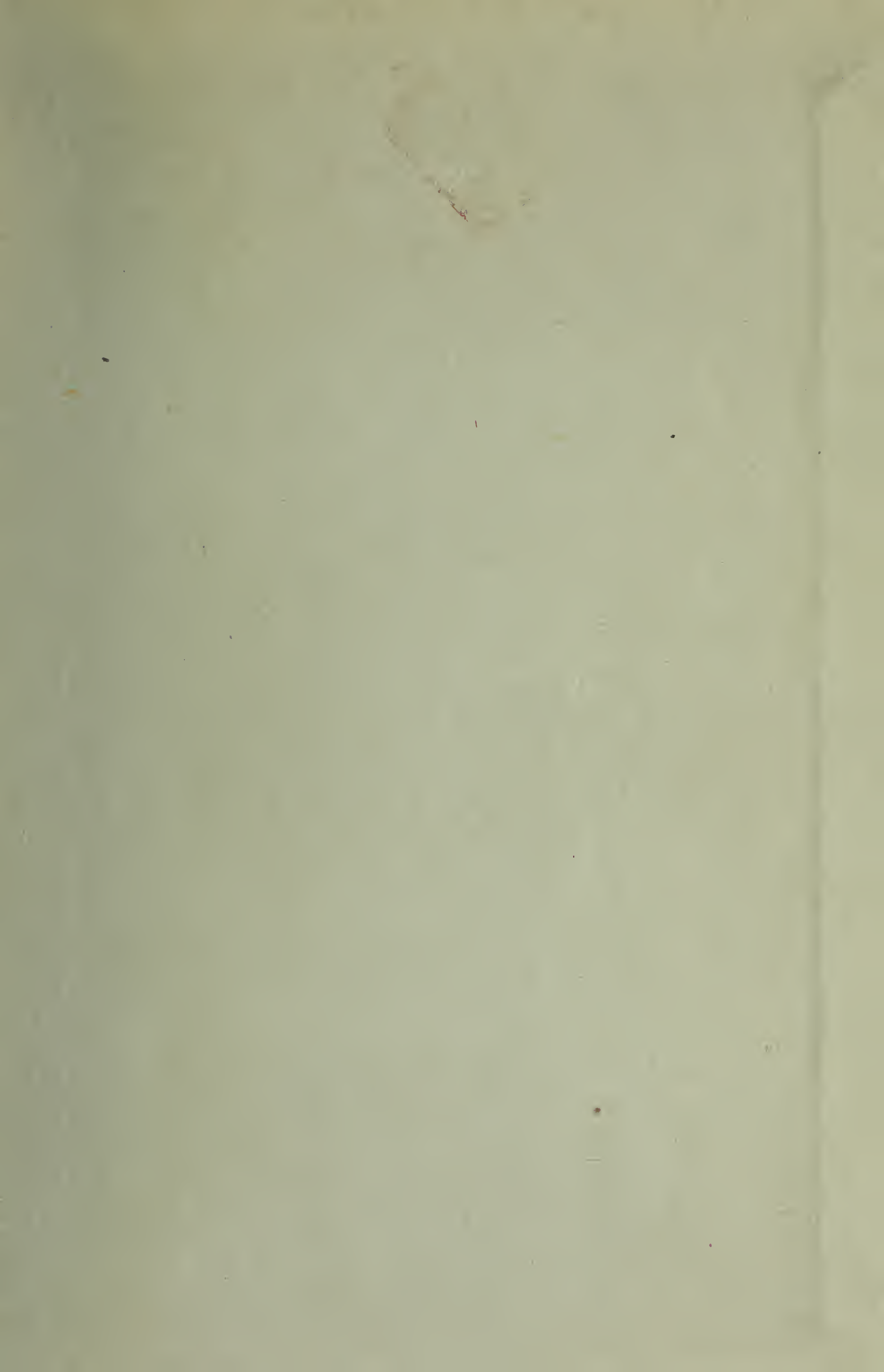
NOTA.—Terminando la verdadera accion de la comedia en el acto segundo, los Directores de escena que lo juzguen conveniente pueden suprimir el acto tercero.












UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 064944975